



NUNC COGNOSCO EX PARTE



TRENT UNIVERSITY  
LIBRARY













EPISODIOS NACIONALES

---

## LAS TORMENTAS DEL 48

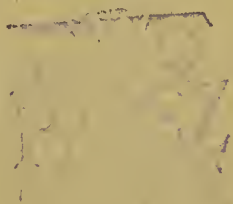




---

Es propiedad. Queda hecho  
el depósito que marca la ley.  
Serán furtivos los ejempla-  
res que no lleven el sello del  
autor.

---



B. PÉREZ GALDÓS  
EPISODIOS NACIONALES  
CUARTA SERIE

---

LAS  
TORMENTAS DEL 48

---

3.000



MADRID  
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS  
132, Hortaleza  
1902

Q6555 • M 1702 [v] 2

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C, de San Francisco, 4.



# LAS TORMENTAS DEL 48

---

## I

Vive Dios que no dejo pasar este día sin poner la primera piedra del grande edificio de mis Memorias... Españoles nacidos y por nacer: sabed que de algún tiempo acá me acosa la idea de conservar empapelados, con los fáciles ingredientes de tinta y pluma, los públicos acaecimientos y los privados casos que me interesen, toda impresión de lo que veo y oigo, y hasta las propias melancolías ó las fugaces dulzuras que en la soledad balancean mi alma; sabed asimismo que, á la hora presente, idea tan saludable pasa del pensar al hacer. Antes que mi voluntad desmaye, que hartó sé cuán fácilmente baja de la clara firmeza á la vaguedad perezosa, agarro el primer pedazo de papel que á mano encuentro, tiro de pluma y escribo: "Hoy 13 de Octubre de 1847, tomo tierra en esta playa de Vinaroz, orilla del Mediterráneo, después de una angustiosa y larga travesía en la urca *Pepeta*, ¡mala peste para Neptuno

y Eolo! desde el puerto de Ostia en los Estados del Papa....,

Y al son burlesco de los gavilanes que rasgaban sobre el papel, me río de mi pueril vanidad. ¿Vivirán estos apuntes más que la mano que los escribe? Por sí ó por no, y contando con que ha de saltar, andando los tiempos, un erudito rebuscador ó prendero de papeles inútiles que coja éstos míos, les sacuda el polvo, los lea y los aderece para servirlos en el festín de la general lectura, he de poner cuidado en que no se me escape cosa de interés, en alumbrarme y guiarme con la luz de la verdad, y en dar amenidad gustosa y picante á lo que refiera; que sin un buen condimento son estos manjares tan indigestos como desabridos.

¿Posteridad dijiste? No me vuelvo atrás; y para que la tal señora no se consuma la figura investigando mi nombre, calidad, estado y demás circunstancias, me apresuro á decirle que soy José García Fajardo, que vengo de Italia, que ya iré contando cómo y por qué fuí, y á qué motivos obedeció mi vuelta, muy desgraciada y lastimosa por cierto, pues llego exánime, calado hasta los huesos, con menos ropa de la que embarqué conmigo, y más desazones, calambres y mataduras. Peor suerte tuvo la caja de libros que me acompañaba, pues por venir sobre cubierta se divirtieron con ella las inquietas aguas, metiéndose á revolver y esponjar lo que las mal unidas tablas contenían, y el estropicio fué tan grande, que los filósofos.

historiadores y poetas llegaron como si hubieran venido á nado... Pero en fin, con vida estoy en este posadón, que no es de los peores, y lo primero que hemos hecho mis libros y yo es ponernos á secar... ¡Oh rigor de los hados! Los tomos de la *Storia d'ogni Letteratura*, del Abate Andrés, y el *Primato degli italiani*, de Gioberti, están caladitos hasta las costuras del lomo: mejor han librado Gibbon, Ugo Fóscolo, Pellico, Cesare Balbo y Cesare Cantú, con gran parte de sus hojas en remojo. Helvecio se puede torcer, y Condillac se ha reblandecido... De mí puedo decir que me voy confortando con caldos substanciosos, y con unos guisotes de pescado muy parecidos á la *Zuppa alla marinara* que sirven en los bodegones de la costa romana.

*15 de Octubre.*—Advierto que la fizgona Posteridad, volviendo hacia atrás la cabeza, me interroga con sus ojos penetrantes, y yo le contesto: “Se me olvidó deciros, gran señora; que tres días antes de abandonar el italiano suelo cumplí años veintidós: que mi rostro y talle, según dicen, antes me restan que me suman edad, y que mis padres me criaron con la risueña ilusión de ver en mí una gloria de la Iglesia. Cómo disloqué por natural torcedura de mi espíritu la vocación irreflexiva de mis primeros años, y cómo desengañé cruelmente á mis buenos padres, no puedo referirlo mientras no me oreo, me desentumezca y me despabile.

**San Mateo** *19 de Octubre.*—Ayer, no re-



puesto aún del quebranto de huesos ni del romadizo que me dejó la mojadura, aproveché la salida de un tartanero y acá me vine en busca de mejor vehículo que me lleve á Teruel, desde donde fácilmente podré trasladarme á la ilustrísima ciudad de Sigüenza. Allí *rodó mi cuna*, si no de marfil y oro, de honrados mimbres con mecedoras de castaño, y allí reside desde los comienzos del siglo mi familia, cuyo fundamento y solar figuran en los anales de la histórica villa de Atienza... Adivino la curiosidad de *i posteriori* por conocer los móviles que me sacaron de mi casa dos años há, llevándome casi niño á tierras distantes, y allá van mis noticias. Sepan que apenas entrado en la edad de los primeros estudios, dióme el Cielo luces tan tempranas, que mi precocidad fué confusión de los maestros antes que orgullo y esperanza de mi familia, pues declarándome *fenómeno*, creyeron mis padres que yo viviría poco, y maldecían mi ciencia como sugestión de espíritus maléficos. Pero al fin profesores y familia convinieron en que yo era un prodigio, con más intervención de las potencias celestes que de las demoniacas, y sólo se pensó en equilibrarme con buenas magras y un cuidado exquisito de mi nutrición. Ello es que á los catorce y á los diez y seis años ostentaba yo variados conocimientos en Humanidades y en Historia, y á los diez y nueve era más filósofo que los primeros que en el Seminario de San Bartolomé gozaban de esta denominación. Devoré cuan-

tos libros atesoraban aquellas henchidas bibliotecas y otros muchos que por conductos diferentes á mí llegaron; poseía el don de una memoria tan holgada, que en ella, como en inmenso archivo, cabía cuanto yo quisiera meter; poseía también la facultad de vaciarla, sacando de mis depósitos con fácil y seductora elocuencia todo lo que entraba por las lecturas, y lo mucho que daba de sí mi propio caletre. Antes de cumplir los cuatro lustros, mis adelantos eran tales, que los maestros y yo reconocimos haber llegado al *summum* del conocimiento posible en cátedras de Sigüenza, y que ni yo ni ellos podíamos saber más.

En esto, un eclesiástico de espléndida fama como teólogo y canonista, D. Matías de Rebollo, primo de mi madre, protegido de D. José del Castillo y Ayenza (que como asesor de la Embajada le llevó á Roma, dejándole después en la Rota), recaló un verano por Sigüenza, y no bien hizo mi descubrimiento, propuso á mis padres llevarme consigo á la llamada Ciudad Eterna, para que en ella diese la última mano á mis estudios y recibiera las órdenes sagradas. Por su posición y valimiento en la Corte Pontificia podía el buen señor dirigirme en la carrera sacerdotal, y empujarme hacia gloriosos destinos... Mi juvenil ciencia que á todos deslumbraba, y la dulzura de mi trato, inspiraron á D. Matías un ansia muy viva de cuidarme y protegerme; y á las dudas de mis padres, que no querían separarse de mí, con-

testaba con la brutal afirmación de llevarme aunque fuera entre alguaciles. Por fin, mi madre, que era quien más extremaba la fuerza centrípeta por ser yo el Benjamín de la familia, cedió tras largas disputas que de lo familiar subían á lo teológico, y sublimado su amor hasta el sacrificio, entregóme al reverendo canonista, pidiendo á Dios los necesarios años de vida (que no habían de ser muchos) para verme volver con mitra y capelo.

Veá aquí el por qué de mi partida para Italia. Sabed también que me instalé en Roma en Septiembre del 45, bajo el pontificado de Gregorio XVI, el cual al año siguiente pasó á mejor vida, y que aposentado en la propia casa de mi protector, fuí atacado de malaria y estuve á dos dedos de la muerte: que restablecido concurrí á las cátedras de la *Sapienza* y á otros centros de enseñanza, disponiéndome para la tonsura. De lo que en el transcurso del 46 hice, y de lo que no hice: de lo que me ocurrió por sentencia de los hados, y de lo que mi voluntad ó irresistibles instintos determinaron, hablaré otro día, pues para ello necesito prepararme de sinceridad y aun de valor... ¿Debo decirlo, debo callarlo? ¿Qué cualidad preferís en el historiador de sí mismo: la melindrosa reserva ó la honrada indiscreción?

23 de Octubre.—Molido y hambriento llego á Ternel. Uno de mis compañeros de suplicio, que con sus donosas ocurrencias amenizó el molesto viaje en la galera, me



decía, cuando avistamos la ciudad, que se comería las momias de los amantes si se las sirvieran puestas en adobo, con un buen moje picante y alioli... En la posada, un arrumbado catre es para mis pobres huesos mejor que la cama de un rey, y la olla con más oveja que vaca, manjar digno de los dioses. Mientras como y descanso, no se aparta de mi mente el compromiso en que estoy de referir los graves motivos de mi regreso á la patria. Ello es un tanto delicado; pero resuelto á perpetuar la verdad de mi vida para enseñanza y escarmiento de los venideros, lo diré todo, encerrando la vergüenza con la izquierda mano, mientras la derecha escribe; y por fin, las precanciones que tomo para que nadie me lea hasta después de mi muerte (que Dios dilate luengos años), quitan terreno á la vergüenza y se lo dan á la sinceridad, la cual debe producirse tan desahogadamente que más que Memorias sean estas páginas Confesiones.

Al relato de mi salida de Roma precederán noticias del tiempo que allí estuve. Algo y aun algos hay en esta parte de mi existencia que merece ser conocido. Mi protector era demostración viva de la flexibilidad de los castellanos en tierras extranjeras; adaptábase maravillosamente á los usos romanos, reblandeciendo la tosquedad austera del carácter español para que como cera tomase las formas de una nación y raza tan distintas de la nuestra. Desde que le ví en Roma, D. Matías me parecía otro, y su ha-

bla y sus dichos, sus maneras y hasta sus andares, no eran los del clérigo seguntino austero y grave, con menos gracia que marrullería, siempre dentro del correcto formulario de nuestra encogida sociedad eclesiástica. Desde que desembarcamos en Civitavecchia, tomó los aires del *prete* romano y la desenvoltura graciosa de un palaciego vaticánista. La severidad de que blasonaba en España, cayó de su rostro como una careta sofocante, y le ví respirando bondad, indulgencia, y preconizando en la práctica toda la libertad y toda la alegría compatibles con la virtud. Espléndida era su mesa, y extensísimo el espacio de sus amistades y relaciones, comprendidas algunas damas elegantes que frecuentaban su trato sin el menor detrimento de la honestidad. Digo esto para explicar que no aprisionara mi juventud en la estrechez de las obligaciones escolares, ni me encerrara en conventos ó seminarios de rigurosa clausura. Confiado en la sensatez que mi apocamiento le revelaba, y creyéndome exento de pasiones incompatibles con mi vocación, me instaló en su propio domicilio, fijándome horas para concurrir á las cátedras de la *Sapienza*, horas para leer y estudiar en casa, y dejándome lo restante del día en el franco uso de mi libertad. Debo indicar que ésta consistía en andar y rodear por Roma con dos muchachos de mi edad, de familia ilustre, que tenían por ayo á un modenés llamado Cicero vacchio, personaje mestizo de laico y clérigo, árcade,

mediano poeta, buen arqueólogo, reminiscencia interesante de los abates del siglo anterior.

Que fué para mí gratísima tal compañía, y muy provechosas aquellas deambulaciones por la grande y poética Roma, no hay para qué decirlo. A los tres meses de fatigar mis piernas corriendo de uno en otro monumento, y de ruína en ruína, y al través de tantas maravillas enteras ó despedazadas, ya conocía la ciudad de las siete colinas como mi propia casa, y fuí brillante discípulo del buen Cicerovacchio en antigüedades paganas y papales, y casi su maestro en el conocimiento topográfico de la *magna urbs*, desde la Plaza del Pópolo á la Via Appia, y desde San Pedro á San Juan de Letrán. El *Campo Vaccino* fué para mí libro sabido de memoria, y los museos del Vaticano y Capitolio estamparon en mi mente la infinita variedad de sus bellezas. A los seis meses hablaba yo italiano lo mismo que mi lengua natal; los pensamientos se me salían del caletre vestidos ya de las galas del *bel parlare*, y metidos Maquiavelo y Dante, Leopardi y Manzoni dentro de mi cerebro, me enseñaban á componer verso y prosa, figurándome yo que no era más que una trompa ó caramillo por donde aquellas sublimes voces hablaban.

No quiso Dios que me durase mucho esta dulce vida, y sentenciándome tal vez á ser contrastado por pruebas dolorosas, convirtió la tolerancia de mi protector en severidades

y desconfianzas, que poniendo brusco término á mi libertad, iniciaron el incierto, novísimo rumbo de mi existencia, como diré cuando tenga ocasión y espacio en las pausas de este camino. Y por esta noche, ¡oh Posteridad que atenta me escuchas! no tendrás una palabra más, que me caigo de sueño, y con tu licencia me voy al camastro.

## II

**Molina de Aragón, 27 de Octubre.**— Vedme aquí alojado y asistido á cuerpo de rey, en casa de unos primos de mi padre, los Ximénez de Corduente, labradores ricos, hechos á la vida obscura y fácil de estos tristes pueblos, con las orejas enteramente insensibles á todo mundanal ruido. Para obsequiarme á sus anchas, hácenme comer cinco veces más de lo que soporta mi estómago, y como no valen protestas ni excusas contra tan desmedido agasajo, me resigno á reventar una de estas noches. Adiós Memorias, adiós Confesiones mías: ya no podré continuaros: mi fin se acerca. Muero de la enfermedad contraria al hambre... Luego, estos azarantes primos de mis pecados, curioseando de continuo en derredor de mí, me privan del sosiego necesario para escribir. Pongo punto... Quédese para mejor ocasión, si escapo con vida de estos atracones.

**Anguita, 29.**—Aquí paso la noche, y en la soledad de mi alojamiento angosto y frío, me dedico á escribir lo que me dejé en los tinteros de Molina. Y ahora que estoy, por la gracia de Dios, á nueve leguas largas de los Ximénez de Corduente, y no pueden resistolear lo que escribo, voy á vengarme de los hartazgos con que me pusieron al borde de la apoplegía, y en la libertad de mis Confidencias declaro y afirmo que no hay mayores brutos en toda la redondez de la Alcarria, si alcarreña es la tierra de Molina. Respecto á los padres atenuaré la calificación, consignando que por sus prendas morales se les puede perdonar su estolidez; pero en cuanto á los hijos, no retiro nada de lo dicho: nunca he visto señoritos de pueblo más arrimados á la cola de la barbarie, ni gahnápiros más enfadosos con sus alardes de fuerza bruta y su desprecio de toda ilustración. Y no tomen esto á mala parte los demás chicos de Molina, que allí los hay tan listos y cortesanos como los mejores de cualquiera otra ciudad. Sólo contra mis primos va esta flagelación, porque son ellos raro ejemplo de incultura en su patria. Ni una chispa de conocimientos ha penetrado en tan duras molleras, y alardean de ignorantes, orgullosos de poder tirar del arado en competencia con las pujantes mulas. Mirábanme como á un bicho raro, y viendo la mezquindad de mi equipaje al volver de Italia, zaherían mi saber de latín y griego. Ellos son ricos, yo pobre. No les envidio;

deme Dios todas las desdichas antes que convertirme en mojón con figura humana, y príveme de todos los bienes materiales conservándome el pensamiento y la palabra que me distinguen de las bestias...

Y sigo con mi historia. ¿Queréis saber por qué me retiró su confianza D. Matías? Ved aquí las causas diferentes de mi desgracia: la inclinación vivísima que á las cosas paganas sentía yo sin cuidarme de disimularla; mis preferencias de poesía y arte, manifestadas con un calor y desparpajo enteramente nuevos en mí; la soltura de modales y flexibilidad de ideas que repentinamente adquirí, como se coge una enfermedad epidémica ó se inicia un cambio fisiológico en las evoluciones de la edad; mi despego de los estudios teológicos, exegéticos y patológicos, en los cuales mi entendimiento desmentía ya su anterior capacidad; la insistencia con que volvía los cien ojos de mi atención á historiadores y filósofos vitandos, y aun á poetas que mi protector creía sensuales, frívolos y de poco fuste, pues él, por una aberración muy propia de la monomanía humanista, no quería más que clásicos latinos, sin poner pero á los que más cultivaron la sensualidad. Presumo yo que en esta displicencia del bondadoso D. Matías no tenía poca parte su grande amigo y Mecenaz el Embajador de España, D. José del Castillo, el cual nunca se mostró benévolo conmigo, y opinaba por que se me sometiera á un régimen más riguroso, resueltamente eclesiástico.



Si no me quería bien D. José del Castillo y Ayenza, yo le pagaba en la moneda de mi antipatía. Aquel señor chiquitín y enteco, desapacible y regañón, consumado helenista, mas tan celoso guardador de su conocimiento que á nadie quería transmitirlo, no fué entonces ni después santo de mi devoción. Cuando llegué á Roma, examinóme de poetas griegos, y hallándome no mal instruído, pero poco fuerte en la lengua, me indicó los ejercicios que debía practicar, se jactó de la constancia de sus estudios y me cantó el *versate mane*; mas no añadió aquel día ni después ninguna advertencia ó nuevo examen por donde yo le debiera gratitud de discípulo á maestro. Tengo por seguro que él fué quien sugirió á D. Matías la idea de encerrarme, porque mi buen paisano no veía más que por los ojos del traductor de Anacreonte, ni apartarse sabía de la órbita de pensamientos que su amigo le trazaba. Ningún día dejaba Rebollo de meter sus narices en el *Palazzo di Spagna*, y ambos se entretenían en dirigir con el cocinero guisos españoles, ó en chismorrear de cuanto en el Vaticano y Quirinal ocurría. En aquellas merendonas y comistrajés de arroz con mariscos, nació sin duda la resolución de mi encierro, para lo cual se escogió el colegio de San Apolinar, regido por los frailes del inmediato convento de San Agustín. Entre uno y otro instituto, próximos á la Plaza Navona, corre la torcida *via Pinellari*, de interesante memoria para el que esto escribe.



Duro fué el paso de la relativa libertad á la prisión, y mis ojos, habituados á la plena luz, penosamente se acomodaban á la obscuridad de tan estrecha vida, con disciplina entre militar y frailesca. Debo declarar que los agustinos no eran tiranos en el régimen escolar ni en el trato de los alumnos, y entre ellos los había tan ilustrados como bondadosos. Gracias á esto, mi pobre alma pudo entrar por los caminos de la resignación. Pero mi mayor consuelo fué la amistad que desde los primeros días contraí y estreché con dos mozuelos de mi edad, reducidos á la sujeción del colegio con un fin penitenciario. Llamábase el uno Della Genga, perteneciente á la ilustre familia de León XII, antecesor del que entonces regía la Iglesia; el otro Fornasari, milanés, de una familia de ricos mercaderes. Ambos eran muy despiertos y de gentil presencia. Della Genga sentía inclinación ardiente á la política y á la poesía, dos artes que allí no rababan de verse juntas, y con sutil ingenio daba romántico esplendor á las ideas subversivas; Fornasari, revolucionario en música, nos repetía los alientos vigorosos de Verdi y sus guerreras estrofas, que hacían estremecer los muros viejos, como las trompetas de Jericó. Su aspiración era dedicarse á cantante de ópera, y creía poseer una voz de bajo de las más cavernosas. Pero su familia le quería clérigo, y le sentenció al interinado como expiación de travesuras graves. Fogoso y sanguíneo, el milanés contrastaba

con nuestro compañero y conmigo, pues ambos éramos de complexión delicada, nerviosa y fina. Della Genga tenía semejanza con Bellini y con Silvio Pellico.

Si yo había entrado en San Apolinar con fama de inteligente y aplicado, no tardé en adquirirla de negligente y díscolo, mereciendo no pocas admoniciones de los maestros y del Rector. No había fuerza humana que me hiciera mirar con interés el estudio de la Escolástica y de la Teología, y aunque á veces, cediendo á la obligación, intentaba encasillar estos conocimientos en mi magín, salían ellos bufando, aterrados de lo que encontraban allí. Fué que, impensadamente, había yo hecho en mi cerebro una limpia ó despejo total, repoblándolo con las ideas que Roma y mis nuevas lecturas me sugirieron. Ya no tomaba tanto gusto de las Humanidades puras, ni encerraba la belleza poética dentro de los áureos linderos del griego y del latín; ya la filosofía que aprendí en Sigüenza se me salía del entendimiento en jirones deshilachados, y no sabía yo cómo podría recogerla y apelmazarla en las cavidades donde estuvo; ya las nociones primarias de la sociedad y de la política, de la vida y de los afectos, ante mí yacían rotas y olvidadas como los juguetes que nos divierten cuando niños, y de hombres nos enfadan por la ridiculez de sus formas groseras.

Los tres que nos habíamos unido en estrecho pandillaje ofensivo y defensivo leíamos á escondidas libros vitandos, y los comentá-

bamos en nuestras horas de recreo. Della Genga introdujo de contrabando las *Ideas sobre la Historia de la humanidad*, de Herder, y Fornasari guardaba bajo llave, entre su ropa, el libro de Pierre Leroux *De l'humanité, de son principe et de son avenir*. Con grandes embarazos leíamos trozos de ambas obras, que cada cual explicaba luego á los dos compañeros. El hábito de la ocultación, del misterio, nos llevó á sigilosas prácticas inspiradas en el masonismo, y no tardamos en inventar signos y fórmulas con las cuales nos entendíamos, burlando la curiosidad de nuestros compañeros. Estaban de moda entonces la masonería y el carbonarismo, y Fornasari, que era el mismo demonio y se había instruído no sé cómo en los ritos y garatusas de aquellas sectas, estableció entre nosotros un remedo de ellas, poniéndonos al tanto de los sistemas y artes de la conspiración. Nos teníamos por representantes de la *Joven Italia* dentro de aquellos muros, y con infantil inocencia creíamos que nuestra misión no había de ser enteramente ilusoria.

D. Matías, que en los comienzos de mi encierro me visitaba con frecuencia, reprendiéndome por mi desaplicación, iba después muy de tarde en tarde, y la última vez que le ví me sorprendió por la demacración de su rostro, y por el ningún caso que hacía de mis estudios. Otra particularidad muy extraña en él me causó pena y asombro: había-me hablado siempre mi buen protector en

castellano neto, sin que empañara la majestad del idioma con extranjero vocablo. Pues aquel día mascullaba un italiano callejero que era verdadera irrisión en su limpia boca española, y cortando á menudo el rápido discurso cual si su entendimiento trepidara con interrupciones rítmicas y la memoria se le escapara, decía: "*Ho perso il boccino*," y esto lo repetía sin cesar dando vueltas por la sala-locutorio con una inquietud impropia de su grave carácter. Despidióse bruscamente sonriendo, y en la puerta me saludó con la mano como á los niños, y se fué agitando las dos junto á su cráneo, sin dejar el estribillo *ho perso il boccino*... (sé me va la cabeza).

Grandemente me alarmó la extraordinaria novedad en las maneras y lenguaje de mi protector, y en ello pensé algunos días, hasta que absorbieron mi atención sucesos que á mí y á mis caros compañeros nos afectaban profundamente. La imposición de un fuerte castigo al bravo Fornasari fué parte á que nos declarásemos en rebeldía franca. Mientras nuestro amigo gemía en estrecho calabozo, discurríamos Della Genga y yo las lechorías más audaces, sin otros móviles que el escándalo y la venganza; y por fin, adoptando y desechando diferentes planes sediciosos, concluimos por escoger el más humano y atrevido: sacar de su prisión á Fornasari y escaparnos los tres, aventura novelesca cuyos peligros nos ocultaba el entusiasmo que nos poseía y la jactanciosa con-

fianza en nosotros mismos. Lo que de fuerza física nos faltaba lo suplía la astucia, y en aquel trance me revelé yo de revolucionario y violador de cárceles, porque todo lo urdí con admirable precisión y picardía, ayudado del claro juicio de mi compañero. La suerte nos favoreció, y la Naturaleza coadyuvó al éxito de la empresa, desatando aquella noche sobre Roma una tempestad que nos hizo dueños de los tejados, pues ni aun los gatos se atrevían á andar por ellos. Amparados de la obscuridad y del ruido con que los furiosos elementos asustaban á todos los moradores de San Apolinar, violentamos la prisión de Fornasari; provistos de sogas escalamos las techumbres, y envalentonados por la libertad que de fuera nos llamaba, así como por el miedo que de dentro nos expelía, saltamos al techo de las capillas bajas, de allí á la sacristía y baptisterio anexo, y por fin á la *via Pinellari*, donde ni alma viviente podía vernos, pues hasta los buhos se guarecían en sus covachas, y el viento y la lluvia eran encubridores de nuestra juvenil empresa.

Ya teníamos concertado refugiarnos en el Trastevere y plantar allí nues ros reales, por ser aquel arrabal propicio al escondite, y además muy del caso para el vivir económico á que nos obligaba la flaqueza de nuestro peculio. Della Genga tenía algún oro, yo un poco de plata, y Fornasari piezas de cobre. Reunidos en común acervo los tres metales y nombrado yo tesorero, nos apo-

sentamos cerca de la Puerta de San Pancracio en una casa modestísima, donde fuimos recibidos con desconfianza por no llevar más ropa que la puesta. En el aprieto de nuestra fuga, que no nos permitía ninguna clase de impedimenta, harto hicimos con procurarnos el vestido seglar que había de cubrir nuestras carnes al despojarnos de la sotana. Fué primera y necesaria diligencia, apenas instalados, comprar algunas camisas, para que viesen nuestras *locandieras* que no éramos descamisados; pero no nos valió este alarde de dignidad, porque la desconfianza patronil no disminuyó, y en cambio creció nuestro miedo al reparar que nos habíamos metido en una cueva de ladrones y desalmada gentuza de ambos sexos. Salimos de allí con nuevas ansias, y rodando por la gran ciudad dimos con nuestros cuerpos en un casucho situado en la *Bocca della Verità*, donde hallamos acomodo entre gente pobrísima.

Indudablemente, nuestro destino nos llevaba á situaciones arriesgadas, pues sin pensarlo nos habíamos ido á vivir en el cráter de un volcán: debajo de nuestro aposento, en lugar obscuro y soterrado, había una logia. Lejos de contrariarnos esta peligrosa vecindad, fué para los tres motivo de contento, y Della Genga, que era tan antojadizo como tenaz, no paró hasta procurarnos entrada en aquel antro, donde podíamos satisfacer nuestro candoroso anhelo de masonismo. Lo que allí ví y escuché no corres-



pondió al concepto que de los sectarios habíamos formado los tres en nuestras íntimas conversaciones. Mi desilusión fué, sin duda, mayor que la de mis amigos. Fornasari largó una noche un discurso lleno de hinchados disparates; pero su espléndida voz triunfó de los desvaríos de su lógica, y le aplaudieron á rabiar.

Hubiera yo querido que durante el día nos ocupáramos en algo que nos trajese medios de sustento, y que destináramos las noches á cosas distintas del vagar por calles y plazuelas, ó del servir de coro trágico en la logia; pero la desmayada voluntad de Della Genga no me ayudaba en mis iniciativas, y el otro parecía encontrar en la profesión masónica el ideal de sus ambiciones. En esto sobrevino la muerte del Papa Gregorio XVI, motivo de grande emoción en Roma, y en nuestra pequeñez no pudimos sustraernos al torbellino de opiniones y conjeturas referentes á la incógnita del sucesor. Durante muchos días no hablábamos de otra cosa, y cada cual tomaba partido por éste ó el otro candidato: ¿Sería elegido Lambruschini? ¿Seríalo Gizzi? A tontas y á locas, y sin ningún conocimiento en que fundar mi presunción, yo *patrocinaba* á Mastai Ferretti: era mi candidato, y lo defendía contra toda otra probabilidad, cual si hubiera recibido secretas confidencias del Espíritu Santo. Della Genga apostaba por Lambruschini, amigo de la familia y hechura de León XII; Fornasari, oficiando de cónclave unipersonal, votaba



por Gizzi, que gozaba opinión de liberal con ribetes de masónico, como había demostrado en su gobierno de la Legación de Forlì. Iba más lejos Fornasari, asegurando que Gizzi tomaría el nombre de Gregorio XVII. De mi candidato Mastai se burlaban mis compañeros, declarando el uno que el Austria no le quería, y que la Francia y la Bélgica apoyaban resueltamente á Gizzi. En estas disputas llegaron los perros... quiero decir los criados de Della Genga, á punto que entrábamos en la *trattoria* de la Plaza Cenci, á dos pasos del *Ghetto*, y ayudados de polizontes cogieron al prófugo caballerito, y poco menos que á viva fuerza se le llevaron. Escapamos Fornasari y yo corriendo como exhalaciones.

¡Cuán triste fué la pérdida, ó digamos salvación, de nuestro amigo! Aquella noche, viéndonos sin su compañía en el sucio camaranchón, lloramos como si se nos hubiera muerto un hermano. Y á la noche siguiente, hallándome yo dolorido de todo el cuerpo, salió Fornasari á comprar en la tienda cercana algunas fruslerías para nuestra nutrición, que de manjares ¡ay! muy pobres nos sustentábamos. Le esperé toda la noche, y no pareció... Para no cansar: ésta es la hora en que no he vuelto á verle; ni volvió, ni he sabido más de mi desgraciado amigo. Digo desgraciado, por no saber qué decir. Pasados tres días de ansiedad é inanición, salí de mi tugurio, no con intento de buscar al perdido, sino de alejarme de aque-

llos lugares, en que de continuo turbaba mis oídos run-run de polizontes.

Amparado de la callada noche, me fuí hacia Monte Testaccio, donde tuve la suerte de encontrar un alfarero que quiso admitirme, sin más estipendio que la comida, á las faenas de su industria, aplicándome á dar vueltas á la rueda del artefacto con que amasaba la arcilla. El primer día, ¡cosa más rara! me agradó el continuo revolver de noria, que á pensar me estimulaba. Pero pronto hube de cansarme de aquel método de raciocinio, y como el pienso no era bueno ni me daba el necesario vigor para sostener mis funciones de caballería pensante, me despedí. La vagancia, la mendicidad, el dormir en bancos al raso ó bajo pórticos del Campo Vaccino, el comer lo que me daban en porterías de hospicios ó conventos, fueron mis modos de existencia en aquellos tristes días. Harto ya de sufrir ayuno de buenos alimentos, y cubierto de andrajos, llegué al límite en que mi dignidad se reconciliaba con mis angustiosas necesidades físicas. Viendo en mí la dramática situación del *Hijo Pródigo*, me decidí á volver á la casa de mi buen D. Matías. Costóme no pocas ansiedades el resolverlo, y tan pronto caminaba hacia allá, como retrocedía, con terror de merecidas repri-mendas... Por fin cerré los ojos, y llena el alma de contrición y humildad llamé á la puerta de mi salvación, en la Plaza de *San Lorenzo-in Lucina*. Abrió un criado vestido de luto, que no me reconoció: tan lasti-

mosa era mi facha. Insistí en que no era yo un pobre desconocido que imploraba limosna: mi voz reveló lo que ocultaban mis harapos. Al fámulo se unió la cocinera, y con fúnebre dúo de *requiem* me dijeron que mi protector había muerto. ¡Oh súbita pena, oh inanición cruel!... Mi turbada naturaleza no supo separar el noble sentimiento del brutal instinto, y llorando me abalancé á la comida que me ofrecieron.

### III

**Sigüenza, Noviembre.**—Al amanecer de hoy, bajando de Barbatona, ví á la gran Sigüenza que me abría sus brazos para recibirme. ¡Oh alegría del ambiente patrio, oh encanto de las cosas inherentes á nuestra cuna! Ví la catedral de almenadas torres; ví San Bartolomé, y el apiñado caserío formando un rimero chato de tejas, en cuya cima se alza el alcázar; ví los negrillos que empezaban á desnudarse, y los chopos escuetos con todo el follaje amarillo; ví en torno el paño pardo de las tierras onduladas, como capas puestas al sol; ví por fin á mi padre que á recibirme salía con cara doble, mejor dicho, partida en dos, media cara severa, la otra media cariñosa. Salté del coche para abrazarle, y una vez en tierra, hice mi entrada á pie, llegando á la calle de Travesaña, donde está mi casa, con mediano séqui-

to de amigos, y de pobres de ambos sexos, ciegos, mancos y cojos, que sabedores de mi llegada querían darme la bienvenida... La severidad de más enridado para mí, que era la de mi madre, se disolvió en tiernas palabras. Verdad que de mis horrendas travesuras en Roma no le habían contado sino parte mínima. Seguía, pues, creyendo con fe ciega en mi glorioso destino eclesiástico, y suponía que, al regresar á la patria, almacenadas traía en mi cerebro todas las bibliotecas de Italia. Mi hermano Ramón fué quien más displicente y jaquecoso estuvo conmigo, anunciándome que si no me determinaba á recibir las órdenes en España, aspirando á un curato de aldea, ó cuando más á una media ración en aquella Santa Catedral, la familia tendría que abandonarme, dejándome correr por los caminos más de mi gusto, ora fuesen derechos, ora torcidos... De todo esto hablaré más oportunamente, pues anhelo proseguir lo que dejé pendiente de mi romana historia.

Pego la rota hebra diciendo que el mayordomo de mi tío, Cristóbal Ruiz, español italianizado que había sido fámulo en Monserrat, me informó de la dolencia y muerte del bendito Rebollo. Había sido un lamentable desarreglo de la mente, motivado, según colegí de las medias palabras de Ruiz al tratar este punto, por agrias discordias con otros clérigos de la Rota. De mis desvaríos en San Apolinar y de mi escandalosa fuga y vagancia no dieron al buen señor conocimien-

to, pues ya había perdido el suyo, y desprovisto de memoria y de juicio, su vocabulario quedó reducido al *ho perso il boccino*, que estuvo repitiendo hasta el instante de su muerte. Quién se cuidó de participar á mi familia, con el fallecimiento de Rebollo, mis atroces barrabasadas, es cosa que no he sabido con certeza; pero si no me engaña el corazón, el encargado de esta diligencia fué un secretario del Embajador Don José del Castillo. Díjome también Cristóbal Ruiz que una radical divergencia en la manera de apreciar no sé qué asunto de derecho canónico, había turbado profundamente la cordial amistad entre el representante de España y su protegido, llevando á éste al remate de su delirio. Cuando apenas se había iniciado la dolencia, hizo D. Matías testamento, nombrando ejecutor de sus disposiciones á otro de sus mejores amigos, Monseñor Jacobo Antonelli, segundo Tesorero, ó e mo si dijéramos, Secretario de Hacienda, persona muy bien mirada en la Corte Pontificia por su talento político y su mundana ciencia. Al tal sujeto habría yo de presentarme, pues, según Ruiz, debía tener instrucciones de Rebollo referentes al cuidado de mis estudios y á la paternal tutela que conmigo ejercía.

Vacilando entre la vergüenza de presentarme á Monseñor y el estímulo de poner fin á mi desamparo, pasaron algunos días que no fueron malos para mí, pues me hallaba asistido de ropa, casa y alimento, y además

libre, con toda Roma por mía, para pasar el tiempo en amena vagancia, reanudando mis amistades de artista y de arqueólogo con tantas grandezas muertas y vivas. Los ruidosos acontecimientos de aquellos días de Junio me arrastraban á vivir en la calle, siempre con la esperanza de tropezar con mis perdidos camaradas Fornasari y Della Genga. Mientras duró el Cónclave que debía darnos nuevo Papa, me confundí con las multitudes que aguardaban ansiosas en Monte Cavallo. En la noche del 16 al 17, corrió la voz de que había sido elegido Mastai, lo que fué para mí motivo de grandísimo contento, porque el Espíritu Santo me daba la razón contra mis amigos. Al día siguiente, ví al Cardenal Camarlengo Monseñor Riario Sforza salir al balcón del Quirinal, pronunciando con viva emoción el *Papam habemus*. ¡Y era Mastai Ferretti, mi candidato, el mío, el mío, *qui sibi imposuit nomen Pium IX!* A las aclamaciones de la multitud uní todo el griterío de que eran capaces mis pulmones, y cuando el nuevo Pontífice salió á dar al pueblo romano su primera bendición, creí volverme loco de entusiasmo y alegría. Si mil años viviera, no se borraría de mi alma la impresión de aquellos solemnes instantes, ni tampoco la del 21 en San Pedro, inolvidable día de la coronación. Imposible que dé yo idea del cariño que despertó el nuevo Papa. Toda Roma le amaba, y yo, con íntima efusión que no sabía explicarme, le amaba también



y le tenía por mío, sin dejar de ver en él el amor de todos, creyendo cifradas en su persona la felicidad de Roma y de Italia.

Decidido á presentarme al famoso Antonelli, pues algún término había de tener mi vagabunda interinidad, ví aplazada de un día para otro la audiencia que solicité. Monseñor fué nombrado Ministro de Hacienda, después Cardenal. Los negocios de Estado y las atenciones sociales alejaban de su grandeza mi pequeñez. Por fin, una tarde de Julio me llamó á su casa, y fuí temblando de esperanza y emoción. Recibíome en su biblioteca, y se mostró desde el primer momento tan afectuoso que ganó mi confianza, haciéndome desear que llegase una feliz ocasión de confiarle todos mis secretos. Era un hombre alto y moreno, de mirada fulminante, de rasgada y fiera boca con carrera de dientes correctísimos, que ostentaban su blancura dando gracia singular á la palabra. El rayo de sus ojos de tal modo me confundía, que no acertaba yo á mirarle cuando me miraba. Sujetóme á un interrogatorio prolijo, y con tal arte y gancho tan sutil hacía sus preguntas, que le referí todas mis maldades, sintiéndome muy aliviado cuando no quedó en mi conciencia ninguna fealdad oculta. A mi sinceridad correspondió Su Eminencia poniendo en su admonición un cierto aroma de tolerancia, que del fondo de su pensamiento á la superficie de sus palabras severas trascendía.

Díjome entre otras cosas que procurase



fortalecer mi quebrantada vocación religiosa, redoblando mis estudios, aislándome del mundo y reedificando mi sér moral con meditaciones. Insistí yo en manifestarle que me sería muy difícil sostener mi vocación; pero que aplicaría á tan grande intento toda mi voluntad, sometiéndome á cuantos planes de conducta me señalara y sistemas educativos se sirviera proponerme. No me acobardaban los estudios penosos; pero el internado y la disciplina cuarteltesca de los principales centros de enseñanza no se avenían con mi natural inquieto, ni con las osadas independencias que me habían nacido en Roma, como si al pisar aquella tierra me salieran alas. Sin duda le convencí, ¡no era flojo triunfo! porque me propuso hacer conmigo esta prueba: durante un año emprendería yo formidables estudios, conforme á un plan superior acomodado á mi primitiva vocación, y sin someterme á la esclavitud del internado. Enumerando el programa de mis tareas, señalóme el *Colegio Romano* para las ciencias eclesiásticas, la *Sapienza* para la Jurisprudencia y Filosofía, y para las lenguas sabias el colegio de la *Propaganda*, regido á la sazón por el portentoso políglota Mezzofanti. En todo convine yo, con expresiones de reconocimiento, y éste subió de punto cuando el Cardenal me manifestó que cuidaría de alojarme, si no en su propia casa, junto á personas de su familiaridad ó servidumbre, en lo cual no hacía nada extraordinario, pues D. Ma-

tías había dejado caudal suficiente para ésta como para otras sagradas atenciones. Encantado le oí, y mayor fué mi entusiasmo cuando al despedirme me ordenó volver tres días después.

En la segunda entrevista, disponiéndose Su Eminencia á partir para Castel Gandolfo, recreo estival del Papa, me indicó que fuese á pasar las vacaciones á su quinta de Albano, donde hallaría dispuesta una estancia. Me encargaba del arreglo de su biblioteca que tenía en gran desorden, innumerables libros sin catalogar, y todos los que fueron de D. Matías metidos en cajas, esperando ser clasificados por materias y puestos en los estantes. No me dió tiempo ni á expresarle mi gratitud, porque el coche le aguardaba á la puerta. Salió para Castel Gandolfo, y yo al siguiente día para Albano, gozoso, con ilusiones frescas y ganas de vivir, creyendo que la vida es buena y que en ella hay siempre algo nuevo que ver y descubrir.

La residencia del Cardenal en Albano es arreglo de una incendiada *villa* de los Colonnas recompuesta modestamente. Elegantisíma puerta del Renacimiento se da de bofetadas con ventanas vulgares. Restos de soberbia escalinata son el ingreso de la biblioteca, y en las cocinas hay un friso con bajo-relieves. La misma confusión ó engarce de riquezas muertas con vivas pobreza se advierte en el jardín, donde permanece un trozo en setos vivos de ciprés lindando

con plantíos nuevos y euadros de hortaliza. Hermosa es por todo extremo la situación del edificio, al Sur de la ciudad, no lejos de la Nueva Vía Appia. Desde la ventana de mi aposento veía yo el sepulcro de los Horacios y Curriacios, y los montes Albanos y los pueblecitos de Ariccia y Genzano... Tal era el desorden de la biblioteca, que empleé todo el verano en remediarlo; y absorto en faena tan grata para mí, se me iba el tiempo sin sentirlo, en dulce concordia con los habitantes de la casa, que me asistían cariñosamente y me tenían por suyo. Siete mujeres había en la *villa*, y aunque viejas en su mayor parte (dos eran niñas de catorce á quince años), gustábame su cordial trato. Entendí que eran familias de la servidumbre jubilada del Cardenal, que conservaba los criados aun en el período de su decadencia inútil. Todo aquel mujerío y dos hombres, el uno jardinero, cochero el otro, ambos con traza de bandidos, procedían de Terracina, el país de Antonelli. Las dos *ragazze*, una de las cuales era bonitilla, la otra jorobada, me ayudaban juguetonas y alegres en mis tareas de bibliófilo, y al caer de la tarde nos íbamos á dar una vuelta por las orillas del lago Albano, ó emprendíamos despacito y charlando la ascensión al Monte Cavo para gozar la vista de todo el territorio Albano y del mar, incomparable belleza de suelo y cielo, ante la cual acompañado me sentía de los antiguos dioses.

Terminadas las vacaciones, volví á Roma

con cuatro de aquellas mujeronas y la corcovadita, y empecé mis estudios, instalado en el piso alto del palacio de Su Eminencia, en el Borgo-vecchio. Comenzó para mí una vida monótona y de adelantos eficaces en mis conocimientos. Los estudios de lenguas orientales en la *Propaganda* me cautivaban; tanto allí como en la *Sapienza* hice amistades excelentes, y un día de Diciembre tuve la inefable sorpresa de encontrarme á Della Genga, que me abrazó casi llorando. Sus padres, convencidos al fin de que á la naturaleza varonil del chico se ajustaba mal la sotana, dedicáronle á la jurisprudencia y al foro. Estaba mi hombre contento, y orgulloso de su moderada libertad. Restablecida nuestra fraternal concordia, juntos estudiábamos y juntos nos permitíamos algún esparcimiento propio de la juventud. Debo declarar con toda franqueza que Della Genga me corrompió un tantico, y empañó la pureza de mi moral en aquellos días, comunicándome eficazmente, hasta cierto punto, su innata afición á la mitad más amable del género humano. Acúsome de esto, afirmando en deseargo mío que mis debilidades no pasaron de la medida discreta. Y para que todo sea sinceridad, añadiré que no tuvo poca parte en mi comedimiento mi escasez de dineros, la cual vino á ser un feliz arbitrio de la Providencia para preservarme de chocar contra escollos, ó de ser arrastrado en vertiginosos remolinos.

## IV

*Majora canamus.* — Igualábame Della Genga en la admiración al nuevo Pontífice y en creerle como enviado del Cielo para devolver á Italia su grandeza, y dar á los pueblos fecundas y libres instituciones. Toda Roma creía lo mismo. Mastai Ferretti sería como un pastor de todas las naciones, que sabría conducir las por el camino del bien eterno y de la terrestre felicidad. Cuantas disposiciones tomaba el Santo Padre eran motivo de festejos, y las iluminaciones con que fué celebrada la amnistía repetíanse luego por motivos de menos transcendencia. Siempre que á la calle salía Pío IX, se arremolinaba la multitud junto á su carruaje, y los vivas y aclamaciones, repitiéndose en ondas, conmovían á toda la ciudad. Por cualquier suceso dichoso, y á veces sin venir á cuento, se improvisaban procesiones y cabalgatas, y las sociedades que habían sido secretas y ya se habían hecho públicas, salían con sus abigarrados pendones entonando himnos. Pasado algún tiempo de esta patriótica efervescencia, el entusiasmo empezó á degenerar en delirio, y las demostraciones en vocerío y alborotos.

Era Della Genga devotísimo de las ideas de Gioberti, y yo no le iba en zaga. Habíamos leído y releído el *Primato degli italia-*

ni, y soñábamos con la redención de Italia y su gloriosa unidad bajo la sacra bandera del Vicario de Cristo. Esto pensaba yo, y con inquebrantable fe pensándolo sigo y me creo portador de tan saludables ideas á mi querida patria. Pío IX, que en sus virtudes preclaras, en su poderoso entendimiento y hasta en su rostro plácido y expresivo, conquistador de voluntades, trae el sello de una misión divina, efectuará la restauración civil de la península itálica, inmensa obra que no ha podido ser realidad por no haberse empleado en ella el ligamento de las creencias comunes, de la enseñanza católica. Roma será, pues, la metrópoli de la Italia moral, y cabeza de la política, y creará un pueblo robusto, tan grande por la fuerza como por la fe. El báculo de San Pedro guiará en esta conquista á los italianos, enseñando á la Europa entera el camino de la fecunda libertad. De esta idea y de sus infinitas derivaciones hablábamos mi amigo y yo á todas horas, siempre que nuestra malicia ó la frivolidad propia de muchachos no nos llevaban á conversaciones menos elevadas.

Y escribíamos sobre el mismo tema político sendas parrafadas ampulosas, que nos leíamos *ore alterno* buscando el aplauso, y éste fácilmente coronaba nuestras lucubraciones. Por cierto que un día (pienso que por Febrero de este año) mi orgullo me sugirió la idea de mostrar al Cardenal una enfática disertación que escribí sobre el mag-



no asunto de la época, con el título de *Risorgimento dell' Italia una e libera*, y quedándose con mi mamotreto para leerlo en el primer rato que tuviera libre, á los ocho días me llamó para decirme que no estaba mal pensado ni escrito; pero que no robase tiempo á mis estudios para meterme á divagar sobre lo que ya habían tratado las mejores plumas italianas. Comprendiendo que ni mi discurso ni la materia de él eran de su agrado, salí de la presencia del grande hombre un tanto corrido.

Bien entrada ya la primavera, un ataquillo de malaria, que me cogió debilitado, interrumpió en mal hora mis estudios y hube de guardar cama, presentándose la calentura tan insidiosa que ni alivio ni recargo sentí en todo un mes. Por fin, el Cardenal me mandó á Subiaco, acompañado de la jorobadita y de una de las vejancónas. El puro aire de los montes Albanos me restableció en otro mes de régimen severo y de mental descanso; pero no pude asistir á exámenes ni pensar en nueva campaña escolar hasta el otoño próximo, lo que sentí de veras, porque en la *Propaganda* me iba encariñando con el hebreo y sánscrito, y en la *Sapienza* figuraba entre los más lucidos estudiantes de Patrología y de Lugares teológicos, sin olvidar la Jurisprudencia, Concilios, etc...

Y heme de nuevo, apenas apuntaron los calores de Julio, en la placentera residencia de Albano, libre y bien atendido, com-



partiendo mis horas entre los paseos por las alamedas que conducen á Castel Gandolfo, ó por la Nueva Vía Apia, y el trajín de la biblioteca, que me recibió como un viejo amigo brindándome con todo el embeleso de sus mil libros interesantes, apetitosos, llenos de erudición los unos, de amenidad los otros. ¡Oh soledad dichosa, oh dulce presidio!

De un verano á otro, había cambiado el personal de la villa, pues dos ancianos murieron, otros dos se habían ido á Terracina, y en su lugar hallé un matrimonio de edad avanzada y dos mozas muy guapas: una de ellas, á poco de estar yo allí, fué conducida á Frascati, donde veraneaba el Cardenal con una noble familia polaca. La que en casa quedó no era jovenzuela, sino propiamente mujer y aun mujerona, de más que mediana talla, esbelta, gran figura, tipo romano de lo más selecto, cabello y ojos negros, la tez caldeada, con tono de barro cocido. Su trato parecióme un poco salvaje, como recién cogida con lazo en los campos de Terracina; vestía poco, despreciando las modas y prefiriendo los trajes de su pueblo. ¿Era casada ó viuda? Nunca lo supe, pues de sus palabras á veces se colegía que el esposo había fenecido en la plenitud de sus hazañas bandoleras, á veces que se había marchado á Buenos Aires. Esta doble versión podía explicarse por el hecho de que no fuese un marido, sino dos los que ya contaba en su martirologio. No insistí yo mucho en inquirirlo,

pues noté en la buena moza marcada repugnancia de los estudios biográficos. Llamábanla Bárbara ó Barberina, nombre que le encastraba maravillosamente, porque leía muy mal y apenas sabía escribir; mas con su natural despejo disimulaba tan graciosamente la ignorancia, que valía más su conversación que la de veinte sabios. Gustaba yo de charlar con ella, más que por la rudeza de sus dichos, por verle los blanquísimos dientes que al sonreír mostraba, y admirar el encendido color de su rostro iluminado por la elocuencia de mujer burlona.

Pero no se crea que las burlas, á que tan aficionada era, escondían un carácter avieso y malicioso, no. Era muy buena la salvaje Barberina, y á mí me tomó decididamente bajo su amparo y protección, y me cuidaba como á hermano. Viéndome tan endeblucho, se desvivía por reparar mi quebrantado organismo, dándome calditos ó infusiones entre horas, y haciéndome el plato en las comidas con propósito de llenarme el buche de cosas substanciosas y bien digeribles. Guardaba en sus bolsillos golosinas para obsequiarme, de sorpresa, cuando paseábamos junto al lago con la jorobadita y otras muchachas, y atendía también singularmente á mi descanso nocturno, evitando todo ruido en la *villa*, y alejando de mi aposento la caterva de gatos y perros que en la casa tenían su albergue.

Agradecido á tantas bondades, se me ocurrió la felicísima idea de pagarle sus bene-

ficios con otros no menos valiosos. Cualquiera, por egoísta que fuese, habría pensado lo mismo, ¿verdad? Ella cuidaba de mi corporal existencia, dándome salud y robustez; pues yo cuidaría de embellecer su espíritu, dándole el jugo de la ilustración, de que se alimentan los seres escogidos, *etcétera...* En fin, que si ella me nutría, yo la educaba, le devolvía sus obsequios perfeccionándola en la lectura y enseñándola á escribir correctamente. Cuánto se holgó Barberina de mi plan de recíproca beneficencia, no hay por qué decirlo. Al punto empezamos la campaña, brindándonos á ello el tiempo que en aquel apacible retiro nos sobraba, y el sosiego de la retirada y fresca biblioteca. La hice leer *I Promessi Sposi*, y advirtiéndole su predilección por lo que más hería su sensibilidad, nos metimos con los poetas, prefiriendo los modernos, para huir del estorbo de los arcaísmos. Con tal cariño tomó estas lecturas, que al fin se me hizo largo el espacio de sus lecciones. Y yo no volvía de mi sorpresa viendo que todo lo comprendía, que ninguna delicadeza de sentimiento, ni alegórica ficción, ni gallardía de estilo se le escapaba. Y cuando nos poníamos á comentar, ¡qué candorosa sinceridad y qué claro juicio en aquella salvaje! Lloraba con las ternezas religiosas de Manzoni, se entusiasmaba con el fiero nacionalismo de Monti y de Alfieri, y Leopardi la dejaba no pocas veces silenciosa y cejijunta.

Menos afortunado era el maestro en la es-

critura, porque los dedos de la cerril discípula no conservaban la flexibilidad y sutileza de su virgen entendimiento. Gustábame guiar aquella dura y fuerte mano, tan bien modelada que parecía la mano de Minerva ó de Ceres. Pero los adelantos no correspondían á los esfuerzos de ella, acompañados de hociquitos y muecas con sus carnosos labios, ni á la paciencia y esmero que yo ponía en mis lecciones. Acababan éstas con los dedos de ambos manchados de tinta, y con la exclamación de ella lamentando su torpeza. Hecha su mano al rastrillo, al biello, á la pala y á otros rústicos instrumentos, se avenía mal con la pluma. Por consolar á mi educanda, decíale yo que trocaría mi buen manejo de escritura por la fuerza y la paz que da la vida del campo, y que un labrador inteligente es el primero de los sabios, que con el arado escribe en la tierra el gran libro de la felicidad humana. Pero estas pedanterías no la curaban de su desconsuelo, y á la siguiente lección volvía con más empeño á la faena.

Corriendo con lenta placidez los días, Barberina progresaba en la instrucción, y ambos en la confianza mutua, sin el menor detrimento de la honestidad. Pedíame ella que le hablase de mi familia y de mi pueblo, y que le contara cuanto de mi infancia recordaba. De la suya y de su parentela, así como de su matrimonio, nada me contaba ella, creyendo, sin duda, que su historia no podía interesarme. Cada día se in-

quietaba más por mi salud, y á sus cuidados del orden doméstico añadía discretas exhortaciones referentes á la vida moral. En sus sermones me incitaba á la pureza de costumbres, y afeaba mi ardorosa afición á las cosas paganas. De tiempo en tiempo hacía yo veloces escapadas á Roma, volviendo con algunos libros ó cualquier objeto, cuya compra, según yo decía, me precisaba. Recibíame Barberina, al regreso, con dolorida severidad, afirmando que mi salud y aun mi decoro estaban en peligro, si no me penetraba del respeto que debemos á nosotros mismos y á la sociedad. Más sutil moralista no he visto nunca. No pude menos de rendirme á tan sabios consejos, bendiciendo la boca que me amonestaba, y declarando que á cuanto me ordenase había de someterme. Todo el afán de mi amiga era preservarme de los peligros que en el mundo cercan á una juventud delicada, y yo, considerando la inmensa valía de esta tutela, me abrasaba en admiración y reconocimiento.

No disminuía con esto nuestra afición á las lecturas, y si ella leía por ejercitarse, hacía lo yo por darle el modelo de la entonación, y por entretenerla y deleitarla con útiles pasatiempos. Observé que las cosas serias la interesaban más que las jocosas, y las humanas, construídas con elementos de verdad, más que las imaginativas. Después del *Jacopo Ortis* y de las *Prisiones*, leí parte de la *Eloísa* de Rousseau, y de aquí sal-

tamos á las *Confesiones*, cuyos primeros capítulos fueron el encanto de Barberina. Burla burlando llegamos á la presentación de Juan Jacobo en la casa de Madame Warrens, al carácter y figura de ésta, á la maternal protección que dispensó al joven ginebrino, y por fin, al ingenioso arbitrio de la dama para preservar á su amiguito de los riesgos que corre un jovenzuelo impresionable si se le deja solo ante el torbellino del mundo y las asechanzas del vicio. Admirable nos pareció á entrambos aquel pasaje, que Barberina alabó con vivos encarecimientos... Mi amor á la verdad me obliga á terminar este relato repitiendo el famosísimo *quel giorno più non vi leggemmo avanti*.

## V

Alegría insensata y sombríos temores alternaban en mi alma desde aquel día. ¡Amor, conciencia, cuán desacordes vais comunmente en la vida humana! Amargaban la dulzura de mi juvenil triunfo sobresaltos y presentimientos tristísimos, y mi felicidad en ellos se disolvía como la sal en el agua. Perseguíame el espectro del Cardenal pronunciando la acusación y cruel sentencia que yo merecía, y en mis sueños me visitaba, y despierto le sentía próximo á mí. Seguramente no tendría yo valor para poner mi rostro pecador ante el de Su Eminencia.



El temido rayo de sus ojos me haría caer exánime; me faltaría valor aun para pedirle perdón de mi vergonzoso ultraje á la ley de hospitalidad.

Algún alivio me dió la noticia, por la propia Barberina comunicada, de que el Cardenal no parecería en mucho tiempo por Albano, ni aun de paso para Castel Gandolfo. Desde Frascati, deteniéndose en Roma sólo una noche, había pasado á Rímíni, sin duda con una misión secreta de Su Santidad para el Embajador de Austria que allí veraneaba. Calculando mis huéspedes la duración de la ausencia por el equipo y servidumbre que Antonelli llevaba, presumían que iría también á Viena. No obstante estas seguridades de respiro, yo no tenía sosiego, y pedía fervorosamente á Dios que complicase los asuntos diplomáticos de la Santa Sede en términos tales, que mi protector tuviese que ir también á San Petersburgo, y de allí á Pekín, atravesando toda el Asia en camello, en elefante, ó en otro vehículo animal de los más lentos.

Por aquellos días empezaron á tomar mal cariz las cosas políticas. La popularidad del Papa era ya molesta, tirando á la confianza irrespetuosa: los entusiasmos de la plebe, dirigida por las Sociedades ó Círculos, no eran ya simples alborotos, sino motines en toda regla. Las concesiones de Su Santidad al espíritu moderno les parecían poco, y ya pedían la Luna, la Osa Mayor y el Zodiaco entero. El clamor de reformas era tan

intenso, que el adorado Mastai Ferretti se veía compelido á dar gusto al pueblo nombrando un Ministerio láico. Gustaba yo de la inquietud porque no sólo veía en ella la palpitación generatriz del ideal de Gioberti, tomando carne y forma de cosa real, sino porque el tumulto y todo aquel revolver de las ondas sociales me parecían á mí muy propios para que en ellos se escondiera mi delito y quedase ignorado, impune. *¡Ahí, come mal mi governasti, amore!*

Mas un día *¡corpo di Baco!*, anunciaron que el Cardenal estaba de vuelta en Roma, y ya no hubo para mí tranquilidad. Pasó por mi mente la idea de fugarme: comuniqué este pensamiento á Barberina, la cual me dijo que había pensado lo mismo. Proprésome que nos fuéramos á España... ¡A buena parte! dije yo. De escapar, á Nápoles para plantarnos en Egipto, ó á Génova para emigrar calladitos á Buenos Aires, donde pondríamos un café, una tienda de bebidas... no, mejor un colegio, en el cual yo abriría cátedra *de omni re scibile*. Felizmente, ninguno de estos disparates prendió en mi mente, y la irresolución, que en normales casos suele perdernos, en aquel fué mi salvación... Mientras discutíamos mi amada y yo si nos estableceríamos en Corfú ó en Alejandría, vino un recado de Antonelli, llamándome con urgencia. ¡Ay!... ¡ay!

Se me olvidó apuntar que el matrimonio anciano que regía la casa, mirábame ya como cosa perdida. Días antes, notaba yo en

sus rostros cólera, menosprecio, amenaza: cuando me vieron llamado á la presencia del amo, su actitud era compasiva, como la de los curiosos que asisten al paso del condenado á muerte, camino de la horca ó de la guillotina. Y en efecto, en mí se determinaba la insensibilidad del reo en la capilla momentos antes del suplicio. Salí de la casa sin poder ver á Bárbara; creí que se había encerrado en su habitación. Quise subir, y no me dejaron. “¡Barberina!”, grité desde abajo, y nadie me respondió... Partí con el corazón despedazado, mordiendo mi pañuelo. Luego me dijo el cochero que aquella madrugada, la buena moza, obedeciendo órdenes terminantes del Cardenal y guardando el mayor secreto, había partido para Terracina... á pie, sola... Y no había miedo de que se desviara de su ruta, ni que desobedeciera la terrible y concisa orden. Protesté, lloré, rugí, y el cochero con filosófico humor y flemático desdén me dijo: “*¡Ah, signore! questo e peggio che l' Inquisizione. Ma, non dubiti, la sconteranno sti pretacci, figli di cani.*”, Hablamos de política. Pronto comprendí que estaba el hombre cogido por las sociedades secretas.

“Un hombre, sólo hay un hombre que pueda traernos la revolución.

—¿Y quién es ese hombre?

—Mazzini...,”

Mi pena no me dejó espacio para sostener la conversación. ¿Qué me importaban á mí Mazzini y toda la turbamulta de las logias?

Llegué al palacio del Cardenal con la esperanza de que sus ocupaciones no le permitirían acordarse de mí, de que no podría recibirme, de que tendría yo que aguardar horas, días quizás... Quedéme aterrado al ver que el portero, como si me esperase, me mandó pasar en cuanto bajé del coche, y luego un ujier, sin darme descanso ni respiro, me introdujo en la biblioteca, donde ví á Su Eminencia despachando con un secretario. Yo apenas respiraba: yo pensaba en Dios, como el espía, víctima de la ley de guerra, que es conducido ante el pelotón que ha de fusilarle. Más atento al despacho que á mí, el grande hombre no se dignó mirarme. Un cuarto de hora, que hubo de parecerme un cuarto de siglo, duró mi ansiedad: y cuando el secretario recogiendo papeles á marchar se disponía, yo, paralizado y mudo en el centro de la pieza, extrañaba que no me vendasen los ojos para el trance fatal.

No ví la mirada de Antonelli cuando me mandó acercarme, porque yo no podía levantar del suelo mi vista. El tono de su voz no me pareció demasiado duro. Me atreví á mirarle, y hallé en su rostro un desdén compasivo, no la cólera de Júpiter que yo esperaba. La angustia que me oprimía tuvo el primer alivio cuando Su Eminencia me preguntó por mi salud, aunque debía yo creer que era pura fórmula. Como le contestase, por decir algo, que no me encontraba bien, díjome que me propondría un remedio eficaz para la completa reparación de mi organis-

mo. Nueva sorpresa mía con su poquito de pavor. ¿Cuál era este remedio? No tardó en decírmelo: el regreso á España. Los aires natales me serían muy provechosos. Con más miedo que finura contesté que me parecía muy bien. *Ed egli à me*: “Hijo mío, bien á la vista está que tus esfuerzos para conservar la vocación religiosa son inútiles. La Naturaleza manda en tí como señora absoluta, y no sabes cultivar el espíritu robusto que debe sojuzgarla...”. Admirado de tanta sabiduría, nada supe contestar. Parecióme que aquello de sojuzgar la Naturaleza era también fórmula, y que Su Eminencia echaba mano de los tópicos que sólo sirven para aleccionar á la infancia, sin tener más que un valor pedagógico semejante al de las palmetas. *Poi ricomincio*: “Tus facultades prodigiosas se pierden en la distracción. Tal vez has errado la vía, y debes buscar otra en que la distracción misma no sea un impedimento, sino un estímulo. Para brillar en artes ó ciencias no es necesario ser benedictino. La tutela que me delegó el buen D. Matías, yo la devuelvo á tus padres, que la ejercerán con más fruto que yo. En Italia te pierdes: gáñate en España, donde empezarás por hacer efectiva tu vocación de marido... Tu familia te procurará un buen matrimonio.”

Pausa. Conmovido pronuncié al fin vagas expresiones de aquiescencia. Y como indicase que me prepararía para el regreso á mi tierra, dijo el Cardenal: “De aquí á la noche, recogerás cuanto necesites llevar contigo.

libros y ropa; al amanecer saldrás de Ostia en un barco que se da á la vela para la costa valenciana., Dejóme atónito esta conminación que no admitía réplica, y con un gesto manifesté mi conformidad. Ya sabía yo con quién me las había y cómo las gastaba el caballero. Al despedirme, sólo me dijo: “En la política de tu país puedes abrirte camino ancho, que allá tienes dos especies de hombres afortunados: los tontos y los que se pasan de listos. Procura tú ser de los últimos., La substanciosa frase me hizo sonreír, y besándole la mano, salí para disponerme á cumplir mi sentencia. Ya no le ví más. Comí, llené de libros una caja y un cofrecillo, de ropa un baúl, y me entregué al mayordomo, encargado por Su Eminencia de ponerme en camino. La sentencia se cumplió *manu militari*, porque un agente de policía fué quien me condujo á Ostia, á poco de anochecido, no soltándome de su férrea mano hasta dejarme á bordo de la urca, libre y quitto de todo gasto, bien amonestado el patrón para que pusiese cien ojos en mí mientras el barco no se diese á la vela.

¡Adiós, Italia; adiós, Roma, corazón del Paganismo, cabeza de la Iglesia; adiós, Barberina, ara de mi primera ofrenda al tirano Dios! Así como los antiguos ponían sus muertos en las constelaciones, yo quiero darte luminosa eternidad en el firmamento... Durante las noches de mi largo viaje, he clavado de continuo mis ojos *nelle vaghe stelle dell' Orsa*.



## VI

**Sigüenza, Noviembre.** — Quedamos en que bauticé con el nombre de *Barberina* la estrella más brillante de la Osa Mayor, la que los astrónomos, según creo, llaman *Mizar*, y con esto puse final punto á mi historia de Albano....

Cosas y personas mueren, y la Historia es encadenamiento de vidas y sucesos, imagen de la Naturaleza, que de los despojos de una existencia hace otras, y se alimenta de la propia muerte. El continuo engendrar de unos hechos en el vientre de otros es la Historia, hija del Ayer, hermana del Hoy y madre del Mañana. Todos los hombres hacen historia inédita; todo el que vive va creando ideales volúmenes que ni se estampan ni aun se escriben. Digno será del lauro de Clío quien deje marcado de alguna manera el rastro de su existencia al pasar por el mundo, como los caracoles que van soltando sobre las piedras un hilo de baba, con que imprimen su lento andar. Eso haré yo, caracol que aún tengo largo camino por delante; y no me digan que la huella babosa que dejo no merece ser mirada por los venideros. Respondo que todo ejemplo de vida contiene enseñanza para los que vienen detrás, ya sea por fas, ya por nefas, y útil es toda noticia del vivir de un hombre, ya

ofrezca en sus relatos la diafanidad de los hechos virtuosos, ya la negrura de los feos y abominables, porque los primeros son imagen consoladora que enseñe á los malos el rostro de la perfección para imitarlo, los otros imagen terrorífica que señale á los buenos las muecas y visajes del pecado para que huyan de parecersele. Habiendo aquí, como habrá seguramente, enseñanza para diferentes gustos, no me arrepiento del propósito de mis Memorias ó Confesiones, y allá voy ahora con mi cuerpo y mi juventud y mi buen ingenio por el anchuroso campo de la vida española.

Ya es ocasión de que es hable de mi familia. Propietario de flacas tierras en este término es mi padre: poséelas mi madre de más valor en Atienza; pero reunidos ambos patrimonios no bastaron para el sostén de familia tan numerosa, por lo cual mi señor padre ha tenido que arrimarse á la Política y á la Iglesia, y tiempo ha que desempeña la Contaduría de esta Subalterna, y es además habilitado del Clero. Gran administrador de lo suyo y de lo ajeno ha sido siempre Don José García, y en su honradez, que la opinión ha consagrado como artículo de fe, nunca puso el menor celaje la malicia. La vida metódica y sin afanes, la paz de la conciencia, el ejercicio saludable, le conservan entero y enjuto, sin achaques de los que á su edad pocos se libran, aunque es algo aprensivo, y tan friolero que anda de capa todo el año, de Agosto á Julio.

Mi madre es una santa, que hoy vive petrificada en los sentimientos elementales y en las ideas de su juventud, creyendo á pie juntillas que la inmovilidad es la forma visible de la razón. La palabra progreso carece para ella de sentido, y si en modas no ha querido pasar del año 23, cuando vinieron con Angulema los chales de crespón, rayados, en lo demás que atañe á la vida general no quiere entender de nada: ni discute novedades, ni comprende constituciones, ni se cura de opinar conforme á éstas ó las otras ideas, firme en su inquebrantable dogmatismo religioso que á lo social y político extiende... “Así lo encontramos y así lo hemos dejado,” es su fórmula, que á todo aplica, creyendo firmemente que el mundo, por muchos tumbos que dé, vuelve siempre á lo que ella vió, conoció y sintió en su florida mocedad. Completan el retrato la dulzura y placidez de un rostro angelical, que aún parece más divino con su copete de cabellos blancos, y el mirar confiado y sereno, reflejo de un alma en que moran todas las virtudes cristianas y domésticas sin sombra de maldad. Nueve hijos nacimos de esta ejemplar señora: vivimos siete, con quienes harán conocimiento mis lectores, que algo hay en ellos digno de la posteridad. A mí me tuvo mi madre en edad extemporánea, cuando ya nadie esperaba fruto de ella, y por esto el más joven de mis hermanos me lleva ocho años. Y como coincidieran con mi tardío nacimiento una aurora boreal, un

cometa, con más otros terrestres acontecimientos, formidable crecida del Henares, y la aparición de una espléndida luz que en las noches oscuras se paseaba por el tejado y torres de la catedral, dió en creer la gente que aquellos inauditos fenómenos anunciaban mi venida al mundo como prodigioso niño, llamado á revolver toda la tierra. Mi madre se reía de estos disparates; pero confiaba siempre en que su Benjamín no habría de ser un hombre vulgar.

Mi hermano Agustín, el primogénito, que ya cumplió los cuarenta, casó en Madrid, y allá disfruta de un buen empleo arrimado á los hombres de la *moderación*. Mi hermano Vicente casó con una rica labradora de Brihuega, viuda, y está hecho un bienaventurado patán, con cinco hijos, y labranza de doce pares de mulas; Gregorio, que estudió en Madrid la carrera de abogado, también anda por allá, buscándose un acomodo en las Sociedades mineras ó de seguros; y Ramón, que es el más joven, no se ha separado de mis padres, y disfruta un sueldecito en la Subalterna. De mis hermanas, la mayor, Librada, que ahora tiene treinta y ocho años, casó en Atienza con un primo mío, ganadero de buen acomodo, y propietario de dos molinos harineros y de una fábrica de curtidos; la segunda, Catalina, que ya rebasa de los treinta, profesó en el convento de la Concepción Francisca de Guadalajara, no recuerdo en qué fecha (sólo sé que á mí me tenían aún vestidito de corto), y

luego pasó á la Latina de Madrid, donde ahora se encuentra. He aquí mi familia, mis sagrados vínculos con la Humanidad.

Vivimos en la calle de Travesaña, angosta y feísima, pero muy importante, porque en ella, según dicen aquí ampulosamente, *está todo el comercio*. La casa es de mi padre, tan antigua, que la tengo por del tiempo de la guerra de los Turdetanos con Roma, cuando Catón el Censor puso sitio á esta noble ciudad. A pesar de las restauraciones hechas en ella, mi vivienda natal, en la cual no hay techo que no se alcance con la mano, se pierde en la noche de los tiempos; y á pesar de todo, como en ella ví la primera luz, pareceme la más cómoda y bonita del mundo. En los bajos hay un local alquilado para botica, la cual creo yo que radica en aquel sitio desde que vino á España el primer boticario, traído quizás por Protógenes, obispo fundador de nuestra diócesis. Ahora la regenta un tal Cuevas, hombre muy entendido en su oficio, y es centro de reunión ó mentidero de cuantos en el pueblo discurren con más ó menos tino de la cosa pública.

Seis ó siete sujetos calificados clavan allí sus posaderas en sendas sillas toda la tarde y á prima noche, entre ellos mi padre, D. José Verdún, coronel retirado, el juez Sr. Zamorano, el canónigo de esta catedral D. Jacinto de Albentós, que entró aquí con Cabrera el año 36, mandando una partida de escopeteros, bien ajeno entonces de que

se le recompensaría su hazaña con esta prebenda, y otros que no cito por no transmitir vanos nombres á la posteridad. Cada cual lleva su periódico, que lee ó comenta: mi padre saca *El Faro*, que goza opinión de sensato; el canónigo desenvaina *La Iglesia* y *El Lábaro*, ambos de su cuerda; el coronel esgrime el *Clamor*, órgano del Progreso; otro tremola *El Herald*, y Cuevas, en fin, enarbola *El Tío Carcoma*, satírico y desvergonzado, pues algo hay que dar también á la risa y al honrado esparcimiento. Predomina en la botica el tinte moderado; y contra una mayoría formidable luchan gallardamente los dos únicos progresistas, el coronel y el boticario. De entre las ruidosas peloterías que allí se arman salen airadas voces aclamando el nombre sonoro del primate á quien cada cual debe su destino, y si el uno pone sobre su cabeza á Bravo Murillo, el otro no deja que toquen ni al pelo de la ropa de Seijas Lozano, de Pidal ó de Bahamonde.

Allí me enteré de sucesos que ignoraba, y que siendo ínfimos en la esfera total del humano vivir, parecían grandes á los pobres enanos que de ellos se ocupaban. Supe que habían caído los *Puritanos*, y pues yo no conocía más Puritanos que los de Bellini, pedí informes de tales sujetos, sabiendo al fin que eran como una cofradía que dentro de la moderada comunidad alardeaba de pureza. Supe asimismo que el Rey y la Reina andaban desavenidos, él haciendo solitaria



vida en el Pardo, ella en Madrid gozando de la cariñosa popularidad que había sabido ganarse con su gracia y desenfado; y supe que los narvaístas andaban locos por volver al Gobierno, y que los progresistas, alentados por Bullwer, embajador inglés, hacían sus pinitos por colarse en Palacio. Todo ello me importaba un bledo, como la caída del Ministerio Salamanca, sucesor de los Puritanos, para dar entrada al temido y ensalzado D. Ramón, que, según mi padre, es el único que entiende este complejo tinglado del gobierno de España.

**Sigüenza, 25 de Noviembre.**—La comidilla de esta tarde en la botica ha sido la reconciliación del Rey y la Reina. Vaya, picaruelos, se os perdona, pero no volváis á poner os moños, que perturban la tranquilidad de estos reinos. ¡Ay qué cosas han dicho los tertulios, Santa Librada bendita! Que si costó más trabajo reconciliar á los Reyes que casarlos... que Serrano y Narváez se entendieron, retirándose el primero á la Capitanía General de Granada, y cogiendo el otro las riendas del poder... que ello es juego de rabadanes, y cambalache gitanesco... ¡Dios mío, cómo ponen á Serrano mi boticario y mi coronel por haber abdicado sin dejar el mango de la sartén en manos progresistas! Los mote menos injuriosos que le cuelgan son los de Judas y Don Opas. En cambio los otros échanle en cara el abuso de su poder y su falta de discreción, tacto y delicadeza. Y yo le digo al tal: “Si me viera en tu caso,

haría las cosas mejor, y si no pudiera escribir la Historia de España con la mano derecha, sabría educar y adestrar mi mano zurda.”

27 de Noviembre.— Esta tarde fuí yo quien hizo el gasto contándoles las magnificencias del rito en la Corte Papal, describiéndoles con la facundia pintoresca que me permitían mis conocimientos de las cosas romanas, los restos maravillosos del Paganismo, el esplendor de San Pedro, de Santa María Mayor y de San Juan de Letrán, el lujo y señorío de los cardenales, la opulencia artística de los Museos, las mil estatuas, fuentes y obeliscos, y no necesito decir que me oían con la boca abierta, suspensos de mi voz, y que alabaron en coro mi feliz retentiva. Mayor éxito, si cabe, tuve cuando de las cosas me llevó á las ideas el curso de mi fácil palabra, y les expliqué la misión que Dios confiere al sucesor de San Pedro en la segunda mitad del siglo que corre. *Sursum corda*, y álcense unidos el dogma cristiano y la libertad de los pueblos. Para redimir á la Italia y hacerla una y fuerte, se constituirá una federación bajo el patrocinio del Soberano Pontificio, y un sabio Estatuto, en que se amalgamen y compenetren los católicos principios con las reformas liberales, dará la felicidad á los italianos, ofreciendo á las demás naciones europeas una norma política, invariable y sagrada por traer la sanción de la Iglesia.

La polvareda que levantó en el farmacéu-

tico senado este novísimo *punto de vista*, como decía el juez, fué tremenda. Ya el señor Zamorano tenía de ello noticia por haber leído párrafos de un artículo de Balmes en la revista *El Pensamiento de la Nación*. Para los demás, el asunto era enteramente virgen. Cuevas y el coronel acogieron la misión Papal con benevolencia, afirmando que, pues las ideas de Cristo eran francamente liberales, su Vicario en la tierra debía pastorear á las naciones enarbolando en su báculo la bandera del Progreso. Oír esto el canónigo y soltar la risa estúpida, grosera y provocativa, fué todo uno. “¡Vaya, que será linda cosa un Papa progresista!... ¡La Iglesia dando el brazo á los hijos de la Viuda!... ¡Cristo entre masones... ja, ja, ja... y la Santísima Virgen bordando banderas liberales como *la Mariana Pineda*!... Así desembuchaba sus salvajes burlas el sacerdote bizarro que había entrado en Sigüenza once años antes, *viribus et armis*, asolando el país y llevándose cincuenta mil reales como botín de guerra. Y luego siguió: “¡Pero este Pepito, qué ruedas de molino se trae de Roma para comulgarnos! Listo eres, hijo; pero no afiles tanto, que te vemos la intención chancera. A Roma fuiste con ínfulas de sabio, que debía tragarse el mundo, y nos vuelves acá con juegos de cubilete para embaucar á estos pobres patanes. No nos creas más tontos de lo que somos, y si vas á Madrid llévate allá los chismes de titiritero, y ponte en las plazas á predicar toda esa mon-

serga del Papa liberal y de la Iglesia metida con los ateos. Aquí somos brutos, y no entendemos de filifías romanos ni de obeliscos, ni de cardenales que visten capita corta y calzón á la rodilla; pero tenemos los sesos en su sitio, y debajo del paño pardo guardamos el discernimiento español, que da quince y raya á todo lo de extranjería.,

Respondí que no intentaba yo convencerle, porque él era como Dios le había hecho, un clérigo de caballería, de los que defienden el dogma á sablazo limpio. Contradiciéndole le puse tan desaforado y nervioso, que no hacía más que morder el cigarro, echar salivazos en el corro, y dar resoplidos como un flatulento á quien se le atraviesan en el buche los gases. Intervino Cuevas en la contienda con sus opiniones emolientes, y mi padre sacó todo el espíritu de conciliación que comunmente usa, asegurando que no hay que tomar á chacota mis ideas, pues vengo yo de donde las guisan; que él no da ni quita liberalismo al Papa, pero que si éste se liberaliza, habrá de ser siempre *moderado*. Con esto y con llegar la hora en que á cada cual le llamaban las sopas de ajo de la cena, terminó la gran disputa. Era el desvalído rumor con que llegaba á mi rústico pueblo la grave cuestión que entonces inquietaba á todos los pensadores de Italia.

30 de Noviembre.—He aquí que mi hermano Agustín, el gallito de la familia, que desde Madrid dirige nuestros asuntos encastrado en su posición política, comunicó

por carta felices nuevas de su valimiento en el Ministerio de la Gobernación, gracias al amparo que le dispensa el nuevo Ministro D. Luis Sartorius. Extranjero en mi patria, era la primera vez que oía yo tal nombre. Púsome en autos mi padre refiriéndome que este Sartorius es un mozo andaluz tan agudo y con tal don de simpatía que se lleva de calle á la gente joven. Ha brillado en el periodismo; plumeando en las columnas de *El Heraldo* se hizo fácilmente un nombre, y... periodista te vean mis ojos, que ministro como tenerlo en la mano. Con sólo este breve informe me fué muy simpático el tal Sartorius, y me entraron ganas de conocerle. Añadí mi hermano en la carta que era llegada la ocasión de colocarme, toda vez que no había para mí, después del desengaño de mi viaje á Italia, mejor arrimo que el de la Administración Pública, sin perjuicio de aplicarme á cualquier carrerita de las que en Madrid están abiertas para todo muchacho que tenga alguna sal en el caletre. Quedó, pues, determinado que para no perder tan dichosa coyuntura partiese yo á la Corte sin dilación, llevándome toda la balumba de mis libros, los cuales habían de ser mi mejor ornamento, y mi garantía más segura de que no se me volvieran humo las esperanzas cortesanas.

*1.º de Diciembre.*— Mi buena y santa madre, mientras estivaba con delicado esmero en el baúl mi provisión de ropa, añadiendo no pocas prendas, obra reciente de sus

hábles manos, me dió estos consejos que así demostraban su cariño como su bendita inocencia: “Hijo mío, vas á un pueblo muy grande, donde todo cuidado será poco para precaverte de los peligros que te cercarán. Mas tú eres bueno, y tu alma paréceme que está cerrada á piedra y barro para las malas tentaciones. Pero Madrid no es Roma; en la ciudad que llaman Eterna, creo yo que no habrás visto más que ejemplos de virtud y buenas costumbres, pues otra cosa no puede ser viviendo entre tantísimo sacerdote y personas consagradas al servicio de Dios. Madrid no es lo mismo, y los ejemplos que allí encuentres serán de corrupción y escándalo así en mujeres como en hombres. Te recomiendo y encargo, hijo mío, que contra las innumerables incitaciones al pecado que has de sentir, ver y esenchar, te fortalezcas con el temor de Dios y con el recuerdo de las virtudes que habrás observado siempre en tu familia. Y no insisto sobre punto tan delicado, pues como dijo el otro, “peor es meneallo,,.... Yo confío en tu buen juicio y en la limpieza de tus pensamientos., Respondíle muy conmovido que ya cavilaba yo en la manera de sortear esos peligros, pues conocía bastante la sociedad para distinguir el bien del mal; y que el refrán á *Roma por todo* quiere decir que allá van los hombres á enterarse de cuanto en lo humano existe, y á doctorarse en la ciencia del mundo como en todas las ciencias.

“Bien, hijo mío—dijo entonces mi madre



con dulce conformidad.—Pero hay otro peligro en el cual quiero que fijes tu atención, y es que en Madrid abundan los envidiosos; y como tú despuntas por una capacidad y sabidurías tan extraordinarias, no dejarán de caer sobre tí las malas voluntades y peores lenguas para cerrarte los caminos de la gloria. Mucho cuidado con esto, Pepe mío. No hagas alardes de ciencia, y tus razones te acrediten más de modesto que de jactancioso, para que la envidia tenga menos abrazaderas por donde cogerte... Verdad que casi está de más este consejo, pues de Roma has vuelto ocultando tu ciencia más que ostentándola sin ton ni son, como hacías cuando fuiste. Ya no te pones á recitar la retahila de cánones y decretales; ya no hablas de la *Summa* de Santo Tomás ni de lo que escribieron Aristóteles y Belarmino; ya no nos hablas en griego para mayor claridad; y como no puedo pensar que sabes ahora menos, pienso que eres más precavido y mejor guardador de tu ciencia, á fin de no dar resquemores á la envidia y vivir en paz con tanto majadero.

—Algo hay de eso, señora madre—repliqué yo;—pero el principal motivo de mi reserva del saber es que ahora sé mucho más que antes, y cuanto más se sabe más se ignora, y más miedo tenemos de incurrir en el error que de continuo nos acecha. Estudiando y aprendiendo he llegado á medir la extensión de lo que aún no ha entrado en mi entendimiento, y sabiendo cada día más

voy hacia el término á que llegó el gran filósofo que dijo: "Sólo sé que no sé nada.," Vea usted por qué parece que sé menos sabiendo más. No compare usted, señora madre, la ciencia de un niño con la de un hombre.,"

Muy complacida de mi explicación, añadió este último consejo, dándome á entender con su sonrisa que lo estimaba por muy práctico: "No te cuides, hijo de mi alma, de lucirte entre los necios, cuyo aplauso para nada ha de servirte, ni de enseñar á los ignorantes, ni de desasnar á los torpes. Para divertir y admirar á cuatro gansos no has estado tú quemándote las cejas desde que eras tamaño así. Toda Sigüenza sabe que prontitud como la tuya para el conocimiento no se ha visto jamás, pues aún estabas mamando y las primeras voces que dabas rompiendo á hablar parecía que eran en latín... Digo que te contengas, y que guardes toda tu ciencia para las buenas ocasiones, desembuchándola como un torrente cuando te halles en presencia de personas que sepan apreciarla, pongo por caso, el Sr. de Sartorius, que dicen es tan sagaz y tan buen catador de los talentos. Tengo por indudable que le deslumbrarás, y el hombre no sabrá qué hacer contigo. . Para mí, y como si lo estuviera viendo, es seguro que te pondrá en alguna de las grandes bibliotecas que hay allá, ó en la mismísima *Gaceta*, para que escribas todo lo que se ordena, manda y dispone, y hasta lo que la Reina le dice á las Cortes, ó á otros Reyes, ó al mismo Papa.,"

Encantado de su *sancta simplicitas* y estimando ésta como un bien muy grande, corona de las virtudes de mi madre en su patriarcal vejez, corroboré aquellas ideas, y para fortalecer su inocencia hermosa me fingí convencido de que Madrid y Sartorius me subirían á los cuernos de la luna. Lloraba la pobrecita oyéndome, y yo, traspasado de pena, hice mental juramento de conservar siempre á mi madre en aquel ideal ensueño, que aseguraba la felicidad de sus últimos días.

Partí aquella noche en el coche correo.

## VII

14 de Enero del 48.—Carguen con Madrid y su vecindario todos los demonios, y permítame Dios que sobre esta villa, emporio de la confusión y maestra de los enredos, caigan todas las plagas faraónicas, y algunas más. Rayos arroje el Cielo contra Madrid, pestes la tierra, y queden pronto hechas polvo casas y personas. Hágase luego gigante el enano Manzanares, para que con revueltas aguas borre hasta el último vestigio de la capital, y quede el suelo de ésta convertido en inmenso charco donde se establezca un pueblo de ranas que cante noche y día el himno de la garrulería...

No tuvo la Villa y Corte mis simpatías.

cuando en ella entré: parecióme un hormiguero, sus calles estrechas y sucias, su gente bulliciosa, entrometida y charlatana; los señores ignorantes, el pueblo desmandado; las casas feísimas y con olor de pobreza. Pero no proviene de esto el odio que hoy siento, sino de positivas desdichas que en esta Babilonia de cuarta elase me ocurrieron á poco de mi llegada. Dos familias, la de mi hermano Agustín y la de mi hermano Gregorio, se disputaron desde el primer momento la honra de albergarme, y ésta tiraba de mí por un brazo, aquélla por otro, y en poco estuvo que me descuartizaran. De una parte á otra iban mis baúles y maletas. Por la mañana se decidía que mi casa fuera la de Gregorio; por la tarde venía la mujer de Agustín, cargaba con mi ropa, y era forzoso meterlo todo á puñados en los baúles. Tres días estuve de mazo en calabazo, comiendo en una casa, cenando en otra, y á lo mejor me hallaba sin corbata, que se había quedado allá, ó me faltaba la levita, el sombrero, los guantes... Y cuando tras tantas fatigas, triunfante Gregorio, me ví definitivamente instalado en casa de éste, ¡oh inmensa desventura! eché de ver que en los trasiegos de mi persona y de mis cosas entre una y otra vivienda, se había perdido el manuscrito de mis *Memorias*, todo lo que escribí desde Vinaroz á Sigüenza, mi vida en Italia... ¿Hay mayor desdicha, ni más estúpido contratiempo? En vano lo he buscado en las dos casas, preguntando á los aturdi-

dos amos y á las cerriles criadas. Nadie lo ha visto, nadie da razón de aquellas hojas en que vertí la verdad de mis sentimientos y los secretos más graves... Y la idea de que mis apuntes hayan ido á parar á indiscretas manos me vuelve loco. ¡Escriba usted confesiones con el fin de deleitar é instruir á la juventud, ponga usted en ellas toda su alma, para que caigan en manos de un zafio que haga de ellas chacota, ó de una maritor- nes que las emplee para encender la lumbre!

Aunque las diversas personas á quienes pregunté por mis papeles me negaban con notoria ingenuidad haberlos visto, yo sospechaba de mi cuñada, la mujer de Agustín, sin que pudiera decir en qué fundaba mi sospecha, pues con la mayor serenidad me ayudaba á buscar el tesoro perdido y lamentábase con desconsuelo verdadero ó falso de la inutilidad de mis investigaciones. Y hoy, cuando ya he perdido la esperanza de recuperar mi tesoro, persisto en creer que ella lo guarda como un feliz hallazgo, sin duda con la idea de variar los nombres de personas, alterar algún incidente, y publicarlo como novela de su invención. Porque ha de saberse que mi cuñada Sofía es lo que llamamos politicómana, con sus perfiles de literata, pues aunque alardea modestamente de no escribir, presume de buen gusto y promulga juicios sentenciosos sobre toda obra poética ó narrativa que cae en sus manos. Comunmente le sorbe los sesos la batallado- ra política más que las pacíficas letras, y toda

la mañana la veis en su cuarto, con bata encarnada y una cofia en la cabeza, devorando periódicos. ¡Y la casa sin barrer! ¡Y la señora no se peina hasta media tarde!

Permitid que me ensañe en ella, pues le tengo odio y mala voluntad desde que se me metió en la cabeza que es ladrona de mi manuscrito. Si mi hermano le supera en discreción, ella le gana en edad; no tiene hijos, pero sí un bigotillo con más lozano vello que el que á su sexo corresponde. Por las mañanas, á la hora en que se halla en todo el furor de su loco entretenimiento, las greñas se le salen por debajo de la cofia, las uñas guardan todavía luto, y las manos le huelen á tinta de periódico; su gordura fofa se escapa por uno y otro lado, evadiéndose del presidio de un destartelado corsé, cuyas balenâs no son más que un andamiaje en ruínas.

Y también digo que á zalamera y engañadora no le gana nadie. Se precia de quererme mucho y de tratarme como á un hijo. Me riñe con suavidad cariñosa, si es menester, y me colma de elogios cuando á su parecer lo merezco. Ella fué quien me notificó, á los ocho días de mi llegada, mi nombramiento para una plaza en la *Gaceta*. Este era el *veni vidi vici*, y pocos podrían alabarse de tanta prontitud en el logro de sus esperanzas. “Como ahora no se nos niega nada—me dijo azotándome la cara con el número de *El Clamor*,—te hemos sacado ese destinito con ocho mil reales, que no es mal



principio de carrera. Luego se verá. Me ha dicho Agustín que no tendrás nada que hacer en la *Gaceta*, y que te recomendará al director para que te perdone la asistencia á la oficina los más de los días., A ella y á mi hermano dí las gracias, añadiendo que no me conformo con tan denigrante ociosidad, que pediría trabajo si no me lo diesen, para devolver á la Nación en honrado servicio la pitanza modesta que pone en mi boca. Y éste no fué ciertamente un vano propósito, pues al tomar posesión de mi destino, hube de protestar contra la holganza, á lo que me contestó el director, hombre amabilísimo, y el más zalamero, creo yo, que existe en el mundo: “Ya sé por su hermano que es usted un prodigio de talento y erudición. Sería imperdonable que por exigirle á usted la debida puntualidad en esta oficina, le apartara yo de sus profundos estudios, privándole de consagrar las más de sus horas á revolver libros y compulsar códigos en las bibliotecas públicas., Creía, en conciencia, servir al Estado y al país declarándome vagabundo erudito. Afortunadamente, la *Gaceta* tenía personal de sobra, y muchos iban allí á escribir comedias ó á componer sonetos de pie forzado. No insistí. ¡Delicioso jefe, fantástica oficina, sabrosa y dulce nómina!

12 de Enero.—En cuanto llegó á Sigüenza la noticia de mi nombramiento, me escribió mi buena madre vertiendo en las cláusulas de su epístola todo el cariño y la ino-

cencia de su alma seráfica. Conocía yo la magnitud de su alborozo por el temblor de su nada correcta escritura. Todo había resultado tal como ella lo pensara: llegar yo un viernes á Madrid, y al siguiente viernes, ¡pum! el destino. Estas brevas no caen más que para los hombres escogidos, en cuyas molleras ha puesto el divino Criador toda su sal y pimienta... Ya le había contado á ella un pajarito que el Sr. Sartorius me recibió poco menos que con palio, y que yo me puse muy colorado con las alabanzas que tanto el señor Ministro como los otros señores presentes habían echado por aquellas bocas... “Nadie me ha dicho esto—añadía con candorosa persuasión,—pero lo sé. No puede haber sucedido de otro modo... Al mandarte á la *Gaceta*, claro es que se ha fijado Su Excelencia en que el desempeño de aquellas plazas exige las cabezas mejores, y allá vas tú para poner en buena consonancia de frase todo lo del Procomún y demás cosas que en tales hojas se estampan. Ya, ya saben esos señores á qué árbol se arriman... Te recomiendo, hijo mío, que no trabajes demasiado. Ya estoy viendo que muchos de tus compañeros se aliviarán de su faena recargando la tuya, fiados en que para tu entendimiento grandísimo son juguete de chico las dificultades que á ellos les agobian. No seas tan bonachón como sueles, ni tengas lástima de holgazanes y torpes, que de esos se compone, según me dicen, la turbamulta de las oficinas... Por aquí se corre que

has empezado á escribir una magnífica obra sobre el *Papado y...* no sé qué otras cosas, la cual no tendrá menos de quince tomos. Date prisa, no vaya yo á morirme sin poder leer aunque sea sólo el título. Dime si es verdad esto, y cuántos pliegos llevas escritos ya... Adiós, Pepe mío: cuídate mucho, abrígate, y que en esos trajines no se te olvide la obligación de tus oraciones de mañana y noche. Siempre que puedas, oye misa todos los días. Yo no ceso de pedir al Señor que te ilumine y no te deje de su mano. Recibe todos los pensamientos, el alma toda, y la bendición de tu madre.—*Librada.*„

En mi contestación, todas las ternezas me parecieron pocas, y poniendo especial cuidado en no ajar sus ilusiones, le dije cuanto pudiera conservarla en aquel sonrosado cielo donde su espíritu encontraba la felicidad. Su vida era un dulce sueño. Antes muriera yo que despertarla.

28 de Enero.—Dejo pasar muchas noches sin añadir una línea á la Segunda Parte de mis Memorias, porque el desconsuelo de haber perdido la Primera enfría mis entusiasmos de cronista y biógrafo, llenándome de crueles dudas respecto al futuro destino de lo que escribo. ¿Quién me asegura que mis confidencias salvarán el largo espacio que desde la hora presente de mi vida se extiende hasta el reino obscuro de lo que llamamos Posteridad, la vida y sucesos de los que aún no han nacido, ó están todavía mamando? Para que estos renglones lleguen á su des-

tino, hago firme propósito de resguardarlos de curiosas miradas, y de trazarles un caminito subterráneo por donde lleguen salvos á manos de un discreto historiador del próximo siglo, que los acoja, los ordene y utilice de ellos lo que bien le parezca.

Voy á contarte ahora, oh tú, mi futuro compilador, la vida y milagros de mi hermano Gregorio, con quien vivo, y verás que si por el talle y rostro se distingue de mi hermano Agustín, mayor diferencia has de encontrar entre uno y otro por los hábitos, gustos y ambiciones. El primogénito es alto, airoso, elegante, de seductor trato, y cifra toda su existencia presente y futura en la política; Gregorio es de mediana estatura, achaparrado, de mal color, aunque de complexión recia; y desengañado de la poca substancia que se saca del trajín de la cosa pública, adúlano á poderosos sin ningún valôr, ó sentando plaza en el bullicioso escuadrón de majaderos ó malvados, ha querido llevar su existencia por mejores rumbos.

Si diferentes son mis buenos hermanos, mayor desemejanza hay entre sus respectivas mujeres, pues la de Gregorio no es políticastra, ni bigotuda, ni gordinflona, sino muy bella y elegante, aunque, dicho sea en secreto, un poquito retocada con sutiles afeites: sabe cumplir con su casa y con la sociedad, gobernando muy bien la primera, y atendiendo á las buenas relaciones, tan necesarias al género de vida que hoy lleva su activo esposo. Si Sofía estanca á su marido en

la charca pantanosa del politiquero, Segismunda dirige los pasos del suyo por caminos penosos y difíciles, pero de sólido piso, y que pueden conducir á las zonas más fructíferas de la existencia. A poco de tratar á esta segunda cuñada mía, la tuve por mujer de entendimiento y de voluntad firme. En vez de afligirse ante las necesidades, busca medios seguros de atender á ellas, y mirando al porvenir tanto como al presente, fija el pensamiento en sus dos hijos y en los que aún pudiera tener, lanza valerosa y cruelmente á su marido á un trabajo rudo, no de gabinete, sino de actividad febril, mañana, tarde y noche, por las anchuras y estrecheces de Madrid.

Y ella por su lado y en su femenil esfera, trabaja también ayudando al hombre, suavizándole asperezas ó allanándole obstáculos. Viste bien, recibe y paga visitas, aparenta holgada posición, no deja traslucir al exterior las ascéticas economías que practica en su vivienda. Sonríe cuando por dentro le andan terribles procesiones; en su pintado rostro bonito se revela la mujer audaz y codiciosa que desea la buena vida para sí y para los suyos, y sabiendo dónde lo hay, pone en juego todos los recursos para traerlo á casa. Anda el pobre Gregorio todo el día como un azacán, y á marcadas horas recibe mucha gente en su despacho: señores y aun damas entran y salen sin cesar. Algunos días veo traslucir el contento tras de la fatiga: los negocios van bien, y el hombre



saca de su cansancio nuevas fuerzas para seguir en tan terrible zarandeo. Ama tiernamente á su mujer, que ha sido, según puedo colegir, su musa, su Minerva, y ella también le ama, viéndole realizar con gallardo tesón cuantos pensamientos ha sabido sugerirle.

Una tarde que estaba yo en el comedor jugando con los chiquillos, Segismunda se lamentaba de que Gregorio no hubiera tenido aquel día un rato libre para comer con sosiego. “Pero no hay más remedio—me dijo,—y en este vértigo hemos de vivir hasta que llegue el descanso. Seremos ricos, Pepe, tú lo has de ver, y nuestra posición desahogada la debemos á nosotros mismos, es decir, Gregorio me la debe á mí... Te contaré: al año de casarme ví yo bien clarito que lo de la política es una guasa indecente. Tres meses ó seis con un mezquino sueldo, y luego cesantías largas, angustiosas. “Esto no puede ser, me dije yo, y buen tonto será el que lo sufra... Gregorio no tenía las necesarias agallas para lanzarse á los negocios; yo discurría por él; concluimos por discurrir los dos, y al fin, el hombre se penetró bien de mis ideas, y... ¡á trabajar!... ¡Qué comienzos tan penosos, hijo! Yo me consumía, y Gregorio se despernaba. Pero al fin empezó la suerte á ponerse á nuestro lado. Cuando él quería achicarse, yo me engrandecía, haciendo papeles superiores á nuestros medios. Esto precisamente, la figuración bien sostenida, nos acrecentaba la buena suerte, y al



fin, ya ves... vamos prosperando, y ya no hay desaliento, sino esperanza: los asuntos marchan á pedir de boca....,

Aquí cerró el pico. Más poderosa mi discreción que mi curiosidad, no me atreví á pedirle explicación clara de tan estupenda granjería.

## VIII

*6 de Febrero.*—Debo consagrar una de estas hojas, ó un par de ellas, á las reuniones que da cada martes y cada viernes mi cuñada Sofía, bajo un régimen de confianza que excluye toda etiqueta enfadosa, y que tiene por norma: amenidad, buen gusto y versificación. Suelen concurrir los compañeros de oficina de mi hermano, con señora y niñas el que las tiene. De hombres importantes no he visto á ninguno de los que hoy dan que hacer á la fama. Ni Pastor Díaz, ni Donoso, ni González Brabo, han pisado hasta hoy aquellos salones. De literatos he visto á Rubí, sólo una noche, y varias á Navarrete, á Larrañaga, Antonio Flores, Ariza y el gracioso Villergas. Con arte y rigores de corsé consigue Sofía meter en cintura su deslavazado cuerpo, y tener á raya las exuberancias que por las mañanas hemos visto salidas de madre. Esto, y el esmerado lavatorio de sus manos y pescuezo, y la compostura

de la carátula, con algún retoque de colorete y abundantes polvos, le dan cierta dignidad majestuosa, que ella sabe realzar con su trato fino y amable. Es justo decir que en sociedad tiene Sofía el tacto de olvidar sus mañas de marisabidilla, evitando así la ridiculez que caería seguramente sobre ella. Limítase á exigir de los jóvenes concurrentes que lean versos tristes ó declamen alguna llorona leyenda en prosa, sobre asunto caballeresco. Alaba desmesuradamente toda poesía de moco y baba, ó narración *fatídica*, vaticinando á sus autores que eclipsarán las glorias de Zorrilla ó de *Tula* (con este familiar laconismo suele designar á la señora Avellaneda), y luego toca la vez á las señoritas de piano y solfa: rara es la noche que no tenemos *Fantasia sobre motivos...* y *Cavatina de Beatrice di Tenda* ó de *María di Rudenz*.

Pero nada me divierte tanto á mí como el *rincón de personas serias* que dignifica la tertulia de mi hermano, cotarro que tiene su asiento en un gabinetillo próximo á la sala, y del cual son figuras principales D. José del Milagro, Ferrer del Río, D. Gabino Tejado, un muchacho muy listo llamado Santa Ana, un viejo de la tanda del año 23, llamado Muñoz, un D. Basilio Andrés de la Caña, á quien solemos llamar *el sesudo* por la gravedad de sus juicios, y otros cuyos nombres no recuerdo ahora. Ante aquel discreto senado quiere Agustín hacer gala de suficiencia, y de hallarse muy al tanto de

las ideas que en la actualidad *agitan á los pensadores europeos*, y como la *idea del día* es el liberalismo papal y la filosofía histórica de Gioberti y de Balbo, viene á mí por las tardes, un poquito antes de comer, á pedirme que en cuatro palotadas le dé una *tintura* de estas sabias doctrinas. No me cuesta trabajo complacerle. Llega la hora de la tertulia y cae mi hermano en el corro de las personas serias como un pedrisco de erudición. La lección que le dí, y que lleva pegada con saliva, se produce en deshilvanados conceptos que van saliendo en tropel de la memoria, como avecillas prisioneras á las que se abre la jaula.

Sin dejar meter baza á nadie, Agustín desembucha: "Según expone Gioberti en su *Primato*, el redentor, el jefe, el príncipe de la nación italiana, en la esfera del pensamiento, debe ser el Papa, cabeza visible de la Iglesia católica,..." "Tengan ustedes por cierto que se formará una confederación ó liga de todos los pueblos y soberanos de Italia bajo la presidencia del gran Pío IX.," Y recordando luego, no sin fatigas, lo más intrincado y sutil de la lección, dice: "Contra dos *elementos* tiene que luchar Gioberti para implantar su *tesis*. El primero es el filosofismo que niega la revelación cristiana, y por eso veis que truena contra Descartes y toda la tropa de filósofos alemanes. El segundo *elemento* enemigo es la intransigencia de los que niegan la libertad, la ciencia y el progreso humano, y por eso le

veis revolverse contra los jesuitas. Entre la filosofía racionalista y la intolerancia inquisitorial está el término prudente y conciliador en que ha de fundarse la sana doctrina de la Libertad por el Pontificado, término que *nuestro autor* explana admirablemente en su *Introducción al estudio de la filosofía...* Y cuando á mi hermano se le acaba la cuerda, van entrando en juego los demás, cada cual con su *tesis*, y oímos opiniones muy originales. Ninguno me hace tanta gracia como el *sesudo*, que luce su marrullero escepticismo cerrando las discusiones, al fin de la tertulia, con esta frase: “Y por último, señores, que lo veamos, que lo veamos... Yo voy más allá que Santo Tomás, y digo: ¿Papa liberal? Cuando lo vea... no lo creeré.”

8 de Febrero.—Palabras sueltas que al vuelo cogí de un reservado coloquio entre Agustín y el *sesudo*, algo más que oí en el café de los *Dos Amigos*, arrojaron súbita y esplendente luz sobre la misteriosa granjería del hermano con quien vivo. Yo no sabía nada, y todo de improviso lo supe, penetrando con mirada sintética en la negra y pavorosa mina que explota Gregorio. Allí le ve mi pensamiento arrancando en mal alumbradas cavernas el rico filón, bajo el látigo de su esposa inflexible, y me tiemblan las carnes sintiéndome tan cerca de la región de dolor y tinieblas. Consisten estos negocios en agenciar préstamos con usura, sencillísimo y elemental arbitrio en todo

país pobre, donde se disputan la vida dos fuerzas negativas: la holganza y la vanidad.

Al desilusionarse de la política, ocupóse mi bendito hermano en la colocación de pequeñas cantidades á rédito subidísimo; no tardó en tomar el gusto á la carne, y poniéndose en relación con personas adineradas, trabajó en los préstamos con tal celo, finura de trato, y con tan escrupulosa puntualidad y honradez, relativa si se quiere, que en corto tiempo tuvo una clientela formidable de necesitados, y otra no menos fuerte de poderosos que sin quemarse las pestañas querían aumentar su peculio... En la red que Gregorio tiende han venido á caer propietarios y labradores de poco seso, señoritos de familia ilustre, que liquidan el pasado histórico entregando sus vestigios á una mesocracia insaciable; industriales y mercaderes demasiado atrevidos, viudas y huérfanos predestinados á la mendicidad, y otros infelices á quienes habría que calificar entre la necedad y la locura, ó en ambas á la vez.

A la fecha en que esto escribo, y trayendo á la memoria dichos y hechos del que antes no comprendía y ahora sí, tengo por cierto que mi hermano, sin dejar el manejo de capitales de incógnitos vampiros, opera también con dinero propio, ganado en tres años de jugadas pingües. Ahora me explico el sentido de un diálogo breve, á medias palabras, que oí á Segismunda y Gregorio á los pocos días de mi llegada. Mi hermano, cuyo corazón y buenos sentimientos no han

acabado de atrofiarse, suele tener reblandecimientos de la voluntad, remusguillos de compasión. Si le dejara su mujer, alguna de sus víctimas le vería desmayar en el rigor usurario. Pero así como el intrépido caudillo, al ver los primeros síntomas de cobardía ó desmoralización en el soldado, cae sobre él y á empujones ó sablazos le endereza, le vigoriza y le restituye á la disciplina y al honor, del mismo modo la fiera Segismunda, de acerado temple, cae sobre el tímido logrero, y con iracundas voces le pone ante la vista el porvenir de sus niños nacidos y por nacer, engendrados y por engendrar; le pinta con brillantes colores el desquiciamiento que puede sobrevenir en la familia con tales flaquezas, y asienta dos grandes principios: que la suprema caridad es la que sobre nosotros mismos ejercemos, y que el verdadero prójimo es la familia: todos los demás prójimos son fraudulentos, apócrifos y mixtificados.

*Mutatis mutandis* acabó diciéndole: “¿A qué vienen esas blanduras sabiendo que nadie las tendría contigo si en igual caso te vieras? Bueno que se dé una limosna ó se haga un favor; pero siempre que no nos perjudiquemos, porque si ahora te enterneces, todos querrán lo mismo, y adiós tu negocio y nuestro porvenir. Ya te he dicho que el mundo que habitamos es como un gran campo de batalla, en que todos luchan por el pan, por la vida. Entre tantos que aquí combatimos, hay cobardes y menguados de



una parte, valientes de otra. Aquéllos se contentan con un pedazo de pan: dignos de la victoria son los que van tras el pan de hoy y el de mañana, tras el bienestar, las comodidades y todo lo que constituye el decoro de nuestra existencia. El tesón ennoblece; la sensiblería degrada. ¿Qué vale más, comer ó ser comido? Hay que optar entre estos dos papeles: el del cocinero, ó el del pobre animal que cae en la cazuela., Esto dijo, y yo, sin variar á sus ideas ni un ápice, condimento la frase para quitarle su bárbara crudeza.

Esta tarde se reprodujo la cuestión que acabo de referir, y los términos del diálogo fueron aún más vivos. Oí desde mi cuarto el rumor de la disputa, y pasado un gran rato, cuando me llamaron á la mesa, ví á Segismunda que acababa de eugalanarse para ir al teatro después de la comida; contemplé su belleza y la expresión dura de su rostro, que parecía verdaderamente trágico cuando mostraba de perfil sus líneas helénicas; me pareció una euménide, ó la propia cabeza de Medusa con serpientes por cabellos.

*16 de Febrero.*—Ved aquí la lista de mis amigos: Bruno Carrasco, más joven que yo, aficionadísimo á Historia y Literatura, que encuentra en mí una viviente enciclopedia, y no me deja á sol ni á sombra; Donato Sarmiento, sobrino de mi cuñada Sofía, buen chico, ávido siempre de pasatiempos y muy descuidado en el estudio; Pascual Uhagón, bilbaíno, que estudia para ingeniero; un

hermano de Segismunda, que se llama Leovigildo (en esa familia todos llevan nombres germánicos); un Bringas, un Pez, un Caballero, un Trujillo, un Arnáiz, un Moreno Isla, un Trastamara, un Aransis, y otros que irán saliendo en el curso de estas Memorias. Inmensamente vario es el jardín de mis amistades, y yo me trato con muchachos de todas las jerarquías. La confusión de clases, característica de España, tiene su principal fundamento en la fraternidad de las generaciones tiernas. Amigos tengo de familias del comercio, de familias vinculadas en la Administración Pública, de familias aristocráticas. Ricos y pobres alternan conmigo, y tontos y discretos; jóvenes estudiosos, de gran porvenir, y zotes que no sirven para nada. En mis preferencias no brilla una lógica sana: es común verme á distancia de los chicos aplicados, que como yo devoraron muchos libros; algunos que presumen de sabios porque ganaron laureles en las aulas, me son antipáticos; otros que hacen vida irregular y nocturna, con gracioso desenfado de galanes de comedia, me atraen y seducen; los hay reservaditos y juiciosos, aspirantes á empleados ó catedráticos, que á mí se me sientan en la boca del estómago. Me agradan más los que brillan con luces naturales que los que las han adquirido en forzados estudios, y ejercen mayor influencia sobre mí los aristócratas, á quienes me gusta imitar, seducido por el no sé qué de sus modales y de su conducta.

Gracias á Segismunda, que con toda su dureza de euménide, es una gran administradora y cuida de vestirme y engalanarme dignamente, poseo un fraquecito azul con botón dorado, obra de un buen sastre, y todas las demás prendas accesorias. Hablando con la Posteridad, que está tan lejos y no puede ni contradecirme ni burlarse de mí, me atrevo á consignar que mi figura es buena, que no desagrado al bello sexo... que algunos me toman por diplomático, y otros me lo llaman en broma sin saber que la cuchufleta encierra un elogio. Mis amigos me cuentan maravillas de los bailes de máscaras en Villahermosa, y yo que no he podido asistir á ninguno por carecer de ropa elegante, ahora que la tengo no veo las santas horas de meter mis narices en aquella diversión, pues entiendo que el juego de máscaras es cifra de la poesía social.

## IX

*18 de Febrero.*—¡Ay, ay, ay!... Esto no es quejido lastimero, sino el lenguaje del asombro y confusión que desde anoche llevo en mi alma, sin que haya podido atenuarlos con el sueño matutino ni con el paseo de la tarde. ¿Estoy demente, ó qué me pasa? De veras digo que si llevaran rótulo los capítulos ó tratados de estas Confesiones, el pre-

sente debía ser encabezado así: *De la singular y nunca imaginada aventura que le salió al caballero Fajardo en el baile de Villahermosa con el inaudito encuentro de una misteriosa máscara.*

Las diez serían cuando Aransis, Donato, Bringas y yo subíamos por la escalera de Villahermosa, que con tener espacio y anchuras grandes, le venía muy corta al tropel de personas, con careta ó sin ella, que intentábamos franquearla. En la puerta que abría paso á la antesala y guardarropa, las apreturas de la multitud impaciente producían gemidos de asfixia, alguna imprecación seca, y desperfectos de ropa, principalmente en las delgadas telas de algunos disfraces. Entramos al fin: nos despedimos de nuestros abrigo con cierta desconfianza de volver á ponérmolos, y nos lanzamos en el barullo ardiente, revoltijo de mil colores, ondulaciones de cuerpos que parecen nadar en el líquido tibio y perfumado de una redoma... Tal fué mi aturdimiento en los primeros instantes que tardé en sentirme gozoso. Se me iba la cabeza, no sabía para dónde volverme: mis amigos se reían de verme tan provinciano, y me llevaban de un lado para otro, señalándome las máscaras bonitas, las extravagantes, las que tenían cariz y sello aristocráticos. A la media hora de navegar en aquel océano, ya recobré la serenidad; había vencido el marco: era un mediano navegante y me permitía dirigir la palabra á las mascaritas que junto á mí pa-

saban, ó respondía sin cortedad á cuantas bromas venían dirigidas al grupo de mis amigos, reforzado con otros que allí se nos unieron.

Fuera de Aransis y Trujillo, que iban á tiro hecho, en amorosa connivencia con determinada mascarita, novia, *compromiso*, ó sabe Dios qué, todos los de la partida íbamos á lo que saltara; algunos con esperanzas de fáciles conquistas, cegados por la vanidad, los más sin otro móvil que pasar agradablemente el tiempo, recogiendo una dulce impresión, alguna hoja desprendida de la flor del misterio. Y era yo ciertamente de los que menos podían esperar, porque escasos eran mis conocimientos en la Corte, y además carecía del arranque necesario para lanzarme en busca de la aventura si ésta no quería venir á mí. A medida que pasaba el tiempo sin la emergencia de *un encuentro fatal*, principio del enredo de amores (ilusión corriente en todo mozalbete), iba creciendo mi timidez hasta llegar á una sose-ría que á mí mismo me daba de cara. A las doce empecé á creer que me aburría; á las doce y media confesé y reconocí mi soberano aburrimiento; y cerca de la una declaré que aquel inmenso hastío era incompatible con mi dignidad de caballero. Mi persona y mi facha, tan semejantes á las de un diplomático, naufragaban en un mar de ridiculez. Esto pensaba al filo de la una, y ya encariñéndome iba con la resolución de marcharme, cuando el Cielo, que hasta en

los bailes de máscaras cuida de organizar las tangencias de cosas y personas para que la armónica ley se cumpla, me puso ante dos máscaras... Mejor será decir que el Cielo las trajo hacia mí, pues yo estaba quieto y como alelado, y ellas avanzaban con paso vivo, cual si me hubieran buscado y en aquel punto me encontrarán.

Vestían traje popular italiano las dos mujeres, desiguales en estatura y empaque, y la más alta de ellas clavó en mí sus ojos... Al través de los agujeros de la careta los ví, negros, fulgurantes, y temblé... No me quedó gota de sangre en las venas cuando la máscara, tocándome en el hombro, no por cierto con suavidad, me dijo: "*Sono Barberina...*", Y sin darme tiempo á expresar mi admiración, me soltó una retahíla de apóstrofes italianos, de los que suelen usar las mujeres del pueblo en casos de pasión ó de ira, dejándome absolutamente confuso, lelo y turulato.

¡Barberina! En el barullo mental á que me llevó tan gran sorpresa, ví en aquella mujer á la propia Barberina de Albano... La seguí como un loco. Su estatura y talle, el aire, el andamento eran los mismos... ¡Pues digo, los ojos...! La voz, aun con el disimulo de timbre que se imponen las máscaras, también me parecía la suya... En italiano le hablé sin poder obtener más que la repetición de los dictérios, y cruelísimas apreciaciones de mi conducta. *Siete un povero pazzo... Vi sprezzo... brutto villaco...*



*Avete obeditto al geloso pretaccio come un eunuco, come un cane... Non sapete apprezzare l' amore d' una donna passionata...*

Debíó durar poco en mí la persuasión de que me hablaba la Barberina de mi albanesa historia; pero duró, sí, un espacio de tiempo que ahora no puedo precisar, y mientras subsistió aquel engaño, díjele cuantas necedades se me ocurrieron en son de disculpa, y mezclando las explicaciones con el galanteo. Observé la autenticidad del traje de *ciociara*: podía jurar que era el mismo que Barberina guardaba en su arca y que se puso un día para que yo lo viese. En cambio, el vestido de la acompañante á la legua revelaba la confección casera y carnavalesca, hecho con retazos mal cortados y peor zurcidos para una noche. También advertí que la segunda máscara, con todas las trazas de criada ó confidente, no pronunciaba una sílaba en lengua italiana. Barberina, que así tengo que llamarla, me permitió que la acompañase á dar una vuelta por los salones; pero se negó resueltamente á bailar. Yo no merecía, según ella, más que odio y desprecio. No me perdonaba mi abandono, y había venido á España con el solo propósito de vengarse. Fuérame, pues, preparando yo á recibir el golpe súbito de la más terrible *vendetta* que en dramas y novelas se ha visto.

Cuando á este punto de nuestro coloquio llegaba mi mascarita, ya se había disipado en mi mente el primer engaño, y la clari-

dad envolvía mi aventura. Tan Barberina era ella como yo el Papa; era, sí, una dama ó mujer... no, no, dama sin duda, á cuyas manos por ignorados senderos había llegado el manuscrito de mis Confesiones de Italia. Lo había leído y quería embromarme con gracia. Díjele así: "Máscara de mis pecados, si no quieres que yo me vuelva loco, abandona la farsa ingeniosa de hacerte pasar por Barberina, y dime cómo y cuándo llegó á tu poder un manuscrito mío en que digo y cuento... lo que sabes. Dos fines aparecen en mi existencia desde esta noche feliz: amarte con pasión, con locura, con frenesí, y recobrar mis papeles. Te diré todo lo que ordenan los poetas: eres ya el ángel de mis sueños; muéstrame tu faz para que pueda adorar tu belleza., Rompió en sonoras risas, diciéndome en italiano inseguro que yo era tonto, y que así como soñaba con una belleza que no existía, soñaba también con un libro que no había sabido escribir.

"Ya es inútil que sostengas la farsa—le dije.—Ni tú eres romana, ni sabes de aquella lengua más que algunos dicharachos comunes. Tu linda boca te ha vendido dejando escapar frases en el castellano más correcto. Seamos amigos. ¿No quieres mi amor? Pues recíbelo como amistad, y descúbrete, ó sin descubrirte, dime dónde y en qué lugar debo recoger mi manuscrito.,,

Riendo con más gana, repitió dos ó tres veces la frase morbosa del buen D. Matías, que me hizo un efecto terrible pronunciada

en medio de la febril alegría del baile: *ho perso il boccino*. Por fin reducirla pude á que me hablara en castellano. Y oí de sus labios estas palabras dulces, afectuosas, como reprimenda de hermana mayor: “Eres un chiquillo inocente, y corres en el mundo inmenso peligro si no caes en manos piadosas que te guíen.

—Puès sean esas manos las tuyas, máscara... ¿Quieres que te llame *hurí*? Te llamaré mi ideal, mi sueño, ó el oriente de mi dicha.

—No empalagues con merengues poéticos.

—¿Te gusta la prosa?

—Sí, la prosa correcta y clara.

—Pues te amo, ¿es esto claro? Quítate la careta, y á renglón seguido... te propondré casarme contigo.

—¡Ay, qué prisita! ¿Y si yo no aceptara?

—Al romper el alba me pegaría un tiro.

—Eso no.

—¿Para qué quiero vivir?

—Pues para seguir escribiendo las *Confesiones*.

—Dame la *Primera Parte*.

—No la tengo.

—Eso no es verdad.

—Cortada en pedacitos, fué convertida en papel para tirabuzones.

—Pues dame los papeles con pelo y todo, que si es tuyo me parecerá cabello de ángel.

—No, que empalaga...

—Tú tienes las *Confesiones*: devuélvemelas.

—No me da la gana.

—Te recompensaré poniéndote á tí en la *Segunda Parte*.

—Si tú me conocieras, yo te tendría miedo; pero soy un arcano para tí. Escribe todo lo que quieras de una máscara vestida de *ciociara*.

—Tú no eres italiana, pero has estado en Roma. Tú eres amiga de mi cuñada Sofía, de mi cuñada Segismunda.

—Sonsaca, sonsaca, pobre tonto.

—Tú eres persona principal...

—Principal con entresuelo: de modo que soy más alta de lo que creías.

—Yo he de conocerte. Revolveré la tierra por descubrirte, porque, ya lo habrás conocido, ardo... ardo en amoroso incendio.

—No veo más que el humo.

—Yo me muero, si ese maldito antifaz continúa ocultándome el sol.

—Más vale así: podría deslumbrarte.

—No veo más que tus ojos... Déjame que los mire: en el fondo de esas pupilas negras como la noche, veo mi escritura, veo mis *Confesiones*. Tú me has leído. Divinos ojos, á vosotros pertenezco por algunos instantes, y mientras me leáis, yo me paseaba por el alma que está tras de vosotros.

—Entraste en el alma como el burro que se mete en un jardín...

—Me comí una flor... ¿No lo habías notado? ¿No echaste de menos alguna?

—Donde hay tantas, ¿qué significa una de menos?... Dime: ¿qué estimas por lo mejor de tus Memorias?

—Lo de... *Juan Jacobo fu il libro e chi lo scrisse.*

—No: lo más bonito es aquel pasaje tierno... cuando el Cardenal te manda embarcar, escoltadito por la policía.

—La policía me empujó hacia España, y una mujer enmascarada me atraía, como el imán al acero.

—El imán era yo. Benditos seamos los imanes.

—Ya que no me enseñas tu rostro ni me das el manuscrito, ¿querrás decirme la primera letra de tu nombre?

—Es la I... Imán.

—Puede que en broma me hayas dicho la verdad. ¿De veras empieza con *i*?

—Pero ahora me acuerdo: es con *h*... Hi...

—No será Higinia.

—Hombre, ¿y porque fuera Higinia habías de perder la ilusión?

—Ya que no quieres enseñarme toda la cara, descúbreme siquiera un poco de la barbilla... el piquito de la boca... Me está diciendo el corazón que debajito de él tienes un lunar.

—El lunar no está sino encimita. Pero no lo verás, á fe de Higinia.

—¿Pero de veras es tu nombre?

—Sí, hombre; y para más señas te diré que soy de Puente deume.

—Esa no cuela: tu acento es de purísima tierra castellana.

—Porque me he criado en Tordehumos.

—¡Ay qué mentira más gorda!... En fin,

he llegado al último paroxismo de la desesperación. Sultana, yo te amo.

—Abencerraje, tu frenesí no llega á embriagarme. No toques más la guzla, y lárgate de mi lado.

—Serás responsable de mi fin tétrico... Dame siquiera una esperanza. ¿Vendrás al baile del domingo?

—Vendré con otro disfraz para que no me conozcas.

—¿Te veré en sociedad; sabré de tí? ¿No quedará pendiente esta noche un hilo, por donde yo pueda...?„

Ya iba á contestarme cuando avanzó hacia nuestro grupo una máscara procerosa, cubierta más que vestida con dominó negro guarnecido de picos verdes, horrorosa estantigua que hubo de parecerme funcionario de la Inquisición ó del mismo Infierno cuando la ví gesticular ante mi desconocida y hablarle en tono displicente como de superior á inferior. “Sí, sí—dijo la que llamaré Barberina mientras no pueda darle otro nombre:—son las dos. ¡Qué tarde, Dios mío! Vámonos.„ Y el inexorable tagarote que con descompuestos modos cortaba rudamente la interesante ansiedad de mi aventura, se permitió apartarme con un gesto poco urbano. Por los ademanes le entendía yo más que por las voces, pues hablaba una endemoniada lengua de mí jamás comprendida. ¡Vascuence, Señor! La confusión de idiomas dominante en mi aventura, bien pudo hacerme creer que estaba en la torre de Babel. Y



otra cosa me confundía más. Aquel desafortado vestiglo que me arrebató mi ilusión, ¿era criado, mayordomo, amigo ó qué demonios era? Obedecieronle las mascaritas, y sin volver la cabeza para mirarme, rompieron por entre la muchedumbre.

“¿Qué haces que no la sigues, tonto?—me dijo Arnáiz, que en la última parte de mi aventura había cortejado á la máscara chica. Y viéndome como lelo, me sacudió con fuerte brazo. Estalló mi voluntad, lanzándome por el camino que ellas seguían, y me abrí paso á codazo limpio, guiado por la cabezota del vestiglo, que entre mil cabezas fluctuaba de salón en salón. “Se nos escaparán—dijo Arnáiz,—porque ellas no se detienen en el guardarropa y nosotros sí. Tendrán criados en la escalera que les darán los abrigos.

—Salgamos sin abrigos—dije sin apartar mi vista de la cabezota, que más parecía boya arrastrada por la resaca. Así lo hicimos, y al precipitarnos por la escalera, observamos que otro mascarón ponía sendos chales de cachemira sobre los hombros de nuestras damas, pues por tales sin ninguna duda las teníamos ya. En la calle nos escurrimos en su seguimiento, mientras iban en busca del coche, situado muy lejos, más allá del portal de Medinaceli. Las vimos subir á un carruaje anticuado, alquilón, de los más feos que nos han transmitido las generaciones pasadas, del cual tiraban dos caballotes angulosos, pero de bastante poder, que arrancaron veloces des-

empedrando el suelo por la calle del Prado arriba. Buscó Arnáiz un simón con idea de salir dando caza al armatoste; mas no lo halló tan pronto como fuera preciso. Empezar á la carrera la cacería habría sido inútil locura... Y en esto, un polizonte se cuadró delante de nosotros y en tono socarrón nos dijo: "Caballeritos, vuélvanse al baile, y busquen allí otro enredo, que lo que es éste se les ha destripado.", Parecióle á Arnáiz juicioso el consejo; á mí no, y en poco estuve que lo contestara con un par de mojicones.

Volvimos á Villahermosa, donde vi que la diversión llegaba al período vertiginoso y candente: sentíme agobiado por infinita tristeza, sin voluntad, sin resolución, y me entregué á un loco devaneo, arrastrado por mis alegres amigos. Bailé, di vueltas como una peonza, perdí toda formalidad y discreción, salieron de mi boca cuantas garrulerías vanas pueden imaginarse. Para remate de fiesta, caímos á la hora última en el *ambigú*, y allí, prestándome á la imitación de lo que veía, metí en mi cuerpo todo el *champagne* que me ofrecieron, y me puse tan perdido, que renació en mí la erudición que con el tráfago vital se había ido desvaneciendo. Improvisé versos sáficos, imitando los de Anacreonte; canté el Amor en prosa poética, y el vino y los placeres; hablé en latín y en griego, y recité casi todo el *Ultimo canto di Saffo*, de Leopardi: *Placida notte, e verecondo raggio—della cadente lu-*

na... añadiendo en diversidad de lenguas extravagantes desatinos, que mis amigos aplaudían á rabiár. De día entré en mi casa, más triste que loco, y más enfermo que borracho.

## X

26 de Febrero.—Señora Posteridad, mi amiga y dueño: La turbación de mi ánimo en estos días me ha privado del gusto de escribir á usted. Ya comprenderá que no estoy para bromas después de la que me dió la máscara de negros ojos, y que bastante ocupación han tenido mis sesos devanándose á todas horas para desentrañar aquel arcano, sin haber logrado hasta la presente la claridad que ansío... Más de una vez he preguntado á mi cuñada Sofía si conoce á una dama llamada Higinia, y á todo el ardid capcioso con que trato de descubrir su pensamiento contesta con risotadas. La única adquisición que he podido hacer en ésta mi contienda con lo desconocido es la certidumbre de que fué Sofía quien me robó mis *Confesiones*. No me lo ha dicho claramente; pero su familiar risa picaresca me declara el delito, al cual parece dar el carácter de travesura inocente.

Hoy está fuera de sí con las noticias que corren de una revolución en Francia. Cree

Sofía que si las terribles nuevas se confirman, tendremos aquí grave trapatiesta, y cuando le digo yo que de ello me holgara mucho, se pone hecha un basilisco. “¿Te parece bien que ahora, por seguir aquí el ejemplo de Francia, se nos cuelen en el poder los progresistas, que después de tantos años de oposición deben de traer hambre atrasada? Pues como levanten la cabeza Olózaga y *Don Juan y Medio*, Sancho y Madoz, con toda la taifa nueva de los *democratistas*, ya podemos recoger los bártulos... Bien dije yo que con este idilio del *Papa liberal* se habían trastornado los caletres de los políticos españoles. Vino Espartero de Inglaterra, y no supo D. Ramón qué hacer para festejarle. A Olózaga le levantan el destierro, y hasta le dan indulto al pícaro Godoy. ¿Qué resulta de estas blanduras? Que los progresistas no agradecen el favor, y que al calorcillo de tanta liberalidad la gusanera carlista ó montemolinista revive, y ya tenemos á nuestras tropas dando caza á los Tristany, á Tintoret de Igualada y al Tuerto de la Ratera... Todo ello es por haber tomado en serio ese poema católico y político del Papado al frente del liberalismo, y de la unidad de la Italia, que en rigor nos importa un comino... Pues ahora, si se confirma el topetazo que anuncian de *allende el Pirineo*, no sé por dónde van á salir nuestros *hombres públicos*... Las últimas noticias comunicadas por las torres telegráficas son que en París está el trono patas arriba, y

que Luis Felipe salió con las manos en la cabeza....,

Respondí yo, para hacerla rabiar, que de todo lo que en Francia sucedía me alegraba, y que vería con gusto que, no ya los progresistas, sino los *demócratas* (que así se dice y no *democratistas*), cogieran la sartén por el mango; que me quitaran mi destino, y que á los vagos como Agustín y otros les dejaran cesantes; que se decretara el socialismo y el comunismo y los falansterios, con lo cual quedábamos todos de un color, en el seno de la más perfecta igualdad. Quimerista y disputadora por naturaleza, tomaba muy á pechos mis desahogos, y queriendo defender la razón, el justo medio y el buen sentido, despotricaba más disparatadamente que yo. Sorprendidos por mi hermano en agria querella, suspendimos las hostilidades para oír las nuevas que traía. Estas no podían ser peores. En Francia se había proclamado la República ó andaban en ello. “Pero qué hace Odilon Barrot?—decía mi cuñada, roja como un tomate.—Si nos saldrá también *grilla*, como Guizot y *ese* Thiers....” La cara de Agustín revelaba una gran consternación. ¿Qué iba á pasar aquí? Ya estaba viendo el tricornio del Duque entrando por la Puerta de Alcalá. ¡Y que vendría el hombre con pocas ganas de gresca!... Sería forzoso apechugar de nuevo con la Milicia Nacional y soportar los desmanes de *las turbas*. “Ya en Francia no se dice *las turbas*—indicó Sofía,—sino *las masas*, nombre nuevo del popu-

lacho, y me parece que también por acá vamos á tener *masas*, que es lo único que nos faltaba., Dejéles comentando á su antojo los sucesos de París, y á mi casa me vine, donde encontré una carta de mi madre, que abrí con presteza para saborear el consuelo que siempre me trae el vivir ilusorio de la santa señora. Ved aquí el sabroso mentir de las estrellas:

“¿Pero tan engolfado estás, hijo mío, en tu ciencia y en la lectura de impresos y manuscritos, y tan metido en el trajín de archivos y bibliotecas que no te queda un rato para llegar al convento de la Concepción Francisca, por otro nombre *La Latina*, y visitar á tu querida hermana, á quien no has visto desde que estás en la Corte? Aquí supiste que mi reverenda hija fué á las *Concepcionistas Calzadas* de Talavera acompañando á una señora monja enferma, de notable virtud y santidad, á quien recetaron los doctores aquellos aires. De Talavera pasó Catalina á Torrelaguna, siempre en compañía de la venerada religiosa, y ya la tienes otra vez en Madrid. No te disculpes con que no lo sabías, pues tu hermana me escribe que con mucho interés preguntó á Sofía por tí cuando ésta la visitó en el convento. Discúlpate con tus atracones de lectura, y te perdonaré, sí, te perdono, con tal que al recibo de ésta des de mano á los cánones y á las historias de romanos y griegos, y te vayas corriendito á ver á Catalina.

„El pajarito que me cuenta tus pasos me



dice que renegaste de toda diversión en los malditos carnavales, huyendo del barullo de las llamadas máscaras, y prefiriendo el goce de tus libros á ese torbellino indecente de bailes y comilonas. Pequen otros todo lo que quieran emborrachándose y dando bromas, y consérvate tú en tu celestial pureza, dedicado á las ciencias de Dios. Sé también que si algún tiempo has robado á los estudios, ha sido para consagrarlo á devotos ejercicios en la iglesia... Lo sé, y no venga tu modestia diciéndome que no... No se me cocerá el pan hasta que me digas que has visto á tu hermana y me cuentes lo que habéis hablado, que ello ha de ser muy substancioso, y tocante á las cosas de tejas arriba. Porque por estas bajezas, hijo mío, todo es vanidad, mentira, y afanes inútiles que no conducen más que á la perdición. Me imagino que tratará de encaminarte por los senderos que pisabas cuando eras niño. Vuelve, vuelve, Pepe querido, á esos divinos campos. Haz caso de tu hermana que ya está en salvo, y quiere verte salvado con ella... Me figuro también que por Catalina trabarás conocimiento con esa bendita monja, su compañera, de quien la fama refiere tales maravillas que hasta se susurra ya que hace alguno que otro milagro. Los hará muy sonados cuando menos se piense. Dará gusto oíros á los dos platicando de cosas divinas, pues la santidad y la ciencia frente á frente ya tendrán qué decirse. Lástima que no pudieran escribirse por máquina ó cosa tal vuestros

coloquios, que ello habría de ser de gran enseñanza y edificación.

„Quedamos en que cuando recibas ésta, cogerás al instante tu sombrero y te irás al convento de La Latina, que entiendo está en lá calle de Toledo, bajando á mano derecha, y en la portería llamarás, preguntando por Sor Catalina de los Desposorios, la cual debe estar consumida por verte, y pedirá todos los días al Señor que encamine tus pasos hacia la Concepción Francisca. Espero tu carta dándome cuenta de la visita, y contenta de tu virtud, gozosa de tu piedad y aplicación constante, te manda su bendición tu amante madre—*Librada.*„

Mi primer impulso, bebiéndome las lágrimas que la carta me hizo derramar, fué coger la pluma, y responder á su soñador optimismo con el desengaño de la verdad... Hubiera yo dicho, vaciando de golpe mi oprimida conciencia: “Señora madre, para mí no hay ya más cánones que los ojos negros de la misteriosa hembra que en el baile se me apareció dándose el nombre de Barberina; para mí no hay más estudio que el intrincado enigma de esa mujer, su calidad, su nombre; saber si es tan hermosa como al través del antifaz la imagina mi amor, y si la lectura de mis Confesiones de Italia despertó en ella un sentimiento que me haría más dichoso que poseer los tesoros de ciencia encerrados en todas las Enciclopedias y Antologías del mundo... No piense mi madre que me seducen las mnertas belle-

zas de los libros, goces ilusorios, que si fueron quizás verdaderos para quien los escribió, no lo son para quien los lee: busco mi ciencia en las páginas vivas, y en los textos que respiran y rien y lloran, compilados en la gran biblioteca humana. Soy joven: no me pide el cuerpo una decrepitud prematura averiguando cosas que ya están averiguadas, ó consumiéndome en medir y pesar la vida que otros tuvieron. Anheló vivir... Pero si yo le dijera esto... ¡pobre madre! No: malo es engañarla; peor sería darle muerte.

*27 de Febrero.*—Recogidos y alineados mis recuerdos, puestas en orden todas las piezas de la máquina cerebral para que no resulte desconcertado el grave relato de hoy, empiezo... ¿Pero por dónde empiezo? Naturalmente, por mi entrada en La Latina, por las palabras que dije á la tornera, la cual me mandó esperar un ratito... Yo no quitaba mis ojos de la reja, esperando á cada instante la conmovedora aparición del rostro de mi querida hermana. ¿La reconocería yo después de tanto tiempo? Habíanme dicho que de su singular belleza apenas quedaban reflejos pálidos. ¡Pobre Catalin! Yo niño y ella mujercita, había sido para mí la hermana predilecta, algo como una madre chica: yo la adoraba, y ella cifraba en mí todos sus amores. Tenía nueve años más que yo; me llevó mucho tiempo en brazos, y le serví de muñeca para sus juegos. Nunca he sabido por qué abrazó la vida religiosa. Ello fué determinación repentina, en pocos días trami-

tada. Más de una vez pregunté á mi madre por qué era monja Catalina, y me respondía lacónica y evasivamente que porque Dios así lo dispuso... En aquel plantón que precedió á la visita, mi memoria refrescaba los días pasados en que mi hermana vivía con nosotros en Sigüenza y en Atienza; después hice mental cálculo de su edad: debía estar ya en los treinta y dos cumplidos.

El súbito descorder de la cortina me sacó de mis remembranzas; temblé, ví el rostro de mi hermana desvalído en las tinieblas como la imagen de un ensueño. “Gracias á Dios, hombre—fué lo primero que dijo;—gracias á Dios que te dejas ver... Se sentó junto á la reja, y llevándose á los ojos sus blancos dedos lloró un ratito. Díle las necesarias disculpas de mi tardanza, con no poca turbación, porque también á mí se me saltaron las lágrimas y no sabía qué decir. Serenados ambos, y hechos mis ojos á la obscuridad, observé á Catalina y no me pareció tan decaída su belleza como me habían dicho. Fuera del descuido de la dentadura, que afeaba un tanto la boca, no hallé su rostro descompuesto: su blancura era como el mármol, y sus negros ojos conservaban el encanto de otros tiempos. La voz se había hecho un poco gangosa y desapacible, por el hábito de hablar compungidamente. “Ya sé—dijo contestando á mis disculpas,—que te has lanzado al vivir como las mariposas á la luz; pero esto no hay que decírselo á madre, porque se moriría de pena. Como

hermana mayor y como religiosa, yo tengo que advertirte los peligros que corres, Pepe. No trataré de renovar en tí una vocación que ya me parece ha volado para siempre; pero he de procurar que en ese remolino del mundo te trastornes lo menos posible, y que no te apartes demasiado de la ley de Dios....

Le dí gracias por su benevolencia, y luego prosiguió así: "Pero, hijo, has dado un cambio tan grande en tu carácter, que no conozco en tí al muchacho formalito, apocado y estudioso que dejé en casa cuando Dios me llamó á esta vida. Roma, que para otros es medicina y confortamiento del espíritu, para el tuyo ha debido de ser veneno, pues allí, como las serpientes mudan la piel, soltaste todas las virtudes y te vestiste de todos los vicios... Y sabe Dios hasta dónde llegaste, hermano, que el pajarito que á mí me cuenta todo, no me habrá dicho sino una parte de la verdad.

—¿Qué te ha contado ese pícaro?—pregunté viéndola venir;—porque ya no dudo de que andan por ahí gorriones que van de oreja en oreja desacreditándome...

—No, lo que es el mío no me engaña. Pienso que se habrá quedado corto en contarme tu libertinaje de Roma. No quiero decirte los azotes que yo te hubiera dado si te cojo en el momento de descolgarte, con aquel par de mequetrefes, de los techos de San Apolinar... ¿Pues qué te habría hecho si te veo entrar en la infernal caverna masónica?

—Querida hermana, tú has leído mis *Confesiones*...

—Yo no he leído nada. ¿Necesito yo leer para enterarme? Aquí sabemos todos los pasos buenos y malos de las personas que nos interesan.

—Entonces... ¿Sofía te ha contado...?

—Yo estoy aquí para interrogar, no para que me interrogues tú, mocoso, á quien he saltado en mis brazos, á quien he dado la papilla, y luego las sopitas....

Y pegando su rostro á la reja interior, y ordenándome que á la de fuera me aproximase, me miró bien, y orgullosa y risueña me dijo: “Pues estás guapo de veras. En figura el cambiazo no es menos notorio que en lo demás... Bueno: siéntate y escúchame con atención. No quiero hablar del grandísimo pecado... ¡Jesús, Jesús! Fue tan horrible que mi boca no puede mentarlo. Pero ya tu conciencia sabe á qué pecado me refiero, al horrendo delito que no deberías recordar sin que se te cayera la cara de vergüenza.

—Se me cae la cara, sí .. ¿pero cuándo y cómo has leído...?

—Cállate la boca, y déjame seguir. Digo que no quiero hablar de ese pecado, porque repugna á mi conciencia, porque mancha mi boca... Pero de su conocimiento y del horror que me causa partiré para la grande obra de tu redención; porque yo quiero redimirte, hermano querido, apartándote de los peligros que corre una naturaleza ya dañada y que se dañará más cada día; quiero



formarte una vida nueva, como jaula segura de la que no puedas escaparte... ¿no me entiendes?

—Querida hermana, si pretendes llevarme á una vida para la que no siento inclinación, desde hoy te digo que pierdes el tiempo.

—No es vida eclesiástica la que te propongo, pues ni tú la mereces ya, ni la divinidad de esa vida corresponde á tu naturaleza impura. Quiero echar cadenas á tu libertad para que no acabes de perderte; pero la esclavitud que te preparo no es la esclavitud de perfección, aunque también has de ver en ella carácter sagrado.

—Por Dios, que ya te voy entendiendo, hermana. Has de decirme qué pajarito te ha traído esa idea.

—¡Ah! un pajarito precioso...

—Rui señor tal vez.

—No; su belleza no consiste en el canto, sino en el color de sus plumas: es todo encarnado.

—Será entonces Cardenal.

—Justo... y tú le conoces. A mí ha venido y habló en mi oreja, diciéndome lo que ya te había dicho á tí.

—A mí no me hablan nunca los pájaros.

—Sí, Pepe, sí... Hay en Roma un alto personaje, el hombre de confianza del Sumo Pontífice, un sabio y prudente ministro que al verte huérfano de Don Matías, te amparó en su propia casa, y extendió sobre tí el manto de su noble protección. Cómo correspondiste á su hospitalidad y agasajos,

mejor lo dirá tu conciencia que mi boca: no hablemos de eso... Pero recordarás que al despedirte para España con severidad dulce de gran señor, levísima pena de tu delito, te dijo éstas ó parecidas palabras: "Tienes vocación de marido... Que tu familia te procure un buen matrimonio.., Consejo más sabio no ha salido de humana boca. Ese remedio, esa medicina recetada por el hombre más sabio de la Europa, yo te la proporcionaré. Déjame ser tu boticaria....",

No puedo seguir... Al reproducir en mi mente aquel coloquio interesante, mis nervios se disparan, y ved aquí los temblorosos garabatos que traza mi pluma... Intenso dolor de cabeza detiene el curso de la función mental, literaria... No puedo, no. Hasta mañana.

## XI

¡Casarme! ¡Dios! Inaudita sorpresa... De cuanto en el mundo existe pensé que me hablaría mi hermana menos de matrimonio. ¡Casarme! ¿Y con quién? ¿Será con la incógnita dama del baile? Esta sospecha elevó al máximo grado el inmenso desvarío que la extraña declaración de Catalina produjo en mi mente. Bueno, señor; que me la traigan, en su verídica forma y rostro, pues yo no puedo comprometerme á ser esposo de una máscara.

—Está bien—dije á mi hermana...—¿Y puedo saber con quién me caso?

—¿Quieres callarte, chiquillo?—replicó ella con infantil enojo.—Apenas se te habla de boda, ya estás pensando en melindres. Conténtate por ahora con saber que me ocupo en curarte, conforme á la receta del prudentísimo Cardenal, y espera mis acuerdos con todo el recogimiento y la honestidad que el caso pide.

—Pero, hermana querida, ¿por qué has de ver malos pensamientos en este descomio, tan natural, tan humano, de saber qué persona...? ¿Acaso no lo sabes tú todavía?

—Lo sé; pero no quiero decírtelo... Empezarías á calentarte la cabeza, á mirar por el lado de la liviandad cosa tan grave y santa como el matrimonio. No me repliques: con lo que hoy te digo debe bastarte. Y ponte muy contento, Pepe... da gracias á Dios por haberme inspirado esta idea de tu regeneración por la esclavitud...

Diciendo esto se levantó. Al verla yo en pie, lanzando sobre mí por los huecos de la doble reja su mirada fulgurante, fuí asaltado de un pensamiento audacísimo. Quise rechazarlo, y como un rayo atravesó de nuevo mi mente. Dios me lo perdone. Ví tal semejanza entre la mirada de Catalina al través de los hierros y la de la mascarita por los agujeros de su careta, que creí que monja y máscara eran una misma persona. Vuelvo á decir que me lo perdone Dios, porque sin duda tal pensamiento fué de los más ruines,

y un agravio soez al decoro monástico de mi hermana, y á la Orden, y al mismo Jesucristo... No podía ser, no, y sólo en la corrupción de mi entendimiento podía encontrar el germen de tan desatinada sospecha. No tardé en reflexionar, en comparar... Indudablemente, entre el lenguaje mundano y un si es no es desenvuelto de la máscara, y el acento quejumbroso, salmista y nasal de Catalina, no había la menor concomitancia... La única relación estaba en los ojos... ¿Pero eso qué?... ¡Locura, perversión de jovenzuelo que en nuestra sociedad se llena de malicias antes de ser hombre! Fuera, fuera, pensamiento vil.

Sin duda influyen en mí los desvaríos de la literatura corriente: en Italia como en España se ha puesto de moda introducir en dramas y novelas personajes monjiles, con desprecio de la dignidad religiosa, y ya vemos profesas y novicias que se dejan robar, ó que se descuelgan de las rejas á la calle, ya otras no menos desatinadas que burlan la clausura para salir encubiertas á ver mundo, ó á husmear, amparadas de la noche y de un buen tapujo, en las fiestas de Carnaval. Las aventuras de monjas, hoy tan del gusto de los poetas, pasan de la creación literaria á nuestro pensar y sentir en los casos de la vida real. Perdóneme Sor Catalina de los Desposorios que manchara su pureza arrojando sobre ella girones de una literatura insana.

“¿En qué piensas?—me dijo la monja

como riñéndome.—En vanidades del mundo, en corruptelas y vicios...

—No, hermana querida: pienso que antes de dar el *sí* á tu proyecto, necesito saber...

—¡Dale!... Por hoy, no se hable más del asunto. Déjalo que madure: espera y calla.

—Sí; pero...

—Que calles te digo y te mando. Volverás cuando yo te avise y hablaremos otro poquito... Ya no puedo entretenerme más; dentro de un instante llamarán á coro.

—En ese caso, debo retirarme.

—Aguarda un momento, que quiero hablarte de otras cosillas. Según parece, en París *han puesto* la República. Los demonios andan sueltos otra vez por allá: pronto veremos cómo asoman la oreja ó el cuerno los diablejos de aquí. Cuidadito, Pepe, con meterte entre revolucionarios. Mira bien con quién andas... Y no creas que con callarte y disimular tus locuras, no las voy á saber. Aquí lo sabemos todo. No te trates con progresistas, que de esos sacarás lo que el negro del sermón. Mantente á distancia de los que alborotan, y no te faltarán adelantos en tu carrera... Bien mirado, no porque haya República en Francia, hemos de tener aquí Progresismo, que en nuestra tierra sobran medios para poner un dique á la maldad. En Francia no hay religión, aquí sí; en Francia no hay hombres que expongan su vida por los Reyes, aquí los hay. Luego... En fin, que me llaman á coro. Otro día te lo explicaré mejor... Adiós, hermanito.

Que seas sumiso y bueno. Escribiré á madre que has venido á verme, y se pondrá muy contenta la pobre... Retírate ya... El Señor te acompañe....”

Salí de La Latina con tanta confusión y alboroto en mi cabeza, que en todo el resto del día no fuí dueño de mis pensamientos. Las alusiones al manuscrito, la propuesta de casorio, la sospecha de que mi hermana y la máscara no eran personas distintas, y por fin las vagas apreciaciones políticas que oí de sus labios al despedirme, tantas emociones y sorpresas en el breve espacio de una visita que apenas duró media hora, eran para volverme tarumba, si no tuviese yo un cerebro muy bien organizado, gracias á Dios. Por fin, al anoecer empecé á ver claro, y entendí que la protección de Sor Catalina de los Desposorios (¡vaya que el nombre tiene miga!) era de un carácter positivo, como fundada en el cariño fraternal. Debía yo, pues, esperar á que se fueran aclarando las nieblas que envolvían el pensamiento de mi bendita y muy amada hermana.

*3 de Marzo.*—Las noticias de Francia son cada día más interesantes, y en ellas palpi-ta el drama político, tan del gusto de estos pueblos imaginativos y apasionados. La fuga del Rey, las escenas teatrales de la Duquesa de Orleans en las Cámaras, con sus niñitos de la mano; las barricadas, la proclamación de la República llegan aquí como páginas epilogales del sangriento poema del 93. Es muy comentada, con evidente



exaltación de la susceptibilidad española, la noticia de que la Infanta Luisa Fernanda, Duquesa de Montpensier, quedó abandonada en las Tullerías al huir toda la familia Real: en aflictiva soledad estuvo la pobre niña un mediano rato, oyendo el rugido de las turbas, hasta que se salvó, nadie sabe cómo, pero ello fué por arte milagroso.

Con estas cosas, y lo que aquí se presume y teme, tenemos el cerebro de Sofía en espantosa ebullición: su voz no cesa de explicar las causas de la catástrofe, y la precisión en que estamos de poner una aduana de ideas en la frontera para que no pase acá la dolencia revolucionaria, ni se nos cuelen en España esas malditas *utopías*. “Aquí no queremos *utopías*—repite con un flujo de amplificación que acaba por ser insoportable,—pues bastante guerra nos han dado las que introdujeron los caballeros de la emigración., Lo único que la consuela del detestable cariz que toman los asuntos europeos, es que al frente de la República francesa aparezca la interesante figura de un poeta, el dulce y tiernísimo Lamartine, que ahora debe aplicar al arte político las sonrosadas imágenes, las opalinas nieblas y los reflejos lacustres de sus admirables versos. Habla Sofía del poeta que hoy preside los destinos de Francia como si fuera uno de los más puntuales asistentes á su tertulia. Le alaba y glorifica, recita ó manda recitar fragmentos traducidos de las *Meditaciones*, y pone los ojos en blanco cuando

llega un pasaje de azucarada ternura ó rosadas ensoñaciones. “Hay que reconocer—nos dijo anoche,—que Francia nos lleva ventaja en lo de enaltecer á los hombres eminentes de la literatura. Miren qué pronto han puesto en la cumbre política á uno de sus primeros poetas. Aquí, por mucho que adelantemos, no se hará jamás otro tanto. Ni nos cabe en la cabeza que un día, al tener que cubrir la vacante de Jefe del Estado, cojamos á Pepe Zorrilla y de golpe y porrazo lo nombremos Presidente ó como quiera llamársele. Lamartine al frente de la República francesa es como si aquí, hallándonos sin Reina constitucional, nombrásemos á *Tula* para este cargo... Si cada cual estuviese en su sitio, ¿quién duda que Don Juan Nicasio Gallego sería Arzobispo Primado, y que otros ocuparían puestos altísimos correspondientes á su categoría?,” Todos convinimos en que cuanto decía la ilustrada señora estaba muy puesto en razón.

*6 de Marzo.*—Escribo esta noche sin otro objeto que consignar la trastada que me ha hecho mi jefe, el nuevo director de *La Gaceta*, á quien aquí saco á la vergüenza pública para que la Posteridad le vitupere y maldiga. Apenas tomó posesión el tal de su altísimo cargo, le enteró la envidia de que su antecesor me había dispensado de ir á la oficina, con excepción de los días de la sacra nómina, y al punto mandó un recadito á mi hermano ordenando que me presentase en mi puesto, pues había pendiente

gran balumba de trabajo que exigía las inmediatas funciones de todo el personal de la dependencia. Acudí al cumplimiento de mi deber, con la idea de que me encargarían alguna faena delicada, propia de mi grande erudición, como traducir discursos ó memorias del italiano y del francés. Pero no fueron estas ramas del saber las que encomendó el jefe á mi cuidado, sino otras que no sé si clasificar en el orden de la Partida Doble ó de la Estadística, ciencias que requieren entendimientos privilegiados para su cultivo. Pues, señor: todo el santo día me han tenido sacando el duplicado y triplicado de la nota de líneas compuestas por cada cajista, operación no exenta de aparato, porque las tales listas van en pliegos de marquilla de lo más fino, y se me exige un esmero y limpieza de trazos que me ponen en grande apuro. Mi inmediato jefe, que es uno de los mayores gazzápiros que comen el pienso de la Administración, no aprueba mis prolijos estados sin fruncimiento de cejas, prolongaciones de hocico, y reparos necios por si eché un rasgo para abajo en vez de echarlo para arriba, ó por si mis cinco parecen ocho, deformación que de no sufrir ejemplar correctivo, traería la catástrofe de todo el mundo aritmético. Esta tarde apuré tanto mi paciencia aquel prototipo de la imbecilidad, que mi mano estuvo á muy poca distancia de su calva asquerosa, y poco faltó para que su nariz y toda su jeta se aplastaran contra el pupitre y los papeles

que examinaba. Me contuve; pero salí de la oficina con la certidumbre de que si mañana se repite tan estúpido vilipendio, no sabré reprimirme. Dígolo porque de algún tiempo acá siento en mí estímulos de orgullo y extremado concepto de mi personalidad. No me rebajo fácilmente á nadie, y menos á un ínfimo, que sólo es mi superior en el brutal escalafón administrativo... Las once dan, yo me duermo...

*7 de Marzo.*—¿Sabes, oh Posteridad, que resultó lo que yo me temía? Pudo más la rabia de verme humillado que la paciencia y abnegación propias de un funcionario de corto sueldo, y viendo gesticular ante mí las patas delanteras de mi jefe, protesté en la más desabrida forma. Irguióse él sobre los cuartos traseros, y me dijo que inmediatamente daría parte al director de mi falta de respeto, y yo le contesté que lo mismo á él que á nuestro director me los pasaba por las narices; que yo no había nacido para hacer listines de imprenta, y que antes que á esto á barrer la casa me prestaría. Replicó entonces con grosería chabacana: “¡pues no tiene el hombre pocos humos!”, y yo fuí tan dueño de mí en aquel supremo instante que no le vacié el tintero en la calva, conforme á mi primera intención, y me contenté con decirle: “me voy, por no romperle á usted el alma, so mamarracho.”, Cogiendo mi sombrero, salí por entre los compañeros mudos de asombro.

Vedme aquí, pues, cesante, pues no ten-

go duda de que mi arrebató es motivo suficiente para que la señora Administración me ponga de patitas en la calle. Tendrán que oír mi hermano Agustín y mi cuñada Sofía cuando se enteren del suceso. Pero no me importa. He dado gusto á mi dignidad ofendida, y no me pesa, no, esta arrogancia que el trato social de Madrid va despertando en mí. Sabed, *io posteri!*, que practico el *nosce te ipsum*; que por las noches, una vez cumplida la obligación de emborronar papel, examino mi interior, y hago cómputo y análisis de mis pensamientos y mis acciones. Pues bien: declaro que me siento altanero; atribuyo este fenómeno al efecto del ambiente en que vivo, y á mi fácil asimilación de caracteres y costumbres. Cuando los años me den mayor experiencia haré la crítica de esta nueva evolución mía, ahondando bien en sus causas: hoy por hoy me limito á consignar el caso, y echo la culpa al tiempo, á la atmósfera, como hacemos comunmente en el primer diagnóstico de nuestras dolencias. Añado á lo dicho que entre mis numerosos amigos, de varia educación, origen y clase, doy la preferencia á los aristócratas; siento que mi naturaleza se asemeja y adapta cada día más á la de los que nacieron en elevada cuna y enaltecen su voluntad sobre las voluntades ajenas. Nacido yo en esfera humilde, aunque no de las más bajas, ¿por qué me siento noble? Privado de bienes de fortuna, viviendo al amparo de mis hermanos con sólo un triste

sueldo para ropa y gastos menudos, ¿por qué me atrae y seduce la compañía de los ricos? No lo sé; pero como es así, así lo digo, sin comprender bien la razón de esta sinrazón.

Entre mis amigos, como dije en otra confesión, los hay de todas las categorías y para todos los gustos. Bringas y Arnáiz, ambos hijos de comerciantes, no me inspiran el mismo afecto; Caballero, hijo de un pastor, me da lecciones de cultura social; Donato es un tarambana muy divertido, pero que no ahondará en mi corazón; á Leovigildo, la peor cabeza de Madrid, desordenado y voluntarioso hasta lo increíble, le tengo yo mucho cariño. De los dos aristócratas que figuran en mi trínca, Trastamara no es santo de mi devoción; en cambio Guillermo Aransis forma conmigo una pareja indisoluble. ¿Qué parentesco moral, étnico, fisiológico, iguala nuestros gustos y unifica nuestros pensamientos? No entiendo este *gemitismo* (excusad la palabra), siendo él rico, yo pobre; él de raza histórica, yo de cepa plebeya. Verdad que físicamente tenemos gran semejanza, y mayor aún en el temperamento. Nos asimilamos el uno al otro con pasmosa rapidez. Absorbe él mis ideas apenas yo las expreso; me apropio yo sus modos elegantes apenas los indica. Naturalmente, dada la situación social de cada uno, no le arrastro yo á él, sino él á mí: Aransis me lleva á su esfera, sin que yo me dé cuenta de ello, por graduales movimientos, tirando de mí; me introduce en el cam-



po de las aficiones, de los hábitos, ¿y por qué no decirlo? de los vicios aristocráticos. A mí nada me asusta en el medio de vida á que mi amigo me conduce: no me asusta la disipación, ni el convencionalismo, ni el vértigo de las alturas.

## XII

*12 de Marzo.*—Llevado al mundo por Aransis, gracioso diablillo que no me deja de su mano, héme metido en casas de las clases alta y media, y en ellas me han salido conocimientos y relaciones que en mucho estimo y han de serme de no poca utilidad. Algunos días he pasado en grande aturdimiento, sin fijarme en nada, más deslumbrado que sorprendido, confundiendo cosas y personas... Pero el mundo nunca es un páramo, y si lo fuera, la juventud que va por él haría salir flores del suelo con sólo pisarlo. Eso me ha pasado á mí. Sentíame yo un tantico aburrido andando sobre tan diferentes alfombras, cuando una noche, inopinadamente, en una casa de medio tono, modestita y al propio tiempo distinguidita, ví surgir ante mí flores risueñas y fragantes... Verde y con asa, dirán los que esto lean: ya tenemos enamorado al confesor de sí mismo. Poco á poco: necesito explicar...

¡Ay, Dios mío!... se me olvidó un caso in-

terasantísimo, cuya preterición podría traer grave obscuridad á este relato. No tengo más remedio que volver un poquito atrás con permiso de los que dentro del siglo me lean, y si por acaso no les pareciere bien retroceder conmigo, espérenme aquí, que pronto vuelvo.

¿No dije, al referir mi querella con el jefe de la oficina, que el cataclismo era inevitable, y que se decretaría una fuerte pena, quizás la cesantía? Pues así sucedió á los pocos días del dramático lance; pero ello fué muy distinto de como yo lo esperaba y temía. Excuso decir que no he vuelto á parecer por la *Gaceta*, y que me doy por expulsado ignominiosamente. Pues ved lo que pasó, y asombraos conmigo. Acababa yo de almorzar, cuando me anunciaron que un señor viejo deseaba verme. Aunque se me dijo que era de traza humilde y que sin duda venía con propósito mendicante, mandé que le pasaran á la sala. Imaginad mi sorpresa cuando me ví ante D. Faustino Cuadrado, mi superior inmediato en la oficina, al cual ultrajé de palabra más que de obra. Mi estupefacción llegó á lo terrible cuando el desdichado sujeto, elevando hacia el techo sus trémulas palmas, exclamó con luctuoso acento: “¡Cesante!

—Yo...—dije extrañado mucho que llegara para darme la noticia. Y él replicó:

—No: usted no... ¡Yo... yo... cesante yo...!

—Pues no lo entiendo, señor mío. Usted cumplió con su deber. Yo no creía compati-

ble mi dignidad con el deber de usted..., y...

—En buena lógica, á usted le correspondía el castigo. ¿A mí por qué?... ¿Qué hice yo, desdichado de mí, que llevo veinte años con diez mil cochinos reales; yo, que fuí de los que en las Cabezas de San Juan se unieron á Riego; yo que serví lealmente con seis mil al Gobierno del Sr. Zea Bermúdez; yo que en tiempo de la Gobernadora retrocedí á cinco mil, y luego fué menester que por mí sacara el Cristo el Sr. de Istúriz para recuperar los seis?... yo que serví con Mendizábal, y juntos trabajamos en el decretito aquél de las campanas; yo, casado y con seis de familia, que por llevar á casa unos tristes garbanzos he apechugado con lo más contrario á mis convicciones, sirviendo con el mismo celo á Espartero y á Narváez, á González Brabo y á Olózaga, á los Puritanos y á los Ayacuchos y al demonio coronado; yo que en tantísimos años no he faltado un solo día á mi obligación, ni tengo la más insignificante nota desfavorable; yo que con nadie me meto; yo, Faustino Cuadrado, cesante... cesante! ¿Y por qué, Señor, por qué? Sea usted imparcial, caballero, y diga, ante Dios y los hombres, si yo le he faltado...

—Yo falté á usted, lo reconozco—dije noblemente, sintiéndome confuso, lastimado por tanta injusticia,—y de todo corazón tengo que inclinarme ante su desgracia, y pedirle que me perdone aquel arrebató.

—¡Cesante... mis hijos sin pan, yo trastornado, pues no sé á qué santo encomen-

darme, ni á quién volverme, ni en qué árbol ahorcarme!

—¿Está usted bien seguro de que la causa de su cesantía fué la cuestión aquella...?

—¡Cristo me valga! Pues si el director, cuando me leyó la sentencia me lo dijo bien clarito: “Por haber faltado al respeto al señor de Fajardo...”, Y luego me salió con que es usted un sabio... un sabio de reputación europea... que nos está escribiendo la Historia del Papado... ¡Pues por qué no me lo advirtió, rabo y uñas de Satanás! ¿Por qué al darme prisa para los listines, y encargarme que no le tuviera á usted ocioso, no me dijo: “guarda que es podenco, guarda que es sabio, guarda que ha escrito la vida del Santo Padre, que para mí ha sido la vida de Judas Iscariote,”?... La culpa la tiene el señor director, que no me puso en autos... Sin duda estaba tan enterado como yo de la dichosa sabiduría... Y se me figura que también á él le han acusado las cuarenta, porque cuando me dió el escopetazo, se rascaba la barba y decía: “Debieran los sabios llevar chapa en el sombrero, para que los conociese todo el mundo.”

Como yo afirmase con toda sinceridad que no se me alcanzaba de dónde podía venir el tremendo golpe, puso cara fatídica, y alzando el dedo índice cual si quisiera horadar el techo, repitió: “De arriba, Sr. de Fajardo, de arriba.

—Creo que padece usted una alucinación.

Yo puedo asegurarle que á nadie he dicho nada, ni aun á mi hermano...

—¡De arriba, de arriba!... Imposible, señor de Fajardo, que usted no lo haya dicho. Por las once mil Vírgenes, haga memoria.

—De veras: nadie sabe que nos peleamos, que abandoné la oficina...

—Haga memoria, por los clavos de Cristo.

—Recordando estoy... Tan sólo á una persona...

—¿Lo ve? ¡Cuando digo...!

—Tan sólo lo he contado á mi hermana, á una hermana mía, monja.

—¿Monja? ¡Dios uno y trino, como si lo viera! ¿Con que monjita? ¿Y en qué convento?..

Cuando le dije que en La Latina, cayó el hombre desplomado en un sofá, y llevándose ambas manos á la cabeza, apoyados los codos en las rodillas, quedó un rato como estatua de la consternación, sin otra señal de vida que un mugido cadencioso. Confuso yo de verle en tan extraña actitud, no hacía más que contemplar su espaciosa calva granulosa, aquella calva sobre la cual, días antes, había pensado vaciar el tintero.

“Como si lo viera, como si lo viera...—murmuró incorporándose.—¿No dije que de arriba, de muy arriba?... ¡Ay, qué mundo, qué país!... ¿Verdad que es divertido nacer español?

—No es muy divertido que digamos, principalmente para los que no nacen ricos.

—Ó hijos de frailes... ó hermanos de monjas.

—¿Pero usted cree...?

—Sr. de Fajardo—dijo entre suspiros,— viniendo de donde viene el rayo que me ha partido, ya no tengo compostura como no salga usted mismo en mi defensa. Pida á su señora hermana mi reposición.

—Sí que lo haré. Mi hermana es buena.

—Será una santa. Diga: ¿y tiene llagas?

—Hombre, no sé...

—¿Siquiera postemas?... En fin, bendita sea si me socorre. Para usted propio no necesita pedirle nada, pues á estas horas ya le habrán ascendido. Bueno es nacer de pie, caballerito; pero aún es mejor nacer á caballo. Y ya que va usted tan á gusto en el machito, lléveme á la grupa. Pido bien poco: la reposición, á no ser que usted y la reverenda monja, considerando que fuí yo el ofendido, me consigan el ascenso á diez mil. No habría nada más justo.,,

Dicho esto, se despidió el infeliz hombre, no sin arrancarme formal promesa de interceder en su favor. Le consolé y alenté con toda mi alma, y desde aquel punto y hora, la compasión me hizo su amigo y mi conciencia su protector, comprendiendo que no es el buen Cuadrado tan tonto como yo creía. Dejóme aquella visita una impresión extraña, no sé si de asombro, no sé si de miedo... ¡Mi hermana... La Latina! Por hoy no digo más.

*13 de Marzo.*—Ya estoy aquí otra vez. Per-



dónenme el plantón los que no quisieron volver atrás conmigo. Quedamos, si no recuerdo mal, en que mis futuros leyentes, podrían decir: "Ya tenemos enamorado al confesor de sí mismo,,. Pues no hay aún motivo para suposición tan grave como la de que ardo en amores. Es tan sólo una dulce ilusión, un regocijo estético. Y al emplear este calificativo, no vacilo en asegurar que las dos señoritas de Socobio, Virginia y Valeriana (á la que llaman Valeria), conocidas por mí en los salones, más bien sala y gabinetes de D. Serafín de Socobio, no son prodigios de belleza. Nadie que las vea con ojos de crítica, encontrará en las diferentes partes de rostro y cuerpo la necesaria armonía y proporciones de que resulta la hermosura; pero también digo que todo el que las mire, las oiga y trate, sentirá un agrado que bien puede subir á los espacios del amor. Son delgaditas, muy derechas, torneaditas en donde es debido, esbeltas y flexibles. De cara se parecen y no se parecen. No sé qué las iguala, qué las distingue.

Por el sentimiento se meten Virginia y Valeria en el corazón de sus amigos; por su picardía decente y bien sazónada de ingenio los esclavizan y confunden. Yo paso junto á ellas mis ratos más divertidos, y las vuelvo locas con las mil niñerías chispeantes que les digo y cuento. Ambas son muy inteligentes; tienen alguna cultura y anhelan más. En justicia declaro que no las divierto yo á ellas menos que ellas á mí. For-

mamos un trío delicioso, en el cual no falta gorjeo de amores, sin formalidad por ahora. Si se me permite mostrarme en toda la fatuidad que voy adquiriendo, diré que las dos me quieren: á solas conmigo me pregunto: “¿Es verdadero amor lo que sienten por mí?,” Y no pudiendo ser igual, con exacta medida, el afecto de una y otra, pregunto también: “¿Cuál de las dos me quiere más?,”

No debiendo por hoy consagrar á la interesante pareja de señoritas desmedido lugar en mis Confesiones, paso á mejor asunto, que aún no he hablado sino de una parte mínima de las flores que van brotando en mi camino. Doy la preferencia á la que ahora os presento para que la admiréis como yo la admiro. Hará cinco noches que ví en casa de Socobio á una gallarda mujer de tez morena, pelo y ojos muy negros, el talle reducido al mínimo volumen, el seno al máximo, todo ello sin menoscabo de la buena armonía. La señora de Socobio me presentó á ella designándola como de la familia: era también esposa de un Socobio, y su nombre, Eufrasia, quedó grabado en mi memoria. Pero tan ceremoniosa estuvo conmigo, y encontré en ella tal desvío y reserva, siempre que intentaba yo pegar la hebra de una galante conversación, que me retiré á mis tiendas, reduciéndome á mirarla todo lo posible con un interés que no dependía exclusivamente de su belleza un tanto moruna. A la noche siguiente mis queridas niñas hablaron de la dama con más respeto que cariño. Supe que

Eufrasia se había casado en Roma con un tío de ellas, D. Saturnino del Socobio; mas no supieron ó no quisieron decirme por qué casó en Italia y no en España. ¿Es por ventura italiana? A esta duda respondió Valeria diciéndome: “No, Pepito: es manchega.” Y agregó Virginia que el padre de Eufrasia es un progresistón de los que figuran en el grupo sensato de Mendizábal, Cortina, Infante y Madoz. Según esto, la mujer morena es hermana de mi íntimo amigo Bruno Carrasco.

Con éstas y otras noticias que iban llegando á mi conocimiento, aumentaba el interés que por la manchega dama sentía yo, y éste subió de pronto anteanoche, viéndola menos esquiva y casi casi gustosa de mi conversación. Aprovechando la feliz coyuntura de encontrarnos lejos de la masa de tertuliantes, díjele que habiendo yo pasado en Roma días críticos de mi vida, gozaba mucho hablando de aquella gloriosa ciudad con cuantas personas la hubieran visitado.

Agregué á este exordio calurosa declaración de la amistad que tengo con su hermano, y protestas de lo mucho que le admiro por su bondad y talento, y no fué preciso más: entré, entramos en un diálogo vivo. “Ya me han dicho las niñas que estaba usted en Roma cuando la elección de Pío IX.,” Y ella: “Sí, y aquéllos fueron para mí días muy felices.” Y yo: “Para mí no tanto.” Y ella: “Lo supongo: perdió usted á su protector el Sr. D. Matías de Rebollo.” Y yo, sin mani-

festar sorpresa de oírle nombrar á mi amigo: “Perdí mi sostén, mi guía, mi amparo.” Y ella: “Pero luego no le faltaron á usted amigos... y amigas...” Diciendo esto, se echó á reír de un modo tan franco, que me sentí como invitado á mayores franquezas. “Yo creí —le dije,—que se llamaba usted Higinia, y que era natural de Puente deume.” “Cállese la boca—replicó,—y no me haga reír más, que ya estamos llamando la atención.”

Aproximáronse dos damas y hube de suspender mi indagatoria; pero media hora después, cuando volvíamos del comedor dándola yo el brazo, abordé la cuestión y me fuí derecho al bulto, conforme á los sabios consejos y reglas de vida que me había dado Aransís. “Ya es inútil—le dije,—que usted finja más tiempo conmigo.

—Si yo no finjo, ni hay para qué. Trátase de una broma inocente, de la que no tengo por qué avergonzarme.

—Así, así me gusta...

—Pues sí, señor mío, yo soy la máscara. ¿Qué tal?

—Me volvió usted loco...”

Y como siguiera yo expresando con cierta exaltación mi deseo de mayores explicaciones, dejó de reír y gravemente me dijo: “No hablemos una palabra más de aquella tonteería sin importancia. Aquí, hábleme usted de la función de anoche, de la nueva moda que ha venido para el peinado en *bandós*, ó de política si le gusta; á mí no. Y de aquella broma, punto en boca. Si quiere usted

saber más, lo sabrá en mi casa. Desde la semana próxima recibiré á los amigos los miércoles. Mi marido le invitará á usted. Debo advertirle que mis explicaciones serán breves, y que no ha de encontrar en ellas ni sombra de malicia, ni el menor asomo de aventura., No tuve tiempo más que para decirle con cierta ansiedad: “Por Dios, no se olvide usted de advertir á su esposo...,”

—Sí, sí... vendrá usted á casa, ó, como ahora se dice, *será usted de los nuestros*.

### XIII

*14 de Marzo.*—Sin aguardar á que me llamase mi hermana, he ido á verla; tanto me aprieta el afán de reparar la injusticia cometida con el pobre Cuadrado. Aunque la espera no finé larga, aburriame el plantón en la penumbra fría del locutorio, aspirando el singular tufo de convento, mezcla de olorcillos de humedad, de incienso, de ropas de lana en continuo uso. Para colmo de hastío, no había en la estancia ninguna obra de arte con que entretenerme, pues un San Francisco recibiendo la impresión de las llagas, pintura nefanda, con el lienzo podrido á trozos y el marco apolillado, más causaba miedo que admiración. Llegó Sor Catalina presurosa quejándose de que mi visita no anunciada la distraía de ocupa-

ciones apremiantes; pedíle perdón por la inoportunidad, y al punto explané el caso de Cuadrado y mi disgusto por la absurda situación en que nos veíamos: él, inocente, castigado; yo, culpable, impune.

Sin mostrarse sorprendida de que yo acudiese á ella para tal negocio, negó su influencia y puso muy en duda la posibilidad de servirme; pero bien se le conocía el discreto fingimiento, porque ni aguzaba las razones ni extremaba el sonsonete gangoso y aflautado. El argumento de más eficacia que esgrimí fué éste: "Querida hermana, si tú no hallas la manera de reponer á Cuadrado en su destino, me presento yo al Ministro, y le suplico que dé al otro mi plaza y á mí la cesantía... La abnegación gallarda de este propósito hizo efecto en Catalina, que muy satisfecha me dijo: "¡Cuánto me place ver tan al descubierto tu buen corazón! Así, así quiero yo á mi hermano. Si pudiera yo influir en que se quiten y den destinos, muy pronto quedaríais complacidos los dos. Pero... en fin, yo veré si puedo... No sé á quién podría recomendar...". Aplicando á estas formulillas hipócritas la clave monjil, las interpreté como un lenguaje parabólico para decirme que todo se arreglaría, y que la reparación del grave yerro corría de su cuenta.

Repetía yo con cierta pesadez mi petición para que quedara fija en su ánimo, cuando entró una señora en el locutorio. Catalina se alegró de verla. Era la tal peque-



ñita, ya entrada en años, vivaracha, de semblante risueño y simpático, y no se contentó con mirarme una vez, sino que en mí ponía sus ojos con fijeza, como si quisiera tomarme la filiación. “Es mi hermano,” le dijo Catalina; y oyéndolo la viejecita me saludó muy afectuosa, obsequiándome con estas finuras: “Ya decía yo... la cara no miente. ¡Y qué guapo es! Sor Catalina, bien puede usted estar orgullosa... Ya, ya le conocía yo á usted, caballero, por lo que cuenta la fama...,” Dábale yo las gracias por su amabilidad, y ella, ocupándose más de mi hermana que de mí, introdujo por la reja estas palabritas: “Eufrasia no puede venir: tiene hoy la casa llena de mueblistas, tapiceros y doradores... Es tan grande el barullo que...,” No acabó el concepto, porque aparecieron tras de los hierros otras monjas: ví que eran dos, y oí una gangosa y compungida voz que claramente dijo: “¡Oh, Cristeta... qué cara te vendes!,” Mi hermana me indicó por señas que debía retirarme, y así lo hice: salí á la calle atando cabos, encasillando rostros y casos en mi memoria con el debido método, en previsión de acontecimientos futuros.

*20 de Marzo.* — Conforme al gracioso anuncio que oí de labios de su esposa, el Sr. D. Saturnino del Socobio me invitó á sus reuniones, y con esto queda expresada la diligencia con que yo acudí á la casa de aquel buen señor, en la cual pude advertir que todo era nuevo, allegadizo, dispuesto

por la mano inteligente de la dama moruna. Allí encontré mucha y buena gente, aunque no la mejor de Madrid, pues había un poquito de entredicho social contra el tal matrimonio, por lo que yo supe aquella misma noche y contaré después para la más ordenada composición de mi relato. Amable con todos la dueña de la casa, lo estuvo conmigo singularmente, más que por lo que me dijo, por lo que con carterosas y bien medidas razones me dió á entender. He aquí la muestra: "Tengo que advertirle, señor mío, que procure no desentonar en sus opiniones políticas cuando tenga ocasión de manifestarlas. Hace poco le hablaban á usted mi marido y sus amigos del liberalismo de Pío IX... y, como es natural, lo condenaban... porque esas son sus ideas. Cuando el Sr. de Clonard dijo que el Papa actual es un *Robespierre con tiara*, y que preside las logias masónicas, usted se indignó, puso el grito en el Cielo y... ya recuerda lo demás. Pues es preciso que varíe de táctica, y que acomode sus opiniones á las de mi gente, si no quiere que con suavidad y finura le cierre yo las puertas de mi casa.."

Segunda muestra: "Óigame, Fajardo: no se le ocurra á usted elogiar otra vez al Paganismo. Siempre que se trate de griegos ó romanos, llámelos *gentiles* ó *idólatras*, como á usted le parezca, y póngalos que no haya por donde cogerlos. Volviendo á lo de la máscara, no pretenda saber más de lo que ya

sabe. Yo fuí al baile con el consentimiento de mi marido, sin más objeto que el inocentísimo de pasar un rato y ver la gente. No iba con propósito de ver á usted ni mucho menos. Que se le quite eso de la cabeza. Por mi hermano conocía yo personalmente á usted: una noche, en el Príncipe, hallándonos en un palco, me enseñó un grupo en que estaban varios de sus amigos, designándolos por sus nombres... Al encontrármele á usted en Villahermosa, perdido en el salón grande como un palomino atontado, me dije: "Ya tengo á quién dar una broma que ha de ser muy divertida., Y como el día antes había leído las *Confesiones*, ya ve... todavía me estoy riendo... Y no me pregunte más... Cierre el pico y tenga paciencia.,

Tercera muestra, la segunda noche, invitado á comer: "Otra vez tengo que reñirle. Por las llagas de Cristo, no hable usted mal de los que antes abominaron de la desamortización y ahora compran los bienes raíces que fueron de frailes y monjas. Mire usted que los amigos de casa adquieren todo lo que sale, y mi marido anda ahora en tratos con la Hacienda para quedarse con una gran finca que fué de los Jerónimos en la provincia de Cáceres. ¿Qué le importa á usted que compren ó que no compren? Sea usted cauto y hágase al ambiente. Respecto á sus *Confesiones*, diré que Sofía las llevó á una monja de La Latina, que no debo nombrar. No se incomode usted con su cuñada, que el abuso de confianza no significa en ella más que

una grande admiración hacia usted, y el deseo de que todos participen de esa admiración. La monjita que disfrutó esa historia por primera vez después de Sofía, y que es algo literata-y no muy intransigente con lo mundano, me la dió á leer á mí: somos grandes amigas, paisanas, y á sus buenos consejos debo yo el haber salido bien de ciertas borrascas qué en su día sabrá. Pues de mis manos pasó el cartapacio á otras: no se asuste. A estas horas lo ha leído medio Madrid, y tiene usted una celebridad reservada, que no sale en papeles públicos, mas no por eso menos extendida. Diréle que después de dar la vuelta, tornó el manuscrito al convento, y luego ha vuelto á salir. Estuvo en poder de Sartorius, que leyó un poquito, y por cierto lo alabó grandemente; de las manos de Sartorius pasó á perfumadas manos, y ahora está... esto sí que no puedo decírselo.

—Me sumergirá usted en un mar de confusiones si no me lo dice.

—Pues está en una casa muy grande.

—En casa de Montijo.

—No: allí ya estuvo. Eugenia lo ha ponderado muchísimo. La casa donde ahora está es más grande.

—¿La de Altamira, la de Osuna?

—No: es mayor, mucho mayor.

—Ya...

—No me pregunte usted más.

—Dígame usted sólo una cosa... el sexo de la persona que me ha leído en esa casa grande.

—¡Ah! le habrán leído personas de ambos sexos.

—Quiero decir, la persona que pidió mi manuscrito.

—Mucho quiere usted saber. Cierre el pico y agradézcame las franquezas que tengo con usted. Si no corresponde á mi confianza con su discreción, no cuente ya conmigo para nada.,,

¿Qué tal, señores de la Posteridad? ¿Tengo ó no motivos para estar estos días nervioso, distraído, inquieto, como si en torno mío zumburan avispas?

*26 de Marzo.*—Mi amigo Aransis, para quien no tengo secretos, me aconseja que no retrase el declararme á Enfrasia con las demostraciones más apasionadas, cuidando, eso sí, de hacerle comprender que sabré emplear la delicadeza más exquisita para no comprometerla. No necesitaba yo de estos estímulos para lanzarme, y en la primera ocasión propicia, el miércoles último, le mostré mi corazón lacerado y el trastorno inmenso que han traído á mi alma las gracias de su persona. Estimando más interesante que mi declaración la respuesta de la dama, doy aquí preferente lugar á los retazos más bonitos de la admirable tela que tejió con sus palabras:

“¿Querrá usted callar? Por Dios, Pepe, ¿se ha vuelto usted loco? Pues á mí no me enloquecerá usted, yo se lo aseguro, que por naturaleza tengo la cabeza bien firme, y además las desgracias me la han claveteado y

endurecido. Calma, amigo mío; tenga calma y juicio. Aun cuando yo creyera que es verdad todo lo que usted acaba de decirme, tendría que darle un *no* como esta casa, ó como otra casa más grande. Es usted un chiquillo, y yo, si en años le aventajo más de lo que parece, en experiencia, ¡ay! lo que es en experiencia, Pepe, le doblo la edad, créame..... No quisiera yo hablar de esto: usted me obliga á recordar mis amarguras... he vivido, he padecido lo que usted no puede imaginar... sé lo que son los diferentes suplicios á que nos condena nuestra condición; conozco la esperanza hoy viva, mañana moribunda; conozco la ansiedad, la desesperación, la dignidad herida; conozco los ultrajes, la cólera propia y ajena; conozco todo... hasta la vergüenza....,

Llevóse la mano al rostro. La pausa que entonces se produjo llenéla yo con frases vacías, porque no se me ocurrieron otras. Luego siguió: "Yo he sido muy desgraciada. Me sería muy fácil demostrárselo contándole algunos pasos de mi vida; pero no hay para qué... Algo habrá quizás que usted sepa; algo que no ha de saber si yo no se lo cuento. Pero ni lo uno ni lo otro le contaré: no quiero entristecerme. He sido muy, muy, pero muy desgraciada. Ahora, válgame la verdad, ahora no tengo la felicidad, esa felicidad con que se sueña á los veinte años... ya ve usted qué cosas le digo... No tengo la felicidad; pero tengo el sosiego, la paz; y esta paz y este sosiego no los tira-



ré por la ventana... Sé lo que son pasiones de hombres, y como lo sé, no cambio por ninguna de ellas mi paz...„

Tomando en seguida un tonillo jovial, y antes de que yo desembuchara los conceptos que se me habían ocurrido, prosiguió: “Engolosinado usted, amigo mío, con su aventurilla de Italia y con alguna otra que habrá tenido por acá, de esas fáciles y para un rato, ha llegado á creer que todo el monte es orégano. Me coge usted vieja, si no de años, de picardía y conocimiento del mundo; me coge usted, se lo diré claro, muy escarmentada... Déjese usted de locuras, y seamos buenos amigos... y nadita más, Pepe... Una cosa en que yo le aventajo á usted, ¿á que no sabe lo que es? Pues es el don de conocer y apreciar lo muchísimo que vale la amistad. Y ésta tiene sus goces, sus incertidumbres, también sus penitas, dulzuras no digamos, que se avaloran más con la pureza... En fin, mi amigo, haga caso de mí, y no se le ocurra volver á decirme lo que me ha dicho. ¿Estamos en ello?

—Estaremos en ello y en todo lo que pueda sobrevenir—respondí.—Claro es que mi primera obligación con usted es la obediencia. Y yo le aseguro que no tendrá queja de mí... Pero advierta, mi dulce amiga y dueño, advierta que manda usted en mis actos, no en mi corazón.

—También en su corazón... ¡Pues no faltaría más sino que á ese loquillo le dejáramos hacer de las suyas! Es un niño, créame

usted, y á los niños se les educa, se les guía, y también se les da una buena solfa cuando es menester.

—Niño será, como usted supone. El niño es comunmente revoltoso, y aunque se le castigue, con sus gracias y zalamerías acaba por ser el amo de la casa. Todos le riñen si es travieso; todos tiemblan cuando le ven malito. Y la idea de que pueda morirse con-turba más que el cataclismo universal. Este chiquillo que yo tengo en mi pecho, pertenece á usted... No me le castigue, por Dios; déjele vivir á su gusto... Yo le respondo de que será obediente, juicioso, calladito... Vivirá en la adoración de usted...

—Déjese usted de adoraciones, por Dios.

—En la idolatría, en un culto mudo, escondido á todas las miradas...

—¿Catacumbas tenemos?

—Catacumbas.

—¡Ay, no! que son muy tristes. Crea usted que he tomado aborrecimiento á todo lo que sea obscuridad, ocultación, misterio, vivir con el temor de que me descubran... Prefiero la vida en plena luz, con sólo un bienestar tranquilo...

—Yo no le pido á usted que se meta bajo tierra, ni que viva en el misterio. El que andará escondido seré yo, porque así me lo impone la que ha venido á ser mi dueño absoluto. No le ocasionaré la menor inquietud. Amor y abnegación son hermanos gemelos... Tan difícil será que yo altere la paz de usted como dejar de amarla, porque mi amor es

toda mi alma, y nada puedo contra él, como no se puede nada contra Dios. Es este amor mi suplicio y mi encanto, Eufrasia. Déjeme usted que en silencio me arregle yo en mi cenáculo escondido. Aquí tengo mi altar, y en el altar mi divinidad.

—¡Divinidad yo!... ¿Ahora salimos con eso?

—Divinidad, á quien adoro más porque ha sido mártir... porque ha padecido... Ahora me toca á mí el padecimiento.

—No le compadezco si se empeña en ser tonto.

—Así somos llamados los que adoramos un ideal, los que por ese ideal vivimos, los que por él estamos dispuestos á morir...

—¿Con que ideal?... ¿yo ideal?... *No me jaga uté reir, Joselito.*

## XIV

28 de Marzo. —Leído lo último que escribí, me han dado intenciones de borrarlo, pues si los conceptos de Eufrasia me resultan hermosos y sinceros, como producto inmediato de la realidad, los míos se me antojan artificiosos y de poco lustre, pues todo aquello de la divinidad, del ideal y del altarito, pertenece al manoseado repertorio de los amantes que por primera vez en su vida abordan tan grave cuestión. Muy santo y

muy bueno que con una inocente ó novata de amor emplease yo tales pamplinas; pero con mujer que ha corrido ya temporales duros en el océano de la pasión, estimo que debí emplear otro lenguaje y método. Sea como quiera, no borraré nada del texto escrito, porque ánte todo ha de prevalecer la verdad en estas *Confesiones*; y si estuve tonto, que tonto me vean los que han de leerme, y yo de ello me consuelo con la esperanza de ser en otra ocasión más agudo.

No creo frustrada mi conquista, por más que la moruna Eufrasia se mantiene en el firme terreno de la amistad, donde yo le propongo levantar una tienda para platicar juntos y solos sobre las inmensas dulzuras de ese sentimiento, que tanto ennoblece á los humanos. Ella no quiere nada de tienda, temerosa del recogimiento y soledad que este mueble trae consigo, y prefiere que no tengamos más abrigo que la anchura de la casa y del mundo, sin escondrijo, ni misterio, ni arrumacos de ninguna clase. A pesar de esto, voy creyendo que mi aventura no lleva mal giro. Por cierto que á la consolidación de mi creencia no contribuye poco la misma Eufrasia *sentando las bases*, como ahora se dice, de nuestro pacto de amistad, y va teniendo ésta tal extensión que se nos impone el secreto en diversidad de momentos y casos; amistad muy bonita y amena, con frecuentes consultas de una parte y otra, consejitos, protección moral y otras cosas dulces. Mejor que por mis refe-

rencias, lo comprenderán mis lectores por la fiel copia de algún fragmento de los sabios discursos que la dama me endilga:

—Ha seguido usted mis consejos, menos uno, y en él tengo que insistir. Es forzoso que en el teatro suprima usted el mirar constante con gemelos ó sin ellos. ¿Pero no se hace cargo todavía de que no sólo es inconveniente, sino de mal gusto? Tome ejemplo de mí, criatura, que todo lo veo sin parecer que miro nada. Sin clavarle los ojos, le he visto tan acaramelado que me daba risa... Ya notaría usted que la noche de *Borrascas del corazón*, me puse en la cintura el ramito de verbenas, que son las flores más de su gusto, y lo hice para obtener de usted ahora la reducción de sus visitas á casa, que no deben pasar de tres por semana... Y á propósito de *Borrascas del corazón*: ¿le gusta á usted esa obra? A mí no: tanta melosidad me fastidia, como el arroyo de mi tierra, que me empalaga, y además me sabe á botica... Pues siguiendo con mis advertencias, diré á usted que sí, sí, está muy bien que sea expresivo con mis sobrinas Virginia y Valeria; pero no tanto, caballero, no tanto, porque son muy tiernas, demasiado sensibles, y podrían las chiquillas alborotarse más de la cuenta. Su madre es tonta y nada de esto ve: yo lo veo todo. No me cansaré de recomendarle que al ser amable con ellas, no haga diferencia entre las dos y las iguale siempre en sus demostraciones, para que ninguna se crea con derecho á tenerle por novio.

Mírelas como gemelas en su amistad, ó como aquellas hermanas que estaban unidas por el estómago, por el costado, ó no sé por dónde. Así no habrá peligro.,,

Para nuestra basta lo copiado. Debo decir que el entredicho en que tiene la buena sociedad á Enfrasia no lleva trazas de concluir. A su casa no acuden señoras de alto copete, ni otras que, nacidas y criadas en las zonas medias, son extremadamente melindrosas en la moral casera y pública. Verdad que mi amiga se defiende valerosa, y con su talento, amabilidad y exquisito tacto va ganando cada día más voluntades y atrayendo gente; pero aún le falta mucho para llegar á la rehabilitación que anhela. El motivo de su aislamiento me lo explicó Ramón Navarrete, hombre de grande erudición social, y á la sazón mi segundo jefe en la *Gaceta*. Después del ruidoso tropiezo de la señorita de Carrasco, bajo el poder de Terry, aventura de que se enteró todo Madrid, anduvo la infeliz por senderos torcidos, amparándose contra la opinión en las tinieblas del incógnito. De su existencia en aquellos terribles días poco se sabe, algo se sospecha, y mucho quizás se miente. Y así como el río de su patria manchega se mete bajo tierra cuando le parece bien, y luego vuelve á salir á flor del suelo, del mismo modo, pasado algún tiempo en subterráneo curso, volvió afuera la dama y el mundo la vió llevada de la mano por un hombre benéfico, D. Saturnino del Socobio.



Recatábase Eufrasia en aquel tiempo de toda relación social, y hasta de su propio padre y familia, y como su protector tuviese que emprender un largo viaje á Roma (que en negocio de capellanías y colaciones tenía no pocos entuertos que enderezar allá), pidióle ella el extremo favor de acompañarle, movida no tan sólo del cariño, sino también del deseo de cuidarle y asistirle (que no carecía de achaques el buen señor); resistióse D. Saturno temiendo el qué dirán de su familia, así en Madrid como en Italia; pero con su labia y embebecos de lo más fino salió adelante la hembra con su gusto, que algunos creyeron capricho y ganitas de ver mundo.

Roma fué para los dos dichosa tierra, porque D. Saturno mejoró notablemente de sus alifales, y ella se reconstituyó físicamente, y se puso tan lozana que daba gozo. Vieron y admiraron cuanto encierra la metrópoli del Paganismo y de la Cristiandad; él se esponjó y se hizo más sociable; ella aprendió un poco de italiano y de literatura dantesca y petrarquina. Por dicha de Eufrasia les precedió en el viaje á Roma Don Vicente de Socobio y Snazo, canónigo patrimonial de Vitoria, nombrado para ocupar la plaza vacante por defunción de mi protector D. Matías de Rebollo, y una de las cosas en que puso el venerable varón más empeño fué reducir á buen orden cristiano las relaciones de D. Saturno con la manchega. Ésta, que por casarse bebía los vien-

tos, desplegó todo su talento y trastienda para cautivar el ánimo del clérigo, hombre sencillo y bondadoso que fácilmente vió en la buena moza una Hija Pródiga que en gran desolación tornaba al hogar paterno, y debía ser recibida y perdonada.

Conociendo á Eufrasia como la conozco, no necesito que nadie me cuente las sutiles artes que desplegaría su ingenio en aquella crítica ocasión de su vida. Sin duda, viendo que su señor y el D. Vicente intimaban mucho con los Padres del *Colegio Romano*, con los *Observantes de Santa María de Araceli*, con las monjas de *Santa Clara en Quirinal*, elevó al grado máximo de intensidad sus devociones, aficionándose al besuqueo de imágenes, aprendiéndose de memoria trozos de literatura mística, con todo lo demás que creía pertinente á la grande empresa de su redención. Resistíase D. Saturno á dar su consentimiento, atento siempre al qué dirán probable, y temiendo los escrúpulos de la familia más que los suyos propios. Pero D. Vicente y otros clérigos que á la santa obra arrimaban el hombro, decíanle que por encima de la familia estaba el deber, y por encima de la Sociedad, Dios: que en Eufrasia eran infalibles las señales de arrepentimiento, y que por fin, su protector ó cortejo que con llama inextinguible la amaba, debía santificar aquellos criminales lazos, y limpiar su conciencia y la de ella en las aguas purísimas del Matrimonio.

Libre ya de pasiones y de juveniles devaneos, Eufrasia quería sobre todas las cosas humanas una posición, y en ello puso las dotes singulares de su espíritu. Como Dios al fin y al cabo protege á los tenaces y agudos contra los romos y debilitados de voluntad, la manchega vió colmadas sus ansias, y recibió franco pasaporte para el mundo moral. En la española iglesia de Santiago (plaza Navona), no lejos del esquinazo en que está la famosa efigie de *Pasquino*, se casaron D. Saturno y Eufrasia, precisamente en los días de mi segunda *villeggiatura* en Albano. ¡*O tempora, o mores!* Naturalmente, la primera noticia del casorio levantó en la familia de Madrid gran polvareda, y cuando el matrimonio llegó acá, manteniendo en los primeros días una reserva parecida al incógnito, para sofocar hasta los más leves rumores de escándalo, no faltaron disgustos, rozamientos, y aun dicharachos ruines. Mas de todo ello fué triunfando poquito á poco la diplomacia de la manchega, que con sus astutas carantoñas pudo atraer uno tras otro á los enojados parientes, y hacerse querer de los que antes la aborrecían. Doña Cristeta, que había sido la más intransigente, olvidando su amistad con Doña Leandra, se rindió más pronto que ninguna á la sutil táctica de la dama moruna, recibiendo de ésta cantidad de preciosas reliquias, huesecillos de santos, acompañados del diploma que acreditaba su autenticidad, y sin fin de rosarios, medallas, indulgen-

cias y demás cositas interesantes á los buenos corazones cristianos.

He referido sin ningún recelo lo que sé de la señora de Socobio, juntando las noticias que me dió Navarrete con las que yo por directo modo he sacado de la fuente histórica, y puedo escribirlo sin temor de que mis indiscreciones lastimen á nadie, pues estas páginas quedarán ocultas, y nadie ha de leerlas hasta que la señora y yo, y los demás que me veo precisado á citar, hayamos entregado nuestros huesos á la madre tierra.

*30 de Marzo.* — ¡Cómo está mi cabeza, señores! ¿Creerán que con la golosina de estas vanas crónicas mujeriles se me ha olvidado escribir que hace días tuvimos aquí una revolución? Ello fué de harta resonancia, pero de resultado nulo, como obra de unos locos, cuyos nombres oí y ya se me fueron de la memoria. Corren voces de que se repetirá: los progresistas exaltados y los demócratas no descansan, ávidos de ocupar las poltronas, y más que en los elementos revolucionarios de aquí confían en el apoyo que les darán los de Francia. La novísima República establecida en aquel país tiene á nuestros moderados con el alma en un hilo. Por mi parte, declaro que no me quitan el sueño las políticas inquietudes, ni los problemas que, según dicen, señalarán el presente año como uno de los más agitados del siglo, porque he decretado mi absoluta independencia del organismo general, creando un sistemita

planetario para mi exclusivo uso, y de él no me sacan atracciones públicas de ningún género. Y creed que no me interesa nada ya la cuestión del Papado liberal, en la que puse tanta vehemencia y gasté tanta saliva. Gioberti y Balbo en Italia, y aquí Balmes y Donoso Cortés, valen para mí, con todas sus retóricas elocuentes, tanto como un comino, y el buen Pío IX, á quien de veras quise y admiré, ya no me embarga el ánimo con el supuesto carácter de pastor de los pueblos y patrono de la regeneración italiana. Vivo ahora de mi propio jugo, y todas mis empresas son absolutamente mías, principio y fin de mis ideas y sentimientos. También digo que la Democracia que en forma de virgen en paños menores se nos aparece salvando el Pirineo, me encuentra insensible á sus encantos. Ya no me embelesan lecturas de Lamennais ó Ledru Rollin, y me resigno á que la humanidad se regenere sin mi auxilio: ya iré á verla cuando esté regenerada, y á festejarla y aplaudirla. En tanto consagro mis horas á proporcionarme todos los gustos posibles, eliminando sinsabores y rehuyendo penas.

¿Queréis que os hable de los que para mí son capitales acontecimientos? Pues sabed que de la noche á la mañana me ví trasladado á la Secretaría de Gobernación con doce mil reales, sin que yo á ciencia cierta entendiese de dónde me había caído breva tan substanciosa, pues mi hermano Agustín me declaró que no era cosa suya. En cambio, al

pobre Cuadrado se le contentó con la promesa de reponerle, y volvió el hombre á mí afligidísimo, diciendo que ya se había proporcionado una pistola para poner fin á sus días si no se le daba pronto la debida reparación. Yo le consolé, y avivé sus esperanzas, socorriéndole de mi bolsillo para que mantuviera con sopas ó potajes á la estenuada familia, mientras el remedio de su triste situación llegaba. Hablé nuevamente del caso á mi hermana, y la oí condolerse del pobre cesante con el registro más gangoso de su voz, para venir á parar en la negación de su influencia. “¿Qué más quisiera yo que enjugar todas las lágrimas que veo derramar? Pero ¡ay! no puedo hacer más que pedir á Dios que ilumine á los que dispensan esta clase de favores, y Dios me oirá, Pepe, Dios me oirá: con tanto fervor se lo pido.”

## XV

*1.º de Abril.*—Las confesiones de hoy son un poco amargas; pero allá van para que todo, conducta y conciencia, quede guardado en el archivo de estas hojas.

Cierto que mi ascenso á doce mil es un felicísimo suceso que cualquiera, en caso normal, estimaría como don extraordinario de la Providencia, ó premio gordo de Lotería. Pero en mi caso, por distintos concep-



tos irregular, ni los doce mil, ni el doble, si doble fuera mi estipendio, me bastan para la vida que me doy, y el pie de disipación en que me he puesto. Yá se habrán maravillado los que leyeron las anteriores páginas de cómo logro sostenerme en una sociedad tan superior á mis escasos medios. Pero hasta hoy, lo digo sinceramente, no he caído en la cuenta de que voy andando á ciegas por los caminos más arduos de la vida; y lo peor es que no puedo retroceder, ni me siento con el suficiente brío de voluntad para detenerme, porque me atraen metas muy seductoras, y corro tras ideales muy lindos, que embriagan mi mente y adormecen mi razón. Hablo con desnuda verdad de este desequilibrio en que se desliza mi existencia, y afirmo que, aun hospedado y mantenido por mi hermano Gregorio, con el sueldo no tiene mi agitada vida para empezar. Sin contar más capítulo que el de ropa (y no sé dónde pararía si en otros capítulos ó renglones me metiera), digo que necesitaré dos años de sueldo para pagar los trapos que en un solo mes he encargado á mi sastre, cuyo elogio se hace con decir que es el más caro de esta Corte. Incapaz de contener los estímulos de mi presunción, quiero surtir-me de toda la rica variedad de levitas y fraques impuesta por la moda. En chalecos poseo maravillas, y París tiene poca inventiva para colmar mi gusto. De corbatas no hablemos. En perfumería y accesorios de tocador no me pongo tasa. Ahora, supla la fantasía

del pío lector los innumerables motivos de dispendio inherentes á este lujo del vestir.

Añado que mis hermanos me riñen; que se asusta Sofía, vaticinándome que acabaré en un Hospicio; que Gregorio pone el grito en el Cielo. Únicamente mi cuñada Segismunda, la Medusa que tiene culebras por cabellos, no extrema sus reparos, y aun se permite opinar con cierto dejo sibilino que yo, lanzándome locamente por las trochas y desfiladeros sociales, llegaré á los más envidiados puestos. El mundo, según ella, es de los atrevidos, no de los cuitados; es de los que corren, no de los que miden encogidamente sus pasos. Esta opinión me consuela de los achuchones que me da mi familia cuando entra en casa sombrero nuevo, antes de que su antecesor envejezca, ó cuando á la puerta llama el oficial del sastre con rimeros de ropa elegantísima.

Añado también, aunque me cueste alguna vergüenza el declararlo, que hace dos meses me hizo probar mi amigo Aransis las emociones del juego, y que desde el punto y hora en que de aquel fuerte licor gusté, ya no he sabido vencer el anhelo de catarlo cada día, ya por la espera de una ganancia que engorde mi flaco bolsillo, ya por la simple maña de hacerle cosquillas á la fortuna, y ver si me sonríe placentera. No debo quejarme del azar, que me ha sido propicio más de una vez permitiéndome dar algunos toques á las apariencias de mi vida fastuosa. Sólo en los últimos días me ha torcido el gesto la

deidad voluble, y héme visto obligado á contraer deudas, algunas muy enfadosas. Pero espero y busco un glorioso desquite.

*2 de Abril.*—Sepa la Posteridad, y súpalo con satisfacción, que el desquite es un hecho. Mas no he podido sofocar el tumulto de mis deudas, porque si algunas reduje ó rematé, me han nacido otras por inevitable exigencia de los compromisos sociales y de nuevas aventuras que sin saber cómo me salen de debajo de las piedras. Me consuela el ver que Aransis se halla en mayores aperturas, y en él son más aterradores los efectos por ser de superior gravedad las causas, pues mantiene caballos, disfruta coches, gasta bailarinas y figurantas del Circo, y se permite otras formas de opulencia propias de un aristócrata. Días pasados, cuando después de hacerme horripilante descripción de sus ahogos, me anunció mi amigo su propósito de levantar un empréstito, echéme á temblar, y al temblor siguió sudor frío cuando me dijo que nadie como mi hermano podría encargarse de ello. Fué para mí como un tiro su indicación de que yo hablase á Gregorio... ¡Ay! mucho quería yo á Guillermo, y por servirle y ayndarle aceptaría cualquier sacrificio; pero que no pusiese en mis labios semejante cáliz. Atento á mis razonadas excusas, y sin ofenderse por mi negativa, buscó entre sus conocidos otros amañadores de tales negocios, y al fin (el lunes lo supe casualmente) el empréstito de Guillermo ha venido á parar á mi casa. Hoy me dijo

Gregorio con punzante burla: "¡Vaya con tu amiguito! ¡Dios tenga piedad de la casa de Aransis! Al paso que lleva ese mequetrefe, pronto empeñará los pararrayos... Y como los que le den dinero no cobrarán hasta que muera su abuelita la señora Marquesa, que aún está de buen año, entienda don Guillermo que le harán pagar caro el plantón.."

Informado por Aransis, día por día, de la marcha de su asunto, supe que tardaba en efectuarse más de lo que él quisiera... Surgían temores, dificultades; la cuantía del préstamo era objeto de meditaciones aritméticas por parte de los que habían de aflojar la mosca... En mi casa, sin hacer la menor pregunta á mi hermano ni á los dependientes, yo inquiría y olfateaba, con la mira de comunicar á Guillermo cuanto pudiese averiguar. Pero nada en limpio saqué de la contemplación de aquellas esfinges. Yo veía entrar y salir gente; pero iban á otros degüellos: unos salían conformes, cadavéricos otros y con el mal de San Vito. Oía yo el rechinar de dientes, y el estertor de las víctimas en el momento agónico; pero nada pude pescar que á los intereses de mi amigo se refiriese. Sin duda no se había encontrado el vampiro, y mi hermano y otros andaban en su busca y descubrimiento. Por fin, en estas obscuridades, ví aparecer súbitamente una luz, primero lívida, despues resplandeciente, y ello fué en el salón de la dama moruna. Aprovechó Eufrasia un oportuno ratito para decirme: "¿No sabe usted nada del em-

préstito de su amigo Aransis? Trabajo ha costado á Gregorio encontrar quien cargue con ese mochuelo; pero al fin veo que... vamos, que parecieron los cuartos... No me pregunte quién los dará. Ni lo sé ni se lo diría aunque lo supiera, que esas cosas son muy reservadas. Lo que sí le digo y le ruego es que use usted de toda la influencia que tiene con su amigo para irle quitando de la cabeza esa vanidad estúpida, pues si no se enmienda, pronto dará en tierra con esa casa, un día tan poderosa, hoy resquebrajada y tambaleándose como los borrachos. Y todo lo que he dicho de Aransis, aplíqueselo usted, que también va por malos caminos, y no tiene casa grande que devorar. Modere usted á su amigo, y modérese á sí propio, si no quiere que yo le retire mi amistad, y le deje solo y desamparado en el mundo.

Contestéle agradecido, agregando la promesa de sermonear á Guillermo y de sermonearme también á mí propio, aunque no era menester, porque ella lo hacía ya con notoria eficacia. Y la dama siguió así: "Hágase cargo de lo que pasa en esta sociedad. La aristocracia, que no sabe administrar su riqueza, ni cuidar sus fincas, se va quedando en los huesos. Toda la carne viene á poder de los del estado llano, que cada día afilan más las uñas, y acabarán por ser poderosos... ¡Como que también están afanando lo que fué de frailes y monjas!... Claro que luego volverán las aguas á su nivel; los

que vivan mucho verán cómo se forma una nueva aristocracia de la cepa de esos ricos, y cómo recobrará el clero lo suyo, no sé por qué medios, pero ello ha de ser. El mundo da vueltas, y al cabo de cada una de ellas se encuentra donde antes estuvo. Por esto digo yo que andando hacia adelante, andamos hacia atrás.,,

Oíala yo encantado de su donaire. A más de los saludables consejos, saqué en limpio de aquel coloquio dos cosas: la noticia de que es un hecho la estrangulación de Aransis, y la casi certidumbre de que el ejecutor es mi amigo D. Saturnino del Socobio, el cual no pierde ripio cuando le cae un pájaro de esta calidad.

*8 de Abril.*—Consagro la confesión de esta noche, oh amigos venideros, al que se precia de serlo mío en la hora presente, el esposo de Enfrasia, por ésta comunmente llamado Saturno. Comprenderéis esta preferencia cuando sepáis que anoche fué grandísimo estorbo para mi palique con la señora, llevándome á un apartado sitio de la sala para charlar conmigo... Vean primero el hombre. Aunque no ha llegado á los cincuenta, parece haber traspuesto esa línea, porque su naturaleza viene arruinada, de años atrás, por achaques de que se defiende hoy con un método riguroso impuesto por su mujer. De cuerpo menos que mediano, escaso de carnes y de pelo, fatigoso en el habla, todo su sér se condensa en la viveza de los ojos y en la movilidad de los brazos



cuando pone el paño al púlpito. Gasta bigote recortado y triangular, lo que más le asemeja á Espartero que á Zumalacarregui, y unas cortas patillas cuyo trazado le he visto variar en pocos meses. Viste bien; come con grandes remilgos higiénicos, desechando hoy lo que ayer le gustaba; habla con elocuencia reposada y construcción castiza; discurre con tino, en su cuerda, esquivando la paradoja y la hipérbole; es en su trato cortés, en todo lo social correctísimo. Gusta de la política, y creería faltar á un deber profesional si no hiciera cada noche un resumen claro y juicioso, á su modo, de los sucesos del día. Habla despacio, y es de los que se escuchan. Conocedor yo de su debilidad por el éxito oratorio, pongo exquisito cuidado en escucharle también con todo mi oído, ya que no con toda mi alma. Oídle conmigo:

“¿Me preguntan si acepto el sistema parlamentario con todas sus consecuencias? Lo acepto como ensayo, sin asegurar que pueda caber dentro de ese molde la vida de la Nación. Es régimen de garantía siempre que en él se diga: “fiscalicemos., Pero es régimen de barullo cuando sea preciso decir: “gobernemos., Yo, ya lo saben todos mis amigos, no hago un misterio de mi procedencia, ni reniego de mis antecedentes. Tengo á gala el haber influido con Maroto para llevarle al convenio de Vergara. Serví honradamente á D. Carlos... finí bastante leal para decirle: “Señor, esto es imposi-

ble...», El 38, cuando la Corte y el ejército llegaron á las puertas de Madrid, tuve una fuerte agarrada con González Moreno, en Arganda, y me separé del partido para siempre. Mis hermanos luchaban en uno de los campos, yo en otro: vimos clara la inútil inhumanidad de semejante lucha, nos abrazamos, y aquí estoy... ¿No convienen ustedes conmigo en que los tiempos cambian, y en que su variar continuado trae la evolución?... Pues la evolución es como la conciencia de la sociedad. Yo evoluciono, luego existo..»

Mis noticias son que D. Saturno fué el representante de la familia en el campo carlista, mientras otros acá la representaban, atentos al recíproco auxilio, y á mirar por todos cuando Marte decidiera entre Isabel y Carlos. Sé también que arrimado á los Sobobios que venían mangoneando en Gracia y Justicia desde el tiempo de Calomarde, D. Saturno aumentó considerablemente su peculio, gestionando asuntos eclesiásticos. Heredó luego de su primera esposa un buen caudal. Arregladísimo en todo, menos en un aspecto muy importante de la vida humana, el hombre cuerdo y sesudo para los negocios y la política, para las relaciones varias del organismo social, no era un modelo en la vida doméstica, ni practicaba con rigor los buenos principios que rigen y gobiernan las costumbres. Mutilaba y subvertía la ley moral, dejando á salvo, con no poca sofistería, sus religiosas creencias. De él se ha di-

cho que es un valiente campeón católico que ha reformado el Catecismo, reduciendo á seis los pecados capitales.

—Siguíó diciendo: “¿Convienen ustedes conmigo en que es preciso transigir, amoldarse á las circunstancias, á los hechos? Lo digo sin rebozo. Yo acepto el parlamentarismo y el liberalismo siempre que se encierran dentro de los límites de la mayor moderación, poniendo por encima de todo el principio de autoridad y la fe religiosa. Sin estas dos grandes columnas no hay edificio social que se mantenga en pie... Alguien me ha dicho que debiera yo predicar con el ejemplo más que con la palabra: á eso, respondiendo yo que no me tengo por hombre impecable. Al contrario: pecador he sido, y pecador reincidente. Lo reconozco, lo confieso. ¿Qué más quieren? Mi temperamento ha podido en otros días más que mi razón... Esta y la edad me han traído la enmienda. A muchos conozco y conocemos todos que no podrán decir lo mismo. ¿Es verdad ó no es verdad?„

Yo supe que á su definitiva enmienda le habían traído los alifafes más que la razón. Padecía D. Saturno de sorderas periódicas, de inflamación de los oídos, de irritaciones gástricas, de dolores en la osamenta, gajes ¡ay! de sus formidables campañas... Su última pasión fué la hija de Don Bruno Carrasco, y si en ella gastó al principio lo que le restaba de salud y padeció ansiedades y disgustos, luego Dios le deparó en aquel

mismo pecado su salvación, trayéndole por los trámites de ley á la honrada paz que ahora disfruta. Adelante.

Tres amigos fumadores escuchábamos con benevolencia de estómagos agradecidos las campanudas estolideces que Socobio nos endilgaba. Uno de aquéllos, de traza muy respetable, aparecía por vez primera en la tertulia, y desde que fuí presentado á él por D. Saturno puso en mí toda su atención. En los respiros que nos daba el orador (á quien afligian ciertas intermitencias del resuello), el Sr. de Emparán (que así se llamaba aquel sujeto) mirábame con fijeza inquisitiva y me hacía preguntas algo extrañas acerca de mis ocupaciones, de mis placeres, de mis estudios... ¡Estudios á mí! Aquel buen señor soñaba despierto: era quizás de los que me tenían por sabio, y quería obtener informes directos y personales de mi prodigiosa ciencia. Tentado estuve de devolverle curiosidad por curiosidad, preguntándole á mi vez: “¿Y usted quién es, en qué se ocupa? ¿A qué debo el honor de ese prolijo interés por mi humilde persona? ¿Qué idea le mueve á querer penetrar en el segundo fondo de mi existencia?,” Pero mi buena crianza me libró de cometer tal grosería con un señor que me triplicaba la edad, y que al interrogarme disimulaba su impertinencia con la urbanidad más exquisita. De pronto, una frase del investigador arrojó alguna claridad sobre la confusión de mi mente. “Sr. de Fajardo—dijo,—con su señora hermana, Sor Catalina

de los Desposorios, sostenemos mi familia y yo amistad cariñosa, y aunque de tanto oír hablar de usted casi casi llegábamos á conocerle como si le hubiéramos tratado, he querido yo tener este careo, y no me pesa, no me pesa....

Acercóse más á nosotros el dueño de la casa, y dándome palmaditas dijo á su amigo: "Aquí le tiene usted, Sr. D. Feliciano. Es buen chico, aunque un poquillo desordenado y calavera. Pero si bien se le mira, en su fondo no hay malicia, y será lo que se quiera hacer de él., ¡Y yo sin comprender lo que oía, ni atreverme á pedir categóricas explicaciones! Levantóse el Sr. de Emparán para despedirse, y después de ofrecerme su casa y de rogarme que la honrara, me apretó la mano con fuerte sacudida, diciéndome: "Su señora hermana me ha indicado esta tarde que desea verle á usted pronto por allá... No tarde, D. José, que, según yo pienso, tiene que decirle alguna cosa... que no es baladí; ciertamente no es baladí.,

Al verle salir acompañado de Socobio, empecé á descifrar el enigma y poco después lo ví completamente claro en los ojos negros de Eufrasia.

## XVI

*12 de Abril.* -Hace días deserté de la casa y reunión de D. Saturno, prefiriendo las

de su hermano D. Serafín. He querido probar el juego desdeñoso, y no sé por qué pienso que ha de marrarme. Allá lo veremos... Continúan las dos chiquillas Virginia y Valeria embelesándose con sus donaires, que ahora van trocando en agudísimas y á veces mortificantes burlas. Con tal confianza me tratan ya que hasta me tutean, sin que yo me atreva á rebajarles el tratamiento. Oígalas el que esto lea: “¡Ay, Pepito, qué lástima te tenemos!... Aunque ahora nos veas reír, puedes creer que por tí hemos llorado...” “Vaya, que no tienen mal fin tus picardías... Ya no más revoloteos, gavilancito. Ahora te ponen una calza como á los pollos, y te meten en un corral con las bardas muy altas, para que no puedas escabullirte...,” “Esas bardas son la casa de los Emparanes. No te pongas afligido, Pepe, que la novia que te han buscado es tan buena que no te la mereces. A talento podrán ganarle otras, pero á hermosura no...,” “Tiene una nariz muy mona, encorvadita sobre el labio como si quisiera averiguar lo que hay dentro de la boca...,” “Y antes que ver los dientes, ve las encías. El talle, eso sí, es tan bien torneadito como el globo terráqueo, y lo mismo se redondea para los lados que de abajo arriba...,” “Su habla es graciosa, sobre todo cuando tartamudea; pero esto no es todos los días, sino cuando hay viento de Toledo...,” “Los ataques le suelen dar los días en que se saca ánima...,” “¡Ay, Pepito, qué feliz vas á ser, con una esposa lánguida aunque no sin car-



nes, con una esposa que tendrás que mecer en tus brazos cuando se te desmaye! Pero tú te harás la cuenta de que no la cargas á ella, sino á sus talegas..., “Anda, pícaro, y qué bien rebozada en millones te la dan... Tajadas como esa no pasan de otro modo..”

Yo me reía, queriendo seguir la broma. Oigan lo que les contesté: “¿Pero qué desatinos están ustedes diciendo ahí? ¿Y qué novia es esa que no conozco ni quiero conocer?... Yo no me caso más que con ustedes, con mis amiguitas Virginia y Valeria, con las dos, porque á las dos las quiero por igual, y ellas á mí me quieren lo mismo la una que la otra... Con las dos, con las dos, que ahora se reformará la ley de matrimonio, para que un hombre tenga dos mujeres.

—¡Ay qué pillo, y qué poca vergüenza! ¡Vaya con las indecencias que dice! ¡Casarse con dos!

—Con una ya es mucho apechugar, cuanto más con dos.

—¡Si es un pilluelo de la calle! Si pudiéramos, le clavaríamos cada una un alfiler de los gordos para oírle chillar.

—Si le cogiéramos á solas, le daríamos una broma pesada: ofrecerle una yema llena de polvos de escribir, ó echarle tinta del tintero en la taza de café.

—Nos vengaremos hablando pestes de él y sacándole los colores á la cara, ya que no podamos sacarle los ojos..”

Río yo y me distraigo con estas burlas donosas; pero la procesión me anda por den-

tro. Lo diré sin ninguna reserva: Eufrasia me trae loco, respondiendo á mi juego de desdenes con una frialdad y displicencia que revelan la perfección de su histrionismo. Anoche no pude cambiar con ella dos palabras: dióme con la puerta de su mal humor en los hocicos. Ya ni amigo siquiera. Y esa dulce amistad me hace ahora más falta que nunca, pues necesito consultar con la morisca dama puntos delicadísimos de conducta y aun de conciencia. Su marido, en cambio, me asedia con oficiosas amabilidades y una protección que me enfada sobremanera. Hoy me le encontré en casa del General Fulgoso, y se permitió reñirme con tonillo paternal. "Es muy extraño, Pepe—me dijo,—que no haya usted visitado á los Emparanes... ¿Apostamos á que tampoco ha ido usted á ver á su señora hermana? Vaya pronto, que algo tendrá que decirle Sor Catalina de los Desposorios; y luego prepárese á ir á vistas... Cada día que pasa está usted más en falta. Hoy me ha dicho mi esposa que usted no sabe apreciar el bien que se le hace, y con ello viene á demostrar que no lo merece.,,

Contesté con lugares comunes, sin pedir mayor claridad, porque la claridad en aquel asunto me causaba miedo; y llevé la conversación á la política, buscando los efectos emolientes y narcóticos. D. Saturno me dijo que si Narváez no mostraba más coraje, se le vendría encima todo el Progreso avanzado, con los demócratas, que conspiran descar-

damente, protegidos por Bullwer, Embajador de Inglaterra. "Yo no sé en qué está pensando Lord Palmerston, no lo sé, no lo sé...", Yo tampoco sabía en qué estaba pensando Lord Palmerston, ni me importaba.

14 de Abril.—Continúo indiferente á lo que piense ó deje de pensar Lord Palmerston. Y eso que esta noche, en casa de Alvear, he sido presentado á Bullwer, Ministro inglés, el cual no se ha cuidado de saber lo que opino de su cacareado metimiento en los asuntos de España. Me ha tomado por aristócrata, engañado de las apariencias, y de ello me huelgo muy mucho. Mañana iré por primera vez á casa de Montijo con Aransís. Anteanoche estuve en el Príncipe y vi dos actos de *La Rueda de la Fortuna*... Yo esperaba verla allí; pero no fué: *brillaba por su ausencia*, como dice Ramón Navarrete. A medida que avanza la estación, resplandece en los teatros de un modo fatídico el vacío de las señoras ausentes... He querido hacer una figura, y no me sale. Es que estoy tonto; así quiero hacerlo constar aquí, dejando correr desde la mente al papel el inagotable chorro de mis necesidades; la tristeza que me consume agrava mi tontería y la hace insufrible. Soy un necio afligido y un fúnebre mentecato. Mas ahora caigo en que contra estado tan lastimoso hay un remedio, que es la divina sinceridad, medicina segura de las turbaciones del historiador. Salga, pues, de mi corazón ese bálsamo, y váyanse al demonio todos los

reparos y las sofisterías del amor propio.

Sí, señores del venidero siglo: vedme restablecido en mi sér por la eficacia de las verdades que á revelaros voy. Mis murrias provienen del diferente y contrapuesto enfado que me causan dos hembras: la una, después de negarme su amor, resignada ó convencida, no lo sé, me retira también la opaca dicha de su amistad; la otra se enciende en tan loca pasión por mí, y de tal modo me asedia y mortifica, que llega, ¡vive Dios!, á serme intolerable. Dos grandes anhelos llenan hoy mi alma: atar lazos de amor con la una, desatarlos con la otra... ¿Y esta otra quién es? Porque de ésta, si mal no recuerdo, no he dicho aún palabra, y ello ha sido por haber clasificado el presente enredillo entre los de puro pasatiempo, llamados á un facilísimo desenlace sin dejar rastro en la vida. Pero en su breve curso tomó inopinadamente tal vuelo, y dió margen á tales enojos míos, que es forzoso historiarlo... ¿Pero quién es? dirán los señores y amigos cuando esto lean (ya habrá llovido para entonces). Pues una mujer del pueblo, una *demócrata*, que así debo llamarla por ser de lo más selecto y fino dentro del tipo plebeyo. Llámase Antoñita, y pertenece á una familia de cordoneros subdividida hoy en diferentes tiendas y portales de calles próximas á la Plaza Mayor. Añado que es muy guapa y graciosa, el más delicado ejemplar de manola que puede imaginarse, y que tiene por esposo á un tal Trujillo, abomi-

nable truhán de Madrid, hijo de una honrada familia de comerciantes en peletería, hoy apartado de sus padres y de su mujer, viviendo en oscuros garitos y revolcándose en el más bajo cieno social.

Vino á mí la preciosa Antoñita por conquista de unas cuantas horas, realizada con jactancia y perfidia. Bringas la cortejaba y la tenía por suya; yo se la quité en los rápidos galanteos de una tarde. Cambió la esclava de dueño como si con unas cuantas monedas la comprara yo en un mercado de Oriente, y desde el primer instante se arrebató en tan loca pasión, que el cansancio mío hubo de venir más pronto de lo que pareciera justo, dadas la belleza y donaire de tal mujer. Era su amor tan absorbente que no dejaba respiro, y de un egoísmo tan bárbaro que en constante suplicio vivía por ella el objeto amado. Y no me han valido las ganas y la determinación de ruptura, pues apenas me separaba, venía la desolada mujer con tales asedios, persecuciones, súplicas y lloriqueos, que de nuevo me dejaba encadenar, compadecido de aquella violentísima fiebre, y de aquel amor inextinguible que para su defensa se amparaba del cielo y la tierra.

Y en otro orden muy distinto (todo se ha de decir), llévame Antoñita con el vértigo de su pasión á un cruel sacrificio, porque si ella no es en verdad un jugnete caro, y sabe practicar el *contigo pan y cebolla*, en torno de ella viene contra mi peculio su insacia.

ble familia, asediándome con brutalidad famélica. Un día es la pobre abuelita; otro la hermana perlática; sigue el primo que tiene taller de cordonería, y como padre de diez hijos se ve en fuertes apuros; arremete también contra mí la tía, que está medio ciega, y anda tras de que la operen; y por fin se presenta con infalible periodicidad el degradado esposo, que al despertar de sus borracheras viene á cobrar el alquiler, canon, peaje... ó no sé cómo llamarlo. Estos repetidos golpes y socaliñas me traen á una situación pecuniaria de grande abogo, porque no sé negarme al gemido del pobre, y aun cedo á las cobranzas de Sotero (que así se llama el vil marido), por evitar algún grave estropicio en la persona de Antoñita.

Quiero zafarme y no puedo, porque para ello tendría que obsequiar caballerosamente á toda la taifa postulante con una gorda suma de que no dispongo. Entre tanto, mis recursos bajan, mis deudas crecen como la espuma, y yo voy cayendo en sorda desesperación. Huyo de Antoñita, y ella va tras de mí; me la encuentro en la puerta de la Embajada inglesa cuando salgo, y su tétrica faz y ademanes de loca me infunden lástima; ó bien me escribe lacrimosas cartas despidiéndose hasta el valle de *Josafaz*. Vienen á contarme que la han sorprendido encerrada en compañía de un braserillo de carbón, ó tratando una pistola en casa del armero... En fin, no sigo, porque escribiendo esta desastrada historia me pongo malo, y



huye de mí la alegría del vivir, que ha sido en días más venturosos mi sostén y mi encanto.

17 de Abril.—Esta noche os doy cuenta de un caso extraordinario. ¿Cómo y por qué conductos ha llegado este romántico sainete á conocimiento de la sin par Eufrasia? No lo sé, ni ella me lo ha dicho al arrojar me á la cara el caso de *Antoñita la cordonera* con todos sus incidentes y perfiles. Pues sí: ayer, después de largo paréntesis en nuestra amistad, hablamos largamente. Me la encontré en la calle, saliendo ella de San Ginés en compañía de su amiga Rafaela Milagro, ambas en pergenio de devociones, vestidas modestísimamente. Ignoro si venían de confesar, ó de alguna Novena ó Manifiesto. Las detuve un instante, y obtenido permiso para acompañarlas, fuí con ellas á la casa de Rafaela, esposa de mi amigo D. Federico Nieto, *alias Don Frenético*. La sequedad de la manchega, efectivo trasunto del hielo de su alma para conmigo, ó un acabado modelo de simulación, me llevó á mayor abatimiento.

Hablamos extensamente delante de Rafaela, mejor dicho, habló la morisca dama todo lo que quiso, y yo la oí, defendiéndome en breves conceptos de las acusaciones que me dirigió, más en tono de maestro inflexible que de amiga. Díjome que sabedora de mis desvaríos, había decidido privarme del apoyo de sus consejos; pero que á tal punto llegaban ya mis locuras, que á salvar-

me acudía, no por mí, sino por mi madre y hermanos, pues ya miraba próxima la catástrofe. Contóme ce por ce todo lo de Antonia y los ataques de su hambrienta familia, y me preguntó si había yo perdido en absoluto la vergüenza y el instinto de conservación. Como un pobre estudiante, cogido en graves deslices, le contesté que no son las rupturas de amores tan fáciles como ella supone, pues lo que en conversación de personas indiferentes se tiene por muy hacedero, en la realidad y en la situación particularísima de los interesados presenta dificultades y peligros enormes. A esto dijo que ella me propondría un plan de conducta enérgica, para conseguir en breve tiempo la liberación que me devolvería el honor y la paz. A no estar presente Rafaela, hubiérale espetado allí mismo nueva y más ardiente declaración de amor, echándole la culpa de mis desastres por causa del abandono en que me tiene.

Continuó la dama, en el resto del coloquio, tan frigorífica como en la primera parte: ni una sola vez ví la sonrisa en sus labios, ni en su faz morena el encendido tono que al acalorarse le daba singular encanto; sus negros ojos parecían haberse impuesto la obligación de atenuar la mirada con el amparo de sus admirables pestañas, y aquel rayo que herirme solía, á mí llegaba sin la acerada punta, tibio y ceniciento. Desdeñosa siguió fustigándome: "Está usted de algún tiempo acá tan desatinado, que sin darse

cuenta de ello, comete las mayores inconveniencias. Al demonio se le ocurre dejar en casa, para que yo las lea, esas novelas de los Balzaques, Suéses y Souliésés. ¿Pero está usted soñando? Ya creo haberle dicho que aunque traje de Roma licencia para leer obras prohibidas, no quiero hacer uso de ella, por conformarme con los gustos de mi esposo y no chocar con su familia y amigos. Yo no leo nada de eso, Pepe, bien lo sabe usted, pues en una casa como la mía no pueden entrar libros estimados como peligrosos por la moral depravada que encierran..”

Tomando en este punto la palabra Rafaelita *la Frenética*, que hasta entonces poco menos que muda había permanecido, me dijo: “Yo no tengo licencia; pero si la tuviese, tampoco la usaría, porque de esos libros no se saca más que barullo en la cabeza y cosquillas en el corazón... Cuando una llega á cierta edad y ha encontrado su oásis, buena tonta sería si no se sentara á la sombra de las palmeras de Dios, esperando allí á ver pasar las caravanas... A mí me gusta ver pasar las caravanas, y me alegro de no ir en ellas.

—¡Dichosa usted que tiene oasis!—le respondí.—Dígame dónde está el mío, si lo sabe, para irme corriendo á él.

—El oasis de usted yo sé dónde está—me dijo Eufrasia,—y usted también lo sabe, sólo que como es un pillo, se hace el distraído y el desmemoriado, porque le gusta más andar por el desierto, de Zeca en Meca... comiendo dátiles podridos...”

## XVII

*18 de Abril.*—Muerto de sueño, no pude terminar anoche la substanciosa conversación que tuvimos Eufrasia y yo en casa de Rafaela Milagro. Sigo en el punto en que la dejé, ó sea en lo de que yo me alimentaba con dátiles podridos á mi paso por el desierto. Nada quise responder sobre aquella supuesta putrefacción del fruto de las palmeras, y abordé valeroso el tema que mi amiga me proponía para seguir peleándonos. Precisamente, allí quería yo verla y escuchar lo que pensaba de un problema de mi vida sobre el cual no había querido darme opinión. No he necesitado decir que en la famosa noche de mi conocimiento con Emparán, relacioné las enigmáticas preguntas que éste me hizo con el plan casamentero de mi hermana sin consultar para nada mi voluntad, como si yo fuera un objeto insensible y de poco precio, que se regala, ó de mucho precio y que se vende. Más sorprendido que indignado, y mirando por el lado de las burlas aquel mercantilismo matrimonial, corrí á llevarle el cuento á Eufrasia. Al punto advertí en sus ojos una gran estupefacción, después un rayo de cólera que me colmó de alegría. Sus palabras, pasada la impresión primera, y echados rápidamente los frenos

del disimulo, no correspondieron al lenguaje anímico de los ojos.

“Está usted divertido—me dijo echándose á reir.—Quieren llevarle al matrimonio como se lleva al colegio un chiquillo mal criado para domarle. Es usted un ángel de Dios, Pepe. Deben conocerle bien los que así disponen de su corazón y de su mano. Veo que usted lo toma á broma, y ello prueba una pachorra... tan fenomenal... vamos, que si la pachorra fuera motivo de canonización, ya estaría usted subidito en los altares con una vela á cada lado....”, Por más que en mi respuesta me mostré irritadísimo ante aquel menosprecio que se hacía de mi voluntad, no logré que cambiara el tonillo sarcástico por otro más conforme con mis sentimientos. Repitió las burlas, llevándolas hasta un extremo que jamás ví en ella, y desde aquella noche levantó delante de mí el muro de hielo que mis atenciones y mi cariño no han podido escalar, ni menos romper, como he consignado en las confesiones de los últimos días.

Y ahora, planteada de nuevo la cuestión, le digo: “Estoy esperando, amiga mía, su pensamiento acerca de eso que llama mi oasis..”, Y ella, más glacial que nunca: “En otra ocasión pude reirme de que le quisieran á usted... para mejorar la yeguada de los Emparanes. Ahora, conociéndole mejor, veo que los que así disponen de usted, saben lo que se hacen. Y estará loco si no cierra los ojos y se presta... al cruzamiento... antes

hoy que mañana. Si así no lo hace usted, está perdido. Nada, Pepe: ahora mismo escriba usted á Catalina dándole prisa para que lo arregle todo prontito. Le ha venido Dios á ver con esa boda. Ni usted merece más, ni podría esperar solución más acertada de los conflictos de su existencia... Más le digo: ¿quiere usted que volvamos á ser amigos?

—Es mi mayor anhelo.

—Pues vaya, Pepe, vaya pronto á esas vistas que le proponía mi marido; vea y examine el bien que Dios le ha deparado, y cuando usted salga de aquella casa, comuníqueme sus impresiones... Entonces, cuando yo me entere del estado de su ánimo, le indicaré la forma y manera más dignas de darse *sí* que tanto se desea.

—Déjese usted de síes y noes, que no tienen sentido común. ¿Será usted mi amiga, me aconsejará?

—Aconsejándole estoy ahora.

—¿De modo que usted cree...?

—Ya lo he dicho: cierre usted los ojos... y ¡adentro!

—Como quien toma una medicina muy amarga.

—Exactamente — dijo tapándose la boca con el libro de rezos para ocultarme su risa.

Creí observar que el muro de hielo, con aquel reir gracioso se agrietaba; pero ella prontamente acudió á repararlo, revistiéndose de gravedad severa... Entraron otras dos señoras que también de la iglesia ve-



nían; tras ellas un sacerdote... Eufrasia me indicó que debía retirarme, y así lo hice, desdoblando lentamente, en el descenso por los escalones, mis inquietudes y tristezas.

*29 de Abril.*—Tanto tengo que referir esta noche que no sé por dónde empezar. Con las fatigas de estos días y la tardanza en recogerme (que casi con las primeras luces de la mañana entro en mi casa), me han faltado tiempo y gusto para escribir. Procuraré ganar lo perdido, y presentaros con el posible método y precisión los acontecimientos de este capítulo de mi historia. Lo primero que debo decir es que Sotero Trujillo, marido de Antonia, se personó un día en mi casa, proponiéndome un negocio, en el cual me daría participación si yo le anticipaba la cantidad necesaria para plantearlo. ¡Vaya una minita que era el tal negocio! Con él se ganaría el dinero á espuestas... *Tocante al secreto*, á nadie lo revelaría. Fué mi única contestación agarrarle por un brazo y llevármele como á rastras hacia la puerta. Ya fuera de ella, quiso el hombre revolverse contra mí; pero mi fuerza nerviosa, que á falta de la muscular me asiste en casos tales, pudo más que su impetuosa rabia... De un empujón bajó Sotero rodando el primer tramo de la escalera. Sangraba por frente y narices, escupía maldiciones, y si no intervienen los porteros que al escándalo acudieron, sigo tras él y le lanzo á nueva carrera por el segundo tramo. Hacia la calle le precipitaron los porteros y un polizonte, y no volví á

saber de él en todo el día. Mi hermano y Segismunda me riñeron por el escándalo, echándome en cara que á casa llegasen tan ignominiosas visitas, por la desigual vida que yo llevo entre las personas más altas y las más bajas.

Siguió á este ruidoso acontecimiento, en la serie de aquel día, otro no inferior en importancia, pero sumamente grato para mí; y fué que aquella tarde, hallándome, diré que por casualidad, en mi oficina (á la cual yo no voy más que á fumar cigarrillos y á escribir mi correspondencia), tuve el honor de ser llamado por Sartorius á su despacho, y recibido por él con delicada llaneza. Su Excelencia había oído hablar de mí y deseaba conocerme. La rápida lectura de las primeras hojas de un manuscrito mío le había revelado disposiciones literarias no comunes, y como protector de las letras y de sus cultivadores, me incitaba bondadosamente á poner más atención en los trabajos de pluma que en el tumulto de la vida social elegante. Debía yo, pues, probar fortuna en el Teatro ó en la Novela, género muy desmeдрado entonces en España, y mejor aún en la Historia nutrida y amena. Nos hacen mucha falta, según Sartorius, buenos escritores que aprendan y cultiven el arte de la amenidad, y nos libren de esas investigaciones pesadas y macizas sobre cosas de la Edad Media, que no hay cristiano que las trague; y convendría también que los de literatura entretenida abandonasen la cuerda

sentimental, que ya empalaga, reanudando la tradición de la prosa humorística, española, expresión de la vida real...

Representa Sartorius cuarenta años; es de buena presencia, el rostro expresivo, el bigote corto y rubio, la mirada sagaz, modales y conversación de exquisita urbanidad. En él veo un raro ejemplo de aristócratas espontáneos, como yo, es decir, hombres que sin haber nacido en dorada cuna, parecen destinados por Dios á ser fundamento de la nueva nobleza que ha de levantarse sobre las ruínas de la antigua... Terminó Su Excelencia con una indicación que fué signo de interés y simpatía por mi humilde persona. "A usted —me dijo,—le convendría entrar en la carrera diplomática, para la cual parece cortado, no sólo por su ilustración y su conocimiento de lenguas extranjeras, sino por su buena figura. Podría ir de agregado á París ó á Roma, y en ello habría para usted dos ventajas: la de abrirse una brillante carrera, y la de ausentarse de Madrid... que no le vendrá á usted mal, según entiendo... Comprendí que mi hermano Agustín había sugerido al señor Ministro la idea de echarme de aquí, como el único medio práctico de cortar de un tajo los innumerables enredos en que aprisionada está mi pobre existencia. Agradeciendo la noble intención, me despedí, no sin protestar en mi interior del destierro que me preparaban, pues la vida ésta en que sufrimientos y goces se confunden con dramático enlace, me cautiva, me

embriaga, y como los borrachos, amo el licor que endulza y alegra mis horas.

Observando un puntual orden cronológico, refiero que aquella noche fuí á la tertulia de Montijo. Nada de extraordinario me ocurrió en el palacio de la Plaza del Angel, pues no lo fué que la menor de las hijas de la Condesa, Eugenia, lindísima criatura, de una belleza espiritual cuando está seria, picaresca cuando ríe (y no escasea la risa), me dijese que pues yo poseía el italiano, hablaríamos un ratito en esta lengua, que ella con mucho gusto estudia... Gramaticalmente la domina ya, y desea soltarse... Hablamos, no tanto como yo quisiera, y pude recrearme en la gracia, en el ingenio y donosura de esta sin par mujer; pero de mis ejercicios italianos hubieron de arrebátarmela, con los españoles, Bermúdez de Castro y Rosa de Togores, que andaban locos tras ella, pretendientes más tenaces cuanto menos favorecidos. Eugenia se divierte con ellos, como con otros, como conmigo, y á todos da cuerda, mas no esperanzas... En el rincón de los políticos presencié una viva disputa entre Borrego y Salamanca, del cual se dice que ha vuelto la espalda á Narváez y á la misma Reina, lastimado del alevoso puntapié que aplicaron á su Ministerio, no mássólido que una estatua de escayola, como todo figurón que no tiene por ánima, dentro del yeso, una espada formidable. Aburrióme la disputa, en la cual no se oían más que los comunes tópicos, y me fuí al olor de

las damas, que no pocas allí había de mi conocimiento, y algunas á quienes yo solía cortejar con la audacia propia de galanes españoles, maestros en dar formas finísimas á la grosería. Detúveme un mediano rato con la de Torrefirme, casi cuarentona, que me mostraba singular deferencia ya tocante en la inclinación, y como advirtiese yo aquella noche que la caída hacia mí se acentuaba locamente, excediendo en desnivel á la torre de Pisa, miné y destruí su cimiento todo lo que pude para que se derrumbase pronto, como en efecto... Pero de esto no debo decir más ahora.

Esclavo de la escrupulosa cronología, digo que á la mañana siguiente me despabilaron dos visitas harto funestas: el pobre Cuadrado, que iba al olor de socorros y esperanzas, y la prima de Antonia, prendera, que me dió la noticia de hallarse ésta enferma y poco menos que moribunda. Para recibir y contentar á los dos visitantes derroché tesoros de filosofía. Ni sorpresa ni alarma me causaron los suspiros y lamentos con que la prendera me llevó su embajada, porque ya estaba yo hecho á noticiones de aquel calibre y á las actitudes sentimentales; no obstante, sentí lástima de la cordonera, á quien no había visto en luengos días, y sospeché que padeciese hambre ó que le dieran tormento los infinitos diablos que componen su familia. Con promesa de pasar por allá despedí á la llorona mensajera; á Cuadrado le dí todo el contenido de mi

bolsa, que no era mucho, y por consuelo le dije que ya había hablado de su asunto con el propio Ministro. Esto no era verdad, porque en mi entrevista con Sartorius, de todo me acordé menos del infeliz cesante; pero al soltarle la fábula, hice mental propósito de enmendar pronto mi negligencia. “Váyase tranquilo, amigo Cuadrado, que no pasará esta semana sin que usted reciba la reposición: corre de mi cuenta..” Y él: “Como no se den prisa, puede que antes de reponerme esté todo el Gobierno en medio del arroyo. Oiga usted á los progresistas y entérese... Cuentan con la Inglaterra, que ha mandado ya para acá sin fin de cajas llenas de libras esterlinas...”

—¿Usted las ha visto?

—¿Cómo he de verlas, si todavía no han llegado? Ahora vienen por la travesía de mar. Pero vendrán, y las veremos todos, que buena falta nos hace. Esto está perdido; en Castilla y Extremadura habrá mala cosecha, y como siga el *espadón*, tendremos hambre pública... Pues digo: cuentan con la Inglaterra; cuentan con diez ó doce batallones... ya comprometidos, y cuentan con gente de mucho dinero, que no tengo por qué nombrar..”

Preguntéle si conspiraba, y con viva efusión, iluminado el rostro por llamaradas de alegría, me contestó que sí. Conspiraba porque se lo pedía el cuerpo, porque el conspirar era olvido de las penas, venganza de la injusticia y fuente de risueñas esperanzas;



conspiraba también por patriotismo, para que la Nación saliera pronto de tantas desventuras. Como no tenía ocupaciones de oficina ni de nada, se pasaba el día charlando de la conspiración con sus amigos viejos, ó con los nuevos que en el campo democrático le habían salido. El rincón de un café, el cuchitril de una portería, ó las negras estancias de una mala imprenta eran sus logias, y cuando no se terciaba el arrimo á cualquier tertulia revolucionaria, satisfacía su anhelo en los corrillos de la Puerta del Sol, conventículo habitual de cesantes. Díjome que si sus hijos fueran mayores, á todos pondría un trabuquito en la mano para defender la primera barricada que se levante. Él y otro amigo no menos enamorado de las trifulcas, y que con ellas soñaba dormido y despierto, había recorrido todo Madrid, barrio por barrio, estudiando sobre el terreno los puntos más estratégicos para emplazar barricadas, con el menor riesgo de sus defensores y mayor desamparo de la tropa que tomarlas quisiese. Las enfilaciones de las calles, la orientación de los edificios, todito lo tenían bien observado, medido y presupuesto para el caso muy próximo de *dar el grito* contra Narváez. No era puro platonismo y *ojalatería*, que también, según dió á entender, andaba en pasos de *pronunciar* á cabos y sargentos, sirviendo de auxiliar á otros dos, ya muy duchos en este arte. Despedíle al fin, incitándole á perseverar en su trabajo, pues aunque yo creía firmemente que se le repondría, debíanos

prepararnos para toda contingencia desfavorable, y si la gran injusticia no se remediaba, echar á rodar todo lo rodable, Gobierno, Constitución y el Trono mismo.

Comí con presteza y me eché á la calle, movido de la absoluta precisión de buscar dinero, pues el cesante había limpiado mis bolsillos: visité á tres usureros, arreglándome al fin con el más cruel y de más arrebatada fantasía para elevar hasta el cielo los intereses y remontar mis deudas. Me reparé de mi necesidad, y aunque me acosaban tristes presentimientos del abismo á que yo corría, bien pronto el torbellino vital, el encadenamiento rápido de las obligaciones con los goces, y de los apetitos con los nuevos deseos, las ambiciones soñadas sucediendo á las satisfechas, me volvían al normal abandono y á no pensar más que en el momento presente... Sigo contando.

Con dinero fresco, corrí á casa de Antonia, un piso tercero en la Plaza Mayor, y mi sorpresa fué terrible ante el desastre que mis atónitos ojos contemplaron al entrar en la estancia. Trujillo, según me explicó la prendera, allí presente, había cargado con todos los muebles para empeñarlos ó venderlos, no perdonando más que la cama en que Antonia yacía con altísima fiebre y angustias del ánimo, que se disiparon al verme. El miserable se había llevado hasta los clavos, haciendo tabla rasa de cortinas y alfombras, con lo que la casa se había convertido en nevera. Nada de esto me había dicho

en mi casa Margarita, que así se llama la prima de Antonia, porque lo ignoraba: el villano despojo fué perpetrado de once á una por el Sotero y dos compinches. Mientras acudía yo á reanimar con palabras afectuosas á la pobre Antoñita, hizo la otra una visita de inspección á los aposentos interiores, y volvió con las manos en la cabeza, diciendo: "Han afanado también toda tu ropa, hija, no dejándote más que cuatro pingos. ¡Habrá infames, habrá trastos!... En la salita queda un espejo chico, el lavabo viejo, y unas mantas y almohadas... ¡Jesús, Jesús!...."

Sonriendo, y sin quitar de mí sus ojos, nos contó la enferma que al partir Sotero con el ajuar de la casa le dijo: "Ahí quedan unas cosas. No vayas á creer que te las dejo. Volveré por ellas esta tarde."

Yo no tenía más arma que un bastón de estoque. Ya estaba yo viendo el hierro tras-pasando de parte á parte al ladrón, si volvía mientras yo estuviese allí... Pero no había que perder el tiempo en quejas y apóstrofes vanos, pues Antoñita necesitaba con premura cuidados, alimento, medicinas. Llamada por la predera una chiquilla de la vecindad que todos conocíamos, muy amable y vivaracha, de nombre Encarna, empezamos á reparar el gran desavío causado por aquellos bergantes, y acudiendo algunas vecinas, entró en la casa lo más necesario en aquel conflicto: caldo, pan, agua caliente, carbón, leche, velas... Bajando y subiendo Encar-

na con ratonil prontitud las escaleras, traje de las tiendas próximas todo lo que el dinero podía facilitar de momento; y al ver el trajín que unos y otros traíamos, Antoñita reía y daba palmadas, no sé si delirando, ó por efecto del extremado gozo que mi presencia le causaba, el cual parecía tener virtud bastante para sofocar las mayores tribulaciones. Procuré hacer á su lado la calma: dispuse que todo el mujerío se retirase al comedor y cocina, dí á Margarita cuanto necesitaba para completar la provisión de lo más indispensable, ordené que fuese llamado un médico, y quedéme solo con la infeliz mujer, arropándola cuidadosamente para que no se enfriara, y sosegando su ánimo con dulces acentos de amistad y compasión. Pero si logré que guardara bien los brazos bajo el rebozo, no pude poner freno á su desmandada locuacidad.

## XVIII

“¿Qué me importa que ese gandumbas indecente me haya llevado todo lo que había en casa, trebejos, trapos y chirimbolos, si te tengo á tí? Por la puerta por donde salieron los trastos entraste tú. Bendita sea la puerta. Estoy contenta; no me cambio por nadie... Bueno. Que Sotero se ha llevado lo que no era suyo: vaya bendito de Dios... pero sí da en robarme también á mí, que soy lo

menos suyo de todo lo que había en la casa... ¡ay! si da en robarme, entonces sí que la hacemos buena... ja, ja... No, *Chinito*, no me digas que me calle después de haber estado quince días ó quince siglos sin verte... No, no: todo el palabreo que se me ha quedado dentro de la boca en tantos días, ahora tiene que salir... ¡Si estoy hablando como una fuente! ¿Callarme yo? Aunque quisiera, *Chinito*, no podría. Déjame que despotrique, y si me sube la calentura, que suba hasta el Cielo, y si por hablar he de morirme, muérame con la última palabra cogida en la boca como un cigarro puro... Ayer dije entre mí: "Voy á figurar que estoy mala, para forzarle á venir. Me meteré en la cama, y estaré un día sin comer para ponerme languiducha, y tomaré la yerba que dicen enciende calentura, para que el timo sea completo..", Esto pensé, y de tanto pensarlo, *Chinito*, caí mala de verdad... Ayer vino Sotero y me contó que le habías echado por las escaleras... Hiciste mal en incomodarte, pues todo el negocio, es un suponer, no llevaba otra malicia que sacarte doce ó catorce reales; y se habría ido tan contento... En venganza de tí y de mí, porque ayer le dije: "apártate, asqueroso, que tu olor á vinazo me tumba,,", ha venido hoy con dos granujas para desbalijarme... Es un pillo, un borracho, un gandul y un sinvergüenza; y si yo no le aborrezco todo lo que debiera, ¿sabes por qué es? Porque sé que te quiere... No, no te rías. Sotero te quiere. Me ha dicho que

eres bueno, y que si alguien te tocara al pelo de la ropa, ya se vería con él... No es vengativo, ni picajoso; casi, casi es un poquito noble... no te rías. Como te le encuentres por ahí, no le temás, que nunca fué traicionero. Le sueltas un duro, y verás qué contento se pone...

„No callo, no me da la gana de callarme... Yo creo que estoy mala por el aquel de tantos días sin hablar, y es que se me han podrido dentro las palabras, y de la pudrición del vocablo ha venido esta calentura... Pues no me callo, que parloteando se me despeja la cabeza... Vuelvo á decirte, *Chinito*, que no me importa que Sotero se haya llevado los ajuares. Déjale que se remedie el pobre, y que mire por su vicio. ¿Y para qué quiero yo muebles, para qué nos hacen falta sillas, cómodas ni espejes, si ahora nos vamos tú y yo á vivir á un monte? Tú me lo has dicho cuando entrastes á verme, y ya no puedes volverte atrás... ¿Que no me lo has dicho? ¡Ay, qué mentirèso!... No te hago caso. Quieres divertirme conmigo. Sí que me lo dijiste... Nos vamos á un monte... y pronto, mañana por la mañana, y viviremos en una choza, solitos... Ni tú verás más mujer que yo, ni yo veré más hombre que tú... Y que nos entren iroscas. Nos vestiremos á lo salvaje con unos pedazos de pellejos en donde sea más preciso, y no tendremos que averiguar lo que es moda y lo que no es moda, para vestirnos... Mira, *Chinito*: no te vuelvas atrás, que me lo has



dicho... tú me lo has dicho, y yo te pregunté que cuándo nos íbamos, y me respondiste que mañana... Bueno: pues ya que estamos conformes, sigo... Para nada necesitamos allí mesas de noche ni mesas de día, ni más batería de cocina que unós pucheritos... Sobre tres piedras pondré yo la olla con que guisaré nuestra comida. Iremos juntos á recoger leña, y cuando nos paseemos por el monte, no veremos más que algún conejo que pasa, y las maricas que volarán delante de nosotros, las abubillas, y algún lagarto que nos mire y se escurra... Pero no veremos lo que acá llaman personas, ni señores con fraque, ni mujeres con zapatitos... Yo iré descalza y tú también, luciendo la bella patita, y por sombrero nuestras greñas, que nos peinaremos, yo á tí, tú á mí... ¡Cuánto me alegro de que Sotero se haya llevado los trastajos!... Así no veré más la cómoda, ni el lavabo, ni las rinconeras... Allá, nuestra choza, con paredes de piedra y techo de paja, es más bonita que todos estos cuartos segundos y terceros con entresuelo, y tantísima escalera que bajar y subir... Y nuestra choza no tendrá campanilla para llamar cuando entremos, porque visitas no habrá más que la de alguna comadreja, ó quizás de algún galápago que entre despacito sin dar los buenos días. ¡Ay qué felicidad! Yo contigo, sin ver gente, sin tener celos de marquesas y condesas... Porque allá ¿qué marquesas ha de haber? Ninguna: ¿verdad que no habrá ninguna?... Tampoco tendre-

mos allá papeles públicos, ni libros, ni nada de eso, y así no se quemará mi *gitano* las cejas averiguando lo que piensan en Francia, ó lo que guisan en Constantinopla... Y con esta vida ¿cuánto viviremos? Yo creo que doscientos años, es un suponer, y nos moriremos el mismo día y á la misma hora: ¿verdad, *Chinito* mío? Y en esos doscientos ó más años no nos aburriremos ni un solo ratito, porque tú mirarás mis ojos verdes, yo los tuyos garzos... ¡ay, qué bonitos!... y cuando se nos abran goteras en el tejado, tú subirás á componerlo mientras yo lavo nuestros camiselines y nuestras pieles en el arroyo que va corriendo al pie de la cabaña... Y otra cosa: allí, lejos de este mundo maldito, *desaprenderemos* todo lo que hemos aprendido, para que se nos olvide hasta el nombre de tanta miseria y tanta porquería... Y hasta el alma hemos de cambiar, sacando de nuestras cabezas un habla nueva, de poquitas palabras, lo preciso para decir cuánto nos queremos, y nombrar las tres ó cuatro cosas que usamos; y esa habla pienso yo que ha de ser á modo de poesía, ó al modo de música... ¿verdad, *gitano*, que tendrá cancamurria de canción ó de verso?...

Esta charla delirante, á la que ningún freno podían poner mis cariñosas incitaciones á la quietud y al mutismo, fué interrumpida por el médico, desconocido para mí, hombre tan pequeño que mis ojos turbados le vieron liliputiense, que no levantaba una cuarta del suelo. Era un viejecillo

de acicalado rostro, el bigote á lo Espartero, pintado; su sonrisa mostraba una mala dentadura postiza; su cabeza forrada en un peluquín negro tirando á rucio; capita corta; las manos con guantes, de cuyos dedos sobra la mitad. Suelo yo incurrir en la alucinación de que la realidad no engendra el arte, sino el arte la realidad. Ví en aquel mediquillo un sér creado por el prodigioso dibujante Alenza.

Con amable ademán, que inspiraba confianza, examinó á la enferma, interrogándonos sobre la iniciación de su malestar. Dió mejores explicaciones que yo la prima de Antonia, parroquiana antigua del doctorcillo, el cual era especialista en partos, y muy acreditado como tal entre las vecinas de aquel barrio. Ya llevaba Antonia cuatro días de indisposición, cayendo y levantándose. No se recataba del frío, y sin comer, ardiente su cabeza del cavilar continuo, lanzábase á la calle, ansiosa de buscarme las vueltas y de salirme al encuentro. Comía tarde alimentos fríos, indigestos; dormía de día, velaba de noche... Con el pecho al aire poníase á lavar la ropa en la cocina, frente á una ventana por donde entraba todo el frío que arroja sobre Madrid el Guadarrama... Total, que había cogido un dolor de costado, ó un pasmo de todo el órgano de la respiración... Hecho el examen de pulso y lengua, nos dijo el doctor que era pronto para precisar el mal; mas por el momento había que poner á la enferma un vejigatorio en el vacío izquierdo, y

arroparla y cuidar de que conservase el calor. Recetó una pócima que se le daría en determinados espacios de tiempo, y se despidió hasta la siguiente mañana. Acariciando las mejillas de Antonia, le dijo que por picaruela se veía en aquel mal paso; que á los hombres hay que dejarlos, y no correr tras ellos, pues mejor sistema que perseguirlos es hacerles rabiar huyendo de ellos; que él tenía de estas cosas no poca experiencia por haber sido muy galanteador y pizpireto en sus mocedades, y que también le habían perseguido casadas y aun doncellas; añadió luego que él tenía muy buena mano para las enfermedades bonitas, y no se le moría ninguna, ninguna, siempre que hicieran con gracia y paciencia lo que él mandaba, y durante la enfermedad pensarán en el médico antes que en los novios ó querindangos que las traían á mal traer... Al despedirse de mí en la puerta díjome que el mal parecía de cuidado, y que se presentaba con cariz de pulmonía del izquierdo... Al siguiente día nos lo diría claramente. Salió, y al verle yo coronar su cabeza con el desmedido sombrero que usaba, adquirió proporciones humanas su menguada estatura.

Después de la visita del médico, advertimos en Antonia sedación y tranquilidad. Hablaba menos y se conformaba con la prisión entre las sábanas, con tal que la dejara yo tener una de mis manos entre las suyas. A media noche, viéndola dormida, resolví marcharme, pues aquélla mi larga

ausencia de los amigos y de mis entretenimientos nocturnos ya pesaba en mi ánimo. Prometí á Margarita que antes de retirarme á mi casa volvería, y allí se quedó ella de guardiana y enfermera al cuidado de todo. No salí á la calle sin alguna inquietud, pensando en la posibilidad de tropezar con el bestia de Sotero á la vuelta de la primera esquina, y anduve cuidadoso, requiriendo mi bastón y la fácil salida del estoque, con el propósito de acometerle antes de ser acometido; pero por mi ventura y la suya, llegué á donde iba sin que fuese menester sacar el hierro de la caña, donde dormía su inutilidad como el otro duerme sus monas.

30 de Abril.—Por indiscutible derecho de lógica primacía, corresponde este lugar á la carta de mi madre, recibida hoy, y cuyos párrafos enlminantes copiaré para mi vergüenza, y edificación de los que me leyeren: “Hijo mío, no sabré expresarte mi gozo al tener noticia de tu ascenso, que sin duda ha sido motivado por tus méritos hoy reconocidos y aclamados por grandes y chicos; y ésta mi creencia quedó confirmada con lo que me escribió Agustinito de las ganas que el Sr. de Sartorius tenía de conocerte, y tanta era su curiosidad que no se le coció el pan hasta que te llamó á su bufete y estuvo platicando contigo larguísimo rato. ¡Vamos, que no se quedaría el buen señor poco asombrado de tu saber!... ¡Y cómo se le caería la baba!... ¡Ay! á mí sí que se me cae, considerando que es hijo mío el que tanto da que

hablar por su sabiduría y aplicación... De veras te digo que si no supiera yo cuán gran pecado es el orgullo, me llenaría de soberbia y vanagloria pensando en tí noche y día, y no hablando de otra cosa más que de tu superior inteligencia. Pero yo me contengo en mi entusiasmo, y doy gracias á Dios por el beneficio que me concede.

„Hijo de mi alma, por el pajarito que me cuenta todo, sé que vives muy retirado, y que eres Alejandro en puño por la moderación y el tino de tus gastos. Sírverte ahora el aumento de sueldo para que ahorres y vayas juntando con qué hacerte dos trenes de ropita decente, negra por supuesto, que tñ llamado estás á ser siempre persona grave, aun siendo joven, por la seriedad de tus estudios y tus modos reservaditos. Y como, según me asegura el pajarillo una y otra vez, huyes del trato de mujeres y mujeronas, y te pones colorado en cuanto te ves en presencia de alguna hembra, no hagas por quebrantar ese tñ honesto y recomendable encogimiento, aunque algunos bergantes te ridiculicen. No te metas, pues, en gastos de chalecos vistosos, ni de corbatas de colores, ni para nada tienes que usar pantalones claros ajustadicos, que eso, digan lo que quieran, es cosa fea, impropia de un varón digno... Presumo que de tu sueldo no ha de sobrarte gran cosa si, como te encargué, haces en las fiestas y días de santo regalillos delicados á Segismunda, con quien vives, y á Sofía, que tanto mira por tí. Con cajitas



de dulces, algún juguete para los chiquillos de Gregorio, y para tus cuñadas cualquier alhajita de poco precio, jabón fino, paquetes de polvos ó cosa tal, cumplés, hijo. Pensando siempre en esto, y con la mira de que quedes bien, descoo ayudarte, y allá te mando con el ordinario de Molina ochenta reales, ahorrados por mí cuarto á cuarto para que los emplees en algún esparcimiento decoroso, como ir á la función de teatro, un domingo, si dan algún drama del género heróico, como el *Munuza* que yo ví el año 23, ó una comedia moral, como *El Delincuente honrado*, que tu padre y yo vimos en Guadalajara; por cierto que toda la función estuve llorando, creyendo que cuanto allí pasaba era verdad.

„Además de los ochenta reales en un doblón de á cuatro, dentro de un paquetito donde he metido la oración de Santa Librada y unos papeles de perfumería, mando un mediano lío con chorizos, de los que hicimos este año. Van envueltos en una lona cosida por mí con mucho esmero, y bien rotulado por tu hermano Ramón, como conocerás por la letra. Los chorizos son de calidad tan superior que no se hallará en Madrid género igual. Los mando por el ordinario de Molina, porque éste va más pronto que el de acá, que se duerme en las largas estancias de Alcalá y Meco. Vete al parador denominado del Peñe, en la calle de las Postas, y pregunta por Quiterio... Me parece que tú le conoces. Te encargo que hagas este recado

tú mismo, y que no te fíes de criados, no vayan á cambiarnos los chorizos por otros de los que se compran en las tiendas. Tú mismo recoges el dinero y el paquete grande, y ten mucho cuidado en repartir los chorizos por partes iguales entre las dos casas. No vayan á ponerte hocicos por si la una ó la otra llevó menos parte.

„No me cuentas nada, picarillo, de la obra que sobre el Papado estás escribiendo. Si no me hubiera dicho el pajarito que llevas ya lo menos cuarenta capítulos, nada sabría de tu trabajo. Imagino que estarán los libreros y todo el personal de sabios esperando que sueltes el primer tomo para caer sobre él como lobos hambrientos. Tratarás del Papado completo, de la cruz á la fecha, empezando por San Pedro y no parando hasta el Santísimo Pío IX. Materia más interesante no puede haberla. No sabiendo yo qué leer en estas largas horas de la tarde y la noche, pedí á D. Julián, chantre de la catedral y profesor del Seminario, que me trajera algún libro que yo comprendiese, y que conteniendo buena doctrina, tuviera también recreo para personas legas, y me trajo la *Historia de los Concilios*, que estoy leyendo con muchísimo gusto. Ya llevo lo menos treinta hojas, y todavía no he sentido cansancio, sino más bien un gran interés, admirando las virtudes de tantos Santos Padres y esperando á saber en qué para tan larga historia. Tú, que todo esto te lo sabes como el Padrenuestro, te reirás de mí. Me

ha dicho D. Julián que esa obra que estás plumeando será muy larga, y que tú lo has tomado tan á pechos que no se te queda por registrar ninguna biblioteca profana de las que hay en Madrid, y que en todas te metes, así en las públicas como en las privadas, pasando en ellas largas horas de la noche. Hijo querido, trabaja con calma y prudencia: no consumas tus facultades abusando de ellas; no te calientes el entendimiento; modera, hijo, modera, y pon en todo pulso y medida. No desoigas este consejo dictado por mi cariño; recíbelo, con la bendición de tu amante madre—*Librada.*„

## XIX

*31 de Abril.*—La carta que anoche agregué á mis Confesiones removió en mi conciencia la turbación que en ella mora, unas veces adormilada, otras en profundo sueño. Pero los afanes de cada día, que en la mundana corriente van creciendo y encrespándose como un oleaje furioso, han ahogado aquel sentimiento trayéndome á inquietudes inmediatas y más positivas. Parte del día he pasado en la casa de Antonia disponiendo sustituir lo más indispensable del ajuar robado por Sotero, y en ello se me fué todo lo que no hace mucho me entregó con enorme usura el prestamista. ¡Aciaga tarde

la de hoy, en la cual he llegado á creer razonables los delirios de la cordonera, pues no habría para mí mejor solución que abrazar la vida de ermitaño, con ermitaña ó sin ella, en un solitario y agreste yermo, comiendo raíces y vistiéndome de lampazos! Cuando vió la enferma que la casa se iba reparando de su desnudez, empezó á curarse de la manía del salvajismo, y aunque siempre tiraba al monte, no lo hacía con tanta vehemencia. A sus parientes míseros, que acudieron maldiciendo su suerte y bendiciendo mi caridad, tuve que socorrer hasta quedarme sin un maravedí. Por la calle Mayor adelante, pensaba yo que no poseía en aquel momento más peculio que el dobloncito de mi madre, aún no recogido del ordinario, y antes que se me olvidara fuí al parador, donde puntualmente me entregaron moneda y chorizos, todo lo cual llevé á mi casa con gran respeto, como si llevara el Viático, y después de partir con religiosa equidad entre las dos familias los embutidos, miré y acaricié y escondí mi doblón bajo llave, precaviendo de este modo la probable ignominia de ponerlo á una carta.

*1.º de Mayo.*—Con endiablado afán de probar la suerte, por irresistible instinto de mejora, me pasé la noche dando tremendos estirones á las orejas de Jorge, mas con tan loco desacierto en cuanto apuntaba, que ni un instante me sonrió la fortuna. La terrible deidad me asestaba golpe tras golpe, como si fuese yo un excomulgado de la dia-

bólica secta que tiene por biblia los naipes malditos. Concluí en el mayor desastre, debiendo á mis amigos sumas que mi abrasada mente imaginaba fabulosas. Para pagarlas érame forzoso pedir á la usura nuevos auxilios, que más bien serían dogales con que pronto habría yo de llegar á mi definitiva estrangulación. Abrasado mi cerebro, dormí con pesadillas parte de la mañana, y al despertar entréronme una carta de Sor Catalina en que me afea destempladamente, no sin razón, mi grosero descuido en la prometida visita á los Emparanes. ¡Dichosos Emparanes! No vacilo más, y vencida mi repugnancia, me dispongo á cumplir. Almuerzo tarde, me visto, espero la hora oficial de visitas de etiqueta, y tomo pausadamente el caminito de la plazuela de Navalón, leyendo en las rayas del embaldosado de las calles cifras misteriosas de mi destino.

La casa es antigua reformada, grandona, irregular, revocada de amarillo con rayas que figuran el ajuste de ilusorias piedras, la puerta de berroqueña con un escudo pintado de blanco, los balcones con palomillas de hierro, y en ellos las descoloridas palmas de Domingo de Ramos, con los trenzados en hilachas y los lazos ya desteñidos por la lluvia. En todo esto reparé antes de entrar, así como en el aspecto del portal, de una limpieza rara en Madrid. El portero, viejo y medio cegato, limpio también como la casa, ostentando chaleco rojo y gorra galonada, me acogió con marcado respeto, y oído mi

nombre, díjome con el acento más satisfactorio que *los señores estaban*, y me franqueó la entrada de la escalera, lóbrega, sin más adorno que unos faroles de navío y cuadros viejos, cuyo asunto se pierde en la obscuridad de la ennegrecida tela.

Un portero de estrado, viejo también y con chaleco rojo, me introdujo en el salón, que examiné con rápido golpe de vista á la escasa luz que por los entornados huecos de los balcones entraba. Ví retratos de personajes del pasado siglo, consejeros de Castilla y de Indias, almirantes, generales, todos con el peluquín de ala de pichón, los rostros amarillos y sin relieve, detestables pinturas en su mayor parte; ví santos y frailes de diferentes Órdenes, de mano de Orbaneja; ví por fin retratos de Papas, en los cuales me fijé singularmente. Aquí Mauro Cappellari (Gregorio XVI), de aspecto achaparrado; allí Della Genga (León XII), de noble rostro; á la otra parte las finas facciones de Chiaramonti (Pío VII). Como pintura, estos retratos merecen el fuego, salvando sus espléndidos marcos. Mil otras obras de inferior y menguado arte ví en el salón: pinturas milagreras, relicarios con más riqueza que gusto, autógrafos de monjas en cuadros de plata, dos ó tres arquetas de indudable mérito, y una disforme y amazacotada araña de cristal. Contrastaban con estas antiguallas los muebles contruídos en estilo modernizante, los sillones y canapés de raso añaranjado, los chinescos ja-



rrones, las consolas de caoba con adorno de bronce dorado, algún espejo de marco á la griega, y los candelabros encerrados en fanales. Movido de no sé qué fanatismo suspicaz, creí ver dentro de aquellos vidrios las velas verdes de la Inquisición. En todo reparé fugazmente, maravillándome así de la muchedumbre de objetos que respiraban devoción, como de la perfectísima limpieza que en lo antiguo y lo nuevo resplandecía, cual si muchas manos escrupulosas diariamente persiguieran el polvo, la mugre y toda suciedad por menuda que fuese.

No acabé mi examen, porque un criado me rogó que pasase al próximo gabinete, donde salió á mi encuentro el Sr. D. Feliciano de Emparán con luengo levitón que rápidamente se abrochaba, como si acabara de ponérselo para recibirme; y estrechándome las manos muy afectuoso, me hizo sentar en un blando sofá, sobre el cual ostentaba su dulce rostro, en marco flamante de cornucopia, la imagen de Mastai Ferretti, á quien yo amaba desde que fué mi preferido y victorioso candidato á la sucesión de San Pedro. Daba yo á D. Feliciano noticias de mi salud, que con muy vivo interés me pedía, cuando entró la señora de Emparán, Doña Visitación de Baraona, en bata morada con encajes, y sus primeras palabras, después de oír mis cumplidos, fueron para redoblar las interrogaciones acerca de mi salud. “Ayer nos dijo Sor Catalina que ya estaba usted en plena convalecencia y po-

día salir á la calle., Yo asentí, comprendiendo que mi hermana había disculpado la tardanza de mi visita con un inocente embuste. “En seguida vendrá María Ignacia—añadió Doña Visita,—que ya está concluyendo la lección de piano. La pobre no oculta su alegría, porque, á pesar del mal tiempo que tenemos, se va recobrando de sus alifafes nerviosos.,”

Sobre estos alifafes hablábamos, declarando yo su escasa importancia en el organismo, cuando llegó otra señora mayor, Doña Rita, hermana de D. Feliciano, en traje de merino negro, con escofieta blanca; y no había yo concluido de saludarla, cuando ví aparecer la tercera señora mayor, valdría más decir máxima, Doña Josefa Baraona, tía de Doña Visita, también uniformada de negro, viejísima, desdentada, pero no falta de viveza y agilidad. “Ya tenía yo el gusto de conocerle—me dijo cuando le ofrecí mis respetos.—Le ví una mañana en el locutorio de La Latina.,; Y yo miraba á la puerta esperando que acabara de salir el coro de Emparanas y Baraonas mayores, pues me habían dicho mis amiguitas Valeria y Virginia que no bajaba de seis la cifra de venerables matronas que habitaban allí. Oyendo el remoto cascabeleo de un piano, esperé ansioso la presencia de María Ignacia, la señorita con quien querían casarme, tierna paloma que todas aquellas cornejas agasajaban entre sus plumas.

Debo declarar, poniendo la verdad por

encima de mis antipatías, que las cuatro personas mayores eran de trato muy fino y de exquisita educación, á la antigua española. Sosteniendo con ellas un coloquio de pura fórmula, pensaba yo para mis adentros en los artificios de que ha debido valerse mi hermana Catalina para conquistar el ánimo de aquella familia, y qué grande ascendiente ha podido adquirir sobre todos para meter en sus duras cabezas, y darle allí fuerza dogmática, la peregrina idea de que yo soy el hombre designado por Dios para realizar los grandes fines de la sucesión *Emparánica*. Sin género de duda, es mi hermana mujer de extraordinario entendimiento, y de una travesura que bien puedo llamar política, pues en esa cualidad estriba el dominio de las gentes y la generación de los grandes sucesos públicos y privados. Ello es, que Catalina, sorbiéndoles el seso, trata de realizar con firme voluntad la filosofía del gran Antonelli, condensada en esta fórmula: "Tu familia te procurará un buen casamiento.."

Impaciente Doña Visita por lo mucho que su niña se entretenía en los musicales ejercicios, fué en su busca, y á poco la trajo de la mano, diciéndome al presentarla: "Dispénsela usted. Quería mudarse de vestido; pero como usted es de confianza, puede verla en el trajecito de casa..", Hago acopio de toda mi sinceridad y rectitud para declarar que la primera impresión que en mí produjo la niña de Emparán fué atrozmente des-

agradable. ¡Válgame Dios qué niña! Y aunque en el breve espacio de una visita sólo podía yo juzgar el sér físico, éste y el espiritual, representados en un solo sér, parecíéronme de lo más desgraciado que Dios ha puesto en el mundo. Es Mariquita Ignacia lo más contrario al tipo de muchachas que comunmente vemos en todas las clases sociales, pues no hay ninguna que en la florida sazón de los diez y ocho no tenga en su persona, siquier sea la misma fealdad, algún rasgo de gracia y donaire, algún tono de frescura y de seductora juventud. El cuerpo es un mentís de su edad, que en ella parece un fraude. Rara vez se revisten los verdes años de aquella gordura desatentada, contraria á todo sentimiento de proporción, pelmazos de carne distribuídos sin ninguna lógica en las partes de un defectuoso esqueleto. Abulta el seno enormemente, saliéndose del círculo natural de la doncellez, y para acabar de arreglarlo, la cintura y vientre con aquella otra zona quieren confundirse, rompiendo la esclavitud del corsé y arrollando las filas de ballenas que martirizan el pobre cuerpo. Son los brazos chicos, el cuello corto, gordezuelas y bonitas las manos, única nota bella en que puede recrearse la vista. Ella lo sabe y habla más con las manos que con la boca.

Hice un mental esfuerzo por descubrir en el rostro de María Ignacia algo que despertar pudiese admiración ó agrado, y no lo encontré. bien sabe Dios que no lo encontré.

En la estricta verdad me inspiro al firmar que la señorita de Emparán nació desfavorecida de todas las hadas. Deseando conceder algo, sostengo que es aceptable su rostro cuando la niña permanece con la boca cerrada; pero en cuanto descorre la cortinilla de sus labios, aparece el rojo escándalo de sus encías que todo lo afean; los dientes son desiguales, colocados anárquicamente, sin más atractivo que una limpieza tan esmerada como la de toda la casa de Emparán. Bien sabe la niña que su boca es la negación de la juventud, de la alegría y del amor, y no cesa de hacer hociquitos y muecas para tenerla siempre tapada. Hay que ver sus apuros cuando, en los incidentes de la conversación, forzada se ve á la risa franca: de aquí proviene la seriedad que la hace más desapacible. Rubios tirando á bermejos son sus cabellos, peinados con arte, y sus ojos claros, sin viveza, miran medrosos reclamando la compasión más que la simpatía. ¡Pobre María Ignacia! Yo sentía lástima de ella y de sus padres y familia, que en tan infeliz persona concentran todos sus afectos y aspiraciones.

Del trato, revelador seguro de las dotes de ingenio, poco puedo decir todavía, porque María Ignacia no pronunció en la visita más que cortadas y tímidas expresiones: su condición huraña, nacida de la conciencia de su fealdad, y el mimo que le daba toda la familia, reducían su vocabulario á la mínima expresión: las ideas no se manifestaban

en ella más que en forma rudimentaria, y su palabra torpe y balbuciente no hacía nada por sacarlas á luz. Llevaron los padres y las señoras mayores la conversación al terreno más propio para que la niña pudiera lucirse un poco, el terreno de la vida mundana, paseos, teatros, modas, la esclavitud que traen tantas vanidades; pero ni por esas... Tuve yo que hacer el gasto, y con facilidad suma traté la cuestión. Las personas mayores oíanme admiradas; y la pobre niña, que desde que entró hasta que me fuí no quitó de mí sus claros ojos, escuchaba mi acento con una fijeza que al éxtasis se me parecía. Apunto esto sin vanidad, mirando á la exactitud de los hechos, y sin que mi relato signifique alabanzas de mí mismo, pues nada dije que no fuese de lo más común. Ante cualquier otro joven de mi edad habría pasado lo mismo... Por fin llegó el momento en que yo no podía prolongar la visita sin incurrir en falta de urbanidad, y me despedí. Invitóme á comer la señora de Emparán para día fijo, á lo que accedí porque no podía eximirme de ello; señalóme además ciertas noches de la semana en que los amigos van á jugar al tresillo y á pasar un rato en amenas charlas, y prometiendo acudir alguna vez, les expresé mis gratitudes, y él y ellas me dieron las suyas en la forma más expansiva. María Ignacia, al decirme adiós, bajó los ojos como avergonzada.

Salí de la casa de Emparán con simpatías hacia la familia, mas también con el



firme propósito de oponer un inquebrantable *non possumus* á los planes de mi hermana. Sin duda el dominio moral de Catalina sobre aquella gente se fundaba en algo de autoridad religiosa: los Empananes debían mirarla como á ser superior, que llevaba dentro el Espíritu Santo. Pero si la bendita monja se había hecho absoluta señora del corazón de la ilustre familia, no podría por ningún medio hacerme esposo de la desgraciada, de la imposible María Ignacia.

## XX

2 de Mayo.—No he querido que pase el día de hoy sin comunicar á mi hermana mi decidida protesta contra sus planes de matrimonio. Pero como, si le manifiesto de palabra mi negativa, es fácil que su carácter despótico caiga con abrumadora grandeza sobre mi pobre voluntad y acabe por aplastarla, he preferido escribirle. Al convento mandé esta tarde mi carta, en la cual vengo á decir con corteses y limpias expresiones, que no aceptaré la mano de la niña de Empanán aunque me den con ella todas las riquezas que el mundo atesora. Se casa uno con una mujer, á la cual no estorban sus talegas si está de buenas y bellas cualidades adornada; pero no se casa nadie con un ca-

pital personificado en una criatura que carece hasta de los atractivos más elementales. Esto sería venderse, no casarse... En fin, bien hilada va la epístola, y no sé por qué lógicos vericuetos echará para contestarla Sor Catalina de los benditos Desposorios.

Hablando de otro asunto, dos cosas me afligen esta noche: Antoñita en mayor gravedad, y mis bolsillos en absoluta limpieza. He tenido que apurar á los usureros y porfiar con ellos en la forma más humillante, para reblandecer estas rocas de la desconfianza y el egoísmo. Por fin logro extraer de sus arcas alguna cantidad en condiciones horrendas, y con ello puedo atender á una de las deudas contraídas la noche de mi catástrofe de juego. Pero aún me falta el compromiso más apremiante, por tratarse de compinches de timba, que me han fijado improrrogable plazo para cumplir. Acudo á Guillermo Aransís, que se encuentra en situación no menos ahogada que la mía, y acudo á todas las potencias infernales para que me saquen del pantano. Ni del cielo ni de la tierra viene auxilio para este infeliz. He pasado una tarde horrible y una noche peor, apretándome los sesos para que de ellos salga la chispa de una resolución salvadora. Si no estoy loco ya, poco me falta.

Mis pobres sesos dan por fin una luz, resplandor muy lejano, que indica inciertas probabilidades de éxito: ello consiste en recurrir á mi hermano Gregorio. Me armo de valor, hago acopio de argumentos adereza-

dos con sensiblería, y por fin, esta noche abordo la cuestión ante Segismunda, pues el directo trato con mi hermano en este asunto es empresa superior á mi audacia... ¡Santo fuerte, Santo inmortal, cómo se puso mi cuñada apenas formulé mi petición! Ni me dejó concluir la frase angustiosa, trémula y antigramatical... Creí ver enroscarse las serpientes que tiene por cabellos, y su boca griega, volviéndose cuadrada como las de una máscara de tragedia, vomitó sobre mi pena injurias que sonaban á sordidez furiosa y á egoísmo de parientes desnaturalizados. No podré reproducir aquí sus brutales anatemas. Que cómo y con qué respondo del cumplimiento de mis obligaciones... que si creo posible hacer vida de señorito de la Grandeza sin más patrimonio que el día y la noche... que estoy deshonorando á la familia, y que he perdido la vergüenza, y acabaré en el Hospicio, si no voy á parar á la cárcel... que si no hago enmienda total trayendo á casa el dinero de los Emparanes, no espere socorro de la familia, sino desprecios y maldiciones.

Al discorde ruido que la condenada mujer hacía, no tardó en acudir Gregorio, el cual, adivinando la cuestión por la lividez de mi rostro y los apóstrofes crudos de Segismunda, prosiguió la filípica con no menos ira en los denuestos. Atrevíme yo á replicarle, y trabados los tres en furibunda querrela, llegamos al desconcierto más escandaloso. Como dijese mi hermano que era gran-

de enojo para él tenerme en su casa, por el continuo jubileo de acreedores que á la puerta venían con atrasadas cuentás ó recibos, sin que hubiera ya palabras con que aplacarles ó persuadirles á la paciencia, estalló Segismunda en nuevas iras, abominando de los ilícitos enredos que estorbaban el casamiento patrocinado por la monja; amosquéme yo más de lo que estaba, y subido el tono y coraje de todos hasta el punto de la ronquera, corté la disputa con la resolución de renunciar á su hospitalidad y dejarles tranquilos. Nada dijo Gregorio para contenerme, ni mi designio sirvió de agua mansa para templar sus arrebatos: antes bien, parecían contentos de que yo tomara el portante. Recogí lo que podía llevar conmigo, guardé mi ropa en maletas para que fácilmente pudieran llevármela á mi nuevo domicilio, y me vine á la casa de Antoñita, donde doy testimonio de mi existencia escribiendo junto al lecho de esta pobre mujer páginas amarguísimas de mis Confesiones... ¡Dos de Mayo! La fecha no puede ser más lúgubre. ¡Quiera Dios que no sea trágica!

*3 de Mayo.*—Llena está mi alma de presagios siniestros, pues me siento rodeado de sombras por todas partes, y cerca y lejos de mí veo los espectáculos más tristes que ofrece la humana vida: á mi lado la muerte, á distancia la deshonra posible, la probable miseria. Escribo por la mañana, tras largo insomnio, y noto que el acto de trasladar al

papel mis dolorosas impresiones amansa mis penas y las hace tolerables. Parece que hay alguien que á soportarlas me ayuda, ó que mis propios escritos, transmitidos á una Posteridad lejana, me dicen que la vida es larga y que en ella no pueden ser duraderos los infortunios como no lo son las dichas. Tras unos días vienen otros, y la naturaleza rehuye la uniformidad de las cosas... Vienen á mi pensamiento estas candorosas filosofías velando el sueño inquieto de Antonia, que ha entrado en un período de suma gravedad, según me ha dicho el médico enano... Si bien lo miro, no sé si estoy aquí porque debo estar, ó porque no puedo estar en otra parte. Sobre esto me interrogo y, la verdad, no sé responderme categóricamente.

Avanzado el día, entran en esta casa algunas niñas de la vecindad que andan en el divertido juego de pedir para la Cruz de Mayo. Vestiditas de limpio, con su pañuelo de talle cruzado á la cintura, y flores en la cabeza, se disponen á la persecución y despojo de los transeuntes. Entre ellas, una muy linda que no tendrá más de cinco años, me hace mil carantoñas, se sube á mis rodillas, no se contenta con un cuarto ni con dos, y metiendo su manecita en mi bolsillo, me saca la única peseta que hay en él. Me resigno á tan dolorosa expoliación, y la despi-do con besos. Ella me dice: "caballero, usted me estrena,, y se va ondulando el cuerpo con meneos graciosos. Salen tras ella las demás, después de aligerarme del cobre que

poseo, y sus risotadas se pierden en la escalera. ¡Dichosa edad!

Vuelvo á coger la pluma después de un largo rato de tedioso paseo en la estancia. La pobre Antonia está muy caída de espíritu y en gran debilidad de cuerpo; pero en sus ratos de lucidez, que son pocos, no cesa en su manía proyectista: muchas ideas la atormentan, menos la de la muerte. El hecho de haber yo trasladado á su casa mi vivienda, por el deseo y el deber de cuidarla, según cree y dice, enciende en su pobre alma vivísima gratitud, y el ardor de este sentimiento, brotando del corazón á la piel, entiendo yo que es ayuda y estímulo de la naturaleza en su lucha contra la fiebre.

No pudiendo apartar mi pensamiento de otros conflictos, de intensa gravedad para mí, escribo á Guillermo llamándole á mi lado para que vea mi anómala situación, y me ayude por cualquier arbitrio extraordinario á salir del compromiso en que estoy, por la deuda de juego no saldada. Contéstame Aransis á las dos horas que se ocupa de mi asunto, y que espera resolverlo á prima noche; que de diez á once me espera en el Casino, y me encarece con vivas instancias que no falte á la cita, pase lo que pase, pues tenemos que hablar. La carta de mi amigo me hace recobrar la esperanza, y para mayor consuelo, el médico liliputiense no hace malos augurios en su visita de la noche. Puedo sin cuidado alejarme, y en posesión de mi ropa, que al mediodía [me trajeron



sin otra merma que un par de corbatas, un chaleco de alepín, y alguna prenda interior, me visto y salgo, dejando á Margarita bien aleccionada, y con la advertencia de que volveré pronto, infalible ardid para que esté muy alerta en su obligación.

*4 de Mayo.*—Déjame, déjame, oh ignoto público de la Posteridad, si en efecto existes y me lees; déjame que tome respiro y ataje los vuelos de mi pluma en esta parte de mis Memorias, pues tantas desdichas en ella se reúnen, que me será difícil transcribirlas con orden para que aparezcan en la serie aterradora con que me las ha deparado el Destino. Me río, pueden creérmelo, con risa que es una mixtura increíble de rabia y gozo, al sentir sobre mi cabeza esta ingente acumulación de males. ¿Son obra lógica de mi propia conducta, ó fatal embestida de un espíritu diabólico que se entretiene castigando á los inocentes? ¿Quién dispone esta convergencia de todos los dolores en un solo punto?... No lo sé; pero doy en pensar que lo que llamamos Casualidad es un desconocido método de las cosas invisibles y el superior ordenamiento de las causas.

Aunque gusto más de filosofar sobre mis penas que referirlas, dejo á un lado las metafísicas y me voy á la relación de los hechos, empezando por decir que me personé en el Casino á la hora marcada por Aransis y que éste no tardó en llegar. Con lenguaje precipitado y ansioso me participó el arreglo de mi asunto, aprovechando una

extrañísima coyuntura favorable que la casualidad le había deparado. Dióle su abuela el encargo de llevar una cantidad de consideración á su primo el Conde de Tarfe, y él ¿qué hizo? diferir para mañana la entrega, destinando la mayor parte del dinero á sacarme del compromiso, y guardando lo demás. Era, pues, indispensable que los dos revolviéramos el mundo para reponer la suma en el fatal plazo. Mucho agradecí á Guillermo el apurado socorro que me traía; pero con el reconocimiento se confundió el terror del nuevo y mayor aprieto que para el día siguiente se nos preparaba. A lo hecho pecho: tomé el dinero; pagué incontinenti, excusándome de la tardanza con el aquel de tener en casa un enfermo grave, y mi amigo Caballero, que era mi acreedor, dejó de serlo y volvimos á encontrarnos en afectuosas relaciones ante la sociedad y ante el vicio.

Cuestionando con Aransis acerca de la responsabilidad del día próximo, propúso-me mi amigo que con el dinero restante probásemos á obtener del azar lo que nos hacía falta. Fuera miedo; buscáramos nuestra solución en el desquite, pues bien podía la suerte mostrarse benigna después de tantos desdenes. Yo creí lo mismo, que si no hay bien eterno, no hay mal que cien años dure. Jugamos, y el demonio de amarillos ojos cuando uno pierde, de pupilas rojas cuando uno gana, se divirtió en balancearnos de las ansiedades pavorosas á las hon-

das alegrías. A la una estaba yo boyante; pero quise más, y á las dos lo había perdido todo. Busqué á Guillermo con angustia-dos ojos para que me favoreciera, y advertí que había desaparecido de la criminal sala. Agencíé un empréstito, hice nuevas cuca-monas á la fortuna, y ésta siguió tratándome como á un perro. A las tres de la mañana, apartándome de la mesa de juego, halléme sin saber cómo en un grupo compuesto de caras amigas y otras simplemente conocidas, no todas simpáticas. Entre estas caras des-tacóse la de un hombre de mediana edad, señalado en la trínca nuestra por su índole maleante, sus dichos á veces graciosos, gro-seros á veces, el cual riendo con desenfado me dijo estas palabras: "Si quiere dinero, yo tengo para usted cuanto necesite.,, El va-lor gramatical de las palabras era tan dis-tinto del tono con que fueron dichas, que me sentí ofendido, y respondí en el mismo tono: "Gracias: no juego más. Celebro verle á us-ted tan generoso.,, Y él con disparada len-gua: "Lo soy con los que como usted ofrecen garantía segura, con los que cultivan muje-res ricas que les pagan las deudas.,,

Tenía yo, al oír esto, apoyada mi mano derecha en el respaldo de una silla. Ciego enarbolé la silla, apuntando á la cabeza del insolente; mas interpuestos los amigos, ni la silla fué á estrellarse donde yo quería, ni pude saciar mi furor con las manos. El tu-multo fué ruidoso; se arremolinaron los ami-gos y conocidos, unos allá, otros acá, para se-

pararnos y agrandar la distancia, y entre tantas voces oí la de aquel bruto que alejándose á la fuerza, chillaba: “¡Dejarme á ese *Don Líquido, Catacaldos...*!”,

Llámbase el tal Jiménez de Andrade, y goza fama de temerón y perdonavidas. Es de Ecija ó de Marchena, no recuerdo bien; ha derrochado dos fortunas; entiende de caballos más que de política, y en ésta quiere señalarse ahora, ahuecando la voz entre los progresistas exaltados y los demócratas. Frecuenta el trato de militares, jactándose de seducirles para la revolución; es, en suma, un bárbaro, que no busca más que el ruido y el escándalo para sacar su persona de la obscura vulgaridad á que pertenece... No necesito indicar que al instante determiné lavar con sangre el oprobio que aquel bestia arrojó sobre mí; yo quería matarle ó que él me matara. Mis amigos hicieron suya mi causa, y como alguno expresara su inquietud por la desigualdad de la lucha entre un hombre diestro en las diferentes armas y otro que apenas manejarlas sabe, afirmé yo que tal desigualdad tendrá para mí la ventaja de proporcionarme una muerte muy expeditiva. “Estoy cansado de vivir—les dije.—Acabemos de una vez.”

Yo deliraba. Mis amigos procuraron sosegar-me, y á ellos me confié para que cuidasen conmigo de poner en salvo mi honor. Quise nombrar padrino al Marqués de Bedmar, amigo mío que me distingue y considera; pero no habiendo podido encontrar-

le á tan avanzada hora, elegí á Bermúdez de Castro y á Guillermo Aransís. Dos horas estuvieron mis amigos buscando á éste, y en casa de unas famosas *cuecas* le encontraron á las tres y media de la madrugada. En el propio Casino intentaron mis apoderados un arreglo amistoso, fundados en que Andrade estaba ebrio en el momento del insulto, y creyendo que gallardamente daría explicaciones al despejársele la cabeza. Pero ya porque ésta no se despejara, ya porque su razón nada pudiera contra su brutalidad, no hubo arreglo, y Andrade insistió en que tendría el gusto de mandarme al otro mundo...

Asomaba la aurora por los balcones y ventanas del madrileño horizonte, cuando mis amigos me trajeron á esta casa, dejándome en el recogimiento que necesito para la meditación y el descanso. Las vivas emociones, el insomnio de las noches pasadas habíanme traído á tan gran quebranto de la naturaleza, que caí en el camastro como en un pozo, y dormí con sueño parecido á la embriaguez. Mediodía era por filo cuando me despertó Aransís para decirme que los padrinos del contrario son dos andaluces, Sánchez Silva y Nicolás María Rivero. A éste le conozco: es muchacho de mérito, áspero, ce-trino, ceceoso en el hablar. Añade que no se ha podido conseguir de Andrade un honroso acomodamiento, el cual habría de fundarse en una satisfacción hidalga por parte de él. Digo yo que me alegro de que no haya componendas artificiosas y cobardes. Me infor-

ma Guillermo de que á pistola será el lance, y no le dejo seguir cuando quiere puntualizar las condiciones, tantos pasos, avance gradual... Las condiciones, que poco me importan, las conoceré mañana. Me basta con saber la hora, ocho en punto, y el lugar, la huerta de Moreno-Isla, cerca de la Fuente del Berro. Insiste con grande interés mi amigo en que dedique la tarde y parte de la noche á ejercitarme en el tiro de pistola, á lo cual me niego resueltamente, pues con lo que sé me bastará para matarle si los hados me favorecen, y lo que aprender pueda en tan poco tiempo no impedirá mi muerte si está ya escrita y decretada en el *fatídico* libro de los Sucesos... Vase Aransís, y al quedarme solo, siento lo fatídico en torno mío... y se me enfriá todo el cuerpo. Me dejo abrigar por Margarita en un pesado mantón suyo.

## XXI

No tardé en advertir que mi estoicismo era un tanto figurado, histriónico, y con esfuerzos de la razón me puse en el verdadero punto psicológico que los hechos imponían, ni medroso ni arrogante, fiado en que me ampare Dios, y desechando la insana idea de que deseo morir, fraudulento recurso



teatral, cuya procedencia descubro en los afectados versos de la época. Que yo no estaba en mis cabales cuando Guillermo me habló del lugar y hora del duelo, lo demuestra que olvidé preguntarle si había resuelto el conflicto pecuniario que para hoy nos reserva el cruel Destino. Mañana me lo dirá, si estoy en disposición de oírlo... También podría suceder que me fuese á la Eternidad sin saberlo, ni importárseme un ardite de las menudencias que aquí se nos hacen montañas. Yo pregunto cuáles serán las estrellas que se vendrán abajo porque traigamos á nuestros bolsillos el dinero que á Guillermo entregó su abuelita... ya no me acuerdo para qué.

Vuelvo á tomar la pluma, ya anohecido, y como mis cavilaciones no me hacen perder la noción del método, escribo que la pobre Antoñita va de mal en peor, y que ella será motivo de que el Destino se ensañe más en mí, prolongando indefinidamente la serie angustiosa de sus furibundas estocadas. Esta tarde nos vimos y nos deseamos Margarita y yo para sujetarla cuando se arrojó del lecho, pidiendo que la vistiéramos. Quería irse conmigo á la verbena de San Antonio. “¡Si no es hoy la verbena, tonta!—le dijo su amiga.—Es mañana, que ahora andan trabucados los meses, y el 12 de Junio por la tarde viene á caer mañana, que así lo dispuso el Padre Santo, por ser el año cuatro veces bisiesto...”, Tan ardiente era la calentura que su rostro quemaba, y brillaban sus

ojos como luceros. Logré calmarla, prometiéndole que iríamos juntos á la verbena, y recostado en su propio lecho sobre las mantas, para con mis brazos aprisionar los suyos, oí sus expresiones amorosas, más que nunca impregnadas de ternura. Díjome que yo le pertenecía, que juntos estaríamos hasta que nos muriésemos, y que viviríamos un sin fin de años, pues así lo había ordenado el Papa. Desde la tarde anterior intervenía en su atroz delirio la figurada persona del Sumo Pontífice, eclipsando con su grandeza las demás figuras que poblaban la mente trastornada de la pobre mujer. ¿Quién puede fijar de dónde le vienen las ideas al que enloquece? Vienen quizás de pensamientos sedimentados antes de incurrir en la demencia.

“El santo Papa—dijo Antonia dejándose arrullar,—me aseguró ayer tarde, cuando vino vestidito de paisano y con ramo de azucenas, que me descasaría de Sotero para casarme contigo, y yo me alegré tanto que... se me saltaron las lágrimas. Bien puedes estar con cuidado para abrir la puerta en cuanto llame, que esta tarde ha de volver, revestido de todos los pontificales, con capa colorada. Vendrán con él siete cardenales; no te descuides, que como la visita es motivada de las ganas que tiene de concerte y alternar contigo, es justo que tú seas fino con él, verbigracia, y correspondas, *gitano* mío...”, Cortó su locuacidad la tremenda sacudida de aquel toser que parecía partir el

tórax en mil pedazos. El silbido del aire en las cavernas de su seno causaba espanto. ¡Pobre Antoñilla! ¿Por qué Dios no había de salvarla? Esto me preguntaba yo, entendiendo cada vez menos el misterioso ordenamiento de muertes y vidas.

Las primeras horas de la noche transcurren amargas, disponiendo nuevas tomas de drogas prescritas por el médico chico, y más vejigatorios, que acabarán de desollar aquel pobre cuerpo martirizado... La enferma cae al fin en dulce desvanecimiento. Atacado de un furioso pesimismo, pienso en su muerte y en la mía, por bien diferentes modos de morir... Me paseo por la estancia, de un ángulo á otro, rodeando la mesilla donde están la luz y los potingues, y en este cadencioso movimiento de fiera enjaulada transcurre no sé cuánto tiempo. Por fin, me siento á escribir, apartando las medicinas que me estorban; y apenas cojo la pluma, oigo que da la hora el reloj de la Casa Panadería. Cuento las doce campanadas para cerciorarme de que paso del hoy al mañana, ó de que el mañana se pone las insignias del hoy, y empiezo por consignar la fecha:

*Cinque Maggio.*—Lo escribo en italiano porque la fecha trae á mi memoria la muerte de Napoleón y la célebre oda de Manzoni. ¡Vaya, que no es floja honrilla morir el mismo día que el primer Capitán del siglo! Con cierto humorismo me aplico los viriles acentos del poeta:

*Ei fu. Siccome immobile  
dato il postrer sospiro...*

Trato de penetrar el arcano de los acontecimientos que mi *Cinco de Mayo* me guarda en el preñado vientre de la entidad diurna. ¿Qué sucederá?... Pienso después en que habito un mundo apartado de la ordinaria esfera de mi vida. Ninguna persona de mi familia ha parecido por aquí. O ignoran dónde estoy, ó soy para ellos como un ausente, como un difunto. Hasta la presente hora no había sentido desconsuelo por este alejamiento de los míos. Mi hermano Agustín ¿por qué no viene á verme? Y mi cuñada Sofía ¿cómo no deja asomar por aquí sus voluminosas ubres, ya que no por afecto hacia mí, siquiera por curiosear en estos desórdenes de mi existencia? No es mala la politicómana, y alguna pena tendrá de mis infortunios. Aun Segismunda y Gregorio vienen á mi memoria despojados ya de la siniestra antipatía que nos puso frente á frente en aquella memorable tarde. Me figuro que uno y otra deploran ya los arrebatos que me obligaron á salir de su casa. De mis caros sobrinitos, que sin duda confusos y tristes preguntarán por mí, también me acuerdo, y á todos desde esta mansión de dolor envío mis ternuras...

Divagando por los espacios del mundo que dejé, me propongo estos temas de adivinación: ¿Sabrá Eufrasia lo que ocurre y dónde estoy?... Y mis amiguitas Virginia y

Valeria ¿tendrán noticia de que vivo en el seno de las tempestades?... Sin duda la dama moruna lo ignora todo, porque de lo contrario no me habría faltado un recadito, carta ó mensaje discreto, que bien podría ser gozándose irónicamente en mis desdichas y cantándome el *trágala*... Corre después mi pensamiento á La Latina, y veo á mi hermana inquietísima por lo que me sucede. A estas horas la bendita monja ó reniega de mí para siempre, ó pone velas á los santos de su predilección para que me saquen de estos malos pasos. Estoy viendo las velas, las imágenes, y á Sor Catalina de los Desposorios de rodillas en devota oración. Por estos espirituales caminos voy hacia mi buena madre, y al llegar á ella, la exaltación de mis sentimientos no me deja escribir...

A la madrugada, después de dar las medicinas á la enferma, cuidando de no despertar á Margarita, que rendida de cansancio duerme en un sillón, vuelvo á coger la pluma. Paseando se me ha ocurrido escribir una carta á mi madre, para que Guillermo se la envíe, en caso de que mi contrario se salga con la suya... No sé qué me pasa. Hace un rato veía la carta bien clara y completa, cual si escrita la tuviese delante de mis ojos, y ahora nada veo. Todas las ideas se me han ido con vuelo rápido, como aves, como sombras, como humo, y ya no sé con qué palabras empezar ni con cuáles concluir... Mejor será que no escriba nada. ¿Para qué,

si Andrade no ha de poder más que yo? Me herirá tal vez... pero matarme, nunca. Rarísimas son hoy las muertes en desafío... Protesto contra la idea de mi muerte, y el duelo sería la más estúpida de las instituciones si no se concretara á un simple alarde de valor convencional entre caballeros... Y pensando siempre en mi madre, lo que me importa, si salgo en bien de estas trapicondas, es impedir por todos los medios que á conocimiento suyo lleguen referencias de mi conducta y desarreglada vida; que ningún nacido le lleve el desengaño que habría de matarla; y el villano que lo llevare, sea mil veces maldito entre los hombres, y condenado en el Infierno por veraz á mayor suplicio que el que sufren los mentirosos.

Ya amanece. Dormiré un poquito, pues hasta las siete no vendrá Guillermo á buscarme. ¿Qué quieres que te diga, Posteridad, al despedirme de tí?... ¿Me atreveré á decir: "hasta mañana,,...? Sí que me atrevo, y si en ello miento, mándame tus quejas á la Eternidad.

## XXII

6 de Mayo.—Amigos míos del tiempo futuro, sabed que no me mató Andrade. Imagino vuestra inquietud y la impaciencia con que aguardáis el resultado del *temido cho-*



que, y me apresuro á tranquilizaros, declarando que vuelvo incólume á mi guarida, sin un rasguño, sin el menor desperfecto en ninguna de las partes de mi interesante persona... En cambio, mi enemigo...

Pero no quiero precipitar los sucesos, y proponiéndome que estas relaciones remeden en lo posible los procederes de la grave Historia, dejadme que refiera con pausa y método mi lance de honor, con todos sus preámbulos y secuencias.

Pues cuando llegó Aransis, serían las siete, me dispuse á salir con él, tratando de escabullirme sin que Antonia se enterase. Ni ésta debía verme, ni Margarita conocer los motivos de mi salida en hora tan temprana. Mas no me valieron mis precauciones, porque la enferma, que con sagaz atención de oreja me había sentido vestirme en la estancia próxima, me llamó con las voces más fuertes que pudo articular, y á su lecho corrí, prodigándole caricias é inventando excusas. "*Gitano*—me dijo,—¿para qué andas en tapujos con tu *gitana*? Ya sé á dónde vas. Hoy llega de Sigüenza tu madre, y vas á recibirla... La galera de Padriz, que trae los viajeros de Sigüenza, para en la calle de San Miguel... No te descuides, *Chinito*... Has hecho bien en ponerte levita y sombrero *góndola*, porque con tu madre viene el Obispo... Mira, yo que tú, á esta casa les traería, pues si tu madre viene por las ganas que tiene de conocerme, es un suponer, véame pronto, ¡caramba! Yo estaré vestida y peina-

da cuando vengáis... Y que no sobra tiempo... ¡Margara...!, Cuantos disparates dijo la pobre mujer, fueron por mí confirmados, para que su delirio no me estorbara la salida indispensable, y prometiéndole volver muy pronto, nos fuimos Guillermo y yo á nuestra fatal obligación.

El coche que en la puerta nos esperaba llevónos á recoger á Bermúdez de Castro en su casa; de allí nos fuimos á la huerta que había de ser teatro del lance, y por el camino me explicaron mis amigos los concertados trámites y condiciones. El aire fresco de la mañana dióme serenidad y una confianza saludable, que me permitió afrontar la situación con grande entereza, ni encogido ni arrogante, en el exacto punto de la dignidad conforme á la ley de caballería. Casi al mismo tiempo que nosotros llegaron los dos médicos, y minutos después Andrade con sus padrinos. Conferenciaron aparte los amigos de uno y otro campeón, nos preparamos, se marcó el terreno de la lucha, fuimos colocados en la fatal línea, se nos dió á cada uno nuestra arma; se nos advirtió el orden de los disparos, los pasos que debíamos dar, y... ¡já matarse, caballeros! Esto no lo dijo nadie; lo dije yo en mi interior, pensando que si deplorable sería que yo matase al hombre que me había ofendido, más triste y lastimoso sería que él me matase á mí, ó me hiriese, añadiendo á la injuria el daño material. Sentíame yo muy sereno y despejado, sin rencor hacia mi contrario, y sobre

todas mis ideas, dominaba la de conservar mi dignidad en el curso del lance cualesquiera que fuesen sus accidentes... Dieron la señal, disparé yo apuntando muy alto, disparó él... sentí pasar la bala silbando junto á mi oído... Avanzamos los pasos designados... ví en el rostro adusto de Andrade no sé qué hostil designio... apunté menos alto... disparé, pensando que me sería más sensible morir que dar muerte, y á mi disparo hizo Andrade un rápido movimiento llevándose la izquierda mano al otro brazo sin soltar la pistola. Estaba herido: dióse la voz de alto; acudieron sus amigos...

Había terminado el juicio de Dios, declarándolo así los jueces del campo. Andrade y yo resultábamos igualmente caballeros, igualmente coronados de honor y dignidad, con la diferencia de que yo estaba ileso y él tenía una bala dentro de los tejidos del antebrazo... Llegó el momento de las paces por tan guerreros caminos traídas, y fuí á saludar al que ya debía ser mi amigo. Antes de que sus padrinos y su médico le desnudasen el brazo derecho, Andrade me estrechó con efusión la mano diciéndome: "Ya puedo asegurarle que pronuncié aquellas palabras teniéndole á usted por otro... por otro, no sé por quién. Yo me había bebido media botella de champagne, y confundía nombres y caras de personas... Pronto conocí mi error; pero en estos casos, si uno se desdice le toman por cobarde; no tenía yo más remedio que sostenerme en lo dicho y

aceptar el reto...». Con emoción sincera le contesté que sentía en el alma grandísima pena de haberle herido, y que debíamos atribuirlo á la fatalidad, no á mi intención...

Ya no había que pensar más que en retirarnos todos, rodeando al herido de los cuidados más exquisitos hasta dejarle en su casa. Dijeron los dos médicos que el hueso no estaba interesado, y que la bala podía ser extraída fácilmente. Hablé con el médico de Andrade, un joven muy simpático llamado Corral; y como yo expresara mi anhelo de tener prontas noticias del herido, brindóse Nicolás Rivero, que médico es también, á llevármelas en el curso del día, pues á Corral no le era esto fácil, imposibilitado del tráfigo incesante de sus visitas. Emparejados vinieron nuestros coches hasta más acá de la Cibeles, esquina á la calle del Barquillo, donde nos separamos por diferentes rumbos, y no eran las diez cuando volví á esta casa. Al quedarme solo con Aransis, despedidos de Salvador Bermúdez, le pregunté por el temido asunto que tras la solución del duelo recobraba el primér lugar en nuestros afanes, y no me dió respuesta categórica, pues aún estaba en tramitación, con esperanzas de un dichoso resultado. Prometió volver, y en la puerta nos separamos. Yo subí á esta jaula donde tengo mi encierro, y no pude saborear el término feliz del desafío, porque encontré á mi pobre Antoñita en tristísimo estado, sin conocimiento, á Margarita llorosa, al mediquín aturdido y

rebuscando las expresiones menos aflictivas para pronosticar la catástrofe.

Con revulsivos enérgicos devolvimos á la pobrecita cordonera una premiosa vida, y en aquel regateo doloroso ayudaba yo la resurrección con las palabras más tiernas que se me ocurrían, administrándoselas en el oído para que con la virtud de ellas reviviese más pronto. Volviendo por un instante á ser sombra ó remedo de lo que fué, Antonia me dijo: "El Obispo es el causante de que yo no haya podido ver á mi Doña Librada., Con disparates parecidos á los suyos teníamos que procurar su sosiego, pues las expresiones lógicas la excitaban más. Díjome el médico al salir que pues era tan apretada la situación, y la ciencia se declarararía pronto impotente, dejando su puesto á la fe, debíamos preparar á la enferma para que como buena cristiana se entendiese con Dios.

Esta inhibición de la ciencia prouunciándose en retirada, me colmó de amargura; yo no sabía qué hacer, ni con qué fórmulas piadosas abordar á los que deben disponerse para el trance último. Consultada Margarita sobre el particular, puso fin á mis dudas diciéndome que en la vecindad hay un clérigo que suele asistir á los moribundos pobres. Llámase el tal D. Martín, y vive en el Callejón del Infierno. Margarita le conoce y Antonia también. Propúsome la preñdera preparar el ánimo de su infeliz amiga con un caritativo embuste, para que conceptuase natural la visita del clérigo, y

así lo ha hecho esta tarde; véase cómo: “Querida, ¿no sabes á quién me encontré en la plaza hace un ratito, cuando bajé? Pues á D. Martín, que me preguntó por tí con muchísimo interés. Díjele yo que subiera á verte, y él dijo, dice: “Ahora no; cuando esté mejor. No quiero molestarla..” Y yo dije, digo: “Pues mejor está, gracias á Dios y á San José bendito. Bien puede subir cuando quiera..” Calló Margarita esperando el efecto de su ficción en el turbado cerebro de Antonia, y ésta, tras larga pausa, respondió: “Me alegraré que suba pronto D. Martín, para que me descase de Sotero, pues ya me pesa este vejigatorio de hombre pegado á mí... ¡Y cómo apesta á vinazo!..” Determinamos llamar al cura, y discutiendo estábamos Margarita y yo la ocasión de esta visita, cuando llamaron á la puerta, y entró Leovigildo, sobrino de Segismunda. Al fin mi cara familia se acordaba de mí, y me enviaba por embajador aquel chico simpático, mala cabeza con excelente corazón y salidas de lenguaje muy oportunas. Por él supe que allá tenían noticia del duelo, ¿cómo no, si todo Madrid lo sabía?, y se alegraban de que yo no hubiese tenido ni un rasguño. Se hablaba mucho de mi valor en el lance, de mi arrogancia serena, y era motivo de general alegría que yo le hubiese roto un hueso al Sr. Andrade, que presumía de comerse los niños crudos.

Díjome también que en el café de los *Dos Amigos* y en el de *Amato* ha corrido esta tar-



de la voz de que Andrade está dando las boqueadas, y que yo soy el héroe del día en Madrid. Contóme además las historias que acerca de los orígenes del lance corrían, y en ellas he visto cuán locamente levanta el vuelo la fantasía del público. La versión más corriente era que Andrade había insultado á unas damas, y que yo, sin conocer á éstas, salí á su defensa, con exaltación de andante caballero y de paladín del sexo débil. Eterna loa merezco yo por tal conducta y también por mi generosidad, pues habría podido matar á mi contrario con sólo quererlo, como que es mi puntería tan certera que donde pongo el ojo pongo la bala, ¡anda morena!... pero me contenté con romperle el brazo derecho. Por fin entregóme Leovigildo una carta que habían llevado á casa. Era de la benditísima Sor Catalina de los Desposorios, contestación á la que le escribí negándome por conocimiento propio, *ex visu et auditu*, á tragar la píldora matrimonial que propinarme quería. No se mostraba iracunda mi hermana en su respuesta, sino burlona y algo maleante, tratándome como á un chiquillo, y asegurando que no tendría yo más remedio que someterme á cuanto ella y otras personas dispusieran acerca de mí. Guapezas de monja no me afectaban mayormente: no hice caso, y con mi amigo hablé de toros, á que él era muy aficionado, y de teatros, mi predilecta afición.

En ello estábamos cuando entró Nicolás Rivero, que si bien no disipó la inquietud

que yo sentía por Andrade, deshizo en un instante el embuste contado por Leovigildo: el herido no estaba peor, y el pronóstico no era malo. La bala, adherida al húmero, sería pronto y fácilmente extraída. En esto pasó Leovigildo á ver á Antonia, á quien conocía, por ser hombre muy bien relacionado en la sociedad de manolas, y Rivero me habló un poco de política, que á la verdad no despertaba en mí gran interés. A la curiosidad que en otro orden de ideas me manifestó, hube de responder explicándole por qué concate-nación de circunstancias anómalas me encuentro aposentado en esta casa; y al saber que hay en ella un caso grave de pulmonía, invocó mi amistad y su título de médico para que le permitiese verlo y darme una opinión. Accedí gustoso, y cuando volvimos á la sala, después de pulsada la enferma, y prolijamente examinada de rostro y pecho, díjome que la encontraba mal, y que hiciésemos la última prueba dándole á beber Jerez superior, á ver si pega un bote la naturaleza, ya tan caída, y se levanta. Como buen vitalista, cree inútil combatir los síntomas y aun el trastorno general que los produce. La medicina no es más que el arte de ayudar á la vida, y lo que no haga ésta defendiéndose como una leona, no lo harán la Terapéutica y la Farmacia. Si esta teoría es la única eficaz en el cuerpo humano, no lo es menos en el cuerpo social... ¿Qué son las revoluciones más que pura teoría vitalista? Estas generalidades le llevaron á un

nuevo despotrique político, asegurando que España está cataléptica y necesita de grandes sacudimientos que la despabilen... ¡Reformas, reformas! Es Rivero un talento viril, algo difuso, que fácilmente salta de cima en cima, con más brillantez que método... Oí con gusto su lengua ceceosa, que al despedirse me dijo: "Ya zé verá si dezpertamo al dormido y rezuzitamo al muerto... Quédeze con Dios, y hazta que noz veamo por el mundo... ó en el valle de Jozafá.,"

En la puerta se cruzó Rivero con un sacerdote que entraba. Saludó el andaluz, el clérigo no, y entró en mi casa como en la suya, diciéndome con fría confianza y sin ningún preámbulo de urbanidad: "¿Se muere esa niña ó no se muere?....", Metióse adentro, y yo tras él, asombrado de sus extraños modos. En la desmantelada salita donde escribo nos hallamos frente á frente, y él, sin quitarse la teja, cogió un botón de mi levita y me dijo: "Aquí me tiene á la disposición de esa enferma y de usted. Yo me llamo Martín Merino, soy riojano, y no gasto cumplidos. Como tengo pocos quehaceres, volveré si ahora no es oportuno... Ya sabe Margarita dónde estoy: que me llamen á cualquier hora de la noche. Yo no duermo... quiero decir, duermo muy poco... ¿Y usted está bueno? Lo celebro... Con este tiempo variable andan los cuerpos trastornados, y las cabezas más, más las cabezas.,"

## XXIII

8 de Mayo.—La precipitada serie de acontecimientos que cayeron sobre mí con ruido y azote de pedrisco pavoroso, me han impedido tomar la pluma. Hoy tengo que recoger y archivar todo lo que vino con abundancia no proporcionada á la brevedad del tiempo, y he de andar despacio y atento para que me asista mi buena memoria en la reproducción exacta de tanto dolor y sorpresas tantas, así como en el orden que traían.

Enlazo este relato con el último hilo del antecedente, diciendo que aquel clérigo buscado por Margarita para la espiritual asistencia de Antonia, me pareció muy extravagante. Pasó á ver á la enferma, y hallándola dormida tornó á la sala, y como yo le invitase á tomar alguna cosa (de lo que mandé traer para reparo de mi cuerpo desfallecido), contestóme: “Gracias, señor: yo no como... quiero decir, como muy poco.” Habléle yo de las dificultades y sinsabores de su ministerio, y me dijo que él es pobre y que vive con gran estrechez. Como yo le indicase que debía proporcionarse una prebenda, respondió que aunque le sobraban amigos poderosos, ni pretendía nada, ni eran de su gusto las altas posiciones eclesiásticas. *Odivi ecclesiam malignantium*—me dijo con fácil expresión latina,—*et cum impiis no*

*sedebo*; ó más claro: aborrezco la congregación de los malignos, y entre impíos no he de sentarme.,, Otros muchos latines hubo de soltar en el transcurso del diálogo, y explicó su erudición con estas palabras: "Perdone usted que le hable así: me sé de memoria los Salmos del ritual, y sin quererlo, todo lo digo por boca del Rey de David.,,"

En esto entró Aransis, cuya visita deseaba yo como agua de Mayo, y D. Martín se fué á la alcoba llamado por Margarita. Antes que yo le preguntara, me dió mi amigo el notición de que había resuelto el conflicto pecuniario del modo más ingenioso. ¿Cómo? Le dejo hablar, y así será más fácil la explanación del caso. "Pues me sacó del compromiso nuestra amiga *Doña Manolita la Cucu*. Cuando estalló en el Casino tu cuestión con Andrade, yo no estaba allí: ya lo recordarás. Me había ido á probar fortuna en casa de las *Cucas*; allí encontré á las dos *pájaras* de Mora, á Doña Berenguela, á las *piculinas*; estaban también Pepe Cruz y otros amigos: hallé todo lo de costumbre; pero no á la Fortuna, que aquella noche no quería cuentas conmigo... En mi rabia, tuve una inspiración, y cogiendo á Doña Manolita, me la llevé al gabinete amarillo, ya sabes, donde está el retrato del que dice fué su padre, el caballero de Carlos IV, y las vistas de los Reales Sitios; y tales discursos le eché y tan elocuente estuve, jurando que me pegaría un tiro si no me amparaba, que la conmoví, chico, figúrate, y empezó á echar

suspiros y á despintarse las ojeras con el pañuelo. Díjome que no podía darme un maravedí, que lo siente en el alma, *etcétera, etcétera*. En fin, ayer al mediodía, después del duelo, volví allá con mi cantinela, y tales extremos hice, que la señora *Cuca* se arrancó con un rasgo de bondad heroica y me dijo: "No tengo el dinero; pero ahora mismo voy á pedirlo. Si me lo dan, en tus manos estará esta tarde, Guillermito de mis entrañas... ¿Pues sabes á quién pidió el dinero y quién se lo dió?... No adivinas: tu hermano Gregorio... mejor dicho, no fué él, sino Segismunda, quien nos ha favorecido. Por supuesto, no sabe que es para nosotros. Segismunda suele dar sus ahorros á la *Cuca*, que se los devuelve muy aumentados casi siempre... Bueno: para no cansarte, Doña Manolita, guardándonos el secreto, nos exige que le firmemos un documento, obligándonos á devolverle los cuartos el día 20, y aquí traigo el papel para que pongas tu firma junto á la mía. Con que... De aquí al 20 ya tenemos un buen respiro, y si no pudiéramos cumplir con la *Cuca*, ya nos esperará, y si no, que se la lleven los demonios.."

Parecióme la solución muy feliz, porque en catorce días bien pueden venir infinidad de contingencias favorables, que nos caiga la lotería, que encontremos un tesoro, ó que lleven doblones. Luego me contó Aransís que en la tertulia de las *Cucas* había oído rumores de tormenta, es decir,



de revolución próxima. Suelen ir al cenáculo de la cuquería progresistas de los más inquietos; aquella noche estaban presentes dos tan sólo, y la gravedad de los futuros acontecimientos se colige de lo que aquéllos dijeron, y más aún de la ausencia significativa de los que faltaban. “Doña Manolita—dijo por fin Aransis,—me aseguró, al soltarme la mosca, que están en puerta los progresistas, porque las tropas que ahora se sublevan no se pararán en pelillos, y obligarán á Su Majestad á poner en la calle á Narváez. No lo siento más que por mi abuela, que cuando Narváez no está en el poder, cree en el fin del mundo, y se pone de un humor tan endiablado, que sacarle dinero es más difícil que extraer aceite de un ladrillo.”

Reapareció el clérigo, que había echado un parrafito con Antonia, y me dijo: “No está la pobre en disposición de confesarse; pero arriba, arriba se confesará. *Revela Dominio viam tuam, et spera in eo.*”

Mirábale atentamente Guillermo, examinando su cara lívida, pomulosa, sus ojos ratoniles; midióle de pies á cabeza con sagaz mirada, y al fin, evocando recuerdos, llegó á la filiación incompleta del estrafalario sacerdote. “Perdone, señor cura. ¿No he tenido yo el gusto de verle en casa de Don José de Olózaga? ¿No es su nombre...?”

—Martín Merino—respondió el clérigo inclinándose,—y en casa de Pepe Olózaga me habrá usted visto... el gusto es mío: allá suelo ir algunos ratos... También conozco á

Salustiano, aunque no le trato como á Pepe. Riojanos somos: ellos de Ocón, y se criaron en Arnedo, que es mi pueblo para servirles.

—Pues dígale usted á su amigo y paisano que ahora se armará de veras... Aunque él puede que lo sepa mejor que nosotros, porque estará en el ajo...

—En el ajo están todos los que miran á las cosas pequeñas y no á las grandes.

—¿Cree usted que triunfará el Progreso?

—Yo no creo nada... Y el Progreso ¿qué es? Lo que yo creo es que el mundo será de los pacíficos... *Mansueti autem hæreditabunt terram, et delectabuntur in multitudine pacis.*

—Pues usted es de los mansos que triunfarán y gozarán la paz, como uno de los pocos progresistas que visten sotana. No será mala canongía la que le darán á usted los Olózagas cuando venga la revolución.

—¿A mí?... No me hará daño. *Verba oris ejus iniquitas et dolus...*

—¿Pero de veras no es progresista?

—Yo nada soy.

—¿Ni siquiera masón?

—*Nihil.*

—¿No cree usted que la Reina dará pronto el poder á los progresistas?

—¿Yo qué sé de eso? Y pregunto... ¿quién es la Reina? En los Estados no me pongan monarca con faldas, sino Rey macho. Yo hablo siempre del Rey.

—Entonces es usted carlista.

—Yo no... Creo en un soberano.

—Y de ese soberano ¿qué opina?

—Poca cosa. *Iniquitatem meditatus est in cubili suo: astilit omni via non bona...* “En su cama medita iniquidades... anda en malos pasos.”

—¿Es eso salmo? ¿Y qué tiene que ver con lo que hablamos?

—Nada. Por eso lo he dicho. Sabrán ustedes que yo no hablo, quiero decir, que hablo poco.

—Y usted mismo no se entiende. ¿Está seguro, Sr. Merino, de tener la cabeza buena?”

Esto le preguntó Aransis, y él vacilaba en la contestación, rezongando al fin: “Buena ó mala, no tengo otra.”

Callamos. Acudí á mi pobre Antonia, que me llamaba. Prometíle que de ella no me separaría, y me repitió sus protestas de eterno amor en tono y estilo de niño quejumbroso. Aseguraba que ya no le dolía el pecho, y que durmiendo acabaría de curarse; tomaba aliento á cada dos palabras, en las cuales el acento infantil, de truncados términos y sílabas primarias, se iba marcando como si los minutos que transcurrían le quitasen años y días, tornándola á la edad más tierna. Cuando calló, cerrando los ojos, volví á la sala, y encontré solo á Guillermo. El cura se había ido, prometiendo volver á la tarde.

Solo y en tenebrosa tristeza estuve en la tarde del 6, pues la compañía del presbítero D. Martín no era la más propia para mitigar con dulces coloquios mi pena. Hablába-

le yo de su ministerio, procuraba sondearle y descubrir qué clase de espíritu bajo tan extravagantes formas y estilo se escondía, y á todo me contestaba con versículos de Salmos, no siempre aplicados con oportunidad á lo que decíamos... Tan marcados ví en la pobre Antonia los signos de su próximo acabamiento, que deseché hasta las últimas esperanzas que en mi alma querían entrar. ¿A qué esperanzas, si no había remedio, como no fuera la cristiana resignación? Largo tiempo estuve á su lado, recogiendo con avaro afán cuanto me decía en fugaces, desconcertadas, infantiles expresiones: *"Tero agua... tero mimir... daca mano tuya..."* Con modulaciones sólo por mí entendidas decíame que le limpiara la boca del agua que bebía, la frente del sudor, y que no quitase de su cuello el brazo mío que le servía de almohada. Serían las cuatro cuando me dijo: *"No veo á tí, gitano... tae luz... ¿Por qué tanto oscuro?..."* La besé una y otra vez, y ella intentaba contestarme del mismo modo... Sus labios no podían ya besarme. Cayó en profundo sopor de agonía. No había nada que hacer, más que contemplar con dolor callado su muerte. Traspasado de aflicción apoyé mi rostro en el lecho; mas D. Martín me sacudió la cabeza diciéndome: *"Atienda, señor: ya concluye..."* Atención puse, y en unos segundos de suprema ansiedad recogí el último aliento de la pobre Antonia. El cura, de rodillas, encomendaba en alta voz el alma, y Margarita lloraba sin consuelo. El tiempo

flotaba silencioso entre las cuatro y las cinco de la tarde.

Mi tribulación y desconsuelo eran grandes, pues ya no podía ver las desazones y enojos que por aquella mujer sufrí, y tan sólo veía el generoso ardor de su corazón amante, su ingenua, inquebrantable devoción de mi persona, que más bien era un culto idolátrico. La lloré con el alma por el amor que me tuvo, y del cual seguramente era yo indigno. Las incongruencias sociales, contra las cuales nada podemos, fueron las causas de que aquel amor no tuviese en mí la debida correspondencia, y de que su sér y el mío no llegaran á la soberana fusión para la que sin duda habíamos nacido. ¡Pobre Antonia! Error suyo fué amarme; mayor dislate mío dar alientos á su afición. Yo no merezco piedad del Cielo por esta falta, y si aquí tienen proporcionado castigo nuestros errores, no me faltará en la vida que me resta mi parte de Infierno.

Partió el clérigo; acomodamos Margarita y yo en su lecho á la pobre muerta, la cabeza sobre mullidas almohadas, el martirizado y ya insensible cuerpo extendido y envuelto en sábanas limpias, y aun no sabíamos como amortajarla, porque el vil marido, entre los efectos que sustrajo se había llevado el traje negro, medias y zapatos, y las mejores prendas de ropa que la infortunada mujer poseía. Acordamos al fin que para vestirla traería la prendera ropa blanca de la suya, y lo necesario para calzarla decorosa-

mente, y que luego le pondríamos el hábito del Carmen, por ser esta advocación de la Virgen la más firme devoción de Antonia. Las seis serían cuando salió Margarita en busca de la fúnebre vestimenta y de las velas que habíamos de encender junto al cadáver; yo, solo en la casa, quedéme sentado junto al lecho mortuario, contemplando la marchita belleza, que aún conservaba sus lindas facciones sin la menor descomposición de líneas, como vaciadas en transparente cera. Tardó mucho Margarita en su diligencia; llamaron al fin á la puerta, y seguro de quién era, salí y abrí... ¡Dios mío, qué estupor!

La sorpresa dejóme paralizado, mudo. Era Eufrasia la que ante mí apareció en traje muy sencillo, como de ir á la iglesia, con el libro de rezos en la mano. “Supe que no puede usted salir de aquí—me dijo trémula,—por... vamos... esa mujer enferma... he querido saber de usted... informarme... Alguien ha dicho que estaba usted herido...”, Le señalé el paso, la conduje á la salita, y ella entró con recelo, temerosa de miradas impertinentes. En mi rostro debió leer mi consternación. “¿De veras no resulta cierto lo de la herida?—me preguntó ya en la sala, negándose á aceptar el sillón que le ofrecí.—Gracias: no me siento. ¡Si me voy ahora mismo! He salido al rosario. Acabo de rezarlo en Santa Cruz, y... Por Rafaela, que todo lo sabe, supe anoche el número de esta casa, el piso, y he subido...



Subo un momento con el único fin de... Me dijeron que esa señora está muy malita, en peligro de muerte, y naturalmente, la situación de usted en esta leonera es poco agradable. Los buenos amigos deben prestarle su apoyo, ver si en algo pueden servirle... No se asombre usted tanto de verme aquí: sé que es una imprudencia, un desatino... pero antes que mandarle un recado, he querido venir en persona... ¿Y es de veras que está usted solo, enteramente solo con la enferma...?.,

Díjele que estaba solo con la muerta, y por la puerta de cristales que con la alcoba comunicaba le mostré el lecho, del cual se veía la parte de los pies, y el bulto de los de Antonia cubiertos por la sábana. Grande impresión hizo en Eufrasia el ver en la penumbra los pies de la yacente estatua, como incipiente escultura en el bloque de mármol, y sin expresar su consternación más que con un ¡ay!, dejóse caer en el sillón próximo, cerró los ojos, y se llevó á la frente el libro de rezos, como si con él quisiera persignarse. “Mi dolor no lo comprenderán muchos—le dije;—usted sí lo comprenderá. Antonia me amaba... No era su amor de los que se amoldan á los respetos y se someten al artificio social; era un amor que llamaríamos loco, revolucionario, que no reconoce más ley que la de sí mismo. Fué mi suplicio cuando ella vivía, y ahora que la he visto morir, es mi remordimiento. Yo no era digno de un cariño tan hondo, tan puro,

tan superior á todo interés y á las conveniencias humanas. ¿Verdad que no lo merecía yo? ¿No piensa usted lo mismo?

—Ciertamente, no era usted digno...— respondió la dama morisca, echando atrás la cabeza y dejando caer sus dos brazos sobre los del sillón.—Nadie que viva en sociedad es digno... de eso... Ni esas pasiones tan á lo primitivo caben en los moldes de nuestra vida....,

En esto llegó Margarita con velas y ropas. Eufrasia turbóse un poco al verla: yo la tranquilicé, asegurándole la discreción y delicadeza de la que había sido mi auxiliar en aquellas tribulaciones. Mostró la preñada el hermoso hábito del Carmen que había comprado, y Eufrasia, con un arranque de valor y piedad, que fué mayor brillo de su belleza, se levantó y me dijo: “Viva no la ví nunca... quiero verla ahora...”, Antes que yo me decidiese á ser acompañante de su curiosidad, Margarita le franqueó el camino, andando delante de ella. Entraron en la alcoba. Yo ví á Eufrasia desde la sala, fijando sus miradas en el rostro marchito, cuando la otra con pausa y respeto cariñoso levantó el blanco lienzo que lo cubría... Durante un corto rato, las dos mujeres no estuvieron mudas. Sus cuchicheos lo mismo podían ser comentario de admiración que afligidos rezos... Volvió á mí la manchega con el rostro mojado por las lágrimas que de sus ojos corrían; dejó el devocionario en la mesa donde yo escribo, se quitó los guantes y la manti-

lla, y me dijo: “Hermosa fué sin duda, y aun muerta está guapísima... ¡Pobre corazón amante! Por amar con tanta independencia y con tanta fe, despreciando el mundo y toda vanidad, merece mi simpatía... Usted y esta buena señora me permitirán... No se asombre, Pepe. Quiero amortajarla.”

## XXIV

Mientras Eufrasia y la prendera, se consagraban sin descanso á su piadosa obra, entró Aransis que venía á traerme dinero, tan necesario para mí en los días fúnebres como en los alegres días. “Márchate ahora mismo—le dije,—que hay aquí una señora, mi amiga, á quien no gustará que la veas.” Invocó él nuestra amistad, que no admitía secretos entre los dos, para que yo abriese un poco la mano en la confianza; mas no accedí á ello, y que quieras que no, le expulsé con recomendación enérgica de no atisbar en la calle la salida de la dama... Terminado el acto de vestir á la pobre muerta, Eufrasia volvió á ponerse mantilla y guantes. Su palidez intensa declaraba su grande emoción. “Está guapísima—me dijo,—y la toca blanca da á su rostro una expresión enteramente mística. Nunca, por mucho que viva, olvidaré esa cara, que tan muerta y callada me ha dicho cosas muy bellas... Yo también le he

dicho á ella... algo que sólo se dice á los que no pueden oír... con los oídos naturales., Encargóme luego, camino de la puerta, que en cuanto volviese yo á la vida regular fuese á verla, pues tenía que hablarme de cosa urgente: hablaríamos en mejor ocasión y lugar. Prometíle ponerme á sus órdenes muy pronto, y con ella bajé, pues no quería que en escalera tan bulliciosa tuviese encuentros de gente grosera y de chiquillos importunos. En el portal nos despedimos, reiterando yo mi gratitud por su visita, y ella los honores de su amistad, que en aquel día por especial gracia éranme de nuevo concedidos.

Al subir, sentí pasos detrás de mí. Volvíme y encaré con Sotero, que llevándose un pañuelo á los ojos, me dijo: “D. José, lo supe hace un rato... por el bruto del cerero... ¡ay Jesús! que vendió á Margarita las velas.

—Sí, hombre: la pobre Antonia, cansada de sufrir, se nos ha ido á otro mundo mejor...

—¿Y á usted le *costa* que es mejor? Yo no lo sé, ni lo sabe nadie, como se dice. En fin, yo he sido malo, y la última que hice no me la perdonó Toña.

—Sí, hombre: te perdonó. No llores por eso... ¿Necesitas algo?

—No quiero cansarle ahora. Subiré, si me necesita. De usted para mí, le digo que es mi deber velarla.

—Hombre, no; te fatigarás. Más que para velar estás tú para que te velen. Tienes cara de no haber comido desde anteayer.

—Así es, D. José; pero yo nada le pido en esta circunstancia, Dios me libre... Si me apetece subir es por velarla: que yo seré todo lo perro que quieran, pero tocante á buen cristiano lo soy como el primero.

—Eso te honra, Sotero—le dije dándole para comer.—Pero atiende antes á la necesidad de vivir... No tendría gracia que también tú te murieras ahora... Come y bebe esta noche; duermes los garbanzos, y de madrugada vienes á velar á la pobrecita Antonia... Así alternamos: yo descansaré cuando amanezca, y á fe que estoy rendido..”

Tomó lo que le dí, y prometiendo volver á las altas horas de la noche se despidió con una caballerosa manifestación, la mano en el pecho, los ojos húmedos, la palabra balbuciente: “Sé cumplir el cometido de mi deber. Velaré esta noche, y mañana la llevaré hasta el propio cementerio, como se dice, camposanto, que ésta es mi obligación, D. José de mi alma, como marido que soy del cadáver..”

A poco de esto, cuando ya teníamos á la pobre Antoñita enteramente ataviada de muerte, en un lujoso ataúd, llegaron otros parientes, y lloráronla todos y compadecieron su temprano fin. Era un dolor verla partir en la edad florida y dichosa. Trajeron algunas flores naturales muy lindas, con que la adornamos, poniendo en ello un cuidado y esmero tan grandes como si adornáramos á un vivo. “Aquí hacen mejor las violetas... Las rosas coloradas entre las manos...

Con las rosas blancas formemos un cerquillo en derredor de la cara.,,

Pasada media noche, volvió Aransís. El y yo, en el desmantelado comedor, cenamos algo, buenos fiambres que trajo un criado suyo, y bebimos de un rico Burdeos. El reparo de mi desfallecimiento me produjo un sopor intensísimo: no ví salir á Guillermo, no ví nada, porque me quedé dormido en la silla, recostando mi cabeza en el ruedo que hacían mis brazos sobre la mesa... Fué mi sueño como indigestión cerebral de las imágenes que en aquel día y los precedentes habían pasado ante mis ojos. Y como entre estas imágenes descollaba la yacente figura lastimosa de mi pobre Antoñita, vestida del hábito del Carmen y de cirios humeantes rodeada, esta visión no me abandonó en todo el espacio de mi sueño, harto parecido á la embriaguez cebándose en el cansancio. Ví el cuerpo de mi amada en un alto y aparatoso túmulo á la romana; las velas se trocaron en antorchas, y el religioso traje en túnica de vestal. Ví que todo ello se alzaba sobre un monumento de formas ondulantes y cartilaginosas, en nada parecidas á las clásicas formas de arquitectura; ví un conjunto armónico de tallos y miembros vegetales, con flores muy abiertas de monstruosa sencillez. “¿Será esto—me dije yo soñando,—el tipo de un arte que, andando los siglos, vendrá potente á derrocar los tipos y módulos que hoy componen nuestra arquitectura y nuestras artes decorativas?...”



Seguramente, los funerales que en torno de este gran túmulo se hacían   la pobre cordonera eran espléndidos, con asistencia de innumerables sacerdotes de no s  qué religión, y de un gentío inmenso, cuyas voces turbaban mis   dos. Era un estruendo parecido al del mar bravo, que va y viene, azotando las rocas y plegándose con espumante ira sobre sí mismo. No podía yo entender lo que decían aquellas voces, ni supe si eran himno, plegaria,   quejumbrosa oración fúnebre... Y luego sonaron salvas, que   mí me parecieron el más natural ornamento de aquel acto. Oí un disparo, luego dos, en seguida muchos, sucediéndose y acelerándose como las notas de una tocata que empieza en *adagio* y acaba en *presto*, *prest simo*...   Vaya un traqueteo y estallido de ingenios de guerra! En las tinieblas de mi sueño empezaba yo   sorprenderme de que las lucidas exequias se celebraran con función pirotécnica   juego de pólvora.   Sería esto también un arte funerario del porvenir, llamado   reformar los actuales modos de honrar   los muertos?... No s  cuánto tiempo duraron estas impresiones y ruidos disparatados... Ello es que yo iba despertando; y mis sentidos se mec an entre el sueño y la realidad sin que cesaran los disparos,   al menos sin que dejase yo de oírlos. Una mano vigorosa sacudía mi hombro, y lo primero que o  claramente fué la voz de Margarita que decía: "No le despiertes, ganso."

El que me despertaba era un sér de pesa-

dilla, odioso y repugnante. Tardé un rato en reconocer al maldito Sotero, esposo de la difunta. Era él, él mismo, desfigurado por una corbata de luto mal liada á su pescuezo, las greñas en desorden, la cara sin lavar en tres días, el cuerpo en mangas de camisa, con un chaleco negro que por la holgura parecía de otra persona. Con tabernaria voz graznaba: "Despierte, despierte, D. José, que hay revolución..,"

"¡Revolución!.. Yo me erguí en un desprecio total, queriendo sobreponerme á mi cansancio. Ví la claridad del día. No creía nada de lo que en torno de mí se hablaba. Mujeres medrosas decían: "¡Ay, señor, qué Infierno en la plaza!...," "Venga al balcón y verá...," "La tropa sublevada por aquí, y enfrente, asomando por el arco de la calle de Toledo, la tropa del Gobierno...," "Que no salga al balcón; no le suelten un tiro..," Como el tumulto que de la plaza venía no cesaba, tuve que rendirme á la evidencia. Soñoliento me asomé al balcón, y en la plaza ví un hormiguero de soldados y paisanos que parapetados tras montones de piedras hacían fuego contra otros que en el arco les atacaban. El tiroteo era tan vivo, que hube de cerrar á escape... "Por Dios, señor—dijo una mujer,—no se asome: cierre vidrios y maderas, que á un vecino del 7, que se asomó á guluzmear, le han dejado seco..,"

Mandé cerrar á piedra y barro, y esperamos... ¿En qué pararía toda aquella gresca? Los parientes de Antonia y otras vecinas

aquí congregadas, se complacían en ilustrarme acerca de aquel hecho político, que pronto había de ser histórico. Lo que quiere ahora el Progreso es poner la República y quitar á la Reina, pues la República no es otra cosa que un Gobierno *todo de hombres*, sin Rey ni Reina, ni cosa ninguna de Majestad... Según afirmó un vejete que entre las mujeres rebullía, el propio Narváez mandaba la fuerza que abrasaba á los patriotas... Estos se defendían sin coraje, por no contar con toda la tropa comprometida, y ello acabaría mal, fusilando á medio Madrid y cargando de cadenas al otro medio... También se dijo que estas marimorenas no son de nuestra invención, y que todo viene armado de fuera, de la Europa, y de las naciones extranjeras que están toditas revolucionadas y dadas á los demonios. El Reino de Nápoles arde; el mismo Papa no ha tenido más remedio que largar una constitucioncita para sosegar á los masones; otro Rey italiano, D. Carlos Alberto, va contra el Austria, para quitarle unas provincias que ya son italianas, ya tudescas; y un país que se llama la *Hunquería*, porque de él vienen los húngaros, anda también muy revuelto con un demonio de hombre, de apellido *Cosuto* (Kossuth), el cual predica la libertad, la religión libre y otras monsergas libres. La *Hunquería* y la tierra de los austriacos no son lo mismo, pues la una linda con las Américas, y la otra es propiamente como una familia Real, por lo cual, nombrando á

nuestros Reyes de antaño, se dice *la casa de Austria...*

A todos los presentes prohibí que abriesen las tres ventanas de la casa, y en la sala nos quedamos en fúnebre penumbra, mortecina claridad de los cirios, que ya gastados se derretían en gruesos cuajarones. La faz hermosa de Antoñita se descomponía de hora en hora, tiñéndose de una lividez tristísima. La contemplé largo rato, recogí sobre el rostro la plegada toca, añadí flores en derredor, y al volverme dí de manos á boca contra Sotero, que mostrándome su atavío, me dijo: "Vea, D. José, que así no estoy decente, y que me van á criticar por no presentarme como requiere la defunción. Pedí á Dimas, el tabernero, que me prestase ropa negra, y no ha podido encontrar más que este pingo de chaleco y la corbata... Yo se lo digo al Sr. D. José para que vea el ridículo... mi ridículo ante la vecindad y ante la comitiva del féretro. A usted no le ha de gustar que me vean así... Soy, como se dice, el esposo de la finada, y si no estoy todo puesto de luto riguroso, pero muy riguroso, ¿qué dirán, D. José, qué dirán?...

—Bueno, hombre, ya lo arreglaremos. Déjame ahora.

—Mi parecer es que debemos apañarnos como Dios manda, para que no tengan que criticar. Yo sé de un sastre que alquila ropa de entierros, y allí se puede vestir uno para toda la ponipa enlutada que se ofrezca. Con que si quiere, allá me voy... y pido precios...

—Está bien. Irás cuando se concluya la gresca en la plaza. Ahora no se puede salir... ¿Y cómo va eso?

—Parece que van ganando los de Narváez. Ya no atacan tan sólo por la Sal y por Atocha, sino también por los Portales de Bringas. En una casa de la calle Mayor con balcones que caen á la Plaza, junto á la Panadería, metieron tropa, y ya están largando tiros desde el piso segundo... Oiga, Don José: yo he traído mi pistola y pólvora. Si quiere que dispare desde el balcón contra los republicanistas, verá qué pronto pongo á dos ó tres patas al aire.

—No, no: aquí somos neutrales. Vencerá el Gobierno. No tomemos partido ni por la revolución ni por el orden.

—Yo estoy siempre con el orden, y por este hay en la vecindad más de cuatro que no me tragan. En la taberna de la calle Imperial oí ayer tarde run-runes, y así como latines masónicos... Me dió en la nariz olor de chamusquina, y me traje la pistola por lo que pudiera tronar.,,

Entreabierto el balcón, noté gran desorden en la plaza y que el tiroteo era menos vivo. Ví grupos que huían por la calle de Botoneras, próxima á esta casa... Pasado un rato, hallábame en expectativa de nuevos incidentes y sorpresas, cuando Margarita muy asustada vino á decirme que un señor había preguntado por mí en la puerta, y que sin esperar á que se le mandara pasar, había colado muy resuelto en el pasillo. Salí

al instante, y me encontré con Nicolás Rivero, bastante desordenado de ropa, que sin ningún preámbulo, ni la menor alteración en su rostro cetrino y ceñudo, me dijo: “¿Puedo ezconderme aquí, Pepito? Me ha dicho eza zeñora que á la otra zeñora la tenemos de cuerpo prezente. Lo ziento... Pero no podía yo zoñar mejor ezcondite.,”

Ofrecíle todo mi amparo con la mayor cordialidad, y me le llevé al comedor, donde podíamos hablar sin testigos: “Ezto ze acabó... Adioz mundo amargo.

—Es la primera revolución que veo en Madrid, y la verdad, me ha parecido una fiesta de pólvora. ¿Es siempre así?

—Ziempre azí... tropa contra tropa... el pobrecito pueblo en medio... ¡Pueblo crucificado!... Dígame: ¿el entierro zerá ezta tarde? Bonita ocazión para zalir y ezcabullirme... por donde ze pueda... Dizpénzeme que me alegre del entierro... La humanidá ez azí... Del llanto zale la alegría.,”

Dicho esto, renegó de los que no acudieron al puesto de peligro, y tronó contra Narváez, contra Figueras, Fulgosio, Lersundi y demás instrumentos del Orden... El Orden por sí no es nada, y cuando se ejerce contra la voluntad del Pueblo, es el Desorden con insignias usurpadas... El Pueblo ama la Libertad... sólo que no le dejan manifestarlo... ¿Pues la tropa? ¿Qué es la tropa más que Pueblo con uniforme?...

Entró Sotero á decirme que los soldados de Lersundi ocupaban la plaza, y que los in-



surrectos huían por la calle de Toledo. Metíase aquel bestia con grosero desenfado en nuestra conversación, por lo cual hube de tenerle á raya: llevémele á un cuarto próximo, y después de prohibirle salir á la calle, ni aun con el razonable motivo de procurarse ropa de luto, le pedí su pistola, diómela con la polvorera, rezongando, y en mis manos el arma, le dije: "Como suban polizontes ó militares en pesquisa de algún paisano refugiado aquí, y tú pronuncies una sílaba sola delatando á este joven, te levanto la tapa de los sesos. De aquí no me sales hasta la hora del entierro, si nos permiten que sea esta tarde. Margarita alquilará la ropa de luto, la cual se pondrá Rivero, después de bien afeitado, figurando como esposo de la finada. Tú quedas relegado al puesto de *primo del cadáver*, y te vestirás con las ropas que te traerá Julián, el cordonero de la calle de Bordadores. Cuidado, Sotero, con lo que haces y dices mientras estés aquí. Ha de venir el celador del barrio para tomar nota del nombre de la difunta *etcétera*, de la hora y lugar del enterramiento: no salgas tú á recibirle: saldré yo, y diré lo que se ha de decir, lo que me dé la gana, y tú te callas, que aquí no eres nadie, ¿lo entiendes bien?... Si no nos permiten que la llevemos esta tarde, ya veré lo que se ha de hacer mañana. Y no se hable más, Sotero: silencio y obediencia, ó ten por seguro que te mato."

Con gruñidos iba marcando á cada frase su bárbara sumisión á mis órdenes.

## XXV

*14 de Mayo.*—Pasó la tormenta, dejando en mi alma gran destrozo, árboles caídos, caminos deshechos, ruínas y cambios lamentables. Termino las referencias del día 8, manifestando que todo lo presupuesto se hizo con arreglo al programa: en un nicho de la Sacramental de San Andrés guardamos los restos de la enamorada Antoñita, á quien debo en estas Memorias enaltecer singularmente por su devoción de amor y sus arrebatos afectivos, sin mentar sus pecados y errores, que de ellos no pudo verse libre quien tenía la pasión y la fragilidad por componentes del alma. Y el acto de conducirla á su última morada me sirvió para proporcionar fáciles medios de ocultarse al amigo Nicolás Rivero, que temía los rigores de la policía por haber metido sus narices en aquel fregado de la Plaza Mayor. Liquidó cuentas con Margarita, cuentas con Sotero, á quien dí cuanto me pidió á condición de que no volviera jamás á ponérseme delante, y abandoné la triste casa en que apurado había tantas amarguras.

Volví fatigado al mundo y á la vida corriente, instalándome en casa de Agustín, y mi primera visita fué para Andrade, á quien encontré muy mejorado de su heri-

da, de lo que recibí gran satisfacción. Dos amigos míos, Uhagón y Pepe Arana, en su compañía estaban, y poco después que yo entró el que con Rivero había sido su padrino, Sánchez Silva. Del ruidoso escándalo militar del día 7 hablamos los cinco, y allí me dieron exacto informe de su móvil inicial y de los pormenores que yo no había visto. Como apenas pongo atención en las cosas políticas, ignoraba el argumento del confuso drama cuya principal escena, si no la más trágica, fué representada tan cerca de mí. Había sido Ruiz de Arana testigo y actor muy principal en la marimorena, por parte del Gobierno. Él vió á los soldados de *España* bajar en desordenado tropel por la calle de la Montera; él corrió de una parte á otra con una sección de coraceros, llevando órdenes del Capitán General Fulgosio; él le vió caer miserablemente en la Puerta del Sol, á los tiros del paisanaje; él con tesón juvenil se halló en todos los sitios donde casi era milagroso no perder la vida. No reproduzco su prolija referencia, que ha venido á ser histórica, porque, la verdad, ni á mí me interesa grandemente la detallada relación de los movimientos de la tropa leal y de la tropa rebelde, con tanto general que va y viene de calle en plaza, ó de uno á otro cuartel, ni creo que la remota posteridad que esto lea con ello se divierta ni se instruya. Porque, si bien se mira, por lo muy repetidos son estos movimientos sediciosos como los amanerados poemas de corta inspiración

y de frase pedestre, y sólo en el caso de que el triunfo los haga eficaces merecen la atención de las gentes. En los pronunciamientos fallidos veo yo la más tediosa sarta de aleluyas que nos ofrece nuestra historia. Mirémoslas de prisa, y pasemos á otro asunto.

Lo más triste de aquella jornada fué la muerte de Fulgosio, necio y bestial asesinato, sin gloria de él ni de sus inicuos matadores. Fué mártir antes que héroe. Y por mártires hemos de tener también á los infelices que en la misma tarde del 7 fueron fusilados á la salida de la Puerta de Alcalá... Eran de tropa, pueblo uniformado, según Rivero, y se habían batido contra el orden con locura patriótica y militar ceguera. ¿Qué se dirían Fulgosio y estos desventurados si en el primer paso dentro de la Eternidad se encontraron y se vieron?... No se dirían nada tal vez, porque del lado allá no habrá palabra con que expresar la inmensa estolidez de lo que acá llamamos política, orden y revolución...

Hablamos los cinco del suceso y sus consecuencias, y por mi gusto no me habría entretenido en puntualizar la psicología de aquel movimiento: todo era vanidad, interés de personas. Salamanca, Buceta, Lord Bullwer, Gándara, y luego una cáfila de nombres de progresistas, llenaban la histórica aleluya. Los cinco estábamos conformes en que una férrea dictadura de Narváez se nos venía encima. Pronto seríamos sometidos todos los españoles á un duro régimen peni-

tenciario. La tormenta que habíamos visto estallar aquí era no más que un leve desorden atmosférico, anuncio de mayores desastres; y en aquel motín ó pronunciamiento, tan pronto sofocado, no debíamos ver más que una centella perdida de la furibunda tempestad que corría por toda Europa. En Francia, gran diluvio que anegaba el trono; en Nápoles, truenos y rayos; en Roma, centellas y exhalaciones que aterraban al Papa, moviéndole á cambiar su política de liberal en despótica; en Hungría, viento huracanado; en Austria, formidable pedrisco que derribaba el árbol corpulento de Metternich, y en las demás naciones, azoramiento y terror por el hondo ruido subterráneo que sentía, como anunciando terremotos. Es la voz pavorosa del Socialismo, la nueva idea que viene pujante contra la propiedad, contra el monopolio, contra los privilegios de la riqueza, más irritantes que los de los blasones. Tiembla la presente Oligarquía ante estos anuncios, y no sabiendo cómo defenderse, sólo pide que esta gran vindicación la coja confesada.

Fué mi segunda visita para Eufrasia, á quien encontré celebrando sesión de la *Sociedad de Socorros de Religiosas*, de que es Presidenta interina. Actuaba como Secretaria Rafaela Milagro, y como *informantas* ó *procuradoras* otras dos damas á quienes no conozco, y asistía como asesor un capellán de monjas, antiguo jesuita, que yo había visto antes en la casa de Socobio. Ya estaban

terminando cuando yo llegué, por lo cual pude acceder á no retirarme discretamente. Contáronme las damas el gran beneficio que hacían á la religión, socorriendo á las pobres monjitas expoliadas por Mendizábal, y abandonadas de estos infames gobiernos sin creencias. Rafaela, por lo que allí oí, es el alma dé la Sociedad, á la que se consagra con tanta actividad como pasión. En el arte de allegar fondos, excitando la caridad vanidosa, es maestra consumada; al verla, sus amigas tiemblan. Madrid entero conoce su labor ratonil, las monjas comen y viven... Los elogios que de la Secretaria hizo el clérigo allí presente sonábanme á panegírico de santa. Y ella, serena y modestísima, insensible á los encomios, continuaba extendiendo recibos en el pupitre cercano al sillón presidencial que ocupaba Eufrasia. Por fin, con el desfile oportunísimo de las *procuradoras* y del cura, que no abandonó el campo sin hablar pesadamente de una rifa que se proyectaba, quedéme solo con mi amiga y Rafaela.

“Siéntese usted á mi lado—me dijo la moruna, que por lo visto, ó nada reservado quería decirme, ó no le estorbaba la presencia de la Secretaria.—Esta tarde recibirá usted una invitación de los Emparanes para comer mañana en su casa. Ya sabe usted que allí no han entrado por el uso nuevo de comidas á la francesa, y sirven los garbanzos á la una y media... No vuelva usted á dirigirme la palabra si no acude como un



doctrino al llamamiento de esa familia, Pepe. Se le disculpó á usted la otra vez por las razones que callo; pero si mañana se excusa ó hace rabona, ya sabe que no habrá perdón, sino azotes, y buena mano tiene Catalina para dárselos. No le digo más sino que ayer tarde dí yo á su señora hermana mi palabra de empujarle á usted hacia la Plazuela de Navalón, y la seguridad de que el simpático *dandy* no se quedará á mitad del camino. Con que ya lo sabe. Me parece que ya van resultando ridículos los papeles de galán melindroso y de caballero que adora los ideales. Déjese de andar por las nubes, y bájese á la realidad. ¿Quiere más sermón? Pues se continuará esta noche en casa de mi cuñado Serafín. No falte., Quise yo responderle; pero la Secretaria reclamó toda la atención de la Presidenta para el colosal proyecto de rifa, y me retiré teniendo buen cuidado de no preguntar por D. Saturno. Temía yo que mi fórmula de urbanidad fuese como evocación que le hiciese surgir por alguna de aquellas doradas puertas.

*16 de Mayo.*—¡Con qué ganas de solaz honesto, de desconocidas emociones entré esta noche en la sala de mi Sr. D. Serafín de Socobio! A mí acudieron gozosas Virginia y Valeria, con gorjeo de pajarillos, y no me abrazaron por respeto á sus papás. Yo sentí en mi alma una onda de frescura cuando las ví, y deploré que el respeto social no me permitiera cogerlas y sentarlas en mis rodillas, una á cada lado, y darles

besos inocentes. Empezaron por acribillarme con dieterios graciosos y con bromas que no carecían de malicia y picor. Dijéronme luego que cuando se corrió la voz de que en el desafío había yo perdido una pata, ambas habían llorado por el hombre y por la pata perdida, sintiendo que no pudieran ellas pegármela con cola, como la pata de una mesa. Se acordaban de mí, y sabían las cosas terribles que me pasaron por mi mala cabeza, sin que el castigo me enmendase; enteradas estaban también de que ya no tardaré en caer en la ratonera que me han armado... Contra esto hube de protestar, asegurándoles que yo no me caso con ningún bicho viviente más que con ellas, con ellas dos, Virginia y Valeria, mis dos novias hoy, mis dos mujeres mañana. Ví sus rostros pasando de la risa á la seriedad, y por igual impregnándose de no sé qué melancolía cavilosa. Callaban, y aun querían huir de mi presencia por no saber qué decirme, pues aquella broma del casorio con las dos, á entrambas lastimaba, como si fuera la única idea que cortase de raíz la membrana moral y física que las unía. Sentían quizás el desconuelo de ser dos y no una sola... También yo me llenaba de gran confusión, no pudiendo destruir la dualidad sin matar á uno de aquellos ángeles. ¡Imposible el dualismo, imposible la unidad!

Ya muy tarde pude quedarme solo con Eufrasia en un rincón del gabinete donde Rafaela Milagro explicaba su magno plan de

benéficas rifas á dos señoras ancianas y al vetusto coronel Sureda, convenido de Vergara, hombre muy dado á la protección de monjas. “¿De modo que usted—dije á mi amiga en cuanto entramos en materia,—persiste en que yo no tenga dignidad y me venda á los Emparanes?

—Esto no es venderse, Pepe—respondió mirándome cariñosa.—No tome usted actitudes de teatro ni se nos ponga *fatídico*...

—Es una venta, señora mía. Yo doy una figura regular, un carácter ameno, instrucción, hábito social, buenas relaciones, y encima de todo ello mi libertad y mi felicidad. Ellos lo toman, quiero decir, lo compran; dándome dos clases de valores: su riqueza, que es efectiva, y su hija, que es una falsificación de mujer, un valor de engaño, un papel mojado, como si dijéramos. ¿Para qué quiero yo á María Ignacia? De todas las personas que conozco podría yo esperar que me aconsejaran esa boda, menos de usted... y ésta es mi mayor pena, Eufrasia, porque ya no tengo duda: usted me detesta. Si en algo me estimara, no sería corredora de esa venta infame.

—Yo creí que era lo contrario—me dijo bajando los ojos.—Por su mejor amiga, por su amiga franca y leal me tenía y me tengo yo al agenciarle esa colocación... No se ofenda usted de la palabra, Pepe... *Colocación*: no hay otra manera de decirlo; y yo, que no reparo en soltarle á usted las verdades más amargas, le digo que está perdi-

do si no se coloca, y que no encontrará, créame á mí, mejor plaza que esa, porque no la hay, ni lugar más ancho y cómodo para el descanso de toda su vida... Dé gracias á Dios y á su hermana, que es para usted como un ángel bajado del Cielo.

—Mi hermana es, sí, el ángel del comercio matrimonial, y usted otro ángel que ha venido á volverme loco... porque si en efecto me estima, no puede usted aconsejarme la entrega vil de mi persona... porque, si yo sigo su consejo, usted debe despreciarme... ¿Y cómo compagino un sentimiento con otro, el desprecio con la estimación?

—No hay tal desprecio.

—Digo y repito que usted me ha hecho perder la cabeza. Diré con D. Matías: *Ho perso il boccino*... Contésteme: si yo rechazo lo que me propone, ¿qué seré para usted?

—Será usted un ingrato—replicó fijando en mí sus ojos con dulce tristeza,—porque no sabrá corresponder al grandísimo interés que por usted me tomo. Yo le aconsejo la boda porque sé que le conviene, que no hay otra salvación para usted, que no hay mejor remedio para salir del laberinto de sus deudas y reconstruir su vida sobre una base firme...

—¿Y llama base firme á un matrimonio en el cual no puede haber amor, por mi parte?

—No sigamos, Pepe—dijo la dama, viendo que en nuestra discusión, algo semejante al revolver de una madeja, se había for-

mado un nudo difícil de deshacer.—Si nos ponemos en lo *fatídico*, no hemos hecho nada... Me da usted, créalo, una pena muy grande rechazando mi consejo... consejo de amiga...

—¿Pero qué amiga es usted, Eufrasia?

—La mejor—afirmó sin disimular su emoción,—la mejor, la única que ha tenido usted en su vida. Si así no lo aprecia, déjeme, no vuelva á verme más, y siga, siga en esa vida absurda, que le llevará al precipicio... Yo quiero salvarle, y usted no se deja. Bueno: ya me dará la razón algún día... Ya me dirá: “¡Qué razón tuviste, mujer... á quien no comprendí...!”

Y recelando ser oída, varió de tono, puso freno á su emoción. La ví pestañear, fruncir la boca; mas pronto compuso admirablemente sus facciones, y sonriendo me dijo: “No hablemos más esta noche, Pepe. Dejémoslo para otro día...”

—¿Para cuándo?

—Vuelvo á repetirlo: ¡ingrato, ingrato!... No digo más por hoy... Mañana...,

Hizo una larga pausa meditando. El *mañana* y la pausa fueron como un balancín en que se meció mi espíritu dulcemente.

“Pues mañana...”

—Acabe usted, por la Virgen Santísima, —dije, mareándome un poco en el balancín.

—Déjeme usted: estoy haciendo cálculos de tiempo... Pues sí, á última hora de la tarde podremos vernos. ¿Dónde? Sorpresita tenemos... Pues al marido de *la Teresona*,

criada antigua de esta casa, le hemos dado la plaza de conserje del Casino. ¿Sabe lo que es el Casino? No vaya á confundirlo con esa maldita sociedad donde se pasa usted las noches jugando, y hablando mal de todo el mundo. Hablo del *Casino de la Reina*, un Sitio Real chiquito, al fin de la calle de Embajadores, con jardín muy hermoso y un poco de templete y un poco de palacio; recreo que fué de la Reina Gobernadora... Pues el otro día estuve á ver á la *Teresona*, y pasé un rato muy agradable. Adoro los jardines, y las flores me enloquecen...

—¿Y mañana...?

—Mañana volveré allá, sí señor...

—¿Irá usted sola?

—No puedo asegurar que vaya sola... Quizás tenga que llevar á Rafaela Milagro.

—Bueno: ¿y yo...? Descuide usted, que antes faltará el sol en el cielo que yo en ese Casino, venturoso rincón del paraíso terrenal.

—No vaya usted á creer que es un Versalles, ni un Pincio, ni un Aranjuez.

—Será más bello que todo eso; sólo con servir de fondo á la *belle jardinière*...

—¡Ay, ay, ay!... ¡qué florido!....,



## XXVI

*17 de Mayo.*—No falté, no, á la comida en casa de los Emparanes, y debo decir que fué muy de mi gusto, y en todo, cosas y personas, hallé gratísimas impresiones, menos en la señorita de la casa, quien, por refinada crueldad de mi destino, hubo de acrecentar en mí la antipatía que me inspiraba. Sentáronse á la mesa conmigo, como invitados, el coronel Sureda y el Sr. de Roa, secretario que había sido del Infante D. Sebastián en la Corte de Oñate, y la siempre vistosa y guapísima Doña Genara Baraona, viuda de Navarro, de cabello blanco como la nieve, rostro fresco y sonriente boca. Los años no pasan por ella, ó le tributan los más ricos honores viéndose obligados á envejecerla. Es un monumento esta dama, cuya belleza va unida á medio siglo de nuestra historia, con adherencia y comunidad de sucesos interesantes así públicos como privados. Desde la batalla de Vitoria, el año 13, hasta la Regencia de Espartero, el 40, la católica Genara y la profana Clío han corrido juntas algunas parrandas, y ello se les conoce en la amistad que las une. Así, no hay historia más instructiva y amena que la que cuenta esta ilustre viuda cuando alguien incita su natural vanagloria de crónica viviente...

De las señoras mayores que dan lustre y dignidad á la casa, sólo dos estaban en la mesa, además de Doña Visitación, en todo el esplendor de su atavío morado, de amplitudes y magnificencia episcopales. Las otras vestían de negro, con cofias elegantes del año 30, y de pies á cabeza eran la corrección y la pulcritud más exquisitas. Gravemente amable, como perfecto caballero de antigua cepa, estuvo conmigo el Sr. D. Feliciano, y su esposa le imitaba en cuanto podía, simular llegar al punto y filo de la perfecta urbanidad castellana. Las señoras mayúsculas co-torreaban, Genara quería distinguir su elegancia flexible y modernizada, y los dos personajes carlistas, muy finos, aunque algo seco el uno, demasiado charlatán el otro, completaron el lucido y decoroso cuadro. Todo, como dije, contribuyó á mi solaz y contento, menos la desgraciada niña, que á mi lado tuve, y que en el largo curso de la comida no supo responder con el menor chispazo de gracia ó de ingenio á las excitaciones que por vía de tiente le hacía yo. Huraña y melancólica, ni una vez la ví reír, ni salieron de su siempre repulgada boca más que frases vulgarísimas, ó desabridas observaciones. Nunca ví cortedad semejante, ni mayor indigencia de ideas, ni criatura menos mujer. Por momentos parecíame un chico gordiflón y mal educado á quien no habían podido enseñar más arte que el del silencio.

La conversación, que al principio fué bas-

tante amena, porque Genara y los carlistas se enzarzaron en una controversia recreativa sobre el casamiento de D. Carlos con la de Beira, recayó luego en temas fastidiosos. Como estamos en plena romería de San Isidro, las señoras maduras sacaron á relucir la historia del santo, y después hubo grande palique sobre el hecho de que se conservase incorrupto el cuerpo del patrón de Madrid. Aseguró D. Feliciano que lo había visto, y podía dar fe de su perfecta conservación en estado de mojama, sin que ninguna parte le faltara, y nos ponderó su gigantesca estatura, como nueva demostración de la divinidad del bienaventurado labriego. Los carlistas, que me parecían algo escépticos en materias de milagrería y momias de santos, contaron anécdotas vascas muy graciosas, que no hay para qué reproducir aquí, pues de asunto más pertinente á mi persona debo ocuparme.

Ello fué que en el salón, después de la comida, cuyo succulento aliño á la española tengo que elogiar aunque sea de pasada, probé á sacar del pedernal duro de María Ignacia algunas chispas, hiriéndola por uno y otro lado de su entendimiento con el eslabón de estudiadas preguntas y proposiciones. Mas no me dió resultado la prueba, y fuera de alguno que otro rasgo de ingenuidad casi infantil, no daba lumbres la infeliz criatura con quien querían emparejarme para toda la vida. A posta me dejaron los padres con ella en un extremo de la estancia, para que

la señorita, sin tener sobre sí la vista y atención de las personas mayores, pudiera despabilarse; Doña Genara me miraba compasiva; los carlistas, hablando pestes del Gobierno, no nos hacían caso; y María Ignacia continuaba en el bloque ingente de su estolidez, como un grosero pedrusco diamantino en el cual no entraba la lima, ni aun el filo de otro ya bien tallado diamante. No hacía más que clavar en mi rostro, ó en las guirindolas de mi pechera, sus ojos fríos, vidriosos, con una expresión de arrobamiento que me confundía, y estar pendiente de mis palabras, como si yo fuese oráculo que debía ser oído religiosamente, mas no contestado.

Incitarla quise á la risa, y sus esfuerzos por no descubrir el feo panorama de las encías daban á su boca cierta semejanza con el hociquito de no sé qué animal. Díjele, por no dejar de ser galante, que estaba muy bien vestida (y era la verdad, aunque con la perfección del traje no lograba hermohear su cuerpo), y me respondió que soy un embustero... Vamos, esto me hizo alguna gracia. Luego tuvo más de un rasgo de suprema modestia, expresada con primitiva sencillez; pero al instante destruyó el buen efecto con unos solecismos imposibles, y me preguntó con mímico quejumbroso si iba yo á misa todos los días. “Yá lo creo—le respondí.—Mi misa de ocho todas las mañanas no hay quien me la quite.” Decidióse á reir, y volvió á llamarme embustero, y después malo... De diferentes modos me dijo que yo soy muy

malo, añadiendo que si encuentro quien interceda por mí, Dios me perdonará... No hubo manera de sacarla de esto... Yo me aburría, lo confieso... Ví con júbilo llegar el momento del desfile, y salí renegando de mi hermana Catalina, sobre cuya cabeza vería con gusto caer un rayo del Cielo.

*30 de Mayo.*—El largo paréntesis entre la última y la presente confesión no sea mirado como efecto de la holganza, sino de las inquietudes, amarguras y sobresaltos que en el intermedio de las dos fechas han agitado mi alma y absorbido mi tiempo, no dejándome espacio para el recreo de estas Memorias. Con la atención prisionera y esclava de los acontecimientos, ni aun el descanso del cuerpo me ha sido posible, y no pocas noches pasé de claro en claro, abrasado el cerebro por las cavilaciones... Desembarazada ya mi atención de aquellas cadenas, quiero ganar el tiempo perdido, y llenar toda esa laguna con una confesión extensa y substancial.

Pues, señor, el 17 de Mayo (no olvidaré nunca la fecha) se me hacían siglos las horas, esperando la de la cita que me había dado Eufrasia en el apartado Casino de la Reina, y en mi loca impaciencia, incapaz de adelantar el tiempo, me adelanté yo, llamando á la puerta de aquella posesión á las cinco y media de la tarde. Entré: ví con sorpresa que la dama me había cogido la delantera, pues allí estaba ya. La ví entre la arboleda corriendo gozosa, y fuí en su segui-

miento: se me perdía en el ameno laberinto, pasando de la verde claridad á la verde sombra, y no encontraba yo la callejuela que me había de llevar á su lado. Llamé, y sus risas me respondieron detrás de los altos grupos de lilas. Se escondía, quería marearme. Corrí por el curvo caminillo que tenía delante, y luego sonaron las risas detrás de mí. Una voz que no era la de Eufrasia dijo: "Por aquí, D. José., Creí escuchar á Rafaela Milagro, y ello me dió mala espina, porque era un testigo sumamente importuno. Después reconocí el acento de la doncella de mi amiga. Esta fué, por fin, la ingeniosa Ariadna, que con el hilo de sus voces me fué guiando hasta que pude verme en su presencia y rendirle mis cariñosos homenajes. ¡Qué hermosa estaba, encendido el rostro por la agitación de sus carreritas y el contento de la libertad! En su peinado advertí alguna incorrección, sin duda producida por las mismas causas. Vestía con sencillez deliciosa. Nunca la ví más interesante.

Del ramo de flores recién cogidas entresacó la morisca el más bonito capullo de rosa para ponérmelo en el ojal, y luego me dijo: "¿Verdad que es bonito este vergel? Aquí me pasaría yo todo el día si pudiera., Satisfecha de mi admiración, que por igual á ella y á la Naturaleza tributaba yo, quiso enseñarme toda la finca, el *Sitio Real de juguete*. A cada instante se detenía para señalar-me los grupos de rosas que con insolente fragancia y risotadas de colores nos daban



el quién vive. Por otro lado, me mostraba los cuajarones de lilas inclinando con su peso las ramas de que pendían, como millares de hijos colgados de los pechos de sus madres; luego ví el árbol del amor, con su infinita carga de flores entre las hojuelas incipientes, símbolo de la precocidad juvenil y de la desnuda belleza pagana; ví el árbol del Paraíso, de lánguidas ramas que huelen á incienso hebraico, y la acacia de mil flores olorosas... En los cuadros rastreiros, los lirios de morada túnica eran los heraldos de las no lejanas fiestas del Señor, Ascensión, Corpus, y las blancas azucenas anunciaban la proximidad del simpático San Antonio.

Mil tonterías dijimos en alabanza de tan bello espectáculo. No sé si el encanto de éste era cualidad intrínseca del risueño jardín, ó estado mío de alborozo. Ambas cosas serían. Después de divagar solos por aquella ondulada amenidad, llevóme la dama á un templete, erigido entre verdosos estanquillos. Era de piedra y mármoles, semejante á los que hay en Aranjuez, pero de juguete, abierto por tres costados de su cuadrangular arquitectura, y decorado con bichas y quimeras al fresco, un poco deslucidas por la humedad, todo en el estilo neo-imperial de Fernando VII. Allí nos sentamos. Eufrasia dejó la carga de flores que traía, señalando un grupo muy grande para sí, un ramo para mí, y apartando después otro montón de lilas y rosas, acerca del cual

me dijo: "Ya sabrá usted luego para quién es esto.,". Entablé sin esfuerzo ni premeditación un coloquio dulce y cariñoso, que fácilmente fluía de mí sin más estímulo que la fragancia del ambiente y el aspecto de tanta flor sobre la verde arboleda. Hablé á la moruna del religioso fervor con que yo practico el culto de su amistad, haciendo de ésta la clave de mi vida; entoné otras estrofas, y en variados metros de amor canté mis quejas por el desdén que me mostraba y le rendí toda mi voluntad. Cuando callábamos, oíamos el zumbiar de insectos y el vuelo de moscas ó moscones que en el templete requerrían la sombra. Por fin, en premio de mis líricos arrebatos, permitióme Eufrasia besar su mano; y ya tenía yo en la boca y en el pensamiento intención y palabras para empezar á desmandarme, cuando sentimos pasos que por lo fuertes parecían de hombre. Levantóse mi amiga, dejándome todo lo suspenso que puede estar un enamorado, y saliendo á uno de los huecos del templete, dijo: "Teresona, aquí estamos.,".

Salí yo también, á punto que una voz hombruna decía: "Yo pensé que estaba la señora cogiendo flores.,". En la gigantesca mujer que se acercaba, reconocí, más por los andares y por la facha de osa polar que por la voz, á la estantigua que en el baile de Villahermosa se apareció tocando á retirada. Ya me había dicho Eufrasia que la mascarita compañera era su doncella Rufina. El acento vizcaíno de Teresona la hizo

revivir en mi mente con el dominó negro guarnecido de picos verdes. Por segunda vez venía el odioso espantajo á cortar bruscamen- te mi recreo, mejor será decir mi felicidad. Y lo peor fué que no pareció Eufrasia disgustada de verla, y que antes bien acogía su presencia como se acoge á quien nos preserva de un peligro. En calidad de cancerbero tenía la allí la dama, y sin duda le había encargado que ladrara con sus tres bocas en cuanto notara el menor riesgo de fragilidad. “Venga, venga la señora—dijo Teresona,—y verá la pollada que me sacó ayer la moñuda.., Y Eufrasia (confúndanla Venus y Cupido), para contrariarme más y darme el quiebro, alegróse ó fingió alegrarse del recreo que la criada le propuso, porque al punto echó tras ella, llevándome á un corral próximo á la casa del guarda ó conserje. Malditas ganas sentía yo de ver pollitos; pero no tuve más remedio que acompañar á la dama y hacerle el dúo en la admiración de la gallina conduciendo y educando á sus graciosos hijuelos.

Volvimos luego á pasear, mas por sitios elegidos sin duda con astuta precaución, para que encontrásemos á cada paso, bien á la vizcainota, bien á su marido ó á la doncella, que charloteaba con un jardinero jovencito. Bien, señor... Adelante... “Sé apreciar, amigo mío, la lealtad de su afecto—me dijo Eufrasia respondiendo á las protestas apasionadas que de nuevo le hice,—y no le faltarán á usted ocasiones de conocer lo que vale su amiga.

—Esas ocasiones vengan pronto; pero no se me ordene lo que no puedo cumplir.

—¿Cómo que no? Hará usted todo lo que yo le mande, todo absolutamente, sin vacilar.

—Y por esa obediencia mía tan penosa, ¿tendré la recompensa que más anhele?

—Déjese de recompensas y de bobadas. Está usted loco con la idea de que le quieren vender ó comprar, y ahora quiere comprar-me á mí. Yo no me vendo ni por su obediencia, que es valor muy grande, ni por nada... Al aconsejarle yo que tome á Ignacia, lo hago porque sé cuánto le conviene ese cáliz, Pepito. Es un elíxir bien probado el matrimonio: con él tendrá usted la posición que merece, y la libertad que no puede esperar de esa vida falsa entre tantas esclavitudes, deudas, compromisos, el quiero y no puedo, que es el más grande suplicio de los tiempos que corren. Dese usted por convencido, y no hablemos más del asunto.

—Ni amo ni puedo amar á María Ignacia...

Eufrasia no me contestó, y mascando un palito de rosa, miraba al suelo. “Vamos, no sea usted tonto, ni haga uso de un argumento en que no cree... No, no cree usted que eso del amor sea una razón... Fíjese usted en su situación social, y haga caso de lo que le aconsejamos las que conocemos el mundo, la vida: su hermana Catalina, que tiene la inspiración del Cielo, yo que tengo la inspiración de mi experiencia... quiero decir que mis desdichas me han enseñado la inmensa mentira de amor.

—Cierto—dije yo,—que debo tener muy en cuenta su opinión...

—Y la de otras. Consulte usted el caso con otras amigas... ¿Por ventura la de Torrefirme no le aconseja lo mismo?

—No, señora: me aconsejó lo contrario... Hoy no puede aconsejarme nada, porque hemos roto...

—Ya lo supe... Esa mujer no le amaba á usted, Pepe. Por no amarle ni pizca, le aconsejó tan disparatadamente. Quería su perdición, su ruína, su muerte en la sociedad y en la familia, que es lo que yo no quiero, no, Pepe, no lo quiero... Y como no deseo nada malo para usted, le aconsejo y le mando que se case... Su obediencia es una virtud que será pagada con mi amistad.

—¿Y cómo será esa amistad?

—Muy cariñosa: una amistad... tutelar,—declaró después de pensarlo un ratito.

—¿Y qué más?

—Una amistad entrañable...

—¿Y qué más?

—Eterna,—dijo volviéndome la espalda, para que no la viese llevarse la mano á los ojos.

—¿Eterna dice...?

—Sí, sí... Ponga usted todos los adjetivos que quiera, Pepe; siempre serán pocos... Y no hablemos más de eso, Pepe, por Dios, no hablemos más.,

## XXVII

En efecto, no hablamos más del asunto; pero con sus ojos más negros que el alma de los condenados, con la lividez que los circundaba, y con el timbre opaco de su voz, picando en cosas comunes, me cantaba el poema más halagüeño para mi vanidad. Bien segura en su conciencia exterior por el amparo que le daba la guardia de sus cancerberos, y cuidando de que no la perdiesen de vista, no temía ya manifestarme su apasionada ternura por medios y signos que yo solo había de entender. Era mía; pero no sé qué voces del corazón me susurraban que mi victoria quedaría por algún tiempo circunscrita al terreno de los principios, como la entrega de una plaza psicológica.

“Volvamos al templete—me dijo con cierto donaire, en que ví algo de travesura.—Se me ha olvidado una cosa., Y adelantándose, antes de que yo llegara la ví salir con el gran manojo de flores que apartado había sin decirme para quién era. Mandó á la Teresona que armase un lucido ramo. Paseamos de nuevo, y á mis preguntas contestó así, maravillándose de mi torpeza: “¡Ingrato! ¡No adivinar para quién son estas flores!...,”

Un rayo iluminó mi mente. “Ya... de ve-



ras he sido torpe... El ramo es para la pobre Antoñita...

—Que está bien cerca.

—Hermosa idea, y más hermosa si vamos los dos á llevárselo.

—Pepe—me dijo poniendo otra vez en la mirada toda su ternura,—permítame que le eche en cara su torpeza, su... ¿cómo decírselo? No ha sido usted muy delicado. La persona en quien menos debe usted pensar para que le acompañe al llevar esas flores soy yo.

—Pero de usted ha sido la idea de adornar con ellas el nicho.

—Mía fué la idea, creyendo que era idea suya... ¿me entiende?

—Sí... En todo tiene usted razón. Debo ir solo. Pero no ahora. Es un poquito lejos, y no me esperará usted hasta que vuelva.

—Le prometo que sí le esperaré, si no se entretiene mucho. Es cerca. Coge usted el Paseo de las Acacias...

—Lo cojo... sí... pero si con cogerlo bastara... Después de cogido tengo que andarlo todo.

—¿Y qué? Luego pasará el puente de San Isidro...

—Si tuviera usted aquí su coche...

—Vendrá á buscarme luego... Pero en mi coche no debe usted ir, criatura.

—Es verdad... Bueno, amiga del alma. Voy, y cuando vuelva encontraré aquí á su esposo que viene á buscarla.

—No vendrá, tontín; yo le aseguro que no vendrá..,

Díjome que su marido y ella andaban algo torcidos, por cuestiones caseras de poca monta... No era nada: genialidades de uno y otro. Y como yo le manifestase grande anhelo de conocer la causa de aquellos moños, me dijo: "Si usted es tan bueno y tan agradecido y tan caballero que le lleva las flores á la pobre Antoñita, y las pone con muchísimo respeto y cariño sobre su sepulcro, tenga por seguro que aquí le espero y que le contaré... vamos, eso, la gacetilla doméstica que desea conocer... Para usted no debo tener secretos..,

Francamente, esto de no tener secretos para mí, me entusiasmó, la verdad, me colmó de orgullo. Instándola á que reiterase su promesa, y cambiadas las generales fórmulas de contrato, salí con mi hermoso ramillete, deseando que en pujantes alas se me convirtiera. Tuve la suerte de encontrar coche de alquiler apenas andado un tercio del Paseo de las Acacias, y á los quince minutos ya daba yo fondo en el cementerio. Internéme de patio en patio; algunas personas enlutadas andaban tristes y lentas por allí, cumplidas ó por cumplir obligaciones semejantes á las que yo llevaba; otras se entretenían en leer doloridos ó rimbombantes epitafios, y en mirar las coronas ya mustias del último Noviembre.

Llegué á donde iba: un guarda, cuyo auxilio reclamé y tuve mediante propina, me

trajo dos búcaros que para el adorno de los nichos allí se facilitan; dividimos el ramo en dos, y puestos en su lugar, no tan alto que necesitáramos escalera, quedó muy bonito, descollando por su lucimiento en la descarnada tristeza del camposanto. La imagen de la muerta, que ya navegaba con veloz carrera por el piélago de un inmenso olvido, y casi traspasaba sus horizontes, revivió en mi mente: la ví como si con los carnales ojos la viese. ¡La pobrecita gustaba tanto de las flores! El cierre del nicho, sin letrero aún, no tenía más que un número, tres guarismos que no decían nada; para mí eran un triste nombre y un sentimiento no apagado todavía, pero ya muy débil y casi espirante, como las luces que absorben con ansia de vivir su último aceite. ¡Infeliz Antonia! ¡Tan joven, y ya reducida á un signo de cantidad pintorreado sobre un tabiquillo de yeso!... Mirando la cifra, pensé en la discordia conyugal de Enfrasia, y en volver pronto al Casino para que mi amiga me la refiriese... Pensé también que Antonia, si su espíritu no estaba lejos de aquel depósito de su descompuesta humanidad, se alegraría de ver las flores y el *gitano* que se las ponía.

El guarda ó sepulturero miraba mi obra con un guiño de ojos enteramente escéptico y casi casi burlón. “Cuidará usted de que los ramos no se caigan—le dije.—¿Cree usted que durarán mucho?” Y él, guiñando el ojo no para el nicho, sino para mí: “Como du-

rar, no sé... Piense que son flores... Pero yo estaré al cuidado para que no las roben; que aquí... ya sabe... anohecen los ramitos en un nicho y amanecen en otro... Vienen algunos llorando, y el que no trae flores las toma de donde las hay... Pero yo estaré con mucho ojo... Si alguien las quitara, yo las volveré á poner en su sitio. A cada uno lo suyo... Váyase tranquilo... Me retiré, y al atravesar el patio, volvíme más de una vez á mirar si alguna enlutada de las que por allí discurrían, me quitaba las flores, mejor dicho, se las quitaba á mi nicho, ó sea el nicho de Antonia, para ponerlas en cualquier enterramiento de muertos extraños... Pero cuando pasé al otro patio, mis reflexiones encamináronse por vía más generosa y alta, y pensé así: "Dejemos el egoísmo á las puertas de esta morada de la igualdad... y las flores, como toda ofrenda... sean para todos.."

En quince minutos, arreando de firme, me llevó el coche al Casino; aún era día claro cuando me ví de nuevo en presencia de Eufrasia, y dándole cuenta de mi comisión, oí de su boca plácemes sinceros por mi obediencia. Y yo: "Por mi parte cumplido está nuestro contrato; cumpla usted ahora; refírame...". Y ella, riendo: "¿Pero de veras le prometí...?", "Prometió usted, con una fórmula agravante...". "¿Cuál, pobre niño?...". "La declaración de que no debe tener secretos conmigo...". "¿Eso dije? ¿Está usted seguro?...". "¡Eufrasia!

—Bueno, Sr. D. Pepe, mi amigo, mi protegido y mi criatura inocente: le contaré la gacetilla... Vámonos por aquí y demos la vuelta chica del jardín, por las lilas... Ha de saber usted que mi marido, desde que mataron bárbaramente las turbas al pobre Fulgoso, está con la bilis tan revuelta y con el genio tan amargado que no se le puede sufrir... Naturalmente, Fulgoso era un amigo muy querido: juntos sirvieron en la facción, el pobre D. José como general, Saturno como intendente... Pues está el hombre poseído de un furor tan grande contra las *masas*, y contra el Progresismo y contra Bullwer, que á ratos parece que pierde la razón... Su odio más vivo es contra el Socialismo, secta que dice ha salido del Infierno, ó es el Infierno mismo traído á la faz del mundo, y no hay, según él, penas ni castigos bastante fuertes para los que propagan tal doctrina. Yo, por no encalabrarle más, le digo á todo que sí: por este lado no viene la discordia. Pero hay otra cuestión, no política sino particular, planteada entre nosotros antes del 7 de Mayo, en la cual no estamos conformes... Por mucho que usted cavile, Pepito, no encontrará la solución del acertijo. Oigala: Lorenzo Arrazola, Ministro de Gracia y Justicia, que es amigo de Saturno y le debe favores, le habló, allá por Abril, de la concesión de un título de Castilla. A nuestro amigo el Sr. Clonard le pareció de perlas esta idea, porque, lo que dice, la mejor recompensa para las personas que de otro

campo han venido á reconocer á Isabel II es darles acceso hasta lo que llaman *gradas del Trono*, por medio de la investidura de nobleza y grandeza de España, y qué sé yo qué... El Rey D. Francisco, á quien hablaron de ello algunos de su tertulia, se mostró muy complacido, y dijo que se contara con él... A mi marido se le encendieron de tal modo las pajarillas de la vanidad, que andaba demente con el Marquesado, describiéndose para elegir el nombre de finca ó lugar que había de ser el apodo heráldico...

“En fin, todos perdidos de la cabeza, menos yo, que me conservo serena, y no quiero motes ni honores ni nada de eso... al menos por ahora... Veo que usted se asombra, Pepe: sin duda no me conoce bien. No soy vanidosa; me gustan las comodidades, la riqueza, que nos hacen alegre y fácil la vida; me gusta poseer los bienes positivos, vengan como vinieren; pero las apariencias chillonas no son de mi devoción... Además, yo no quiero lanzarme al mundo con un título rimbombante. Es muy pronto para mí. Parecería una provocación, un trágala... Están muy frescas en la memoria de la gente ciertas cosas que á mí me pasaron, y... no quiero, no quiero que la malicia me haga la autopsia, y empiece á sacar cosillas y á comparar, y á decir esto y esto y esto... Ya sé que otras se curarían poco de la murmuración, y corriendo ellas el velo, creerían que todo estaba bien tapadito. Yo no pienso así; sé que la sociedad es bastante desmemoria-



da; pero yo no lo soy... En principio, lo que se llama en principio, Pepe, no rechazó el Marquesado, y para más adelante, no digo que no lo admita, y me encasquete la corona y dé á muchas dentera, y á otras les refriegue los hocicos con mi escudo; pero ahora no... es muy pronto. Esperaremos cuatro ó cinco años. ¿No cree usted que soy razonable?„

Díjele que la tengo por la misma razón, y que cada día encuentro en ella nuevos motivos para admirarla y adorarla, amén de tenerla por eminente maestra del vivir. Y ella siguió: “Pues aquí verá usted el por qué de las desavenencias entre Saturno y yo de algún tiempo acá, y del horrible altercado que tuvimos ayer. Díjome cosas que en verdad me lastimaron... me rasguñó en lo más delicado de mi alma... Luego, por la noche, vino á mí tan manso y tan tiernecito, que me dió asco... Para usted no tengo secretos... Hoy no sabía qué hacerme, ni en qué altarito colocarme. Yo me mantuve en mis trece... Es un hombre de una vulgaridad que no se cuenta en un año... Esta tarde le dije que iba al Sacramento, y del Sacramento á las Comendadoras de Santiago, donde hay dos *señoras de piso*, amigas mías, y de allí á las Góngoras; y en vez de andar esas estaciones, me he venido aquí á rezar con mis rosas y mis lilas. Por allá andará buscándome con el señor de Clonard... Luego le diré que he venido á La Latina y á Santa Isabel... Tengo la buena costumbre

de variar el itinerario de mis devociones... Así se me hace mi cruz más ligerita...”

Encantado la oí, y mi vanidad ante aquel espiritual divorcio se infló hasta no caber dentro de mí. Entre las diversas expresiones enfáticas que le dije, lo más presente en mi memoria es que me tengo por el más feliz de los mortales, admirando el pórtico de la felicidad. “Es usted un niño—me contestó ella con adorable acento al despedirme.—Por más que presuma de hombre hecho, no es más que una criatura, criatura muy esbelta y llena de atractivos, pero que todavía necesita crecer un poquito y reforzarse del entendimiento, y endurecer las ideas...” Indicóme, al fin, que partiese antes de que llegara su coche, que ya estaba al caer, y me empujó hacia la puerta con un desenfado gracioso... “De aquello no se habla ya—me dijo.—Obedecerá el niño á todo lo que se le mande. Adiós... En casa de Serafín nos veremos... Adiós, adiós.”

Salí, mas no me alejé de la calle de Embajadores hasta que la ví pasar. Ya sabía la muy pícara que yo rondaba. ¿Cómo no presumirlo? Y al pasar, ya obscurecido, ví su rostro en la portezuela, y una mano que hacía el gesto de azotar... Y sus ojos negros también los ví, ó me los figuré rivales de la noche y de toda la obscuridad del mundo.

## XXVIII

Sigo con mi historia de estos días, y de los hechos gratos paso á los menos placenteros, de las flores á los abrojos, y de lo perfumado á lo pestilente. ¿Qué cosa existe más fea y desagradable para nuestros sentidos, tacto, vista, olfato, que el vernos privados de los precisos dineros para las atenciones de la vida, ora sean éstas de las elementales, ora de las artificiosas y superfluas que crea y fomenta nuestra estúpida vanidad? Y no era lo peor que yo careciese de aquella materia vivificante, sino que me apretasen los usureros para el pago de lo que les debía, estrechándome con tal rigor de cerco militar, que se creería que el cielo los desataba en mi persecución, como aquellos vándalos que del Norte vinieron sobre estos infelices pueblos mediterráneos. Mi insolvencia, más marcada cada día, les irritaba, trocándoles en fieras. Contra su persecución no me valían ya ni escondites, ni esquinzos, ni artes escurridizas de ningún género. Y para colmo de infortunio, mi amigo Aransís, de quien yo ampararme solía en estas guerras contra la cobranza, se hallaba en situación más angustiosa, requerido y deshonorado ante tribunales, sin apoyo material de su noble familia. ¿De la mía qué podía yo esperar?

Nada más que anatemas y malas caras. Mis hermanos no podían ó no querían hacer nada por mí. Sofía llegó á proponerme que huiera, que me embarcara, y no volviese á parecer más por la Corte. Ya no había manera de enmendar tantos yerros míos, ni de poner puertas al campo de mi disipación. Ya serían inútiles todas las precauciones y disimulos para mantener en mi madre la ignorancia de estos graves desórdenes. Si no lo sabía ya, sabríalo mañana ó la semana próxima. Esta era para mí la más penosa de las aprensiones, y el terror que mayormente me turbaba. Y no podía dudar que algún indiscreto, ó algún avieso amigo, le llevarían el cuento. Cuantos afanes y desazones pudiera traerme mi endiablada situación, parecíanme tolerables y llevaderas ante el conflicto inmenso de que mi buena madre despertara del engañoso ensueño en que vivía. La muerte sería su despertar...

Pasaron días en ansiedad terrible y en continuo bochorno. Yo no visitaba á nadie, no me presentaba de noche en ninguna casa conocida. Esperé salir de las apreturas con nuevos dogales; mas aunque volaba por Madrid en busca de un confiado judío que me atendiese, no pude encontrarle, y llegué á creer que á todos los logreros crédulos y candorosos se los había tragado la tierra. Y mientras esto ocurría, todo el mundo me abandonaba; nadie iba en mi busca; huían de mí los amigos; las amigas no me sollicitaban. Sólo de Virginia y Valeria recibí,

por Ramón Navarrete, un recado afectuoso que me endulzó un poquito el alma sin aliviarme de mi desazón. Segismunda iba de vez en cuando á mi casa, y como si yo fuese San Esteban, que había de lograr la palma del martirio con pedradas en el cráneo y el machacar de sesos, me decía: "Así estás porque quieres, gran mentecato. Pronuncia una palabra... muy chiquita por cierto, la palabra más chica, sólo compuesta de dos letras, y tendrás todo el dinero que necesites....". Pero no me convencía, y viendo cómo se enroscaban ante mí las serpientes de sus cabellos, y cómo sonaban con metálico timbre las voces que salían de su cuadrada boca de máscara griega, érame á cada instante más odiosa, y sus consejos me sonaban á horrible sugestión de los demonios.

Pero de pronto, hallándome en el culminante punto de mi desesperación, llegó á mí un consejo, un reclamo dulcísimo, una voz que me sacudió y volvió del revés... no puedo expresarlo de otro modo. Un rayo no me partiera como me partió y anonadó un billetito de Enfrasia, escrito en los términos más propios para destruirme y hacer de mis restos un hombre nuevo... El billete muy breve, trazado con trémula mano, no decía más que esto: "Niño mío, pobre náufrago, ¿te ahogas, y aún dudas?.. ¡Me tuteaba! El cariño encerrado en esta corta frase hizo explosión en mí... pudo más que mi conciencia y que todo lo del mundo... ¡Me tuteaba! Teníame por suyo... Salté de la silla, y em-

pecé á dar vueltas por la habitación, gritando: "No dudo, ya no dudo...", Besé la carta, y me sometí como un pájaro atontado á la fascinación de los negros ojos, que en los trazos azules de la escritura me miraban... Movido de una valiente resolución salí á la puerta de mi cuarto, llamé á la criada para decirle que avisase á mi hermano, á quien yo tenía que comunicar algo muy urgente. Pero Agustín acababa de salir, y su mujer no había entrado aún... Sentíme muy solo, y desconsoladísimo de no poder comunicar á la familia mis transcendentales pensamientos.

Volví á encerrarme, y caí en profundas meditaciones. Me sentí filósofo, me sentí *pensador*, como ahora se dice, y me dió por descender con mirada sutil hacia el fondo de las cosas. Y lo primero que en la profundidad ví fué la pingüe fortuna de D. Feliciano de Emparán, que por una combinación social de las más sencillas vendría pronto á mis manos pecadoras, y si no venía para el libre dominio, vendría para el prudente usufructo en una medida proporcionada á mis necesidades, apetitos y larguezas. Según datos que han llegado á mí sin que yo los busque, el ilustre señor disfruta un caudal diez veces, quizás veinte veces mayor que lo heredado de sus padres, y éstos fueron ricos. Se cuenta que Emparán *retuvo*, el cómo no lo sé, una gran parte de los valores públicos que poseían las monjas, y que anduvieron de mano en mano en la



catástrofe de la desamortización. Con estos papeles, D. Feliciano y otros cuyos nombres suenan mucho, realizaron un negocio facilísimo, de esos que no exigen rudo trabajo ni quemazón de cejas... Bienes de frailes compró Emparán por mano ajena, y bienes de aristócratas, que en la continua liquidación del acervo histórico pasan, por pacto de retro, ó por venta al contado rabioso, de las manos que llevaron guantelete á las desnudas y puercas manos de la usura. Del amigo Emparán son las tierras del Condado de Tarfe, que ocupan casi media provincia; las dehesas de Somolinos y de Doña Sancha, en las faldas de la sierra de Gredos, y la vega de Santillán, bañada por el Tajo de arenas de oro.

Añádanse á esto las tierras patrimoniales en Azpeitia, y otras adquiridas en el valle del Oria, en Durango, en Oñate, y se formará la cabal cuenta... ¡No, no, qué tonto yo! Falta una brillante partida. ¡Diez y siete casas en Madrid! De éstas, cuatro son de corredor, para gente pobre, y como toda industria que explota la indigencia, producen renta lucida. Entre las demás, las hay antiguas sin reforma, antiguas pintorreadas que no logran rejuvenecerse, como los viejos que se tiñen, y modernas de nueva planta, bien repartidas en cuartos bonitos para empleados y pensionistas. ¡Y de todo esto voy yo á participar! Llueven sobre mí estos bienes sin que yo haya hecho nada para merecerlos... Me tranquilizó recordando la

idea que en la tarde del Casino, y antes de aquella dichosa tarde, expresó Eufrasia con la serenidad y aplomo que hacen de ella un oráculo infalible. Hela aquí: "Vivamos con todo el bienestar posible; rodeémonos de comodidades, vengan de donde vinieren; evitemos la penuria, las deudas; tengamos todo lo preciso para evitar afanes; y en el seno de la opulencia bien ordenada, seamos modestos, caritativos, religiosos y todo lo buenos que hay que ser..."

El examen de la gran riqueza que yo había de disfrutar, me llevó al intento de inquirir las razones de que fuese yo el elegido para Coburgo de la poderosa dinastía de Emparán. Habiendo tantos jóvenes de excelentes condiciones para cargar con María Ignacia, ¿por qué se pensó en mí, y en ello se puso tan tenaz empeño; en mí, que por mis ideas desentono bastante de la noble familia; en mí, pobre, de muy dudosa moralidad, paseante en corte, sin carrera ni oficio ni más patrimonio que mi figura, mis modales finos, mi labia, mi saber ameno, hoy más social que científico? Este es un misterio que yo quería desentrañar, y por Dios que lo he desentrañado, como verá el lector futuro, si tiene la paciencia de seguirme en estas meditaciones.

Mi hermana Catalina... lo diré con todo el respeto del mundo... Mi hermana Catalina es el Demonio... No quiere decir esto que sea mala, ni que en su privada conducta y en sus relaciones con la sociedad emplee infer-

nales artes, ni que haya hecho pacto con el *Tartáreo Querub*, como suelen llamar los poetas á Lucifer, ni que lleve consigo peste de azufre, ni nada de eso... *Demonio* quiere decir el arte sumo de la astucia, de la trastienda y de la diplomacia para lograr lo que nos proponemos; significa el empleo habilísimo de medios espirituales para nuestros materiales fines. Es indudable la comunicación, el visiteo y confraternidad de los Emparanes, señor y señoras mayores, con Sor Catalina de los Desposorios, y con otras monjas de La Latina que no conozco, y que son sin duda mujeres de grandísimo talento para establecer y afianzar el dominio de unas almas sobre otras, para someter, en suma, las voluntades seglares á las voluntades religiosas. Y aquí debe existir un factor desconocido, una fuerza poderosa, que entre las monjas y los Emparanes actúa como eficazísimo instrumento de captación, para que aquéllas cojan á éstos, y los tengan en la garra y se los coman vivos cuando les venga en deseo.

Ahondando, ahondando, llego á ver en la idea de mi boda un caso inicial de conciencia. Ha llegado á persuadirse D. Feliciano de que una gran parte de sus bienes no son adquiridos cristianamente: cierto que no le trajo á tal convencimiento la simple acción mujeril, y que en ello hay de fijo obra de varón docto y que sabe su oficio. Pero si el docto varón y las monjitas están en espiritual connivencia, como Dios manda, resulta

que, por la ley de predominio feminista, las franciscanas de la Concepción son las amas, y las que llevan y traen á mi futuro suegro y á las señoras mayores, cogido y cogidas por una oreja. Veo también muy claro que mi bendita hermana, unida en apretada piña con sus compañeras, obtuvieron del opulento Emparán dones valiosos para su casa y Orden, y entre las concesiones á que se ha visto obligado D. Feliciano, no ha sido la más floja la mano de la niña para persona por la comunidad designada. Sin duda Catalina se ha hecho lenguas de mí, marcando y enalteciendo mis cualidades, y haciendo ver quizás que el Cielo mismo me designa para perpetuar, en mi coyunda con María Ignacia, la noble raza y nombre de los Emparanes de Azpeitia. Fascinados éstos, míranme como el mejor modelo de caballeros y de maridos en lo espiritual, y en lo físico como el excelso tipo caballar para el cruzamiento y mejora de una casta que en su vástago último aparece un poco y un mucho degenerada... Esto he pensado, este lógico aparato he construído para penetrar en la sima profunda donde está la verdad, y creo haber dado con ella. ¿Lo que he sacado de la hondura es la verdad, y verdad respiran las páginas que acabo de escribir?... Tú me lo dirás, ¡oh tiempo! eterno hijo y padre de tí mismo, que en lo que nos enseñas eres siempre el revelador infalible.

## XXIX

Entró mi hermano de la calle, y al punto que sentí sus pasos, le llamé y le dije: “Agustín, cuando quieras, puedes visitar á los señores de Emparán y pedirles para mí la mano de su hija María Ignacia. Mi determinación, claramente revelada por la firmeza con que la expresé, colmó de júbilo á mi hermano, que aturdido me dijo: “¡Ay, qué sorpresa tan grata me das...! Si te parece, voy ahora mismo. El llanto sobre el difunto, Pepe... ¡No vayas á arrepentirte!... Sí, sí, voy... Me pongo la levita nueva, el sombrero nuevo... Todo lo nuevo...”

Entraba en aquel punto Sofía, que de labios de su feliz consorte oyó la noticia en el obscuro pasillo, y vino á mí con los brazos en cruz, y antes que yo pudiera zafarme, me cogió y estrujó contra el colchón de su exuberante pecho... Sentí en mi cuello y rostro la fofa blandura, el crujir de ballenas, y alguna de éstas me hizo daño. “¡Ay, mírame: se me saltan las lágrimas, Pepillo! ¡Qué bueno eres! No podías menos de rendirte á la razón, al justo medio de las cosas, y al sentido práctico... Dispensa, hijo, que no te acompañe. Ahora mismo me vuelvo á la calle para llevar la noticia á los de la familia, á todos los amigos, todos, todos.

Quiero que lo sepan, y que rabien... Alguno rabiará... Ya andan diciendo que tal y qué sé yo... ¿Pero no sabes una cosa? Ahora te lo digo á boca llena, porque si no te lo digo reviento. Extendida está ya la Real cédula del título de Castilla que se concederá al Sr. de Emparán. Será regalo de boda del Gobierno á esa familia ilustre, firmísima columna del Trono y del Altar... Con que ya lo sabes: *Marqués de Beramendi*, y de no sé qué otra cosa muy sonada... Pues hasta luego: no quiero que nadie se me anticipe... Ese pelmazo de Agustín, que va á pedir la mano, no ha concluído de arreglarse... Voy á peinarle un poco las melenas, y á ponerle la levita bien ajustadita, para que no le haga pliegues en la espalda... ¡Ah! se me olvidaba lo mejor, chiquillo. El título no se le concede á D. Feliciano, sino á María Ignacia... Mira si la cosa es delicada... Adiós, Marquesito de Beramendi.,

Se fué, se fueron marido y mujer á espaciarse en la calle su loco júbilo; quedéme solo, y las meditaciones tornaron á posesionarse de mi cerebro, presentándome las diversas fases del inmenso problema de mis nupcias. Volví á preguntarme qué había hecho yo para merecer participación tan lucida en aquella colosal riqueza. ¿Qué organismo social es éste, fundado en la desigualdad y en la injusticia, que ciegamente reparte de tan absurdo modo los bienes de la tierra? Retumba en mi mente, al pensar en esto, el fragor de las tempestades que pavorosas



estallan en toda Europa. Mis conocimientos de las teorías ó utopías socialistas reviven en mí, y reconozco y declaro la usurpación que efectúo casándome con Mariquita Ignacia. Yo, señorito holgazán inútil para todo; yo que no sé trabajar ni apporto la menor cantidad de bienes á la familia humana, ¿con qué derecho me apropio esa inmensa fortuna? Mas ahora entiendo que es también muy dudoso el derecho de mi señor D. Feliciano á poseer lo que posee. Por nacimiento se le dió lo que fué producto del trabajo de otra generación, y por combinaciones mercantiles, con algo de políticas, ha venido á sus manos lo que debe pertenecer á las clases indigentes, que dejarían de serlo si recibieran lo que les corresponde, en buena ley de Naturaleza... Recapacitando en ello, me siento *San-Simoniano*, y afirmo que el mundo es del pueblo, de todos, y que el derecho á los goces no es exclusivo de una clase privilegiada. La riqueza pertenece á los *trabajadores*, que la crean, la sostienen y aquilatan, y todo el que en sus manos ávidas la retenga, al amparo de un Estado despótico, detenta la propiedad, por no decir que la roba.

Comprendo el terror que causan estas ideas en la sociedad en que vivo. Yo, que antes no me curaba del Socialismo y sólo me servía de él para producir algun frívolo chiste en las conversaciones mundanas, ahora tiemblo ante el problema, monstruo cejijunto, de grosera voz y manos rapaces. Me pone

carne de gallina la idea de que una súbita y despiadada revolución venga á despojarme de todo esto que será mío, que ya casi en principio lo es. A más de poseer bienes raíces y valores públicos, tendré coches, caballos de silla (no me contento con menos de tres), casas de campo, cotos para mis cacerías... tendré para otros recreos mil y mil superfluidades, de las cuales seré despojado por el pueblo, por lo que Sofía con supremo desdén llama *las masas*. Pero bien podré yo, sigo discurrendo, prevenirme contra el desastre por medio de un feliz arbitrio que mi riqueza me permitirá realizar.

El recuerdo de mis lecturas de Fourier y Considerant me sugiere la idea de hacer un ensayo de la grande y nueva asociación humana dividida en los elementales estamentos: capital, trabajo, inteligencia. Y sobre esta sólida base estableceré un falansterio modelo, construído para la existencia cómoda de los *trabajadores* que en él han de habitar por grupos ó *falanjes*, conforme á las aptitudes y gustos de cada uno. Por este medio me adelanto á la revolución, la inutilizo, le corto las uñas, y... ¡Qué tonterías digo! ¡Bonito es el genio de D. Feliciano y bonito corte de *fourieristas* el de las señoras mayores para permitirme tales extravagancias! Y aunque me dejen, ¿pensaría yo en ello después de cabalgar tan á gusto en el machito del privilegio? ¡Qué delirios se me ocurren! De veras estoy loco. La revolución vendrá... La tormenta que vaga por Europa, de

pueblo en pueblo, descargando aquí centellas, allá granizo, en una parte y otra eléctrico fluido que todo lo trastorna, ha de ser, andando el tiempo, furioso torbellino que arrase el vano edificio de nuestra propiedad, sin que contra él nos valgan falanjes ni falansterios... ¿Tardará meses, años, lustros; tardará siglos?... Que á mí no me coja es lo que deseo, y que cuando estalle, ya estén leídas y dadas al olvido mis deslavazadas Confesiones... ¡Y con qué incongruencias nos sorprende nuestro juguetón Destino! ¡Yo que quizás habría sido revolucionario, y que sentí en mi alma vagos estímulos de rebeldía y protesta, ahora me coloco entre las víctimas de la revolución, y ya no seré pueblo justiciero, sino aristocracia justiciada, como enemigo del pobre y ladrón de propiedad! ¡Yo que había mirado con tan tiernos ojos al dulce clérigo Lamennais, viendo en él al apóstol del proletariado en nombre de Cristo, primer pobre; yo que como él llamaba *esclavitud moderna* al viejo pauperismo, y pedía la redención de los menesterosos, víctimas de un corto número de opresores y verdugos, ahora me paso con armas y bagajes á esta minoría cruel y egoísta, y sentado en la mesa de Epulón, arrojaré los huesos y piltrafas á la humanidad desheredada por inicuas leyes...!

De idea en idea, he venido á parar en que mi nueva familia querrá rehacer mi personalidad en los viejos hábitos de sus devociones y de su santurronería, así como en el

continuo trato con clérigos y monjas. Eso no; ya me defenderé hábilmente, y en último caso, mi externa flexibilidad me permitirá compaginar las ideas con las obligaciones, que si París valió una misa rezada, esta conquista mía vale misa cantada con tres curas. Venga lo que viniere, ya no me arredro... Me asalta el recuerdo de las teorías de Owen, que hoy, con las de Fourier y las de Saint-Simon, levantan en el mundo amenazadoras borrascas. Rechazo con Owen todas las religiones, y establezco como fundamento moral de la sociedad la Benevolencia. Mi riqueza me hace benévolo. Imitando al filósofo inglés, erigiré una gran fábrica ó manufactura á estilo de la *New Lanark*, y entre mis felices y bien alimentados obreros, practicaré todas las virtudes evangélicas... Seré apóstol, seré el Verbo de la Benevolencia universal, y daré un ejemplo á mis contemporáneos y á las generaciones futuras para que sin dogma religioso aguarden tranquilas las revoluciones que se avecinan, y las deshagan como la sal en el agua... Heme aquí, señores de la Posteridad, en la mayor crisis de mi espíritu. ¡Yo que tan donosamente me burlé de la llamada Economía Política, negándole títulos y honores de ciencia, ahora ved cómo me vuelvo economista, económico, ó como queráis llamarme! ¡Fatal evolución, radicales mudanzas del hombre dentro del curso de su propia existencia, tan sólo por las misteriosas transfusiones del oro de bolsillo á bolsillo!

... ¿Pero es verdad que yo soy rico, que lo seré dentro de algún tiempo? Así parece. Pues bien: el mal camino andar lo pronto. Con mi conciencia hecha jirones ante mí, inútil despojo que para nada me sirve ya, pienso que tendré coches, caballos de silla... tres por lo menos no hay quien me los quite... montes para mis cacerías de reses mayores, quintas para convidar á mis amigos; palacio en Madrid, algún otro en provincias... Compraré lindas estatuas y hermosas pinturas que sustituyan á los abominables cuadros milagreros y feísimos retratos de Pontífices, que adornan los salones de mi nueva familia... Y en cuanto á María Ignacia, la llevaré á París para que los más hábiles corseteros del mundo me le arreglen aquel cuerpo imposible, aunque tengan que amputar alguna parte de él y ponérsela postiza; las modistas más hábiles harán para ella seráficos trajes y sombreros olímpicos que la hermosen, la corrijan, la... ¡Qué delirio! No puedo seguir.

### XXX

*6 de Junio.*—Al reanudar hoy el cuento de mi vida, veo que la confesión última, con la cual debo empalmar la presente, es irrespetuosa y depresiva para mi futura compañera. Pero atento á que la sinceridad res-

plandezca siempre en cuanto escribo, no borraré aquellos conceptos, impresión fiel de lo que entonces pensaba y sentía. Distintas son hoy mis impresiones, y puedo manifestar que en estos días no me ha parecido mi novia tan desgraciada de figura como la describí en otra ocasión. Sea porque le han puesto algún milagroso corsé, sea porque la naturaleza, por influjo de amor, tiende á enmendar sus propias imperfecciones, ello es que viendo ayer á María Ignacia, antojóseme regularmente formada, y casi casi un poquito esbelta; y aún me dan tentaciones de creer que se le va corrigiendo la fealdad de la boca, ó que se le reduce á un simple defecto que fácilmente se disimula con la seriedad: no veo yo que sea la risa el mejor adorno del rostro humano, y antes bien entiendo que la mujer casada no tiene por qué enseñar los dientes.

Pues la causa de que la última confesión quedase interrumpida, fué que entraron como avalancha mis dos cuñadas, y Segismunda se precipitó á mí para abrazarme, diciendo que quedaban olvidadas nuestras querellas y que volvíamos á la cariñosa concordia entre hermanos, como mandan Dios, la Sociedad, la familia, y no sé quién más. A poco llegó Agustín, contándonos el buen acogimiento que habían dado los Emparanes á su mensaje matrimonial. La escena fué conmovedora: el regocijo bailaba en los ojos de D. Feliciano y de las señoras maduras. María Ignacia, cuando entendió que yo la



pedía, estuvo si cae ó no cae con el accidente. “En fin—dijo á su esposa,—para el domingo estamos todos convidados á comer... todos, y tú también, Segismunda... la familia en masa... No faltaremos... ¡Y qué casa, qué lujo, qué señorío á la antigua usanza! Vengo encantado....”, Como un pavo cuando endereza el moco y se hincha rastreando las alas, salió Agustín hacia su habitación, y en apostura semejante, inflada como un globo, le siguió Sofía, dejándome solo con Segismunda (cosa convenida entre las dos), que al punto me dijo: “Ya puedes disponer, querido Pepe, de cuanto dinero necesites para quitarte esa roña indecente de tus deudas... Si quieres evitarte la molestia de tratar con esos tíos marrulleros, mándales á casa, y Gregorio se encargará de despacharles, recogiendo todo tu papelorio. De buena has escapado, hijo. Ya ves cómo tenía yo razón cuando te decía que ibas al abismo. Felizmente has hecho caso de mis consejos, y ya estás salvo. Ahora, cuando te entreguemos tus pagarés, nos firmas tú una obligación por la cantidad que resulte, y en paz. Ya nos pagarás cuando gustes....”

Parecíame bien discurrido el plan, y le dí las gracias por su diligencia y el cuidado de mis asuntos. Y ella, sentándose junto á mí en el modesto canapé de Vitoria: “Pues ahora, ya que eres tú el grande, ó lo serás, y nosotros chiquitos, obligado estás á mirar por tus hermanos. Tu posición de millonario y de marqués todo te lo facilita... Oyeme con

atención un rato, querido Pepe. Ya ves que vamos subiendo, subiendo, no tanto como subirás tú; pero tampoco nos arrastraremos por la tierra. Agustín es el que no saldrá ya de la condición de empleado, y lo más á que podrá aspirar es á una plaza de director general en Hacienda... que es lo mismo que nada. Gregorio y yo... no digamos que somos ricos, pero vamos en camino de serlo, si la Providencia sigue ayudándonos como hasta aquí. La semana pasada hemos comprado un terreno muy grande más allá de la Era del Mico, pagándolo como fanegadas de pan llevar, y dentro de algunos años, si Madrid crece y crece, como dicen que crecerá cuando haya *ferros-carriles*, lo venderemos á tanto el pie... Fuera de esto, es posible que nos quedemos con una finca muy buena en la Vega de Añover... Nos sale por una bicoca, y es tal que, poniéndole riego, será, según dicen, el Potosí del espárrago y la California del melón... Bueno, Pepe: vete un día por casa y verás qué muebles antiguos y modernos tengo allí, y qué espejos con marco de ébano, y qué tapices de Santa Bárbara... Nos hemos quedado con todo ello por un pedazo de pan, como quien dice. Te enseñaré además un magnífico collar de diamantes gordos montados en plata, y un par de esmeraldas espléndidas, procedentes de la casa de Ceriñola... Pues bien: á mí también se me suben los humos á la cabeza, y aspiro ¿cómo no? á darme un poco de lustre, no digo que hoy, no digo que mañana, por-

que es demasiado pronto, sino dentro de un par de años, ó de tres... Eso lo dejo á tu buen juicio... No pretendo yo un título de Castilla, que eso me parece mucho para mis cortas ambiciones; pero un titulito de esos que da el Papa, y que cuestan poco dinero, sí que me convendrá, y tú, tú me lo vas á conseguir.,,

La sorpresa no me dejó expresarle ni conformidad ni reprobación. Debí de estar un rato con los ojos muy abiertos, espantados, porque Segismunda, sin acobardarse, prosiguió así: “¡No es para tanto asombro, vaya! Pues qué, ¿no somos todos hijos de Dios? Tú, que pronto serás influyente y poderoso, podrás hacer lo que te digo; y no te nos endioses ahora, ni desprecies á los humildes. Cristeta me ha dicho que tú, con ponerle una carta á tu amigo Antonelli, el Ministro del Papa, tendrás cuantos títulos se te antoje pedirle, y aun es fácil que el mío te lo dé *libre de gastos*, lo que sería miel sobre hojuelas. La oportunidad de la petición es cosa tuya... Otra cosa: de esto no debe enterarse Gregorio: quiero darle una sorpresa.,,

No tardé en volver sobre mí, respirando de lleno el ambiente social que tanto había contribuído á la evolución de mi conciencia y de mi carácter, y benévolo y sonriente le dije: “Sí, sí, querida Segismunda: lo que ambicionas paréceme muy razonable, y cuenta con que si de mí depende la concesión del título, ya puedes empezar á usarlo. ¿Y qué, piensas bautizar tu nobleza con el

nombre de esa gran finca que pronto será vuestra por pacto de retro, ó por embargo?... Sea por lo que fuere, ¿fundarás en ella tu ejecutoria de nobleza pontificia?

—En ello he pensado—respondió cavilosa;—pero el título de *Condes de Titulcia*, que es el nombre del lugar próximo, no me parece que suena bien... ¿A tí cómo te suena?

—¡Titulcia, Titulcia!... En efecto: como sonido es algo semejante al de la moneda falsa, ó que tiene hoja... Suena también á título de sainete.

—Eso digo yo... Pues verás: devanándome los sesos, he inventado este otro título: *Condes de la Vera de Tajo*.

—¡Oh! es admirable, como invención de tu caletre. Segismunda, tú pitarás, tú serás Condesa, y por mi parte, espero á que me señales el momento oportuno para escribir á Roma y empezar mis gestiones...

—Ya contaba yo contigo. Nadie como tú ha podido apreciar mis esfuerzos para engrandecer á la familia, y labrarnos una vida de comodidades: así lo hace todo el que sabe y puede... Gracias á mí, no es Gregorio un triste empleado, y mis hijos unos pobres lambiones... Ya ves qué flaca me estoy quedando de tanto como discurre para marcarle á Gregorio cada día lo que debe hacer... Y estas noches me ha quitado el sueño eso del maldito Socialismo, de que los periódicos hablan como si fuera el fin del mundo. Dijo Gregorio que ese tremendo huracán que

anda retumbando por las naciones quedará en agua de cerrajas; pero yo que pienso, yo que examino las cosas, veo que ello trae miga, y muy mala intención, Pepe, muy mala intención. ¡Vaya con la tecla de que todo ha de ser para todos, y de que se deben repartir por igual los bienes de la tierra! Ello será justo, pero imposible. ¿No crees tú lo mismo? ¿Quién es el guapo que nos quite lo que hemos ganado con el sudor de nuestra frente para dárselo á tanto vagabundo y á tanto perdido piojoso? ¿Y habrá por esto una revolución muy grande, la sublevación de los pobres contra los ricos, de los muchos contra los pocos? Tú que lo has estudiado en los libros, me dirás si debo tener mucho miedo, ó tranquilizarme pensando que la catástrofe vendrá, sí, pero vendrá cuando los que hoy vivimos estemos ya gozando de Dios.

Díjele que por lo que he sacado de mis estudios y de la observación de lo presente, la revolución ha de venir; pero tardará un rato. Entre tanto, debemos vivir lo mejor que podamos, y criar á los hijos, el que los tenga, en la devoción de la buena vida, y enseñarles á que no humillen al pobre y á que le den cariñosamente las sobras de nuestras mesas, para que comiendo se curen de la manía de arrebatarnos lo que poseemos.

“Me parece muy bien—dijo Segismunda:—fomentemos también la religión, de la que nace la conformidad del pobre con la pobreza. ¿Para qué pagamos tanto clérigo, y

tanto obispo y tanto capellán, si no es para que enseñen á los míseros la resignación, y les hagan ver que mientras más sufran aquí, más fácilmente ganarán el Cielo?

—Justo; y entre tanto ganemos nosotros la tierra...

—Que es lo más próximo... y lo más seguro..

Poco más hablamos, y se fué, dejándome en poder de Agustín y Sofía, que con el convite en la grandiosa casa de Emparán estaban como chiquillos con zapatos nuevos. Me consultaron si el frac de mi hermano sería bastante de moda para una solemnidad tan extraordinaria, y si Sofía haría mal papel llevando el vestido color de níspero con *frunces* y adorno de galones de seda. Respondíle que mis presuntos suegros y las señoras mayores saben conciliar la opulencia noble con la llaneza, y no reparan en cortes de fraques ni en colorines de vestidos, con lo que quedaron tan satisfechos.

8 de Junio.—He vuelto al mundo, he reanudado mis relaciones. En ningún semblante he visto el menor rasgo de irónica burla por mi casamiento. He oído muchos plácemes. Alguien me ha mirado con asombro, alguien con envidia. Sólo en las caras de Virginia y Valeria encuentro una sombra de lástima mezclada de tristeza. No me hablan de mi boda, y aun noto en ellas algo como supremo esfuerzo de discreción tocante á este suceso. No pronuncian palabra alguna que suene á casorio, noviazgo, ni cosa tal. Pero



su seriedad me causa pena; creería yo que me estiman menos, ó que me miran como una amistad perdida para siempre. Ya no revolotean junto á mí, ya no me marean dulcemente con risueñas chanzas; ya soy para ellas un viejo... Anoche, en sueños, las he visto huir de mí, enlazadas de la mano, sin volver atrás los ojos, dejándome en una especie de dorada sepultura, amortajado en hielo...

Muchos días pasaron sin ver á Eufrasia, y la primera vez que á su lado me encontré después de la dulce entrevista del Casino, no pudo hablarme con confianza por estar presentes el Sr. de Roa, Cristeta y á ratos Don Saturno, que entraba y salía estorbándonos toda comunicación. Sólo pudo decirme que está contenta de mí, y que no me aparto de sus pensamientos. ¿Cuándo podré verla? Respondió á esto que al Casino no volvería... y que... ¡ay! que acelerase mi boda todo lo que pudiese. Retiréme sin comprender bien la intrincada psicología de aquella mujer, mas con esperanza de entenderla y desentrañarla pronto, algún día... Desde la sala próxima, volviéndome para mirarla, ví que en mí clavaba sus negros ojos, y en ellos se me reveló su soberano talento, su apasionado corazón... y su profunda inmoralidad...

Eran sus ojos el signo de los tiempos.

## XXXI

*12 de Junio.*—Ayer empezó el día con un tremendo disgusto. Presentóseme muy de mañana una mujer desgredada y con aspecto de loca; rodeábala un enjambre de chiquillos de diferente edad, rotos y sucios, mocosos y famélicos. Era la esposa del buen Cuadrado, y á contarme venía un infortunio que para ella es como si todo el firmamento con estrellas grandes y chicas, y el Sol y la Luna, se le hubiese caído encima. El pobre D. Faustino, que movido del hambre más que del furor político, tuvo platónica participación en la trifulca de Mayo, llevando recadillos y órdenes al cuartel del Hospicio, residencia del regimiento de España, había sido preso y llevado á San Francisco. Véase cómo: una mañanita se presentó la policía en la casa, y sin más que un *véngase usted con nosotros*, se le llevaron... Creyó la pobre mujer que pronto le soltarían, como á tantos otros, por no poder probales nada, y así se lo decía él cuando la infeliz mujer iba á llevarle la comida. “Pero ayer, ¡Cristo Padre! —prosiguió ella,—va una servidora al cuartel y le dicen: “¿Cuadrado? Ya está en camino para el embarque., ¡A Filipinas, Señor! Ya me le llevan, ya se fué, ya no volverá..., Y al decir esto la madre, rompieron los pe-

queñuelos en tan aflictivo coro de llantos y chillidos, que yo me ví precisado á llorar también.

Les consolé y socorrí, les aseguré que yo cuidaría de mantenerlos hasta que el buen Cuadrado volviese, y corrí á Gobernación con ansia de impedir iniquidad tan grande. Pero ya era tarde: ya no había medio de tirar de la cuerda para detenerla y soltar de sus nudos un solo cuerpo de los que á la proscripción conducía. Narváez era inflexible, y acordadas las deportaciones, se tapaba el rostro la clemencia, pues en todos aquellos que el Estado maldecía, echándoles de casa, estaba bien manifiesta la culpabilidad revolucionaria. ¿Qué sería de un país sin *Orden Público*? ¿Y cómo se asegura el *Orden Público* sino desprendiendo y arrojando fuera todos los miembros ó partes corruptas de la enferma Nación?

¡Qué triste mañana, y qué atrevidos pensamientos en ella me asaltaron! Los escribiré otro día. Ahora doy la preferencia á la carta de mi madre, que encontré al volver á casa, y que fielmente, sin variar coma ni punto, traslado á mis Confesiones:

“Hijo queridísimo, ya lo sé; ya estoy enterada. ¡Alabanzas mil al Señor! Por lo que Catalina me dice, entiendo que de algún tiempo acá se le aparecían en sueños unos ángeles que de tí le hablaban, y juntamente le anunciaron maravillosas determinaciones del Cielo... Que el Señor lo ha dispuesto á su gusto y para sus altos fines, bien á la

vista está... Digo que aquellos ángeles, y ángeles fueron aunque Catalina por modestia no los nombre, le comunicaron la voluntad de Dios, y ella procedió con arreglo al divino mandato... Perdona que no vaya esto muy bien hilado, porque la sorpresa y el contento, hijo mío, me desconciertan todo el sentido, y tanto quiero escribir, que saltan las palabras unas por encima de otras, y no sé si escribo lo que pienso, ó si pienso escribir lo que no escribo... Pues sí, Catalina oyó á los ángeles, y aun creo que los vió en corporal figura cuando rezaba, y al punto se dió á combinar y resolver que de la soledad de tus estudios pasaras á los afanes y obligaciones de hombre casado... Las noticias que me da tu hermana de las virtudes de esa familia, que tiene en su sala las imágenes de todos los Pontífices, me han hecho llorar... ¡Ay qué familia, y qué señores y señoras tan santos! Ello ha sido que tú fuiste á esa casa movido del ansia de tus lecturas, y en son de consultar libros antiguos y cuadros de Papas, y allí os visteis y os conocísteis tú y la virginal Ignacia, de quien tendré la honra de ser madre... ¡Oh delicias mías, oh alegría de mi vejez, oh inefable don del Espíritu Santo!... Pues os visteis, y en uno y otro se encendió un amor casto, como el de los serafines. ¡Cuán grande será tu mérito, hijo mío, que sólo con mirarte entendieron el Sr. D. Feliciano y esas señoras graves que eras el niño enviado por Dios para hacer feliz coyunda con

la niña! ¡Y cuán altas y nobles serán las prendas de Ignacia cuando tú, sólo con verla una vez, la diputaste por esposa que el Cielo te designaba! ¡Ay! vuelvo á llorar de alegría. Mis lagrimones caen sobre el papel; pero sigo escribiéndote, y digo que no necesito que tú y Catalina me ponderéis la belleza de Ignacia para que yo la vea tal cual es realmente, la más hermosa criatura puesta por Dios en el mundo, con la inocencia pintada en su rostro angélico, los ojos como luceros, la boca como la misma pureza entre rosas y jazmines, y el cuerpo tan gallardo que no hay palmeras ni juncos que se le puedan comparar... ¡Ay, qué abrazos te doy con el pensamiento, y á ella también, á los dos, á los dos, para que juntos recibáis los cariños de vuestra amorosa madre!... Como el Señor no ha de querer, pienso yo, que seas tan sólo esposo putativo (que á sus fines no convendrá estado tan perfecto), ya estoy viendo la caterva de graciosos nietecillos... No, no puedo seguir: los extremos de alegría me han llevado á soltar la pluma y á dar por la estancia no sé cuántos pascos y aun algunos brincos. Me recojo por si alguien entra y cree que me he vuelto loca.

„Tu padre, de la sorpresa de este notición, se ha quedado como lelo, y tu hermano quiere ir á la boda. De los tantísimos millones que dicen vas á poseer, nada quiero saber yo, porque eso me importa un bledo. Ya sé que todo lo has de emplear en servicio de Dios, conforme al ejemplo que te dan los pa-

dres de la bendita Ignacia... Ya sé que como no tienes vicios, ni hábitos de lujo, ni gustos de vanidades, todos esos tesoros serán empleados en obras de religión, y ya estoy viendo el suntuoso convento que construirás para la *Concepción francisca* en Madrid. El pajarito que todo me lo cuenta y que jamás me engaña, me dice que harás otro convento de la misma Orden aquí, trayéndonos de priora á tu hermana, y otro en Atienza. Buena falta hace allí una casa religiosa de mucha santidad, que está el pueblo muy perdido... Y ya estoy viendo que con esos ríos de oro que entran en tu casa, se acabarán los pobres en Madrid, pues tu mujer y tú, mis queridos hijos, no daréis descanso á las manos en la limosna... y tanto tenéis, que os sobraré para los pobres de Atienza, donde por las malas cosechas están los labradores muertos de hambre y no saben á quién volverse... Pienso yo que por muchos pobres que salgan no habrá número bastante para dar abasto á vuestra caridad. ¿Verdad, hijo mío, que así es?... Ahora sí que podrá decir tu padre que se acabó el Socialismo; y por cierto que cada mañana y cada noche me ha de dar matraca con el Socialismo dichoso. Yo no le temo ya... Vivan mis hijos, á quienes Dios conceda tanta riqueza para que alivien las miserias de la Humanidad, para que les quiten de la cabeza á los pobres esa mala idea de revolucionarse por el tuyo y mío.

„Cuento con que recibidas las bendiciones, os vendréis á pasar el verano en Atienza,



que es tierra de mucha frescura. Allá iré yo á prepararos la casa, y por de pronto voy á poner unos juegos de sábanas de hilo que la misma Reina y el Rey no los tienen mejores en su Real cama. Casaos; venid pronto, hijos míos... No tardéis, por si me mata tanta alegría. Yo me pasaré el resto de mi vida dando gracias á Dios por el inmenso beneficio que te ha hecho; venid, venid. Véate yo, y muérame después, que para nada sirvo ya en el mundo... No sigo; no puedo más: los lagrimones han mojado todo el papel. Recibe con ellos para tí y para María Ignacia el amantísimo corazón de tu madre—*Librada.*„

FIN DE LAS TORMENTAS DEL 48

Madrid, Marzo-Abril de 1902.



B. PEREZ GALDÓS

---

# ALMA Y VIDA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

---

Representóse en el Teatro Español la noche del  
9 de Abril de 1902.

---

5 . 0 0 0



MADRID

OBRAS DE PÉREZ GALDÓS

132, Hortaleza

1902

## EDICIONES

5 Mayo.....	3.000
27 idem. ....	2.000

# SUMARIO

DE LAS

MATERIAS TRATADAS EN EL PRÓLOGO

DE

## ALMA Y VIDA

Tenacidad del autor y sus propósitos de sinceridad y de justicia, manifestando lo que siente, sin resquemor, y con fines puramente artísticos.

Crítica de críticos y exposición del vicioso sistema habitualmente empleado por la Prensa en el examen de las cosas literarias.

El Simbolismo: su importancia y valor artístico: mala fe ó ignorancia de los que menosprecian esta forma, común á todas las artes.

Cómo fué imaginado y compuesto el drama *Alma y Vida*. Efecto de esta obra en el público.

Propiedad de la voz *Sacerdocio* aplicada á los trabajos de la crítica teatral en España. Carácter eclesiástico, dogmático y episcopal de los juicios literarios en los estrenos de dramas y comedias. El *Cantón crítico* constituido en estrecho y cerrado tribunal, que rechaza la colaboración y ofrece un valladar infranqueable á las opiniones extrañas.

Pareceres de los diferentes críticos sobre *Alma y Vida*.

Parcialidad de algunos censores y su empeño de sostener al público en la rutina, por no saber ó no querer dirigirlo y educarlo.

Monomanía de la rapidez en el desarrollo escénico.

Cuando el público no se cansa, los críticos le inci-

tan al cansancio y á la nerviosa impaciencia. Incongruencia de que los paladares estragados sean jueces en materia de gusto literario.

Condiciones deplorables en que se efectúan los estrenos. El público *de derecho* y el público *de hecho*. La caterva de *invitados* difunde el mal humor en la sala y previene al público contra todas las obras, salvándose tan sólo las que traen en sí una fuerza extraordinaria.

El *coco* del melodrama. Fácil recurso aplicado por los críticos á toda situación de forma violenta ó en que aparece el misterio inherente á multitud de hechos y caracteres humanos. Juicios tan frívolos revelan el abandono de la Prensa y de sus patronos ó directores.

Diferente posición del público y del autor en los estrenos de obras. La confraternidad obliga á los críticos al apoyo de los autores. *Ministerialismo teatral* sistemático de algunos críticos, y tenaz *oposición* de otros. Bandos y camarillas que abogan el arte teatral.

De la claridad en el arte. Nueva explicación del símbolo y de las formas vagas en que se contiene la idealidad. El pensamiento del ocaso nacional representado en *Alma y Vida*. Este drama no peca de largo, sino de corto: le falta un acto para su cabal desarrollo.

Amaneramientos y rutinas del público. Iniciase la corrección de este defecto, y todos debemos procurar que dicha corrección persista. Conveniencia de que los críticos y *periciales de estrenos* ayuden á este progreso.

Diferentes causas que coadyuvan al decaimiento del teatro nacional, arte español por excelencia. El público aristocrático préstale su apoyo con menos efi-



cacia de la que debiera esperarse. Los abonos de lujo en días de moda sólo dan al Teatro una protección material.

Abandono del Estado. Ausencia de las personas más altas de la Nación en las funciones del teatro serio. Rendir el debido homenaje á las artes gloriosas del país es obligación moral del Jefe del Estado.

Mansedumbre excesiva de los españoles ante las desdichas de la patria. Parálisis progresiva.

Furibundas campañas contra el Teatro en las principales provincias. Prohibiciones absurdas formuladas por el clero. Cónclave de señoras respetables que hacen escrutinio de las obras dramáticas. Censura encubierta y forma solapada de los procedimientos inquisitoriales. No tienen la culpa las señoras, sino los padres ó maridos que, atacados de moral parálisis, consientan estas demasías.

Debilidad de la Prensa ante las campañas clericales por miedo á perder la suscripción y ver disminuida su parroquia.

La *Casa de Lope* y su deterioro. Continuas desavenencias de los actores; inseguridad de las compañías. Necesidad de una eficaz reforma y de una organización sólida del Teatro Español.

Artes auxiliares del Teatro. Dificultades que el autor de *Alma y Vida* hubo de vencer para concertar el artificio escénico de la *Pastorela* del segundo acto. Cómo fueron escritos los versos de la *Pastorela*. Documentos de la época.

El archivo de la Opera de París suministra los materiales necesarios para la indumentaria. Esmero exquisito con que la empresa del teatro Español ayudó al autor en la presentación decorosa de este acto. El autor asegura, sin temor de que nadie le contradiga, que jamás ha visto el público en Madrid

nada comparable en propiedad y belleza escénicas al acto segundo de *Alma y Vida*.

Los actores y actrices: índole penosa y mérito grande de su trabajo. Injusticia con que comunmente se les trata. Sus pasiones y defectos no son más reprobables en ellos que en las demás clases de la sociedad. La indisciplina es el mayor de sus defectos y el que verdaderamente causa daño al arte.

El autor manifiesta su gratitud á los intérpretes de *Alma y Vida*, dedicando á todos párrafos lisonjeros. Termina el Prólogo anunciando el que pondrá el autor en su próxima edición de *La de San Quintín*, con ánimo de tratar otros interesantes puntos de arte y vida teatrales.

---

# NARVAEZ

el próximo Octubre.



## TRADUCCIONES DE «DOÑA PERFECTA»

---

### En inglés:

- 1.<sup>a</sup> *Doña Perfecta*, a tale of modern Spain. Traducción D. P. N. London, Samuel Tinsley, 1886.
- 2.<sup>a</sup> *Idem*. Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1885.
- 3.<sup>a</sup> *Idem*. New-York, 1884.

### En francés:

- 1.<sup>a</sup> *Doña Perfecta*. Traducido por L. Lugol. Paris, Giraud, 1885.
- 2.<sup>a</sup> *Idem id. id.* Paris, Hachette.

**En alemán.**—*Doña Perfecta*. Dos tomos, traducción de J. Reichell. Dresde y Leipsich, Pierson's Berlag, 1886.

**En sueco.**—*Doña Perfecta*. Traducido por K. A. Hagberg. Stockholm, Skoglund's Förlag.

**En holandés.**—*Doña Perfecta*. Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1885.

**En dinamarqués.**—*Fru Perfecta*. Traducción de Gigas. Copenhagen, Priors, 1895.

# OBRAS COMPLETAS

## NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

A tres pesetas tomo.

LA DESHEREDADA, dos tomos.—EL AMIGO MANSO.—EL DOCTOR CENTENO, dos tomos.—TORMENTO.—LA DE BRINGAS.—LO PROHIBIDO, dos tomos.—FORTUNATA Y JA-CINTA, cuatro tomos.—MIAU.—LA INCÓGNITA.—REALIDAD.—ANGEL GUERRA, tres tomos.—TRISTANA.—LA LOCA DE LA CASA.—TORQUEMADA EN LA HOGUERA.—TOR-QUEMADA EN LA CRUZ.—TORQUEMADA EN EL PURGATORIO.—TORQUEMADA Y SAN PE-DRO.—NAZARÍN.—HALMA.—MISERICORDIA.—EL ABUELO.

## NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

A dos pesetas tomo.

DOÑA PERFECTA —GLORIA, dos tomos.—MARIANELA.—LA FAMILIA DE LEÓN ROCH, dos tomos.—LA FONTANA DE ORO.—EL AUDAZ.—LA SOMBRA.

## OBRAS DRAMÁTICAS

A dos pesetas tomo.

REALIDAD, drama.—LA LOCA DE LA CASA, comedia.—LA DE SAN QUINTÍN, come-dia.—LOS CONDENADOS, drama.—VOLUNTAD, comedia.—DOÑA PERFECTA, drama.—LA FIERA, drama.—ELECTRA, drama.—ALMA Y VIDA, drama.

## EPISODIOS NACIONALES

EDICION ECONOMICA

A dos pesetas tomo.

*Primera serie:* TRAFALGAR.—LA CORTE DE CARLOS IV.—EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO.—BAILÉN.—NAPOLEÓN EN CHAMARTÍN.—ZARAGOZA.—GERONA.—CADIZ.—JUAN MARTÍN EL EMPECINADO.—LA BATALLA DE LOS ARAPILES.—*Segunda serie:* EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815.—LA SEGUNDA CA-SACA.—EL GRANDE ORIENTE.—7 DE JULIO.—LOS CIENT MIL HIJOS DE SAN LUIS.—EL TERROR DE 1824.—UN VOLUNTARIO REALISTA.—LOS APOSTÓLICOS.—UN FACCIOSO MÁS Y ALGUNOS FRAILES MENOS.—*Tercera serie:* ZUMALACARREGUI.—MENDIZÁBAL.—DE OÑATE Á LA GRANJA.—LUCHANA.—LA CAMPAÑA DEL MAESTRAZGO.—LA ESTAFE-TA ROMÁNTICA. VERGARA.—MONTES DE OCA.—LOS AVACUCHOS.—BODAS REALES.—*Cuarta serie:* LAS TORMENTAS DEL 48.—En prensa: NARVÁEZ.—En preparación: LOS DUENDES DE LA CAMARILLA.—LA REVOLUCIÓN DE JULIO. O'DONNELL.—AIT-TETTAUEN.—CARLOS VI EN LA RÁPIDA.—LA VUELTA AL MUNDO EN LA NUMANCIA.—PRIM.—LA DE LOS TRISTES DESTINOS.

## GRAN EDICION ILUSTRADA

Diez magníficos volúmenes conteniendo cada uno dos títulos y numerosos facs-miles de reputados artistas, 85 pesetas.—Tomo suelto, 9 pesetas.—Cuaderno (con-tiene la obra de 92), 1 peseta.

DISCURSOS ACADÉMICOS: un tomo, 2 pesetas.

## EN PREPARACIÓN

Edición ilustrada de DOÑA PERFECTA, con dibujos de Pellicer.

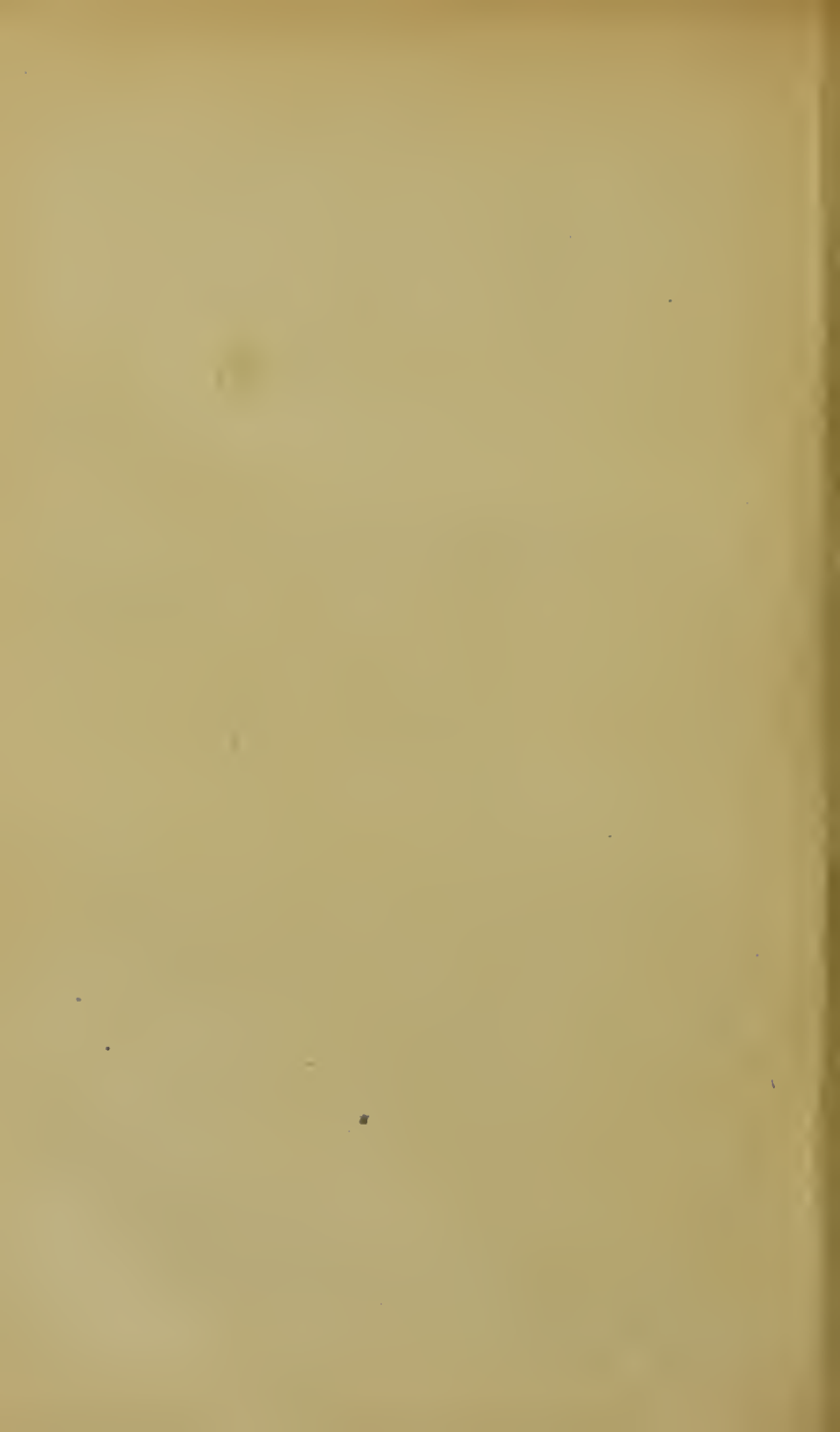
Se venden en estas Oficinas, Hortaleza, 132; en casi todas las librerías, centros de suscripciones y casas editoriales establecidas en España, y en una gran parte de las del Extranjero.

Los particulares que se encuentren sin las facilidades de un intermediario ó es-les opusiera dificultades para la adquisición de estas obras, deberán pedir las á Administración y las recibirán á vuelta de correo, certificadas y libres de este ga-to y el de tranqueo.

Pídanse *Boletines* para la adquisición gradual de las obras, y *Catálogos*: se rem-iten gratis.

En las obras completas, ya sea adquiriéndolas de una vez, ya gradualmente, obtiene una rebaja que no puede fijarse aquí por alteraría las futuras publi-caciones.

Es inútil hacer pedido alguno que no venga acompa-ñado de su importe en cheques, letras á la vista, valores d-clarados ó libranzas del Giro mutuo.





EPISODIOS NACIONALES

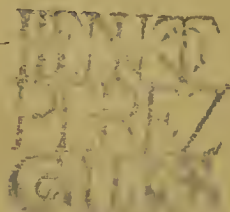
~~~~~  
NARVAEZ



---

Es propiedad. Queda hecho  
el depósito que marca la ley.  
Serán furtivos los ejempla-  
res que no lleven el sello del  
autor.

---



B. PÉREZ GALDÓS  
EPISODIOS NACIONALES  
CUARTA SERIE

---

# NARVAEZ

~~~~~  
3.000



MADRID  
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS  
132, Hortaleza  
1902

EST. TIP. DE LA VIÚDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

# NARVAEZ

---

## I

**Atienza, Octubre.**—Dirijo hacia tí mi rostro y mi pensamiento, consoladora Posteridad, y te llevo la ofrenda de mi vida presente para que la guardes en el arca de la futura, donde renazca con toda la verdad que pongo en mis Confesiones. No escribo éstas para los vivos, sino para los que han de nacer; me despojo de todo artificio, cierro los ojos á toda mentira, á las vanas imágenes del mundo que me rodea, y no veo ante mí más que el luminoso concierto de otras vidas mejores, aleccionadas por nuestra experiencia y sabiamente instruídas en la social doctrina que á nosotros nos falta; veo la regeneración humana levantada sobre las ruínas de nuestros engaños, construída con los dolores que al presente padecemos y con el material de tantos yerros y equivocaciones... Asáltame, no obstante, el temor de que la enmienda social no sea tan pronta

como ha soñado nuestra desdicha, de que se perpetúen los errores aun después de conocidos, y de que al aparecer estas Memorias en edad distante, encuentren personas y cosas en la propia hechura y calidad de lo que refiero; que si la Historia, mirada de hoy para lo pasado, nos presenta la continuidad monotonía de los mismos crímenes y tontes, vista de hoy para lo futuro, no ha de ofrecernos mejoría visible de nuestro sér, sino tan sólo alteraciones de forma en la maldad y ridiculez de los hombres, como si éstos pusieran todo su empeño en amenizar el Carnaval de la existencia con la variación y novedad pintoresca de sus disfraces morales, literarios y políticos.

Esto pienso, esto temo, esto discurro; mas no me arredro ante la sospecha de que los futuros nada puedan ó nada quieran aprender de mí, por no sentirse peores que yo, ó estimarse incapaces de mejora; que en último caso, no habrán de negarme que mis defectos son el abolengo de los suyos, y mis faltas semilla de las que ellos estarán cometiendo cuando me lean, muy satisfechos de ver que los predecesores no les llevamos ventaja en la virtud, y de que en vanidades y simplezas allá se van los presentes con los pretéritos. Sin meterme, pues, á discernir si mis amigos de la Posteridad son más tontos que yo, ó por el contrario más despiertos, sigo poniendo en el papel el traslado fiel de mis actos y de mis intenciones, historiador y crítico anatómico de mí mismo. Y lo pri-



mero que tengo que hacer en esta nueva salida de mi conciencia al campo de la confesión, es explicar á la Posteridad el por qué de la gran laguna de mis apuntes, suspensos desde el último Junio hasta los días de Octubre en que renacen ó despiertan de un largo sueño. No vean en este paréntesis una voluntad perezosa, sino más bien atareada en demasía y solicitada de mil externos incidentes, y añadan, para mi completa disculpa, estorbos materiales de mi trabajo, como verán por lo que sin pérdida de tiempo voy á contarles.

Es el caso que los señores de Emparán, hostigados sin duda por mi bendita hermana Sor Catalina de los Desposorios, querían apresurar los míos con María Ignacia, apretándoles á ello, ó impaciencias de la niña, que anhelaba la dulce coyunda, ó el recelo de que yo me volviese atrás, renegando á deshora del consentimiento que dí. Esta segunda hipótesis, como explicación de tales prisas, debe atribuirse á la desconfiada monja antes que á los Emparanes, cuya voluntad había yo ganado con mis demostraciones de afecto. La verdadera razón del precipitado acontecimiento no debió ser otra que un dictamen de los principales doctores de Madrid acerca de los nerviosos achaquillos de mi futura, pues según oí, opinaron unánimes que la niña no entraría en caja mientras no tomase la medicina que llamamos marido. Ved por qué móviles farmacéuticos me llevaron una mañana de fines de Julio

al convento de la Encarnación, en cuya sacristía entramos libres María Ignacia y yo, y esclavos salimos el uno del otro, enlazados por una moral cadena que en toda nuestra vida no podíamos romper. No describiré la ceremonia, poco aparatosa en verdad, conforme al gusto de mi nueva familia, que era también el mío: una vez que nos dimos el sí, y significamos con la unión de las manos el venturoso empalme de las existencias, recibidas las bendiciones, oída la Epístola y cuanto quiso endilgarnos el curita que nos casó, fuimos en coche á La Latina, á recibir los plácemes de mi hermana y de otras monjas muy reverendas, de quienes hablaré en su día. Allí se nos sirvió un chocolate espléndido con bollos y bizcotelas entre jazmines, agua de limón en cristalinos vasos, alternados con búcaros de claveles y rosas, todo ello tan delicioso que nos daba la falsa visión de un desayuno en la Corte Celestial. La vanagloria de mi hermana se traslucía en el rayo ardiente de sus ojos, que por los huequecillos de la doble reja nos flechaban, y las otras monjas no parecían menos ufanas de la victoria que habían ganado. “¡Ay, hermano mío—me dijo Catalina, embellecida por el júbilo,—bendito sea el Señor, que me ha dejado ver este gran día! No dejaré de alabar su misericordia mientras la vida me dure. ¡Feliz tú, feliz tu esposa, que parecéis nacidos y cortados para constituir una santa pareja, y realizar en la tierra los fines más puros! Obra de Dios, no nuestra,

es este matrimonio; como obra de Dios, sus frutos serán divinamente humanos y humanamente divinos., Oímos atentos y conmovidos esta corta homilía mi mujer y yo, y metimos mano por segunda vez á las bizcotelas y bollos, dejando las bandejas poco menos que limpias, y apuramos los vasos de limón, que con el calor de aquel día y el sofoco de la ceremonia, nuestra sed no acababa de aplacarse.

Del convento fuimos á casa, y á las doce se sirvió la comida, á la que asistieron como quince personas, los carlistones amigos de la casa, Conde de Cleonard, Roa, Sureda; Doña Genara representando la rama de Baraona, y por mi familia mis dos hermanos con sus respectivas esposas, las cuales de la infladura de la satisfacción no cabían dentro de sí mismas. Tampoco referiré pormenores de la comida, larga y agobiante por causa del calor, y abrevio mi relato para llegar al más importante suceso, que fué la libre partida, á primera hora de la noche, en viaje de novios, con el fin de llevar nuestra luna de miel á la soledad y frescura de Atienza. En silla particular de posta, adquirida espléndidamente por D. Feliciano, salimos con dos servidores, la doncella Calixta para cuidar de mi esposa, y el criado Francisco, en calidad de mayordomo y asistente de ambos para todo servicio de viaje y de casa, hombre excelente, de fidelidad y diligencia bien probadas. Magnífico era el coche, los criados selectos, y para completar

tan buen avío llevaba yo un bolso con surtido abundante de monedas de oro y plata, y Francisco un cinto con doscientas onzas, como para hacer boca, pues la cartera de viaje contenía libramientos para cobrar en Guadalajara ó Zaragoza (en previsión de viaje más extenso) cuantas cantidades pudiéramos necesitar.

No acabaría si á relatar me pusiera el trámite sin fin de las despedidas y del besuqueo con que agobiaron á mi esposa su madre y la innumerable caterva de sus amantes tías, de la rama de Baraona y de Emparán, y Genara y las demás amigas, y las criadas todas; si describiera el silencioso lagrimeo de D. Feliciano y los tiernos adioses de los íntimos de la casa, y de los parientes, entre los cuales no eran mis hermanos y cuñadas los menos hiperbólicos en las demostraciones. Creí que aquello no tenía fin, pues terminada una ronda de besos que restallaban en las mejillas de María Ignacia, empezaba otra ronda, y entre tantas babas, pucheros y suspiros, se repetían sin cesar las recomendaciones de que escribiéramos, de que nos cuidáramos, de que nos guardásemos del relente al apuntar del alba, y los votos ardientes por nuestra felicidad... También á mí me tocó parte de aquellas efusiones, y hasta sobras del amante besuqueo; sentí regado mi rostro por el llanto de las señoras mayores, y la impresión de sus labios en mi frente y mejillas. Fué precisa la autoridad de D. Feliciano para

poner término á los adioses, y hubimos de arrancar á mi mujer de los brazos de Doña Visita, que allí quedó medio desmayada. A estrujones nos metieron en el carruaje, y éste arrancó por la calle de Alcalá en dirección de la Puerta del mismo nombre, cuyo arco central franqueamos ya de noche; y cuando nos vimos fuera, Ignacia y yo respiramos cual si nos sintiéramos libres de un peso y ligaduras oprimentes. En aquel punto fué común y acorde en los dos la primera sensación de vivir el uno para el otro, para nosotros mismos y para nadie más; por primera vez advertí en mi esposa la satisfacción de hallarse en mi compañía sin más testigos que los criados, y bajo el yugo de mi exclusiva autoridad. Con la vaga ternura de sus miradas, más que con sus balbucientes razones, me decía que para ella era yo toda su familia, y que el amor nuestro reducía los demás afectos á secundaria condición.

No habíamos llegado á las Ventas del Espíritu Santo, cuando me pareció advertir que la memoria de los amados padres y tías se iba desvaneciendo á cada vuelta de las ruedas del coche, y que la pobre niña entraba en la vida nueva con ganas de gustarla, y de morar apaciblemente en el campo florido del matrimonio, desligada ya de la protección paterna, innecesaria. A mí convergían todos los estímulos de su voluntad y los vuelos tímidos de su imaginación juvenil: yo era su centro de atracción y de gravedad;

á mí volaba y en mí caía, respondiendo á mis pensamientos con la sumisión de los suyos... La presencia de los criados llegó á sernos de una molestia intolerable, por lo cual resolví que no en Guadalajara, sino en Alcalá hiciéramos la primera paradita, que había de ser etapa capital en la existencia de Ignacia, esposa mía desde aquel descanso en calurosa noche... Habíamos pasado la divisoria que nos transportaba en alegre vuelo á valles muy distantes de aquél en que se meció la inocencia de la señorita de Emparán, y aunque para mí los valles pasados y los venideros no diferían grandemente en ciertos órdenes, no dejé de notar en mi sér algo grande y bello, imponente armonía de satisfacciones y responsabilidades.

El calor nos impedía mayor celeridad en nuestro viaje: caminábamos en las horas frescas de la madrugada y en las primeras de la noche. Por mi gusto habría ordenado que anduviera nuestro vehículo más á prisa; pero mi mujer no mostraba deseos de llegar pronto: hacía la dicha el vivir errante, y se encariñaba con la repetición de etapas y paraditas, aunque fuese en mesones incómodos ó en poblachos míseros, como las que hicimos, por gusto de ella y al cabo también mío, en la Venta de Mecó, en Hontanar, en Sopetrán, y en un solitario y umbroso bosque junto á las Casas de Galindo, y á la vera del manso Henares. Debo decir también que cuando pernoctamos en Alcalá



y aun un poquito antes, María Ignacia dió en mostrarme zonas desconocidas de su espíritu, como si dormidas facultades fuesen con el nuevo estado despertando en ella. Era como una planta mustia que súbitamente reverdece y echa flores, sin que antes se viera muestra de botones ni capullos en sus deslucidas ramas. Sorprendíome mi mujer con rasgos de ternura primero, de ingenio después, que no creí pudieran brotar de su sér imperfecto, ó que tal me parecía. Y lo más extraño fué que sus propias facciones sin encanto lo adquirirían gradualmente, por virtud de la inesperada presencia de ciertas donosuras del entendimiento. Fué para mí criatura vuelta á criar, ó mujer que en forma de mariposa salía del caparachón del gusano. ¿Sería duradera esta ilusión de un recién casado? Aún no es tiempo de contestarme á la pregunta que entonces me hice.

Siempre que nos hallábamos solos, dábame Ignacia muestras felices de aquél su renacimiento á la gracia, y tal poder tenía su mudanza espiritual, que hasta en su fea boca se me antojó iniciada una metamorfosis, obra milagrosa del Arte y la Naturaleza. Era, sin duda, el momentáneo influjo de la exaltación matrimoñesca en sus verdores iniciales, y debía yo temer de la severa realidad la pronta remisión de las cosas á su verdadero punto. Díjome una noche Ignacia: "Cuando vean mis papás lo buena que estoy, no lo van á creer. Ya pensaba yo meses há que casándome contigo no serían

menester más medicinas. Pero aunque así lo creía, me daba vergüenza decirlo. Esto de la vergüenza fué mi mayor tormento desde que te conocí, Pepe mío... Delante de tí estaba yo tan vergonzosa, que ni á mirarte á mi gusto me atrevía... ¡Vaya una estupidez! Y cuando me quedaba sola, echábame las manos al pelo y me arañaba la cara, diciéndome: "Por esta vergüenza mal-dita va á creer Pepe que soy una bestia..." Y no lo soy, ya lo has visto... Aquí tienes la causa de los arrechuchos que me daban. Todo era pensar en tí, y rabiar de verme tan mal formada, y por lo mal formada, vergonzosa... Yo te quería, Pepe, y le pedí á Dios muchas veces que te murieras antes que casarte con otra.."

Y otra noche: "De tí me habló una mañana Sor Catalina, y con lo que me dijo quedé tan enamorada, que sin haberte visto nunca, te conocía ya y estuve pensando en tí todo aquel día. Por la noche tuve un fuerte ataque y pegué muchos gritos, y no podían sujetarme. No era más que las ganas de verte y de tenerte á mi lado... Pues aunque nunca te había visto, ni sabía que existieras hasta que Sor Catalina me habló de tí, ya éramos antiguos conocidos, Pepe, pues yo me imaginaba que vendría un hombre muy fino y muy guapo á ser mi marido, y que me haría muchas fiestas, y que yo me abrasaría de amor por él... A solas conmigo, no tenía yo vergüenza, y sin hablar, decía todo lo que se me antojaba.."

Y otra noche: "Cuando nos visitaste por primera vez, la impresión que recibí fué de que eras como un ángel con levita, corbata, y lo demás que vestís los hombres... Por la noche no hacía más que llorar, llorar, y á nadie quería decir el motivo de lo afligidísima que estaba. Pero mi tía Josefa, que es la que me adivina cuanto pienso, se acostó conmigo, me arrulló como á un niño, y dándome golpecitos en la espalda, me decía: "No llores, boba, que con él te casarás, quiera ó no quiera..", Por lo visto tú no querías, Pepe. Ya sé la razón: tu delicadeza, tus escrúpulos de caballero por ser yo más rica que tú. Bien me lo dió á entender la Madre Catalina una tarde, pintándote como el dechado de la caballerosidad, con lo que mi amor por tí fué ya locura. Una noche mordí las almohadas y las desgarré con mis dientes... Otra me tiré al suelo, y descalza, á obscuras, anduve á gatas por mi alcoba buscando un botón de tu chaleco que se te cayó el día de tu primera comida en casa. Yo lo había recogido sin que nadie me viera, y lo puse debajo de mi almohada. Con las vueltas que dí, sin poder dormir, se me cayó... Habías de verme como una cuadrúpeda buscando el botón... Pues mira, lo encontré: en un relicario lo guardo... Lo encontré hozando en el suelo como los cochinos... lo descubrí por el olor, ó no sé por qué... Ya ves cuánto te quería... Yo confiaba en las promesas de tu hermana, que siempre me decía: "Dios lo hará, Dios lo hará..", Y acertó

la santa señora, porque Dios lo hizo, y ahora te tengo bien cogidito... y ya no te me escapas, Pepillo; ya no te me escapas, ratón niño... que tu gata tiene las uñas muy listas y... aunque juegue contigo, no creas que te me vas, no... porque te cazo, te cojo, te aprieto, te como, te trago....,

## II

El camino carretero por donde veníamos, que es el de Guadalajara á Soria por Almazán, aún no concluído, se nos acabó en Rebollosa de Jadraque, y con él la comodidad del coche. Mandamos éste á Sigüenza; de aquí salieron á nuestro encuentro, prevenidos del itinerario, mi padre y mi hermano Ramón con buenas caballerías, y en ellas continuamos el viaje hasta la gran Atienza, donde ya estaba instalada mi madre con dos semanas de antelación preparando el formidable avío de nuestro alojamiento. Triunfal como entrada de reyes fué la nuestra en la *muy noble y muy leal* villa, en tiempos remotos tan despierta y gloriosa, ogaño pobre, olvidada y dormilona. A distancia de más de media legua por el camino de Angón, salieron á recibirnos multitud de jinetes en asnos, mulas y rocines, enjaezados con sobrejalmas y pretales de borlones rojos, precedidos del tamborilero y dulzainero,

que oprimían los lomos de unas poderosas burras blancas. En medio de la gallarda procesión ví el estandarte de la *Hermandad de los Recueros*, y al término de ella se me aparecieron el que venía como *Prioste* y otros dos que hacían de *secretario* y *seise*, á su lado un cura, que hacía el *abad*, de luenga capa los paisanos, el cura con balandrán, los cuatro caballeros en lucidos alazanes. Y apenas llegó cerca de nosotros la interesante cuadrilla, empezó un griterío de aclamaciones y plácemes cariñosos, mezclados con vítores ó simplemente berridos de júbilo. Al punto comprendí que los vecinos de Atienza, en obsequio mío y de mi esposa, reproducían la carnavalesca y tradicional procesión llamada *la Caballada*, con que la *Hermandad de los Recueros* conmemora, el día de Pentecostés, un hecho culminante de la historia de Atienza. A la de España tengo que recurrir para dar una idea del origen de esta venerable fiesta que ya cuenta siete siglos y medio de antigüedad.

Menor de edad el Infante D. Alfonso, que luego fué el VIII de su nombre, vencedor en las Navas, anduvo de mano en mano, cogido y soltado, entre guerras y alteraciones sangrientas, por los señores feudales que se disputaban su tutela. Ya le tenía D. Gutierre de Castro, á quien el Rey Don Sancho había designado para la regencia, ya los Laras y otros tales, hasta que su tío Don Fernando, Rêy de León, entró por Castilla, y apoderándose del chiquillo Rey, consiguió

que las Cortes de Soria confirmaran á su favor la entrega de Alfonsito y de las rentas reales. Hecho esto, recluye al niño en el castillo de San Esteban de Gormaz y se va para su reino. No contentos los señores de Castilla, ó *ricos-omes*, que venían á ser algo semejantes, por el poder y la audacia, á nuestros *hombres públicos*, sacaron al reyecito de donde estaba y lo depositaron en el castillo de Atienza, que se tenía entonces por de los más seguros del reino... Pero luego vino otro bando de *ricos-omes*, y no conformes con el encierro del Rey niño, idearon robarlo y llevárselo á Avila, empresa no fácil, porque el Rey de León, sabedor de aquellas feudales discordias, avanzaba con su aguerrido ejército, y ya venía tan cerca que casi se sentían los pasos de los honderos de su vanguardia. ¿Qué hicieron los *ricos-omes*? Pues confabularse con los arrieros de la villa, *recueros*, ó conductores de recuas, afamados por su robustez, ligereza y osadía, y organizar una caravana, en la cual, clandestinamente, vestido de arrierito, fué bravamente conducido y salvado, pasando ante las barbas de las tropas leonesas, el niño que andando los años había de ser Don Alfonso VIII, el de las Navas de Tolosa.

Y en cuanto cogió el cetro, quiso premiar la bizarría y tesón de los arrieros de Atienza concediéndoles el privilegio de llamarse caballeros, y el de constituirse en Hermandad ó Cofradía para practicar entre sí la caridad y ayudarse en los trabajos de la



vida. Desgastada por el tiempo, llega esta Hermandad á nuestros días, y anualmente, en el de Pentecostés, celebra su hazaña con un como simulacro de ella, á la que se da el nombre de *la Caballada*, y empieza en procesión para concluir en jolgorio y comistrajes al uso moderno. Con la idea de obsequiarnos á mi mujer y á mí (pienso que por sugestión de mi madre) organizaron la nueva salida de *la Caballada* de este año, la cual sorprendió y divirtió grandemente á María Ignacia. Para que comprendiese la significación de aquel lindo espectáculo, le dí la explicación histórica que aquí reproduzco. Más que por mi propio contento, por la sorpresa y alborozo de mi mujer agradecí la delicada invención de agasajo tan pintoresco, y á las aclamaciones con que nos recibían contesté con vivas á la Hermandad, al glorioso pendón y á todos los recuerdos presentes, herederos de la hidalguía de los pasados.

En la falda oriental de un cerro coronado por gigantesco castillo en ruínas, el más insolente guerrero de piedra que cabe imaginar, está edificada la Muy Noble y Leal villa realenga. Sus casas son feas y caducas, rodeadas de un misterio vivo; sus calles irregulares invitan al sonambulismo; en sus ruínas se aposenta el alma de los tiempos muertos. Dos órdenes de murallas la cercan, quiero decir que la cercaban, porque de la exterior sólo quedan algunos bastiones y los cubos. Y de las puertas que antaño

daban paso desde el campo al primer recinto y de éste al segundo, permanecen dos en lo exterior y dentro no sé cuántas, que no me he parado á contarlas. Por la que llaman de Antequera hicimos nuestra entrada con cabalgata y pendón, y si bullicio hubo fuera, mayor fué dentro, con la añadidura de los chiquillos de ambos sexos y de las mujeres que por todas las ventanas y ventanuchos de la carrera asomaban sus rostros, y lanzaban exclamaciones de sorpresa y alegría. La comitiva recorrió toda la calle Real hasta la plaza del Mercado, y entrando luego por el arco de San Juan á la plaza donde está la iglesia de este nombre y la casa de mi madre, llegamos al término del viaje y de la ovación. El cura D. Juan de Taracena, que en la *Caballada* venía como *abad.* y el *Prioste* D. Ventura Miedes, habíanse adelantado hasta mi casa para prevenir á mi madre. Apenas llegamos á la plaza, acudió el cura á tenerme el estribo, y antes que el compás de mis piernas se desembarazara de la silla, me cogió el hombre en sus atléticos brazos, y con violento apretón privóme de resuello. Fué la primera vez en mi vida que me oí llamar Marqués, confundidos en familiar lenguaje la llaneza y el cumplimiento. “Ven aquí, Pepillo, hijo mío... ¡Qué guapo estás y qué caballere! Bendiga Dios al Excelentísimo Sr. Marqués de Beramendi..”

Pasé de unos brazos á otros. En aquel vértigo, dando y recibiendo saludos, perdí de vista á mi mujer. Después me contó que,

apenas bajada del caballo por mi hermano Ramón, llegóronse á ella unas mujeres con blancos delantales, y cogiéndola en brazos sin pronunciar palabra, la llevaron como en volandas adentro y por las escaleras arriba. Fué como un paso milagroso, de santo arrebatado al cielo por manos de serafines. Como recibe Dios á los bienaventurados, así la recibió mi madre, y puesta Ignacia en un cómodo sillón, cual una imagen en sus andas, encargáronle que no se diera la molestia de ningún movimiento y le trajeron una taza de caldo. Tomándolo estaba cuando yo subí por mi pie, seguido del cura, del Alcalde D. Manuel Salado y otras eximias personalidades del pueblo, y mi madre me cogió por su cuenta para besarme amorosa y decirme tiernas palabras... El júbilo de la santa señora me inspiraba cierta inquietud: la fuerza del contento á su cuerpo daba pasmosa agilidad, á su rostro arrebatos de color, á su mirada un centelleo vivo, á su boca una continua tentación á la risa... Temiendo que diese con su alegría en los límites de la locura, la incité al reposo; pero no me hacía caso. Alarmado la veía yo entrar y salir por ésta y la otra puerta con un vertiginoso tráfico de menesteres, órdenes que dar, necesidades á que atender, inconvenientes que prevenir. Y era que en la crítica ocasión de nuestra llegada, habíamos de obsequiar á los ilustres *recueros* organizadores de la cabalgata. Felizmente abreviaron ellos la recepción, y repitiendo sus bienvenidas y

ofrecimientos, tocaron á retirada, después de poner en la ventana de mi casa el histórico pendón de la Hermandad, en señal de que se me nombraba *Prioste* por todo el año corriente.

Ya sola con nosotros, mi madre enseñó á Ignacia los aposentos que había de ocupar. Inauditos refinamientos de comodidad en nuestra alcoba y gabinete encontramos, con escrupuloso aseo y tal profusión de finísimos lienzos de cama y tocador, tal bruñido de caobas y nogales, tan ingeniosa precaución contra moscas, mosquitos, hormigas y otros bicharracos, que maravillados nos recogimos en aquel rincón de un paraíso casero... Así empezó la vida ordinaria en mi casa, y así transcurrieron plácidos los días y las semanas, sin ningún cuidado por mi parte, pues todos los ponía sobre sí mi buena madre, disponiendo las succulentas comidas y la constante añadidura de golosinas, dedicadas singularmente á lisonjear el paladar de mi esposa. En ésta veía mi madre un sér bajado del Cielo y de sobrenatural delicadeza. “¿Pero qué hija es ésta tan divina que me has traído, Pepe?— me dijo una tarde encontrándonos solos.—¿Ha existido jamás hermosura como la suya? ¿Dónde se han visto ojos tan dulces, igualitos á los del Cordero Pascual que tenemos en el Sagrario de la Parroquia, ni piel más fina, en cuya comparación el raso parecería estameña, ni boca más graciosa, ni cabellos más lucidos, verdaderas hebritas de oro de Arabia? Cuau-

do tu mujer se ríe, paréceme que todo el cielo se rasga dejando ver los espacios de la bienaventuranza. ¿Ha visto nadie encías más encarnadas que las de María Ignacia? ¿Y qué me dices de aquel cuerpo tan gordito por arriba como por abajo, que no parece sino una de esas nubes en forma de almohadón que se ven en los cuadros de gloria, y en ellos juegan los angelitos y dan vueltas de carnero?... No, no hay otra más bella en toda la redondez del mundo, hijo mío, y ahora comprendo que te enamoras de ella como un bobo, así me lo decía tu hermana, quedándote en los huesos de tanto penar y discurrir por si te la daban ó no te la daban..”

Hablóme también aquel día y los siguientes de la urgencia de poner nuestros cinco sentidos, y aún eran pocos, en el cuidado de la sucesión. Tanto tenía Ignacia de ángel como de niña, y mirada por ambos aspectos, observábala mi madre juguetona, gustosa de ingenuas travesuras, y de correr y brincar cuando salíamos de paseo. No encajaba esto propiamente en la gravedad de una señora casada, según mi madre, la cual, mirando siempre al enigma interesante de la sucesión, intentaba sujetar á su nuera al martirio de una quietud solemne y expectante. “Hija de mi alma—solía decirle,—no pises tan fuerte... Anda con pausa, sentando bien el pie, y no cargues el cuerpo á un lado ni á otro, sino al centro,... “Angel, no abras la puerta tan de golpe... ya ves: aho-

ra, con el batiente te has dado en los pechos, y parecía que la llave se te clavaba en la boca del estómago,... “Oye, no te rías así, desaforadamente, sino poquito á poco, evitando la carcajada, que te hace estremecer el hipocondrio, y podría sobrevenir una relajación. A Pepe le encargo que no diga cosas de mucha gracia que te hagan romper en risotadas, sino soserías de mediano chiste, para que te rías moderadamente, que de otro modo la risa podría ser causa de un fracasito,... “Créeme, Ignacia, cada vez que te veo dar brinquitos, cuando vamos de paseo, se me sube toda la sangre á la cabeza,... Tenemos una huerta muy amena y lozana, á corta distancia de la villa, no lejos de la histórica ermita de la Estrella, y allí solemos merendar á la vuelta del paseo. A propósito de esto, decía mi madre: “Si esta tarde tomamos chocolate en la huerta, con D. Juan, D. Ventura y D. Manuel, no te pongas á correr como una chicuela, ni á columpiarte en las ramas del nogal, que esos señores se asustan de verte tan volatinera, me lo han dicho, y también temen que sobrevenga el fracaso... Yo te encargo mucho que al sentarte en el ruedo tomes una postura circunspecta y de peso, derechita, aplomándote bien sobre el asiento sin hacer contorsiones ni cargar sobre los vacíos. Si sientes calor, abanícate con pausa y compás lento, como se estila entre señoras; si no, posas las manos una sobre otra y ambas sobre el vientre... Hágote esta advertencia, porque ayer



te movías en la silla como si tuvieras azogue en todo el cuerpo, y te abanicabas con furor, y hasta me pareció que te reías del pobre D. Buenaventura cuando nos contaba lo del celtíbero y lo del romano y lo del maldito agareno que armaban sus guerras en esta villa. Más que mil libros sabe el hombre, y aunque le entendemos como si nos hablara en griego, no podemos negarle nuestra veneración.

Previo el acordado signo de inteligencia con Ignacia, yo daba la razón á mi madre en cuanto decía, para no turbar su *sancta simplicitas*, don del cielo que á mis ojos la elevaba sobre toda la miseria humana. Conforme conmigo, á su suegra tributaba mi mujer el homenaje de una filial obediencia, y así vivíamos en admirable paz, gozosos, descansados, dejándonos querer, y abdicando toda nuestra voluntad en la de aquel sér angélico y providente que no vivía más que para nuestro bien. Tales miramientos y cuidados, que más bien eran mimos, gastaba en el trato de su hija, que no permitía que se levantase para tomar el desayuno, y había de servírselo en la cama ella misma, dándole el chocolate sorbo á sorbo, y metiéndole en la boca el bizcocho mojado, como á los niños, con rigurosa medida de los bocadillos y de las tomas; todo ello entreverado de frasecillas tiernas, á media lengua, como si más que con la hija, hablase con el nieto que según ella pronto había de venir al mundo. Y á mí solía decirme

muy seria: “Ya empiezan los antojitos, y si no estoy equivocada, también hay mareos...”, “¡Pero, mamá—le contestaba yo,—si todavía...”, Pero como no había razones que de su infundado convencimiento la apeasen, tanto Ignacia como yo dejábamos que su alma se adormeciera en aquel dulce ensueño.

Por mi padre, no menos inocente que mi madre, si bien eran de orden distinto sus candideces, venían á mí noticias de Madrid y los dejes de aquel mundo tumultuoso así en lo político como en lo social. Moderado acérrimo, el buen señor ponía sobre su cabeza, después de Narváez, al gran Sartorius que á todos nos protegía, y suscrito al *Heraldo* se lo leía enterito desde el artículo de fondo hasta el pie de imprenta final, sin omitir los anuncios y el folletín, que era en aquellos días *Las Memorias de un Médico*, por Alejandro Dumas. Terminado el gran atracón de lectura, extractaba mentalmente lo más interesante para ponerme al tanto de los sucesos, y lo hacía por el método y plan de aquel famoso periódico, que dividía todo su material en secciones bajo la denominación de *Partes: Parte Política, Parte Oficial, Parte Religiosa, Parte Industrial*, y por último la gace<sup>1</sup>illa, noticias de orden privado, y cuchufletas, que eran la *Parte Indiferente*.

Dando á cada suceso su verdadero valor informativo, que con el tiempo debía ser histórico, mi padre me contaba las incidencias del grave pléito que teníamos con la

Inglaterra, por haberse atrevido Narváez á dar los pasaportes al inquieto y entrometido Embajador Bullwer; y repetía trozos del *Ti-mes* (pronunciado como lo escribimos), y los discursos que sobre el caso oyó la Cámara de los Comunes, de la propia boca de Lord Palmerston y de D'Israeli y del afamado Sir Roberto Peel (pronunciado también como se escribe). También me daba cuenta del inaudito chorreo de firmas que diariamente se agregaban á la exposición dirigida á Su Majestad, pidiéndole que siguiera Narváez atizando palos á rosó y velloso, único medio de atajar la revolución que de las naciones europeas quería metérsenos aquí; luego me hacía un resumen de las críticas literarias de Cañete y de Navarrete, sobre ésta y la otra función dramática, y por fin, concediendo un modesto lugar á la *Parte Indiferente*, me refería que habían llegado Mister Price y su hijo al Circo de Paúl, y que Macallister y su esposa maravillaban con sus artes diabólicas al público de San Sebastián. Esta parte del periódico solía ser más que ninguna otra del agrado de Ignacia, y yo mismo encontraba en ella noticias que referidas como cosa baladí resultaban á mis ojos como sucesos de inaudita gravedad; por ejemplo: leyó mi padre que en un pueblo de Soria se había descubierto el estupendo caso de que todos los mozos útiles y robustos, de ocho años acá, daban en la flor de cortarse la primera falange del dedo índice de la mano derecha con el santo fin de eludir el ser-

vicio militar. ¡Qué cosa más tremenda! ¡Brutal crimen contra la patria! ¿Qué país era éste? *¿Quam rempublican habemus? ¿In qua urbe vivimus?* Sin quererlo imitaba yo á Cicerón en la iracundia de mis anatemas contra un pueblo que de tal modo delata su desquiciamiento moral y político. Donde así se debilita el sentimiento patrio, ¿qué puede resultar más que un engaño de nación, un artificial organismo sin eficacia más que para la intriga y los intereses bastardos? Esto de los *intereses bastardos* fué dicho por mi padre, que usaba para todo este modo de señalar el egoísmo de nuestros políticos. Yo iba más allá, y con frase más enérgica marcaba la ineptitud de la raza para las ideas modernas.

Lo que no nos decía *El Heraldó* (que los papeles sólo nos dan la corteza y rara vez la miga del pan público) lo sabíamos por cartas que mi hermano Ramón recibía de Agustín. Las discordias entre los moderados de más viso no dejaban á Narváez entregarse con desahogo al ejercicio de su dictadura paternal, y por otra parte siempre estaba el hombre con la pulga en el oído, temiendo que en Palacio le armaran la zancadilla. El Rey no le quiere, la Reina Madre tampoco, y alrededor de Sus Majestades bullen enemigos encubiertos del *Espadón de Loja*. Las últimas noticias de desavenencias entre los políticos eran que los acusadores de Salamanca extremaban la guerra contra el simpático capitalista, y que Pidal y Escosura se

tiraban los trastos á la cabeza. Decíase que Pidal trabajaba con O'Donnell para que viniese á ser la espada *moderada*, quitando de en medio á D. Ramón por atrabiliario y un poquito populachero. Y como la inquietud de los demagogos y anárquicos era cada día mayor, Narváez no cesaba en los envíos de deportados á Filipinas, sistema expurgatorio que mi padre juzgaba de segura eficacia. “No hay otro medio —nos decía con dogmático acento. — Si el cuerpo humano no se limpia de malos humores y de los *elementos* de toda indigestión más que con las tomas de buenas purgas que acarreen para fuera lo que sobra y perjudica, el cuerpo social no entra en caja de otra manera, hijos míos. Y el buen resultado de estos limpiques tan bien administrados por Sartorius y Narváez es doble, porque purgamos á España, y á las islas Filipinas las beneficiamos... pues.,

### III

Llamados por las obligaciones de su oficina regresaron padre y hermano á Sigüenza. La compañía de mi madre colmaba todos los anhelos de nuestro corazón, y como sociedad, bastante teníamos con los amigos que nos visitaban, descollando en nuestro afecto el Sr. D. Buenaventura Miedes, erudito investigador de las antigüedades atenzanas. Por su extremada bondad, por la pureza de su

alma candorosa, le perdonábamos la pesadez é inoportunidad de sus históricas lecciones, y llevábamos con paciencia las prolijas noticias que nos daba de la antigua *Tutia*, capital de *los afamados Thiclos*. Todo esto, así como las guerras de Sertorio, la traición de Perperina, la muerte alevosa que éste dió al arrogante tribuno militar, nos tenía sin cuidado. Una tarde entera de las de la huerta, nos tuvo con las ansias del fastidio contando la batalla que riñeron el dicho Sertorio y un tal Metelo en las inmediaciones de Sigüenza. Luego nos habló del monte llamado Alto Rey, y del hondo valle que al pie de esta eminencia y frente á nuestro Castillo se abre, desde la cuenca del Henares á la del Duero. “Esta angostura—nos dijo,—es el pasadizo habitual de la historia de España. Iberos y romanos, castellanos y agarenos han entrado y salido por él en sus invasiones y continuas guerras. Por allí pasó Almanzor cuando vino á encontrar la muerte en Medinaceli; por allí pasó el Cid cuando despedido del Rey emprendió la gloriosa campaña que nos cuenta y canta el Romanero; por allí todos los Alfonsos; por allí en nuestro siglo el General Hugo; por allí el Empecinado; por allí Cabrera....”

Sólo mi madre ponía en aquellas rancias historias una deferente atención, que no por manifestarse con la fijeza de los ojos y la benévola sonrisa era menos inconsciente. Oyéndole otra tarde repetir el nombre de Sertorio, preguntó mi madre si el *caballero*



*romano* de este nombre era ó pudo ser antecesor de nuestro contemporáneo D. Luis Sartorius, Conde de San Luis, pues la semejanza de ambos términos hacía creer que fueran un solo apellido alterado por el tiempo. Acudí yo pronto á desvanecer lo que juzgaba disparate; pero el eruditísimo Miedes, que como buen caballero no quería que el corto saber histórico de mi madre quedase desairado, tomó la palabra y salió por este hábil registro: "No diré yo que los Sartorius de Sevilla vengan del romano Quinto Sertorio; pero tampoco lo negaré, pues sabido es que la larga permanencia de éste en España dejó sin duda semilla en toda la región Tarraconense y aun en la Lusitana y Bética... No obstante, con permiso de mi señora Doña Librada, me atreveré á poner en cuarentena toda etimología romana de apellidos españoles, pues aun á la del mismo Diego Porcellos, poblador de Burgos, que según el *Cronicón Emilianense* era el apellido señorial más antiguo, le ha negado la moderna crítica el abolengo romano, y demostrado está que no viene de *procella*, como quien dice, *tempestad*; ni de *porcelli*, reunión ó ayuntamiento de animalitos de la vista baja, con perdón; ni tampoco se debe buscar su origen en el Monasterio de *Porcellis*, en territorio de Oca, como asientan Sandoval y Berganza; ni en el señorío de *Porciles*, perteneciente á la mitra de Burgos, según el libro Becerro, resultando que ni por una parte ni por otra se puede probar

que fuera romano el tal *Porcellos*, cuyo verdadero nombre castellano fué *Didacus Rodèrici*, que es como decir Diego Rodríguez... Búsquese el origen de nuestros apellidos en los troncos góticos ó germánicos y sarracenos, por donde se ve que los Bustos de Lara vienen de los *Gustioz*, *Gudestios* ó *Gudestcos*; los González de *Gundilsaros*, los Suárez de *Suero*, y éstos del arábigo *Azur*... Aprovechamos mi mujer y yo la llegada del correo para huir graciosamente de la desencadenada sabiduría del buen Miedes; pero mi pobre madre, que en paciencia y bondad se deja tamañitos á todos los santos del Cielo, aguantó sin pestañear el chubasco, que aún duró media hora, más bien más que menos.

En la dulce uniformidad de aquella existencia, sucediéndose placenteras las horas, sólo un hecho me sorprendía y maravillaba, y era el despertar de Ignacia, el paso de su timidez á las solturas de un nuevo carácter, y la resplandeciente aurora de su inteligencia, como un *fial lux* pronunciado por el dios Himeneo. Mientras se trató de que nos casáramos, en lo que, según dije, no hubo poca violencia de mi parte, ni la más leve muestra ví del fruto que después había de admirar en ella. ¡Y yo, en aquellos días tristes, ufano de conocer el mundo y la humanidad, me equivocaba como un tonto, suponiendo en mí prometida las cualidades negativas de una bestia que á su fealdad unía la supina estolidez! ¿Cómo no percibí, cómo no

adiviné las facultades de Ignacia, escondidas bajo tan desairadas apariencias? Era que la educación encógida, con tanto mimo y tanto arrumaco doméstico y religioso, había guardado en envoltura de sobrepuestas vitelas aquellos tesoros, poniéndole sellos tan firmes que no pudieran romperlos más que el matrimonio, cariño y confianza de marido. Arrancado el sello por un amor que á los demás amores se sobreponía, descubriéronse las escondidas joyas, y una tras otra iban saliendo del forrado y pegoteado estuche.

La mujer que antes me había parecido despojada de todo encanto era la misma bondad; los chispazos de razón fueron bien pronto un luminoso rayo que todo lo encendía y alumbraba. Discurría sobre lo divino y lo humano con un sentido que era mi mayor gozo; y descubriendo cada día nuevas aptitudes, expresaba las ideas con *dénaire*, que el uso iba trocando en gracia exquisita. Pero lo más admirable en ella, lo que mayormente me cautivaba era su templada voluntad, procurando en todo caso acordarse con la mía y con la de mi madre, la ausencia completa de gazmoñerías, impertinencias y salidas de tono, y el sentido de corrección unido siempre á la ternura conyugal y filial. Desgraciadamente, á la transformación espiritual no podía corresponder la física, y María Ignacia en rostro y talle no podía desmentirse á sí propia. Un poco había enflaquecido y el *desaire* de

su cuerpo era menos notorio; en su rostro, los ojos habían ganado en viveza, ó al menos á mí me lo parecía; la boca no tenía enmienda, por más que yo, influído de la buena voluntad en contados momentos, la creyese menos desapacible. Diré también, completando el elogio de mi cara mitad, que Ignacia tenía conciencia de su falta de encantos naturales, y que resignada y tranquila sobre este punto, no pretendía con afeites ó violentos artificios disimular sus defectos. Era una fea que no presumía de guapa ni reclamaba los honores de tal; la sencillez y la naturalidad sin pretensiones dábanle un cierto encanto que por momentos podía sustituir á los que el Cielo no quiso concederle.

Adivino la pregunta que me hacen los que esto lean, y acudo á contestarla. Sí: yo amaba á Ignacia, y mejor será que hable en presente asegurando que le tengo amor, sin meterme en un profundo análisis de este sentimiento, que podría resultarme estimación cariñosa. Sea lo que quiera, mi consorte me inspira un entrañable afecto, que há de crecer y arraigarse con el trato. La obra de Sor Catalina de los Desposorios ha resultado más dichosa de lo que yo creía. ¿Sabéis en qué conozco que amo á mi mujer? Pues en que ahora me sabe muy mal la suposición de que se hubiera casado con otro. Este otro, que no existe, pero que bien pudo existir á poco que yo persistiera en mis escrúpulos, es un ente de comparación, ó una

equis que me sirve para demostrar la realidad del bien que disfruto. Y no entiendo por bienes exclusivamente las materiales riquezas, sino ella, mi esposa, en quien veo un apoyo moral, inapreciable refugio del espíritu si el Destino me depara, como presumo y temo, grandes tribulaciones y naufragios.

La templanza del estío en aquel clima convidábanos á pasear por el campo, y éste era el mayor deleite de María Ignacia, que sabía satisfacer su gusto sin contravenir las prescripciones de mi madre en lo tocante á brincos y carreras. Largas caminatas hacíamos por los contornos del pueblo, por las vegas estrechas ó las lomas de sembradura y pastos, por las sierras calvas ó arbolados montes. Mi madre nos acompañaba hasta donde le parecía, agnardándonos con Ursula, su criada predilecta, en cualquier paraje visible donde pudiéramos reunirnos fácilmente. Solían ir con nosotros los chicos del Confitero (D. Casimiro Gutiérrez del Amo), alguna vez Tomasita la del Fiel de Fechos, casi siempre Calixta, la criada que trajimos de Madrid, y Rosarito Salado, la hija mayor del Alcalde, gran peatona, de extremada agilidad para escalar peñas y trepar á los árboles. Admirábamos la hermosura del campo y montañas; platicábamos con toda persona que al encuentro nos salía, mendigos inclusive; visitábamos casas, casitas y chozas; hacíamos paradas en medio de los rebaños, vadeábamos arroyos,

saltábamos cercas; tomábamos el tiento á la vida campesina, que es la vida madre de todas las demás que componen la nacional existencia. ¡Mundo harto diferente del de las ciudades, pero no menos instructivo! En él recibimos enseñanzas más profundas que las que nos ofrece la sociedad formada; en él nos preparamos para el conocimiento sintético de la humana vida. ¡El campo, el monte, el río, la cabaña! No es sólo la égloga lo que en tan amplios términos se encuentra, sino también el poema inmenso de la lucha por el vivir con mayores esfuerzos aquí que en las ciudades, y el cuadro integral de nuestra raza, más enlazada con la Historia que con la Civilización, enorme cantera de virtudes y de rutinas que componen el sér inmenso de esta nacionalidad.

Divagando en fáciles charlas, nos acomodábamos á las cortas luces de los que iban en nuestra compañía, y si algo aprendían ellos de nosotros, yo no extraía poca substancia de sus pintorescos relatos y de sus ingenuas observaciones. Monte arriba, ó por tortuosos senderos faldeando las colinas, hablábamos de animales, de cosechas, de brujas, de milagros, de pobres y ricos, de personas, anécdotas y chismajos del pueblo, ó de astronomía popular, sacándole á relucir á la luna y á las estrellas toda su historia secular y romántica. Una tarde que volviendo del camino de Naharros, entrábamos por junto al Salvador y la Corredera, nos paramos á contemplar la mole del Castillo y su



ingente pedestal de roca, inmensa hipérbole del esfuerzo humano trabajando en audaz porfía con la Naturaleza. Rosarito Salado, que siempre iba delantera, nos dijo que por la cuesta empedrada, más arriba de la Trinidad, iba D. Ventura Miedes. Propuso la Rosarito que subiéramos en su seguimiento; pero María Ignacia se negó á ello recordando que mi madre nos tenía muy encomendado que no fuéramos nunca al Castillo, porque entre sus ruínas andan demonios maléficos, ó genios burlones, amén de alimañas terrestres de lo más dañino... Vimos al sabio; con la mirada le seguimos en su marcha fatigosa, y por el *Arco de Guerra* tomamos la dirección de nuestra casa.

Era D. Ventura Miedes de alta estatura que rara vez se veía derecha, sin ningún aire ni garbo; vestía en invierno y verano un cumplido levitón que le hacía más enjuto, y en sus andares iba siempre tan desaplomado como si fuera movido del viento más que de su propia voluntad. Sus pies grandísimos calzaba con zapatos de paño, en que se marcaban tales protuberancias que parecían dos sacos negros llenos de avellanas y nueces.

A la siguiente tarde, visitando las ruínas de San Antón, también le vimos subir al Castillo. Como el viento fresco que venía de Monte Rey agitaba sus faldones, y las desigualdades del piso le obligaban á hacer balancín de sus brazos, se me representó cual un árbol escueto, de la familia de los cho-

pos, que descalzando del suelo sus raíces se lanzase á correr, perseguido de Céfito y Abrego burlones. ¡Pobre Miedes! Según mi madre, no había hombre más completo, de corazón más puro, de procederes más intachables. Poseedor, en mejores tiempos, de unas tierras de labor y prados, tuvo y gozó el bienestar que da una medianía decorosa; pero la pasión de los libros, en que empleaba lo más de su hacienda, llegando á vender una finca para comprar papel impreso, su despego del trabajo agrícola, y sobre tantos yerros la mala cabeza y devaneos de su mujer, ya difunta, y de su hijo único, profesor de todos los vicios, le habían traído á la miseria mal tapada con sutilezas de la dignidad y disimulos ingeniosos. Vivía solo con su biblioteca y una criada viejísima, á quien llamaban *la Ranera*, que guisaba para los dos y barría toda la casa menos la librería, donde es fama que jamás entraron escobas. La edad del erudito señor andaba ya al ras de los setenta. Según oí, se había conservado con ágiles disposiciones hasta bien pasados los sesenta; pero ya iba de capa caída y daba tumbos con los pies y la cabeza, la cual, de tanto cavilar en romanos y celtíberos, perdía notoriamente su aplomo y gravedad.

Otra tarde que también le vimos (y era la tercera vez) camino del Castillo, mi madre no le quitó los ojos hasta que le vió perderse entre los muros, como el aguilucho que penetra en su nido, y á poco nos dijo suspirando: "A mí, que le conozco bien, no me

hará creer D. Buenaventura que todas esas visitas al Castillo, mañana y tarde, son para deletrear los garabatos, en lengua romana ó arábiga, de aquellas piedras más viejas que el pecar. Todo lo que allí escribieron los antiguos, lo tiene el buen señor bien sabido de memoria. Va sin duda por la querencia de alguna familia de menesterosos que se ha refugiado entre las ruínas, porque habéis de saber, hijos míos, que no ha nacido hombre más cristiano ni más caritativo que este señor de Miedes. En pobreza y falta de medios pocos le ganan. Pues ahí le tenéis buscando misérambles con quienes partir el pedazo de pan que Dios le concede.

—Así es sin duda—dijo María Ignacia.—Ayer me contó la Prisca que le vió subir muy de mañana con un manojo de cebollas y la mitad de un pan de cuatro libras. Pobres habrá en el Castillo, y si usted nos da licencia, allá iremos Pepe y yo á conocerles y á llevarles algo para que coman y vivan. Mala cosa es la necesidad, y no tiene perdón de Dios el que conociéndola no acude á remediarla.

## IV

—Andaos con pulso en esto, queridos hijos—díjonos mi madre,—que si os inflama el espíritu de caridad, bien podéis satisfacer mandando vuestra limosna con persona

de casa. Pero no subáis: yo no he subido nunca, que desde niña me infundieron miedo al Castillo, y jamás, en mi larga vida, lo he podido desechar. ¿Llamáis á esto superstición? Dadle el nombre que gustéis: yo lo llamo respeto á la costumbre, y persistencia en los sentimientos que en mi niñez me inculcaron. Harto sé que es pecado creer en brujas y en apariciones de duendes ó trasgos; pero no me negaréis que el Espíritu Maligno existe, y que hay Infierno, y por consiguiente diablo y diablillos que andan siempre en el ministerio de tentarnos y hacernos todo el mal que pueden... Y no me digáis que lo que hace D. Buenaventura podéis hacerlo vosotros, pues con eso no estoy conforme. Es el amigo Miedes muy descuidado, no sólo en las ideas, sino en su persona y vestimenta, como habéis visto, y con tal de socorrer á una cuadrilla de vagabundos, no repara en que sean gitanos piojosos ó ladrones disfrazados de mendigos. ¿Qué le importan á él las porquerías y el mal olor? Me ha contado *la Rancera* que una vez, volviendo de pasar la tarde entre unos húngaros caldereros, trajo el buen señor tal carga de miseria, que para limpiarle y mondarle el cuerpo fué menester ponerle en ceneros vivos y sahumar toda la ropa. ¿Pues quién os asegura que los tales inquilinos del Castillo no son una partida de bandoleros, que se hacen los pobrecicos para merodear durante la noche y quizás para asesinar al que cojan descuidado? No, no; no subáis allá, que yo,

por de pronto, trataré de sonsacar al sabio para que me cuente el motivo de tantas subidas y bajadas, llevando provisiones de boca y trayendo... sabe Dios lo que traerá.,,

En errogado al día siguiente, Miedes nos contestó con evasivas que aumentaron nuestra curiosidad. Lo que mi madre principalmente daba por averiguado era que el erudito de Atienza padecía miseria horrorosa, que ya no cabía dentro de los decorosos engaños. Para remediarle sin ofensa y proveerle de víveres, mi madre se valía de mil artificios. Con pretextos más ó menos ingeniosos, allá iba el criado casi todas las mañanas llevando al anticuario, para que lo probase y diera su opinión, bien la cesta de patatas nuevas, bien la ristra de cebollas, el montón de judías ó la media docena de frescas lechugas, todo de nuestra feraz huerta. Con estos regalitos y otros que en forma no menos delicada le hacía el Cura, se apañaba el pobre y reparaba las faltas de su menguada despena.

Invitado á cenar con nosotros el Cura Don Juan Taracena, nos dió explicación de las antiguas y de las nuevas candideces caritativas del Sr. de Miedes, refiriéndolo con risas y comentarios humorísticos que revelaban así la compasión por el anticuario, como la estima en que tenía sus buenos sentimientos. “Es un sabio tonto—nos dijo,—y un alma de Dios, en la cual se juntan la erudición pasmosa y una simplicidad digna del Limbo. Desde que le conozco, y de ello hará trein-

ta años largos, le he visto dominar todas las ciencias históricas y proteger á todos los perdidos. Su mujer le salió rana, y pez el hijo único que tuvo, el cual desde temprana edad despuntó por su vagancia y malos instintos. El dinero de Miedes, antes que suyo era del primero que lo había menester, y con tanto descuido lo daba, que era como si se dejase robar ó si se estafara á sí mismo. Regalaba hoy un puñado de duros al primer farsante que pasaba por el pueblo, y mañana le veíamos remendando sus propios zapatos. Delante de mí cambió una excelente mula por dos tomos del *Cronicón del Obispo de Tuy*. En cierta ocasión hipotecó el prado de Huérmeces para socorrer á unos parientes pobres, que á los dos meses le pusieron pleito; y cuando su mujer, que se había fugado con Boceguillas, fué á parar abandonada y enferma al hospital de Cogolludo, ¿qué hizo el hombre? Pues ir en su busca y socorrerla y traerla á casa.

—Eso es caridad—dijo prontamente mi madre,—y con perdón, no hay que vituperarlo.

—Caridad es, sí señora, y soy el primero en alabar el rasgo; pero fíjense en una cosa: para todos los gastos del viaje á Cogolludo y retorno, y el costoso de médicos y medicinas, vendió el sabio por poco más de un pedazo de pan sus tierras de Cincovillas. ¿Y todo para qué? Para que la Bibiana se pudiese buena. Buena que estuvo la condenada, le faltó tiempo para fugarse con el bar-



bero de Zorita de los Canes... ¿Y Miedes? Pues emborronando una resma de papel para demostrar... allá lo mandó á la Academia de la Historia... para demostrar que el llamado *García Eneco*, yerno de *Isur* ó *Suero*, y muerto en la batalla de Albelda, no es Iñigo Arista, primer caudillo de los navarros, sino... qué sé yo, el demonio coronado. Para no cansar á ustedes, ¿saben de qué gentuza se nos apiada hoy D. Ventura? ¡Ay! éstos son otros Sueros, otros celtíberos ó de la familia del propio Tíbal, el primer vecino de España. ¿Se acuerda usted, Doña Librada, de aquel Jerónimo Ansúrez, que llegó acá de la parte de Sacedón hará diez ó más años, tomó en renta las tierras de los Garcías del Amo en Alpedroches, y unas veces por poca suerte y asolación de sequías y pedriscos, otras por mal arreglo, vino á la ruína, y anduvo en justicia, los hijos se le desmandaron, y uno de ellos dió muerte al molinero de Palmaces?

—¡Ah! sí, ya me acuerdo... ¡Ansúrez! Llamábanle *el alforjero*, que éste es el mote que aquí damos á los de Alpedroches... Ya recuerdo... Y el hombre tenía lo que llaman ilustración, ó un atisbo de ella. Se expresaba con donaire, y daba gusto oírle.

—Como que le criaron los benedictinos de Lupiana, y hasta su poco de latín burdo sabía. ¿Recuerda la señora que tuvimos que echar un guante los pudientes para reunirle con qué salir de aquí? Pues esta calamidad de familia fué á caer en el Burgo de

Osma, donde no tuvo más suerte ó mejor conducta que en Atienza. Uno de los hijos mató á un sanguiuelero, y otro descalabró al alcalde de Quintanas Rubias. Echados del Burgo, se perdieron de vista por algún tiempo. Dispersáronse los hijos como para asolar toda la tierra: uno de ellos dicen que se mutiló el dedo índice para esquivar el servicio del Rey; volvieron algunos junto al padre... Por fin, según entiendo, después de vagar en tierras de Soria y de Ternel, ó pidiendo limosna, ó quizás tomándola antes que se la den, han recalado por aquí.

—¿Y esos son—dijo mi madre tan sorprendida como alarmada, los nuevos amigos del bendito Miedes?... ¿Y esa es la pandilla que visita y la miseria que socorre?... ¿Ansúrez...?

—El mismo que viste y calza... Miento, que según me ha dicho el sabio, van todos ellos un poco ligeros de ropa.

—Pues debemos vestirles y calzarles—dijo Ignacia,—para que cuando entre el frío no les coja en tal desamparo. ¡Pobrecitos!

—Ya sabrá nuestro Alcalde—indiqué yo,—qué clase de huéspedes tenemos, y procurará darles pasaporte. Sean como quiera, vagos de oficio, apóstoles de la religión del *dolce farniente* ó ladrones en cuadrilla, no se van de aquí sin que yo los vea.,

Sobre esto se discutió largamente, opinando mi madre por que no subiera yo al Castillo, á menos que me acompañase con la Guardia civil el señor Cura, para que su

presencia ahuyentase y confundiese cualquier invisible maleficio que por allí anduviera. Defendió María Ignacia con calor la visita, y resumió graciosamente el Cura las diferentes manifestaciones proponiendo ir todos, menos mi madre, á quien contaríamos lo que viésemos, en la seguridad de que ni rastro de demonios ó duendes habíamos de encontrar en aquellas alturas. Sin negar que existiesen demonios, aseguró el buen Taracena que él no los había visto nunca, como no fueran tales los que en forma humana vemos por el mundo, con cara y hábitos de perversos egoístas, embusteros, crueles, hipócritas, matones y aficionados á lo ajeno. Para éstos no había más exorcismo que la ley, y á falta de ésta la sanción religiosa, que á cada cual en la otra vida designa su merecido según sus obras. Es el Cura de San Juan de Atienza un excelente hombre, puntual y correctísimo en las funciones de su ministerio, buen maestro en cosas del mundo y en el conocimiento de toda flaqueza, sin que se le pueda poner tacha más que por los pecadillos de hablar sin freno, de comer con demasiado gusto y abundancia, y de beber intrépidamente en solemnes casos. Siendo yo niño y él grandullón, me quería, y con amenos cuentos, á veces sucios, nunca deshonestos, me divertía; ahora me considera, y gran devoción tiene por mí. Aunque nada me dice, yo le descubro la ambición de una canongía de dignidad en la catedral de Sigüenza. Ya veremos...

Y á la mañana siguiente muy temprano, cuando yo no había salido aún de mi cuarto, sentí discretos golpes de nudillos en la puerta, y á poco una voz comedida y grave que decía: "Sr. D. José, si la señora Marquesa está con usted en este camarín, no pretendo entrar, ¡Dios me libre!; pero si está usted solo en sus lavatorios de caballero, le suplico que aunque se halle en paños menores me franquee el paso, que es muy urgente, pero mucho, lo que tengo que decirle.."

No conocí la voz de Miedes hasta la mitad de la oración suplicante, y antes de que sonaran los últimos vocablos abrí la puerta, y doblándose penetró en mi cuarto la estirada figura del sabio de Atienza. Con menos pureza de frase que la que comunmente usaba, turbado y presuroso, me pidió que interpusiese mi valimiento con el Alcalde D. Manuel Salado para que éste no arrojara del castillo al infeliz padre y más infelices hijos que entre aquellos muros se albergaban, y que le quitase de la cabeza la cruel idea de mandarles á Guadalajara por etapas entre estos cuadrilleros á la moderna que llamamos guardias civiles... Como yo me mostrase muy dispuesto á secundar sus humanitarios propósitos, díjome con cierto temblor del habla que los tales no podían ser calificados de malhechores ni tampoco de personas recomendables, y que su exacta calificación no será fácil mientras no se admita con carta de naturaleza regular la elase y matrícula de *delincuentes*

*honrados*, ó sea de los que por designio de la Fatalidad, ó por impulso de las hondas necesidades no satisfechas, hambre y sed, ó por diversos móviles nacidos de las mismas leyes que nos protegen, así como de las que nos oprimen, se ven lanzados á una ó más acciones... maléficas, ó con apariencias de maldad, conservando en sus almas la buena intención y el principio fundamental de la virtud...

No copio más que lo esencial de la retahíla que me endilgó el cuitado Miedes, acariciando los botones del levitín que yo acababa de ceñirme, y añadido que la cabeza de mi amigo ilustre me pareció enteramente trastornada. Con todo ello se redobló mi curiosidad. Mi mujer, no menos interesada que yo en el asunto, vistióse prontamente en el cuarto próximo y salió á saludar al sabio; invitámosle á desayuno; recogimos á Taracena, que en el comedor nos esperaba ya charlando con mi madre; echónos ésta su bendición, y subimos á la Trinidad para emprender de allí la marcha hacia el Castillo. Por el empinado sendero, explicaba D. Juan á mi mujer la importancia de aquella feudal fortaleza y atalaya, las ventajas de su emplazamiento frente á la angostura ó pasadizo que comunica las dos Castillas; y Don Ventura, que á cada paso que dábamos me parecía más dislocado del cerebro, me anticipó la presentación de las ilustres personas que íbamos á visitar: "...Este Ansúrez, Jerónimo en lenguaje cristiano, por distin-

tos mote conocido: *el alforjero* en Alpedroches, *hidalgo* en Bustares, *bragado* en Atienza, *respeño* en Hiendelaencina, hombre aquí y acullá digno de estudio, no tiene, como verá usted, nada de vulgar. Por algún tiempo le diputé sucesor de aquel famoso *Abo l'Assur*, ó *Al Ebn Asshaver*, que de ambos modos lo designan las historias, señor de las ciudades de Nájera y Viguera, en los confines de Castilla y Navarra... pariente próximo de *Abo l'Alondar* (*hijo del Victorioso*), á quien se atribuye la destrucción de la antigua *Centóbriga* que algunos llaman *Contrebia*....”

Por piadosa cortesía, que siempre debemos á los dañados del juicio, le manifesté mi sorpresa de que se hallaran tan dejadas de la mano de Dios personas de altísimo abolengo; y él me contestó: “No presume este buen hombre de linajudo. La investigación de su progenie es cosa mía... cosa enteramente mía, Sr. D. José....” Y parándome luego en lo peor de la cuesta, cuando ya María Ignacia y el cura se aproximaban á las ingentes ruínas, el trastornado investigador de la Historia bajó la voz para decirme con misterioso acento: “Dando vueltas en el magín á esta pícara idea, he venido á rectificar mi primera opinión, y cayendo del burro de mis preocupaciones arábicas, opino y sustento que estos Ansúrez no tienen nada que ver con el caballero *Abo Assur*, ni con ningún otro de casta agarena, y que su abolengo es celtíbero, pura y castizamen-



te celtíbero, como lo acredita el nombre, que derivo del *Zuria* ó *Zuri*, digamos *Jaun Zuri* (*el señor blanco*), tronco y fundamento de los afamados vascones... Dí algunos pasos hacia arriba; pero Miedes me detuvo, clavó en mis botones la crispada garra, y mirándome con ojos centelleantes, acabó su lección en esta extraña forma: "Es indudablemente el *Zuria* celtíbero, conservado al través de los siglos en su pristino vigor de raza. Demuestro, como dos y tres son cinco... sí, D. José querido, lo demuestro, y veamos si hay un guapo que me desmienta... demuestro, digo, y ello es tan claro como la luz del día, que este *Zuria* viene de aquella rama ó familia céltica que del Monte Taurus ó de la Paphlagonia nos mandó el Oriente y se estableció en esta región, que andando los siglos vino á llamarse *Algaria*, en labios del moderno vulgo *Alcarria*. La tal rama céltica, que Strabón y Appiano llaman *Kimris*, y Diodoro de Sicilia *Cimmerianos*, era sin duda la más hermosa, la más inteligente; y no falta quien sostenga que estas tribus, á su paso por el Atica, engendraron á los Titanes y á los dioses Saturno, Rea y Júpiter, de quienes salió todo el paganismo; como también se dice, y yo no he de negarlo, que de los mismos proceden los hebreos y caldeos... Que en el curso de tantos siglos y con tantas alteraciones y mudanzas se mantiene pura esta soberana raza, la más bella, Sr. D. José, la mejor construída en estéticas proporcio-

nes, Sr. D. José, la que mejor personifica la dignidad humana, la indómita raza que no consiente yugo de tiranos, Sr. Don José, bien á la vista está; y usted podrá, ¡carambo! apreciar por sí mismo estas verdades, que no desmentirá... verdades que no consiento sean contradichas, porque aquí está Ventura Miedes para sostenerlas en todo terreno, Sr. D. José... para imponerlas y hacerlas tragar á los incrédulos y testarudos... Lo dice Ventura Miedes, y basta, basta....”

Pensé que me arrancaba los botones. Ya comenzaba á serme molesto el tal sabio, y hube de apartarle para seguir mi camino. En esto, mi mujer y el Cura, que habían traspasado ya el arco de entrada al Castillo, salieron, Ignacia de prisa y ceñuda, Taracena con calma y jovial. Advertí en mi esposa una palidez y expresión de susto que me alarmaron, y no dudé que había visto algo muy desagradable. Antes que yo pudiera interrogarla, me dijo: “No entres, Pepe... Mamá tenía razón... Hay demonios..”

## V

La franca risa con que el buen párroco acogió estas turbadas expresiones, me tranquilizó. “No hagas caso, Pepito: la señora Marquesa se asusta de la majestad del lugar, de la imponente elevación de los muros. En

cuanto á los habitantes, nada tienen de terroríficos. Entra y verás.

—Fué la primera impresión—dijo Ignacia agarrándome el brazo.—Entraré contigo si quieres; pero mejor fuera no haber venido.

—¡Qué tontería! Sean lo que quieran, ¿nos van á comer? Entremos, y vaya por delante de *cicerone* el Sr. de Miedes.,

Salvamos el boquete abierto en el adarve, pasamos junto al cubo, que enhiesto y amenazador se mantiene, desafiando el cielo, subimos la escalera que conduce al interior de la torre del Homenaje, de la cual sólo queda un cascarón informe, y bajo una bóveda festoneada de hierbatos, encaramos con la familia errante, que allí tenía su aposento. Adelántose á recibirnos el padre ó cabeza de la pequeña tribu, Jerónimo Ansúrez, el cual con cortesía solemne, muy de caballero, nos dió los buenos días. Era un viejo hermosísimo, de barba corta, como de quien abandona por muchos días el cuidado de afeitarse, expresivo de ojos, aguileño de nariz, la cabeza gallardamente alzada sobre los hombros, el cuerpo airoso y gentil, fácil en los movimientos, noble en las actitudes, vestido de paño pardo con no pocos remiendos, que parecían heráldicos dibujos. Quedéme absorto mirándole, y por estar tan fija en él mi atención, tardé en hacerme cargo de las otras figuras. Eran sus hijos, tres en pie, dos tumbados. Al extender la vista por el círculo que formaban no lejos de su padre, ví entre

ellos á una mujer, que subyugó mis ojos. Era la mujer más hermosa que yo había visto en mi vida. Ni en Italia ni en España se me apareció jamás hermosura que con aquella pudiera compararse... Perfección tal de rostro y formas no se hallara más que en la Grecia de Fidias. Diría que me pareció caríatide; pero su temprana juventud no acusaba la necesaria robustez para sostener arquiv-trabes con su linda cabeza... La ví arrimada á un trozo de muro, á la izquierda; era la figura más distante de la de su padre. Apoyaba el codo derecho en una piedra, en la mano la barbilla. Cruzados los pies desnudos, cargaba sobre el izquierdo el peso del cuerpo esbeltísimo, incomparable en todas sus partes y líneas, de absoluta proporción en todos sus bultos.

“Es mi hija Lucila,—dijo el padre señalándola, y ella mirándonos con curiosidad un tanto desdeñosa, no hizo ni un movimiento de cabeza, ni pronunció palabra alguna.

—Este es el hijo segundo—dijo Miedes designando á un muchachón fornido, guapo, de tez tostada, que altanero nos contemplaba.—Su nombre es *Didaco* ó *Yago*, aunque vulgarmente lo llaman Diego. Y este otro es *Egidio*, Gil que decimos ahora..”

El tal *Egidio*, jovenzuelo muy parecido á su hermana, se adelantó á besarnos la mano. Junto á él vimos al que Miedes llamó *Ruy*, un chiquillo como de diez años, lindísimo, curtido del sol, medio desnudo, con

una piel cruzada en la cintura que le asemejaba al San Juan Bautista de la iconografía corriente. Los dos restantes eran yacentes estatuas: el uno dormía, el otro acababa de despertar y con soñolientos ojos nos miraba.

—Y á estos dos gandules—preguntó Taracena riendo,—¿qué nombre les da el amigo Miedes? ¡Ah! ya me acuerdo: el tagaroto grande es *Gundisalvo*, y el otro *Leguntio*. Dígame, Ansúrez: ¿ese Leoncio ha cumplido los catorce años?

—Los cumplirá dos días después de la Virgen de Septiembre. Es el que sigue á Gil, y Gil sigue á Lucila, que ya cumplió los diez y nueve.

—¿Y cuál es el que se cortó el dedo para escaparse del servicio del Rey?

—Es ese que duerme, mi tercer hijo, Gonzalo: al mayor, que se llama como yo, lo tenemos en Centa, por un *achaque*...

—¿Llama usted achaques á los crímenes?

—Por una mala querencia, señor. Acciones hay malas que son nacidas del mucho querer.

—Como el querer de aquel galeote que se enamoró de la cesta de ropa. Y dígame: este *Gundisalvo*, ó Gonzalo, ¿es el que domestica cuervos y les enseña el habla, igualándolos á los loros?

—No lo tome á risa. Dos cuervos educó en el Burgo, que hablaban griego y latín...

—Vamos, que ayudarían á misa.

—Mejor que muchos cristianos. Uno se

vendió y á Francia lo llevaron: el otro me lo robó un sanguijuelero.,,

Nos sentamos, y sacando cigarrillos, á todos les dí, y fumaron el padre y los hijos mayores. Mi mujer, que de mi brazo se colgó pesándome en algunos momentos, no desplegaba los labios, y Miedes hablaba en voz queda con la moza Lucila, cuyo timbre de voz hasta mí llegaba como dulce y lejana música. Interrogado Ansúrez por el Cura y por mí acerca de las desdichas que le habían traído á tal pobreza y desamparo, se sentó en una piedra, y con gran sencillez de lenguaje, ni jactancioso ni servil, sino en un punto de sinceridad grave, nos dijo: “Yo, señores míos, soy un hombre de buen natural, ni de los que van para santos, ni de los que merecen condenarse; bueno cuando me ponen en condición de serlo, malo cuando me obligan á volver por mi interés; mas no tanto que puedan los más tirarme la piedra. El mundo es malo de por sí, y ésta nuestra tierra de España tan sembrada y rodeada está de males, que no puede vivir en ella quien no se deje poner trabas en manos y pies, dogales en el pescuezo, que al modo de cordeles son las tantísimas leyes con que nos aprieta el maldito Gobierno, y lazos los arbitrios en que nos cogen para comernos tantos sayones que llamamos jefe político, alcalde, obispo, escribano, procurador síndico, repartidor de derramas, cura párroco, fiel de fechos, guardia civil, ejecutor y toda la taifa que mangonea por arriba y por abajo, sin



que uno se pueda zafar... Yo, aquí donde me ven, no soy de los más legos, que los benitos de Lupiana me enseñaron lectura y escritura, y me apacentaron el entendimiento con libros que en mí dejaron alguna ciencia, aunque corta... Pero sin saber cómo pasé de aquel vivir á ctro, y me metí á labrador, lo cual fué, pueden creérmelo, como meterme en el laberinto de la perdición y en el infierno de la miseria. Quien dice labranza dice palas, hambre, contribución, apremios, multas, papel sellado, embargo, pobreza y deshonra... Pues aunque labrador, digo que no soy lerdo, y que si no me falta paciencia, condición primera del que se pone á dar azadonazos en la tierra mirando siempre para el cielo, me sobra lo que llamamos orgullo, ó como se dice, apersonamiento, que es el hipo de no dejarse atropellar, ni permitir que á uno le popen y atosiguen. Labrar la tierra es cosa dura, ¡ay!... ¡con doscientos y el portero!... y por labrarla de la peor suerte, con trabajo propio en tierras ajenas, salta en cada momento la cuestión de las cuestiones, aquélla que ya trae revueltos á los hombres desde que los hijos de Adán, ó sus nietos y biznietos, dieron en sembrar la primera semilla: la cuestión del tuyo y mío, ó del averiguar si siendo mío el sudor, mía, verbigracia, la idea, y míos los miedos del ábrego y del pedrisco, han de ser tuyos los terrones abiertos y la planta y el fruto... Pues yo, que sé trabajar como el primero, que en el libro de la tierra y del cielo

estrellado leo sin equivocarme, no he podido trabajar nunca sin que á cada vuelta me salieran la Partida tal, el Fuero cuál, el flsco por este lado, la escribanía por otro, las ordenanzas, los reglamentos, las premáticas, el amo de la tierra, el amo del agua, el amo del aire, el amo de la respiración, y tantos amos del Infierno, que no puede uno moverse, pues de añadidura viene el sacerdote con sus condenaciones, y delante de todos el guardia civil, que se echa el fusil á la cara... y si uno chista, cádate muerto. ¿Quién vive así? Yo he sido honrado, luego tentado á no serlo. Me han perseguido, me han atropellado, me han quitado lo mío y lo que tomaba para que los tomadores de lo mío me pagaran con lo suyo... me han metido en cárceles, me han puesto en escritura con papeles, y aquí estoy valiendo menos que la tinta que gastaron en contar mis desavíos; he perdido en una semana lo que en seis años gané; he recibido palos y los he dado con más gana de romper cabezas que de guardar la mía, y, por fin, llego á la vejez cansado de la lucha y sin otro provecho que las amarguras, rabietas y achuchones...

„Yo he mirado siempre por mis hijos, y ellos, si bien me quieren, mal me asisten, porque han heredado mi orgullosa condición, y son tales que no sufren dueño, de lo que resulta que descalabraron á mucha gente, y á más de cuatro hicieron sangre, pues cada cual tiene su honor, que no de otra manera que con sangría debe lavarse

si es manchado. Mis hijos son bravos, sufridos, y de mucho ingenio para todo; sólo que no ha nacido quien los meta en cintura, porque yo que hacerlo podría, he olvidado el modo de ordenar á los demás, no sabiendo ya cómo á mí propio me ordene. Somos todos indómitos, y aborrecemos leyes, y renegamos del arreglo que han traído al mundo los reyes por un lado, los patriotas por otros, con malditas constituciones que de nada sirven, y libertad que á nadie liberta, religión que á nadie redime, castigos que no enmiendan á nadie, civilización que no instruye, y libros que no se sabe lo que son, porque éste los alaba y el otro los vitupera. Por encima, un Dios que mira y calla y no suelta mosca, y por debajo un Diablo que si uno quiere venderse á él, no da ni para zapatos: tacaño el de arriba, tacaño el de abajo, y los hombres que están en medio, más tacaños todavía... Y si con lo dicho les basta para conocerme, no se hable más, y socórranme, librándome de que la Guardia civil nos fusile, ó de que un juez de manga estrecha nos meta en el pudridero de una cárcel... El señor Marqués, que es poderoso, hable con el Alcalde para que nos dé un salvoconducto con que podamos llegar á Madrid, pueblo grande y revuelto, donde hallaremos algún modo de vivir ni más honrado ni más deshonrado que los muchos que por allí hay. Oiganlo, señores, y sean compasivos, y no nos tengan por peores que los tantísimos que andan por campos y ciudades amparados de

leyes, vestidos de doctrinas, y con todos esos atalajes de honradez que han inventado los muchos para comer á costa de los pocos, ó los pocos que supieron hacer su granjería de la necedad de los muchos.,,

La primera impresión de este discursillo fué que teníamos que habérmolas con un pillete de finísimo sentido y trastienda. María Ignacia le oyó absorta, yo con el agrado que comunmente producen las bellezas del arte popular, Taracena con burlonas risas. Miedes, sentado á distancia, la cabeza entre las manos, parecía hondamente abstraído. Preguntado si era viudo, Ansúrez nos dijo: “Viudo tres veces. Mi primera mujer era manchega, aragonesa la segunda, las dos de muy buen ver...

—¿Y la tercera?

— Hermosa si las hubo... valenciana... Con ésta no estuve casado por bendiciones, sino por nuestro arrimo y conveniencia natural. De Dios están gozando las tres... Mucha ley me tenían, ¡con doscientos y el portero!

—¿Y qué nos cuenta el amigo Ansúrez de esta hija tan guapa, de esta Lucila—preguntó el Cura,—á quien el Sr. Miedes llamará *Lucinda*, *Lucánia* ó *Lucinelda*?

— Esta hija mía—replicó Ansúrez mirándola cariñoso,—ha venido á estas miserias por lo mucho que quiere á su padre: ¿verdad, Lucihuela?.,

Con miradas no más contestó la hermosa, conservando su gravedad de estatua. Los

chistes, no de muy buen gusto, con que Taracena ponderó el contraste entre tan admirable belleza y la ruindad de su vestimenta (que sólo consistía en una vieja falda y en una envoltura de trapo para el cuerpo), no merecieron de ella ni fugaz sonrisa. Pensé que á todos nos despreciaba profundamente.

“Aquí donde la ven los señores, sabe expresarse como las personas finas; sólo que es muy vergonzosa, y su mal pelaje le aumenta la cortedad. En una de las peores borrascas que me ha traído mi mala suerte, la puse á servir. Hallándose en Molina de Aragón, la vió una señora de Zaragoza, y tanto gustó de ella y de su buen modo, que se la llevó consigo, y en su casa la tuvo, tratada y vestida como una damisela, no sin que también le dieran la enseñanza de leer, escribir y algo de cuentas, coser, bordar y otras filigranas... Pero como para mi generación no hay manera de torcer el maldito sino con que todos venimos al mundo, la dama protectora de Lucila cerró la pestaña, y los herederos, que no gustaban de intrusos, plantaron á mi niña en la calle sin más que lo puesto y un cestito con vituallas para dos días. Anduvo la pobre de puerta en puerta en busca de acomodo, y ya porque lo hallara muy malo, ya porque el que halló pecaba de bueno en demasía, ello fué que mi honrada niña corrió por montes y laderas en busca de padre y hermanos, y después de andar todos tomando lenguas, ella por nosotros, nosotros por ella, nos juntamos en la

gran ciudad de Tarazona, y de ella hemos venido en luengos meses partiendo nuestra miseria, como los señores nos ven...„

Al llegar á este punto de su historia, hizo Ansúrez como que se secaba una lágrima, y Lucila miró para la otra parte de las ruínas; mas no advertí que llorase. Pensé que no gustaba de vernos, sintiéndose quizás ofendida de nuestra curiosidad reparona, y deseando la soledad como el máspreciado ambiente de su salvaje belleza. De improviso levantóse mi mujer, y cogiéndome el brazo, con notoria inquietud y turbación me dijo: “Vámonos, Pepe; no quiero estar más aquí...„

No la insté á consentir que permaneciéramos un ratito más interrogando á los Ansúrez, porque la ví con ardiente anhelo de retirarse. Tiraba de mi brazo con fuerza, y sin darme tiempo más que para prometer á los desgraciados que intercederíamos en favor suyo, me sacó de las ruínas repitiendo: “Vámonos... salgamos de aquí, si no quieres que me ponga mala...„

## VI

De mediano talante estuve toda la mañana, pues el grato efecto de la visita al Castillo se me convirtió en amargura viendo á María Ignacia muda y cavilosa, metida en sí, cual si una idea pesimista esclavizara su pensamiento. Sagaz observadora mi madre,



al pasar junto á nosotros, murmuraba: “¡Cuando digo yo que hay demonios!”, Con su sombría tristeza efectuaba María Ignacia una violenta reversión á los días pasados; se parecía más á mi novia que á mi mujer; creyérase que se le disipaba la recién adquirida gracia, y que se extinguían los chispazos de inteligencia, volviendo á imperar el mohín de niña vergonzosa y la desapacible estolidez de los días en que se me propuso el casorio. De sobremesa, se me antojó romper el silencio que mi mujer y yo guardábamos, convencido de que callando no íbamos á ninguna parte, y de que las explicaciones razonables disiparían aquella nube. Y antes de que yo dijese lo que decir quería, me interrumpió Ignacia con esta observación: “Guapísima es la hija de Ansúrez, ¿verdad? No creo que exista en el mundo mujer más hermosa. ¿Qué dices tú, Pepe?”

—Digo que es linda, sí; pero que con aquella suciedad y aquel vestir harapiento... Quitá allá, mujer.

—O eres tonto verdadero, ó tonto fingido, Pepe, y á mí no me haces creer lo que has dicho. ¡Suciedad! Todo eso es música. No había de tardar mucho en lavarse y ponerse como una patena cuando lo necesitara... Y á mí me parece que como la hemos visto luce más su hermosura. Parece una estatua, un cuadro no sé si de la Virgen ó de alguna diosa muy al fresco y á la pata la llana... Es la belleza en estado natural, lo mismo que Dios la crió. ¿No eran así las mujeres de la

antigüedad, cuando nosotras no usábamos corsé, y ustedes los hombres no conocían los pantalones, y andábamos todos con trajes largos, túnicas ó qué sé yo qué...?„

Al quedarnos solos, prosiguió María Ignacia de este modo: “Te aseguro que esa mujer me ha trastornado. ¡Qué quieres! empiezo á creer en el mal de ojo. De veras te digo que me cambiaría por ella, comprometiéndome á estar descalza toda la vida, mal cubierta de guiñapos indecentes, vagabunda, sin casa ni hogar... siempre que adoptaras tú la misma vida, dejándote crecer las gudejas y cambiando tu condición de señorío por el oficio de vender burros ó de componer calderos. Con tal de tener la cara de esa mujer y su cuerpo precioso, yo diría la buena ventura, y tú y yo nos ejercitaríamos en robar lo que pudiéramos. Puedes creerme que es verdad lo que digo. Dios que ve los corazones sabe que no miento, que no me hago la romántica... Mujer y esposa, estimo la hermosura como el mayor de los bienes: todo lo demás no vale nada..”

El tema era gracioso; pero aunque intenté glosarlo con todo el ingenio de que yo podía disponer, no conseguí hacer reír á María Ignacia, ni sacarla de su tenebrosa melancolía. Como había comido poco y estaba necesitada de alimento y distracción, le propuse que fuésemos á dar un paseo por el camino de Riofrío, llevándonos una buena merienda. Aprobó mi madre este plan, y antes de las cuatro ya teníamos preparada una ces-

ta con diversidad de flambres y golosinas, la cual fué por delante, alternando en cargarla los chicos del conillero y Calixta; luego salimos mi mujer y yo con Tomasa, y Rosarito Salado. La tarde se presentó calurosa, por lo que no andábamos muy á prisa, y requeríamos la sombra que las encinas y castaños proyectaban sobre el sendero á la falda del Padrón de Atienza. Media hora llevábamos de paseo, cuando advertí que de la parte de los altos de Barahona venía una nube parda con visos amarillos en sus rebordes desgredados; avanzaba como lúmbre cortina que solo cubría parte del cielo, pues hacia el Oeste brillaba el sol. La nube parecime de las que traen mala intención, y esta sospecha fué confirmada por el sonar lejano de truenos hacia el Este. Felizmente llevábamos á prevención paraguas y sombrillas, y no faltaban por allí casitas en que guarecernos en caso de aguacero. “Me alegraré de que llueva,” dijo María Ignacia, que de su mal humor se consolaba con las displiencias de la atmósfera, o en éstas vió perfecta imagen del estado de su espíritu. Que la nube nos estropeará la tarde quitándonos el regocijo de la merienda, ya no podíamos dudarlo viendo los goterones que nos mandaba el cielo, y que caían estampando en el camino redondeles como piezas de dos cuartos. No tardó en deslumbrarnos un relámpago que de lo más próximo de la nube venía, y con el trueno que á poco retumbó, echónos el cielo una rociada de agua y vien-

to que no nos dió tiempo á buscar abrigo. Ruidos en lo alto anunciaban estragos mayores; la lluvia era como un sin fin de látigos que nos azotaban. Rosarito se amparó tras una peña; guarecidos mi mujer y yo bajo una encina, vimos que empezaban á caer con las gotas confites de hielo, que tal parecía el granizo, primero del tamaño de cañamones, luego como garbanzos. Las exhalaciones, difundiéndose en todo lo que alcanzaba la vista repentina claridad lívida, nos deslumbraban. “¿Tienes miedo?,” pregunté á mi mujer; y ella me respondió: “Ninguno; que caigan las piedras como castañas es lo que descó.”

Sobrevino una clara, y quise aprovecharla para llegar hasta un caserío que veíamos á tiro de fusil. Emprendida la marcha ¡María Santísima!, y cuando no habíamos andado un tercio del camino, estalló sobre nuestras cabezas formidable estruendo, y fuimos azotados de lluvia y piedra, que ya superaba el grandor de las avellanas. Apretamos el paso, defendiendo nuestras cabezas de los coscorrones del cielo, y pudimos alcanzar la casa más próxima en un momento verdaderamente angustioso, pues al llegar al amparo del edificio, ya eran nueces lo que con estruendo y vibración del aire caía... Ante nosotros corrían los cerdos, las cabras, ávidas de refugio; corría también Rosarito con las faldas por la cabeza; y cuando llegamos jadeantes, apedreados y hechos una sopa, vimos que bajo el ancho balcón de la casa unas veinte

ó treinta mujeres, algunas con sus críos en brazos, puestas de rodillas en actitud luctuosa, invocaban al cielo con lamentos desgarradores, mezclados de oraciones, y con súplicas que en algunas bocas se trocaban en blasfemias. Nunca ví espectáculo más lastimoso, ni oí voces que más hondamente me sorprendieran y aterraran... Como si el cielo, benigno en su flereza, hubiera esperado á que estuviésemos en salvo para descargar sobre la tierra toda su ira, la terrible lapidación tomó fuerza aterradora: las piedras, cayendo en espesa lluvia, eran ya como huevos, y el suelo se vió pronto cubierto de aquel blanquísimo material. Algunas, como proyectiles lanzados por furibunda mano, rebotaban al caer y salpicaban en pedazos angulosos, estallando como ro'os vidrios, y á la caída sonaban como un chasquido de huesos ó de bolas de billar. Al compás de la furiosa pedrea crecía el gran vocerío de las mujeres, roncás ya de tanto pedir misericordia. A la Virgen invocaban unas creyéndola más compasiva, otras á San Roque, á San Antonio, ó á la Santísima Trinidad, que era lo más seguro, y alguna voz que empezó rezando el Padrenuestro, lo acababa diciendo: "¡Señor, Señor, que esté una trabajando todo el año para que venga una cochina nube de ese cochino cielo á quitarle á una lo ganado!"... Y por otra parte oíamos: "Santos, ¿qué jacedes que esto consentides? Mala peste con vos y con el cura que no echa las aconjuraciones"... "Virgen del Pilar, acende

pronto acá y libranos,,... “San Roque, ¿á dónde vos metéis, santico, que estos cielos dejáis á los demonios?,,... “Padre nuestro... todo perdido, todo arrasado... venga á nos el tu reino... mi patatal que estaba como un verjel de Dios, y ahora... el pan nuestro... Perdición, Señor, perdición y vengan rayos,,... “Jesús, Jesús, ¿aónde estás metío, señor Jesús de la cruz á cuestras?,,... “Tiran coeces los ángeles, y aquí nos mandan los cascós del pavimento celestial,,... “Virgen, para, para; ya no más... que nos morimos,,... “¿Quién da patás en el cielo, y quién descuaja los afirmamentos y nos echa encima too este vridio?,,... “¡Malhaya quien trabaja, malhaya quien trae criaturas al mundo! Santo Jesús, ¿no diz que sodes Pastor? ¿Por qué matas tu ganado? ¡Trocarte has en labrador para que no mandes truenos, ni esta encandilación de tufo de azufre, ni estos cantos de dos libras!,,... “¿Qué pecado hicísteis, patatas mías; en qué habedes faltado, judías, tomates y lechugas?,,... “Apóstoles y mártires, ¿qué enfado tenéis? Semos pobres, trabajamos para vivir, y nos dejáis en los huesos. Pelados huesos, ya no tenéis sino hebras de carne, y estas hebras los perros de la contribución vendrán á quitárnoslas. El niño no saca de nuestros pechos más que amargura, y el marido, si no le dan vino, quiere que seamos burras para el trabajo,,... “¡Malhaya el mundo, malhaya el trabajo, ábranse las sepulturas!,,... “¡Justicia caiga sobre los malos, no sobre los pobres, que meten su alma en la tie-



rra! „... “Virgen pura, Madre nuestra, líbranos de todo mal perverso, quítanos el rayo y la piedra, amén, y guarece nuestros campos, amén, amén, amén.”

En su consternación, no faltaron á la cortesía las espantadas mujeres, y nos abrieron paso. El amo de la casa nos dió un buen acogimiento en el lugar de más respeto, que era la cocina. Mi mujer contemplaba, por un estrecho ventanucho, el tremendo caer de piedra, y se divertía viendo á Rosarito y á los chicos correr en busca de los mayores guijarros de hielo y traerlos para que les tomáramos el peso. Algunas mujeres se recogieron junto á nosotros, enumerando con febril palabra los estragos causados por el temporal en sus huertos y plantíos. “¿Pero será verdad que lo habéis perdido todo?”—les decíamos. “Sí, señor Marqués y Marquesa, todo perdido, todo arrasado. Trabajamos para la nube, que se come nuestro sudor en tan intanto que se reza un credo. Lo mismo fué hace tres años... La contribución, que nos la pidan á tiros, como el cielo nos afeita el campo á pedradas.” Por disposición de Ignacia, Tomasa y Rosarito repartieron entre aquellos infelices el contenido de la cesta, y fué muy interesante ver cómo en breve tiempo las bocas de algunas mujeres y de los chicos dieron cuenta del copioso repuesto. El generoso aldeano que nos albergaba mandó recado á casa, á fin de que viniesen con socorro de vestidos para mudarnos. Despejóse el cielo á las seis, y sa-

lieron las labradoras á buscar á sus hombres y á medir el aterrador destrozo de sus campos.

Vino á poco el Alcalde con el secretario Zafrilla y gente de mi casa para conducirnos al pueblo, como si fuésemos náufragos ó aeronautas caídos de las nubes, y aunque en ello había más oficiosidad y adulación que justificado servicio, lo agradecimos. Mudados de ropa y puestos en camino, díjome Salado que, sabedor de nuestros caritativos sentimientos en pro de los refugiados en el Castillo, había dispuesto que se les dejase salir libremente, dispensados de los honores de la Guardia civil, y socorridos por cuenta del Ayuntamiento hasta Guadalajara. A esto dijo María Ignacia, reiterando su gratitud al Alcalde, que no bastaba permitirles la salida; sino obligarles á que salieran, antes hoy que mañana, pues tal gente vaga y sin oficio conocido no era el mejor ejemplo para un pueblo tan honrado como Atienza. En ello convinimos todos, y á este punto encontramos á Taracena presuroso, que también quería coadyuvar á nuestro salvamento. Mi mujer se adelantó con el cura, y Zafrilla con Rosarito, llevando de batidores á los expedicionarios de menor cuantía, y Salado y yo, á retaguardia de la caravana, charlamos un poco sobre la calidad y circunstancias que creíamos ver en los Ansúrez. Según D. Manuel, el padre es inteligentísimo en toda labor agrícola, y conocedor de *cuanto hay en la*

*Naturaleza*, hombre de bien, *en el fondo*, pero echado á perder por las desgracias, por su descuido y falta de orden, y mayormente por la índole perversa de sus hijos, que si eran malos *de suyo*, la miseria los hacía peores. De Lucila no dijo más sino lo que ya sabíamos, que era una magnífica hembra. ¡Lástima que el padre no la vendiera! Venderíanla quizás sus hermanos si pudiesen, ó esperarían unos y otro á llegar á Madrid, lugar de ricos compradores, que saben apreciar el ganado de calidad superior y no regatean su precio. “¡Vaya una res, compadre! —decía un poquito encandilado de ojos, parándose ante mí en mitad del camino.— Y puedo dar fe de que si mucho le falta de ropa, otro tanto le sobra de orgullo. No he visto mayor recato, ni menos tela en lo que debe taparse.

—Es que ahora viaja en calidad de estatua, y como tal estatua no repugna el desnudo, ni se deja querer.

—Pues no es de mármol ni de talla, Don José mío, que ayer le pude echar un pellizco y... Por poco me pega... Cuando llegue á Madrid, si antes no la roban, tendrá que ver esa ninfa después de un buen lavatorio.

—Yo me la figuro lavada y bien vestida, y... me parece que pierde, quiero decir que estará menos bella.

—¡No, por Dios, D. José...! Yo me la imagino con ropa, y francamente...

—Vamos, le gustaría á usted ponerle ropa.

—Naturalmente, para quitársela.,,

No pudimos seguir porque mi mujer retrocedía con Rosarito, llamándome. Inquieto corrí hacia ella, entendiendo que se sentía mal. “¿De qué hablábais?—me dijo colgándose de mi brazo.—¿Por qué se iban quedando atrás y á cada ratito se paraban? Alcalde, ¿podrá decirme qué cosas de tantísimo interés le contaba usted al marido mío?”

—Señora—replicó Salado prontamente,—le hablaba de establecer en Atienza una fábrica de jabón.

—¡Jabón! ¿Y á quién quieren lavar? ¡Valientes pillos están ustedes! Vayan por delante y no se aparten mucho. Que yo los vea... Y cuidado con secretarse. Ya saben que por lejos que se pongan, yo todito lo oigo... y nada se me escapa, ¡cuidadito!.,

## VII

Es Salado un trucha de primera, si falto de autoridad y luces para el gobierno de la ínsula concejil, sobrado de marrulleras habilidades para los enredos de campanario y los empeños de su egoísmo. Servicial y deferente con los poderosos y con todo el que ayudarle pueda en su privanza política, guarda sus rigores de ley y sus asperezas de carácter para los humildes sometidos á su vara, por una punta más dura que roble, blanda por otra como junco. Nada teme de los de abajo, infeliz rebaño de hombres.

sencillos, más embrutecidos por la miseria que por la ignorancia, los cuales bajo el falso colorín de una Constitución que proclama y ordena franquicias mentirosas, gimen en efectiva esclavitud. Nada teme tampoco de los de arriba, con tal que en *la votada* saque el candidato que se le designó, y se constituya después en agente ó truchimán del diputado, del jefe político y del ministro, cualesquiera que sean los caprichos contra la ley ó antojos contra la justicia que inspiren los mandatos de estas insolentes voluntades. Fuera de las infamias propias del oficio, que pocos ven, porque los que trabajan y sufren están ciegos, insensibles, y los que tienen luces y algún dinero huyen de los pueblos para refugiarse en Madrid, donde lo espacioso de la jaula garantiza relativamente la libertad y la dignidad cívica; fuera de esto, digo, Salado puede figurar entre los hombres corrientes, simpáticos, agradables, tan dispuestos para un fregado como para un barrio. Casado y con hijos, es mejor padre que esposo, y mejor Alcalde para sí que padre para el pueblo que administra.

Sigo contando. Cerca ya de la Puerta de Antequera, salió el sacristán de San Gil, apodado el Né, á contarnos la más lastimosa ocurrencia entre las innumerables, cómicas y trágicas, que produjo el pedrisco. Pasando por alto las gallinas y pollos ahogados, el cerdo que perdió el uso de la palabra, quiere decirse del gruñido, la burra que en los momentos de pánico se metió en

la iglesia y no paró hasta la sacristía, la desaparición de cabras, cabrones y carneros; omitiendo asimismo la rotura del brazo de la *Tía Mortifica*, las descalabraduras de otras viejas, las caídas de ancianos y tullidos que por su calidad de pordioseros representaban menos valor que los animales, puso el narrador toda su labia en referirnos el grave estropicio de D. Ventura Miedes. Bajaba el benéfico sabio de socorrer á los Ansúrez (y consta que les llevó tres libras de peras y una botella de tostadillo), cuando fué sorprendido del temporal, y si él apresuraba el paso para evitar la lluvia y los coscorrones, más prisa se dieron las piedras en caer furiosas, creciendo de volumen á cada segundo. Arrebatado de su cabeza el sombrero por una racha, fué á parar á la veleta de la torre de la Trinidad. Hallábase el pobre D. Ventura en lo más desamparado del cerro, sin ver en derredor suyo árbol ni cueva, ni pedazo de muro en que guarecerse, y en esto las piedras como huevos de gallina, de los de dos yemas, le caían sobre el cráneo y las sienes, aporreándole sin ninguna compasión. Una, mayor que las demás, como huevo de pava, le dió con fuerza y se rompió en cascós de hielo; vino luego un canto que más bien parecía ladrillo, y al tremendo golpe perdió el sentido D. Ventura, y cayó rodando por el suelo hasta dar en un hoyo, donde aún el cielo despiadado siguió apedreándole como los gentiles á San Esteban.



Presenciaron esto desde el pórtico de Santa María unos mendigos; mas no pudiendo socorrerle, dieron voces, que con el estrépito de la granizada oír no pudo ningún cristiano. Pasado había la tormenta y ya lucía el arco iris, cuando fué descubierto el infeliz Miedes hecho un ovillo entre montones de granizo, y le recogieron medio helado y casi difunto, llevándole á su casa en una burra, á la manera de los sacos que van al molino, la cabeza cayendo por un lado, los pies por otro. Visto y examinado del médico D. Pascual Pareja, dijo éste, según nos refirió el Né, que las abolladuras hechas en el casco por las piedras eran de cuidado; pero que la mayor gravedad estaba en los propios sesos, de la conmoción y el *derramen*. Grande fué nuestra pena por el accidente del anciano sin ventura. Ignacia me dijo: "Día que empezó tan mal no había de concluir sino con esta sarta de calamidades horrosas."

Habríamos corrido á casa de Miedes si no estuviese muy cerrada ya la noche y no sintiéramos tanta prisa de vernos junto á mi madre. En casa, el fenómeno meteorológico no había causado ningún desperfecto grave. Describiendo con pintoresco estilo la lluvia de piedra, mi madre nos dijo que creyó ver la espadaña de San Juan volando por los aires y estrellándose sobre nuestro techo. Cenamos, y María Ignacia, rendida del cansancio, se durmió con sueño tranquilo. Por la mañana despertó gozoza, poseída de un cier-

to ardor de beneficencia, y me propuso socorrer á las víctimas del temporal. “¿Y de los del Castillo que se sabe?—me dijo risueña. — A esos no los parte un rayo. Si se van hoy, debemos favorecerles, y fuera de aquí arréglense para vivir con las mañas que usan; que llevando algún dinero serán mañas menos malas.” Parecióme esta observación la propia sensatez, y sobre lo mismo hablábamos después del desayuno, cuando nos avisaron que el Sr. Ansúrez, á punto de partir, quería despedirse de nosotros y darnos las gracias. No quisimos hacerle esperar, y encontramos al *celtibero*, *secundum* Miedes, con uno de sus hijos en la cocina, donde ya mi madre nos había tomado la delantera, llevando dos hogazas, un manojo de cebollas y un cesto de ciruelas, para obsequiar á la trashumante familia. Por cierto que en aquella segunda entrevista, hubo de parecerme aún más gallarda que en la primera la figura del viejo Ansúrez, y su rostro más impregnado de exquisita nobleza. Sus elegantes actitudes no desmerecían con la pobre vestimenta del colete burdo, el remendado calzón y las abarcas de cuero. Su afable sonrisa, su despejada frente, sus cabellos blancos, todo el conjunto de su vejez vigorosa me hacían el efecto de ver reproducidos en él los caballeros de remotas edades, que seguramente no irían mejor vestidos, ni hablarían con más entonada y cortés gravedad. Su hijo Gonzalo, que en realidad veíamos por primera vez, pues en nuestra visita de la mañana

anterior dormía, era una hermosa figura juvenil, el rostro ennegrecido, los ojos con llamas, la mano poderosa, el desplante galán y altanero.

“Queremos—dijo el padre sin extremar la inclinación del cuerpo,—despedirnos de Sus Excelencias y ofrecernos para cuanto hayan menester de nosotros en éstas ó quellingas tierras... Manden lo que gusten, que si por nuestra pobreza no podemos servirles en acordancia con lo que son Sus Mercedes, válganos por lo chico del servicio lo grande de la voluntad.”

A mi pregunta de si pensaba la tribu trasladarse á Madrid, contestó que él trataba de mantener á toda la familia en un haz y llevarla por un solo rumbo; pero que esto no sería fácil, y tendrían que dispersarse tomando cada cual por los caminos á que le llevasen sus diferentes querencias. “A todos mis hijos—prosiguió,—ha puesto el Señor mucha sal en la mollera, tanto que del rebosamiento de tanta sal han venido sus desafueros y las maldades de algunos. Y con la sal abundante les puso el Señor inclinaciones fuertes, á cada cual para lo suyo. A Gonzalo, que está presente, le tira la milicia, pero la milicia libre, que no hallará mientras no salten otras guerras como las pasadas; á Diego le tira la mar, de quien se enamoró en cuanto la vido en la salida del Ebro por los Alfaques, y tanto es su amor de las aguas, que en ellas se metería dentro de un zapato para ver toda tierra descubierta ó por

descubrir; á Gil le llama el mando, la guapeza, y no es capitán de bandoleros, porque eso no trae cuenta con tanta Guardia cívica que tenemos ahora; á Leoncio le tira la cerrajería fina, ó sea el amañar armas de fuego, y llaves tan sutiles que con ellas no pueda cerrar y abrir quien no tenga el secreto; y si de Rodriguillo no diré, por razón de su corta edad, que está ya bien clara la inclinación, pienso que le tira la música, ó el arte de sacar coplas y de componer lo prosaico con buena concordancia. Si unos irán con gusto á Madrid, otros quieren más campo, más aire y espacios grandes. De mí digo que me tira Madrid, porque habiendo padecido trabajos y agonías debajo del trillo, que con esto comparo al Gobierno y Fisco que nos aplastan, antes que ser la espiga que está debajo, quiero ponerme donde va el trillador, y ayudarle á llevar la máquina, si me dejan. Créanme los señores Excelentísimos: mejor que ser la liebre guisada, es ser el cocinero que la guisa, ya que no sea uno el rico que se la come. Feo y mal mirado es el oficio de verdugo; pero vale más ser ejecutor de la justicia que ajusticiado. Labrador fuí, y los mejores años de mi vida me los entretuvo y gastó el amor de la tierra; mas desengañado ya y hartó de fatigas sin fruto, digo: “¡Adios, tierra, con doscientos y el portero!”,... A mí me han molido, me han zarrandeado, y me han quitado una y mil veces lo que gané con mi sudor. Déjenme ahora maldecir y renegar del diezmo, de la primi-

cia, del voto de Santiago, del apremio, del montonero, del enbargo, de la mano muerta, de la mano viva. ¡Arre allá por cepas! Más vale saber que haber. Váyanse al demonio el alcalde, el jefe político, el regidor decano, el síndico personero, el agente de apremios, el recaudador, el fiel de fechos, el escribano, el alguacil, el del fielato, el pontonero, y cuantos tienen autoridad del Ministro para abajo. Pues ahora quiero yo vengarme, ó como se dice, ponerme encima, y ya que mis espaldas saben á lo que saben los golpes, sepa también mi mano á qué sabe tener el palo, y con el palo licencia para pegar de firme.

—Comprendido, Sr. Ansúrez—dijo mi madre risueña:—lo que usted quiere ahora es un destinito. Vaya, vaya: es tonto y pide para las ánimas.

—Destino tendrá—afirmó María Ignacia, que encontraba graciosas las cuitas y las ambiciones del buen Ansúrez.—Y si, como dicen, es usted leído y escrito, bien podrá entrar en una oficina.

—Más que oficinante, me gustaría ser guarda de Sitios Reales, administrador de un pósito... verbigracia, ó almacenero de los tabacos de Su Majestad.

—Vaya, vaya—dijo mi madre;—aquí viene bien lo de *aún no ensillades y ya cabalgades*. Pepe, ya puedes recomendarle...,

Preguntado si tenía relaciones en la Corte, ó si en su larga vida había hecho conocimiento con alguna persona de viso, que

ahora le pudiera favorecer, contestó que su estrechez y desgracia no le han traído más que conocimiento de gente miserable, pues por algo se dice: *en cama angosta y en luen-go camino no hallarás amigos*.

En este punto de la sabrosa conversación, precipitóse mi mujer con esta pregunta: “Ya sabemos que á uno de sus hijos le tira el mar, á éste la milicia, al otro la música, á usted le tira Madrid; ¿y á su hija Lucila, qué le tira?”

—Mi hija tira al monte, quiero decir, á las grandezas —replicó el viejo, — como si de padre y madre coronados hubiera nacido esa criatura; y aunque Sus Mercedes la ven tan extremada en el trajín pobre, vistiéndose por la moda de las imágenes, es que gusta de pintar la grandeza con la rematada pobreza, por aquello de parezco nada para serlo todo... Tiene buen natural, eso sí, y á compasiva no le gana ni Santa Leocadia... Pero yo quisiera que si vamos á Madrid, encontráramos para Lucila un buen recogimiento al lado de señoras maduras y sentadas que la enseñaran la gobernación de casa humilde, y le quitaran de la cabeza la idea de que vuelven al mundo las hembras guapas de la idolatría... no sé explicarme...

—Lo entendemos muy bien—observó mi madre.—Esa niña de usted, según me dicen, es como si viniera de gentiles, ó nos quisiera traer la moda del tiempo en que eran vivas las estatuas... ¡Buena pécora será la muchacha si no la curan de esa manía!... Pero mis



hijos le darán á usted cartas de recomendación para que en Madrid halle donde colocarla honestamente.,

Esta idea sugirió á mi mujer el propósito de formular las recomendaciones inmediatamente, ansiosa de mirar por la errante familia. Sus nervios disparados no admitían espera, y que quieras que no, tiró de mí y arriba me llevó para que escribiera las cartas. “¿Pero á quién he de escribir, mujer?... ”

—A tu familia, á tus amigos, á Eufrasia, á tu hermana Catalina...

—Creo —le respondí,— que recomendándola á mi hermana no será preciso molestar á nadie. Lo que no haga Catalina no lo hará ni el propio Narváez.,

Obediente al caprichoso estímulo de María Ignacia, forma de un recelo que locamente la inquietaba, cogí la pluma y empecé la carta. Mi mujer miraba por encima de mi hombro lo que yo escribía; y viéndome indeciso en los términos de recomendación, me apuntó resoluciones y fines concretos. “Diles claramente, y encárgales con gran interés, que la metan monja.

—Pero, mujer, falta que tenga vocación.

—La vocación se hace... ¡Qué tonto eres! Monja, monja, que no hay como la disciplina del claustro para domar á éstas que dan en la flor de vestirse por los figurines del Paraíso Terrenal. Así evitará su perdición y la de muchos hombres. Ponlo, ponlo bien claro... Que nos interesamos por esa joven;

que deseamos su ingreso en un convento de regla muy estrecha...

—¡Pero si no tiene dote, y ya sabes que sin dote es difícil...!

—Yo la dotaré. Ponlo clarito: eso hace mucha fuerza.,,

## VIII

Pues Señor, escribí la carta conforme al deseo de mi mujer, y cuando bajamos y la dimos al interesado, Taracena, que á la sazón llegaba, vaticinó al viejo Ansúrez y á su hijo dichas y grandes medros por nuestra protección. “No han tenido poca suerte en caer acá—les dijo, — y en la coyuntura de hallar en Atienza á los señores Marqueses. Digan que les ha venido Dios á ver, porque de estas gangas caen pocas.

—Ya lo sabemos, y yo doy gracias á Dios por esta bienandanza—replicó Ansúrez;— que después de tantas perrerías de la suerte, alguna vez habíamos de pelechar. Y la dicha será completa si Su Excelencia pone en la carta, á más de lo tocante á la hija, alguna buena exhortación para los señores que podrían colocarme.

—Pepe, hijo mío—dijo mi madre, — puesto ya en eso del recomendar, escríbele á Sartorius, ó al propio D. Ramón Narváez.,,

A esto observó María Ignacia que si mi hermana tomaba bajo su santa protección a

buen Ansúrez, no necesitaba éste de nadie, pues los mismos San Luis y Narváez con todo su poder de relumbrón quedan hoy muy por bajo de Sor Catalina y de las otras monjas sus compañeras, las cuales á la calladita llevan su influjo á todos los ramos, y á la mismísima Superintendencia de Palacio y Sitios Reales.

Oyó esto con viva satisfacción el padre de la tribu, y D. Juan Taracena, dándole una palmadita en la rodilla, le dijo: “*Alforjero* te llaman, no porque las haces, sino porque las llevas; *bragado*, porque no hay quien te tosa; *hidalgo*, porque lo pareces. Tú te abrirás camino, y como las monjas interesen por tí á Narváez, cuéntate colocado.” Y volviéndose á nosotros, agregó: “¡Quién sabe si el Espadón, con ese ojo certero que tiene para descubrir aptitudes, encontrará en este viejo ladino y fuerte el auxiliar de sus grandes ideas!

—Señor clérigo, no se burle de estos pobres, —murmuró Ansúrez con humildad que no debía ser muy sincera.

—¿Qué idea tiene usted de Narváez?—le pregunté yo.—¿Cree que si se presenta al General con carta ó recadito de mi hermana, pidiéndole un destino, le recibirá bien, ó le dará un sofión, que bien podría ser un par de palos?

—Señor—replicó Jerónimo prontamente, —creo que me dará los palos... y después de los palos el destino que se le pida.

—Vamos, que no le falta penetración. ¿Ha visto á Narváez alguna vez?

—No, señor; pero por lo que oí contar de ese sujeto, tocante á sus guerras y á la política, he venido á conocer que el hombre es fuerte y bueno, que pega y favorece.

—¡Sopla, sopla, que vivo te lo doy!—dijo el Cura sacudiéndose los dedos como quien se ha quemado.—Pues no afila poco el tío. Basta de examen y démosle la borla de doctor *in utroque*. Váyase pronto á Madrid, *alforjero*, que si no le falta alguna cualidad de las que son precisas para vivir entre gentes, pronto encontrará su acomodo... Y como los hijos salgan al papá, no es floja la plaga que va á caer sobre la Administración Pública.

—Y si conforme llega cansado y viejo—observó mi madre,—llegara en la flor de la edad, lo que es éste se metía en el bolsillo á todo el Madrid pretendiente.

—No me hagan mofa, señora y caballeros. No es sino que por luengos años estudié en el mejor libro del mundo, que es la tierra. Sé cómo viene el fruto, y cómo se pierde; sé que una cosa es sembrarlo y otra comerlo, y de dónde salen las manos que cogen lo que no sembraron. Pues con estas lecciones y experiencias, y con la continua desgracia, que á los más torpes nos hace abrir el ojo, acaba uno por saber más que Merlín.,,

Como le echase mi madre un sermóncillo cariñoso, haciéndole ver que no hallaría la fortuna fuera de los caminos de la virtud, de la honradez y del santo temor de Dios, el patriarca celtíbero se sacudió las moscas

con esta donosa frase: “Yo quiero ser honrado; siempre lo he querido; ¿pero quién es el guapo... á ver, que salga ese guapo... que ajusta y acuerda el querer con el poder? Y yo digo también á los señores: el que de Vuestas Excelencias, grande ó chico, sepa y pueda vivir entre tantísimas leyes divinas y humanas sin poner el dedo en la trampa de alguna de ellas para escaparse, que me tire todas las piedras que encuentre encima de la haz de la tierra.

—Yo se las tiraría—dijo mi madre con profunda convicción,—si la doctrina cristiana que profeso, sin trampa, entiéndalo, no me prohibiera descalabrar á mis semejantes.”

Reímos todos esta sincera y valiente salida; rióse también Ansúrez, y despidiéndose muy agradecido del bien que le habíamos hecho (añadidos á la carta y hortalizas algunos dineros), salió de casa con su hijo. Según mi criado Francisco, que acompañó á la tribu hasta la salida del pueblo, partieron todos antes de mediodía... Acabando nosotros de comer, vino el Alcalde con el triste cuento de que el bonísimo Miedes iba de mal en peor, por lo cual el médico había mandado que le sacramentaran. Si sobrevenía la muerte, cosa muy de temer en su edad y con aquel endiablado achaque cerebral, cogiérale prevenido y bien aligerado para el final viaje. Por deseo de ver y consolar al pobre señor, y suponiendo además que carecería de lo más necesario, resolvimos visitarle mi

mujer y yo. Mi madre, que es la misma previsión y no pierde ripio para sus actos de caridad, nos advirtió que despacharía por delante, y así lo hizo, un buen codillo de jamón y obra de dos libras de carne, porque el puchero que tendría puesto *la Ranera* habría de dar caldos de los que sirven para bautismo de cristianos.

Vivía el buen Miedes en el barrio más pobre, más excéntrico y solitario de Atienza, en antigua y fea casa del primer recinto, apoyada en el muro de base celtíbera, romana ó agarena. La distancia no larga que la separaba de nuestra vivienda, nos pareció enorme por la desigualdad de rasantes y el empedrado inicuo, reproducción exacta de los pavimentos del Purgatorio. En la soledad lúgubre de aquella parte de la villa, las casas son como tumbas abiertas, deshabitadas de muertos, y que se arriman unas á otras para no desplomarse. Preguntando á unos niños que pasaban comiéndose el pan de la merienda, dimos con la morada del sabio. Un zaguán largo y estrecho, de empedrado piso con hoyos, conducía de la puerta á la cocina, dando ingreso por izquierda y derecha á diferentes estancias, la cuadra con pesebre vacío, el camarín de *la Ranera*, y algo más que no vimos: una escalera de palo sin pintar, de color sienoso, como teas que piden lumbré, y festoneada de telarañas, conducía desde el zaguán al salón alto, que era en una pieza biblioteca y alcoba, separadas hasta media pared por tabique de mal jun-



tas tablas que nunca vieron pintura, y sí papeles pegados, suciedades de moscas y otros bichos. Imposible describir el desorden de aquel local, émulo del Caos la víspera de la Creación. Los libros debían de ser semovientes, y en el silencio de la noche se pondrían todos en marcha, subiéndose y bajándose de estantes á mesas y del techo al suelo, como ratones sabios ó cucarachas eruditas que salieran á pastar polvo. Los grandes estaban sobre los chicos, y algunos abiertos yacían hojas abajo sobre el suelo, mientras otros, hojas arriba, aleteaban subidos á increíbles alturas. No podíamos explicarnos cómo andaba el tintero con sus plumas de ave, acompañado de una pantufla, por los huecos de un estante vacío, mientras se arrastraba por el suelo el velón, entre dos tomos de las *Antigüedades de Berganza* con las hojas manchadas de aceite.

El otro departamento, dormitorio del sabio, era como trastienda ó sacristía de la biblioteca, llena también de libros, que asomaban en montones desiguales por debajo de la cama, ó servían apilados para colocar objetos pertinentes al servicio de alcoba. Allí vimos, entre las polvorientas masas de papel, un cuadro de pintada talla que me pareció pieza de mérito, un monetario, algunos trozos de cemento romano, y pedazos de mármol con inscripciones y garabatos ininteligibles. Y allí vimos también, como gusano dentro de su capullo, al gran D. Ventura, tendido en el lecho debajo de una colcha

que en su juventud fué blanca rameada de rojo, la cabeza casi invisible de los vendajes que la oprimían, los brazos fuera, vestidos de amarillenta lana, todo él con aspecto tan fúnebre, que al echarle la vista creímos que estaba ya muerto. Tras de nosotros entró *la Ranera*, señora de edad muy alta, con pañuelo negro liado á la cabeza, saya y jubón de estameña, los pies en abarcas, la cara como pergamino, los ojos, pitafiosos de su natural, en aquella ocasión ribeteados del grandísimo duelo por la inminente defunción de su amo; y después de mirar al demacrado D. Ventura, que no remuzgaba ni se daba cuenta de nuestra visita, nos dijo sin recatarse de bajar la voz, como es usual etiqueta ante moribundos: “Muy malo está el probecico, y el rostril lo tiene ya como un terrón de tierra. Dende que cayó, no se le han vuelto á encajar en su sitio los sesos, que con los porretazos de la piedra se le desengonzaron, y ni come ni duerme, ni habla cosa alguna con juicio.

— ¿Pero qué dice el Médico, señora *Ranera*; qué ha recetado? ¿Y usted qué dispone?

— ¿Qué ha de recetar D. Pascual más que traerle la Majestad? Y tocante á comida, ¿para qué enciendo lumbre, si ya no le hace falta más que el pan del cielo, y éste lo trae el Cura? Pues yo, que todo lo presupongo, vengo ahora de comprarle la mortaja, y no encontré más que una en casa del *Pocho*; pero tan corta, que no le llegará ni tan siquiera al tobillo, según es mi señor de-

larguirucho... A pegarle voy un pedazo de estameña que tengo, del mismo color franciscano, de una saya de mi difunta güela, y con ello quedará mi cadáver bien adecentado de pie y pierna.”

En esto, y antes que pudiéramos expresar á la maldita vieja el horror que nos producía, despertó D. Ventura, ó más bien se recobró un tanto de la somnolencia febril, y revolviendo en torno sus miradas, sin mover la cabeza, dijo con apagada voz de lo profundo: “Llevo lo menos seis días durmiendo, y ahora con tanto dormir no veo claro, ni me ayuda el discurso. Dime, *Ranera*: ¿quién son estas venerables personas que han entrado y me están mirando?

—Válgale Dios; ¿pero no conoce á los señores Marqueses?... Y ahora entra el señor Cura, que no podía venir en mejor coyuntura. Vea, señor, que no está ya para más visitas que la de D. Juan, ni para requilorios de comistraje y golosinas. Déjese de vanidades, y piense en lo que más le importa, que es la salvación. Apañado está si despide al Cura con cuatro bufidos, como esta mañana....”

Sin atender á lo que *la Ranera* decía, ó más bien como si no lo escuchara, volvióse Miedes hacia el párroco, moviendo todo el cuerpo dentro de las sábanas como si intentara levantarse, y animándose de mirada y gesto, soltó la voz á estas peregrinas razones: “Curángano, ya te dije que no tenías para qué venir acá. Soy celtíbero: ¿no sabes

que soy celtíbero, de la familia de los *Pelendones celtiberorum*, que dijo el amigo Plinio, ó más bien de los *Turdimogos*, que vivían de la parte del valle de Valdivielso?... ¿Y no es sabido que por el lado materno vengo del propio Cáucaso... y que mi abuela era de la familia de los *Istolacios*?... Soy *Miedes*, que es lo mismo que decir *Cuerno*... pero este cuerno no es otro que el símbolo de la inmortalidad... ¿Qué vienes tú á buscar aquí, curángano de Atienza, que es como decir *Tutia*? Yo nací en *Numancia*, digo, en *Comphloenta*... tampoco: digo, en Quintanilla de Tres Barrios, que es un pago de San Esteban de Gormaz... Yo no soy de tu Iglesia, pues soy celtíbero... Vete... Que te vayas... Señores Marqueses, llévenselo, si no quieren que le tire á la cabeza esta sagrada pantufla....”

Tratamos de sosegarle con cariñosas expresiones, y de traer á vías de razón su descarriado entendimiento: todo inútil. Con el Cura y con *la Ranera* no quería cuentas. Yo, á fuerza de perífrasis, logré de él alguna docilidad de pensamiento haciéndole comprender que no perdía nada con prepararse, sin que ello significara peligro de muerte, y cogiéndome la mano con la suya pegajosa y fría, me dijo: “D. José mío: porque usted no se enfade, me confesaré; pero que me traigan un druida, porque si no me traen un druida, ya ve usted que no puede ser... Es mucho cuento. Yo digo que cada uno vive y muere al son de sus creen-

cias... Yo adoro al Dios desconocido, y le tributo mis homenajes en el plenilunio... Tú, Juanillo Taracena, á quien he conocido mocoso y descalzo, con el calzón agujereado por las rodillas, trayendo leña y carbón del monte, tú no eres druida, tú no has cogido el muérdago... ¿Qué tengo yo que ver contigo ni con tu negra hopalanda?.,

Opinó Taracena que no debíamos insistir. “Es un santo—nos dijo,—y si Dios le ha privado de juicio en esta hora última, será porque le tiene ya por suyo. Dejémosle, y si del descanso sale un ratito lúcido, le traeré fácilmente á la razón.., Para ver si llevándole el genio se le despejaba la cabeza, le aseguró que él, sacerdote cristiano, era también druida, y que practicaba el rito celta en los plenilunios ó fiestas de guardar. Después le habló de sus amigos los vagabundos Ansúrez, lo que fué gran despropósito, porque con este recuerdo y encadenamiento de ideas nuevas con otras rancias y arraigadas en el meollo del sabio, se disparó más y acabó de quitar el freno á sus furibundos disparates. “Tú, pastor Taracena—dijo con gran desvarío de miradas, trabamamiento de lengua y agitación de manos,—me declaras la guerra, porque me has visto perdidamente enamorado de la hermosa *Illipulicia*, hija del Rey *Zuria* ó *Zuri*, que á mi parecer es familia que ha venido de la *Troade*, vulgarmente Troya, destruída por los griegos... *Teucro* engendró á *Tros*, y *Tros* engendró á *Ilo*, fundador de aquel pueblo,



al que dió el nombre de *Ilium*. De allí procede esta preciosa niña, quien de sus abuelos tomó el dulce nombre de *Illipulicia*, que es como decir *Estrella del Reino*. A esa divina estrella insultaste tú, clerizonte, diciéndonos que no se había lavado desde que á nado pasó el río Scamandro para venir aquí. Tú sí que no te has lavado, sucio, desde que te echaron el agua del Bautismo... Pues el bellaco de nuestro alcalde te dijo: "¡Juan, vaya una hembra! ¡Y es de la casta fina de amas de cura!„ Tú te echaste á reir como un sátiro, y yo que oí estas infamias, resolví amar á Illipulicia y hacerla dueña de mi albedrío para defenderla contra vuestras artes seductoras... Atreveos, disolutos; acercaos, viciosos. Rabiad, rabiad, que vuestra no ha de ser, aunque vengáis con todas las redes y anzuelos infernales... Los cuernos del dios Ibero la protegen... y el cuerno sacro soy yo, yo, Buenaventura Miedes. Illipulicia es la virginal sacerdotisa, la diosa casta, en quien está representada el alma ibera, el alma española... Ella es mi dama, ó como quien dice, mi inspiración, ó llámese musa, y siendo ella el alma hispana y yo el historiador, engendraremos la verdadera Historia, que aún no ha salido á luz. Y como la Historia es la figura y trazas del pueblo, ved á Illipulicia en la forma de pueblo más gallarda... Sabed que todo pueblo es descalzo, y que la Historia es más bella cuanto más desnuda, y cuanto menos etiqueta de ropas ponemos sobre su cuerpo...



Con que, vedme aquí enamorado de ella, y rejuvenecido con este amor. Rabiad, vejetes caducos, de verme tornado á la mocedad florida... Soy un joven lozano y fresco....”

Por señas me indicó Ignacia que no podía resistir más tiempo ni aquella atmósfera nauseabunda, ni el espectáculo de tanta miseria unida á tan lastimosos extravíos de la razón. Salimos á respirar aire puro, y paseamos por las calles visitando y admirando una vez más las incomparables iglesias románicas de la villa, reliquias espléndidas y tristes que nos hablan poético lenguaje. Ya conocíamos las bellezas de Santa María y la Trinidad: empleamos la tarde en explorar los mutilados restos de San Bartolomé y de San Gil, no sin que amargara nuestros goces el melancólico recuerdo de D. Ventura, porque de él habíamos aprendido á entender y saborear el divino arte de aquellas piedras.

## IX

Al pasar de nuevo por la casa de Miedes, vimos en la puerta á la tía *Ranera*, dentro de un círculo formado por otras vejanconas y unos arrapiezos de la vecindad. Con diligente afán cosía en la mortaja el pedazo de estameña que faltaba. “Está igual ó peor—nos dijo,—y tan disparado del caletre, que discurre lo mesmo que un molino de viento.

El médico ha prenosticado que si le repite el arrebato de pintarla de galán, poniéndose negro del golpe de sangre en la cabeza, en él se quedará como si le retorcieran el pescuezo... Ya ven los señores que me estoy dando prisa, y para tenerlo todo aparejado y que no digan, también he traído las velas... ¡Pobre señor! era el primer cristiano de la cristiandad, más bueno que San José bendito... ¡Vaya por lo que le ha dado ahora, al cabo de los años!... ¡Por enamorarse de la que llama *la princesa Filipolida*, que según dicen es una puerca, y viste á la similitú de las gitanas! Dios le lleve á su gloria, que bien se la merece, y perdónele aquesta ventolera, por no ser pecado, sino locura. No: no peca un hombre para quien fué siempre más amoroso el pergamino de los libros que el pellejo fino de mujeres, y á la suya propia, la Bibiana Conejo, que de Dios goza, no le decía jamás cosa denguna, aunque era tan limpia que se lavaba las manos con jabón de olor... así le trascendían á claveles... ¡Y el que despreció á la que tan bien golía, como que se mudaba los bajos cada semana, y de camisa siempre que bajaba á la villa, que entonces vivían en Bochones, ahora se trastorna por una que anda como la Madalena, hermana de unos tales vagamundos... que según dicen, no se puede entrar á ellos, porque el feto de cuadra da en la nariz!... ¡Lo que una vede, Señor! Y era tan simple mi amo y tan arrebatado de su caridad, que toda la despensa de casa, don-

de siempre hubo de cuanto Dios crió, verbi-gracia cebollas, pan y vinagre, iba á parar al Castillo, y aquí están éstas mis encías con telarañas para dar testimonio de las hambres que pasé... Pero, al fin, esos diablos de los infiernos se han ido ya, y mi Don Ventura subirá esta noche al Cielo, donde le darán su puesto entre la sinfinidá de arcángeles. Váyanse ya tranquilos los señores á su casa, y díganle á Doña Librada que mi amo es conchuído. Ahora quedaba porfiando que ha de volverse mozo, y entre el albéitar y D. Juan el cura, no lo podían asujetar... Luego entrará en la agonía, y por mucho que tire no ha de pasar de las diez de la noche. Vaya por él y su descanso este Padre-nuestro,... "Padre nuestro...", Rezaron todos, viejas y chiquillos, y mi mujer y yo nos retiramos angustiados ante tan aterrador ejemplo de la miseria humana. A la mañana siguiente, supimos que el buen Miedes había espirado al filo de media noche. Fuimos á misa todos los de casa, y mi madre dispuso costearle el entierro y funeral.

Difícil me será explicar la pena que sentí en los días siguientes, no sé qué vacío en mi alma, como si la desaparición del sabio me afectara más de lo que lógicamente correspondía, un desconsuelo de lo pasado fugitivo, un temor de lo futuro incógnito. Mi mujer, restablecida en su equilibrio nervioso, ocupábase con mi madre en formar lista y presupuesto de las limosnas que habíamos

de repartir en el pueblo y sus arrabales, como tributo reclamado á nuestra sobrante riqueza por la necesitada humanidad, con lo que satisfacían nuestros corazones un generoso anhelo y se cumplía la ley de nivelación económica, ó al menos poníamos de nuestra parte la intención de cumplirla. Intacto estaba el repuesto de onzas que habíamos traído de Madrid, y ante tales tesoros lanzábase mi madre con grande espíritu á los más atrevidos cálculos de caridad, reflejando en su rostro todos los esplendores de la Bienaventuranza. “Gracias doy á Dios—nos dijo una mañana la santa señora, viendo á mi mujer muy afanada en escribir los listines de limosnas,—por este favor inmenso de veros socorrer delante de mí tanta miseria, y os juro que no gozaría más si lo hiciera yo misma con mi hacienda propia. No hay vida más ejemplar que la del que cultiva los campos, porque toda ella es sacrificio y paciencia, de que no tenéis idea los ricos que vivís y triunfáis en las ciudades. Mala es hoy la condición del labrador rico, agobiado de contribuciones y gabelas, y expuesto á que se lo coman, al menor descuido, los viles usureros; pero la del labrador pobre, que apenas saca para el sostén de su familia y animales, es mucho peor, como que vive de milagro; y nada quiero deciros de los que no poseyendo más que sus cuerpos se atienen á un jornal, cuando lo hay, que éstos son como esclavos propiamente.”

La idea que expresó María Ignacia de so-

correr á los que habían perdido sus cosechas por el pedrisco, entusiasmó á mi madre hasta el punto de saltársele las lágrimas. “Bendito sea tu corazón piadoso, hija mía, y el tino que tienes para todo—le dijo.—No podías pensar cosa más acertada... Poned, pues, en la lista á los infelices que en aquella calamidad perdieron su esquilmo; pero no debéis olvidar á otros tan desventurados como aquéllos, ó más, si me apuran; que si malo fué el pedrisco que presenciásteis y que quitó la vida á nuestro pobre D. Ventura, peor fué la horrible seca de este año, la cual asoló tanto, que muchos no pueden llevar á las eras más que un puñado de espigas. Yo que les conozco á todos os diré cómo habéis de hacer la distribución, para que no queden desigualados en el beneficio y sea el socorro conforme á necesidad. A los que perdieron sus patatales y el sembrado de judías y menudencias, les asignaréis doblón de á cuatro, ó doblón de á ocho, según tengan más ó menos familia de hijos y animales... De todo este contingente puedo yo daros razón... Y á los que no trillan, por causa de la sequía, ni un tercio de su cosecha, les señalaréis á onza por barba. ¡Ay, hijos míos, no conocéis del campo más que las galas con que se viste por estos meses! Quedaos por acá y veréis la cara que pone cuando se desnuda de todas las alegrías verdes y se recoge para preparar las fatigas del año próximo. Ya habéis visto que el invierno asoma el hocico por los al-



tos de Sierra Pela. Los hogares ya quieren lumbre, y los cuerpos echan mano de cualquier trapajo para abrigarse. Pues imaginad qué días esperan á esa pobre gente que no tiene trigo para pan, ni patatas, ni dinero con que proveerse de ello. Dios que no abandona á sus criaturas, si mandó sequía y granizo para probar la conformidad de estos pobres esclavos del terruño, os mandó luego á vosotros, hijos míos, para traer el remedio, y seréis el uno el arco iris que aparece después del Diluvio, la otra la paloma que viene con el ramo de oliva en el picoito..”

Paloma y arco iris nos pusimos á formar la nueva estadística con los datos que nos daba mi madre. Otra tarde nos dijo: “También en el pueblo tenéis dónde emplear lo mucho que os queda, pues los telares están parados, y los abarqueros y curtidores no saben de dónde sacar una hogaza. La miseria proviene de estas modas malditas que traen ahora trastornados á los pueblos, y de las muchas telas que aquí llegan, falsas como Judas, tejidas como telarañas, pero lucidas á la vista, y baratas, eso sí, con una baratura que desvanece á los tontos y aburre á nuestros tejedores. ¡Vaya unos lienzos indecentes que nos traen, y unas estameñas y unos tartanes que mirados al trasluz, parecen cedazos! Pues los montereros también andan de capa caída. Ahora salen estos brutos con la tecla de que las monteras de pellejo, para diario, no son elegantes,



y algunos se cubren las chollas con esos buñuelos de paño que vienen de las Provincias... Y habéis de ver á las chicas vistiendo ya por la moda de Madrid, con esas indianas de á dos reales la vara, y esos pañuelos de listas que hasta parece que no visten, sino que desnudan....”

Como allí nos sobraba el dinero, y no temíamos ulteriores escaseces, pues mi próvido suegro ya nos anunciaba nueva remesa, abrimos gallardamente la mano, y fuimos como benéfico rocío que derramó algún consuelo sobre las entristecidas almas. Mas era tal el ardor que ponía mi buena madre en aquellas empresas de caridad, que mientras más dábamos, mayores larguezas nos pedía, como si el ejercicio del bien llevase á su noble alma del entusiasmo á la embriaguez. “Ya podía tu padre—dijo á María Ignacia,—mandaros un par de mulas cargadas de onzas para que os decidáis á edificar aquí el convento de monjitas de que me habló Catalina en sus cartas. Tan apagada está la cristiandad en este pueblo, que nos hace falta un instituto religioso que avive el fuego de la fe. ¡Ay, qué bien nos vendría un convento para la enseñanza de niñas, donde estuvieran desde los cinco años hasta que saliesen para casarse, aprendiendo todas las labores, y bien guardaditas del melindre de novios, cartitas, bailoteo y demás perdición! Andan las muchachas aquí tan desenvueltas, que esto parece un rincón de Madrid, y las de buen palmito no piensan más que en re-

tratarse cuando recala por Atienza alguno de esos que traen maquinilla del *garrotipo*, con las que sacan unos retratos que se miran á contraluz para ver lo blanco negro y lo negro blanco. Y mocosas hay que hasta llegan á decir que les gusta el café, y lo toman si se lo dan. Otras... tú las conoces... han aprendido á ponerse el peinado de tirabuzones, que es una indecencia, con aquellos mechones colgando, y algunas... pongo por caso, las de Cuadra y las de Aparicio... mandan traer de Madrid corsés como el tuyo, de los que sacan el pecho... cosa impropia de solteras. Este pueblo no es conocido. Me acuerdo de la villa de mi juventud, y me parece que han pasado siglos, ó que la humanidad se nos ha vuelto loca.,,

Con estas cosas y la satisfacción de hacer el bien á tanto desvalido, íbamos pasando los días de Atienza, que ya comenzaban á ser un poquito enojosos. Espirante Septiembre, se descolgaba de la sierra, por las tardes, un vientecillo enteramente soriano; crecían las noches; descargaban á menudo copiosas lluvias que nos privaban del paseo, y pronto nos haría la nieve sus primeras visitas. Preparados estaban ya los hogares, limpias las chimeneas y apilada la leña que pronto habríamos de quemar si no buscábamos mejor otoño en tierra templada. La casa patrimonial, donde tan alegres habían transcurrido los días y las semanas, ya se llenaba de una vaga tristeza, que hacía más oscuros sus anchos aposentos, más bajas

las techumbres, que casi se ponían á la altura de nuestras cabezas, más negro el maderamen de las pesadas puertas. Por los resquicios de las tuertas ventanas, avaras de luz, se colaba con insolencia el aire frío; á media tarde teníamos que subir á tientas para no tropezar en la escalera; los cortinajes nuevos con que mi madre había decorado nuestro aposento, se trocaban en fúnebres colgaduras, y las imágenes de Vírgenes y Santos nos ponían el ceño adusto, ó se asombraban de vernos allí.

Hube de fijarme entonces en un accidente de mi casa que en todo el verano no mereció mi atención, y era el ruido, ó más bien concierto de ruidos que hacían las diferentes puertas del vetusto edificio al ser abiertas ó cerradas. Cada noche observaba yo un nuevo rumor ó musical concepto, ya como lastimero quejido, ya como frase de angustia ó sorpresa, y aplicando el oído y la imaginación, concluía por dar un significado verbal á sonos tan extraños. Por entretenernos en algo en las lentas noches, comuniqué mis observaciones á Ignacia, y apoderada ésta de lo que tanto era artificio de la mente como realidad sonante, oyó más que yo, y compuso todo un poema con los ruidos de las viejísimas tablas de mi casa solariega. “La puerta del comedor, siempre que entra alguien, dice: *¡ay, ay, ay! ¿cuándo os cansaréis de abrirme?*...” y la de la despensa: *“Dejadme morir cerrada,”*... Pues fíjate en los peldaños de la escalera cuando sube Cr-

sula, que es de libras... Dicen: "*Muero porque no muero*„. Y cuando baja Prisca, que corre como una rata, hablan en lenguaje familiar. Yo lo oigo así: "*Pues aquí venimos los frailes gilitos vendiendo cabriitos*„... Pon atención y oirás lo mismo que oigo yo...

"Pepe, Pepe—me dijo Ignacia una noche cuando desperté del primer sueño,—fíjate en ese ventanón que han dejado abierto en el desván. El viento lo mueve, y al abrirse canta el primer verso de la jota... atiende y oirás: "*Hay en el mundo una España*„... luego se cierra con un golpe, *pum*, al cual sigue un ruido muy suave, algo así como el de las chupadas de un niño cuando coge la teta., Puestos á oír, oíamos verdaderas maravillas. La puerta del comedor hablaba en griego y en latín, y decía cosas de la misa para echarse después á reír con alguna frase desgarrada, más propia de boca de manola que de una venerable puerta de casa ilustre; la que comunica el comedor con la pieza donde están los armarios de ropa decía: "*Madre unos ojuelos rí*„, y los armarios remedaban rezos de monjas, ronquidos de durmientes, pregones como el "*De Jarama, vivos!*„ que tanto habíamos oído en Madrid...

Llegamos á componer el completo inventario de estos domésticos ruidos, con música y letra; y como alguna noche nos molestase tanta música, nos atrevimos á decir á mi madre que mandara untar de aceite los mohosos goznes para que callasen, ó fueran

más silenciosas las parlantes y cantantes puertas. Pero ella, sonriendo con la dulce severidad que empleaba siempre que se veía en el caso de negarse á darnos gusto, nos dijo: “Por Dios, hijos míos, no me pidáis que suprima los ruiditos de mi casa, que si ella no me cantara con el son de sus puertas y el estribillo de sus gonces, me parecería que pasaba de casa viva á casa muerta. Con esos ruidos melancólicos, que me cuentan cosas del presente y del pasado, me crié, y con ellos quisiera morirme. En ellos oigo la voz de mis padres y de mis hermanos, la de mi tío Anselmo, corregidor que fué de Guadalajara. Amigo íntimo del Empecinado y de D. Vicente Sardina, nos refería las palizas que éstos daban al General Hugo. También me traen á la memoria esos murmullos la voz de mi abuela, cuando á mí y á mi hermana nos contaba las fiestas que dieron en el Retiro por el casorio de Doña Bárbara con Fernando VI; la voz de mi padre ¡ay! una tarde, cuando, sentaditas mi madre y yo en este mismo sitio desgranando judías, entró y muy afligido nos dijo que le habían cortado la cabeza al Rey de Francia. Esto fué el año 93: la noticia de tal atrocidad llegó á nuestra villa el día de San Blas: ya veis si tengo memoria... Con que, no matéis los ruidos, y dejadme mi casa como está... No seáis, por Dios, tan modernos.,,

## X

El testamento de Miedes, otorgado en Sigüenza veinte años há, carecía de interés por la desaparición de los bienes raíces. Los consistentes en papel impreso y escrito pasaban á ser propiedad del Seminario de San Bartolomé de Sigüenza, y el ajuar de casa, ropa y trebejos, que en buena tasación no valdrían arriba de ochenta reales, se adjudicaba íntegramente á la señora Laureana de La Toba, conocida por *la Ranera*. Habiéndome dicho un día D. Juan Taracena, testamentario con el confitero Gutiérrez del Amó y D. Cosme Aparicio, que en el revoltillo de la biblioteca se había encontrado un cajón de papeles escritos de puño y letra del erndito atenzano, me picó el deseo de echar la vista sobre ellos, y accedí á la invitación del señor Cura para examinarlos juntos, y rebuscar algunos destellos de inteligencia dentro de aquel caos. Y aquí viene á pelo la explicación de que lleve la fecha de Octubre esta parte de mis Confesiones, toda en una pieza, después del largo silencio de cuatro meses en que suspendida tuve mi comunicación con la Posteridad. Lo poco que escribí desde la petición de mano hasta el día de mi casamiento, parecióme tan falto de interés y sobrado de fastidiosas declamaciones tocantes á la dignidad humana *sacrificada*



*en aras del positivismo*, que lo rompí para no causar risa y tedio á mis futuros lectores... Entré por el aro del matrimonio agenciado por mi hermana; nos vinimos á esta villa mi mujer y yo, y pronto advertí la imposibilidad de escribir mis reservados pensamientos, porque mi esposa y mi madre no me dejaron ni un instante en la soledad necesaria para tal desahogo. Han pasado los meses en espera de una ocasión dichosa, la cual no ha venido hasta que, sin recelo de María Ignacia, he podido recluirme en la caverna del viejo Miedes con el pretexto muy razonable de la compulsa y escrutinio de sus descabalados papelotes.

En tres mañanas de recogimiento y aplicación, he podido emborronar toda esta parte de los días de Atienza, que á mi parecer no será de las que menos ilustren y amenicen la historia de mi vida, en contacto con la vida y alma españolas. Ni mi mujer ni mi madre se sorprenden de que pase aquí mañanas enteras, y aún les parece poco cuando á la hora de comer les doy cuenta de los peregrinos borrones en prosa y verso que D. Juan, revolviendo lo pasado, mientras yo escribo para lo futuro, ha podido descubrir en este maremagnum: un Discurso de tesis escolástica (Alcalá, 1801), una epístola en ripiosos tercetos *Contra el ricio de hablar y vestir á la francesa* (1823), un extenso alegato refutando las crónicas que atribuyen la fundación de León al Rey egipcio *Mercurio Trimegisto* (muy señor mío), y por fin una

serie de cartas que D. Ventura, por comecón monomaniaca, escribía desde su solitaria cueva á todo personaje que descollaba en la celebridad militar y política. Había carta á Espartero, al Marqués de Miraflores, á Olózaga, á Martínez de la Rosa, á Mendizábal y á Narváez, y era particularidad de todas ellas que principiadas con gran esmero de letra y profusión de atrevidos pensamientos, ninguna estaba concluída y, por tanto, ninguna había ido á su destino. Graciosísima entre todas era la que empezó á escribir para Narváez, con fecha reciente. Tanto gusto tuve de su lectura que Taracena me la regaló, y aquí transcribo un párrafo de ella muy interesante: "En vos, Señor, saludan las presentes kalendas al esclarecido descendiente de aquellos *Turdetanos* que en el Sur de nuestra Península renovaron la ciencia de los famosos *Túrdulos*, compañeros de nuestro común padre Túbal. La historia que de Vuecencia se ha de escribir notará la concordancia del su carácter con el etimológico sentido de la palabra *Túrdulo*, que se compone de *Thur* (Buey) y de *Duluth* (exaltado). Reconociendo en Vuecencia el primer *túrdulo* del Reino, yo le proclamo *Buey*, que es lo mismo que decir *fuerte*, y *Exaltado*, que suena lo mismo que *liberal*, de donde sale la especiosa síntesis de Vuecencia, ó sea el ayuntamiento y consorcio de los atributos de *Fuerza* y *Libertad*...."

La soledad de Atienza se alegró estos días con la llegada de los maranchoneros... Son

éstos habitantes del no lejano pueblo de Maranchón, que desde tiempo inmemorial viene consagrado á la recría y tráfico de mulas. Ahora recuerdo que el gran Miedes veía en los maranchoneros una tribu cántabra, de carácter nómada, que se internó en el país de los *Antrigones* y *Vardulios*, y les enseñaba el comercio y la trashumación de ganados. Ello es que recorren hoy ambas Castillas con su mular rebaño, y por su continua movilidad, por su hábito mercantil y su conocimiento de tan distintas regiones, son una familia, por no decir raza, muy despierta, y tan ágil de pensamiento como de músculos. Alegran á los pueblos y los sacan de su somnolencia, soliviantan á las muchachas, dan vida á los negocios y propagan las fórmulas del crédito: es costumbre en ellos vender al fiado las mulas, sin más requisito que un pagaré cuya cobranza se hace después en estipuladas fechas; traen las noticias antes que los ordinarios, y son los que difunden por Castilla los dichos y modismos nuevos de origen matritense ó andaluz. Su traje es airoso, con tendencias al empleo de colorines, y con carreras de moneditas de plata, por botones, en los chalecos; calzan borceguíes; usan sombrero ancho ó montera de piel; adornan sus mulitas con rojos borlones en las cabezadas y pretales, y les cuelgan cascabeles para que al entrar en los pueblos anuncien y repiqueen bien la errante mercancía.

Todo Atienza se echó á la calle á la llega-

da de los maranchoneros con ciento y pico de mulas preciosas, bravas, de limpio pelo y finísimos cabos, y mientras les daban pienso, empezaron los más listos y charlatanes á dar y tomar lenguas para colocar algunos pares. En mi casa estuvieron dos, sobrino y tío, que á mi madre conocían; mas no iban por el negocio de mulas, sino por llevarnos memorias y regalos de mi hermana Librada y de su familia. (Si no lo he dicho antes, ahora digo que mi hermana mayor, casada en Atienza con un rico propietario, primo nuestro, había trasladado su residencia, en Abril de este año, á Selas, y de aquí á Maranchón, por el satisfactorio motivo de haber heredado mi primo tierras muy extensas en aquellos dos pueblos.) Obsequiados los mensajeros con vino blanco y roscones, de que gustaban mucho, se enredó la conversación, y al referirnos pormenores de su granjería y episodios de sus viajes, vino á resultar que inesperadamente, sin que precediera curiosidad ni pregunta nuestra, tuvimos noticia de la cuadrilla ó tribu de los Ansúrez.

Entre otros cuentos ó aventuras refirieron los tales que en una venta cerca de Trijueque habían topado con los vagabundos, entrando en pláticas y tratos con ellos, porque el Jerónimo les propuso comprarles una mula de las ancianas, no para comerciar, sino para andar en ella, no llegando á entenderse porque parecía insegura la fianza. Vista y examinada la linda moza que los Ansúrez

llevaban, propusieron los marchantes tomarla á cambio, no de una mula, sino de dos, á escoger, y con algún dinero encima si así fuese menester para igualar, y de esto vino una pendencia con palos recíprocos, teniendo que salir más que de prisa los *agitanados* para que no acabara en sangre la función... Después volvieron á encontrarse en Taracena, *resultando* que la moza se había comprado zapatos en Valdenoches, y algún trapo con que más honestamente se tapaba. Esquivaron los de Maranchón nuevas disputas; pero la casualidad les hizo presenciar la que tuvieron los Ansúrez entre sí, unos hijos con otros y algunos con el padre, saliendo de la refriega la hermanita con un chichón en la frente; y á consecuencia de este gran cisco se separaron, tirando cada cual por su lado, como huyendo unos de otros, con intención de no volver á juntarse nunca. Uno de los hijos tiró hacia Brihuega, otro se metió por el camino que conduce á Pastrana y al paso para Cuenca y Reino de Valencia; el tercero subió hacia el lugar de Talamanca, como para correrse á Segovia; el cuarto dijo que se quedaría en Guadalajara, y el chiquitín con la hija guapa y el padre anciano dijeron que derechamente se iban á Madrid. La dispersión de la tribu, contada con tanta sencillez por los traficantes de mulas, me hacía el efecto de las emigraciones de los hijos de algún patriarca, tal como la fábula ó la Historia nos las transmiten, y la salida de cada cual para fundar

pueblos y difundir ideas al Norte y al Sur, hacia donde nace ó se pone el sol. Estaba sin duda mi cerebro bajo el influjo de las ideas de Miedes, y en todo veía éxodos de razas, familias dispersas, y viajes que traen la civilización ó van en pos de ella.

Y como pèrsisto en no ocultar nada de lo que siento, séame ó no favorable, diré que desde que oí á los muleros, no se apartó de mi pensamiento la imagen de la hija de An-súrez. “¿Qué apuestas á que te adivino lo que estás pensando?—me dijo Ignacia por la noche, ya solos en nuestra alcoba. Y yo me eché á temblar, porque en efecto, mi mujer de algunos días acá me adivina los pensamientos con sólo mirarme, y á veces sin este requisito, por pura infiltración del rayo de sus ojos al través de mi frente, ó por misteriosa lectura de signos que trazan sin quererlo mis manos, mis pasos, mi sombra sobre las paredes ó el suelo. Antes que acabara de responderle con una donosa evasiva, me dijo: “¡Mentiroso! estás pensando en Lucila, ó digamos *Illipulicia*, como la llamaba su enamorado caballero D. Ventura.,” Negué; dí nuevo giro á nuestro coloquio; mas era verdad que en Lucila pensaba, llevando muy á mal que descompusiese su escultural figura imponiendo á sus libres pies el suplicio y la fealdad de estas horribles invenciones de los zapateros. Por mi gusto habríale comprado en Guadalajara, en Cogolludo ó donde la encontrase, túnica y manto de finísima franela blanca, con las cuales prendas



y un delgadísimo camisolín de batista cubriese y guardase honestamente toda su persona, sin añadidura de corsé, ni faja, ni cinturón, ni canesú, ni medias, ni cosa alguna más que lo dicho, privándola asimismo de toda suerte de alhajas ó accesorios, que siempre habían de interceptar alguna parte ó pedacito de su soberana belleza, y de distraer los ojos que en contemplarla se embelesaban. Sólo en su cabeza consentiría un aro de metal, oro puro sin ornato ni piedras preciosas, que sujetase su espléndida cabellera, recogida y arrollada en una sola onda. Guardaba yo esta imagen en el más recóndito espacio de mi pensamiento, bien sujeta de mis disimulos para que no se me escapase, y le tributaba culto espiritual, castísimo, haciéndome la cuenta, como el loco Miedes, de que en tal figura amo el alma de un pueblo y la *historia de las cosas vivas*.

El invierno nos arroja de Atienza. Echo muy de menos la sociedad, mis amigos, la política, el fácil y pronto conocimiento de cuanto pasa en el mundo. Ya resuenan lúgubramente en los empedrados de la antigua *Tutia* las herraduras de las caballerías que suben y bajan por estas empinadas calles y carreras; ya se me hace fúnebre como el *Dies iræ* el ladrido de los perros en largas noches, y hasta el matutino canto de los gallos me suena como una invitación á que tomemos el portante. Y de los ruidos del maderamen de la casa no digamos: ellos son de tal modo tristes, que harían regocijadas las *No-*

*ches* de Young y de Cadalso... Ya me inspiran profunda antipatía los señores y damas del pueblo, que con su apéndice de niñas emperejiladas á estilo de Madrid redoblan ahora sus fastidiosas visitas, sin duda porque no tienen á dónde ir. No puedo soportar á las de Aparicio; las del Confitero me amargan, y las del Médico me enferman. D. Lucas de la Cuadra se me ha sentado en la boca del estómago, y D. Manuel Salado en la coronilla... Ya los pórticos románicos se desdicen de todas aquellas donosuras poéticas que nos habían cantado, y el alto Castillo se reviste de una fiereza tal, que nó nos atrevemos á mirarle cara á cara. Si al pronto las nieves nos alegran la vista, no tardamos en asustarnos de su blancura irónica, que deslíe y absorbe los colores de la campiña, mata todo sonido y borra todo signo vital. Vientos glaciales bajan del Alto Rey y quieren barrernos. La vida se reconcentra en las cocinas, como en el orden vegetal desciende á las raíces la savia, y junto al fuego se agrupa toda la bárbara inocencia y la marrullera ignorancia de la humanidad campestre.

Madrid nos llama y Atienza nos despide, pues mi propia madre, que no se cansa de tenernos á su lado ni de prodigarnos su inextinguible cariño, reconoce que es hora de que ella torne á Sigüenza y nosotros á la Villa y Corte, con todas las precauciones imaginables y cien más, y aún es poco, porque... hace días anduvieron ella y María Ignacia en

secreteos, y según parece, ya no hay dudas respecto á lo que más deseamos todos, esposo y padres... ¡Ay, Dios mío! El temor de un fracaso, que ahora no sería imaginario como en los días de nuestra llegada, inspira á mi señora madre las más audaces previsiones y los planes más peregrinos respecto á viaje, método y pausas con que debemos realizarlo, estructura y acomodos del coche, limpieza y monda de piedras en todos los caminos que hemos de recorrer... Pronto á partir, precisado me veo á poner fin á estas páginas trazadas al descuido y como á hurtadillas en la polvorosa madriguera del erudito atenzano. ¿Pluma de estas Confesiones, cuándo volveré á cogerte?... Adiós, Atienza, ruína gloriosa, hospitalaria; adiós, santa madre mía; adiós, *Noble Hermandad de los Recueros*, que me hicísteis vuestro *Prioste*; adiós, amigos míos, curas de San Juan, San Gil y la Trinidad; adiós, Ursula, Prisca, José, servidores fieles; adiós, Teresita Salado, Tomasa y chiquillos que alegrábais nuestras tardes; adiós, paz y recreo del campo, simplicidad de costumbres; adiós, sombra del grande y misterioso Miedes, el de la locura graciosa y sublime, el soñador celtíbero, enamorado de la más bella representación del alma hispana; adiós, en fin, imagen de la errante Lucila, mentira de la realidad y verdad casi desnuda que pasaste como un relámpago de hermosura entre el polvo de los deshechos terrores... adiós, adiós, adiós... Ved aquí las últimas plumadas, las últimas sin remedio,

porque tengo que sellar y empaquetar cuidadosamente estos papeles para llevármelos bien guardaditos... No más, no más... Hasta que Dios quiera.

## XI

**Madrid, 22 de Noviembre.**—Me parece mentira que puedo consagrar un rato al cesahogo de estas Confesiones, en lugar seguro, lejos de la inspección y vigilancia de mi mujer, de mis suegros y de toda la ilustre familia con quien vivo, tratado como príncipe, regalado hasta el mimo, pero sin libertad. No debo quejarme, pues los bienes que Dios derrama generoso sobre mí aligeran la cadena de oro que arrastro, reduciéndola, fuera de contadas ocasiones, al peso y tensión de un cabello. No me quejo; voy muy á gusto en este gallardo machito: en mi casa me aman, y tienen de mí la más alta idea; en sociedad me veo rodeado de consideraciones; el respeto me sigue, la admiración me acompaña, y el dorado vulgo me rinde homenajes que en mi vida de célibe nunca pude soñar. A mi nombre va unida, con el flamante título que ostento, la idea de sensatez; pertenezco á *las clases conservadoras*; soy una faceta del inmenso diamante que resplandece en la cimera del Estado y que se llama *principio de autoridad*: en mí se unen felizmente dos naturalezas, pues soy *elemento*

*joven*, que es como decir inteligencia, y *elemento de orden*, que es como decir riqueza, poder, influjo. Váyanse, pues, unas libertades por otras, que algo se puede sacrificar de la doméstica para gozar la pública, la que nos autoriza para campar con nuestra caprichosa voluntad por encima de la cuitada multitud, á quien nunca falta Rey que la ahorque ni Papa que la excomulgue.

Desde que regresamos de Atienza, toda tentativa de confesión escrita hallaba en la curiosidad de los míos insuperable obstáculo: ¿pues qué había yo de escribir que mi mujer no atisbase, receloso fiscal de mis pensamientos? Ausente mi amigo Aransis, no tenía yo quien me diese seguro asilo, que bien puedo llamar confesonario; ahora que vuelve Guillermo á Madrid, á su casa me voy y en su cuarto me meto, y en su papel escribo... Sepan los que en futura edad me leyeren que amo á Ignacia con plácida ternura, y que estoy muy contento de haberla hecho mi esposa. El afecto que le doy débilmente corresponde, así debo declararlo, al exaltado amor que ella tiene por mí, y á la ofrenda que constantemente me hace de su sinceridad, pues todo me lo revela y confía, desde las cosas más importantes á las más menudas, y no hay repliegue de su conciencia ni secreto de su mente que no ponga ante mí. Su inteligencia descubre y ostenta de día en día nuevos tesoros. Con sus padres es la niña encogida y vergonzosa de siempre, petrificada en las ñoñerías tradicionales de la casa;

para mí es la mujer de libre pensamiento, la mujer de ideas propias que en el sagrario matrimonial rompe el cascarón en que la criaron, y conservando hacia la familia las fórmulas de un pasivo respeto, sólo en el esposo pone su alma entera.

Padre seré de los hijos que Ignacia quiera darme, y como es bueno que me ejercite en las paternas obligaciones, de la Patria quieren hacerme venturoso papá. Me ha llamado Sartorius para decirme con cortesana franqueza que por mi posición independiente y mis dotes intelectuales, *estoy llamado á* representar un distrito en el futuro Congreso. ¡Paso á los hombres de arraigo; atrás los vividores! Este lema de regeneración política me parece muy bello, y no vacilo en poner al servicio del país todo mi arraigo, que espero ha de aumentarme Dios. Aunque las elecciones generales para nuevas Cortes no han de ser hasta el año próximo, el previsor Conde me pregunta si llegado el caso podría yo disponer en Sigüenza de los necesarios *elementos* para el triunfo. Le contesto que no me faltan allí parentela y amigos; pero desconfío del éxito si vuelve á presentarse, como presumo, el señor Conde de Fabraquer. Por lo que me aseguró el alcalde de Atienza D. Manuel Salado, con Fabraquer no será posible la lucha, á menos que el Gobierno no haga un verdadero desmoche y tabla rasa... Hablamos en seguida de Brihuega, donde *toda la fuerza* es de D. Luis María Pastor; de Almazán, donde probablemente



luchará, y no han de faltarle medios y buenas armas, el Sr. Ramírez de Arellano, funcionario de Gracia y Justicia; y por fin echamos una miradita á Molina de Aragón, donde la desventaja de tener enfrente á un antagonista tan formidable como D. Fernando Urries, se compensará con el apoyo que ha de darme mi cuñado y primo, gran propietario en Selas y Maranchón, y á poco que me ayude el Gobierno... Pensó en ello un instante Sartorius, y después me dijo: "Ya lo resolveremos de aquí á las elecciones generales, que serán el invierno próximo... y por mi gusto no se convocarían nuevas Cortes hasta el 50... De todos modos tenemos tiempo... Pero usted no debe estar ocioso, amigo mío. Cada día se nota más en esas malditas Cortes la falta de personas de arraigo... Las complacencias de los Gobiernos con los que hacen de la política un oficio, van desmoronando el Régimen... Yo veré si le sacamos á usted en alguna elección parcial...,"

Volví, por indicación del amable Ministro, á los cuatro días; pero nada de mi presunta paternidad política pudimos hablar, porque las graves noticias llegadas de Roma arrebatában la atención de los hombres más ó menos *arraigados*, no dejando espacio para tratar de personales asuntillos. A pesar de esto, debo confesar ingenuamente que si en la concurrida recepción ó tertulia de Sartorius, á horas altas de la noche, aparecí asociado al general asombro y pena que ocasionan los graves sucesos de Italia, sentí en

mi interior el hielo de la desafección á todo lo que no trajera ligamentos ó enlace con mi propio bienestar. En verdad digo que lo ocurrido en Roma me inspira un cuidado muy relativo, y no ha de quitarme porción ninguna del sosiego de mis días ni del sueño de mis noches. Pero como todos me creen muy entendedor de cosas y personas romanas, no cesaron aquella noche de interrogarme acerca de los antecedentes y móviles de los aterradoros acontecimientos; contesté conforme á mi conocimiento personal, y añadiendo á lo que ignoro alguna ingeniosa gala de mi fantasía, satisfice la curiosidad y escuchado fuí como un oráculo.

Acerca del Marqués de Azeglio, propagandista de las ideas liberales bajo la bandera papal, y del partido llamado *Joven Italia*, que proclamaba las dos grandes ideas *Libertad y Unidad*; acerca del grande y austero revolucionario Mazzini, que á su fin va sin reparar en los medios, hombre de robusta inteligencia, de formidable voluntad, frío, despiadado, cerrado á todo sentimiento que no sea el de un patriotismo fanático, á la romana, mezcla imponente de Catón y Sila, les dí prolijos informes que á mi parecer se aproximaban bastante á la verdad. Las concesiones de Pío IX á los revolucionarios, que aparecían en las calles de Roma ennegrecidos aún con el tizne de las logias, yo las había presenciado; y también ví que el Papa, otorgando al pueblo cuanto éste pedía, llegó al límite de la generosidad. El pueblo, desva-

mecido por las ideas de Balbo y Gioberti, y por la predicación del Marqués de Azeglio, pedía más cuanto más obtenía. Mastai Ferretti concedió el Ministerio laico, y Constitución y Cámaras. La moda de las Constituciones llegó á invadir la morada de la inmutable Iglesia. Contra la *Joren Italia* y los revolucionarios alzaba fuerte antemural el Imperio austriaco, poseedor de las más bellas regiones del Norte de Italia; contra el Austria armaba sus huestes Carlos Alberto, Rey de Cerdeña. ¿Ante cuál de estos dos poderes se inclinaría San Pedro?... Díles una explicación sucinta de las dos ideas fundamentales que la Historia expresa con los términos rutinarios de *güelfos* y *gibelinos*, y les referí que en los postreros días de mi estancia en Roma yo había visto al Papa indeciso (perdonad, yo le veía en la opinión que me rodeaba, dándome la perspectiva general de las cosas), y, por fin, inclinado á no romper con el Imperio. Si Julio II gritó “fuera los bárbaros,,,” Pío IX creyó sin duda comprometer su tiara si los bárbaros, entiéndase austriacos, negaban su apoyo al débil Estado romano y á la Barca del Pescador.

Incansable en organizar las demostraciones patrioterías, á la calle lanzaba Mazzini las multitudes, con cuyo vocerío halagaba y amedrentaba al Pontífice, el cual, harto de vanos ruidos y agobiado bajo la pesadísima responsabilidad de la Iglesia que llevaba sobre sus hombros, gritó un día en el balcón

del Quirinal: “No puedo, no debo, no quiero.” Con esto, y con la Encíclica en que desmintió el Pontífice su política del 46 y 47, se desligó de la *Joven Italia*: deshecha como el humo la popularidad de Mastai Ferretti, el sentimiento popular le acusó de defección á la causa de la patria. Lanzado á la resistencia, Su Santidad nombró Ministro al Conde de Rossi.

A una me interrogaron acerca de este desgraciado personaje, y aunque yo no le conocía más que de verle en la calle cuando era Embajador de Francia, hice de él pintura física y moral con los elementos de la opinión oída ó sentida, que casi siempre han sido los más eficaces medios de la Historia. Rossi era un hombre pálido y pensativo, poco elegante y un tanto displicente, gran jurisconsulto y expositor de ciencia jurídica... Ministro papal (esto no lo alcancé yo, pero hablé de ello como si lo hubiera visto), desplegó una energía que había de ser insuficiente contra la hinchada onda de la revolución.

“¿Conoce usted el palacio de la Cancillería, en cuya escalera ha sido asesinado Rossi?—me preguntan con el intenso interés trágico que despierta el lugar de un crimen. Y yo impávido, bien asistido de mis luminosos recuerdos, les describo todo el barrio, la *via Pellegrini*, el *Campo di Fiori*; encaro con la majestuosa fachada de la Cancillería, trazada por Bramante; traspaso el monumental pórtico, obra de Fontana; entro en el

bello patio, y torciendo á mano izquierda, señalo el arranque de la escalera, en cuyos primeros peldaños ha perecido á manos de la demagogia desmandada el Ministro de Pío IX. Luego me lanzo de nuevo á la calle, y con mi fácil vena descriptiva les guío hacia las construcciones heteróclitas entremezcladas con los vestigios del *Teatro de Pompeyo*, ¡donde fué asesinado César!... y admiran la coincidencia, que no está en las personas, ni en la calidad ó móviles del delito, quedando sólo reducida á la vecindad de lugares trágicos. En pueblos tan pletóricos de Historia como aquél, las tragedias se tocan, y juntas están las piedras en que sucumbieron mártires ó afilaron sus cuchillas los verdugos.

*1.º de Diciembre.*—Según las noticias de Roma que nos llegan por los correos de Francia, Rossi fué víctima de su temeraria confianza ó de su indomable valentía. Más altanero que precavido, despreció los avisos que se le dieron de que las logias habían decretado su muerte. Entró solo, sin miedo ni precaución, en la Cancillería, rompiendo por entre una multitud enconada y bullanguera. Al poner el pie en el primer peldaño recibió un garrotazo en el costado derecho. Volvióse, y en el mismo instante, por la izquierda, una furibunda mano armada de cuchillo le cortó la yugular. Muerto el Ministro, la autoridad temporal del Pontífice era una vana sombra. El siguiente día, 16 de Noviembre, trajo el desenfreno de las mu-

chedumbres, las gesticulaciones del patriotismo epiléptico frente al Quirinal, la ansiedad de Pío IX, el ir y venir de comisiones pidiendo y negando... Las noticias de hoy confirman que Su Santidad huyó de Roma. ¿En qué forma? ¿Disfrazado de aldeano como Juan XXII escapando del Concilio de Constanza, ó de mercader como Clemente VII escabulléndose por entre las tropas españolas?

*3 de Diciembre.*—Por referencias de nuestra Embajada se sabe que Mastai Ferretti salió del Quirinal vestido de simple cura, y en velocísima carrera de coche se plantó en Albano. Allí le tomó de su cuenta el Ministro bávaro, Conde de Spaur, que viajaba con su señora y familia menuda. Con el carácter de ayo de los niños salvó Pío IX felizmente la distancia entre Albano y la frontera de Nápoles... Ya le tenemos en Gaeta, que ha venido á ser la provisional Sede y metrópoli del mundo católico. En Roma imperan Mazzini, Sterbini, Cicerovacchio, el Príncipe Canino, que es un Bonaparte encenagado en la demagogia, y les sigue y hace coro la ronca turba insaciable. Grandes acontecimientos se preparan en el mundo. Arde Italia. El caballeresco Carlos Alberto reúne la más florida milicia lombarda y piamontesa para marchar contra el Austria... ¿Qué pasará? ¿En qué pararán estas colosales trifulcas, que comparadas con nuestras revoluciones de campanario no nos parecen menos grandes que los combates de Dioses y Héroes en los cantos de Homero, ó las pe-



leas de arcángeles en las estrofas de Milton?... No lo sé, ni en verdad me importa mucho. Rueden los tronos; vacile, ya que rodar no pueda, la inmortal tiara; sobre las monarquías deshechas alcen su imperio efímeras ó vigorosas repúblicas. Nada de esto alterará la paz del hombre árbol, que ve resueltos los problemas de su nutrición vegetal, y siente bien asegurado el suelo entre sus hondas raíces. Mi optimismo me asegura que las tempestades europeas no se correrán á España, porque aquí tenemos la Providencia de un D. Ramón María Narváez que con el ten con ten de su fiereza y gracias andaluzas, tigre cuando se ofrece, gato zalamero si es menester, maneja, gobierna y conduce á este díscolo Reino, y en él asegura el bienestar de los que lo han adquirido, ó están en el trajín de su adquisición. Vivame mil años mi *Espadón de Loja*, y durmamos tranquilos los que juntamente somos usufructuarios y sostenedores del orden social.

## XII

*16 de Marzo de 1849.*—De tal modo absorben mi espíritu el cuidado de mi carmitad y el problema de la sucesión, que ha de resolver María Ignacia, según los cálculos más discretos, en fines de Mayo ó principios

de Junio, que no hay espacio en mi pensamiento para suceso alguno de orden distinto, así privado como público. ¿Qué me importan las alteraciones de Francia, de Roma ó de Hungría, ni las malandanzas del Estado español, ante este inmenso enigma del embarazo, cuyo término y desenlace feliz esperamos con el alma en un hilo? ¿Qué puede afectarme ese lejano enredo de la República Romana, ni las diabluras de los Mazzinis, Caninos y Garibaldis? ¿Ni qué atención puedo prestar á los entusiasmos de mi cuñada Sofía por Luis Napoleón, Presidente de la República Francesa, ó por Manin, desgraciado Dux de la de Venecia? Y cuando mi hermano Gregorio me da irresistibles matracas por el desconcierto de la Hacienda española, ¿qué he de hacer más que abrir la oreja derecha para que salga lo que por la izquierda entró? Ya comprendéis que de la guerra intestina que arde en Cataluña hago tanto caso como de las nubes de antaño, que lo mismo es para mí Cabrera que un monigote de papel, y que los movimientos de Pavía, de Concha ó de Córdoba en persecución de los facciosos no mueven mi curiosidad. Entre ó salga Montemolín, lo mismo me da, por no decir que ahí me las den todas.

No me cansaré de afirmar que son cada día más vivos y puros mis afectos hacia la compañera de mi vida, y que ésta ha llegado á seducirme y enamorarme con sólo el talismán de sus anímicas dotes. Diré también

que mis suegros y toda la familia me quieren entrañablemente, viendo y comprobando con diarios ejemplos que *hago feliz* á la niña. Cuido mucho de no dar pretexto al menor disgusto de mis papás políticos, atento siempre á mi completa identificación con ellos y á fundirme en las ideas y rutinas del mundo Emparánico, sin hipocresía ni violencia. Sólo en los comienzos de mi asimilación me causaron enojo las extremadas santurronerías á que las señoras mayores me sometieron, y se me hacía muy largo el tiempo consagrado, sobre la diaria misa, á Triduos, Cuarenta Horas, ó visitas á las monjas del Sacramento, de la Latina y de Santo Domingo el Real; pero á ello me fuí acostumbrando con graduales abdicaciones del albedrío, hasta llegar á cierta somnolencia que se compadece con las materiales ventajas de mi posición. Por el bienestar que me rodea y las comodidades que disfruto, doy gracias á Dios y á mi hermana Catalina, sintiendo mucho no poder dárselas más que con el pensamiento, pues desde que volví de Atienza no he visto á la bendita religiosa, que ahora está rigiendo la comunidad Concepcionista Franciscana de Talavera de la Reina. Ved aquí por qué no la he nombrado en esta parte de mis Confesiones. De veras me ha dolido no encontrarla en Madrid, no sólo porque estoy privado de sus consejos amorosos, sino porque su ausencia me tiene ignorante de si recibió y acogió á los Ansúrez, recomendados por mi

carta. Nada sé de esta gente, nada del noble patriarca de la tribu, nada de la sin par Lucila, y pienso que, desamparados aquí, se han corrido á tierras distantes.

Volviendo á mi nueva fámilia y al fenómeno de mi adaptación social, diré que fué para mí un poquito duro, en los primeros días, el trato de las personas que frecuentaban mi casa en las veladas de invierno. Poca substancia, ó más bien ninguna, sacaba yo de la conversación de los respetables señores carlinos ó convenidos de Vergara, á los que no creo ofender si digo de ellos que su desenfrenado absolutismo me daba de cara como un mal olor de boca. A los que ya he dado á conocer tendré que añadir alguno, si Dios me da salud y tiempo, que ostentando traje militar ó civil, trae olor de curas y tipo de la Bóveda de San Ginés. Pero con todos estos tufos y apariencias desagradables, yo voy apechugando con ellos, y ya no me causan la menor molestia ni sus personas anticuadas ni sus estrafalarios discursos. A todo se hace el hombre en las diferentes situaciones á que le lleva su Destino, y por algo dice la filosofía popular: *No con quien naces, sino con quien paces*. En realidad yo pacía exclusivamente con mi mujer, y de este nuestro pastar reservado en el íntimo campo conyugal, nació el que yo me adaptase fácilmente á la vida Emparánica, como se verá por lo que voy á referir ahora.

Me lanzo á descubrir y delatar lo más secreto de mis conversaciones con María Igna-

cia. Ya en los días de Atienza, cuando nos quedábamos solos, se me quejaba de la pesadez insulsa del rosario que mi madre nos hacía rezar con ella todas las noches. Claro es que estas opiniones eran sólo para mí, y ante mi madre nada decía que pudiera disgustarla. En Madrid me manifestó las propias ideas, y una noche llegó á decirme: "El rosario me sirve á mí para pensar en mis cosas. No hay nada más propio que esta taravilla para meterse una en sí misma. Ya tengo yo mi lengua bien acostumbrada á rezárselo ella sola, y la dejo ir al compás de la cancamurria de los demás. Dentro de mí, yo solita pienso, y si viene á pelo le pido á Dios con palabras mías lo que quiero pedirle... ¡Vaya, que si dijese yo estas cosas á mis tías, creerían que me he vuelto loca! Pues hace tiempo que pienso así; pero á nadie lo he dicho, porque la vergüenza me sellaba la boca. Como entre nosotros no hay vergüenza, todos mis pensamientos son tuyos.

Y en la noche de un día consagrado á religioso bureo, con misa solemne por la mañana, por la tarde manifiesto y procesión, y como fin de fiesta, fastidiosa charla mística del Sr. Sureda con nuestras reverendas tías, María Ignacia, cuando estuvimos donde nadie pudiera oirnos, me dijo: "Con muchos días como éste, pronto se hace una volterriana, aunque yo, la verdad, no he leído á ese Voltaire ni falta que me hace. Oye, Pepe: ¿no te parece que sobre todas las estupide-

ces humanas está la de adorar á esos santos de palo, más sacrílegos aún cuando los visiten ridículamente? ¿No crees que un pueblo que adora esas figuras y en ellas pone toda su fe, no tiene verdadera religión, aunque los curas lo arreglen diciendo que es un símbolo lo que nos mandan adorar entre velas? Yo te aseguro que no siento devoción delante de ninguna imagen, como no sea la de Jesucristo, y que si yo tuviera que arreglar el mundo, mi primer acto sería condenar al fuego á toda esa caterva de santos de bulto, empezando por los que llevan ropa.

—Lo mismo pienso—le respondí.—Pero nosotros, que tenemos nuestro entendimiento limpio de esos desvaríos, hemos de disimularlo, y hacer como que no discurremos, ni vemos más allá de las narices del Sr. Sureda, ó de tu tía Josefa... Seamos cautos, mujer mía, que nada cuesta decir á todo *amén*, y vivir en santa paz con la familia.,

Y una noche, recordando lo que desentonadamente se habló en nuestra tertulia de la situación del Papa, y de las tropas que mandaremos á Italia para restablecerle en su trono, mi mujer se dejó decir: “Ya ese bendito Conde de Cleonard me tenía estomagada con que la Iglesia debe ser maestra de la vida en todos los órdenes, con que los liberales están condenados, con que debemos traernos para acá al Papa, y hacerle cabeza de nuestra nación... Pues yo digo que si es Vicario de Jesucristo, ¿para qué necesita fusiles y cañones? Jesucristo no



tuvo artilleros, ni le hacían falta para nada... Y también digo que no tuvo embajadores, ni ministros de Hacienda, ni cobraba dinero por bulas ó dispensas, ni gastaba esos lujos... como que nunca se puso zapatos. ¿Lo entiendes tú, Pepe? Me dirás que no, y que tus dudas son iguales á las mías... Pero tienes razón, hijito: callémonos y hagámonos los tontos, que así nadie se mete con nosotros, y vivimos tan tranquilos..”

El escepticismo de mi cara esposa no se estacionaba: era esencialmente progresivo, como se verá por los conceptos formulados hará unos veinte días: “Esto de que hemos de confesar y comulgar todos los meses me parece un abuso de nuestra paciencia, Pepe. ¿No crees lo mismo? Bueno que me hagan confesar á mí; pero tú, que eres hombre, ¿por qué has de arrodillarte tan á menudo delante de un sacerdote para contarle lo que has hecho? ¡Pues buena tendrías el alma si á cada treinta días te la llenaras de nuevos pecados! Con confesar una vez al año, ó dos, vamos, bastaría, pienso yo. Claro es que salimos del paso muy lindamente. Yo de algún tiempo acá no le digo al cura más que lo que me parece. Ya te conté los disparates que me preguntó el de las Descalzas. Desde entonces hago mi composición y no me apuro por nada. ¿Y tú cómo te las arreglas con D. Sinforoso? ¿Es preguntón; es de los que se pasan de listos y quieren saber, á más de los pecados cometidos, los pecados probables, y se meten en lo que no

les importa?... Verdad que tú ya sabrás desenvolverte. A buena parte van. Yo digo que la mujer casada no debe confesarse más que con su marido, si éste no es un pillete, como hay muchos. A tí te digo yo todo lo que pienso; tú me dices á mí parte de lo que discurre, porque un hombre, naturalmente, debe tener alguna más libertad de pensar, y así somos felices, y nos entendemos á maravilla.,,

30 de Marzo.—Suspendo aquí los desenfadados de María Ignacia, para dar sitio al estupendo noticia de hoy. En Novara, gran batalla entre piemonteses y austriacos, vencedores éstos, viéndose precisado Carlos Alberto á salir de estampía, previa abdicación en su hijo Víctor Manuel. No caben en sí de contento los de mi tertulia Emparánica, y mi hermano Agustín ya ve asegurada la paz del mundo y el orden social con este triunfo del Imperio... Ni ante la rota de Novara, que ha sido el humo en que se desvanecen las esperanzas unitarias de los italianos, entran en razón los descamisados y descalzonados de Roma, que siguen adorando á esa tarasca ebria de su República. El Papa, muy obsequiado del *Rey Piísimo* (Fernando II), continúa en Gaeta esperando que las tropas francesas y españolas le devuelvan sus Estados, hoy en poder de todos los demonios. Estos no van con exorcismos ni anatemas, y es menester gran cantidad de pólvora y balas para conseguir arrojarlos del santo cuerpo en que se han metido.

“¿No has reparado—me dijo anoche Ignacia,—que en casa no quieren á Narváez? Lo habrás notado sin duda. Ello está bien á la vista. Siempre que hablas de él, para elogiárle, naturalmente, ó callan ó salen con alguna cuchufleta... y que el Sureda las dice del peor gusto. Luego papá y las tías no pierden ripio para ponerle faltas: que si es un cascarrabias, que si no guarda la religión, que si no mira más que por sí, que si todo lo arregla con andaluzadas, que si debajo de la capa de moderado es un liberal tremendo, que si ha dicho ó no ha dicho del Nuncio una frase muy fea... y no pude enterarme, porque entre sí los hombres la pronunciaron muy en secreto, y unos se indignaban, otros se reían... En fin, Pepe, que no le quieren en casa, desengáñate. ¿Sabes la que soltó esta noche D. Serafín Cleonard? Pues que la Reina ha perdido el miedo á Narváez; pero que le mantiene en el poder por meterle miedo á su marido D. Francisco y tenerle siempre en jaque... Mi tía Josefa, que, como sabes, está muy al tanto de lo que pasa en el cuarto del Rey, se echó á reír y dijo: “Ya no le temen. ¿Qué han de temerle, si el tigre va saliendo gato? Preparado está ya el cascabel que han de ponerle.

—¿Y no añadió quién es el guapo que se lo pondrá?

—Se lo calló la muy ladina. Si mañana se les va la lengua un poquito más... será toda orejas, para grabarlo bien en mi memoria y poder contártelo.”

## XIII

*17 de Mayo.*—No me preguntéis nada de cosas públicas, ni aun de la expedición militar que ha salido ya para Italia. Todo lo ignoro, y lo que traen á mi oído derecho los amigos cuenteros y parlanchines, ó el bullicio de las calles, no tardo en arrojarlo por el izquierdo hasta dejar mi caletre vacío de cuanto no pertenezca á mis personales intereses y cuidados. He tenido á mi mujer muy malita. ¡Qué días, qué cinco semanas de mortal ansiedad! En mi sobresalto y tribulación temí que no sólo perdiéramos el fruto, sino el árbol. Gracias á Dios, vimos felizmente resuelto el infarto de la garganta y cuello con alarmantes manifestaciones de erisipela... Dejadme que respire. Ya la tenemos completamente bien: el mundo recobra su alegría. Yo le digo á María Ignacia que Dios está resueltamente de nuestra parte; ella se ríe y me contesta, barajando la fe con el escepticismo: “Acá para entre los dos, Pepe, yo pienso que Dios me ha de conceder... ya sabes qué... el *tener* felizmente á nuestro hijo, pues ya que me negó tantas cosas buenas que otras poseen, ésta me la tiene que dar. Si no, no sería justo... Aunque... vete á saber si es justo. Yo voy creyendo que no lo es, y que su principal atributo es la injusticia, al menos lo que por tal tenemos de te-

jas abajo, y que es quizás... la sublime esencia de la justicia. En fin, chico, lo que quiere Dios ha de ser, y, como dice tu madre, venga lo que viniere, siempre tendremos que dar gracias.,,

Así en la enfermedad como en la convalecencia y franca mejoría, se redoblaron los nimos que á María Ignacia prodigamos todos, y por mi parte, á más de renovar ante ella la declaración y juramento de fidelidad que como esposo le debo, le sometí y entregué mi lícita libertad, que tal fué el compromiso de alejarme sistemáticamente de todo lugar donde pudiera presentármese ocasión pecaminosa. Con ello no hago, en realidad, gran sacrificio, porque de tal modo embarga mi voluntad el indescifrado misterio de la sucesión, que al presente nada me solicita fuera de mi casa, y me sorprende de encontrarme desalentado y glacial ante personas que el año anterior me sacaban fácilmente de quicio. Desde mi regreso de Atienza, he visto más de una vez á Eufrasia, en su casa, en las ajenas, en el teatro, en la calle. En nuestras primeras entrevistas, encareció sin ironía mis virtudes, incitándome á persistir en ellas. En Febrero último, un casual incidente nos aproximó y puso en soledad con tan tentadoras circunstancias, que el no desmandarme habría sido, más que honradez, santidad. Por fortuna, la presteza con que acudió la manchega á la corrección de mi atrevimiento, nos salvó á los dos, acreditando su virtud más que la mía.

Desde entonces nos hemos visto poco y sin ocasión de largas explicaderas. Me han dicho que en su casa, donde politiqueaban el año anterior los disidentes de la situación moderada, cabildean ahora los enemigos más oscuros del régimen. No sé qué hay de verdad en esto, ni me importa.

De Virginia y Valeria debo decir que cada una tiene de novio á un capitán... Por extraordinario efecto de reflexión de lo femenino á lo masculino, los dos novios me parecen un capitán solo. Ya no bromean conmigo las dos chiquillas, ni yo, respetándome y respetándolas, me permito jugar con ellas á los amorcitos. Sé lo que debo á la sociedad, á los amigos y á mí propio: siento en mí la saludable invasión anímica de la sensatez; como árbol magnífico que soy, plantado en el suelo de la patria, me duelen las raíces al menor movimiento de mi tronco... Noto en mí un sentimiento nuevo, la alegría de la corrección, porque nace entre las vanaglorias de una vida llena de ventajas y dulzuras del orden material. En la cúspide de mi sensatez, pirámide que tiene por base mi sólida posición, afirmo de nuevo que la renuncia que hice á María Ignacia de mi asistencia á reuniones mundanas, no es en realidad un sacrificio muy meritorio, pues en muchos casos no iba yo á ciertas casas más que á medir la longitud y latitud de mi aburrimiento. Tan sólo echo de menos la tertulia de María Buschental, cenáculo de hombres presidido por una mujer encanta-



dora, de sutil ingenio. Allí van mis mejores amigos; allí se habla de lo divino y lo humano con deliciosa libertad, y se lleva puntual cuenta y razón de las flaquezas cortesanas que ofrecen interés por andar en ellas los poderosos, pues las flaquezas de los pequeños á nadie interesan; allí se hace la exacta crítica de las cosas públicas, harto más sincera que la de los periódicos, porque las causas y móviles de los hechos, comúnmente reseñados con falaz criterio por la Prensa, salen de las bocas vestidos y armados de la refulgente verdad... Espero que en cuanto rebasemos la formidable línea de la sucesión, recabaré de mi bendita esposa que, á cambio de otras concesiones, me dé de alta en el amenísimo conciliábulo de la calle del Príncipe. Por hoy, me resigno á no tener más sitio de esparcimiento y charla que el Teatro de Oriente (convertido en Congreso, mientras se concluye la nueva *Cámara de los Comunes*), aunque allí, como dice Salamanca, tiene uno *la desdicha de encontrar siempre á todas las personas que le cargan*.

29 de Mayo.—Pongo en conocimiento de la Posteridad un importante suceso. Ayer estuvo en casa mi amigo Eduardo San Román con esta comisión: "Vengo de parte del General Narváez á llevarte á su presencia... No te asustes: desea conocerte., Sorpresa y confusión: ésta sube de punto cuando agrega el simpático emisario que no se trata de concederme audiencia, por otra par-

te no solicitada, ni de una entrevista ceremoniosa: será una simple presentación de confianza, por la mañana, cuando el General, no vestido aún, ó á medio vestir y quizás tomando chocolate, recibe á sus amigos más íntimos. Francamente, no entraba en mi cabeza que con tan primitivas formas de llaneza me llamase y recibiese D. Ramón á mí, para él desconocido, ó apenas conocido de nombre. Llegué á creer que San Román me daba una broma; pero con tal seriedad insistió en su mensaje, que hube de tenerlo por verídico. Pensando que me hallaba en vísperas de una singular emergencia, me dije: “¿Qué es esto? ¿Para qué me querrá el dueño y árbitro de los destinos de la Nación?... No puede ser para ofrecirme un acta en elección parcial, que de esto se ocupa Sartorius... Para reñirme no ha de ser, porque en nada le ofendí, y no soy su subordinado... ni para darme las gracias, porque ningún servicio me debe...”. En fin, prontosaldría de confusiones. Convine con Eduardo en que nos reuniríamos en casa, por hoy, á la hora que él designara.

Por la noche, mi mujer y yo apuramos hipótesis y conjeturas para dar con el quid de tan extraña cita, y en el giro de nuestra charla, hablamos de mi presunto introductor San Román, en quien reconozco á uno de mis mejores amigos. Soldado de pluma más que de espada, sus notables escritos de Arte Militar le han valido el entorchado de plata. Es quizás el brigadier más joven del ejérci-

to, y en política no anda ciertamente á retagnardia: D. Ramón le ha hecho diputado por Loja, su pueblo, que es como hacerle de la familia... La tenaz adhesión de nuestro pensamiento á la persona del guerrero de Arlabán, nos llevó á recordar la carta inédita, inconcluída y sin curso del pobre Miedes, que de Atienza trajimos y conservamos como oro en paño en recuerdo de nuestro bondadoso y trastornado amigo.

“Mira tú—dije á Mariá Ignacia,—que sería muy gracioso entrar yo á la presencia de Narváez saludándole con el dictado de *Buey liberal*, que según Miedes es la fórmula sintética de su carácter.

—Gracioso sería, sí... ¡Lo que tardaría el hombre en tirarte por las escaleras abajo!

—Como no dispusiera que me agregaran á la primera cuerda que salga para Filipinas....”

Bromas aparte, no llegué sin temor, esta mañana, á la Inspección de Milicias, morada del General cuando es Ministro Presidente. La idea que todos los españoles, con razón ó sin ella, han formado de la fiereza del personaje, justificaba mi vago recelo, que San Román cuidó de disipar asegurándome que no debía temer ningún arranque iracundo, porque el león, no tan fiero como se le pinta, sólo echa el zarpazo á los subalternos que no cumplen su deber. Entramos, y en una estancia nada elegante, que más bien parecía cuerpo de guardia, ví que hacían antesala unas cinco ó seis personas, algunas

de las cuales conocía yo. Eran D. Juan Gaya, Administrador de la Imprenta Nacional y Director de la *Gaceta*, mi jefe un año há, hoy Diputado por la Seo de Urgel (¡Cielos, apiadaos del inocente Cuadrado, mi compañero de oficina!); el corpulentísimo D. José María Mora, Diputado por un distrito de Alicante y oficial en Gobernación, y el de tenebroso entrecejo y desapacible rostro Don Claudio Moyano, Rector de la Universidad. Además ví á uno que me pareció periodista, cara que conozco mucho, mas el nombre se me ha ido de la memoria... Mientras yo saludaba á mi antiguo jefe en la *Gaceta*, y le proponía que trabajásemos juntos para traer de su destierro al sin ventura Cuadrado, desapareció Eduardo San Román. Al poco rato le ví volver con un ayudante, y ambos me llevaron afuera, como quien desanda lo andado, y luego me condujeron por un pasillo con dobleces que no parecía sino un rompecabezas. Al término de esta caminata, entramos en un aposento grande, todo claridad, donde lo primero que ví ¡Dios me valga!, fué la propia persona del *Túrdulo* D. Ramón Narváez en mangas de camisa. Entrar yo por aquella puerta y salir él de otra frontera, con vivo paso, mirar fiero y arranque impetuoso, que me dió la impresión de un toro saliendo del toril, fué todo uno. Quedéme parado á pocos pasos de la puerta sin saber qué hacer, ni á dónde volverme, ni á quién saludar. Por un momento dudé que fuera el Duque de Valencia

quien de tal modo me recibía. Mis introductores, no menos perplejos que yo, se pararon también en firme junto á mí, á punto que el General, en medio de la estancia, gritaba como quien da la voz de mando en lo más comprometido de una batalla: “¡Bodegaaa!

—Mi General—dijo el ayudante,—yo le llamaré.

—En el pasillo se cruzó con nosotros cuando entrábamos,, balbució San Román, señalando al ayudante la dirección que tomar debía.

Narváez, gritando nuevamente “¡Bodega!,, reforzaba su exclamación con el repique de una campanilla que cogió de la mesa y agitaba en su mano. Después se volvió hacia mí, y secamente, sin dar espacio al saludo que inicié, me dijo: “Dispense usted, *pollo.*, Al poco rato, como si la presencia de un extraño calmase su furia, aplacó los gritos, y no hacía más que sacudir la campana, diciendo por lo bajo: “Este Bodega me va á quitar á mí la vida., De pronto entró el ayudante, y tras él un criado como de cincuenta años con un servicio de chocolate. Lo mismo fué verlo Narváez que le tiró la campanilla con toda la fuerza de su brazo, diciendo: “Ahora te lo tomas tú, arrastrado... que ya con tu cachaza me has quitado la gana... ¡Si me tienes podrida la paciencia!... Que te lo lleves, te digo. . ¡Que no lo tomo, ea, que no lo tomo!,,

Cayó la campanilla á los pies del criado, el cual, imperturbable, como si creyera en conciencia que de su enrabiscado señor no

debiera hacer más caso que de un niño, dió con el pie al proyectil que éste le había lanzado, y siguió su camino rodeando la pieza hasta dejar el servicio en una mesa próxima á la ventana. Yo había oído hablar del famoso Bodega, del viejo soldado, compañero y servidor del General en la guerra, y ahora su ayuda de cámara y mayordomo; pero no le había visto nunca. Encontréle alguna semejanza con el gran Miedes, la cual, si muy vaga en la fisonomía, más acentuada en la traza y estatura, salva la diferencia de edad, era exactísima en los pies, grandes, juanetudos, como los del sabio celtíbero, marcando bajo el paño de los zapatos bultos como nueces. Pues el fiel servidor, mudo y flemático, sin precipitarse en sus movimientos, luego que dejó el chocolate en la mesa, cogió el chaleco, y alzándolo en ambas manos, hizo un movimiento semejante al del banderillero cuando cita al toro y le muestra los palillos que ha de clavarle. Narváez arrojó sobre su asistente una mirada de indignación, y llegándose á él dió media vuelta y se dejó meter los brazos por los agujeros de aquella prenda. Luego se abrochó de prisa, y antes que Bodega trajera la levita le echó otra rociada: "Te digo que te lleves ese menajurje. He dicho que no lo tomo ya. Llévatelo, ó te lo tiro á la cabeza.,", Bodega, sin la menor alteración en su rostro, que parecía de palo, puso á su amo la levita; el General, volviéndole la espalda, se la ajustó con un nervioso estirón del paño sobre la cintu-



ra; luego palpó y aseguró su peluquín, que con los berrinches parecía desviarse un poco. Retiróse Bodega con la tranquilidad del justo, sin cuidarse de obedecer á su señor en lo de llevarse el desayuno, y el Duque, al verle salir, le flechó de nuevo con una mirada de odio; después dirigió otra de desdén al chocolate; por último, volviéndose á mí, me señaló un sofá, á punto que él también se sentaba, y me dijo: "Dispense, *pollo*, que le reciba con esta confianza... Voy á decirle con qué objeto me he tomado la libertad de llamarle...

## XIV

—Mi General—le respondí,—estoy siempre á sus órdenes. No podía usted hacerme honor más grande que tratarme con esta confianza...

—Pues, verá...

—Tome usted su chocolate, mi General—le dije creyendo corresponder á su franqueza.—Por mí no se prive...,

Me interrumpió con un gesto impaciente que traduje de este modo: "No se ocupe usted de lo que no le importa. Yo tomaré ó no tomaré el chocolate conforme á mi santa voluntad; usted oiga y calle.,, Así lo hice. No sin grande estupor oí estas palabras, que reproduzco suprimiendo el ligero ceceo andaluz con que el Dictador las pronunciaba:

“Pues quería decir á usted lo siguiente: en su casa, en la casa de los señores de Emparán se conspira de un modo descarado contra mí... No, no me lo niegue. Con usted no va nada. Tengo de usted la mejor idea: ya sé que es sensato, muy sensato, y que entre las ideas del Marqués de Beramendi y las de su suegro... hay un abismo... Lo que no quita que usted aparente amoldarse... Naturalmente, es esposo de su hija... ¡Si me hago cargo!... Es posible también que delante del yerno no se permitan decir todo lo que sienten, ni dejar traslucir sus intenciones. Yo lo sé todo, y si no lo sé todo, sé mucho, lo bastante para no dejarme sorprender. Mi objeto al llamarle no es pedirle que me cuente lo que se habla en su casa. Ni yo acostumbro apelar á esos medios, ni usted, que es un joven pundonoroso, de gran talento, según me dicen, se había de prestar á un espionaje de tal naturaleza... No, no: mi objeto es tan sólo decirle que haga entender á su familia que Narváez no está ignorante de lo que se trama contra él, y que se halla dispuesto á *meter mano* á todo el que perturbe, sin distinción de pobres y ricos. Es gran injusticia mandar á Filipinas á tanto infeliz descamisado, y dejar aquí á los revoltosos de buena posición, que pelean contra *lo existente*... con armas que no son el trabuco naranjero, y se hacen fuertes en barricadas... que no son las de las calles. Aquí donde usted me ve, soy yo más liberal que nadie, y si me apuran, más demócrata que la Virgen De-

mocracia. Ni temo á los de abajo ni adulo á los de arriba... Si los que pintan el diablo en la casa de Emparán son *carlinos*, enhorabuena: que salgan al campo, que den la cara. Yo he visto de cerca las caras de Zumalacarregui, de González Moreno, de Don Basilio, de otros muchos guerreros muy respetables, y no me dan asco. Ellos luchaban en su campo, yo en el mío; ellos se mataban por su Rey, yo por mi Reina. Eramos rivales nobles. Ganamos nosotros la partida. Por zancas ó barrancas, quedaron los facciosos debajo; nosotros encima... Pues ahora los convenidos de Vergara, y los clérigos de capa corta que allí tuvieron su desengaño, quieren suplantarnos y abolir el Régimen, y traernos el carlismo sin D. Carlos, ó el absolutismo con Isabel, y esto no hemos de tolerarlo, ¡carape!... Como no hemos de consentir que los que tronaron contra la desamortización, sean ahora los que quieran echar abajo *lo existente*... No será tan malo el árbol cuando á su sombra hicieron sus pacotillas estos ricachones que ahora se gastan el dinero en escapularios, y que me acusan de que no miro por la Religión... Hable usted de esto con su señor papá político, y con otros que en pocos años se han llenado de millones. Si es tan malo el Régimen, que se lo cuenten á los que por ese mismo sistema político, ¡ahí duele! fueron *Comisionados del crédito público*, y se encargaron de recoger el papel-moneda de los conventos... ¿Dónde está ese papel? Yo no digo nada: ha-

ble usted con los que dicen que se ha convertido en ladrillos y éstos en casas....,

Aprovechando el primer descanso que tomó el orador, dije que si en mi casa se hablaba mal del Gobierno, común achaque de toda casa de Madrid, cualquiera que fuese la procedencia de sus ladrillos, no debía ello tomarse como efectiva conjura, sino como desahogo natural de las almas españolas; á lo que me contestó el Duque con un suspiro que de su pecho salía como avergonzado, por no ser aquel pecho de los que albergan la resignación, ó el sentimiento de una radical impotencia contra fatales obstáculos. Después miró un instante al suelo, y me dijo que aunque la intriga no tuviese su principal centro en mi casa, allí debía él dar un toque de atención en esta forma: "Cuidado, caballeros; que tengo abierto el registro para Filipinas...." En esto apareció de nuevo Bodega, y su amo le interpeló en el tono más suave: "Bodega, hijo, ¿qué haces que no te llevas ese chocolate maldito? No lo tomo... Oye otra cosa: sírvenos el almuerzo á las doce en punto. Este señor almuerza hoy conmigo..", Cuando yo le daba las gracias por tanta fineza, entró el ayudante, al cual preguntó su jefe si había más personas en la antesala. "Acaba de entrar D. Pedro Egaña; hace un rato llegaron el Sr. Sagasti y D. Pascnal Madoz.

—Que pasen á esa sala los que aguardaban y los recién venidos: los despacharé á todos de una estocada—dijo el Duque abrien-

do la puerta que á la estancia próxima conducía.—Bodega, no hay prisa para el almuerzo, porque hoy no tengo que ir á Palacio: de aquí me iré al Senado.,,

Y con severidad tutelar, tranquilo y apacible, como quien ejerce paternalmente la autoridad doméstica, el gran Bodega recogió el servicio, diciendo: “Buena memoria nos dé Dios. Si no va mi General á Palacio, bien sabe que le espera en su casa el Sr. D. Luis Mayans. ¿No quedaron en eso?

—¡Oh! sí: tienes razón... Almorzaremos á las doce en punto.,,

Pasando el Duque á la sala de audiencias, quedamos allí el ayudante y yo con San Román, el cual, mientras hablamos Narváez y yo lo que referido queda, había permanecido en discreto apartamiento, leyendo no sé si *La España* ó *El Herald*o, á la claridad del balcón. Luego que estuvimos solos, vino Eduardo á mí para darme instrucciones acerca de la actitud que debo observar ante el General en las incidencias probables de un largo coloquio. “Si te trata con confianza, guárdate mucho de hacer lo mismo con él; si te da alguna broma, aguántala sin que se te pase por el magín la idea de devolvérsela, aun siendo de las más inocentes. No tolera confianzas de nadie, como no sea de Bodega, y en cuanto á bromas, no ha nacido todavía quien se las dé. Es un hombre bonísimo, pero de un amor propio que no le cabe en el alma. Admite que se le contradiga en ideas; pero no quiere oír cosa alguna por donde á

él se le figure que queda en ridículo á sus propios ojos. Nada de chistes, Pepe, alusivos á lo que ha hecho, ó pueda hacer y acontecer. Cuanto al General se refiera, sea dicho en el tono más serio.,,

Terció el simpático ayudante en la conversación para añadir nuevas advertencias á las expresadas por San Román, lo que yo agradecí mucho, porque con tales maestros no había medio de desbarrar. “Fíjese usted también en esto: de las caricaturas que le sacan en los periódicos callejeros, no tiene usted que hacer mención ni aun para reprobarlas, ni tampoco hablar de los papeles satíricos, ni reírles las gracias. Los muñecos y las sátiras más ó menos chistosas ó indecentes, le sacan de quicio... De la prensa en general, aun de la moderada, hable usted con poca estima.

—Es un gran corazón y una gran inteligencia—dijo San Román;—pero inteligencia y corazón no se manifiestan más que con arranques, prontitudes, explosiones. Si mantuviera sus facultades en un medio constante de potencia afectiva y reflexiva, no habría hombre de Estado que se le igualara.

—Es todo inspiración, todo inspiración.

—Lanza el gran bufido, y cuanto mayor sea éste, más pronto vuelve el hombre al estado de calma y prudencia. Créelo: si á todos los que ha mandado fusilar, pudiera resucitarlos, lo haría de buena gana... Si es duro en los hechos, en la palabra suele ser muy inconveniente... pero su furor pasa pronto.



—Le hemos visto pedir perdón á muchos que le oyeron cosas terribles, cogidos de las solapas.

—Las personas á quienes más ha protegido y protege, digo yo que son las hechuras del arrepentimiento. Recibieron algún apabullo, les salpicó á la cara el espumarajo de la ira del león... Però luego ha venido el león mismo á limpiarlo, concluyendo por colmar de beneficios al ofendido.

—La principal regla de conducta es no tomarse con él ni la más ligera confianza.

—Una mañana estuvo aquí un diputado andaluz, que es hombre graciosísimo. Fué en las Cortes pasadas. De su nombre no me acuerdo; de su cara sí: alto, moreno, con patillas de *boca de jacha*, dientes muy blancos, y un decir ameno, con chiste en cada frase, y los ademanes tan sueltos y desahogados que ellos bastaran para hacer reír. Narváez se divirtió oyéndole contar cosas de la tierra: aquel día ceceaba como en su mocedad. El pobre granadino, viendo á su paisano tan gozoso y bromista, se fué del seguro y cometió la pifia de ponerle la mano en el hombro. Sentir la mano del andaluz en su hombro fué para D. Ramón como sentir la picadura de una víbora. Volvióse, cogió con violencia la insolente mano, y echando lumbré por los ojos, le dió un fuerte estirón hacia abajo, diciendo: “¡Esa mano en los calzones!”, Quedóse el otro de una pieza. No volvió á soltar chistes, ni D. Ramón se los hubiera reído aunque á chorros los

echara. Pasado algún tiempo, el tal se trocó de amigo en furioso enemigo de Narváez, y escribió sus chirigotas en *La Postdata...* Al fin se hizo progresista: ha estado en un tris que le mandemos á Filipinas.,,

Antes que San Román concluyera, oímos la voz del General en la sala próxima. Reñía con D. Pedro Egaña y con D. Pascual Madoz, que también es hombre de malas pulgas. Luego supimos por el ayudante que los Sres. Gaya, Mora, Sagasti y Moyano se habían retirado después de oír alguna palabra, ni agria ni dulce, del *Espadón*. Este toreaba por lo fino á D. Pedro Egaña, que venía con pretensiones vascongadas, y á Don Pascual Madoz, que solicitaba privilegios para Cataluña. Era un caso de incompatibilidad irreductible entre los intereses catalanes y los vascos. Llamado por el Duque, pasó el ayudante á la sala de audiencias para hacerse cargo de todo el papelorio que dejaban los dos pedigüños de gollerías, y al abrirse la puerta oímos á Narváez que gritaba: “¿Pero esto es España ó la ermita de *San Jarando* que hay en mi tierra, donde cada sacristán no pide más que para su santico? Ea, caballeros, yo estoy aquí para mirar por el Padre Eterno, que es la Nación, y no por los santos catalanes ó vascongados...,” Les despidió con buena sombra, y si Egaña partió cejijunto, conteniendo su enfado dentro de la cortesía, D. Pascual, que es muy nervioso, chillón, rudo, francote, como cuarterón de catalán y aragonés, y de ara-

gonés y navarro, salió con la peluca bermeja un tanto descompuesta y erizada, diciendo: "General, es usted atroz, y á este paso iremos... á donde no queremos ir.,

Terminadas las audiencias, creímos que nadie quedaba en la sala; pero el periodista que ví al entrar, y que según dicho del ayudante se había retirado, apareció de nuevo como un duende, no sé si por secreta puer-tecilla ó surgiendo de los pliegues de un cortinón. Con forzada sonrisa y pruritos de ligereza que eran disimulo y atenuantes de su miedo, adelantóse en seguimiento del General que á nuestro lado volvía. Infeliz esclavo de las duras necesidades de su ofi-cio, se arriesgaba, con peligro de la existen-cia, á quitarle motas ó pulgas al león. Vol-vióse éste con el movimiento rápido que á sus arranques de ira ó de generosidad pre-cedía, y tocado por suerte de la segunda más que de la primera, dijo al intruso en el tono con que imitaba la paciencia: "Pero, condenado Santanita, ¿cuándo concluirá usted de freirme la sangre?

—Mi General—dijo con ceceo andaluz el llamado Santana, tranquilizándose,—es usted más bueno que el pan y más dadivoso que San Antonio bendito. ¿Qué le cuesta decirme con palabra y media lo que está pi-diendo con tanta necesidad mi *Carta autó-grafa* de esta noche?

—¡Si no hay nada, si no tengo nada que decirle!

—Mi General, yo le voy conociendo ya,

y sé que cuando más regatea más da, y que si al principio le niega á uno hasta la sal del bautismo, luego le entrega su corazón, ese corazón más grande que la Puerta de Alcalá...

—Basta, Santana...—replicó D. Ramón en plena expresión de benevolencia.—Ahora no puedo entretenerme. Véngase esta noche antes de comer, á la salida del Congreso... no, no: de diez á once, y hablaremos.

—¿Pero no podré llevarme ahora un par de rengloncitos, como quien dice, nada?... La expedición ha llegado á Gaeta. ¿Se sabe ya si Córdova ha conferenciado con el Papa?... ¿Cuándo *empezamos* las operaciones?... ¿*Atacaremos* á Garibaldi antes que lleguen los refuerzos?...

—Que vuelva esta noche, ¡jinojo!—dijo Narváez como con ganas de enfadarse *una chispita*, pues con la mayor presteza pasaba de un extremo á otro de la gama humoral.—Esta noche, y no moler, amigo. Ya sabe que le quiero bien, por trabajador y honrado, y que le distingo entre tanto holgazán trapisondista.

—A la orden, mi General,—murmuró el otro despidiéndose con militar saludo y saliendo como un cohete.

## XV

—Este Santana me gusta—nos dijo Narváez cuando nos sentábamos á la mesa.—Es hombre de gran mérito; es un inventor que adivina alguna cosa que no se ve y que él quiere descubrir; confía en sí mismo; no tiene capital: él lo creará con cuatro pedazos de papel y una piedra litográfica... y con la paciencia de todo el mundo, ¡carape!, pues el maldito pone á contribución á cuantos podemos darle alguna noticia, y hasta que no aflojamos la mosca no nos deja en paz... Pero con eso y con todo, este hombre es una voluntad, y merece que se le proteja... Le conozco desde que empezó. Me ha dado algunas jaquecas....

Luego me contó San Román este pasaje delicioso de las relaciones de Narváez con Santana. “En los primeros días de la *Autógrafa*, se le fué la mano al periodista apreciando ciertos actos del General. Este, al leer el periódico bufaba como un gato. “Si encuentro en la calle á ese catatintas, le desahago —me dijo. Y una tarde quiso la mala suerte del periodista que viniendo él por la calle Mayor fuésemos por la misma calle y acera, en dirección contraria, el General y yo... Santana, con ojo de lince, le vió desde lejos y se pasó á la acera de Platerías; Nar-

váez, que también tiene buen ojo, le sorprendió el movimiento y se fué á él como un ave de presa, y antes que pudiera escabullirse le agarró por las solapas y... yo no sé las perrerías que le dijo. El otro daba sus excusas... Realmente, el agravio era insignificante, de esos que se hacen un día y otro á los hombres políticos, censurándoles con más ó menos equidad sin lastimar su honra. Seguimos calle adelante, sin que yo me permitiese hacerle ninguna observación sobre la aspereza de su genio, porque le ví sofocadísimo, y tardaba más que de costumbre en recobrar la calma. Por la noche, aquí, le noté bastante aplanado, taciturno, contestando poco y mal á los hombres políticos que vinieron á verle. Hasta con su íntimo amigo, el granadino D. Miguel Roda, estuvo muy avinagrado. A la mañana siguiente le encontré en la misma disposición de espíritu; á Bodega tan pronto le llenaba de improperios como le llamaba hijo... Bien se veía que un pesar le agobiaba; pero como es hombre de arranques, y los de sinceridad son quizás los más hermosos que tiene, así como no se le pudre en el cuerpo ningún resquemor por agravio recibido, tampoco se le quedan dentro las espinillas de los disparates que hace. Soltando un terno volvióse á mí de repente y me dijo: "¡Que me traigan á ese Santana!... Eduardito, hazme el favor de traérmele. Ayer, ya lo viste, le atropellé estúpidamente... No había motivo... Estuve muy duro... ¡Un hombre que-



se gana la vida sin pedir á nadie más que noticias!... Este le mete á uno los dedos en la boca, jamás en los bolsillos. Quiero hacer algo por él, y demostrarle que Narváez no es rencoroso. Dispondré que se suscriban á la *Carta autógrafa* todas las Direcciones Generales, á más de los Ministerios... y se recomendará la suscripción á todos los jefes políticos y á los cuerpos del Ejército... Con que ya ves si el hombre es de buen natural. Esto pasó tal como te lo cuento., Era en verdad un rasgo que descubría la integridad del carácter, una línea que era toda la figura.

Durante el almuerzo, del que participaron también San Román y el Ayudante, nada nos dijo el Duque digno de que yo lo mencioné. El hábito del gobierno le había curado de sus resabios expansivos, y comunmente, como alguna cuestión picante no excitara su nativa franqueza, nada decía que debiera reservarse. De los diversos asuntos políticos ó internacionales que estaban, como suele decirse, sobre el tapete, apenas habló; ocupóse más de nosotros que de sí mismo, pidiéndonos noticia de la sociedad que frecuentamos, y distinguiéndome á mí con sus finezas. No sé si debo contar como tal la insistencia en darme la denominación de *pollo*, que me pareció de notoria impropiedad, pues aunque soy joven efectivo, por razón de mi estado y circunstancias no pertenezco á la juventud suelta y de cascos ligeros designada vulgarmente con aquel término gallináceo. Este se aplica hoy sin ton ni son, y sig-

nifica frivolidad, corbatas de colorines, primeros pasos en cualquier carrera; significa infatigabilidad en el baile, lanzándose á la moderna *polka* con vértigo y furor, audacia en los amores, atreviéndose con las damas de alto copete, alegría decidora, jactancia de los triunfos cuando los hay, resignación en las calabazas; significa el desprecio del romanticismo y la repugnancia de venenos y puñales. El llamar *pollos* á los muchachos es uso moderno, y data del 46; lo inventó, que invento es la novísima aplicación de las cosas, así vocablos como fuerzas naturales, una dama muy linda, en una reunión aristocrática, no sé si en casa de Montúfar ó de Montijo, ó de Santa Cruz (averígüenlo los eruditos). Oía esta señora las arrebatadas declaraciones de un jovencuelo tan elegante como atrevido, y aunque las oía con agrado, hubo de contestarlas con una negativa graciosa. El mancebo, que no era bastante fino para guardarse el *no* sin más explicaciones, pidió á la dama razón de su desvío, y ella, tomando el brazo de un señor maduro (cuarenta años), le dijo: “¿Por qué? Porque es usted todavía *demasiado pollo*.”, La frase fué de las que caen en terreno fértil: hizo fortuna, sin duda como flor nacida en tales labios, y no tardó en extenderse rápidamente al lenguaje común. Bantizados por la hermosa dama, nombre de *pollos* tuvieron ya para *in æternum* todos los jovencitos bien vestidos y arrogantes que buscan dotes ó pretenden los favores de mujeres hechas,

más ó menos casadas, bien ó mal avenidas con sus esposos. Ha llegado á tener un uso constante y amaneradísimo la palabreja: á mí me llamaron *pollo* desde que vine de Italia hasta que me casé. Después del cambio radical de mi posición, nadie me ha llamado así más que Narváez, del cual me ha dicho San Román que aplica el mote á muchos que ya gallean. Para él son todavía *pollos* Cumbres Altas y Pepe Casasola.

Otro toque del General. A mitad del almuerzo noté que no le parecía bastante bueno el vino que bebíamos. “Tráenos el Borgoña del año 4,, dijo á Bodega que hacía de maestresala, tan imperturbable, metódico y puntual en estas funciones como en todas las demás de su omnímodo servicio. Sin mirar á su amo, ni alterar ningún rasgo de su fisonomía, que era siempre de palo, Bodega contestó: “El Borgoña se guarda para las comidas de etiqueta., Yo temblé; no me atreví á mirar al Duque, creí que ya volaba un plato desde la mano del anfitrión á la cabeza del criado; pero no cruzó los aires más que esta frase con que el General nos explicaba su mansedumbre, después de mirar compasivamente al gran Bodega: “A este bruto hay que matarlo ó dejarlo.,

Servido el café, mandó poner junto al balcón una mesita, y me hizo señas de que allí nos apartáramos para tomarlo juntos y solos. “Vaya — pensé yo, — ahora me dirá lo que resta, pues ya no tengo duda de que hay segunda parte., En efecto: no tardó el hom-

bre en explicarse. Ved aquí cómo: “Pues hay conspiración, *pollo*, por más que usted no se entere bien de lo que se habla en su casa. ¿No va usted por la de Socobio, Saturnino? ¿No frecuenta usted la de Soeobio, Serafín, que hoy vive en las habitaciones altas de Palaeio?., Díjele que muy rara vez voy yo á esas casas, y siempre de visita, acompañado de mi mujer, á lo que el replieó: “Pues en este mal negocio anda, como portadora de recaditos y de instrucciones, una señora que... no es ofensa, *pollo*... una señora que, según públicos rumores, ha tenido y tiene amistades íntimas con usted., Al oír esto me turbé un poco. Si se refería el General á Eufrasia, podía ser verdad que esta señora conspirase; mas no lo es que tenga conmigo las conomitancias *de hecho* que el vulgo supone.

—¿Qué señora es esa, mi General? Creo que á usted le han informado mal.

—La de Terry, hijo... ¡Si es más conocida que la ruda!... ¿Pero se hace usted el novicio, ó cree que yo lo soy?...

—Yo le juro que...

—¿Pero es de veras?... Vamos, ahora que es usted hombre de arraigo no quiere ponerse á la altura de su reputación.,

Le conté ingenuamente el caso, mi amor por Eufrasia, mis largas esperas, y por fin, mi retirada honesta al campo de la fidelidad conyugal. No me creía. Riendo me dijo: “¡Pamplinoso!... Pues quien lleva el alza y baja de estos enredos me había asegurado

que no era usted solo... porque esa no está por exclusivismos, ¿sabe usted?... Es de las *de ancha base*, como el Ministerio que quiere Pacheco, donde entren todos... Otra: también oí que se jacta de haber hecho la boda de usted.

—No es cierto, mi General, — respondí, molesto de tener que dar tales explicaciones.

—Ahora resulta que este *pollo* cándido y honesto no se entera de nada. ¿No sabe tampoco que Eufrasia y una tal Rafaelita, hija de uno que fué jefe político en tiempo de Espartero, son los correos de gabinete que llevan á la casa de Socobio y al palacio de usted las órdenes de otra casa más grande?

—No lo sabía, mi General.

—¿Y también ignora que ésta y otras andan ahora continuamente entre curas?

—He observado en esa, como en otras amigas mías, un furor de moda religiosa, y demasiada querencia de los altares, sacristías y confesonarios.

—La manchega y su editor responsable, Socobio, confiesan ahora con el Padre Fulgencio.

—Sé que el escolapio es muy amigo de esa familia.

—Pues siento mucho que no se haya usted arreglado con esa señora, pues de usted pensaba valirme para hacer entender, tanto á *la Eufrasia*, como á *la Rafaela*...

Detúvose y lanzó un terno de los garrafales acompañado del destello iracundo de sus



ojos, y seguido de esta explosión: "Como me llamo Narváez, que no quisiera morirme sin coger un barco viejo, de los más viejos que tenemos en los arsenales, y llenarlo de estas beatas... y mandarlo bien abarrotado de ellas... ¿Qué Canarias ni qué Filipinas?... ¡á las islas Marianas!",

Dando un golpetazo en la mesilla, levantóse repitiendo: "¡á las Islas Marianas!", Recorrió una y otra vez la estancia, corajudo, apretando las mandíbulas y mascando el cigarro, y sus labios escupían el nombre de aquel remoto archipiélago: "Marianas... Islas Marianas....",

Pasado lo más vivo del arrechucho, volvió á mi lado y prosiguió así: "¿Tienen algo que echarme en cara como jefe de un Gobierno que está obligado, como todos, á mirar por los intereses eclesiásticos? Hablo de intereses, porque de Fe y de Principios no hay que hablar, que católicos el que más y el que menos somos todos aquí. ¿No he mandado un ejército á Italia para restaurar á Pío IX en sus Estados, que le birlaron los demagogos de Roma? ¿No estoy dispuesto, luego que el Papa recobre su Silla y en ella esté bien seguro, á tratar con él del nuevo Concordato, cediendo en todo, y haciéndolo á gusto de nuestras reverendas beatas, y de nuestros venerables obispos, y de nuestros convenidos de Vergara, y de nuestros apreciabilísimos compradores de bienes del Clero?... No me digan á mí que éstos quieren el Régimen: en esa intriga no hay más que Carlis-



mo, Montemolinismo... Parece que aquí todos están locos... locos los de abajo, locos los de arriba y los de más arriba... Créalo usted: á veces, metido yo en mí mismo, me pregunto: ¿Pero seré yo solo el cuerdo entre tanto tocado, y mi papel aquí es el de rector de un manicomio?... ¡España y los españoles! ¡Vaya una tropa, compadre! Aquí, el Gobierno no halla día seguro; aquí es imposible acostarse sin pensar: ¿qué absurdo, qué disparate nos caerá mañana? Y se da usted á discurrir cosas raras, y nunca acierta. Mil veces me digo yo: ¿tendrán razón los *anárquicos*? ¡Porque mire usted que tenemos cosas, carape! El que inventó el llamar *cosas de España* á todos los desatinos que da de sí esta Nación, ya supo lo que decía... Y aquí no se puede gobernar porque nadie está en su puesto, nadie en su obligación y en su papel, sino todo el mundo en el papel de los demás. Como que hay quien conspira contra sí mismo, sí, no lo dude usted, quien se entretiene en destruir su propia casa... labrada, Dios sabe cómo, con esfuerzos... que me río yo...! ¡Ay, *pollo*! usted no es militar, usted no ha hecho la guerra, peleándose con otros españoles por *un sí* y *un no*; usted no se ha metido hasta la cintura en ríos de sangre. ¿Y todo para qué? Para que á la vuelta de algunos años de lucha y de otros tantos de celebrar la victoria con himnos y luminarias, nos encontremos como el primer día... ni más ni menos que el primer día, creyendo, como antes se creyó, que puede venir el

Zancarrón, y que aquí no ha pasado nada... Lo que digo: todos locos...”

Comprendí que el General, en esta familiar y- quizás indiscreta expansión de su ánimo, sólo mostraba una mínima parte de su pensamiento. Oyéndole por primera vez en mi vida, parecíame ver en todo su desarrollo la procesión que le andaba por dentro. Acordéme de un concepto enigmático de Miedes, que así dice con enrevesado estilo: “Gobernáis atado de pies y manos, con ligaduras palatinas, y os estorba el paso y el gesto la polvorienta madeja de supersticiones, ó de místicos escrúpulos que descienden de la altura como telarañas de los tiempos...., Esta monserga del sabio atenzano, que copio de memoria sin responder de la exactitud de su fraseología, ya no me parece tan estrafalaria.

“Dispénseme usted, *pollo*, que le haya molestado —me dijo después.—Y admitiendo que su dominio sobre esa viborilla de la Sobobio no es como creí, bien podrá valerse de algún medio, como su pretendiente y adorador que fué, para persuadirla de que ella y su amiga la Milagro corren el riesgo de salir un día codo con codo entre guardias civiles... No es broma, no... Yo soy capaz de eso... Que me busquen el genio y verán... Las contemplaciones tienen un límite. O gobierno como se debe gobernar, ó me voy á mi casa. Tener fama de duro y no serlo es gran tontería. Exigirme que lleve á todo el mundo derecho, ir yo más derecho que nadie, y que se me

tuerzan los que á todos deben darnos ejemplo, es fuerte cosa...., Algo más entre dientes dijo que no pude entender. Hállase, sin duda, estos días atormentado por la tenaz aprensión de que no le permiten desplegar alguno de sus capitales atributos. O no le dejan ser *thur*, que es como decir *buey* (fuerte), ó no le dejan ser *duluth* (liberal), ó le estorban sistemáticamente para dar al mundo la feliz combinación de ambas cualidades. Saco de la entrevista la impresión de que es un hombre de tanta voluntad como inteligencia; pero le falta el resorte que hace, mover concertadamente estas dos preciosas y fundamentales piezas del mecanismo anímico.

¿Y cómo puedo yo explicarme que viéndome aquel día D. Ramón por primera vez, dejara traslucir ante mí una parte, siquiera pequeña, de sus amarguras políticas? Lo explico y razono por mi insignificancia, porque nunca fué, según mil veces oí, tan hábil en disimular sus agravios como expresivo en arrojarlos á la cara del primero que le sale. Tratando conmigo de un negocio de espionaje, sin quererlo, abandonándose á la sinceridad, se le fué un poco la mano, y como el velo que tapaba el asunto privado estaba unido por invisible alfiler al velo del público asunto, ví más de lo que el General quería que viese... Si no hubiera nombrado al Padre Fulgencio, nuestra conversación no habría salido de los términos de la gacetilla; pero en un descuido de su boca andaluza, movida siempre de la imaginación y harto

abundante en amarga saliva, escupió al fraile (á quien sin duda no podía tragar), y desde aquel momento lo que sólo había sido gacetilla fué Historia... Historia no fría y colada como la que pasa á los libros, sino viva y caliente como la sangre de nuestras venas.

## XVI

*31 de Mayo.*—Asistido de mi excelente memoria pude contarle á María Ignacia los varios incidentes y dichos de mi conferencia con Narváez. No se contuvo mi mujer en el asombro que tan interesante visita debía de causarle, sino que se divirtió grandemente oyéndome referir los pasajes cómicos, y se rió con ellos como en la representación de un gracioso sainete. “Por lo que cuentas —me dijo,— pienso, como tú, que le falta un resorte, y es lástima que un hombre de tan buenas prendas no las tenga completas y bien ordenadas. Pero se me ocurre una cosa, Pepe. Dios le negó á D. Ramón el resorte ó clavija para concertar la voluntad con la inteligencia; pero le ha concedido á Bodega, que viene á ser como clavija suplente, que hace las veces de la que falta. Me parece á mí que España estaría gobernada con perfección si el Duque fuera ejecutor de lo que pensara y dispusiese el Bodega... ¿No crees tú lo mismo?,”

Hablamos aquella noche y al siguiente día de lo que Narváez llamaba conspiración en casa de Emparán, y convinimos en que si no formal conjura, hay un exceso de comidillas que pueden ocasionar algún disgusto. Me ha dicho Ignacia que delante de ella suspenden la conversación ó varían de tema. Como en mi presencia no se habla tampoco de Narváez y sus Ministros, resultamos mi mujer y yo en una especie de aislamiento político dentro de la familia. Don Feliciano, en puridad, parece curarse poco de las hablillas de sus amigotes, ó no les da importancia real, como hombre que llegado al colmo de sus ambiciones, bien cubierto el riñón, vive persuadido de que con unos y con otros siempre ha de estar á flote. Que personalmente no patrocina aventuras, bien á la vista está. Es absolutista furibundo, cimentado en el pedernal de la religión, más que por la pura fe, por la tenaz creencia de que las artes de Gobierno se derivan del dogma, y de que la potestad civil y la divina son dos brazos de un solo cuerpo. A pesar de esto no se lleva mal con *lo existente*, ni apetece variaciones que podrían traernos un estado peor. Su gran riqueza es la consejera de su inestabilidad, y le inspira el prudente sistema de poner toda cuestión política en manos de Dios. “A lo que el Señor disponga debemos atenernos—es su lema.—Ni se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad celeste, ni los titulados gobernantes disponen cosa alguna que no venga de lo alto.”

Esta filosofía, adoptada por mi ilustre suegro en la plenitud de sus materiales provechos, es de lo más práctico que han ideado los hombres.

Por picar en todo, de Eufrasia charlamos mi mujer y yo. Indudablemente, la conjura que trae tan desasosegado al bueno de Don Ramón es la de casa de Socobio, no la de la nuestra. Por algo que María Ignacia ha oído á su tía Josefa, hemos podido traslucir que los hilos de alguna tramoya palaciega pasan por los dedos de la dama moruna y rematan en su conciliábulo, viniendo sólo al nuestro alguna ramificación secundaria. No puedo menos de abominar del politiqueo de las mujeres, sacando á relucir el ejemplo de mi cuñada Sofía y de otras de igual laya, que con sus hombrunas aficiones dan á todos de cara y sirven de fácil asunto á los escritores satíricos. Dijo á esto mi sabia esposa que no es Eufrasia una marisabidilla ó politicomana á estilo de Sofía, pues su talento la preserva de caer en tal ridiculez. Las intrigüelas de la Socobio no la privan del encanto femenino, ni su natural instinto de toda elegancia la permite incurrir en afectaciones que destruyen la gracia. Y acabó exhortándome (fórmula donosa del mandato) á que me abstuviese de acercarme á la tal sirena (monstruo medio mujer, mitad merluza), pues corro el peligro de que sus cantos armoniosos y pérfidos me arrastren á algún escollo del que no pueda salir, ó tengan que sacarme sabe Dios cómo.

*3 de Junio.*—Por accidente natural de lo



que llamo cacerías de hechos y pesca de personas, vino á caer anoche en nuestras manos el Padre Fulgencio, por todos muy nombrado, de pocos conocido. Veréis lo que pasó. Fui á Gobernación á visitar á Sartorius. Por la noche, una vez solos, le faltó tiempo á mi cara esposa para decirme: “¿No sabes, Pepillo, quién ha estado aquí esta tarde? Pues el Padre Fulgencio. No lo tomes á broma: el celeberrimo escolapio, confesor de monjas, confesor de reyes... Asómbrate, chico: dijo que sentía tanto no verte... que la fama de tu talento le ha despertado la curiosidad, y que desea echar un párrafo contigo. Mis tías no sabían qué hacerle. Por poco le ponen un cirio á cada lado del sillón donde estaba sentadito... Antes que se me olvide: tantas flores quiso echarme el hombre, que ya meapestaba. Que soy modelo de esposas, modelo de hijas, y modelo de no sé qué. Le consta que Dios se ocupa mucho de mí, y que tiene muy bien arregladitas todas las cosas para mi felicidad... Ha dispuesto Su Divina Majestad que yo te dé sin fin de hijos, y que todos ellos sean muy buenos, pero muy buenos, alguno santo. Ya ves qué gloria para tí y para mí... Pues te aseguro que nos hemos equivocado de medio á medio, chico, y la idea que teníamos del Padre no concuerda ni poco ni mucho con la realidad. Recordarás que nos lo figurábamos como uno de esos trailachos sin educación, puercos, zafíotes, de esos que hablando contigo, á lo mejor te sueltan un eructo, sin más

precaución que ponerse la mano en la boca en el momento de darlo á luz. Ni es tampoco viejo, sino así, entre-joven; ni es sucio, Pepe; antes bien, me ha parecido que se rocía la sotana con aguas olorosas... Como lo oyes: no te rías. Su rostro es más bien guapo que feo, dentró del tipo de guapeza propio de curas, que es muy distinto de la hermosura de hombres... ya me entiendes. Los ojos son negros y listos, la tez bastante morena, y el habla... ¡ay, hijo! el habla fué lo que más me sorprendió, pues nosotros nos lo figurábamos con una voz muy bronca, como de castellano cerril ó vizcainote medio salvaje, y resulta que es andaluz, que cecea un poquito, y con su miajita de gracia y aquel. No habló más que de temas de religión pura, sin mezcla de política, y de personas religiosas. ¡Ah!... se me olvidaba lo mejor: mis tías le preguntaron por tu hermana... Sabrás que de Talavera tratan de mandárnosla otra vez acá, porque no le prueba aquel clima, ni las franciscanas de Madrid se pueden pasar sin su dulce compañera. Vuelven todas las palomas dispersas á juntarse en su nido... ¡Ay! si yo fuera Reina, si yo fuera Narváez y Bodega reunidos, ¿sabes lo que haría? Plantar en la calle á todas las monjas, y suprimir la vida de claustro. La que quiera dedicarse á rezar por los pecadores, que rece en su casa. ¡Mira que llamarlas esposas de Jesucristo! ¡Qué indecencia! ¿Cuándo tuvo el Redentor esposas, ni mentó para nada estos casorios? ¿Ni qué falta le hacen á Dios.

estos coros de Vírgenes flatulentas, aburridas y desaseadas?... ¡Ay, si mis tías me oyeran! Creerían que me he vuelto loca... Pues algún día, cuando yo acabe de perder la vergüenza, pues hasta hoy no la he perdido más que para tí, les diré que el Señor no puede estar conforme con tanta virginidad, ni estimar á las doncellas más que á las casadas. ¡A dónde iría á parar la Humanidad si todas nos quedásemos para vestir imágenes! ¿Nacen ó no nacen las criaturas? Pues si nacemos, claro es que tiene que haber madres, ¡y lo que es madres vírgenes...! No se sabe más que de una, María Santísima... Con que, sin mamás y papás, ¿cómo ha de haber mundo y personas?... Pero dejemos esto, y sigo contándote que el Padre Fulgencio tomó chocolate, no sin hacer antes muchos repulgos con su boquita, los cuales no acabaron hasta que entró mi tía Josefa con la jícara y bollos, diciendo: “Hágalo por penitencia, Padre, y si es exceso, cárguelo á nuestra cuenta.., Bueno: pues ni la más ligera alusión á las cosas de que hemos hablado nosotros, hizo el escolapio, acreditándose así de hombre ladino. Si yo no hubiera estado presente, ¡sabe Dios...! En resumidas cuentas, el D. Fulgencio no me resultó antipático. Él será *un peine*, como dicen que dijo Narváez en casa de la Generala Córdova; pero lo que es en visita, nadie verá en él más que un pobre gznápiro correctito, bien criado, insignificante. Se fué á las seis, repitiendo sus plázcemes y cucamonas al despedirse de mí..,

La visita del famoso escolapio sólo sirvió para que María Ignacia conociera su facha, modos y habla dengosa. De lo interno nada. “Fué—me dijo, expresando gráficamente lo incompleto de su observación,—como si me presentaran un libro de Historia escrito en lengua desconocida y con estampas. No comprendí nada del texto. Contentéme con ver los monigotes.”

*4 de Junio.*—A mí viene mi nunca bastante ensalzado suegro, y me manifiesta que será pronto diputado en elección parcial. Aunque hartó estaba yo de saber lo que se urdía, híceme de nuevas, para que el señor de Emparán pudiera darse el lustre de su protección y de mi agradecimiento. Desde Abril venía mi hermano Agustín trabajando á la calladita con el Conde de San Luis este negocio, y elegida entre las dos vacantes la de Tolosa, no necesitó más el Gobierno para ver en mí una firmísima columna del Régimen. A fines de Mayo, sólo faltaba el *exequatur* de los cacicones, diputados por Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, que poseedores de toda influencia en las tres provincias, tienen hecho un pacto fraternal con visos de masónico, por el cual mandan ellos solos dentro de aquel país, con cierta independencia del mangoneo ministerial. Para obtener el pase ó conformidad de estos reyezuelos de taifa, solicitó mi hermano la mediación de mi suegro, según éste me dijo al referirme las dificultades vencidas. Habló, pues, con D. Pedro Egaña y D. Francisco

Hormaeche, con el médico Sánchez Toca y D. Fermín Lasala, que representan los distritos de Vitoria, Guernica, Vergara y San Sebastián respectivamente, y si en los dos últimos halló excelentes disposiciones en favor mío, los primeros se le pusieron de uñas, y hubo de sacar el Cristo de su amistad y de su *arraigo* en Guipúzcoa para que me tragasen y digiriesen. Debo advertir que tanto el Sr. Egaña como el Sr. Hormaeche son cabezas de pedernal, y tan extremadamente celosos de la conveniencia y franquicias de aquellos pueblos, que á todo las anteponen, y sólo á la defensa de esta particularidad española se consagran. Por esto, más que de diputados tienen, según la gente dice, traza de *embajadores*, que como tales proceden, y como tales cobran. Mi buen padre político cuida mucho de hacerme comprender que su noble país me acepta, no por mi nombre, que allí nada significa, sino por el nombre adyecticio que me ha dado mi matrimonio, y por el sonoro título vasco de Beramendi.

Mi mujer y yo, que en las noches pasadas divagamos acerca de este asunto, riéndonos de las Cortes, de los electores de Tolosa, y de los discursos que tengo que pronunciar defendiendo los fueros, acabamos de ponernos en solfa con esta metamorfosis de mi nombre en el pensamiento tolosano, pues no soy quien soy, sino un yerno, al que se pega la etiqueta de un marquesado. Nos hace muchísima gracia lo que anoche mismo nos contó San Román. Preguntado Nar-

váez por el candidato nuevo, y no acordándose de mi apellido, salió del paso así: “¿Candidato por Tolosa? *El pollo* de Emparán.”

## XVII

8 de Junio.—Obligado á reflejar en estos papeles, con mis particulares andanzas, algo de lo que anda ó corre en torno mío, diré que la expedición que hemos mandado á Italia en socorro del Soberano Pontífice continúa moviendo la opinión y dando mucho que hablar. Considérase afortunado todo aquel madrileño que puede mostrar una carta de Reina, de Estébanez Calderón, de Lersundi ó de Arteché, describiendo la marcialidad y gallardía de las tropas en el acto de recibir la papal bendición, y manifestando las ganas que tienen de batirse y acá volver cargaditos de laureles. Sobre este particular, mi buena madre ha escrito á María Ignacia lo que á la letra copio, reflejo del popular sentimiento: “Y de la Cruzada que *habéis* mandado á Italia para reponer al Papa en su Silla, no te digo más sino que me pasé la tarde lloriqueando; tal efecto me hizo el relato que trae el periódico de la bendición de Su Santidad á las tropas, cosa grande, hija, cosa sublime, que á todos los españoles debe llenarnos de satisfacción y júbilo. ¿Qué más podían ambicionar nuestros



militares? Me los figuro locos de alegría, deseando que les den la voz de fuego y de ataque, para no dejar títere con cabeza, y dar cuenta de toda esa caterva de anárquicos, infieles y *repúblicos* que le han usurpado al Pontífice su bendito reino. Digo yo que si los soldados españoles han sido y son de suyo valientes, como hijos, hermanos y sobrinos del Cid Campeador, y no han menester de bendiciones del Papa para vencer á todo el mundo, ahora que les cae tan de cerca y como de primera mano el rocío celestial, su arranque y bríos serán tales que no habrá poder humano que les haga frente. El cartaginés y el romano, el celtíbero, el godo y el sarraceno de que nos hablaba el pobrecito Miedes, que de Dios goce, serían ahora niños de teta delante de nuestra milicia. Pienso que cuando ésta leas, querida hija, habrán llegado á Madrid noticias de alguna tremenda batalla en que no queden ni los rabós de los Garibaldis y Mazzinis... Ya estoy viendo al gran Pío entrando triunfalmente en Roma en brazos de los Córdovas y Lersundis, que ahora son los caballeros ó paladines de Dios... Hemos de consagrar, hijita del alma, nuestro sufragio y nuestras oraciones á los pobrecitos que han de morir, pues muertas habrá, que ellas son inseparable calamidad de las guerras. Y no es bien que nos metamos en averiguaciones del por qué permite Dios peleas sanguinarias entre los hombres, pudiendo arreglar las cosas con sólo su querer. Tratándose ahora de poner en su Silla al

que es Vicario del mismo Dios, parecía natural que Dios, en este caso juez y parte, dispusiese hacer polvo á los malos sin sacrificar la vida de los buenos. Pero ¡ay! la semejanza de esta campaña por la Fe con las comunes querellas entre naciones, más debe maravillarnos que confundirnos, pues lo que hay es que Dios abandona su causa á los humanos, y es grande orgullo que sea España la que ahora pelea por El... Ya estoy viendo, hija mía, los beneficios que van á llover sobre nuestra Nación por esta Cruzada. En premio de haber salido á su defensa, el Señor nos dará la paz en todo lo que resta de siglo, y si me apuras, por el que viene; y á nuestra Reina piadosa colmará de venturas, y al Rey muy pío otro tanto, y les concederá numerosa y masculina sucesión para dicha del Reino; y entre todos los Ministros y magnates que habéis dispuesto la Cruzada repartirá felicidades, buenas cosechas, suerte en los negocios y demás cosas buenas.

Hija muy amada, ya espero todos los días la noticia de tu alumbramiento, y lo veo tan feliz que más no puede ser. Dios y la Santísima Virgen te asistirán. Y como Pepe me ha dicho que me mandará la noticia por el telégrafo del Gobierno, no hago más que mirar á la torre que tenemos en el alto de Baidés á ver si hace alguna garatusa con las bolas... Yo no lo entiendo; pero como el telegrafista D. León Preciado me ha prometido que me comunicará la noticia tan pronto como llegue, en él descanso, y no hago más

que pedir á Dios que te dé un buen cuarto de hora. Supongo que en estos días estarás muy molesta... Llévalo con paciencia, niña mía, y no dudes de la completa felicidad del suceso. Verás como no me equivoco en lo que te anuncié, y para que no lo olvides y cobres ánimo, te lo repito: Tendrás hijo varón, tan robusto y sanote que si te descuidas la emprenderá contigo á bofetadas, á poquito de nacer. Será tan guapo que las muchachas, en su día, se volverán locas por él, y sacará todo el talento de su padre, y todita tu bondad, tu prudencia y tu gracia. Apúntalo, hija, para que veas que acierta y no se equivoca en un solo punto de estas adivinanzas vuestra amante madre—*Librada.*„

*12 de Junio.*—Agustín y D. Feliciano me notifican que ya parieron los de Tolosa el embuchado de mi elección. Me imagino los terribles incidentes del acto, tantas firmas en el Ayuntamiento como colegios electorales componen el venturoso distrito, descanso de las urnas, que no habrán tenido que indigestarse de papeletas, algunos vasitos de *sagardúa* empinados á mi salud por los muñidores electorales de cada barrio, y luego un acta más limpia que la cosa más limpia del mundo, la cual es, según el gracioso Marqués de Albaida, mi amigo, *el bolsillo de los contribuyentes*. Aunque tengo bien aprendida mi lección política, me advierte Agustín que estoy obligado á votar siempre con el Gobierno, salvo en alguna cuestión vascongada que pudiera surgir, y

en caso de disidencia, votar con Sartorius, como fiel parroquiano de su iglesia... No puedo seguir. Me llaman de mi casa. Ya me figuro... Abandono mi *confesonario*, la biblioteca del Congreso...

15 de Junio.—El día 12, á las tres de la tarde, salió mi mujer de su cuidado con felicidad y presteza, que parecieron maravillosas al propio Corral. Según éste, que presidió el acto en nombre de Esculapio, y mi suegra, que al mismo llevaba su conocimiento práctico y el maternal cariño, no se ha visto alumbramiento más fácil y espontáneo, ni primeriza más valiente, ni criatura más desahogada que la que Dios me ha dado por hijo. Sus primeros berridos revelaron un carácter impetuoso, dominante, que no admite objeciones á su potente albedrío. Mi suegra observó que cuando lo fajaban después de lavarlo, daba manotazos como un atleta del circo, y que su robustez es lo mismo que la de un aguador. Mi mujer dice que es muy pillo, y que le da unos tremendos estrujones con *aquellas manazas*. No necesito contarle á la Posteridad mi satisfacción, mi orgullo, mi gratitud á Dios, omnipotente y provido; ni afirmar que se centuplica el cariño á mi mujer por los extraordinarios bienes que me ha traído, entre ellos la inefable dicha de ser padre, cabeza de familia, dicha que las redondea y resume todas, así las espirituales como las del orden social, así las que tienen su raíz en el corazón como las que extienden por todo el ancho cam-

po de la vida sus lozanas ramificaciones.

Tres días he permanecido junto á María Ignacia sin separarme de ella un instante, platicando del chiquillo y de lo bravo y jacarandoso que viene. Bien quisiera criarlo, y asegura que le sobra lozanía para ello; pero los abuelos y yo entregamos el heredero de Emparán á la opulenta ubre de una de las dos amas alcarreñas enviadas por mi madre. No debe exponerse mi esposa á los peligros y pejugueras de la lactancia, ni ello estaría, como dice mi suegro, *en armonía con su posición...*

Si hoy he tenido que abandonar mi grato puesto de honor y de alegría junto á María Ignacia, débese al enfadoso deber de jurar mi cargo en este maldito Teatro-Congreso. Tres días há, me estrené de padre de familia; hoy me estreno de padre de la patria. Una vez prestado, con la debida solemnidad, de rodillas, la mano sobre los Santos Evangelios, el juramento que confirmaba mi investidura, pasé á sentarme en los escaños, prestando voluble atención al rezo perezoso con que aquellos señores, mis compadres de la patria, en corto número allí reunidos, examinaban y discutían los Aranceles de Aduanas; y fné tal mi embeleso ante tan entretenido asunto, que habría caído en profundo sopor si no escapara del salón, buscando mayor amenidad en el de Conferencias, ancho vestíbulo de lo que ha de ser teatro. Allí me encontré á mi caro amigo Federico Vahéy, diputado por Vélez-Málaga, el hombre

de mejor sombra de este Congreso, el que con sus oportunidades y agudezas ameniza las soñolientas páginas del *Diario de las Sesiones*; y sentándome con él en un diván excéntrico, pasamos revista al nutrido personal de periodistas y diputados que allí bullía. Después de apurar graciosos comentarios de aquel vano tumulto, y de trazar con fácil palabra retratos breves de éste y el otro, díjome Vahey que lleva una exacta estadística de los representantes del país que gastan peluca, los cuales no son menos de diez y siete. Con disimulo me los designa en los grupos próximos, sin cuidado en los distantes, para que yo aprecie la variedad de color y estilo de aquellos capilares artefactos, que tapan calvas venerables. La primera peluca que me hace notar es la de Pascual Madoz, rubia y con ricitos, como las que las beatas suelen poner á San Rafael ó al Angel de la Guarda; veo y éxamino después la del Sr. Maresch y Ros, diputado por Barcelona, excelente persona, de notoria honradez y trato muy afable, mas de un gusto marcadamente catalán en la disposición de sus pelos postizos. Muy bien hecha y ajustada, hasta parecer cabellera de verdad, es la falsa de Martínez Davalillo, representante de Santa Coloma de Farnés; pero no puedo decir lo mismo de la del Sr. D. Joaquín López Mora, de un gris polvoroso, y con bucles que parecen serpientes; ni merece mejor crítica la del Sr. Ruiz Cermeño, representante de Arévalo, que parece de hojas se-



cas. Pero después de bien vistas y examinadas todas, asignamos el primer premio de fealdad á las que ostentan los dos hermanos Ainat y Funes, el uno diputado por Pego, el otro no sé por dónde, las cuales, sobre ser mayores que el natural, imitan en su bermeja color tirando á rucia, las greñas del león viejo del Retiro. Ved aquí en lo que nos entreteníamos dos descuidados padres de la patria, novel el uno, corrido y desengañado el otro.

No quise volverme á casa sin echar otra ojeada al Salón de Sesiones, por ver á qué alturas andaba la divertidísima cuestión de Aranceles. Ante una docena de diputados soñolientos, hablaba un orador de alta estatura, ya viejo, de bella fisonomía y cabellos blancos naturales, vestido con luenga levita de corte inglés, muy elegante, la palabra tan pronto atropellada como premiosa, el gesto vivo, tendiendo con facilidad á descomponerse. Era Mendizábal.

En el momento de mi entrada en el Salón, decía: "Yo, señores, repitiendo lo que ayer tuve el honor de manifestar al Sr. Infante, soy partidario del libre comercio; pero no desconozco que en espera de tiempos mejores, hemos de conceder á nuestra industria una protección prudente....", Después se metió en un laberinto de cifras, en el cual no pude seguirle. Entendí que hacía estudio comparativo de la fabricación algodonera en Inglaterra y en Cataluña. En el Banco Negro, ó de los Ministros, sólo estaba el Sr. Mon,

con benévolo cansancio, mirando al orador, y denegando alguna vez con signos de cabeza, ó con un sonreír bonachón. En el banco de la Comisión, había dos individuos, el señor Amblard y otro que no conozco (me parece que era el Sr. Barzanallana, pero no puedo asegurarlo), ambos de bruces en el respaldo delantero, ó sea el Ministerial, en actitud de hastío. Entre los diputados que escuchaban al orador ví á Gonzalo Morón, que á todo atiende, de todo habla y en todo ha de lucir su ingenio fecundo; Sánchez Silva, que no pierde ripio en las cuestiones de Hacienda; Madoz, que entró poco antes que yo, y D. Alejandro Olivan. Los demás, como el gotoso Sr. Alvaro, director de Aduanas, y el Sr. Canga Argüelles, que, según creo, es director de Fincas del Estado, dormían una siestecita ó escribían en sus pupitres. Detúveme un rato, atraído de la familiar sencillez de aquel cuadro que me pareció interesante, y no pude menos de contemplar con tanta tristeza como admiración al hombre de voluntad atlética, que expresaba su pensamiento rodeado de un silencio tedioso y de una desatención lúgubre, ante unas cuantas personas que representaban á la generación heredera de la suya... Por fin, oí decir á Mendizábal tras un leve suspiro: "Y no sigo, señores diputados, porque el Congreso está fatigado, con razón fatigado de este interminable debate... y yo también lo estoy.", Recogiendo con ambas manos los largos faldones de su levita, se dobló despacio para sen-

tarse. Como entonces le veía yo por primera vez en mi vida, me pareció que buscaba el descanso como todo aquél que cree haber hecho grandes cosas.

El Vicepresidente, Conde de Vistahermosa, á quien faltaba poco para descabezar un sueñecico, levantó la sesión.

*20 de Junio.*—Ayer volví al Congreso porque era día de Secciones y querían meterme en una comisión de importancia. Fuera de este motivo, relacionado con mis altos deberes, vine por el gustillo de oír á Olózaga, que hablaba por primera vez después de su vuelta de la emigración, y aunque el asunto en que había de intervenir era la enojosa y nunca terminada cuestión de Aranceles, se creyó que de esto tomaría pie para un discurso político de sensación y bullanga. Hubo, pues, plena entrada y concurso de gente política ó de afición, y las tribunas, que aquí son palcos, se habían llenado dos horas antes de la hora reglamentaria. Ya después de las cinco empezó el célebre agitador progresista su discurso, que como retórica parlamentaria me pareció admirable, oración capciosa en que los derechos de Aduanas eran un pérfido artificio combinado con arte sagaz para producir gran cisma y confusión en la inquieta mayoría. Gracias que el Gobierno anduvo listo y acudió con remedios oportunos á componer el cotarro. Terminado todo con menos rebullicio de lo que se esperaba, no pude consagrar el resto de la tarde al recreo de mi confesión, porque se

me atravesó inopinadamente una eventualidad que no sé si llamar feliz ó adversa, y que debió de ser obra de un diablillo chancero, á juzgar por la extraña mezcolanza de sorpresa, sobresalto y alegría que ante ella sentí. No había concluído D. Salustiano su perorata, cuando un ughier me entregó un papelito enviado desde las tribunas. Era de una señora que me suplicaba subiese á verla antes de que terminara la sesión. Leer la esquela, alzar la vista hacia el palco frontero y ver á Eufrasia, que en aquel instante me miraba risueña, llevándose á la mejilla su abanico cerrado, fué todo uno. No había escape. ¿Cómo eludir, sin pecado de grosería, un reclamo tan halagüeño? Pensé que algún asunto más importante para ella que para mí quería comunicarme la señora de Socobio, y con esta idea tomé la resolución de acceder á su ruego; así, en cuanto Olózaga se sentó, levantéme yo, y al palco me fuí derecho. Salió á mi encuentro la dama, y en el antepalco, que es de los mayores en este soberbio edificio teatral, fuí recibido sin ceremonia, ambos en pie porque no teníamos donde sentarnos. Como las demás señoras no se habían movido de su sitio, atentas á la respuesta que daban á Olózaga los oradores de la comisión, pudimos hablar lo que fielmente copio.

“Ante todo, amigo mío, abra usted de par en par su alma para recibir mis enhorabuenas; ábrala mucho, porque si no, no caben. Ya es usted padre; asegurada está la suce-

sión de su casa y familia... Créalo: he tenido un alegrón muy grande. Ya sé que la madre y el niño siguen muy bien: él como un ternero, ella como una excelente vaca. Ya tiene usted todo lo que descaba: un hogar feliz, una posición independiente... Con lo que no estoy conforme, es con que me le hayan metido en política, trayéndole á esta farsa del Congreso. Porque esto es una mascarada, y si no sirve usted para dar bromas, vale más que se largue de aquí.,,

Díjele que yo tomaba la política á beneficio de inventario, ó con un simple fin decorativo; que mi hermano Agustín y Sartorius me habían dado la investidura, propiamente así llamada porque era como ponerse un vestido elegante, ó un lucido uniforme social. A esto respondió con gracia:

“El traje ha de resultar molesto para quien se lo pone sin la mira de hacer el papelón. Esto es muy bueno para los que buscan el negocio; pero los que ya lo tienen hecho no vienen aquí más que á servir de comparsas... Vamos, no me mire usted tanto: creeré que estoy hecha una visión.

—Es todo lo contrario. La encuentro á usted guapísima.

—Un poquito flaca.

—Propiamente flaca no: con tendencias á la estabilidad de formas, y á no engordar... En el rostro no hallo variación: solamente los ojos me parecen más grandes, más soñadores... ó soñolientos...

—Pensé que iba usted á decir que estoy

ojerosa. Eso no: duermo perfectamente, y no lloro nunca ni tengo por qué.,,

Reparé en su traje elegantísimo, de batista de Escocia chaconada, con fino dibujo verde musgo sobre fondo blanco; el sombrero de paja gruesa de Italia, con lazos y flores de tafetán de los mismos tonos. El ajustado cuerpo en forma de blusa marcaba su inverosímil talle gentil, unión de las abultadas zonas del seno y caderas.

“Ya habrá usted comprendido—prosiguió—que no le he llamado exclusivamente para darle mis parabienes. Tenemos que hablar un poquito... pero aquí no puede ser. Cuando se levante la sesión, véngase á dar conmigo una vuelta por la Castellana. Mi coche está en esa calle por donde se sube á la parroquia de Santiago. Allí le espero... Y ahora, no se entretenga más. Ya suena la campana llamando á votación... También aquí tengo yo que ser su maestra, instruyéndole en las obligaciones parlamentarias. Ese cencerro convoca á todo el ganado de la mayoría para que vote lo que manda el Gobierno. Vaya usted, corra, y lleve preparado el *sí* ó el *no*, según lo que sea... Con que ¿le espero en mi coche?.,,

Mirando cara á cara el peligro y sobresaltado de la atracción que sobre mí sentía, contesté que daríamos la vuelta en la Castellana... una sola vuelta, todo lo más dos... Media hora después navegaba yo en el coche, y por cierto que al entrar en él iba ya un poquito mareado.



## XVIII

Sépase ante todo que no íbamos solos Eufrasia y yo. Nos acompañaba una vieja muy compuesta, hermosura en ruínas, que tuvo su apogeo y esplendor en los años medios de Fernando VII, camarista que fué de la Reina Doña Isabel de Braganza. Perteneciente á la aristocracia mercenaria, de creación palatina, ostenta el deslucido título de Condesa ó Baronesa (no estoy bien seguro) de San Roque, de San Víctor, ó de no sé qué santo. En la duda, la designaré provisionalmente por el primer bienaventurado que se me ocurra. Es mujer histórica y de historia, hoy mandada recoger por la subida cuenta de sus años, aunque todavía colea en la vida social. Entiendo que tiene un hijo y un yerno en la Regia servidumbre.

“Ya sé—me dijo Eufrasia en el rápido avance del coche por la calle del Arenal,— que Rafaela y yo estamos amenazadas de salir, codo con codo, en la primera cuerda para Filipinas.”

Soltaron ambas la risa, y yo agregué, siguiendo la broma: “A donde van usted y su amiga es á las islas Marianas... ¿Pero cómo lo saben si yo á nadie lo he dicho?”

—Lo sabemos—replicó la veterana beladad,—porque el fantasmón no lo dijo á us-

ted solo. Por Pepe Villavieja me mandó un recado para que yo lo pusiera én conocimiento de las interesadas... No hicimos caso: nos reímos...

—Tan bien le resulta á ese espantajo—observó Eufrasia,—el meter miedo á los hombres, que cree poder amedrentar fácilmente á las mujeres. ¡A buena parte viene!... ¿Pero qué ha de hacer él más que estar á la defensiva, muy al cuidado de su pelleja? ¿Con qué á las islas Marianas nada menos? ¿Está él bien seguro de que no le embarcarán para allá con viento fresco? Si en aquellas islas hay caribes, ¡qué buen maestro se pierden para perfeccionarse en la barbarie!

—¿Pero es verdad que conspiramos, amiga mía? Yo no lo creí. Pensé que se trataba de una intrigüela... no política.

—Puede usted tranquilizar á su amigo, asegurándole que se han suspendido los trabajos, y que no hemos de volver á las andadas hasta que no se sepa cómo va el negocio de Italia.

—Hasta que no veamos—dijo la San Víctor,—si *Fernandito* pega ó no pega.

—Yo todo lo temo de esta gente y de su *mala pata*—declaró mi amiga.—Al refrán que reza *Por todas partes se va á Roma*, debe añadirsele: *menos por Gaeta*.

—Pero explíqueme, Eufrasia—dije yo riendo de verla tan *oposicionista*,—¿qué motivos, qué razones... porque alguna razón habrá... la han traído á la enemistad de Narváez? Antes no pensaba usted así...

¿Ha recibido D. Saturno algún agravio del Presidente del Consejo?„

Mordisqueando el abanico, la moruna miraba hacia la calle con evidente ira, más bien rabia. Durante una pausa breve, la San Blas y yo nos miramos, como interrogándonos sobre cuál de los dos hablaría primero, y sobre lo que debíamos decir para poner airoso término á la pausa. Rompió por fin el silencio la marchita beldad con esta familiar explicación: “Usted, Sr. de Fajardo, merece toda confianza, y como está en antecedentes... me consta por la misma Eufrasia que está en antecedentes... yo me permito responder por mi amiga, para que esta pobre no se vea en la precisión de recordar... ciertas infamias. Narváez es hombre muy deslenguado. No respeta ni categorías ni reputaciones, y poniéndose á soltar chascarrillos, no se detiene ante ningún reparo. Hablando de ésta una noche en casa de Santa Coloma, refirió no sé qué incidentes, de esos que los hombres poco delicados se confían unos á otros, escenas ó casos de la vida que el turno de Terry hubo de relatarle viajando por el extranjero... cosas reservadísimas que contadas con descaro y mala intención... resultan...”

—¡Mentiras, fábulas absurdas! — dijo Eufrasia pálida y balbuciente y completando la información de su amiga.—Cuando me trajeron el cuento, no sentía más que una cosa: no poder volverme hombre.

—Pues hay más, Sr. de Fajardo—prosi-

guió la otra.—Al Presidente del Consejo se le pôdrán perdonar las botaratadas de lenguaje, que quien trata con políticos es natural que alguna vez se desboque; pero al caballero no se le perdona que sin venir al caso ridiculice á personas de arraigo, apartadas de estas miserias de la vida pública. Ya sabe usted que se trató de conceder á Saturnino un título de Castilla. Esta no quería; pensaba que era subir demasiado pronto. Pero el pobre Saturno, que de algún tiempo acá venía soñando con el Marquesado, no era tan modesto en sus ambiciones. El asunto iba por buenos caminos. Arrazola estaba conforme; el Rey se interesaba en ello. Un día, en el mismísimo Palacio Real, preguntó á Narváez el Duque de Gor qué título se pensaba dar á Saturnino, y el *Espadón*, como si dijera una cosa muy seria, respondió: “Le haremos *Marqués de Capricornio*...”, Ya ve usted qué grosero insulto.

—Tanta grosería y bajeza—dijo Eufrasia, —me han hecho mudar de parecer respecto á esa gracia y á su oportunidad. Ahora, viendo en qué manos está la Nación, lo que antes creí prematuro ya me parece tardío. Seremos Marqueses. Esta Sociedad no merece la modestia. Donde ya no hay ninguna virtud, donde todo se ha pisoteado, y por si algo faltaba, ya pisotean de firme, la mayor de las tonterías es tener delicadeza y escrúpulos. Coronas que fueron de oro han venido á ser de papel dorado, y las de papel se han hecho de oro. Respetar lo pasado, mirar-

lo mucho, ya para amarlo, ya para temerlo, es cosa que ahora no se usa. Pues vivamos en lo presente, y coloquémonos donde sea más fácil pisotear que ser pisoteado.,,

Causáronme pena este pesimismo y el nuevo sér psicológico de mi amiga. Yo no comprendía por qué rápida evolución, la que hace un año me daba prácticos consejos del vivir manso, cauteloso y positivo, esquivando las pasiones, se dejaba contaminar de las más violentas. Sobre esto dije algo, á lo que me respondió imperturbable: "Las pasiones vienen cuando tenemos arreglada la vida. Si por acaso llegan antes, se encuentran la puerta cerrada, por estar una en los afanes de dentro... Y como al encontrar cerrado se marchan las pasiones, de aquí que pasen por virtuosos los que no lo son. Va una mujer tan tranquila, y á lo mejor alguien le da con el pie; entonces se acuerda de que es víbora, de que puede serlo, y lo es.,,

Admirando su ingenio, díjele que todo aquel recóncomio contra Narváez podía muy bien carecer de fundamento, como nacido de hablillas y dicharachos de los desocupados. ¿Quién le aseguraba que eran del propio Duque las malvadas referencias de Terry, y la grosería del título de *Capricornio*?

"¡Ay! —exclamó Eufrasia;— como si yo misma lo hubiera escuchado, segura estoy de que esas infamias salieron de aquella boca, manchada con tantas blasfemias y palabrotas de cuartel. Usted, por lo visto, se ha dejado deslumbrar por el brillo falso de

ese soldadote, y ha creído la leyendita que propalan los adulones que le rodean. ¡Oh, Narváez, león que lleva dentro un cordero! ¿No es eso? Un hombre que en sus arranques instintivos de mal humor atropella sin reparo al más pacífico, y luego le pide perdón y le hace favores, y le da chocolate de Astorga. Ese es el tipo que quieren darnos en aleluyas, corazón sensible que cuando se irrita ruge, y cuando se aplaca es lo mismo que un niño... ¿No es ésta la leyenda? ¿Apostamos á que usted es de los que la ponen en circulación y la reparten de oreja en oreja para que corra?„

Respondí que la tal leyenda, bosquejo biográfico del natural trazado por los contemporáneos, me parecía lo más próximo á lo verdad, y que por ella, pues no hay mejor modelo, fijarán los historiadores futuros la figura de Narváez. Eufrasia sonrió, recreándose en la fuerza de los argumentos que en contra de la leyenda cree poseer, y reclamada la atención de su amiga y la mía nos dijo: “Pues aquí me tienen ustedes con voz y autoridad de Historia para echar abajo esa mentira novelesca. Lo que voy á contar, yo lo he sentido muy de cerca, y mi padre, que vivo está, y otros señores manchegos muy respetables, pueden dar de ello testimonio. El año 38 pasó este caballero por un pueblo de la Mancha que se llama Calzada de Calatrava... Iba en persecución del carlista Gómez... ya sabe usted, la famosa expedición de Gómez... De aquel pueblo al mío,



donde yo estaba con mis padres, no hay más distancia que dos leguas ó poco más. Yo era entonces una mozuela: me acuerdo de aquellos sucesos como si fueran de ayer, y la impresión de terror que dejaron en mí no se borrará nunca; que si espanto causaban allí los facciosos con sus crueldades y saqueos, no daba menos que sentir este maldito que los perseguía en nombre de la Reina, pues unos y otros llegaban, asolaban y partían como una legión de demonios. Era en el mes de Agosto; llegó Narváez tal como ayer, y hoy mandó fusilar, con juicio sumarísimo, al último Prior de la Orden de Calatrava, D. Valeriano Torrubia, á un rico propietario de la misma ciudad y á una mujer. ¿Creerán ustedes que este hecho brutal era escarmiento de facciosos porque las víctimas habían dado apoyo al cabecilla Gómez? Pues están muy equivocados, y si la Historia se escribe así, maldita sea mil veces. El delito del pobre D. Valeriano era estar emparentado con la familia de Espartero, y ser, como éste, hijo de Granátula, que sólo dista de la Calzada una hora de camino. Para condenarlo, así como á sus compañeros, en la sumaria hecha de mogollón sin más objeto que cubrir el expediente, se alegó la entrega de un fuerte, realizada siete meses antes, al paso de Cabrera, después de una reñida acción en que perecieron trescientos y pico de liberales. Oigan ustedes á mi padre. Mi madre, que era Torrubia y tenía parentesco con el Prior, diría, si vi-

viera, que ninguno de aquellos infelices era carlista ni tuvo arte ni parte en la entrega del fuerte. Todo esto, si no lo he presenciado, lo he sentido en derredor mío, expresado con gritos de dolor que eran gritos de verdad. No son referencias lejanas desfiguradas por el tiempo y la distancia, sino hechos que palpitaban á mi lado, entre mi familia y mis convecinos, y que siguieron estampados en la memoria de todos los que entonces vivíamos en la Mancha.

“Pues oigan más. La única persona, entre las principales de la Calzada, que pudo intervenir en la entrega del fuerte, fué un cura llamado Vadillo. ¿Por qué, pregunto yo, este hombre de la leyenda, este cordero con garras de león no fusiló á Vadillo y sí á los otros, que nunca se significaron como carlinos? ¿Por qué no quiso escuchar, ni recibir siquiera, al hermano de Espartero, canónigo de Ciudad Real, que acudió á pedir clemencia, y llevaba, según dicen, órdenes de que se suspendiera la ejecución? Porque, sépanlo ustedes y sépalo el mundo todo, lo que menos le importaba á este tío era perseguir carlistas y alentar liberales; su pasión dominante era el odio á Espartero, y la envidia de los triunfos y de los increíbles adelantos de mi paisano; su móvil, la idea de ser como él, poderoso y popular; su fin, destruir todo lo que significase adhesión á Espartero, partido de Espartero, familia de Espartero... Esto, que aquí no se vió nunca, lo vimos claro todos los que allá vivíamos:

yo respiré estas ideas, y de su verdad no puedo dudar... Ahora viene la segunda parte de mi cuento, y aunque para mí esta parte es tan verdadera como la que acabo de referir, no me atrevo á darla como Historia. Vamos, que también traigo yo mi poquitín de leyenda para colgársela al *Espadoncito andaluz*. La noche antes del fusilamiento, la pasó D. Ramón en compañía de una guapísima mujer... La conocí: había sido mi amiguita; tenía tres años más que yo... Fué público y notorio que el cura Vadillo no era extraño á las amistades de la buena moza con el General. Si un día entregó un fuerte á Cabrera, otro día le entregaba otro fuerte á Narváez; sólo que este castillo, aunque muy bonito como mujer, no valía nada como fortificación... Cierto es lo que digo de esas amistades: lo que presento como leyenda, usted, Pepe, puede ponerlo en claro si se atreve á preguntárselo á Narváez... ó á Bodega, que debe saberlo lo mismo que su amo. Pregunte usted á cualquiera de los dos si es cierto que en la noche de marras vacilaba el General entre el rigor y la clemencia, y que Rufina Campos le pidió que fusilara sin piedad, ofreciendo su cuerpo en pago de la orden; si es verdad que en su impaciencia por concluir aquel negocio de las muertes, le hizo coger la pluma y le llevó la mano para que firmara... Este es un punto que yo no me atrevo á sacar de la Fábula para llevarlo á la Historia: lo cuento como me lo contaron, y no respondo de ello.

Lo que no tiene duda, amigo mío, es que en Calzada de Calatrava había por aquel tiempo una fuerte discordia entre dos bandos que se habían formado, y ardían en rencores con más fuego de pasioncillas locales que de ideas políticas, y que uno de estos bandos se valió del tremendo Narváez para desbaratar al otro. Pescaron al *Espadón* echándole por cebo la carne fresca de Rufina Campos. Con que ahí tienen los señores Narvaístas una vela que encenderle á su ídolo, el borrego con zarpa de león, que más valdría decir de hiena, por la propiedad de las cosas históricas... ¡Y este hombre quiere que ahora nos dobleguemos ante su *Orden* y ante su *Principio de autoridad*, él, que siempre fué díscolo y revolucionario, él, que no hizo más que pisotear su tan cacareado *Principio*! ¿Cómo se ha de respetar á quien nada respetó? ¿Cómo ha de sofocar las conspiraciones quien toda su vida se la pasó conspirando? Si los sublevados victoriosos del 40 llamaban insurrectos á los vencidos, y éstos á su vez, triunfantes el 43, llamaron rebeldes á los del 40, ¿qué nombre hemos de dar á todos más que el de bandidos? No se asombre usted, Pepe, ni me ponga la carita burlona, que sus burlas y su estupefacción no son más que una máscara con que tapa un escepticismo tan negro como el mío. Yo no creo en estos hombres, Pepe, ni usted tampoco. La Historia de España, mientras hubo guerra, es una Historia que pone los pelos de punta; pero la que en la

paz escriben ahora estos danzantes, no se pone los pelos de ninguna manera, porque es una historia calva, que gasta peluca. Yo, qué quiere usted que le diga, entre una y otra prefiero la primera... me repugnan los pelos postizos.,,

Esta idea nos dió pie para reir, dejando incontestada la graciosa sátira contra los hombres públicos, y sin comentario el terrible cuento manchego.

## XIX

Recorriendo la Castellana, cuando ya la tarde caía, deploraba yo que la presencia de la beldad vetusta me privase de hablar con Eufrasia libremente. Perdóneme mi cara esposa; yo me sentía de improviso arrastrado fuera de la existencia regular, al influjo de aquella mujer, que si fué mi tentadora en tiempos libres, cuando con piadosa mano hacia las pacíficas venturas materiales me guiaba, ahora, por diverso estilo, me trastorna y enciende con los atrevimientos de su voluntad sin freno. Lo único de que yo hablarle podía delante de la señora mayor, era la conspiración de ópera cómica en que ponía todos los donaires y sutilezas de su enténdimiento, y sobre ello le pedí más explicaciones, que sólo á medias quiso darme. "Conténtese usted; por ahora, con lo

que le dije... y es que por el momento hay tregua... ¡Pues no faltaría más sino que yo le revelara á un enemigo nuestros planes! Bastante haré, el día en que se den los pasaportes al Ministerio Narváez-Bodega, y se haga limpia general de *hombres públicos*, bastante haré, digo, con librarle á usted de que le lleven á las Marianas, á tomar los aires que me recetaron á mí... Está, pues, tranquilo... Y no le digo que se venga á conspirar á mi campo, porque con el Marqués de Beramendi no hay que contar ya para nada. Hombre acaudalado y padre de familia, sus ambiciones deben limitarse á cuidar hijos, que los tendrá en gran número, sin que pueda en ningún caso dudar que son suyos... ¿Le parece que es ésta poca ventaja en los tiempos que corren?

—Es usted mala, Eufrasia, y pensando bien por el lado mío, arroja por otros lados su sátira cruel.

—¿Pero no le he dicho que soy víbora, Pepe? Entre morder y ser mordida, con veneno, ¿qué es preferible?... Y en resumidas cuentas, el ser satírica no es lo peor que puede ser una mujer... Porque yo muerta un poco, no se escandalizará usted, Pepe.

—Pero creeré que no está en carácter, y que pierde parte de su encanto con esas mordeduras. ¿Recuerda usted lo que significa en griego su bonito nombre? *Eufrasia*.

—Ya me lo dijo usted en otra ocasión: significa *Alegría*.

—Pues eso ha de ser usted siempre: *Ale-*



*gría*, la alegría del mundo, de la sociedad...

—¡Ay, Pepito, Pepito... á buenas horas!... En otro tiempo pude pensar que sería eso... ¡Pero hoy, después de tantas penas y de tanto luchar!... Además, mi condición alegre se va saliendo de mí á medida que va entrando la hipocresía.

—¡Hipócrita... también se declara hipócrita!

—Me declaro práctica, maestra en filosofía marrullera, con arreglo á la época y al país en que vivimos. ¡Y usted me desconoce, y usted me niega, Pepe, usted que es mi mejor discípulo!...„

En esto, echábase encima la noche, y una contingencia venturosa vino á conjurarse contra mi virtud y á favorecerme en mis desatinados estímulos de perdición. La Condesa ó Baronesa de San Lucas, de San Gil ó de no sé qué santo, dijo á su amiga que, llegada la hora de recogerse, diese orden al cochero de dejarla en su casa, Costanilla de la Veterinaria... ¡Con cuánto gozo sentí el traqueteo de las ruedas, corriendo presurosas, descontando los segundos que faltaban para que sola conmigo se quedase la moruna! El ansiado instante llegó al fin, y con él reverdecieron mis antiguas cualidades de audacia y desparpajo. Mis primeros conceptos, reforzados con ademanes que centuplicaban su expresión, fueron para darle á entender que mi ciencia de hipocresía era una vana fórmula, mientras no la justificara con faltas positivas y delitos categóricos que...

“¡Eh, eh!—me dijo más serena que yo.— ¡Mucho cuidado, señor pollo... con espolones! Estése quieto, y no se me desmande tampoco de palabra. Tome ejemplo de mí. Es hora de que yo vuelva á mi casa, y usted forzosamente ha de irse á la suya, donde le esperan su mujer y su hijo. A los disparates que me ha dicho contestaré muy poco; pero ello será tal que habrá de agradecérmelo. ¿Quiere usted que seamos amigos, que empecemos otro curso de amistad? Pues para hablar de eso, para discutir si puede ser ó no, si usted y yo merecemos el beneficio de esa amistad... quizás no lo merezca usted, quizás sea yo quien no lo merece ... pues digo que para tratar de esto, es menester que nos veamos otro día, ó que nos escribamos. ¿Qué prefiere?

—Las dos cosas. ¿Va usted por las tardes al Casino de Embajadores?

—¡Ay, qué chiquillo!... Basta: yo escribiré á usted.

—¿Al Congreso?

—Al Congreso. Y usted tomará las precauciones debidas para que no le lleven las cartas á su casa.

—¿Y yo á dónde contesto?

—Déjeme que lo piense.

—¡Ay, qué pensadora se nos ha vuelto!

—Hijo, me llamo *Alegría*, no me llamo *Locura*. ¡Pues si yo no pensara, qué sería de mí! Pensando, pensando, he llegado á donde estoy. Si mucho he discurrido para subir, no tendré que discurrir menos para no caerme.,,

La extraordinaria donosura con que lo dijo desató en mí con mayor fuerza los en mal hora resucitados ímpetus amorosos ó de aventureros amoríos... Pero no me dió tiempo la dama moruna para la debida manifestación, puramente verbal, de lo que yo sentía, y tirando del cordón avisó al cochero para que parase... Estábamos en la calle del Arco de Santa María. "Bájate prontito, y no seas loco — me dijo endulzando con el tuteo el amargor y crudeza de la expulsión. — Obedéceme sin chistar, y te escribiré al Congreso., ¿Qué había de hacer yo más que resignarme? Triste cosa era quedarme á pie de un modo tan brusco, aunque mi desairada situación fuese la más conforme con los buenos principios... Pero lo más singular de aquel paso, no sé si comienzo fin ó empalme de livianas empresas, fué que al desaparecer de mi vista el coche de la moruna, se apagó en mi pensamiento la ilusión que con tan vivo centelleo me había turbado. Cierto que á una caída más ó menos hipócrita quedaba no sólo expuesto, sino comprometido, por ley caballeresca no muy ajustada á la eterna ley moral; pero en medio de los velados desórdenes de un extravío de esta naturaleza, no creo que deje de conservar intangible y puro el bien de mi casa, ni la paz que allí me rodea. Si contemplando á Eufrasia y oyendo su gracioso divagar de política, pude repetir para mis adentros el verso de Leopardi *E il naufragar m' e dolce in questo mare*, caminito de mi casa, y acer-

cándome á este refugio bien templado, me dije: "En ese mar bonito y placentero, podré pasearme sin que nadie me vea; pero nunca naufragaré."

Firme en estas ideas, y comprendiendo cuán penoso y desairado sería para mí que María Ignacia tuviese conocimiento de mi paseo con la Socobio, por soplo de algún paseante que me hubiera visto, eché por la calle de en medio, y se lo conté yo con franqueza relativamente honrada. Claro es que no le conté todo porque no era preciso; y cuidé de advertir que nos acompañó *en todo el paseo* la respetable señora Condesa ó Baronesa de San Juan Nepomuceno. Con gran sorpresa mía, no pareció mi mujer enojada de aquel incidente. Tuve la suerte de cogerla en un momento en que las expansiones de su grande alegría no daban á su alma tiempo ni espacio para el recelo. Nuestro niño revela una resolución firmísima de vivir, y aptitudes colosales para proveerse de medios de vida. Mama de una manera insolente, bárbara, y se apodera de la teta con muy mala educación. El ama es robusta, inagotable, y además, de buen natural. Todas estas bienandanzas se reflejan en el alma de mi esposa, y ayudan á su restablecimiento, franco, rápido y seguro. No quiere María Ignacia abrir en su espíritu ningún hueco por donde entre la tristeza; no quiere más que afianzarse en la posesión de sus felicidades, que estima bien ganadas. Dios le concede lo que merecía.

Viéndola tan bien dispuesta, me permití ampliar un poquito las referencias de mi paseo romántico, y ella con gran sentido me dijo: "Procura no volver más, y si otra vez te invita, busca una manera delicada de zafarte sin caer en grosería... La verdad, esa intriganta me ha tenido por algún tiempo en ascuas; pero esas ascuas ya no me queman... ¿En qué me fundo para sentirlo así? No lo sé; en algo que se nos revela por el corazón, por las ideas y el cavilar de una misma. Yo no creo en angelitos que vienen con recados á la oreja, como es uso y manía de monjas; pero sí creo que Dios nos baraja los pensamientos para que con ellos sepamos la verdad de las cosas nuestras, de lo que nos llega á lo vivo, Pepe. Como te digo, las ascuas en que estuve por esa maldita manchega, ya no me queman... No viene el mal por ese lado. O no habrá más ascuas, ó cree que vendrán de otra parte. Pero de ninguna parte vendrán, ¿verdad, marido mío?,"

*23 de Junio.*—Viendo crecer de día en día la estimación en que mi suegro y toda la familia me tienen, siento en mí la autoridad; me lanzo á platicar con el Sr. D. Feliciano del delicado asunto de las habladurías de su tertulia, pues sin que yo vea en ello, como Narváez, el escándalo de una conspiración, pienso que tales enredos no armonizan con la respetabilidad de la casa. Presentada exquisitamente la cuestión, mi ilustre padre político concuerda conmigo, y alabando mi prudencia y sensatez, se arran-

ca con estas sesudas consideraciones: “Yo me encargo de llamar al orden á estos mis amigos, y de hacerles comprender que si vienen mudanzas hondas en la política, no quiero que salgan de mi casa... Tengamos en cuenta que eres diputado, y ministerial de añadidura, y que si algo ocurre y te ves en el caso de tomar la palabra en el Congreso para defender á la situación; no es bien que te acusen de jugar con dos cartas... Puedes decirle al señor Presidente del Consejo, si de esto vuelve á hablarte, que si algunos sujetos graves, y otros que no lo son, le tienden algún lazo para que se enrede y caiga, los hilos no pasan por mi mano. Yo, bien lo sabe él, no soy partidario del Parlamentarismo, ni creo en este Régimen de estira y afloja; pero respeto lo *existente*, por el hecho de ser *existente*, que no es poco. También nosotros tenemos nuestros *hechos consumados*, como ahora se dice, dignos de todo respeto. ¿Qué sería de la Sociedad si cada cual no permaneciera en los puestos adquiridos? El disputar los puestos es lo que da alas al funesto Socialismo, y lo que fomenta la Demagogia, ese *virus*, Pepe, ese maldito *virus* que hace estragos en todo el mundo. Ya que la República Romana, centro de ladrones y asesinos, está á punto de caer arrasada por nuestras tropas, vean ahora estos gobiernos de poner aquí un poco de orden, y de refrenar á tanto periodicucho, y de hacer entender á los del *Progreso* que se despidan del poder para siempre...”



Conforme con todo lo substancial de esta arenga me manifesté, añadiendo que las clases pudientes *somos* las llamadas á conducir el rebaño social. Pero me recaté de expresar la idea que al oír á mi suegro me andaba por el magín, esto es: que todos los pudientes, cuál más, cuál menos, llevamos dentro el demagogo, y si me apuran, el socialista, que son dos clases de *virus*, de donde resulta que no habrá orden verdadero hasta que no nos metan en cintura... ó nos metamos nosotros mismos.

Esto pensaba, y ansioso de distracción, dí con mi cuerpo en el Congreso, donde me aburrí soberanamente; por la noche, previo el asentimiento de María Ignacia, con quien yo consultaba siempre mis visitas nocturnas, me fuí á casa de María Buschental, donde encontré algunos amigos de mi época de soltero, y otros con quienes había hecho conocimiento en las Cortes: Escosura, Tassara, Borrego, Carriquiri. Departimos de cosas sociales y políticas con la libertad que es el fresco ambiente de aquella morada neutral de las opiniones, y si he de decir verdad, también allí, entre tan amenos narradores y comentaristas, me sentí, como quien dice, á dos dedos del hastío. Hallábame en un estado particular de mi alma, sensación de ansiedad y de vacío, dolencia que de tarde en tarde y sin ninguna inmediata razón ni causa conocida suele acometerme, y que por lo común lo mismo que viene se va, dejándome un leve rastro de tristeza. Ni aun María

Buschental, cuyo trato y gracias amables con puntaditas maliciosas fueron y son siempre el antídoto de las murrias, logró desvanecer las mías. Por último, confabulados ella y mi amigo Escosura, aplicaron solapadamente á mi melancolía el tratamiento de las bromas, sin excusar las del género más agresivo, y hube de oír sátiras crueles en que no salía yo muy bien librado.

Según María, yo penaba por la Socobio, mujer corrida y de mucha trastienda, maestra y grande erudita en todos los artes de amor. Según Patricio, yo no he tenido con ella más que triunfos pasajeros, regateados, y felicidades suspendidas de improviso para precipitarme á la desesperación... Yo negué, declarando que no hay tales triunfos ni los he solicitado. Reían á carcajadas, y sin duda todo lo que dijeron lo creían como artículo de fe. Así es el mundo: en la crónica social, disfrutaba yo injustamente reputación de glorias y fracasos, como los falsos héroes que con apócrifas grandezas usurpan un lugar en la Historia. Así lo dije á la dama y á mi maleante amigo, añadiendo no sé qué frivolidades para seguir la broma, y algún chiste, que no me salió, francamente, pues no estaba yo para chistes. Por fin, agarrándome á la primera coyuntura que se me presentó, me despedí cuando empezaban la animación y el interés dramático en el gracioso mentidero de María Buschental.

Deseaba yo verme en la calle y respirar aire menos impuro que el de un salón. Sen-

atía vivísimo anhelo de llegar á mi casa, de ver á mi mujer y á mi hijo, y buscar mi solaz y recreo en la felicidad que nadie podía disputarme. Sinceramente y sin la menor afectación me reí de la historia que mis amigos me colgaban, y ahondando con miradas atentas en todo mi sér, por una parte y otra, advertí que la moruna no me interesaba ni poco ni mucho, que la fascinación de sus gracias es pasajera. Mas no porque observase todo esto, y de mi observación ó descubrimiento me alegrase, se mitigaba mi tristeza. “Es el pícaro trastorno de nervios, ó del cerebro, quizás desfallecimiento del espíritu—me dije,—ese vacío, esa expectación inexplicable... Voy corriendo á mi casa, y allí se me quitará.,”

Sentí detrás de mí una voz que me llamaba, y me estremecí cual si sonara un disparo en mis oídos... Era mi amigo, el pintor Genaro Villaamil, que al salir del café de la Iberia, me vió pasar, y corrió en mi seguimiento. Algunas noches solemos retirarnos juntos, pues somos casi vecinos. Vive en el Postigo de San Martín. Háblome de no sé qué... algo de la expedición de Italia, de la Fuoco, de su peinado, no menos famoso que sus pies... Yo le oía sin ninguna atención, y deseaba que me dejara solo. Parecíame que teniendo que oírle y contestarle, por urbanidad, tardaría más en llegar á mi casa.

Ibamos por la calle del Arenal, él, más corto de piernas que yo, acelerando su an-

dar para seguirme, cuando una mujer pasó frente á nosotros como á diez pasos de distancia... Cruzaba de la acera de San Martín á la de San Ginés, y nosotros íbamos ya muy cerca de la iglesia de este nombre. La mujer que vimos se paró un instante ante mí y me miró fijamente. Yo la ví á la claridad de la luna que inundaba la calle, la ví, la miré y la reconocí... Era Lucila... Siguió la moza su camino. ¡Cielos! entraba en la iglesia. Atravesó el patio, y antes de llegar á la puerta volvió á detenerse y á mirarme. Antes dudara de mi existencia que dudar que aquella mujer era Lucila, la hermosura salvaje que descubrí en el castillo de Atienza, la sacerdotisa, la musa histórica del gran Miedes, la perfecta hermosura, la ideal hembra, con quien ninguna de las de nuestra edad y raza puede ser comparada... Mi amigo Villaamil, apretándome el brazo, exclamó con entusiasmo de artista y de varón: "¡Qué mujer, Pepe! Nunca ví figura igual...". Habíamos entrado en el patio; yo me abalancé hacia la puerta de la iglesia, engañado por la ilusión de que Lucila me esperaba en aquella penumbra... Nada ví: la soberana imagen habíase apagado en la cavidad del templo, como luz devorada por el vacío.

## XX

La impresión que de aquella imagen quedó en mi retina y en mi mente fué tan viva, que puedo describirla como si aún la tuviera delante. La que en su cuerpo y rostro es la perfección misma, cifra y conjunto de proporcionadas partes armónicas, vestía como las hijas del pueblo más elegantes, entre manola y señorita, la falda sin vuelos, de medio paso, un pañuelo por los hombros. No llevaba mantilla; el peinado, de lo más sencillo, gracioso y coquetón que puede imaginarse... Con ardiente curiosidad y anhelo me metí en la iglesia, Genaro detrás de mí, y apenas dimos algunos pasos hacia la capilla en que veíamos claridad, bultos, y oíamos murmullo de rezos, la poca gente que allí había salió perezosa, arrastrando los pies. El rosario, novena ó lo que fuese había terminado. Las luces se apagaban: el sacristán pasó junto á mí con un manojo de llaves. En la vaga sombra, difícilmente se conocían las personas que iban hacia las puertas... Busqué inútilmente entre ellas á la que, tan descuidada en su devoción, llegaba en las postrimerías del piadoso acto... Pero pensé que situándome en la salida no podía escapárseme. A un tiempo, Villaamil y yo nos hicimos cargo de una grave dificul-

tad estratégica. San Ginés tiene dos entradas, y por consiguiente dos salidas. Yo hubiera querido dividirme y vigilar ambas puertas. “Usted mire por la calle del Arrenal—me dijo el pintor con rápida previsión militar;—yo miraré por la plazuela.” Así lo hicimos.

Ví salir á pocos hombres, en los que no me fijé, y mayor número de mujeres que observé atentamente, cerciorándome de que todas eran viejas, y las que no lo eran, no daban lugar á confusión á causa de su ostensible fealdad. Por mi puesto de guardia, puedo jurarlo, no salió la mujer de las soberanas proporciones. Cuando terminada la requisa, y expulsado yo por el sacristán, me reuní en la plazuela con mi amigo, éste me comunicó que por su puerta no había salido la moza, podía jurarlo. Mi desconsuelo y ansiedad fueron tales que no acerté con ninguna explicación del caso, y sin el testimonio del pintor habríalo tenido por un caso de alucinación. “Para mí, querido Pepe—me dijo Villaamil,—esa mujer no ha salido,”... “¿Cómo que no ha salido? ¿Es acaso alguna efigie que pernocta en los altares?,”... “Si no es efigie sagrada, merece serlo. Ahora me confirmo en que no fué engaño lo que creí ver. La moza, al entrar en la iglesia, avanzó derechamente hacia la sacristía.” Un rato estuvimos discutiendo este enrevesado punto: ¿Tiene la sacristía comunicación directa con la calle? Hicimos reconocimiento topográfico, dando la vuelta á la parroquia



por el arco y pasadizo. Sostenía Villaamil que por una puertecilla que hay en la plazuela, muy cerca del arco, había visto salir varios bultos; pero la distancia y el sombrero que allí hacen los muros le impidió distinguir si eran clérigos ó mujeres. La portezuela por donde se *desvanecieron* estos fantasmas estaba cerrada á piedra y barro. El balcón estrecho y las designales ventanas que á cierta altura vimos nos indicaban que hay allí una habitación aneja á la parroquia. ¿Será la vivienda del párroco? Villaamil declaró con firmeza que á la mañana siguiente lo averiguaría. Mis deseos eran averiguarlo al punto. De pronto, como quien encuentra la solución de un problema oscuro, Genaro me dijo: "Oiga usted, Pepe: ¿se habrá metido en la bóveda, en la célebre bóveda de los disciplinantes?,"... "¿Y dónde está la bóveda?,"... "Viene á caer aquí debajo, y su entrada es por la capilla del Cristo, donde estaban rezando cuando entramos,"... "¿Y esa bóveda tiene luego salida por alguna parte?,"... "Dicen unos que sale á las Descalzas Reales, otros que á San Felipe el Real; pero esto me parece fábula,"...

Propúsome el pintor interrogar al sereno, pero á ello me negué, no por falta de ganas: deseaba emprender solo mis investigaciones. La intervención de Villaamil en un asunto que yo consideraba enteramente mío me molestaba. Todo intruso que me disputara mi absoluto derecho á descubrir á Lucila era ya mi enemigo. fingiendo un poco

le hice creer que sólo un interés caprichoso y pasajero me había movido, y me le llevé hacia la calle del Arenal, para dejarle en su casa antes de entrar yo en la mía. Por el camino le hablé de todo menos de aquel misterioso hallazgo y pérdida de la mujer bonita; pero él, sin poder apartar de lo que vimos su potente imaginación de artista, exclamaba: "¡Qué cuadro! Es la primera vez que veo en Madrid un asunto poético y una composición prodigiosa... La mujer furtiva es lo de menos... ¡Pero la plazuela iluminada por la luna, el arco de San Ginés, donde se alcanza á ver el farolillo del sereno... luz rojiza... los desiguales edificios, la disposición irregular de las casas y tejados...! Es un cuadro, Pepe, un soberbio cuadro,... No tuve yo tranquilidad al quedarme solo, y abrasado de celos precoces, no podía desechár el temor de que Villaamil se me anticipara en la busca y rastreo de la mayor belleza del mundo.

Entré en mi casa en una situación de ánimo que no permitía otro disimulo que el darme por enfermo y necesitado de soledad y descanso. Mi mujer, con tierna solicitud, dispuso que me trajeran tacitas de tila y de té. No podía yo resistir su mirada penetrante, y cerraba los ojos con afectación de dolor de cabeza, que no tardó en ser efectivo. Varias veces he preguntado á María Ignacia si hablo yo en sueños, y me ha dicho que no, que tan sólo doy grandes suspiros. Esto me tranquiliza, pues tendría muy poca gracia

que durmiendo nombrase yo á Lucila, ó por ella preguntase á imaginarios guardianes... La noche fué malísima, y los ratos de insomnio me atormentaban menos que los breves letargos con angustiosa opresión y terrores. Ni un momento dejé de sentir la presencia vigilante y cariñosa de mi mujer. Su ternura me incomodaba; le mandé que se recogiese, afirmando que me sentía bien y que mi desazón había pasado.

*Otro día de Junio.*—Pienso que he perdido la razón, ó que llevo dentro de mí un sér nuevo, invasor intruso que ha desalojado mi antiguo sér. No me conozco. Dudo si la continua presencia de Lucila en mi alma es un suplicio intolerable, ó un bien necesario que me ocasionaría la muerte si desapareciese. Ninguna mujer se ha posesionado de mi pensamiento y de mi voluntad con tan absorbente tiranía. Soy suyo, y por mía la tengo desde el principio al fin del mundo. Porque desde su emergencia en el castillo, fué para mí la ideal mujer, la perfección del tipo, y ante ella no puede haber otra, ni la hubo ni la habrá. ¿Esto que escribo es locura? Así lo pienso; pero una vez escrito no será tachado por mi mano. Quiero manifestarme cual soy en el momento presente, y si deliro ¿qué razón hay para que me obstine en aparecer discreto y sesudo, tal y como mi señor suegro me ve, ó quiere verme, representándome á su imagen y semejanza? Salgan al papel mis desatinos, si lo son, en espera de que el tiempo los convierta en concertadas razones.

La inutilidad de las diligencias que hoy he practicado en San Ginés y contornos, me ha traído á un abatimiento lúgubre. Ni sacristanes y monaguillos, ni el sereno, ni el celador del barrio, ni los tenderos vecinos saben nada de semejante mujer... He recorrido las calles próximas, he dado vuelta á toda la manzana. Recordando que Lucila apareció por el lado de San Martín, he reconocido también las calles de Capellanes, Tahoma de las Descalzas y otras, con la esperanza de encontrarme al patriarca Ansúrez, ó al hermanito pequeño; pero ningún rostro de la familia celtíbera he topado en mi divagación por este barrio. En casa logro componer mi pálido semblante, para que ni aun mi mujercita, con su milagrosa perspicacia, entre en el sagrado de mis pensamientos. Voy al Congreso, que es donde más solo puedo sentirme, y huyendo de los amigos que en el Salón de conferencias y pasillos me agobian con su enfadosa charla, busco un refugio en mi asiento de los escaños rojos, y me sumerjo en las narcóticas aguas de la discusión de Aranceles. Me creo dentro de una redoma, y mi atención es como la del pececillo colorado que nada en redondo mirando el cristal que lo aprisiona. Veo al cetrino Nicolás Rivero, al fornido Pidal, á Cantero chiquitín, á Moreno López elegante, á Negrete proceroso, y oyendo el run-run de un orador, para mí desconocido, cierro los párpados; el sueño me rinde... Al volver en mí me siento demagogo, me descubro anárqui-

co; no encuentro palabras bastante expresivas para calificar el horripilante desenfreno y audacia de las ideas que se congestionan en mi mente. Porque la somnolencia no acaba de aplanarme, huyo del Teatro-Congreso, y me voy de paseo por la calle Mayor y Carrera de San Jerónimo sin parar hasta el Retiro, donde encuentro amigos, algunos diputados; hablo con ellos; sigo, empalmo con otros; vuelvo á charlar, tomo y dejo, y lo mismo acompañado que solo, continuo sintiendo en mí el llamear ardiente de las fieras pasiones revolucionarias. Los sombreros de copa que cubren el cráneo de tanto señor y señorete me producen indecible antipatía, y nada sería para mí tan sabroso como emplear mi bastón en el apabullo de todos los tubos de felpa que me salgan al paso. ¿Hay nada más imbécil que la invención de esta ridícula tapadera de nuestras cabezas?... En mi negro humor, hasta las señoras se me hacen odiosas y soberanamente grotescas, con sus modas de París y el artificio vano de su exótica finura.

Sí, sí, debo de estar enfermo: esta noche, de las cenizas de la hoguera en que prendí fuego á toda la sociedad de mi clase, ha surgido mi grande amor al pueblo. Todo lo que no sea pueblo no es más que una comparsa indecente, figuras de un carnaval que á lo chocarrero llama elegante, y á las pesadas bromas da el nombre de cultura. Los días del vivir actual, esto que con tanto énfasis llamamos *nuestro siglo*, *nuestra época*, ¿qué

es más que un lapso de tiempo alquilado para fiestas? El plazo de alquiler á su fin se aproxima, y en ese momento del quitar de caretas, volveremos todos á ser pueblo, ó no seremos nada... Amo á Lucila porque amo al pueblo: estos dos amores no son más que uno... Presumo que voy al mayor desconcierto de mi razón, y dejó la pluma...

Vuelvo á tomarla, después de una pausa de dos horas, y declaro que veré con grandísimo gozo los disturbios y convulsiones que tanto temen nuestros *hombres públicos*. La tan maldecida República Romana tiene todas mis simpatías, y los Mazzinis y Garibaldis son mis ídolos... Lleno estoy del condenado *virus* que es la desesperación de mi suegro ilustre, y con este veneno apaciento mis ideas, con él mis deseos de que nuestras tropas, impotentes para reponer á Pío IX en su eterna Silla, tengan que traérsele para acá, de que húngaros y austriacos hagan polvo á los Radetskys y Metterniches, de que todos los pueblos ardan y todas las artificiales categorías sucumban, de que Francia sea inmensa barricada donde alcen su haraposa bandera los socialistas, comunistas y falansterianos del mundo entero... Ya veis que voy de mal en peor... Me siento insufrible: vuelvo á dejar la pluma... Suspendo esta confesión; pero conste que soy demagogo, furiosamente demagogo...

*Otro día de Junio.*—Hoy, gracias á Dios, en mi alma turbada se van apagando los incendios revolucionarios. No obstante, oyen-



do al Sr. de Emparán, que me ha dado matracas horrible con la carta filosófica remitida por Donoso Cortés desde Berlín, y publicada estos días por *El Herald*o, he sentido en mí un vivo anhelo de que lo maten, no á Donoso Cortés, sino á mi suegro (á los dos no fuera malo), de que vengan al Gobierno las hordas socialistas y le arrebatén cuanto posee, sus riquezas todas, raíces, valores públicos, *etcétera*, no dejándole más que la camisa, y esto por el aquel de la decencia. ¿Qué?... ¿qué tenéis que decirme? Ya entiendo: que Emparán en la miseria sería yo miserable, reducido á la extrema necesidad de pedir limosna. ¿Y qué? ¿Pensáis que esto me arredra? Pues bien: seré mendigo, andaré descalzo, gozando en la total ruína de los zapateros y en el acabamiento de todo sastre. ¿No iban descalzos y muy ligeritos de ropa los iberos y celtas, y eran felices, y se gobernaban admirablemente y vivían luengos años?... Si por algo, fijaos bien, rectifico esta idea destructora, y dejo á la remota Posteridad el despojo y aniquilamiento de mi padre político, es porque me aterra pensar que mi mujer y mi hijo anden también descalzos y en paños menores por esos mundos. No: sálvense de la catástrofe estos caros objetos, y si para ello es indispensable el indulto del Sr. de Emparán, recojo todo mi *virus*, y perdonado queda en este renglón. Para quien no tendré misericordia es para Donoso Cortés, que en su famosa carta berlinesa me ha estomagado con sus ñoñerías filosófico-ultramonta-

nas. ¿Hay elocuencia más vacía ni retórica más insubstancial? Desde que he sabido que Narváez le odia cordialmente y se jacta de no haberle leído nunca, se aviva y enciende más mi cariño al *Espadón*, y voy creyendo que es el único grande hombre entre tanto necio hablador y tanto acebuche barnizado. Sostuve esta tarde una viva disputa en el Casino, defendiendo rabiosamente á Narváez, y abominando de los que con desdenoso humorismo llama *la cáfila de abogados*... Entrame ardiente anhelo de ver al Duque, y de platicar con él de los diversos temas que hoy mueven las lenguas de nuestros *hombres públicos* y de nuestras *mujeres... privadas* (guarda, Pablo). De mañana no paso sin que yo me encare con el *buey liberal*, ó en su defecto, con Bodega, que en este momento de la Historia mía y de España, también merece mi afectuoso respeto. El es pueblo, como yo, pueblo que resplandece en las alturas.

## XXI

*Primeros de Julio.*—Han pasado algunos días, no sé cuántos: llevo mal ahora la cuenta del tiempo... En este paréntesis corto de mis Confesiones, mi pensamiento no ha estado libre de alternativas y mudanzas. Sufrí recrudescencias de mi rabia demagógica, y

He visto luego que esta formidable pasión ó dolencia remitía, dejándome volver á mi normal estado de sensatez. Conviéneme declarar que ni en mis delirios ni en mis sedaciones me ha faltado el cariño á mi mujer y á mi chiquillo, sentimiento de un orden reposado, compuesto de deber y amor, y que ha llegado á parecerme armonizable con mis ensueños. Cuando disponga de más reposo, explicaré la filosofía que pongo en práctica para socorrerme con ese cómodo sincretismo... Lo más urgente ahora es que traslade al papel un suceso mío, que no por mío precisamente, sino por suceso en sí propio importante, debe ser comunicado á la indagadora Posteridad. Ello es que al cabo quiso Eufrasia que se *cumplieran las profecías*: así llamo á las promesas de ella, y á las malignas suposiciones del vulgo. Una carta que al Congreso me escribió, la respuesta mía, una breve entrevista después en el paseo, determinaron lo que por lo visto deseaba ella más que yo en aquel día, no muy lejano del presente. Cogióme en tal estado espasmódico y cerebral, que mi primer impulso fué no acudir al dulce reclamo. Después lo pensé mejor, y entendí que el Acaso me deparaba quizás un grande alivio de mis murrias; deparábame asimismo el gusto de dar la razón al penseque mundano, y de convertir el cronicón apócrifo en historia verídica, espejo de la vida real. Me molestaba la mentira ¡y era tan fácil trocarla en verdad!

Dióme la verdad mi amiga una tarde en

el Casino de Embajadores... Perdonad que me interrumpa para deciros otra vez, y van dos, que me carga Donoso Cortés, y que ya estoy ahito de la indigesta carta filosófica que nos enjaretó desde Berlín. Infinitas veces se ha tragado su lectura mi papá político, y algunos párrafos quedaron impresos en su memoria como el Padrenuestro. Creeré que lo aprendió en viernes. Esta mañana lo repetía en tono triunfal: "Si se me preguntara mi opinión particular sobre el eclecticismo, diría que es una rama seca y deshojada del árbol del racionalismo. Del racionalismo ha salido el spinozismo, el volterrianismo, el kantismo, el hegelianismo y el cousinismo, doctrinas de perdición... La sociedad europea se muere: sus extremidades están frías, su corazón lo estará dentro de poco. ¿Sabéis por qué se muere?., A esta pregunta que mi suegro hacía con entonación propia, como si fuera de su cosecha, contestábamos al unísono mi mujer y yo: "No señor: no sabemos nada., Y él, hinchándose de vana elocuencia, como lo estaban sus bolsillos de copiosos caudales, se contestaba: "Muere porque la sociedad había sido hecha por Dios para alimentarse de la substancia católica, y médicos empíricos le han dado por alimento la substancia racionalista...,

Pero lo que más á mi señor suegro, reventando de rico, seduce y entusiasma, es aquel pasaje sentimental en que nuestro rutilante orador nos revela que hemos venido al mundo para llorar y padecer. La cosa re-

sulta clarísima y se demuestra con un ejemplo. “La vida es una expiación—decía D. Feliciano con semblante fúnebre al repetir uno de los trozos más enfáticos de la carta;—la tierra es un valle de lágrimas. Si no queréis alzar la vista á los Cielos, ponedla en la cuna del niño sin pecado... ¿Qué hace el niño privado aún de pensamiento, de razón y hasta de voluntad? Pues llorar...,” Argumento incontestable: si el niño, que todavía es un ángel, llora, nosotros que estamos llenos de pecados ¿qué fin y destino tenemos más que hacer pucheros en todo el curso de nuestra vida? Observaba yo que mi ilustre suegro, con tanto recomendar el llanto á las personas mayores, se abstenía personalmente de toda demostración de duelo, y nos decía, más regañón que dolorido: “Esta es la verdad, la doctrina pura. Aprended, aprended aquí..”

Perdónenme la digresión. Sigo contando. Quedamos en que fuí á la calle de Embajadores. Ya comprenderéis que de tan delicado asunto sólo debo hablar lo preciso para establecer la debida coordinación lógica entre las diversas partes de estas confidencias. Me permito saltar de la primera á la segunda entrevista con Eufrasia, que fué ayer, y añado que las alegrías de estos reservados encuentros dejan en mí un sedimento amargo, y que no han apagado, no, el volcán que suscitó en mi mente la fatal aparición de la salvaje Lueila. Os diré en confianza que los halagos de la moruna, con ser en determinadas ocasiones de extraordinaria intensi-

dad sensitiva, me traen el hielo en inmediata concatenación con el fuego, cual si fuesen eslabones que forman un toisón de alternados metales. En sus encantos, á poco de gustarlos, no me ha sido difícil ver el desabrimiento de las cosas de serie, que traen de atrás su principio y continúan repitiéndose en la igualdad de sus casos y consecuencias. Yo me sentía sucesor de alguien y predecesor de otro ú otros, y si mi herencia me parecía triste, más lástima que envidia sentía de mis presuntos herederos.

*Otro día de Julio.*— A la tercera vez, con más empeño que en la primera y segunda, trato de indagar el móvil y fin de aquella conspiración de zarzuela en que la moruna entretiene sus ocios. La reciente intimidad no tiene bastante poder para quebrantar el secreto. Eufrasia elude las preguntas, cambia de conversación, niega cuando se ve estrechada; acaba por afirmar que todo concluyó, que fué una broma, chismorreos de damas locuaces, que no saben cómo pasar el rato. Mis coloquios en tan cercana disposición me permiten observar que es recelosa, sagaz y reservada, que las pasiones no ahogan jamás su discernimiento, que poniendo en sus empresas toda la perseverancia del mundo, sabe esperar. Yo no me recato de confesarle mis simpatías por la demagogia, sin descubrir el secreto psicológico de esta novedad, y ella me alienta, declarándose también un poquito revolucionaria, sin precisar ideas.



Permitidme que en una nueva digresión afirme otra vez, y van ciento, que me encorran lo indecible el Sr. Donoso, Marqués de Valdegamas, y su ciencia relamida. Si me ofrecéis recibo lo tomaré, y sigo en mi cantinela... Es que á diferentes horas, en las situaciones más diferentes, invade mi alma el desdén de estas retóricas vacías. Ese buen señor que á mis contemporáneos entusiasma, á mí me revienta: no puedo remediarlo... Y á propósito, para que no me acuséis de inoportunidad: Eufrasia, tomando pie de no sé qué apreciación mía, me ha dicho, mientras se arreglaba el desordenado cabello: “¿Verdad que es hermosa la carta de Donoso Cortés?,” Yo troné contra el ídolo de las damas y de los grillos parlamentarios, y mi amiga lo defendió con grandes hipérboles, repitiendo algunas de sus vaciedades más rotundas: “Luzbel no es el rival, es el esclavo del Altísimo.”

—Bueno, ¿y qué? Concedo que no es el rival, sino el esclavo... ¿Y qué?

—Que el mal no es obra de Satanás: “el mal que *el ángel rebelde* infunde ó inspira, no lo inspira y no lo infunde sino permitiéndolo el Señor, y el Señor no lo permite sino para castigar á los impíos, ó para purificar á los justos con el hierro candente de las tribulaciones,”... Así lo parla el maestro...

—Eso va con nosotros: falta saber si somos impíos y merecemos azotes, ó justos que seremos purificados.

—No seas tonto. Eso lo dice por las revoluciones...

—¿Qué más revolución que nosotros?

—No hables en plural: tú eres demagogo.

—Y tú descamisada...

—¡Ay qué pillo!... El descamisado, el *sans culotte* eres tú... Las palabras de *Quiriquí* sobre el Sr. de Luzbel no van con nosotros. Es que algunos han dicho que la revolución de Febrero del año pasado en Francia, la que echó del trono á Luis Felipe, fué un castigo, y que después vendría la misericordia de Dios. Pues no es eso: Donoso Cortés, con ese talentazo que no le cabe en la cabeza, ve las cosas claras y dice que no habrá misericordia... “Los que vivan verán asombrados que la revolución de Febrero no fué más que una amenaza, y que ahora viene el castigo...”

—¡Ya escampa! Pongámonos en salvo.

—No te burles. Vendrá un cambiazó muy gordo que nos libre de tanto pillo.

—Y en ese cambiazó trabajas tú y otras, á cencerros tapados... Destruiréis todo lo actual, y pondréis al frente de la Administración un Ministerio de niños llorones presidido por *Quiriquí*...”

Soltó al oír esto una risa franca, fresca, sonora, expresión de abandono y travesura. “Déjame que cierre así la discusión—me dijo.—Mi nombre es *Alegría*...” Y acabó por confesarme que también á ella le revuelven el estómago los sermones de Valdegamas, y que si los celebra y repite es por se-

guir la corriente; que toda aquella hinchazón insubstancial no sirve para nada, ni traerá la más pequeña mudanza de las cosas públicas. El mundo, según Eufrasia, se gobierna por pasiones, no por ideas, y éstas no influyen sino cuando son apasionadas. No echo yo en saco roto esta sentencia, que me parece de un profundo sentido en los tiempos que corren. Tiene la moruna mucho talento. Así lo declaro, y ella con candoroso orgullo me dice: “¿Pues qué crees tú...? Si yo fuera Reina haría de España una gran Nación. Yo sabría ser mujer y soberana, sin que la soberana y la mujer se estorbasen la una á la otra. Yo poseería y practicaría el arte más difícil, que es el de escoger hombres más ó menos públicos, y en cada puesto estaría el sujeto apto para desempeñarlo... Yo los examinaría bien, y hasta que no estuviera bien segura de sus cualidades no les daría el rango... Créete que yo haría una Reina admirable, como Isabel de Inglaterra, ó Catalina de Rusia; pero con la condición de ser soberana absolutamente absoluta, porque de otro modo no respondería del acierto. ¿Libertad? No habría más libertad que la mía. ¿Religión? La mía, y que fuera yo mi propio Papa. ¿Ejército? Yo Generalísima. ¿Marina? Yo Almirantísima. ¿Gobierno? Yo Ministrísima... Verías tú qué bien andaba todo. Yo y el Pueblo, y entre éste y yo un cierto número de lacayos instruídos que sirvieran fielmente al Pueblo en mi nombre.” Preguntada por mí acerca del lugar que á

su esposo daría en este absolutísimo gobierno mujeril, me contestó que en su Reino decretaría el cese de todos los maridos que no fueran padres, y que á D. Saturno, por gratitud, le nombraría Inspector General de Matrimonios, para divorciar á los que no tuviesen prole... Yo, como padre que soy bien acreditado, tendría un puesto de importancia en la Nación...

Con éstas y otras tonterías pasamos el rato. El ingenio de esta mujer me divierte... pero el vacío de mi alma continúa sin llenar. Termina la moruna diciéndome que se va á la Granja, donde está la Corte, y me incita á que vaya también yo con mi familia... Si María Ignacia y sus padres desean lo mismo, ¿por qué no acabo de resolverme? ¿Qué interés ó querencia me amarran á Madrid? Respondo que sí, que no y qué sé yo.

*Otro día de Julio.*—Hoy, después de dos infructuosas tentativas, he logrado satisfacer mi vivo deseo de hablar con Narváez, de quien tenía yo las mejores ausencias, pues supe no há mucho que en casa del Duque de San Carlos me alabó y encareció infinitamente más de lo que yo merezco. Antes de pasar á la presencia del *Espadón* tocóme un poco de antesala, la cual se me hizo corta por la agradable compañía de mi amigo y compañero de Congreso, Eusebio Calonge, el más joven quizás de los Mariscales de Campo. ¿De qué habíamos de hablar sino de la expedición á Italia, general comidilla en estos días? Marchitas las ilusiones de los que

vieron en el envío de tropas á Gaeta un principio de históricas hazañas militares, ¿qué hacían allí los españoles? Recibir la bendición del Papa, ocupar á Terracina, y gastar su ardimiento en marchas y contramarchas.

“El veto del General francés, cerrándonos el camino de Roma—me dijo Calonge,—nos ha puesto en situación muy desairada. La expedición queda reducida á un acto diplomático, y únicamente con ese carácter se la puede defender hasta cierto punto. Mi opinión es que los actos diplomáticos de un ejército sólo son eficaces después de actos verdaderamente militares. La fuerza que pega duro es la fuerza que puede negociar....” Parecióme de perlas esta observación de mi amigo, que revelaba la viveza de su entendimiento, y algo más habríamos divagado sobre aquel asunto, si no nos interrumpiera D. Juan Bravo Murillo, que salía de hablar con Narváez. Tocaba su vez á Calonge, que según me dijo despacharía en cinco minutos. No llegaron á tantos los que empleamos D. Juan y yo en recíprocas salutations. No he tenido ocasión de decir que el ilustre extremeño y hombre público es antigua relación de los Emparanes, y ha dirigido como letrado en ocasiones diversas, y en una muy reciente, los asuntos de la casa. D. Feliciano le estima como amigo, y le mira como á un santo en la religión de la jurisprudencia. Nada teme mi suegro del rigor de las leyes teniendo en sus altares á San Juan Bravo Murillo.

“¡Dichosos los ojos...!—exclamó Narváez al recibirme;—y conste que ya no le llamo *pollo*. Por muchas razones merece usted el empleo inmediato...”

Hablamos de todo, de Eufrasia, de mi familia, de mi hijo, de los Emparanes, de los Socobios, de todo menos de la *campana de Italia*, punto delicadísimo que no me atreví á tocar, sabedor de lo aburrido que anda mi hombre con este frustrado intento de intervención gloriosa. En su tono, en su mirada, descubro la calma que ha sucedido á su recelo de las conjuras, y siempre que la conversación recae en cosa referente á mi persona, sus elogios me colman de gratitud, no inferior á mi confusión, pues ignoro en qué funda el alto concepto que de mí ha formado. Háblame de que desea utilizar mis dotes, esas dotes que con increíble benevolencia y engaño llama extraordinarias, y cuando pienso que su idea es ofrecirme un puesto diplomático, sale por un registro que me causa tanta sorpresa como disgusto. ¿Sabéis á qué quiere aplicar el Duque las facultades mías, que estima ó parece estimar desmedidamente? Pues á las funciones de un cargo palatino. La independenciam que disfruto me permite tomar á risa la propuesta de mi jefe y amigo, y manifestarle que podrá hacer de mí lo que quiera, pero jamás hará un palaciego. El se ríe también; al despedirme me da palmaditas, repite en forma humorística su pensamiento de vestirme de gentilhombre, sumiller de corps ó cosa tal, y con toda



seriedad me dice: "Yo miro este asunto por el lado mío, por el lado de la conveniencia oficial, y sostengo que es necesidad imperiosa del Estado tener en aquella casa un personal inteligente, instruído, que posea las buenas formas y las ideas liberales... Ya ve usted si es difícil... digamos imposible. Adiós; que vuelva usted pronto por aquí, y aunque no quiera hablaremos de lo mismo....", Salí: la idea del General, descartando radicalmente de ella mi persona, pareció-me idea luminosa y madura, de hombre de mundo, de hombre de Estado.

Al anochecer, camino de mi casa, no falté á la estación que dos veces al día, una por lo menos, hago en San Ginés, por la querencia misteriosa de los lugares donde, visto una vez el paso de la felicidad, creemos que allí nos está esperando para pasar de nuevo. Es aquél mi sitio de peregrinación, y á él acudo por devota costumbre, ó por impensado rumbo de mis andares. No diré que hayan sido absolutamente infructuosas mis pesquisas en la parroquia y sus alrededores, porque si ningún conocimiento positivo ha venido á saciar la sed que me devora, creo haber descubierto hilos menudos que á otro más grande, y finalmente al ovillo de esta sin igual aventura pueden conducirme. Desengañado de sacristanes y monagos, así como de vecinos y porteras, me dediqué al trato de pobres de ambos sexos que piden en aquel santo lugar. Repartiendo sin tasa calderilla y algo de plata, he adquirido en tan

mísera república relaciones muy útiles... Pero anoche encontré la puerta cerrada; la turba mendicante se había retirado de sus puestos, faltándome hasta el más fiel y consecuente amigo, que esperarme suele á deshora en la escalerilla del patio por la calle del Arenal. De los hilos tenues, imperceptibles casi, que este hilandero de chismes ha puesto en mi mano, no quiero ni debo hablar mientras no sepa si han de conducirme á la esperanza ó á mayor desesperación.

## XXII

*16 de Julio.*—Decididamente nos vamos á la Granja. Habría yo preferido pasar en Atienza los rigores del verano, por disfrutar de mayor sosiego y dar á mi madre el gusto de tenernos en su compañía. Estos eran también los deseos y planes de María Ignacia; pero el unánime voto de todo el señorío Emparánico en favor del Real Sitio de San Ildefonso se impone á nuestra voluntad. Punto final en las discusiones, y comienzo de los fastidiosos preparativos... Mi mujer, ó ignora en absoluto mi devaneo con Eufrosia, ó lo considera superficial y sin importancia, aplicando al caso una filosofía suya, soberana, elevadísima, que en rigor no puede admitirse más que estableciendo ley conyugal distinta para cada sexo... Cuido de

rodear mi falta de cuantas precauciones pueden preservarla del conocimiento y aun de la sospecha de esta familia; pero creo difícil mantener la ignorancia más allá de los temporales límites que encierran todo humano artificio.

Deseaba yo una ocasión de ver á Eufrasia antes de su partida, y hablarle de estos temores, apelando á su buen discernimiento para que, mientras dure la jornada en el Real Sitio, encerremos en mayor tapujo nuestras intimidades, ó las encubramos con la soberana hipocresía de suspenderlas efectivamente. De fijo accederá, porque, como gran maestra de la vida, es cautelosa, ve y entiende toda realidad, y en sus programas, según me ha dicho mil veces, *figura en primer término* la conservación de mi prestigio y buena fama en la familia. La ocasión que yo buscaba se me ha presentado esta tarde. Habiendo ido con mi señor suegro á visitar á Bravo Murillo (para consultarle un pleito Emparánico entablado en el Consejo Real), tuve el gusto de toparme allí con Don Saturno del Socobio y su morisca esposa, que se despedían del extremeño, con quien están todos los Socobios del mundo en buena amistad social y jurídica.

Pero antes de que yo refiera esta visita y las entretenidas pláticas que en casa del insigne letrado y ministro tuvimos, obligame el orden del relato á contar alguna meditación mía muy interesante; que las meditaciones, y aun los volubles escarceos de la

mente, son materia ó documentación utilísima de la historia de un hombre, más ó menos sincero confesor de sí mismo. Es, pues, el caso que al despertar esta tarde de la siestecilla con que suelo pagar mi tributo á los ardores veraniegos, sentí en mi alma un bienestar hondo, cual si de ella, con la virtud de aquel descanso, se desprendiera un formidable peso que la oprimía. Sentíame no ya aliviado, sino totalmente restablecido de lo que yo llamaba el *mal de Lucila*, la monomanía, la horrenda pasión de ánimo que encadenó mi pensamiento y todo mi sér á la imagen más soñada que vista de aquella mujer. Y la súbita extinción de mi mal, habíamela traído... ¿A que no lo adivináis? Pues una idea, que al despertar apareció posesionada de mi mente, y encendida dentro de ella como vivísima luz, semejante por su potencia á las que en los faros alumbran el paso de las naves. La idea que me iluminaba, única, despidiendo rayos en mi cerebro, era ésta: La enfermedad que yo he padecido no es más que *una efusión estética*.

“Mujer—dije á la mía, que en el momento de mi despertar se me apareció con el chiquillo en brazos,—¿no sabes que ahora caigo en que soy un artista sin arte... un hombre que crece, vive y toma puesto en la vida social fuera de su vocación? En mí has de ver un artista inmenso, escultor, pintor, músico tal vez... quiero decir que yo he debido ser ese gran creador de arte, y por no

serlo, me pongo malísimo, y hasta parece que se me va el santo al Cielo.,

Echóse á reir mi digna esposa, y sin dejar de zarandear en sus brazos al crío, me contestó: “¡Pero, bobito, si eso que me dices no es idea tuya!... ¡Si eso te lo dije yo anoche cuando te acostabas! Y te lo repetí no sé si dos ó tres veces hasta que te quedaste dormidito. ¿Ya no te acuerdas?

—Sí: algo voy recordando. Me hablaste de eso; pero no dijiste el nombre del mal que tuve. El nombre de lo que padecemos es muy importante, y creo yo que el hecho solo de saber ese nombre nos cura. Esto que padecí se llama *efusión estética*.

—No me vengas á mí con terminachos. Yo no sé más sino que no te conviene estar ocioso. Tu mamá te conocía bien cuando te recomendaba que escribieras la *Historia del Papado*, y aun creía la pobre que la estabas escribiendo. Yo soñé noches pasadas que habías hecho una catedral tan magnífica, que las de Toledo y León parecían al lado de la tuya buñuelos de piedra... Y otra noche pensé, esto no fué sueño, que si llegas á dedicarte á la estatuaria, habrías hecho maravillas... De todo entiendes, y sobre cada cosa discurre con tanto tino que se queda una tonta oyéndote... Más de una vez te dije que has sido muy desgraciado, Pepe, porque primero quisieron hacerte clérigo y te mandaron á Roma, donde no te encaminaron por el lado del arte, sino por el de desempolvar bibliotecas; luego viniste aquí, te dieron un

empleo; nadie se cuidó de ver para qué servías; te lanzaste al mundo; te hiciste señorito elegante; y por fin, sin que lucharas por la vida, ni por el arte, ni por nada, te viste en buena posición y casado con una fea... ¡Ya lo creo que estarás enfermo, Pepe! Y has de ir de mal en peor como no busques ahora otro rumbo, y te ocupes en algo que sea boca de volcán por donde arrojes todo lo que tienes dentro del alma..”

Respondíle que cuanto me decía era exactísimo, menos que yo me hubiese casado con una fea, y quien así lo afirmara mentía bellacamente. Varió con rápido giro María Ignacia la conversación, diciéndome que su padre me esperaba ya para ir á la visita del Sr. Bravo Murillo. Vestíme de prisa y corriendo; á los veinte minutos ya estábamos en la calle suegro y yerno. Por el camino iba yo pensando en mi enfermedad, la cual, al paso por San Ginés, no me pareció radicalmente curada... ¿Podría creer al menos en una mejoría profunda y franca, precursora del perfecto equilibrio? La idea que al despertar de mi siesta me trajo conciencia luminosa de curación, había sufrido alguna mudanza, como el lento correr de una vela, y observándola me dije: “No era *efusión estética*, sino *efusión popular*..” Oyendo las campanudas majaderías que D. Feliciano me echó por el camino, tocantes al Principio de Autoridad y á las medidas que debían adoptarse contra el tremendo *virus*, me sentí otra vez dañado profundamente, y el sín-



toma denunciador de mi recaída no era otro que un vivo afán de que reventara mi suegro, ó de que un alzamiento de las turbas le hiciese total liquidación de vida y hacienda. En este morbosos anhelo mío no entraba para nada la idea de herencia: mi furor revolucionario contra el Sr. de Emparán era esencialmente desinteresado y justiciero...

Adelante. Antes de que yo tuviese el honor de conocer á D. Juan Bravo Murillo, me contó mi suegro que este grave señor se desayuna con media docena de chorizos crudos y medio cuartillo de Valdepeñas. Pensaba yo que quien con tan grosero y bárbaro comestraje se prepara el cuerpo para los trabajos matutinos, no podía ser una inteligencia sutil, de penetrantes destellos. Mas luego, viéndole, oyéndole y tratándole, reconocí en él cualidades de hombre entero, sesudo, tenaz, de viril discernimiento sin fantasía, que me reconciliaron con aquel hábito suyo de la ingestión de chorizos cuando los demás tomamos café ó chocolate. La persona de D. Juan no puede ser más extremeña: como político es compacto, duro, consistente; como orador, macizo, aplastante, pesado, de una claridad pasmosa en los asuntos de ley escrita. Al jurisperito le tengo por excelente, al político por uno de los más vulgares, hombre aferrado á ideas viejas, y hecho á las rutinas como á los embutidos de su país. La extremeña virtud de la voluntad le sirve para enranciarse más cada día, y es lástima que tal virtud se aplique á convertir en ac-

tos el pensar retrógrado y los sentimientos absolutistas. Menos austero de lo que parece, goza no obstante fama de honrado, y lo es. Ha podido ser millonario, y su fortuna, según dicen, no pasa de moderada, en el sentido general. No escandaliza con su lujo, y su vanidad se reduce á vestir bien: usa levitas de buen paño de Sedán bien cortadas, guantes amarillos, botas de charol, y fuma puros de á cuarta, del mejor habano. En sociedad es afable, muy distante de la zalamería; en la Administración todo lo severo que puede ser aquí un Ministro, tratante en favor y credenciales.

Encontramos la sala de D. Juan llena de gente, y á él recibiendo plácemes por su recobrada salud. Había tenido un ataquillo de *grippe*, la enfermedad que ahora está de moda, y restablecido ya, sus amigos políticos, sus clientes y una caterva de extremeños acudían á felicitarle. Diputados ví unos doce, y al poco rato, con los que en pos de mí llegaron, la cifra pasó de veinte. Allí estaba Cándido Necedal, que á mi parecer se pasa de listo, de fácil y seductora palabra, progresista el 40, el 44 moderado de la fracción Puritana, en la cual permanece; allí también Carriquiri, hombre rico y por lo tanto ameno, alegre y de afable trato; allí D. Cristóbal Campoy, auditor de Guerra en el ejército de D. Carlos, hoy moderado de los de peso, que andando se tambalea como un santo que llevan en procesión; allí Don Félix Martín, el diputado labrador, el *villa-*

*no de Illescas*, como suelen llamarle, alto, moreno, con gruesos anteojos, y un levitón que debiera ser de paño pardo para que el hombre estuviese más en carácter; allí Don Santiago Negrete, diputado por Llerena, corpulento, cetrino, de voz atronadora; allí los extremeños Ayala y Fernández Daza, éste de figura juvenil y semblante risueño; allí, en fin, D. Joaquín Compani, *el ingenuo del Congreso*, ó hablando en francés, *l'enfant terrible*, porque las verdades se le salen de la boca sin que pueda la discreción contenerlas, hombre de una franqueza sublime, orador altísimo y de voz cavernosa, que se ha hecho célebre por haber soltado la bomba de que sólo hay en España *dos elementos de gobierno: el cansancio de los pueblos y la empleomanía*. Naturalmente, tal afirmación fué terror y escándalo de los que viven dentro de la ficción y el convencionalismo; pero no se arredró *el ingenuo*, y sin pararse en pelillos hizo brava defensa de la empleomanía, y sostuvo que es *un hecho* contra el cual nada pueden los declamadores, porque escaseando en España los medios de vivir, hay que reconocer á los españoles el derecho al presupuesto.

Ofrecidos mis respetos á D. Juan, dejéle con D. Feliciano hablando del asunto contencioso, y pasé á saludar á mis amigos de la Cámara. Entró en seguida D. Joaquín Rodríguez Leal, diputado extremeño, independiente, progresista, amigo particular de Bravo Murillo, y tras él el Marqués de Torreor-

gaz, menguadito de talla, de buen humor, contento de la vida, como hombre adinerado. Este representante del país no deja transcurrir ninguna legislatura sin presentar y apoyar una proposición de ley declarando la absoluta incompatibilidad del cargo de diputado con los empleos, honores y obvenções. ¡Que si quieres! Es un soñador, el hombre de lo imposible, y D. Juan Bravo Murillo, según cuentan, ha sudado más de una vez la gota gorda contestando á tales utopias. Son amigos y paisanos, y no riñen más que en el Congreso. Llegaron luego otros extremeños desconocidos, dos de ellos con sus respectivas señoras, de la tierra de Hernán Cortés y Pizarro, y por fin hizo triunfal entrada el matrimonio Socobio, D. Saturno risueño, claudicante, envejecido, Eufrasia elegantísima, dominando desde el primer instante con su desenvoltura graciosa toda la reunión. No fueron pocas las alabanzas que D. Juan le tributó por su hermosura, y los piropos con que le rindió pleitesía como dueño de la casa y admirador respetuoso del bello sexo. Las extremeñas damas allí presentes, que aún vestían por la última moda de Badajoz, ó por las retrasadas de Madrid, no quitaban los ojos de la vestimenta y accesorios de la manchega, reparando todo lo que llevaba.

Iniciamos la conversación por el tema fácil de los insufribles calores y de lo bien que sienta un viajecito á la Granja en esta canicular estación, y D. Juan saca uno de sus

tópicos predilectos, que es *traer aguas á Madrid*. Asegura que el abastecernos de tan precioso *elemento de vida* se impone, cueste lo que costare, para que la capital de las Españas no sea un pueblo sediento y sucio. A renglón seguido se entabla una interesante porfía sobre la calidad de los cuatro viajes que surten esta capital, y se marcan bandos ó partidos, pues si el uno defiende el sabor del Bajo Abroñigal ó la Castellana, no falta quien pondere la delgadez del Abroñigal Alto y la Alcubilla. D. Juan, que ha estudiado detenidamente el asunto, nos dice que Madrid se despoblará si continúa bebiendo por la primitiva medición de reales, que se dividen en cuartillos y éstos en pajas. La pobreza de aguas de la Corte se evidencia con sólo decir que corren en ella, cuando corren, treinta y tres fuentes, en las cuales hay ochocientos y pico de agüadores que distribuyen en todo el vecindario trescientos treinta y siete reales de líquido potable. Pero D. Juan presentará á las Cortes un proyecto de ley para traer acá el Lozoya, sacándolo enterito de su lecho y derramándolo por nuestras calles, plazas, paseos y jardines. Oyeron esto los presentes como un cuento de hadas. La pintura que hizo Bravo Murillo de los espléndidos chorros de agua que su proyecto realizado habría de verter sobre Madrid, cautivó de tal modo al auditorio, que no sólo se nos refrescaban las imaginaciones, sino también los cuerpos.

## XXIII

Pero el marrullero y pesadísimo D. Saturno, que anda de algún tiempo acá medio trastornado con la manía del antiparlamentarismo, y consagra sus estrechas facultades y su holgado tiempo á proveerse de razones, datos y copiosas estadísticas que demuestren la inutilidad ó más bien el perjuicio de las llamadas Cortes, ora sean Constituyentes, ora Ordinarias, echó sobre el proyecto del Lozoya no diré un jarro de agua, sino cántaros de fuego, asegurando que de la Representación Nacional no puede salir traída de aguas ni de ninguna cosa buena, sino traída de barullo, confusión, corruptelas é inmoralidad.

“Y no lo tome á mala parte, D. Juan, que contra usted no voy, porque usted no ha inventado el Parlamentarismo, ni en él... las cosas claras... se encuentra muy á gusto, por más que lo calle, vamos, que no pueda decirlo... ¡Pero qué bien gobernaríamos sin Cortes, D. Juan, y qué derecho andaría todo el mundo!

— Eso habría que verlo...

— Muy pronto se dice; pero en la práctica...

— No está el mal en las Cortes, sino en el maldito Reglamento.



—Por mi parte que las supriman.,,

Estas y otras observaciones que como granizada caían sobre la opinión de D. Saturno, salieron de los grupos en que estaban Torreorgaz, Negrete, Compani, Campoy, D. Félix Martín y Carriquiri.

“Si me dejan meter baza, señores—indicó la moruna,—les diré que mi marido no condena el Parlamentarismo en principio...

— ¡Oh, sí! en principio, en principio y en fin. Es malo, malo *per se*—vociferó Socobio,—y en ningún caso puede ser bueno. No hagan ustedes caso de mi mujer, que está un poco tocada, y transige, transige con el mal, por aquella falsa teoría de que se puede consentir un mal relativo para evitar un mal absoluto.

—Bueno—prosiguió Eufrasia, sin hacer gran caso del orador:—reneguemos del Parlamentarismo en principio y en postre, pues todo lo que conocemos de él es ruín y corrompido... Se puede demostrar que las Cortes actuales no son más que un Régimen de comedia, porque los procuradores de los pueblos ó distritos no los representan más que en el nombre; todos salen elegidos por obra y gracia del Gobierno, que primero los trae y luego los paga... Señores, no hay que ofenderse... Cuando quieran se saca la cuenta parlamentaria, y se demuestra que de los trescientos y tantos señores que dicen *sí* y *no*, los más son funcionarios, y por tanto cobran... Todo es engañifa... No hay farsa más repugnante que ésta de las Cámaras...

—¡Señora, por Dios...!

—¡Señora... por decirlo usted, puede pasar... Pero...

—¡Señora...!

—¡Si nadie tiene por qué ofenderse! ¡Oído!

—exclamó D. Saturno, echándose mano al bolsillo de la levita. — Soy el litigante monomaniaco, y digo como él: “¿Hablaba usted de mi pleito? Aquí traigo los papeles.” Yo, señores, soy un hombre muy práctico, y de mucha paciencia. Soy un hombre, señores, que cuando digo una cosa la pruebo, y... aquí traigo los papeles. Llevo ya algunos meses recogiendo datos, y formando mi estadística... Voy siempre prevenido, señores. Papel canta. Contra la realidad, contra los números, no hay aquello de *tal y qué se yo*... Esto es indiscutible... Si el Sr. D. Juan me lo permite, y estos caballeros me honran con su atención, les leeré mi cuadro sinóptico..”

Sacó un doblado papelote, y mientras con solemne pausa lo desplegaba, su mujer dijo: “No es necesario leerlo. Hartos están de saber los señores del margen, que si se exceptúan tres ó cuatro próceres, como Berwick, Bedmar y Vistahermosa, media docena de propietarios ricos, y otra media de fabricantes, los cuales, entre paréntesis, vienen al Congreso engañados y para dar á *la reunión* algún viso de independencia; exceptuando esos poquitos, todos, todos cobran sueldo en una forma ó en otra.

—Señora, yo no sé lo que es un sueldo,—dijo respetuoso el *Villano de Illescas*.

—¡Sr. Martín, feliz garbanzo que no figura en esta olla!

—¿Y yo, señora?—preguntó risueño Rodríguez Leal, rico hacendado de Badajoz.

—Tampoco usted cobra... directamente; pero se le da su partija... no se ofenda... en empleitos para repartir en casa. Que levante el dedo el *independiente* que no lleva tras de sí una cáfila de primos, sobrinos ó cuñados, que piden y toman destino.

—Señora, ¿pero se ha de hilar tan delgado que...?

—Saturno — prosiguió la dama, — para que se convenzan de que el Congreso no es más que una legión asalariada, léeles tu estadística.

—Que la lea, que la lea.,

Y D. Juan Bravo Murillo se volvió para mí, que á su lado estaba, diciéndome risueño: “¿Para qué endilgarnos el mamotreto? *Peor es meneallo*.”

—En el trabajo que ha hecho mi marido con escrupuloso esmero y paciencia, se ve lo que todos cobran, y también... aunque sea mala comparación... el plato donde comen.,

Breve silencio. Entra pomposo y risueño en la sala D. Nicolás Hurtado, diputado por Zafra, el cual, después de saludar al señor Ministro, se encara con Eufrasia y le dice graciosamente: “Amiga mía, ya está usted con la cantinela de si comemos ó no comemos... Deje usted vivir á todo el mundo, criatura, que estando bien comidos, mejor podremos admirar y festejar á usted...”

—Gracias, D. Nicolás... Siéntese á mi lado, y vote conmigo.

—Sí lo haré. Ya sabe usted que no cobro.

—Así consta en el decreto de su nombramiento... No podía ser de otro modo para poder estar sujeto á reelección... Pero en nuestro delicioso país para todo tenemos trampa; y así, por bajo cuerda, mediante un solapado artificio, percibe usted...

—Veinticuatro mil reales como Oficial Primero en la Sección de lo Contencioso del Ministerio de Hacienda—dijo D. Saturno impávido.—Y no hay que asustarse, Nicolás, que aquí no nos ponemos colorados por estas cosas.

—Explicaré á ustedes..., rezongó el señor Hurtado, llevándose la mano á las gafas.

Por lo bajo le dijo la moruna no sé qué conceptos afables y donosos, que le redujeron á prudente mutismo, y siguió lo que podremos llamar información alimenticio-parlamentaria. El ingenuo Compani, *l'enfant terrible* del Congreso, afirmó que por sí no cobraba; pero que entre parentela y amigos tiene como unos treinta chupones sobre su conciencia, sin que por esto abomine del Parlamentarismo, porque la vida moderna requiere un nutrido presupuesto para dar de comer á los que carecen de bienes de fortuna, y no son hábiles para ninguna industria, ni aun siquiera para la de pescadores de caña.

“Allá voy, allá voy—dijo D. Saturno impaciente.—En mi Cuadro Sinóptico figuran

veintinueve sanguijuelas parlamentarias que chupan por Gobernación.

—Hombre, me parecen muchos para un solo Ministerio,—observó Carriquiri.

—Papeles hablan, y numeritos cantan—cantó Socobio.—Y si hay un guapo que se atreva á rectificarme lo que tengo escrito, aquí le espero... Adelante. Por Gracia y Justicia cobran treinta y dos padres de la patria, comprendidos jueces, oidores y empleados del Ministerio.

—No puede ser.

—Se le ha ido á usted la mano en la estadística, amigo D. Saturno.

—Pues yo aseguro que los de Gobernación me parecen pocos—afirmó la moruna.

—¿A que me pongo yo á contar y saco más?

-- ¡No por Dios!

—Verán... el Sr. D. Ricardo de Federico, *treinta mil* reales; el Sr. Fernández Espino, *treinta mil*; *cincuenta mil* el Sr. Gaya, director de la *Gaceta*; el Sr. D. José Juan Navarro, *cuarenta mil*; el Sr. Ruiz Cermeño, *cuarenta*...

—Basta.

—Collantes, *cincuenta mil*; D. Joaquín Cezar, *cuarenta*; Alvaro, Anduaga... Bueno, señores: me callo. Saturno, échanos los de Gracia y Justicia.

—Bastará decir que son treinta y dos.

—Se te ha olvidado agregar á D. Manuel Ortiz de Zúñiga, que ahora *se nutre*... por la Comisión de Códigos.

—No se olvida nada. Ahora van los de

Hacienda, que son ¡ay! veinticuatro, y con cada sueldazo que da miedo.

—Pero en esa lista estarán comprendidos los ex-ministros que disfrutaban su cesantía,—indicó el Sr. Campoi

—No están incluídos—replicó Socobio.—Esos componen otra serie de comilones. Constan también aquí los ex-ministros que no perciben cesantía, *rara avis*, los señores Mendizábal, Cantero...

—Ya que estoy en el uso de la palabra —dijo el ex-carlista Campoi,—prótesto de que se me haya metido entre los que manducan en Gobernación. Yo no cobro más que en el concepto de Jefe político cesante de Granada, á donde fui sacrificando mi salud, sacrificando mi tranquilidad, y sacrificando mis ideas. Si no tuviera que contender con una bella y distinguida señora, yo sostendría... Pero vale más que renuncie á la palabra y... He dicho.

—Sigamos. Adelante, D. Saturnino.

—En Instrucción Pública tenemos quince; en Guerra, veintidós; en Marina, ocho; en el Consejo Real... tantos como Consejeros... Señores, esto da grima. ¿Qué Parlamento es éste, ni qué Representación Nacional, ni qué niño muerto? Pues vean más: Empleados en Palacio, seis; en Estado, nueve.,

Nocedal, Carriquiri, Negrete y el mismo D. Juan sonreían entre burlones y melancólicos, como si juntamente vieran la extensión del mal y la imposibilidad de remediarlo. Las damas extremeñas, del antiguo tipo



de señoras, calladitas y vergonzosas, no hacían más que sonreír, abanicarse con pausado ritmo, y apoyar las exclamaciones de los más próximos con algún término de su cortísimo vocabulario social, con un *jenteramente!... ¡qué cosa!... ¡es muy extraño!...* Si antes admiraron y repararon el atavío de la bella manchega, cuando la oyeron despotricar con tan picante y hombruno desenfado, no volvían de su asombro, y la diputaban mujer de poco seso, contaminada de la chocarrería francesa.

Antes se trocarían en caudalosos ríos los viajes de Madrid, inundando las calles de la Villa y Corte; trocaríanse los aguadores en marineros y los coches en góndolas; antes el calor africano que sentíamos, en celliscas y hielos de Diciembre se convirtiera, que renunciar D. Saturno á la cumplida explicación de sus estadísticas ante cada uno de los grupos en particular, y luego persona por persona, mostrando las notas y comprobantes que sobre sí llevaba, y deteniéndose á convencer con mayor esfuerzo de razones á D. Juan Bravo Murillo, que oía, suspiraba, y moviendo la pesada cabeza decía que había que verlo, que una cosa es predicar y otra dar trigo... Opinaba lo mismo Emparán, fiel eco del eximio letrado y político, y detrás repetía lo propio el coro de Carriquiri, Campoi, Negrete y otros. Torreorgaz pretendía convencer á D. Nicolás Hurtado de que si cuajara su salvador proyecto de incompatibilidad absoluta, el Parlamento

sería lo que debe ser, y D. Nicolás Hurtado fruncía el entrecejo, acabando por afirmar que con Parlamento libre *iríamos á la Convención*, sí señor... *¡y á los horrores del 93!* El ingenuo Compani, á quien nadie hacía caso, explicaba á las señoras su plan de reglamentación de la empleomanía, y Noce-dal, siempre ferviente devoto de las mujeres graciosas y bonitas, se fué derecho á Eufra-sia diciendo que á Saturno se le había olvidado la estadística más interesante, la de los diputados maridos, la de los viudos con enredo, ó solteros en estado de merecer. Al lado de cada cifra de sueldo debe ponerse: “¿Quién es ella?”

—Cándido—replicó la moruna,—no tome usted á risa nuestro Cuadro Sinóptico, que es un monumento de sinceridad. Hay que decir las cosas claras, para que pueblo y reyes y hombres públicos abran los ojos y vean. Y no me diga usted que algunos pocos, muchos si se quiere, no figuran en nómina. Esos que parecen estar curados de empleomanía, padecen de otro mal mayor, lo que llama Sánchez Toca la *empleopesía*, ó furor de apañar destinos para fomentar la vagancia de provincias enteras. Hable usted de esto á los hidrópicos de credenciales, á los Mones y Pidales y Canga-Argüelles, á D. Fernando Muñoz, á los Collantes, á Sartorius, al mismo D. Juan, á Benavides, con ser puritano, y verá usted que el Régimen es una farsa, un engaña-bobos.

—Crea usted, señora, que yo no defiendo

el Régimen, ni lo creo perfecto; pero tal como es, con él hemos de seguir mientras no nos descubran otro mejor. Esos que no llamaré lunares, sino verrugas y lamparones que afean el bello rostro del Régimen, son inherentes á toda innovación, y se irán corrigiendo con el tiempo. Como decía D. Juan Nicasio, dentro de unos trescientos años se habra completado la educación del país, y las espinas de hoy serán entonces rosas y claveles. No todas las cosas del mundo son como la mujer, que en el principio fué bella, y bella y seductora es hoy... como la muestra.

—Gracias, Candidito.

—Pero la mujer es obra de Dios, mientras que el Parlamento es obra de los hombres: por eso es tan imperfecto...

—Pues suprimirlo.

—Mejor será corregirlo. ¿Cuánto mal no se ha dicho de las mujeres? Y buenas ó malas, tuertas ó derechas, sin ellas no podemos vivir. ¿Qué defecto ve usted en el Parlamento? ¿Que en él se habla demasiado?

—Eso no es defecto, porque yo... ya ve usted si hablo sin ton ni son, y digo mil disparates... ¿pero eso qué? Yo siempre estoy dentro de la legalidad. Soy quizás demasiado rigorista en mis actos, aunque en la palabra parezca un poquito casquivana.

—Usted no parece más que una belleza superior, y por eso tiene algún derecho á no ser tan rigorista... Así como hay bulas para difuntos, haylas para las mujeres que unen á la belleza el ingenio.

—¿Bula yo? No la quiero ni me hace falta. La bula es dispensa de algo, y yo, cumpliendo, como cumplo, mis deberes, no necesito...

—Quiero decir... ¿No sabe usted que el justo peca siete veces?

—Yo ni siete ni ninguna, Cándido; y por justa me tengo.,,

## XXIV

Desfilaban los visitantes; mas D. Saturno embistió al Ministro y á mi suegro con su salmodia de moscardón, sin darles respiro, de lo que me alegré mucho, porque así pudimos tener Eufrasia y yo algunos apartes, y comunicarnos las respectivas instrucciones y consignas. Muy contenta de que fuese yo á la Granja con mi familia, me dijo: "Allí no hay que pensar en tonterías. Virtud á todo trance, y edificación completa. Déjalo de mi cuidado, y verás qué bien me arreglo para que tú en tu terreno y yo en el mío edifiquemos con nuestra conducta intachable. Ya nos veremos allá, en el teatro, en los jardines, y hablaremos... pero poquito y con la mayor cautela. Hasta la Granja, Pepe... ¡Ay! ¿no ves? Mi Saturno se ceba en el pobre D. Juan y en D. Feliciano.,, En efecto: miré con disimulo las caras de las víctimas, y ví

que á D. Juan lo había volteado ya dos veces, recogiénolo para despedirlo de nuevo. Rogué á mi amiga que echase un capote, y así lo hizo, librando de la cogida feroz á tan respetables señores. Poco después de esto, marido y mujer salieron, y quedándonos solos con D. Juan mi suegro y yo, escuchamos las observaciones que el extremeño nos hizo acerca de la cosa pública. No ve claro... El verano, políticamente hablando, viene cargado de nubarrones. Los grupos disidentes de Benavides, González Brabo, Ríos Rosas, ayudados de Gonzalo Morón y Bermúdez de Castro, dan mucha guerra. La mayoría va sacando los pies de las alforjas, y no hay ya destinos con que amansarla y sostener en ella esa satisfacción interior que es el nervio y alma de todo ejército... Las actuales Cortes envejecen ya, y están minadas por las malas pasiones. Hay que traer nuevas Cortes el año próximo... ¿Pero quién puede hacer cálculos para un año más, en este país de lo imprevisto? Teme que las tempestades que se anunciaron no há mucho estallen ogaño... Los revolucionarios no desmayan; la sociedad, apenas curada de una fiebre, se inficiona de otra... Y esto ¿qué es? Es, á su juicio, que el pueblo español no quiere curarse de su principal defecto, la exageración.

Oyendo esto, mi suegro echaba lumbre por los ojos, señal de la conformidad de sus ideas con las que expresaba D. Juan. El cual, vanaglorioso como si acabara de descubrir un mundo, continuó así: "Sí, amigos

míos, la exageración es lo que nos pierde á los españoles. Aquí el religioso cree que no lo es si no le damos la Inquisición, y el filósofo no ha de parar hasta la impiedad y el descreimiento; el militar quiere guerras para su medro personal, y el civil revoluciones para desarmar al ejército; el negociante no está contento si no alcanza ganancias locas por la usura y el monopolio; el hombre público no piensa más que en acaparar toda la influencia, dejando á los contrarios en seco. En todo la exageración, el fanatismo... Si Dios quisiera hacer de España un gran pueblo, nos haría lo que no somos, sensatos... Pero búsqüenme en esta Nación la sensatez. ¿Dónde está? En ninguna parte. No veo sensatez en los partidos; no la veo en la Prensa; no hay sensatez en el Gobierno... no hay sensatez, digámoslo aquí en confianza, ni en la Familia Real... ¿Y cómo le decimos al pueblo bajo que sea sensato si los que andamos por las alturas no lo somos?... En fin, amigos míos, buenas tardes... Es un poco insensato tanto charlar... Ya saben que me tienen siempre á sus órdenes.,,

En la calle, oyendo repetir á Emparán la muletilla de la sensatez, con hipérboles harto empalagosas, me sentí repentinamente recaído en mi demagógica dolencia, y se me representó como el más gustoso espectáculo la ejecución de mi suegro, en garrote vil, haciendo artístico juego con D. Juan, en dos lados del mismo patíbulo, y ambos echando un palmo de lengua con muchísi-



ma sensatez... En casa, el mal me acometió con mayor furia, y del exterminio general no exceptuaba yo más que á mi cara esposa y á mi hijo. Como no quería salir de Madrid sin despedirme de Narváez, á quien debo tantas atenciones, me fuí á la Presidencia: no estaba. Dejé recado á Bodega; volví más de una vez, y al fin, á media noche, antes de retirarse al descanso, el General me hizo la distinción de recibirme á mí solo, entre tantos postulantes de audiencia, y tuve el gusto de platicar con él, viéndole en zapatillas, sin peluca, con holgado traje de *nankín*.

“Yo también iré á la Granja—me dijo,—pero lo menos posible... Allí no va uno más que á ver cosas desagradables... Hay que decir á todo *amén*, repudiéndose uno por dentro. Esta vida de Gobierno es muy perra. Aquí el gobernante está siempre vendido, porque cuando no hay revoluciones hay intrigas, y éstas salen de donde menos debieran salir; cuando no le atacan á uno de frente ó por el costado, le minan el terreno... Aquí se detuvo, creyendo sin duda que había dicho demasiado. Parecióme que se esforzaba en desechar tristezas, y que buscaba temas susceptibles de charla jovial. De pronto me sorprendió con esta familiar salida: “Bien, *pollo*, bien. ¿Sabe usted que ahora me dan ganas de volver á llamarle *pollo*?... No sé si es porque le veo más joven, ó me siento yo más viejo... Antes que se me olvide: lo que me dijo usted hace días se ha

confirmado plenamente. Ya no conspiran en casa de Emparán, ni tampoco en las de Sobobio. Toda esa gente arrimada á la cola es muy cuca: no quieré comprometerse. ¿Sabe usted dónde se reúnen ahora los zorros? En la Escuela Pía de San Antón. Creen que cuando toquen á escurrir el bulto los salvará el lugar sagrado. No me conocen. La suerte de ellos es que ya no les hago caso. Sí, hijo: me les he metido en el bolsillo. Nada temo por ese lado. En Aranjuez hablé con Su Majestad... Ella, naturalmente, me dió la razón, y con la razón la seguridad de que no tendremos un disgusto. La Reina es un ángel; pero... no está averiguado que los ángeles sirvan para ceñir la corona en una Monarquía constitucional... Pero en fin, es buena, y como ella pueda hacer el bien, crea usted que lo hace... No falta sino que pueda hacerlo, que la dejen... que no se atravesase alguna influencia mala... y vaya usted á responder de que no habrá malas influencias en ese maldito Palacio donde entra y sale todo el que quiere... En fin, de esto no puedo decirle á usted más.,

Charlamos un poco de política, expresé mi recelo de que no pudiera gobernar más tiempo con las actuales Cortes, y él, expansivo y desdeñoso, me contestó que con éstas y con otras es muy difícil el gobierno... Le informé de la Estadística de D. Saturno, y no le pareció mal; que las verdades suelen decir las los niños y los tontos. De lo que hablamos deduje su desprecio del Parlamento,

mecanismo que hacía funcionar sin conocer bien su objeto, pues los que lo pusieron en sus manos no le habían demostrado para qué servía, y los que hoy le ayudan á moverlo no están de ello muy bien enterados. ¡El Parlamento! Funcionando por sí, no permitiría gobernar; funcionando á fuerza de mercedes, no sirve para nada. Tal como tenemos hoy el Régimen, no es otra cosa que el absolutismo adornado de guirindolas liberales... Así lo manifesté al General, correspondiendo á la franqueza que me daba y pedía; y él, después de una pausa en que su mente parecía perderse en penosas vacilaciones, me dijo: “Yo quiero poner muy alto el Principio de autoridad, porque sin eso, ya usted lo ve, no hay país posible; pero al propio tiempo quiero ser liberal, muy liberal, más liberal que nadie.”

Iba yo á contestarle, viendo clara una gallardísima respuesta; pero á las primeras palabras se me fué el santo al cielo; se evaporaron mis ideas y me llené de confusión. Yo no sabía cómo puede un gobernante ser liberal, muy liberal; yo ignoraba lo que es Libertad... “¿Pero qué es Libertad, mi General?—le pregunté por disimular mi turbación. Y él me respondió: “Pues Libertad... Ello es, es... Yo lo siento, pero la definición no me sale, no doy con ella. Dígame usted ahora qué entiende por Principio de autoridad,”... “¡Ah!—repliqué yo más confuso á cada instante.—Principio de autoridad es pura y simplemente el aforismo de

*quien manda manda...* Ahora el por qué del mando, el origen de la autoridad, yo no lo veo claro. Usted recibe la facultad de mandarnos á todos; la Reina, que hoy le da á usted el bastón, ya sea garrote ó junquillo, mañana se lo quita. ¿Por qué?... ¿Porque el Espíritu Santo inspira á los Reyes? No: no creamos eso. ¿Es la Soberana la suma sabiduría, como dicen los Mensajes á la Corona? No. A Su Majestad no la inspira el Espíritu Santo, sino la opinión, que puede equivocarse. Y esa opinión ¿cómo llega á Su Majestad? Puede llegar por boca de leales consejeros; pero puede llegar, y llega también, por boca de una monja histérica, ó de un fraile, ó de un criado de Palacio. En fin, que la autoridad viene... del aire, como la salud y las enfermedades, y usted es un continuo enfermo que está esperando siempre que un soplo lo mate ó que otro lo resucite.

—*Pollo*, no se guasee usted conmigo— me dijo Narváez nada colérico, antes bien inclinado á las bromas.—Quedamos en que usted sabe menos que yo del Principio de autoridad, y de quien lo trae y lo lleva. Bueno: explíqueme ahora en qué consiste la Libertad... porque yo soy liberal, quiero serlo.

—Quiere serlo... adora la Libertad. Yo también amo algo que no poseo... que ni siquiera sé dónde está. Precisamente eso nos distingue de los tontos á usted y á mí, General: que amamos lo que no entendemos.

—Con muchísimo salero se está burlando de mí este ángel. Y digo que se burla, por-

que... me habían asegurado que tiene usted mucho talento; que desde su más tierna infancia no hizo más que tragar libros y librotitos, y que en Roma todas las bibliotecas eran pocas para usted. Eso me habían dicho y lo creí; pero ahora, á los que me trajeron la copla del niño Beramendi, ó Fajardo, tengo que decirles que me devuelvan el dinero .. porque resulta que usted sabe de estas cosas lo mismo que yo, total, nada; que en usted, como en mí, todo es un sentimiento, un deseo, una soñación y nada más. ¿Bastará con eso? Porque, oiga *pollo*, aquí en confianza: yo he sondeado á Sartorius, á Bravo Murillo, á todas las eminencias del *moderantismo*, para que me expliquen bien esto de la Libertad y de la Autoridad y del Régimen, y la verdad, *camará*, no me han sacado de mis dudas. Dígame: en estas cosas ¿habrá que decir lo de aquel sabio: *sólo sé que no sé nada*?

--Sí, mi General, al menos por lo que á mí toca. Cierto que yo almacené infinidad de textos en mi caletre; pero aunque algo conservo de aquel fárrago, no me sirve para responder á su pregunta. El punto que me consulta es de acción, y yo en cosas de acción estoy poco fuerte. Todos los problemas de la vida me los han dado resueltos. Hablando en plata, soy un hombre de inspiración que no tiene arte en que ejercitarla. Usted me lleva á mí gran ventaja, porque tiene inspiración y arte, el arte de Gobierno.

—Y según eso, yo debo dejarme llevar de

la inspiración, ó hablando en oro, hacer mi santa voluntad.

—La santa voluntad de un hombre de gran entendimiento, como el que me escucha, no puede ser otra que salvar al país de un cataclismo... Si me lo permite, General, me atreveré á preguntarle...

—Atrévase: ya ve que soy muy llano. Me ha cogido en *la hora del pavo*.

—¿Cree usted, como Bravo Murillo, que esto se va poniendo mal, que por debilidades de todos, la política ¿cómo diré...? fundamental, lleva una dirección torcida?

—Sí señor, así lo creo.

—Y esta dirección torcida de la política fundamental ¿quién puede enmendarla, estableciendo la dirección derecha?

—Sólo hay en España un hombre capaz de hacer eso.

—¿Quién es? ¿se puede saber?

—O ese hombre no existe, ó es Narváez.

—Pues conociendo usted, mi General, mejor que nadie, la torcedura de que hablo, ¡ánimo y á ello!,,

Se levantó como por un resorte, y se lanzó á dar paseos por la estancia marcando enérgicamente el paso militar. Luego se paró ante mí, y tomando la actitud de gallo insolente, provocativo, de indómito coraje, me dijo: “¡Carape, Pepito, que me está usted buscando el genio!. ¿Se atreve á dudar que puedo...?”

—¡A ello, mi General!

—¿Va usted pronto á la Granja?



—Mañana, si no me manda otra cosa.

—¿Conoce usted de cerca la Corte? ¿No? Pues es preciso que la conozca—dijo reanudando el paseo casi á paso de carga. — Dígame, *niño del mérito*: ¿no le convendría ser Gentilhombre de Su Majestad?

— Soy harto subversivo para servir en Palacio.

—Vamos, como yo. Tampoco serviría en la Corte por nada de este mundo. Primero sería sereno del barrio, salvaguardia, rebuscador de colillas. Veo que somos igualmente demagogos, ó demócratas, hablando en oro con diamantes... Oiga usted, *joven* (nueva parada brusca ante mí con tiesura de gallo): yo haré que le presenten á la Reina... ¡Verá usted qué agradable, qué simpática!... ¡Oh, si con un gran corazón se gobernara...!

—Accedo á la presentación... Y al Rey ¿por qué no? Deseo conocerle.

—Muy agradable también... á primera vista, muy inteligente... Le cautivará á usted. Pero... ya sabe que ese buen señor y yo andamos algo esquinados. Por hoy, no puedo decirle á usted más... Pues bien: conocerá usted la Corte de cerca, la verá por dentro y por debajo, y cuando haya leído ese libro al derecho y al revés, convendrá conmigo en que dentro de lo humano no hay nada más difícil que...

—¿Que qué?

—Basta. Pasemos á otro asunto—dijo con rápido giro del pensamiento, volviendo á sentarse junto á mí.—Ahora me contestará

el simpático Beramendi á una pregunta un poquito escabrosa... Ya comprenderá que este cura no se asusta de nada.

—Ni yo.

—Lo que hablemos no sale de aquí.,

Reiterada mi disposición á la confianza, me interrogó respecto á Eufrasia. ¿Insistía yo en negar mis amorosas relaciones con ella? ¿Desde mi última negativa no habían ocurrido novedades que...? No le dejé concluir. A un hombre que con tanta llanza me trataba, no podía yo negarle la verdad. Apenas se la dí, me permití agregar: "General, aprovecho este momento de espontaneidad para pedir á usted un favor, una merced... No es para mí...

—Ya lo adivino: me pide usted el título de Castilla para esa ave fría de Socobio. Bueno, *pollo*. Yo hablaré con la Reina y con Arrazola, y cuando volvamos á Madrid se hará... La razón de haber detenido ese asunto es que... vamos; bastaba que fuera recomendación de D. Francisco para que yo le diera carpetazo. Pero ahora, hijo mío, mediando usted... las cosas varían...

—En este caso, señor Duque, más que en otro alguno, le conviene á usted ser generoso.

—Y ya que hablamos de ese diablo de mujer—me dijo sonriendo con picardía,—de confianza en confianza llegaré hasta preguntarle á usted si es celoso.

—No, mi General; no tengo ese defecto.

—Vamos, que es usted de una pasta an-

gelical. Tendrá usted otro enredo que le interese más. Bien, *pollo*. El mundo es de los *pollos*.

—¿Y por qué me hace usted, mi General, esa pregunta de los celos? ¿Puedo saberlo?„

Bien porque de improviso terminase la *hora del pavo*; bien porque calculadamente quisiera mostrarme el lado áspero de su carácter, ello es que le ví cambiar de fisonomía y de tono. El bueno y jovial amigo se retiraba dejando el puesto al hombre autoritario y de inseguro genio. “*Camará* —me dijo acudiendo á coger despachos y cartas que le traía Bodega,—no tarde usted en irse á la Granja... Es la una... Descansar... Le conviene conocer de cerca la Corte... Será usted presentado á la Reina... Vaya, con Dios.,„

## XXV

**San Ildefonso, Agosto.** — El General Gobernador del Real Sitio, permitiéndome escribir estas páginas en su oficina de la Casa de Canónigos, ha venido á ser el Mecenas de mis Confesiones, y á su graciosa protección deberá la Posteridad el conocimiento de mis singulares aventuras ó desventuras (que de todo hay) en esta veraniega Corte de las Españas; y sabrá lo que he pensado y visto, extrañas ideas, excelsas personas.

Sean las primeras líneas de esta crónica para consignar que mi hijo continúa famoso vividor y mamón impertérrito, anunciando con su precoz robustez los grandes arrestos de una existencia fuerte y emprendedora. Su madre goza de perfecta salud; come con apetito, y se recrea en observar cómo se nutre y vigoriza; no pierde ocasión de hacerme notar la dureza de sus carnes y el apretado tejido de sus músculos, diciéndome mientras yo apruebo y admiro: “¿Te parece, Pepillo, que estoy bien dispuesta para mi oficio de madre? Ya sabes que mi gloria es tener muchos hijos y poder criarlos gordos y sanos, y educarlos después para que sean hombres de mérito, ó mujeres de su casa. Es mi ambición y no tengo otra. Ahora, tú verás...”, No necesito decir cuánto me agradan estos proyectos de hacerme patriarca, y por mi parte estoy decidido á no poner limitación á la numerosa tribu que mi esposa me anuncia. Aumenta mi gozo el ver que María Ignacia no vigila mis actos, cual si no dudase de mi honradez conyugal, ó se viese plenamente compensada de cualquier disgusto con las garantías de no interrumpir la serie prolífica que ambiciona. Sin duda se dice: “Dame hijos y llámame tonta...”, Pero yo me guardo muy bien de llamarla tonta. Su inteligencia es cada día más alta, y quizás por tanta elevación y sutileza, ha dejado de estar á mi alcance. Pido á Dios que mi hijo se parezca más á mi mujer que á mí.

Pues señor... á los cuatro días justos de

mi estancia en este Real Sitio fuí presentado al Rey, á la salida de la Colegiata, por el Marqués de Malpica. No hubo en la presentación más que los cumplimientos de ritual; pero dentro de ellos supo D. Francisco mostrarme excepcional afabilidad, seguro indicio de que mi persona no le era desconocida. Al siguiente día recibí la visita del Gentilhombre, D. Juan Quiroga, quien me señaló hora para tener el honor de ser recibido por Su Majestad. A fin de que esto vaya con el mejor método, debo empezar por dar conocimiento del Gentilhombre, hermano de la religiosa francisca Sor María de los Dolores Rafaela Patrocinio, comunmente nombrada *Sor Patrocinio*, quien con la celebridad que adquiriendo va, paréceme que llegará al futuro siglo antes que estas páginas en que por primera vez escribo su nombre. No la he visto nunca; tan sólo sé de ella lo que la fama con el resonar de estupendos milagros nos cuenta un día y otro; por lo cual no es ocasión todavía de que á mis Memorias la traiga, como hago ahora con su hermano, á quien tuve por persona noble, juzgándole por su apostura, tono y modales.

No se compadece la nobleza del aspecto con el origen y crianza del Sr. Quiroga, de quien se cuenta que tuvo niñez mísera y juventud harto trabajosa, pues el hombre se formó y educó en un modestísimo establecimiento de bebidas del Paseo de la Virgen del Puerto, donde, para estímulo del despacho, había el pasatiempo de juegos de envi-

te, como el cané y el famoso de las tres cartas para descubrir el as de oros; y tan buena organización tuvo la casa, según dicen, en este enredillo, que los viandantes salían de allí muy ligeros de todo lo que llevaban. Pues ved de qué bajas capas ha salido este hombre, y admirad conmigo que haya sabido disimular y poner en olvido su ruín escuela, tomando aspecto, lenguaje y modos tan finos que ello parece milagro. Sin duda lo es, si no de la virtud, de la ambición, anímica y social fuerza capaz no sólo de mover las montañas, sino de purificar las charcas cenagosas, y hacer de un Rinconete un Don Quijote. Este ha dado quince y raya, por la trayectoria de su transformación, á los Godoyes y Muñozes, y si bien se eleva mucho menos, es su mérito mayor, porque se ha elevado de más bajo. Y hay más: si de los milagros de su bendita hermana dudan los incrédulos, y aun algunos teólogos, de los de éste nadie puede decir lo mismo. En fin, que el hombre me agradó mucho, y sin esfuerzo le ofrecí mi amistad á cambio de la suya.

Pero si grato fué el emisario del Rey Francisco, mayor encanto tuvo éste para mí, contribuyendo no poco á mi satisfacción la sorpresa, porque me habían hecho formar del esposo de Isabel idea muy distante y muy distinta de la realidad. Juzgando por los pareceres del vulgo, que se forman sabe Dios cómo, creía yo encontrarme con un señor desabrido y chillón, de escasa cultura, ideas



pobres y encogidas maneras, y no le ví conforme al anticipado retrato, al menos en lo esencial, pues si bien no suena su voz con el timbre más robusto, en finura de trato, extensión de conocimientos comunes para poder hablar superficialmente con todo el mundo, y arte Real de desplegar toda la amabilidad compatible con la etiqueta, creo que no hay en la familia quien pueda superarle. Me agradó la pureza de su pronunciación castellana; de rostro le encontré demasiado bonito, con perjuicio de la gravedad varonil; de cuerpo algo menguado en la mitad inferior. A la conciencia de estos defectillos atribuyo la timidez que en él he creído advertir: la vencerá cuando en la conciencia de su posición se afirme. ¡Cuidado que está fuerte el hombre en literatura italiana! Tengo por cierto que hubo de prepararse para mi visita, la cual creyó que debía constar de dos materias principales: mi manuscrito de Roma, que ha leído, y algo de literatura y artes de aquella tierra. Juicios muy atinados, del patrón selecto, le oí sobre pintura y escultura, sobre los Médicis, sobre León X y Julio II; y españolizando su erudición me habló del Marqués de Pescara y Victoria Colonna, de la Campaña del Garellano, del grande Osuna, del pintor Ribera, y de otros asuntos y personas en que los nombres de Italia y España suenan juntos en dulce armonía. De la presente expedición en auxilio del Pontífice... se calló muy buenas cosas...

Y por fin le tocó la vez al manuscrito de mis romanas aventuras. Yo, francamente, quizás por haber transcurrido tanto tiempo desde que perdí mis papeles, no me ruboricé oyendo elogiar aquella joya. Si no tuviera la mejor idea de la discreción de Su Majestad, habría podido creer que se burlaba de mí. Entre col y col no dejó de tirarme alguna china, siempre con bastante delicadeza, por la malicia y poca vergüenza que revelo en algunos pasajes de mi autobiografía... Hasta aquí, fuera de lo hiperbólico de las alabanzas y de lo atenuado de las censuras, no había nada de particular. Lo extraordinario, lo que suscitó en mí tanta sorpresa como admiración, por el poder adivinatorio que en D. Francisco revelaba, fué que me hablase de la continuación de mis Memorias, escrita en Madrid en Febrero y Marzo del año anterior, parte que no se me ha perdido, y bien guardada está en mi poder, y yo bien seguro de que por nadie ha sido leída.

“Será interesante, en esa Segunda Parte —me dijo sonriendo con aires de agudeza,— aquel pasaje del baile de Villahermosa, en que se le aparece bajo el disfraz de una *cio-ciara* la propia Barberina, y le embroma á usted de lo lindo diciéndole que es gallega criada en Tordehumos. Principia usted creyendo que es Barberina, y luego ve en la máscara una dama incógnita que le ha robado su manuscrito y quiere divertirse un rato á costa del autor... Es graciosísimo, con-

venga usted en que es saludísimo. La falsa italiana se divirtió todo lo que quiso, y luego se le escapó á usted metiéndose en un coche con sus criadas...

—Señor—respondí con todo el descaro del mundo,—si Vuestra Majestad conoce esa parte de mi historia, la habrá leído en el manuscrito de la máscara, no en el mío.

—Yo no digo que lo haya leído, señor Marqués; digo que será interesante escrito por usted... La escena de Villahermosa se hizo pública. ¿Cómo? Lo ignoro. Lo que sí sé es que la primera lectora de su manuscrito de Italia fué una ilustrada monjita... A propósito, Marqués, puedo dar á usted una noticia que seguramente le será muy grata... Su señora hermana, Sor Catalina de los Desposorios, á quien usted no ha visto desde el año pasado, volverá este otoño al lado de las religiosas de la Concepción Francisca, que están ahora en el convento de Jesús..”

Siguiéndole, pues así me lo ordenaba la cortesía, en el repentino quiebro que dió á la conversación, hube de mostrarme muy gozoso de que mi hermana volviese á Madrid, de que se juntara prontito con las otras monjas franciscanas y milagreras, no sé si descalzas, calzadas ó por calzar. El bondadoso Príncipe quiso halagarme en el orgullo de linaje, tributando á mi señora hermana elogios que sin duda merecía, y que yo escuché con bien acentuadas muestras de gratitud. “Es Sor Catalina de los Desposorios

— dijo D. Francisco gravemente, marcando con la cabeza cada palabra encomiástica,— una religiosa eminentísima, por sus virtudes, por su talento, verdadera gloria de la Orden Franciscana; y yo creo que si no fuese tan modesta, luciría más, mucho más... Pero si con la modestia de Sor Catalina, insigne escritora que no quiere escribir, pierde mucho la Orden, con la misma virtud gana mucho ella en su alma, y... váyase lo uno por lo otro.,

No sabiendo cómo corresponder á estos encomios, declaré que el alma es lo primero; glosé con afectados conceptos la idea excelsa que el Rey tiene de mi hermana, y sospechando que la visita pasaba de las dimensiones convenientes, pedí la venia para retirarme. El Rey no me retuvo, y saludándome afectuoso, después de poner en mi mano el manuscrito, me dijo: “Isabel también lo ha leído, y desea conocer á usted.” Respondí que ansío ofrecer mis respetos á la Reina: sólo aguardo que se me conceda la audiencia solicitada... Cortesías, un sonreír ceremonioso, y afuera, Pepe... La verdad, no salí descontento, con mejor opinión de la Majestad Consorte que la que al entrar llevaba, y con mis recobrados papeles bajo el brazo. Milagro me parece que haya vuelto á mí lo que Sofía sigilosamente me sustrajo, ahora restituído á su dueño por este discreto y piadoso varón.

Sigo mi cuento. En la Granja he podido añadir á mis buenas relaciones de Madrid

otras muy agradables. Cuento entre mis amistades, *pollos*, hombres maduros de ambas aristocracias, y damas y señoritas ó *pollas* de la más alta distinción. Los amigos que más trato son Pepe Ruiz de Arana, Enrique Galve (Alba) y Juanito Arcicollar (Santa Cruz). Los corros que en los jardines se forman son las más risueñas tertulias que cabe imaginar, encanto de los ojos y del oído, cual si los arriates de flores se animaran, cobrando el don de mirada y el don de pailique, entre los murmullos y risotadas del agua de las fuentes mitológicas. Allí se juntan, formando lindos grupos de matronas y ninfas, la Marquesa de Santa Cruz, las Duquesas de Gor y de San Carlos, la Princesa de Anglona, y entre ellas, diseminadas por su propia ligereza versátil, Carmen, Pepa, Luisa, Encarnación, Rosario, Jacoba, Cristina, Joaquina y otras, retoños lindísimos de las casas de Malpica, Gor, Santiago, Santa Cruz, que pronto formarán nuevas ramas frondosas del árbol de la Grandeza... En rancho aparte se reúne la aristocracia nueva, producto de la riqueza, de la audacia mercantil ó de la usura; mas no veo un extremado prurito de separación entre estos dos firmamentos sociales que pretenden destacarse sobre el vulgo. Hay tangencias y aun inmersiones de unas masas en otras. Yo mismo entro y salgo de esfera en esfera, y llevo y traigo ideas de aquí para allá, confundiendo, hibridizando las clases. Mi amiga Eufrasia ha compuesto hábilmente su círculo,

atrayendo á no pocos ancianos y *pollos* de ilustre nombre, mientras D. Saturno, infatigable en su proselitismo antiliberal y antiparlamentario, se infiltra en los corros aristocráticos, y busca y halla catecúmenas para su iglesia entre las matronas de Malpica ó de Santa Coloma.

Paso ratos entretenidos en estas tertulias *au grand air*, bajo los olmos y tilos de los incomparables jardines. Pero no puedo arrastrar á mi mujer á que participe de mi distracción; ha tomado el hábito y el gusto del vivir obscuro y retraído, y no hay quien la saque de su estuche, ó del capullo que ha labrado con las atenciones del niño y su propia timidez. A mis instancias para que no se retraiga en absoluto de la vida social, responde que no le hacen falta corros, ni le interesa saber cómo se viste Fulanita ó se peina Doña Mengana: de lo que en los jardines se hable y se murmure se enterará *cualdo yo se lo cuente*. D. Feliciano y su esposa sí frecuentan la sociedad jardinesca, arrimándose á la gente de sangre azul, entre la cual tienen no poca simpatía por la noble ranciedad de sus caracteres. A excepción de Doña Josefa, inseparable de María Ignacia en sus caseras afecciones y menesteres, las damas maduras se han quedado en Madrid á las inmediatas órdenes de Genara Baraona, consagradas al visiteo de monjas, vestidero de imágenes, y al trajín de hermandades caritativas ó de pura devoción santurrónica.



Tenemos en el teatro compañía modesta de ópera; en la Colegiata funciones religiosas de gran lucimiento. Pero las más divertidas fiestas de la jornada son las cacerías en Riofrío, paseos á Balsain, en coche ó á caballo, y las excursiones borricales á la Boca del Asno, Chorro Grande, Silla del Rey, y otros agrestes y pintorescos lugares. En el descanso y merienda de una de estas caminatas fuí presentado á Su Majestad, que me agració con amables atenciones, riñéndome blandamente por no haber ido á visitarla. Excuséme como pude, y aunque la culpa no era mía, sino de ella, culpable me declaré, y prometí enmendar pronto mi descuido. No he visto mujer más atractiva que Isabel II, ni que posea más finas redes para cautivar los ánimos. Pienso que una gran parte de sus encantos los debe á la conciencia de su posición, al libre uso de la palabra para anticipar su pensamiento al de los demás, lo que ayuda ciertamente á la adquisición de majestad ó aire soberano. Pero no hay duda que ella ha sabido crearse una realeza suya, en perfecta armonía con sus azules ojos picarescos y con su nariz respingada, realeza que toca por un extremo con la dignidad atávica, y por otro con no sé qué desgaire plebeyo, todo gracejo y donosura. Es la síntesis del españolismo, y el producto de las más brillantes épocas históricas. Manos diferentes han contribuído á formar esta interesante majestad. No es difícil ver en tal obra la mano de Fernan-

do III, de Felipe IV, quizás la de otros reyes y princesas de la sucesiva y cruzada serie, manos austriacas y borbónicas, y si hay manos de poetas castizos, digamos que la última pasada se la dió D. Ramón de la Cruz.

Fué tan extraño, tan inaudito lo que me pasó en las entrevistas ó audiencias que se ha dignado concederme la Reina, que para contarlo con el debido respeto de la Historia general y de la de mi vida, necesito tomar resuello, y preparar bien mi espíritu para que no me falte la sinceridad, ni el adecuado lenguaje de esta virtud.

## XXVI

La tarde de la merienda, á la vuelta de la Boca del Asno, Su Majestad, pasado un rato después de los saludos de ceremonia, y cuando yo pensé que no se acordaba ni del santo de mi nombre, se volvió de repente á mí y me dijo: “Pero tú, Beramendi, que tan bien sabes escribir las *cosas que pasan...* y con tanta naturalidad, que parece que las estamos viendo, ¿por qué no escribes esto que ahora ocurre con *la* Lola Montes?„ Por aquellos días traían los periódicos el proceso que á nuestra célebre compatriota le formaban por bigamia. Afortunadamente, yo había leído el caso, y pude contestar á Su

Majestad con dominio del asunto. “Señora, para escribir eso—le dije,—necesitaría conocerlo por mí mismo, y esto no es fácil; la propia Montes no habría de contarme toda la verdad...,” “Pues yo declaro—añadió la Reina,—que me ha hecho gracia el desahogo de esa mujer para casarse con el teniente Heald, estando casada con otro. Vamos, que daría yo cualquier cosa por oír lo que dice el teniente, que, según cuentan, es una criatura... ¡Y qué monísimo estará llorando por su Lolita, que el otro le reclama! Lo que es mujer de talento, vaya si lo es. ¿Y qué me dices de la que le armó al Rey de Baviera? Ello será una barbaridad; pero á mí me agrada, no puedo remediarlo, que sea española la que ha hecho tantas diabluras... Anímate, anímate á escribirlo, y desde ahora te aseguro que si lo imprimes lo leeré con muchísimo gusto...,” Respondí que si la señora tenía gran empeño en que tal historia escribiese, la obedecería; pero que yo, no sé si por mi suerte ó mi desgracia, no me dedico á las letras, ni paso de un simple aficionado sin pretensiones. Díjome Su Majestad que no fuera tan modesto, y ya no se habló más del asunto, porque quien variaba la conversación á su antojo, picando aquí y allá, se puso á bromear con la Marquesa de Sevilla la Nueva sobre la mayor ó menor gallardía de los buches en que cabalgaban los señorones de su cortesano acompañamiento. La verdad, no estaba yo satisfecho de aquella mi primera conversación con Isa-

bel II, porque si su idea fué plantear un tema literario, no había estado muy atinada en la elección, y además, yo no había sabido darle un airoso giro.

Sigo contando. Llegó el deseado instante de ser recibido por Su Majestad, y al referir la audiencia, tengo que condolerme otra vez de mi mala suerte, porque si desgraciado fuí en la presentación, al aire libre, peor anduve en la visita entre paredes, llegando al extremo de turbarme y no saber qué decir. Pues señor: hice mi antesalita, no muy larga, y cuando el Gentilhombre me condujo hasta la puerta de la cámara, iba yo un tanto perplejo y sobresaltado. La Reina estaba en pie. Junto á la mesa central hojeaba un álbum que me pareció de paisajes de Italia. A mi reverencia correspondió con una sonrisa, dejando con desdén el álbum; sentóse, señalándome una silla frontera, y me miró. Creí que su mirada medía mi talla, y que sus ojos penetraban en los míos. Vestía un traje blanco con motitas, muy ligero y elegante. Advertí sus formas llenas, redondas, contenidas dentro de la más perfecta esbeltez. “¿Qué te parece—me dijo,—la vida en el Real Sitio? ¿Verdad que es un poco triste?... ¿Sabes que han venido á invitarme para que vaya á Madrid á ver una lucha de fieras? ¿La has visto tú?,” Contestéle que todo se reduce á echar á pelear un toro con un tigre, y á poner un rinoceronte gordo delante de un león flaco. Opinaba yo que Su Majestad no se divertiría mucho en este

ejercicio. “No sé si determinarme á ir á ver eso—prosiguió en un tonillo de dubitación tediosa.—Mamá y el Rey quieren ir... Ya les he dicho que vayan ellos... ¿Y tú estás contento aquí?... Lo dudo: ¡en Madrid os divertís tanto los jóvenes! Madrid es muy bonito, y á mí me gusta mucho. ¡Qué poco vale la ópera que acá tenemos! Anoche fuí á oír el *Macbeth*, y francamente, me indigné viendo la facha con que entran los espectros de Banquo y Duncan en el banquete. Yo recordaba los gigantones del Corpus... Y luego, *lady Macbeth* con su ronquera en el brindis y los tambaleos que hace para soltar la voz, me parecía que brindaba con Peleón... Aquí es gran tontería traer espectáculos... Paseos, excursiones, cacerías, son lo más propio... Y las cacerías no creas que me hacen á mí mucha gracia. No me gusta matar ni ver matar á un pobrecito conejo, que sale á buscarse la vida por el campo... ¿Te gusta á tí la caza? Dicen que es imagen de la guerra. Una y otra me son antipáticas; y para que veas si tengo yo desgracia: desde muy niña no oigo hablar más que de guerras. ¡Guerras por mí, que es lo que más me duele!... y luego revoluciones y trapisondas...”

A este gracioso divagar de la Soberana contesté con generalidades ó conceptos comunes. Poco lucida era la conversación, sin nada en que se revelara la grandeza de la persona con quien yo tenía el honor de hablar. En una de las transiciones que Su Majestad hacía para variar los asuntos, noté

más viveza en el cambio de tonalidad; ví en su rostro una inflexión penosa; por un instante vaciló, dejando una palabra para tomar otra. Sin duda quería Isabel hablarme de algo cuya forma verbal no afluía fácilmente de sus labios como los anteriores temas, que venían á ser gacetillas ennoblecidas por la palabra Real. Por fin, poniendo cara compasiva, y agraciándome con una sonrisa bondadosa que á mi parecer á la de los ángeles igualaba, me dijo: "Mira, Beramendi, de tu asunto me ocuparé con muchísimo interés. Hoy no puedo decirte nada concreto, no puedo... vamos, que no puedo. Pero cree que no habrá para mí mayor gusto que complacerte. Quisiera contentar á todos, y que nadie tuviese en España ningún... vamos, ninguna pretensión que yo no pudiera satisfacer... ¡Pero hay tantos, tantos que á mí vienen, y yo...! ¡Pobre de mí! no puedo ser tan buena como quiero...."

Yo no sabía qué decir; no comprendía ni palabra. ¿Qué asunto mío era aquél en que no podía complacerme? Por mi desgracia no caí en la cuenta de que Su Majestad era víctima de un error, y relacioné sus manifestaciones con el ridículo plan de mi suegro de obtener para mí un cargo en Palacio. Algo de esto me había dicho también Narváez; yo no hice caso. La Reina, obcecada, remató mi confusión con estos conceptos, un poco menos oscuros que los anteriores: "Narváez me habló; me habló Santa Coloma por encargo de tu suegro. A tí te digo lo



que á ellos dije... que lo haré más adelante. Siento un deseo vivísimo de complacerte, como á todo el mundo... Ten un poco de paciencia, y aguárdate un mes, dos meses....,

A decirle iba que no tengo ningún interés en ocupar un puesto palatino; pero por no desautorizar á Narváez ni á mi suegro me callé. Estas discreciones ridículas, en la conversación con Reyes, le comprometen á uno tanto como las indiscreciones más estúpidas... Me limité á indicar: "No se inquiete Vuestra Majestad por mí. ¡Si para mí es igual!...", Y ella, gozosa de oirme tan poco impaciente, se levantó en son de despedida, y como quien pronuncia la última palabra de un asunto fastidioso, me dijo: "Bueno, Beramendi: queda de mi cuidado... Yo no lo olvido. Será mi mayor gusto... Adiós, Marqués... Confía en tu Reina....",

Le besé la mano y salí aturdido, no sin los resquemores que nos ocasiona la sospecha de haber cometido falta grave de cortesía, por mal entender de las cosas. Aquel *confía en tu Reina* quedó estampado en mi mente con letras de fuego. No se apartaba de mí la idea de que entre la Reina y yo se *cernía*... no puedo expresarlo de otro modo... un error formidable, y de que fué gran torpeza mía no disiparlo sobre el terreno. Toda la tarde estuve en esta ansiedad, discuriendo de qué medios valirme para salir de tan cruel incertidumbre. Pero á nadie osaba comunicar mi recelo, por la ridiculez que el caso entrañaba. Figúrese ahora el

pío lector de la Posteridad (si he de merecer ¡vive Dios! el honor de que la Posteridad me lea), cuál sería mi asombro cuando aquella misma noche, acabadito de comer, recibí la visita del Gentilhombre Marqués de Iturbietta, que en mi busca venía de parte de Su Majestad para llevarme inmediatamente á su presencia, ¡á la presencia de Su Majestad!...

Hubo de decírmelo tres veces para que me persuadiese de que no soñaba. “Pero ésta no es hora de audiencia,—le dije; y el amable señor sólo contestaba dándome prisa para que me vistiera y me fuese con él. Así lo hice, y al cuarto de hora, sin más que una breve antesala, me ví delante de Isabel II, que venía del comedor, elegantísima, descotada con cierta demasía generosa muy de moda hoy, y harto apropiada á la estación canicular... Cuando la ví venir hacia mí, sonriente; cuando alargó su mano hacia la mía, como si quisiera sacarme á bailar, ví en ella una figura ideal, ví á la Reina... harto distinta de la otra Reina que había visto por la mañana, y oí un acento que no me pareció el mismo que, algunas horas antes, pronunciaba las cláusulas vulgarísimas de un coloquio entre señorita pobre y caballero simple. Me dejó atónito y como embelesado con estas sus primeras palabras: “Si no hubieras venido, me habrías hecho pasar una mala noche: tal disgusto tenía yo por la barbaridad que hice esta tarde... Cuando caí en ello no tenía consue-

lo... ¡Pero qué habrás pensado de mí!... Puedes creer que es la primera vez en mi vida que esto me pasa...

—Señora—le dije,—no es para que Vuestra Majestad se disguste...

—Pero tú, tonto, ¿por qué no me advertiste... que estaba yo tocando el violón?..

La familiaridad de la frase me hizo reír... “No he tenido sosiego—prosiguió,—hasta que decidí mandarte llamar, para suplicarte que me perdones...

—¡Señora... perdonar!..

Indicándome que me sentara, se sentó ella de través en una silla, apoyando el codo en el respaldo de la misma. “Sí, perdonarme, porque... ¡vaya, que estuve torpísima!... ¡Confundir una persona con otra!... Nunca me había pasado cosa semejante. Lo único que como Reina me han enseñado es el conocimiento de las personas, no confundirlas, no hacer trueques de nombres ni de fisonomías. En este arte he sido siempre muy segura. ¡Como que no sé otra cosa!... Pues hoy... ¿Pero dónde tenía yo mi cabeza, Señor?..

Decía esto Su Majestad, firme el brazo en la silla, cogiéndose con la mano derecha el pendiente de la oreja del mismo lado. Y luego, con soberana modestia de gran persona, prosiguió: “Te explicaré en qué consistió el error. Pero antes has de perdonarme.

—Señora, por Dios, no tengo por qué perdonar ofensa que no ha existido.

—¿Que no? Vas á verlo... Pues como recibo

á tanta gente, como me hablan de éste y el otro, como vienen á mí cada día centenares de recomendaciones, no es extraño que alguna vez confunda nombres... asuntos. Las caras no las he confundido nunca: por esto me ha causado tanto enojo la torpeza de hoy. Vamos, que esta tarde, cuando me hicieron comprender mi equivocación... me hubiera pegado... Porque es gran desatino confundir tú cara con la de... Dispénsame que calle este nombre. El milagro puedes saber; el santo no hay para qué.

—Puede Vuestra Majestad callar también el milagro. Yo no necesito explicaciones...

—No, no está mal que lo sepas. Figúrate... Estoy asediada de peticiones... Naturalmente, todo el que algo necesita, acude á mí. Soy la dispensadora de mercedes y gracias, soy la Reina que desea serlo, haciendo felices á todos los españoles, lo que es un poquito difícil... pero, en fin, se hace lo que se puede... Y como yo, si en mí consistiera, á ninguno de los que piden le dejaría ir con las manos vacías, resulta que... En una palabra, un hijo de un Grande de España que va á contraer matrimonio, no el Grande de España, sino el pequeño hijo del Grande, me hizo saber hace días que para sostener el lustre de su nombre le hace falta... una friolera... treinta mil duros... Mayores cantidades que esas he dado yo sin ton ni son... Por ahí corre un cuento acerca de mí... ¿no lo has oído tú? Pues te lo voy á contar; porque aunque parece cuento, no lo

es; es Historia... sólo que estas cosas no pasan á la Historia... Aún no era yo mayor de edad, cuando un desgraciado caballero, hijo de un servidor muy leal de mi padre y de mi madre, vino á decirme que se veía en grande aprieto, que le ejecutaban, le deshonraban y qué sé yo qué... Vamos, que le hacían falta veinte mil duros... El lloraba pidiéndomelos, y yo lloraba también, más que de pena, de la alegría que me daba el poder remediar tamaña desgracia... ¿Qué crearás que hice? pues llamar á D. Martín de los Heros, que era entonces mi Intendente, y decirle con la mayor naturalidad del mundo: "Heros, tráeme ahora mismo veinte mil duros,... El pobrecito D. Martín, que era más bueno que San José, me miraba y suspiraba, y no decía nada; no se atrevía... Como que nadie se ha cuidado de advertirme las cosas, ni de instruirme, por lo cual yo ignoraba todo, y principalmente las cantidades. Tanto sabía yo lo que son veinte mil duros, como lo que son veinte mil moscas. D. Martín ¿qué hizo? Pues se fué á la Intendencia, y mientras yo estaba de paseo, hizo subir veinte mil duros, en duros ¿eh?, y me los puso sobre la mesa, así, muy apiladitos. ¡Jesús de mi alma! ¡yo que vuelvo del paseo con mi hermana, y me veo aquel catafalco de dinero, aquello que parecía un monte de plata...! Llamo y entra D. Martín, que me acechaba en la cámara próxima. "Intendente, ¿qué es esto?," Y él muy serio: "Señora, esto es lo que Vuestra Majestad me ha pedido, veinte

mil pesos... ¡Ave María Purísima! ¡qué miedo me entró!... “¿Pero es tanto? ¿Pero veinte mil duros son tantísimos duros? No, no es esto lo que yo pedía. Es que no me han enseñado ni siquiera el mucho y poco de las cosas. No, no, Martín: no hay que darle tanto á ese perdido, que según dicen, maltrata á su mujer,... ¿Qué te parece? Pues aquella lección se me ha quedado muy presente, y no fué lección perdida. Por fin, el donativo se redujo á cinco mil duros, y aún me parece que me corrí demasiado.

—La bondad de una Reina justo es que no esté contenida dentro de la prudencia.

—Pero todo tiene un límite. no convenía que me criaran en las *Mil y una noches*.

—Por lo visto, ni con la lección de Don Martín se ha curado Vuestra Majestad de su esplendidez... El caso de ahora...

—El caso de ahora se inició con petición de treinta mil duros; pero yo los reduje á quince... Lo tremendo es haber confundido al peticionario contigo, *quid pro quo* muy extraño, pues no os parecéis más que en el título; en las fisonomías, nada. El tiene cara de tonto, y tú de todo lo contrario.

—Señora, ¿cómo agradeceré yo distinción tan grande?

—Pues perdonando mi simpleza y no hablando con nadie de este asunto. ¡Cuidado si estuve torpe y ciega! Y ello fué porque ayer me hablaron del otro, me anunciaron su visita para hoy, y yo me preparé de razones para entretenerle. Al hablarte de tu



suegro me refería... al que va á ser suegro del otro, ¿me entiendes? De tí ya sé que eres casado. Y á propósito: tráeme á tu mujer; deseo conocerla. Entiendo que es muy feliz contigo.

—Señora, si así lo dijeron á Vuestra Majestad, será cierto... pero yo no lo aseguro.

—Pues yo no lo inventé. Alguien me lo ha dicho.

—Señora, no siempre se dice la verdad á los Reyes.

—Según eso, no es verdad que hagas feliz á tu mujer. Es muy buena. ¿También en eso me han engañado?

—En esto sí que han dicho á Vuestra Majestad una verdad como un templo. Mi mujer es un ángel. „

—¡Un ángel! Así llaman á todas las mujeres sufridas, que llevan con paciencia las trastadas de sus maridos... Yo concibo que la mujer modelo sea un demonio, Beramendi...„

Al decir esto, la Reina se levantó. Yo hice lo mismo, creyendo que se me daba señal de retirada. “No, no — me dijo con la mayor delicia de su voz y toda la nobleza de su alma. — Quédate un rato... Te invito á una pequeña *soirée*... de provincias. Estamos solas mi madre y yo, con el Rey y algunos amigos...„

## XXVII

La señora Posteridad se hará cargo de mi satisfacción y gratitud por tantas bondades. Retiróse Su Majestad, y á poco entraron en la sala donde yo estaba, el pianista Guelbenzu, amigo mío; la dama de servicio, Condesa de Sevilla la Nueva, y Bravo Murillo, Ministro de jornada. Pasamos á un salón próximo, donde volví á ver á Isabel II, acompañada del Rey y de la Reina Madre, con D. Fernando Muñoz y dos ó tres figuras palatinas. Amabilidad ceremoniosa y fría merecí del Rey, que algo me dijo, sonriendo, del *quid pro quo* motivo de mi presencia en Palacio. Doña María Cristina, á quien me presentó su hija, acogióme con notoria sequedad, y en su mirada recelosa leí éstos ó parecidos pensamientos: “¿Quién será este pájaro?... ¿A qué vendrá éste aquí?...” Don Fernando Muñoz me hizo varias preguntas con acompasada rigidez, propia de un examen, y luego me habló de Roma y sus monumentos, con erudición fresca, reciente, aprendida de los *cicerones*.

Mientras escuchaba yo al Duque, la Reina, no lejos de mí, hablaba con Guelbenzu de programas musicales. “Esta noche no canto—le decía.—Tengo la voz tomada...” La ví acercarse á un espejo Psiquis, arri-

mado al ángulo del salón, y contemplarse un instante, componiendo con sutil mano los bandós que rodean sus orejas, y recogiendo un poco el escote que se abría demasiado. Después vino á mí; reparé su andar ligero, los pies chicos con zapatitos blancos que sacudían los bordes de estas faldas en forma de campana que ahora se usan... Yo me condolí de mi desgracia, pues desgracia era, y de las más grandes, que Su Majestad no se dignara cantar aquella noche; y ella me dijo: "Pues mira, no pierdes nada con no oirme, porque canto muy mal. Además, estoy perdida de la voz. En los jardines me enfrié esta tarde. Oiremos á Guelbenzu solo, y todos vamos ganando.,, Bruscamente, saltando de un asunto á otro, como el pájaro que aletea de rama en rama, me dijo: "Beramendi, ¿no tienes tú ninguna Gran Cruz?... ¿que no? Pues es preciso que tengas una, la que quieras..., Me incliné. D. Fernando Muñoz, que no se movía de mi lado, como si montara una guardia, quiso introducir otro tema de conversación; pero no le resultó el juego, y la Reina, sin parar mientes en su padraastro morganático, continuó así: "El 25 tengo Besamanos, por ser los días de mi hermana. Vendrá Narváez, y le diré lo de tu Gran Cruz. Ya sé que Narváez es amigo tuyo... Pero dí una cosa: ¿puedes tú aguantarle? Cuidado, que de Narváez no puedo decir nada que no sea para colmarle de elogios, como militar valiente, como hombre de gobierno; ¡pero qué genio, Señor!... En su casa

no le sufre más que Bodega, que debe de ser un santo.

—El genio fuerte del General—dijo Muñoz,—tiene su razón de ser. Con blanduras no hay modo de gobernar á este país.

—Ciertamente—indiqué yo.—Y también puede asegurarse que el General no es todo asperezas. En más de una ocasión le he visto cariñoso, amabilísimo...

—Esas ocasiones habrán sido pocas para su mujer—afirmó la Reina.—La pobre Duquesa de Valencia no gusta de vivir en Madrid. Su marido la trata peor que á los progresistas. Pero, en fin, el hombre vale mucho, y se le pueden perdonar las rabietas por el talento que tiene, y aquella firmeza de carácter... Por cierto que á tí te aprecio, te quiere: me lo dijo. Y á propósito, Beramendi: ¿es cierto que estás escribiendo la Historia del Papado? A mí me lo han dicho.

—Algo de esto oí yo también,—apuntó D. Fernando Muñoz por no estar silencioso.

Respondí que en efecto había pensado escribir esa Historia, pero que las dificultades del asunto me habían hecho desistir...

“Pues es lástima, porque ahí tendrías campo ancho donde lucirte. ¡Y que no harías poco servicio á la Religión! Al Santo Padre le había de gustar muchísimo que escribieras las Vidas de todos sus antecesores desde San Pedro...”

El movimiento de las figuras que componían la reunión era determinado por la Reina, que pasaba de grupo en grupo. Dirigién-

dose á Bravo Murillo me libró de la guardia del Duque de Riánsares, que allá se fué también, y la razón de esto voy á decirla al instante. En estos días ha corrido la voz de que abandona D. Alejandro Mon el Ministerio de Hacienda, y que le sustituye Bravo Murillo. Descontentísimo del asturiano está el Sr. Muñoz, porque aquél se ha cansado de colocarle la interminable cáfila de parientes y demás indígenas de Tarancón, y en cuanto vió que la Reina hablaba con el Ministro de Instrucción y Comercio, acudió á olfatear si es cierto lo del cambio ministerial. Cier- to debe de ser á juzgar por el interés del diálogo que en aquel grupo observé, me- diando principalmente la Reina Madre. En uno de estos pases y renovación de los corri- llos, vine á encontrarme junto á D. Francis- co y la Camarista. Díjome el Rey: “Es pre- ciso hacer tocar á Guelbenzu las sonatas de ese Beethoven... Oirá usted la mejor música que se ha escrito en el mundo.” Intervino la dama para revelarnos que como *Los Puri- tanos* no hay nada... Sonó el piano: no me fijé en lo que tocó el maestro, ni puedo apre- ciar el tiempo que duró la tocata. Sólo sé que un ratito estuve en pie junto á la Reina sen- tada, y que ella me dijo: “Es natural que no estés alegre, á pesar de la buena música... Comprendo que tienes tu pensamiento lejos de aquí... No creas, por ello te aplaudo. Eres consecuente...”, Contesté que nada echaba de menos, ni lamentaba ausencias; y ella prosiguió: “A propósito, Marqués, ó sin ve-

nir á cuento, si quieres: esta tarde he visto á la moruna y he hablado con ella. Es una mujer interesantísima.,, Me disculpé, negué: vano empeño mío. Levantóse Su Majestad, y dando yo algunos pasos en pos de ella, pude recibir de sus labios esta donosa prueba de confianza, que me encantó: "Lo sé todo, como dicen en esa pieza de cuyo título no me acuerdo; lo sé todo, Marqués; te alabo el gusto.,, No me dió tiempo á contestarle, pues era como la mariposa, que apenas pica en una flor, en busca de otra vuela.

Minutos después, la Reina Madre me preguntaba si conocía yo Nápoles, y Bravo Murillo se condolió de que yo hubiera desistido de escribir la Historia de toditos los Papas, obra que sería, sin duda, de las más edificantes. Ya me iba cargando á mí tanta insistencia sobre un propósito que nunca tuve; mas como no podía contestar con una grosería, hube de aguantar la mecha y decir que sí, que no y qué sé yo. Fácilmente, las conversaciones con personas Reales le llevan á uno á las mayores hipocrésías del pensamiento, y á las más chabacanas formas del lenguaje. Sólo la Reina con su libre iniciativa y su arte delicioso para revestir de gracia la etiqueta, rompía la entonada vulgaridad del hablar palatino. Ya muy avanzada la reunión, en pie los dos, me dijo que no se contenta con darme á mí la Gran Cruz, sino que también dará á María Ignacia la banda de María Luisa. Su deseo es recompensar á las personas que lo merecen, y yo soy de los.



primeros, no sólo por mi adhesión á la Real familia, sino por mi inteligencia de escritor, pues si no he podido escribir aún la Historia del Papado (¡otra vez!), la escribiré, que viene á ser lo mismo. “Tengo la convicción—añadió,—de que eres de los buenos, de los seguros, y la independendencia que disfrutas garantiza tu lealtad. Me dijo Narváez que tu suegro era partidario de mi primo Montemolín, y que tú le has quitado de la cabeza esa debilidad, ganándole para mi causa. Te lo agradezco mucho. La verdad es que Dios me ha traído al mundo con bendición, pues bendición es el sin número de personas honradas que me han defendido, me defienden y me defenderán en lo que me quede de reinado. He sido muy dichosa... Tú calcula los miles de hombres que se han dejado matar por mí, y los que aún harán lo mismo cuando llegue el caso, que ojalá no llegue... Por eso quiero yo tanto al pueblo español, y, créelo, estoy siempre pensando en él... ¡Qué pueblo tan bueno! ¿verdad? El me adora y yo le adoro á él... Muchas veces, cuando estoy solita, cierro los ojos y procuro borrar de mi memoria las caras que comunmente veo, toda esta gente de Palacio, y los Ministros y Generales... Pues lo hago para representarme el pueblo, de quien sale todo, los pobrecitos españoles esparcidos por tantas villas, aldeas, valles y montes. Ellos son los que sostienen este trono mío, y me amparan con sus haciendas y sus vidas. Y yo digo: “Por fuerza pensarán en mí, como yo pien-

so en ellos, y al nombrarme dirán: *nuestra Reina*, como yo digo: *mi Pueblo...*”

A tan nobles palabras contesté con las más expresivas de gratitud y amor que se me ocurrían, y pensé que Su Majestad y yo nos parecemos: padece *la efusión popular*.

“Por mi parte hago lo que puedo para que mi pueblo sea feliz—declaró Isabel contestando á un concepto mío.—¡Y cuidado si es difícil esto de la felicidad de un pueblo! Porque uno viene y te dice una cosa, y luego entra otro y te dice otra cosa, y por aquí salta una capital gritando *tal y que sé yo*, y por allá otra grita lo contrario. Ya ves que no es fácil percibir la verdad en medio de esta gritería. Nunca sabe una si acierta ó no acierta. ¿De quién hacer caso, á quién oír? Porque esto no se estudia, y aunque yo me aprendiera de memoria cuanto dicen los libros sobre los modos de gobernar, no adelantaría nada. No queda más que la inspiración, y pedir á Dios que me dirija, que me ponga las cosas bien claras, de modo que yo las pueda resolver. De Dios viene todo lo bueno... Dios, que ha permitido los sacrificios que este pueblo ha hecho por mí, me iluminará para que yo no resulte una ingrata.

—Seguramente, la inspiración del Cielo debe guiar á todo Soberano—le dije permitiéndome aconsejarle sin lisonja.—Pero cuide mucho Vuestra Majestad de ver de dónde viene, y quién se la trae. Porque entre mu-

chas inspiraciones verdaderamente celestiales, podría venir alguna que no lo fuese...

—¡Oh, no! ya tengo yo cuidado—replicó. —Las personas que traen la inspiración de arriba, muy pronto se conocen... Mi sistema es ponerme en brazos de la Providencia. ¿Quién ha sacado adelante mi causa y este trono mío más que la Providencia? Pues Dios no abandona á Isabel II, Dios quiere á Isabel II.

—Sin duda....

Con mucho salero se echó á reir Su Majestad, repitiendo la popular frase *Fíate de la Virgen y no corras*, y luego añadió: “No: yo no me entrego á una confianza ciega, ni espero de Dios que vaya diciéndome todo lo que tengo que hacer... Algo ha de discurrir una por sí... yo cavilo también un poquito... Verdad que me canso pronto. ¡Es tan fácil y tan cómodo no pensar nada!... Pues sí, yo pienso... Y á donde no llega la razón, llega el sentimiento: ¿no opinas tú lo mismo? Sentimos una cosa... Pues aquello es lo mejor.

—No siempre, señora.

—Sentimos, y... Sí, sintiendo acertamos.

—Se corre el riesgo, por ese camino, de sentir y pensar algo que luego á Dios no le parece bien. Y Dios se vuelve y dice: ¡pero si no es eso lo que yo te inspiré!...

—¡Ay! en lo que Dios inspira, no nos equivocamos... No hay guía como nuestro corazón.

—No es mala guía; pero que vaya con él

la razón—le contesté hablándole como á una niña.—Así lo quiere Dios, y si no lo hacemos se incomoda y nos pega.

—¡Ah!... Dios es muy bueno... bueno con los buenos, se entiende, que no tienen malas entrañas. Es soberanamente bondadoso, y se enfada menos de lo que dicen. Esas voces de los enfados de Dios las hacen correr los malos, que temen el castigo.

—Nadie como Vuestra Majestad puede asegurar que Dios es bueno... Pero por lo mismo que ha sido tan pródigo con la Reina de España, no debe la Reina de España pedirle demasiado.

—Vaya, explícame bien eso. ¿Qué has querido decir? Te autorizo para que me hables con la mayor franqueza.

—Pues diré que Vuestra Majestad tiene un gran corazón, y en él inmensos tesoros de bondad, de generosidad y ternura que no deben ser derrochados. No olvide Isabel II la lección de D. Martín de los Heros, y antes de regalar veinte mil duros de corazón, fíjese bien en el bulto que hacen apilados estos veinte mil duros de corazón, y asústese ahora, como se asustó entonces, y rebaje, rebaje, y no dé más que cinco mil... y mejor si los reduce á reales... Señora, yo me permito abusar de la autorización de franqueza que mi Reina me ha dado, y digo mil disparates, que Vuestra Majestad se dignará perdonarme.

—No, no—dijo Isabel revistiendo de gravedad su picaresco rostro.—Has hablado

como un libro, como hablará la Historia de los Papas cuando la escribas.,,

Un nuevo movimiento de las figuras de la reunión puso fin á este sabroso diálogo. Volví á encontrarme junto al Rey, mejor dicho, vino él hacia mí, y me dijo: “¿Y por qué no se decide usted á darnos una Historia de España verdad? Está por escribir... Todo lo que va de siglo es interesantísimo, y pues no parece fácil superar á Toreno en la guerra de la Independencia, el historiador que tal empresa debe empezar en el 14, cuando mi tío volvió á España... Una Historia imparcial, que se aparte del criterio extremado de las facciones, una relación verídica, escrita con talento, revisada por personas peritas, y autorizada por la Iglesia, crea usted que sería una gran cosa. Y la publicación de esa obra, no faltará quien la patrocine.,, Contesté reconociendo la importancia de un trabajo tan considerable, y la cortedad de mis fuerzas para realizarlo... Arrimóse á la sazón la Reina á los que de ello hablábamos, y éramos ya más de dos, por inopinado crecimiento del grupo, y nos dijo: “¿Hablan de escribir la Historia de Isabel II? Sí, Beramendi, sí... Yo subvenciono esa obra.

—Es pronto—afirmó el Rey con gran sentido:—no ha de ir el historiador por delante del Reinado, sino detrás...

—¿Y por qué no han de ir juntos, cogidos de la mano?—indicó la Reina.

—Porque la Historia verde sabe mal, como

la fruta. Hay que dejarla madurar en el árbol.

—¿De modo—dijo Su Majestad haciendo reír á todos con su donosa ocurrencia,—que aún estamos verdes? Más vale así... Pues yo deseo que pronto hablen y escriban de mí, por supuesto que escriban bien, elogiándome mucho y poniéndome en las nubes... Yo aspiro á que de mi Reinado se cuenten maravillas.

—Los pueblos más felices—dijo Montequieu por boca del Rey,—son aquéllos cuya Historia es fastidiosa.

—Pues yo no quiero—afirmó la Reina,—que al leer mi Reinado bostece la gente... ¡Historia fastidiosa! Eso ni deleita ni enseña.

—La de España—indicó María Cristina, melancólica,—es y será siempre un folletín.

—Mamá, eso es tener mala idea de los españoles.

—Tengo la que ellos me han dado,—replicó la ex-Gobernadora.

—Los españoles son buenos, valientes, honrados, generosos, caballeros—declaró Isabel;—en general, se entiende, porque ¡también hay cada pillo...!„

Encontrándonos de nuevo frente á frente, me dijo: “¿No crees tú que la Crónica mía, la de mi Reinado será bella?

—Bella será... ¿pero quién asegura que no será también triste?

—¿Por qué?... Me asustas... Yo no ceso de pensar en mi Historia, y me la represento como una matrona gallardísima...



—Sí, con un laurel en la mano y un león á los pies. Esa es la Historia oficial, académica y mentirosa. La que merece ser escrita es la del Sér Español, la del Alma Española, en la cual van confundidos pueblo y corona, súbditos y reyes...

—¡Oh, sí!... así debe ser.

—Y esa Historia me la represento yo como una diosa, mujer real y al propio tiempo divina, de perfecta hermosura...

—Vestidita por la moda griega, con túnica muy ceñida, que marque bien las formas. Así representa el Arte todo lo ideal, así el sér de las cosas, así el alma de los pueblos... Esa figura que tú ves, como española castiza, será morena.

—Tostada del sol, de este sol de España, que no es un sol cualquiera.

—Y la verás esbeltísima, con poca ropa, descalza... no diré que sucia, sino empolvada... naturalmente, de andar por estos caminos y vericuetos del demonio, por tanta sierra, por tanto páramo... País grandioso el nuestro, pero empolvado...

—¡Oh, qué bien lo expresa Vuestra Majestad!,,

Al decir yo esto, sentí turbación angustiosa. Hallábame solo, apartado en un ángulo de la sala. Me asaltó la duda de que la Reina me hubiese ayudado, dialogando conmigo, á la descripción de la bella figura que veo y siento... Pronto adquirí la certidumbre de que yo me lo había pensado y dicho solo... Cuando dije á Su Majestad que la His-

toria de su Reinado podría ser triste, ella no pronunció más que estas palabras: “¿Por qué?... ¡Me asustas!”, y se alejó de mí, sollicitada su atención de los otros grupos. Lo demás que *hablamos*, lo hablé para mí, súbitamente atacado del *mal de Lucila*, de la efusión que llamo *estética y popular*.

Llegó el instante final. La Reina y demás personas *augustas* nos hicieron reverencia y se retiraron. Los que no somos augustos nos fuimos á la calle. En la escalera de Palacio, resplandeciente, en la obscuridad de los jardines, llevaba conmigo la imagen de aquella ideal princesa Illipulicia, soñada por el celtíbero Miedes. Toda la noche me la pasé en este delirio... Mi cerebro era una linterna mágica. Reproducía en serie circular la plataforma del Castillo de Atienza, el patio de San Ginés, un cielo turbio, un suelo árido, una estancia del Alcázar Real... Isabel, vestida de manola, me decía que escribiese su Historia; Lucila callaba siempre, imagen y representación del inmenso enigma.

## XXVIII

**San Ildefonso, Septiembre.**—El 25 de Agosto, día de San Luís Rey de Francia, á los pocos de mi doble entrevista con la Reina, fué para mí memorable, por la aglomeración y enracimado de sucesos que voy á

enumerar. Asistí al Besamanos; ví á Narváez y á Sartorius; ví á D. Saturno con un resplandeciente uniforme no sé de qué, cubierto el pecho de cruces y cintajos de variados colorines; en los dorados salones tuve el honor de ser presentado al Nuncio de Su Santidad, Monseñor Brunelli, y al Embajador de Austria, un caballero muy guapo vestido de magiar; y en fin, terminada la ceremonia palatina, bajé al parque con toda la Corte, y corrieron las fuentes en presencia de Su Majestad, soberana pastora de aquella Arcadia de abanicos. Mi mujer también paseó por los jardines, y juntos disfrutamos de aquel lindo espectáculo de las aguas amaestradas y sacadas á bailar sobre el verdor de los parterres y arboledas. En el teatro, donde cantaron *Don Pasquale* por despedida, ví á Eufrasia, que con misterio de ópera cómica me dijo que se hablaba *sotto voce* de mis *frecuentes visititas* á Palacio. No le hice caso: yo no había vuelto allá desde la *soirée* que he descrito.

A Narváez le ví al anocheecer en la Casa de Canónigos, y me dijo... ¿qué me dijo? Ya no me acuerdo... No sé cómo tengo mi cabeza. De dos semanas acá, mi aturdimiento y mis distracciones graves suscitan alarmas de mi cara esposa, que inquieta por mi salud me somete á cariñosos interrogatorios acerca de cuanto hago y dejo de hacer, de cuanto hablo, pienso y sueño. “No es nada, mujer—le contesto yo, que á todo antepongo su tranquilidad;—no es más que... eso que

padezco; y que me ataca de vez en cuando, la *efusión*... ¿de qué?, la *efusión de lo ideal*, de lo desconocido, de lo que debiendo existir no existe. Volvemos á lo mismo: yo debí dedicarme á un arte, y en él habría sido maestro... Pero no tengo arte, y mis facultades funcionan en el vacío... No me hagas reir, mujer. ¿Qué dices, que el ser padre es un arte?... ¿padre de muchos hijos...? Bueno, mujer. Lo admito, si en ello te empeñas... Pero ese arte, como la historia de un reinado que empieza, está todavía verde.”

Ahora me acuerdo de lo que me dijo Narváez. Fué de lo más insignificante, y en realidad no merece ser transcrito: “Yo me vuelvo á Madrid, y dentro de unos días saldré para las aguas de Puertollano... Aquí nada tiene usted ya que hacer. Pronto se irá la Corte. Se le van á usted la *Marquesa de Capricornio*, y los demás enredillos que tiene el *pollo* aquí... A mi regreso de la Mancha espero encontrarle á usted en los Madriles...” En efecto, pasados algunos días, desapareció la Corte; partió Eufrasia sin despedirse de mí, y el Real Sitio, árboles y flores, aguas transparentes y sutiles aires, se adormecían lentamente en una soledad dulce y fresca. Contenta de esta soledad, mi mujer desea permanecer hasta fin de Septiembre, y del mismo parecer son sus padres. Yo lo apruebo. Deseo el descanso.

**Madrid, Octubre.**—Ya estamos aquí. Escribo en el Congreso. Nada digno de mención nos ocurrió en la Granja después de la par-

tida de la Corte, como no sea la tranquilidad que disfruté, la íntima vida que hice con mi mujer, consagrándole yo todos los instantes de mi vida, y las feroces mañanas que va sacando mi hijo, las cuales manifiesta tirándome del bigote hasta hacerme llorar...

La traviesa, la diabólica Eufrasia no ha vuelto á llevarme á la isla de Paphos (*Casino de la Reina*). La he visto poco y de prisa, coincidiendo en visitas, ó encontrándonos en el Prado, y no he podido hablar con ella detenidamente de cosa alguna. Sus ojos, que ni en las ocasiones de mayor disimulo dejan de ser elocuentes, me dicen que se halla en grave crisis de ambición ó de amor. El anuncio que le hice de la pronta concesión del título, no produjo en ella la grata sorpresa que yo esperaba: “¿Y hemos de agradecerlo al *Espadón*?—me dijo.—Pues que nos titulen *Marqueses de la Ingratitud*...”

Y voy con el asunto que, á mi entender, merece aquí preferente lugar, por el grande espacio que ocupa en mi espíritu noche y día. Ya dije que entre los pobres pedigüños de la parroquia de San Ginés, hay uno con quien entablé relaciones policiacas, socolor de caridad, tocantes al descubrimiento de la hermosura celtíbera vista y evaporada en la puerta de aquella sacra mansión. Mi amigo, que me ha resultado también celtíbero de los llamados *Ilergetes*, consagró su vida al negocio de sanguijuelas en tierras de Teruel... Es hombre muy corrido; peleó por

D. Carlos en la partida del Serrador, y establecido por fin en Madrid como herbolista, ha venido por sucesivas desgracias comerciales y domésticas á la mísera condición presente. Conserva el hombre agilidad de piernas y lucidez del entendimiento, lo que no es poca ventaja para el trabajo diplomático que yo le encomendé; pero tales partes pierden mucho de su energía por la deplorable ruína de otras: uno de los brazos, envuelto en amarillás bayetas, no funciona; el cuello se le tuerce del lado izquierdo, los ojos son como fuentes, y la lengua y boca sufren de un *paralís* que desfigura su sintaxis y su pronunciación, pues por causa de tal dolencia compone los conceptos al revés, y suele comerse las primeras sílabas de las palabras más importantes. Con todos estos inconvenientes, el pobre *Gambito*, que tal es su nombre ó su apodo, me sirve bien, añadiendo á sus incompletas facultades una voluntad y una diligencia increíbles.

Antes de irme á la Granja, díjome que la hermosa mujer había vuelto, sin hacer más que llegarse á la sacristía con una carta... ¿Para quién? Para un capellán, que habría estado en la iglesia, sino estuviera en el cementerio: había fallecido dos días antes... Desconsolada se fué la moza llevándose la carta. ¿De quién era ésta? Gambito no lo sabía ni pudo averiguarlo entonces. A mi regreso de la Granja, estimulado el hombre por mis donativos, y en espera de mayor recompensa, me da cuenta de sus minuciosas



pesquisas en Agosto y Septiembre, y de ellas resulta una luz desigual, que tan pronto esclarece el asunto como lo rodea de mayores tinieblas. Con mi feliz memoria reproduzco textualmente el informe, componiendo á mi modo la sintaxis, y supliendo las sílabas comidas: "El *Surez Jeromo* entró servicio de *Colapios* (los Escolapios) señores Padres de *Tafe* (Getafe), y la su hija, que la llaman *Cigiuela* (Lucihuela), moró en una casa de Madres *Colapias* donde se arrecogen hijas de Padres, ó hijas de cualesquiera Madres putativas..., Para que yo descifrara lo restante de esta jerga hubo de repetirlo una y otra vez, y aun así no pude llegar á la interpretación exacta. Toda la paciencia del mundo no basta para poner en claro los trazos de este borrado palimpsesto. Creo haber sacado en limpio que Lucihuela estuvo unos días en el convento de Jesús, y que después pasó al servicio de un señor que Gambito llama *Taja* (ignoro el verdadero nombre, al que creo falta una sílaba), administrador de los lavaderos del *Pío Infante Don Cisco* (traduzco: lavaderos del Príncipe Pío, pertenecientes al Infante Don Francisco)...

Débil luz, resplandor vago, ¿á dónde me llevas?

**Madrid, 20 de Octubre.** —Ayer reventó sobre Madrid una bomba. Pienso que su estruendo formidable es público ruido de los que han de llegar á la Posteridad sin que yo los transmita; pero ahí van por mi cuenta noticias de cómo fué la explosión y de las

eóleras y risas que produjo, refiriendo después el desarrollo de suceso tan extraordinario hasta su inaudita solución. Desde el jueves por la noche empezaron á correr voces de crisis, suponiendo en ésta los caracteres más extraños... Oílo yo en casa de María Buschental; mas no le dí crédito, y aun me permití negarlo autorizadamente. Por la tarde había yo visto al Duque de Valencia en su casa, y nada le oí que pudiera ser vaticinio de cambio de Gobierno. Pero las afirmaciones que hice no acallaban los rumores, que á cada instante venían más densos y con más visos de verdad, de esa verdad inverosímil que aquí gastamos. "Hay crisis—dijo Carriquiri, entrando á media noche;—la crisis más absurda y más... demagógica que puede imaginarse... Nada: que á D. Ramón, sin decirle oste ni moste, le ponen la cuenta en la mano y le señalan la puerta., Llegó luego Tassara y nos contó que la primera noticia de este gatuperio la tuvo Molíns, Ministro de Marina, el cual, comiendo en su casa, recibió un pliego de la Reina, incluyéndole carta que le había escrito su marido, en la cual éste le decía en substancia: "Narváez y compinches son unos tales y unos cuáles, y para que no acaben de perder á la Nación, hay que sustituirles inmediatamente por estos caballeros muy dignos, cuyos nombres van en la adjunta lista.,"

—¿Quiénes son?

—No recuerdo más que al Conde de Cleonard y al Sr. Cea Bermúdez, Conde de Co-

lombi... La lista ha sido inspirada por personas que traen recados del Altísimo.

—Esto es ignominioso.

—Esto es simplemente cómico y no puede prevalecer. ¿Y el Duque?

—Al llegar á su casa se encontró con una comunicación semejante á la que recibió Roca de Togores.,

Puso fin á la confusión Andrés Borrego, refiriendo que aquella misma tarde (lo sabía de la mejor tinta), habiendo tenido Narváez un soplo de lo que se tramaba, fué á Palacio y habló á la Reina: “Señora, esto se ha dicho, esto se susurra...”, Y la Reina le contestó riendo: “No hagas caso. Son patrañas que salen del cuarto de *ese...*”, Oyendo esto, muchos negábamos que pudiera ser verdad; otros lo confirmaban, algunos callaban, mordiéndose las uñas. “Es forzoso —dijo no recuerdo quién,—abrirle á la opinión unas tragaderas del tamaño de esta casa. Según se van poniendo las cosas, todo es posible, todo puede suceder, y no hay bola, por disparatada que sea, que no entrañe la verdad,... Y otro: “La historia de España se nos está volviendo folletín..”, Y otro: “Eso no lo inventa usted. Es frase de Doña María Cristina,... “Pero la Reina Madre habló del folletín sin calificarlo, y ahora debemos decir *folletín malo*,,... “No, *folletín tonto*..”, Y todos concluían por llevarse las manos á la cabeza, exclamando: “¡Señores, cómo estará Narváez! Será cosa de alquilar balcones...,

Participando de esta curiosidad, y con medios de satisfacerla, me fuí á la Presidencia. Al bajar presuroso por la calle de Alcalá, me encontré á San Román que llevaba la misma dirección y objeto que yo, y hablando del suceso de la noche, entramos en la gruta de la fiera, á quien suponíamos en el paroxismo del furor. Un ayudante nos dijo en la puerta que el General estaba en el palacio de la Reina Madre, y que le aguardaban muchos señores en el salón, ávidos de saber la verdad ó mentira de una crisis que parece comedia. Subimos. Entre los que allí esperaban el *parto de la Fatalidad* (así lo dijo uno de los presentes, creo que Bermúdez de Castro), ví á Sartorius y á D. José Zaragoza, Jefe político de Madrid, el cual hacía rudo contraste con el Ministro, pues si éste es la propia distinción y delicadeza, la sangre fría y comedimiento en todas las ocasiones, el diputado por Ciudad Real, cenecño, rudo, de faz temerosa y mirada fulgurante, parece cortado para la acción vehementemente y repentina. Otros había en la sala, entre ellos mi hermano Agustín, comentando lo que ignoraban ó arrojando bilis sobre lo que sabían; á cada instante entraban más caras de estupefacción, de impaciencia, de ira... Por fin, como todo llega en este mundo, vimos que la mampara roja se abrió con chirrido estridente, por la violencia del golpe que la empujara, y entró Narváez con paso y tiesura de gallo, y sin quitarse el sombrero echó una fulmínea mirada en re-

dondo, diciendo: “Señores, ya lo ven ustedes: esto no tiene nombre... Sí, sí; lo tiene: es una canallada... ¡Ni entre gitanos, señores; ni entre gitanos!

—¿Qué dice la Reina Madre?—preguntó San Luis, que más que anatemas y desvergüenzas, deseaba hechos para someterlos á un frío examen.

—Doña María Cristina...—contestó el de Loja, ya en el colmo de la fiereza y de la amargura.—Pues nada, señores: que todos son unos. La Reina Madre no sabe nada; dice que no tiene arte ni parte... y yo no sé si creerlo... no creo nada.

—Yo pongo mi mano en el fuego—declaró Sartorius con cierta solemnidad,—por la inocencia de la Reina Cristina en este asunto.

Algo más expresó no sé quién en defensa de la ex-Gobernadora.

“Mi General—dijo con acentos de club el Jefe Político,—bien claro está que la voluntad de Isabel II ha sido secuestrada. Esto es una intriga, y la primera víctima de la intriga es Su Majestad. O no servimos para nada, ó debemos echar el cuerpo adelante para amparar á la Reina.

—¡Sacar el cuerpo, yo! Lo he sacado ya mil y mil veces. ¡Si mi cuerpo ¡ajo! es una criba, de los balazos que ha recibido ¡ajo! defendiendo el trono liberal!... Y ya ven el pago... El Gobierno, señores, ha presentado su dimisión. No podía hacer otra cosa sin faltar á la decencia... ¡y á la vergüenza, ¡ajo!... Ceder á esto es declarar que

la vergüenza se ha concluído en España „

Insistió Zaragoza en que esta crisis no es más que una infame celada. “Corramos á Palacio—gritó con destemplada voz,—rompamos los lazos pérfidos que oprimen á Su Majestad.

—El que tenga la cara endurecida para los bofetones y quiera ir á Palacio, que vaya —dijo Narváez sin mirar á nadie, paseándose, la vista arrastrada por el suelo.—Yo no me expongo á que un mequetrefe con medias coloradas, ó un fantasmón cargado de veneras, me mande salir á la calle... Vámonos á nuestras casas, y que se arreglen como puedan.

—Mi General—le dijo enfáticamente Don José María Mora.—Usted tiene á su lado la mayoría de las Cortes; usted tiene el Ejército...

—Yo no soy ya jefe del Ejército... Lo es el General Cleonard, que á estas horas habrá jurado en manos de la Reina... ¿Pero no se han enterado todavía, ajo?„

Soltó esta bomba gritando en medio de la sala con gesto de ira y menosprecio, y á sus palabras sucedió un silencio de consternación. Casi todos los presentes, hasta que oyeron aquella declaración fatídica, conservaban un resto de esperanza; algunos, ciegos optimistas, creían que habría componenda, bien porque Narváez hubiese amedrentado á Isabel, bien porque ésta pudiera librarse á tiempo del encantamento que apasionaba su soberano albedrío... La noticia,



dada por el propio *Espadón*, de que Cleonard juraba, y era ya sin duda Presidente y Ministro de la Guerra, abatió grandemente los ánimos.

“Pues si es así—murmuró mi hermano Agustín,—digo que esa señora está loca.

—Encantada, señoras, ó hechizada como el Carlos II.

—El hechizado aquí soy yo... y después sacado á bailar—dijo Narváez pasando de la cólera al sarcasmo.—¿Pues no querían que refrendara yo los decretos? Todos están locos allá... ¡A fe que tengo yo cara de zurcador de estos... líos! Molíns ha ido á Palacio á ejercer de escribano...

—Mi General —declaró el impetuoso Don José Zaragoza avanzando al centro de la sala,—el Jefe Político de Madrid sabe dónde se ha tramado este *maquiavelismo*. Ya no tengo por qué guardar secreto. En la Escuela Pía de San Antón se reunieron esta tarde los que serán compañeros del Sr. Cleonard en el flamante Ministerio, y los que han engañado á nuestra querida Soberana. Los conozco á todos; sé cuanto allí pasó y cuantos disparates allí se hablaron. Había en la reunión hombres que quieren ser públicos, y mujeres que lo fueron. Al anochecer trasladáronse todos en coches al convento de Jesús á recibir órdenes... Lo mismo se hizo hace ocho días; pero la Monja que da la consigna les dijo entonces: “Aún es pronto, hijos míos. Esperad hasta que yo os avise. La Reina no cede. Ya cederá..., Hoy, la im-

postora les ha dicho que todo estaba hecho, y locos de contento se han ido al cuarto del Rey, el cual los presentó á su augusta esposa. La Reina... me consta, señores, y lo aseguro como si lo hubiera visto... nuestra amada Soberana habló con ellos un momento... les despidió diciendo á los nuevos gobernantes que mañana jurarán, y luego rompió á llorar... Pues bien, mi General: conozco á todos los que andan en esta intriga, y tengo notas bien claras de sus domicilios... Con media palabra que se me diga, voy y los prendo á todos antes que sea de día, sin distinción de sexo, calidad ni estado, sin reparar en uniformes ni en faldas, ni en hábitos ni en sobrepellices, y mañana, es decir, hoy, antes de las ocho salen para Leganés, y de Leganés por la tarde para donde se disponga, sea Cádiz, sea Cartagena, que no faltará un cachucho en un puerto ó en otro, que los lleve á tomar los aires de Filipinas... Esto haré, si el Jefe lo manda, y respondo de que no es atropello, sino justicia.,,

Pausa. El murmullo que resonó en la sala demostraba cuán feliz y oportuno pareció á todos los presentes este atrevido plan policiaco.

## XXIX

No tardó en llegar Molíns, próximas ya las tres de la madrugada. Es éste un caballero tan acompasado en la vida social como en la política, como en la literaria. Sus actitudes son como sus versos; sus actos como sus discursos, y su traje como toda su correcta y atildadísima persona. Su estatura es aventajada, su talle esbelto, su rostro grave, abundante el cabello en cabeza y barba, la dentadura perfecta, todo suyo y de intachable limpieza. En el trato cautiva, en la oratoria instruye más que arrebat, en la conversación corriente se oye y se le oye con agrado. Aunque allí le esperaban como agua de Mayo, ansiosos de conocer lo ocurrido en la refrendación, el Ministro de Marina no se precipitó á narrar el acto: es hombre que en nada se precipita. Venía de uniforme, el peinado sentadísimo, sin que un solo pelo se desmandara; traía cara melancólica, como de quien sabe apreciar serenamente el punto y ocasión en que los sucesos particulares revisten la suficiente gravedad para convertirse en históricos. Ama con caballeresco ardor, de índole política, á nuestra excelsa Soberana y al Principio que representa, y cree en la ficción Constitucional-Monárquico-Parlamentaria,

como se cree en los Misterios dogmáticos, sin entender ni jota de ellos.

Con elegancia narrativa dió cuenta Molíns de su cometido, y la serenidad y pulcritud de su palabra fueron como bálsamo que aplacaba la irritación de que los oyentes estaban poseídos. El hecho que refirió habría carecido totalmente de interés si el cuentadante no hubiera marcado muy bien en el relato la nota patética, que acrecía su valor histórico. La Reina, en todo el tiempo que duraron los trámites, *no cesaba de llorar*, y á la conclusión, su dolor parecía no tener consuelo.

Maravillados escucharon todos esta relación, y la crítica del suceso adquirió un tinte compasivo. No quedaba duda de que circunstancias y resortes misteriosos, que los de fuera no podían penetrar, constreñían á Isabel II á cambiar de Gobierno.

“¡La Reina está secuestrada!—gritaron algunos; y otros:—Salvemos á la Reina!,”

Y Ruiz Cermeno, diputado por Arévalo, con calma y agudeza, como hombre que se precia de penetrar hasta el fondo de las cosas, nos dijo á los que le rodeábamos: “Esto es un golpe de Estado, un verdadero golpe de Estado.,” Mi hermano Agustín, que tan hondamente se afana por el porvenir de esta Nación, no dejaba de expresar sus temores: “¡Pero el Régimen, Señor...! ¿A dónde va á parar el Régimen con estas cosas?... Y ahora precisamente, cuando el Régimen iba como una seda...,”

Lo que contó Molíns del llanto amargo de Isabel fué desconsuelo y aflicción de todos, menos de Narváez, el cual, irguiéndose más bravo, echando por aquella boca terno sobre terno, hizo estas terribles manifestaciones: "Dejarla que lllore... Ríos de sangre han corrido por causa de ella... Y ahora nos quiere pagar con lágrimas... No queremos lágrimas, sino justicia, razón y formalidad. Se reina con juicio, no con lloriqueos... Ella se ha metido en este pantano... Pues vea cómo sale. Que la saquen los angelitos, ó esa beata de las llagas asquerosas... Nosotros, señores, á nuestras casas, á ver pasar la moji-ganga Cleonard-Colombi. (*Risas.*) Usted, amigo Zaragoza, ¿qué ha dicho de prender y de encarcelar? De eso se cuidará el que le suceda, que á estas horas estará usted destituido... y habrán nombrado á un escolapio, ó al demandadero de las monjas. (*Carcajadas.*) El que sea recibirá órdenes de prender á todos los que estamos aquí, á mí el primero... En mi casa me encontrarán. (*Rumores.*) Con que, caballeros, á dimitir todo el que tenga posición para ello... Arrojarle las posiciones á la cara, para que vea lo que somos. Que el Gobierno encuentre vacantes la multitud de plazas que necesita para monagos, cornudos y demás patulea... La orden del día es ésta: ¡vergüenza, dimisiones!,,

*Conticuere omnes*, y empezó el desfile. Ví salir cariacontecidos á Esteban Collantes y á D. José María Mora, al corpulento D. Ramón López Vázquez y al gracioso Vahey,

al narigudo Martínez Almagro y al elegante Lillo. Disponíame yo á partir con mi hermano, cuando me indicó San Román que me quedara de los últimos, pues el General tenía que hablarme. No tuve necesidad de aguardar al día, porque Narváez me cogió por un brazo y llevándome aparte me dijo: "Váyase usted, Beramendi, que es muy tarde. Mañana charlaremos. Si entre tanto ve usted á esa... (y lo soltó redondo), dígame que le cortaré las orejas... cuando la coja, que algún día será.,,"

**Madrid, 22 de Octubre.**—El viernes 19 fué día grande en Madrid por lo divertido y fecundo en sorpresas. Desde muy temprano se estacionaban grupos frente al Principal, signo infalible de jarana ó de expectación, y de doce á una, ya los cafés hervían de gente ociosa, que es la más numerosa gente de esta capital. Desiertas, según oí, estaban las oficinas; un sentimiento de ansiosa interinidad lanzaba á los funcionarios á la calle y á todo sitio donde corrieran auténticas noticias, y aquí y allá los poseedores del presupuesto encontraban la nube de famélicos cesantes. En el tiempo que llevamos de Régimen, el pánico de unos y las esperanzas de otros, confundiéndose, han creado un mundo de necesidades que ha sido y es en España la principal inspiración de los poetas cómicos. Hay una rama de la literatura contemporánea consagrada exclusivamente al *turrón* y á los hambrientos, sátira en que se moteja á los que comen, y se rídi-



culiza á los que piden pan, revelándose el poeta tan necesitado como los *lambiones* que describe.

En grupos y corrillos se habla del nuevo Ministerio con desprecio y asombro, y menudean las preguntas maleantes: “¿Pero ese Armesto quién es?,”... “¿Pueden ustedes decirme quién es ese Manresa?,” Entre miles que no saben responder á estas preguntas, sale alguno que tiene vagas noticias de los improvisados *hombres públicos*. “Pues ese D. Vicente Armesto es empleado supernumerario en el Tribunal de Cuentas, con el sueldo de veinte mil reales...”

—¡Vaya una carrerita, señores!... ¿Y es por ventura yerno, sobrino, hermano de leche de alguno de Palacio, ó tiene que ver con monjas?

—Es cuñado del General Cleonard... ó concuñado, que para el caso es lo mismo... Vaya, señores; yo convidó á café y copas al que me diga quién es Colombi.

—Y yo obsequio con un almuerzo al que me demuestre con datos... ha de ser con datos... que Manresa es alguien.

—Hombre, no hay que confundir á Colombi con Manresa, pues de éste no se ha podido averiguar sino que no le conoce ni su familia, mientras que Colombi es nuestro embajador en Lisboa, y *al parecer* hermano del Sr. Cea Bermúdez, de reaccionaria memoria... He oído, no respondo de ello, que ese Sr. Colombi es persona respetable y que no aceptará el cargo... En cuanto á Manre-

sa, por aquí andaba uno que aseguró conocerle. Es murciano, auditor de Guerra de la categoría de capitán... y está procesado porque de palabra faltó al tribunal, se ignora cómo y cuándo.,,

Las voces más absurdas y los dicharachos más irrespetuosos animaban los corrillos de la Carrera de San Jerónimo y calle de Sevilla. "Por más que me digan, yo sostengo que ese Padre Fulgencio es un mito. No creo en Padres ni Madres que quitan y ponen Ministros.,... "Existe un *Pae* Fulgencio; pero hay quien dice que es el *Pae* Cirilo, que se ha cambiado el nombre.,... "Todo esto, créanme, es obra de un tal Isidrito, que fué cerero y hoy la persona de mayor metimiento en la Concepción Francisca. Todos los días toma café con ese Manresa en los Dos Amigos, y por las noches lleva los cirios benditos á Palacio, para encender á la Virgen del Olvido que tiene el Rey en su cámara.,... "No hay que tomar á broma lo de las llagas, que quien las ha visto de cerca me asegura que son de ley, y que la monja tiene pasadas de parte á parte las palmas de las manos. La enseña poniéndose en un escabel con los brazos en cruz; pero la del costado, por donde se le ve el corazón, la enseña echándose boca arriba y quedándose en éxtasis.,... "Dicen que el primer decreto de Manresa será para nombrar Obispo al *Pae* Fulgencio, dándole la mitra de *Aunque os pese*, diócesis de la calle de la Justa.,... "Hombre, no: es calle de las Beatas.,,

Por la tarde, no se hablaba más que de las dimisiones que todo el personal de algún viso arrojaba á la cabeza de los nuevos Consejeros. Dimitía el Capitán General de Madrid, Conde de Mirasol; el Gobernador Militar, el Jefe político, el Alcalde corregidor y las Secretarías en masa de Gobernación y Gracia y Justicia. Al anochecer, decían los guasones que Armesto no admitía la cartera de Hacienda, y que en su lugar se nombraba á un bollero ambulante de la Plaza de Toros, llamado Maza. Corrió el rumor de que el Tribunal Supremo en peso dimitía; que será nombrado Capitán General de Madrid el General Villarreal, convenido de Vergara, y Jefe político el Sr. Ferreira Caamaño. A este señor le conozco: es diputado á Cortes por un distrito de Galicia, y habla con gran violencia dando manotazos. Ha sido juez de primera instancia, jefe político, y hoy está furioso porque el Gobierno no es bastante reaccionario...: A costa del Sr. Balboa, á quien llaman *Don Trinidad*, corren y circulan enormes chirigotas. Su Excelencia, al tomar posesión, dijo á los pocos empleados que concurrieron, que él es muy liberal y que respetará todas las libertades, menos la de imprenta, y luego preguntó cómo se extendían los reales decretos. Cierra la noche con una atmósfera tan densa contra el nuevo Gabinete, del cual hacen descarada burla hasta los chicos de las calles, que hay ya quien profetiza la vuelta de Narváez antes de veinticuatro horas.

Al entrar en mi casa encuentro un billete de Eufrasia, escrito con todo el ingenioso disimulo que acostumbra, fingida letra y firma varonil, diciéndome que tiene que hablarme y que me espera en Gobernación á las nueve de la noche. Según la antigua clave de nuestra criminal correspondencia, artificio vigente en el verano último, *Gobernación* quiere decir la iglesia de San José, como *Gracia y Justicia* es San Sebastián, y *Hacienda* San Ginés. Las iglesias que no tienen más que una puerta se designan con nombres de Direcciones Generales; por ejemplo: *Aduanas* es el Oratorio del Olivar, *Rentas Estancadas* las Niñas de Leganés... La hora que se indica de noche se entiende siempre de la mañana... Fuí y esperé su salida por la calle de las Torres, sitio muy del caso para figurar un encuentro fortuito, y conferenciar brevemente sobre cualquier asunto, ó ponernos de acuerdo para fijar día y hora de bajar al *Casino*. Generalmente no eran largos mis plantones, porque á tantas cualidades de tacto y agudeza, Eufrasia añadía la preciosa puntualidad. Extrañóme anteayer su tardanza, y ya me cansaba de dar vueltas arriba y abajo, cuando me veo venir presurosa por la calle de la Reina con rumbo hacia mí, á Rafaela Milagro, vestida del trapillo de andar por iglesias, armada de ridículo y de un par de libros devotos. Requiriéndome con mirada expresiva para que á su encuentro avanzara, nos pusimos al habla en la citada calle, después en la de San

Jorge, donde de sus labios oí lo que á la letra copio, previa la advertencia de que Rafaela y Eufrasia se comunican y guardan recíprocamente sus secretos con escrupulosa fidelidad: “Pues no puede venir, Pepe, y por eso vengo yo... Me manda que venga... para decirle que no la espere y contarle lo que ha pasado... ¡Ay, hijo! una zaragata horrorosa... que si nos descuidamos saldrá en los papeles, y aumentará el escándalo de esta maldita crisis... Esos señores han faltado, Pepe; se han portado cochinemente, pues harto les consta que si no es por Eufrasia no cogen el Gobierno... Han sido unos puercos... Aguarde que le cuente. Era cosa convenida... si antes no lo supo, sépalo usted ahora... que Saturno sería Ministro de Gracia y Justicia. ¡Qué más natural! ¡Con lo que él sabe de cosas de clero y curia! Y de que así fué tratado solemnemente, pueden dar testimonio el señor Cleonard, *Quiroguilla*, Rodón, y otros que no nombro. Pues dan la lista á la Reina, y nos encontramos de Ministro de Gracia y Justicia á ese Manresa. Para mí fué como un escopetazo. Eufrasia se voló... Había que oirla. Nos echamos la mantilla, corrimos al convento de Jesús... “Hija, no se ha podido evitar—le dijeron.—El Sr. Manresa ha sido impuesto por quien puede... Su nombramiento vino de arriba... Y Eufrasia contestó con salero: “Por eso parece un pájaro que se ha caído del nido... Pues del nido no me caigo yo, y ésta me la pagan... “Hija, tenga paciencia, otra vez será... ”

„Salimos de allí más furiosas que entramos. Eufrasia mandó recado al Padre Fulgencio llamándole á su casa, y al mediodía... pim... el Padre... Venía temblando, y entró haciendo mil zalamerías... Que lo sentía tanto, que era resolución superior... que al Sr. Manresa no se le podían negar condiciones... en fin, que él lo arreglaría esta misma tarde, pues como gran amigo y capellán de Saturno, contaba con él para el Ministerio... El arreglo, Pepe, vea usted lo que era. Parece que ayer el Sr. Armesto le hacía *fu* á la cartera de Hacienda, abroncado por las perrerías que le dicen los periódicos. Pues si en efecto no aceptaba, Hacienda sería para Saturno. Eufrasia, hinchadas las narices, y con ese imperio que tiene; le dice: “Váyase usted ahora mismo, y antes de la noche me lo trae arreglado en esa forma. Si así no lo hace, usted y los demás que nos han dado este bofetón, se acordarán de mí.” ¡Ay, Dios mío, qué cosas pasan! Pues llega el escolapio al anochecer, sudando como un pollo, y con el resuello tan corto como el que se está ahogando...

—¿Y no traía el arreglo?

—¡Qué arreglo ni qué ocho cuartos! Lo que traía era un miedo fenomenal. Verá usted... Que lo sentía muchísimo; que había tenido un gran disgusto; que desde luego contara Saturno con la cartera en la primera crisis parcial; pero que hoy por hoy nó podía ser... porque los de arriba... siempre los de arriba, habían dispuesto que en caso de



no admitir el Sr. Armesto, fuera Ministro el Sr. Maza.

—¿Maza? Por eso anoche se hablaba de un bollero...

—No sé si es ó no bollero; lo indudable es que á Saturno le han dado el pastel de gato. ¿Verdad que han sido unos grandísimos puercos? Pues considere usted ahora cómo se pondría nuestra amiga... usted que la conoce... cuando el Padre vino con aquellas tintinimarras. Tormenta mayor no he visto nunca. Primero, se quedó lívida... yo pensé que le daba algo... después soltó la risa, una risa sarcástica, como esas de las cómicas en el teatro, cuando fingen que se vuelven locas... yo creí que enloquecía de verdad... después se encaró con el escolapio... Cristeta, que también estaba presente, y yo creímos que le pegaba... A dos dedos estuvieron sus manos de la cara del pobre señor... Y disparándose en gritos, ¡Dios mío, Dios mío; qué cosas salieron por aquella boca!... Cristeta y yo aterradas, Saturno gritándole que callase, y ella, mientras más la amonestaba el marido, más descompuesta y furiosa...

—¿Y el Padre?

—De todos colores, mirando por dónde podría escabullirse... Querido Pepe, no me atrevo á repetir los horrores que oímos, y que el desventurado D. Fulgencio soportó con humildad evangélica... Pero lo más gracioso fué la escena final... Salió escapado el escolapio corriéndose del gabinete á la sala;

pero con el azoramiento de la huída se le olvidó el sombrero de teja; volvía por él... ¿Qué hizo Eufrasia? Agarró el sombrero que estaba en una silla, lo tiró en el suelo, y bailó sobre él un zapateado, dejándolo como usted puede suponer. Después lo arrojó á los pies del clérigo, diciéndole: "Váyase usted pronto de mi casa, mal caballero y peor sacerdote, y no se le ocurra volver á poner las patas en ella,..."

—Y ustedes acudirían á calmarla...

—Calle usted, hijo; tuvimos que acudir á Saturno, que nos dió el gran susto. ¡Vaya un soponcio! A fuerza de refregones, logramos volverle en sí; pero luego se nos puso gravemente enfermo, y á media noche tuvo un vómito de sangre... El pobrecito me parece que no la cuenta... ¡Lo que usted oye!... La leona, que de otra manera no puedo llamarla, está consternadísima. Me dijo: "Rafaela, vete á San José por la calle de las Torres, y entérale de la situación,..." Esta mañana Saturno ha pedido confesarse.

—¿Pero tan grave está?

—Y no es para menos, Pepe. A cualquiera le doy yo este desengaño. ¡Pues no estaba poco consentido en que sería Ministro! Y sobre el disgusto, el escándalo... El pobrecito ha pedido los Sacramentos... Y aquí me tiene usted con el encargo de buscarle confesor... porque no hemos de llevarle el suyo, que era el dichoso Fulgencio... Ahora, una vez informado usted de estas trapisondas, entraré en San José, y si no encuentro al

Pádre Morales, iré á Monserrat en busca del Padre Claret... Vaya, Pepe, adiós. Le diré que le he visto á usted tan bueno y tan guapo. Dígame: ¿cree que este maldito Ministerio durará mucho?

—Muchísimo: según mis informes, tendrá una vida muy larga... lo menos de veinticuatro horas.

—¿Es de verdad? ¡Oh, qué noticia le llevo á la pobre Eufrasia! Aunque resulte falsa, se consolará con ella... Adiós, hijo, adiós.,,

### XXX

Página histórica me pareció el verídico cuento traído por Rafaela, y pensando en él y en la profunda lección que entraña, me fuí á correr por Madrid en busca de las novedades que diera de sí el día, las cuales se me antojó que habían de ser gordas y buenas. No me equivoqué. Menudeaban las dimisiones; los valores públicos, que el viernes coadyuvaron no poco á la rechifla del nuevo Gabinete, bajándose dos enteros, seguirían descendiendo el sábado, según opinión de todos los agentes y bolsistas que encontré por las calles. Engrosaban los grupos. Contáronme los empleados de la Secretaría de Gobernación que D. Trinidad no resolvía nada, y asombrado de recibir dimisiones, se pasaba el tiempo enterándose, con infantiles

preguntas, de las funciones más elementales de su cargo. En Hacienda, supe que había tomado la cartera el Sr. Armesto, vencidos sus escrúpulos, y en Guerra funcionaba ya el Sr. Cleonard, determinando... que no podía ni sabía resolver nada. Por la tarde, cruzando Narváez á pie la Puerta del Sol, fué aclamado por la multitud. Así se contó en la redacción de *El Heraldó*. No presencié yo el caso; mis noticias fueron que no hubo aclamación, sino un respetuoso salutar del público y frases de simpatía. Me lo figuro con su andar de gallo arrogante, por entre el gentío, recibiendo las demostraciones afectuosas, y contestándolas no más que con un ligero movimiento de cabeza, tieso y avinagrado, que así es Narváez ante las tropas y ante el pueblo.

Por la tarde no falté á su casa, en la calle de Isabel la Católica ó de la Inquisición. Entré y salí, con éstos ó los otros amigos. Se acentuaban los rumores de que volvía *El Espadón*. ¿Pero cuándo? Los más impacientes concedían al nuevo Ministerio ocho días de existencia. La generalidad opinaba que se le dejaría vivir un mes, siquiera por decoro de la Prerrogativa regia, pues ésta quedará muy mal parada si los Gobiernos que nombra no hacen más que jurar y dimitir. Podrá Su Majestad hacer un desatino, mas no es bien que lo confiese, y todo monárquico fiel debe ayudar á la Reina al disimulo de sus torpezas políticas. Esto se decía, esto se pensaba. A las cuatro de la tarde supimos

unos cuantos á ciencia cierta, ó poco menos, que se planteaba la contra-crisis aquella misma noche del sábado... A las cinco, repercutían los destemplados acordes de una murga en la calle de Valverde, donde vive el Sr. Armesto, y una vez que los felicitantes atronaron bien la calle, retirándose mustios y sin blanca, porque el señor Ministro no se hallaba en su domicilio, corrieronse con las propias intenciones concertistas á la calle Ancha de Peligros, donde reside, en humilde casa de huéspedes, el Sr. Manresa, y hasta el obscurecer escucharon los vecinos el horrible estrépito de clarinetes y trompas. Mientras el Ministerio recibía estas demostraciones hartó equívocas del entusiasmo popular, corría de mano en mano por Madrid un soneto de pie forzado, creación repentina de un ingenio muy chusco. Sólo recuerdo ahora, mientras esto escribo, el primer cuarteto, que dice así:

*Temo que el cetro se convierta en báculo,  
Y el Estado, hoy ca-luco, muera ético,  
Si otro escolapio en ademán ascético  
Logra ser del R y cónyuge el oráculo...*

No recuerdo bien lo demás. Me procuraré copia de los catorce versos.

A las siete, todo Madrid sabía ya que el Ministerio Cleonard-Manresa, ó *Fulgencio-Patrocinio*, que de las dos maneras se decía, apenas nacido estaba dando las boqueadas... Es muy tarde: yo me duermo.

**Madrid, 23 de Octubre.**—Continúo el re-

lato fiel de estos inauditos sucesos, refiriéndome á la tarde del 21, con lo cual pego la hebra en el mismo punto en que la rompí. Pues serían las siete cuando determiné visitar á Eufrasia, compadecido del desdichado D. Saturno, y anhelando saber si era su enfermedad tan grave como burlesca fué la sofocina que la motivó. Lleguéme, pues, á la calle de Puencarral, frente á la capillita del Arco de Santa María, y subí al principal de la histórica morada que perteneció al Duque de Montellano. Al abrirme la puerta, un criado puso en mi conocimiento que el señor se había tranquilizado después de la confesión, que hizo con grandísima piedad á las once de la mañana... Al mediodía se le dió un sopicaldo, que no devolvió como se temía, y en aquel momento acababa de coger el sueño. La señora y Doña Cristeta estaban en la sala con la Condesa y otras visitas... Ya me disponía yo á retirarme, informado de lo que quise saber, cuando apareció Cristeta, que atisbando desde el pasillo había conocido mi voz. "Pase, pase, Pepe—me dijo.—Viene usted que ni bajado del Cielo para sacarnos de estas dudas. ¿Pero es cierto lo que nos cuenta el amigo Campoi? ¿que corren rumores... vamos, que todo se deshace como la sal en el agua?,"

En la sala encontré á Eufrasia, arrebuja-da en un luengo manto, pálida y echando lumbre de sus negros ojos; á la veterana beldad, su amiga, cuyo título de Condesa ó Baronesa de no sé qué santo no quiere al-



bergarse en mi memoria; al respetable auditor que fué del ejército carlino y hoy diputado por Vera, D. Cristóbal Campoi, acompañado de su señora, y á otra pareja de dama y caballero que no conocí. Brevemente satisfice la curiosidad de todos dando cuenta de lo que sabía, y extendiendo la papeleta de defunción del enteco y llagado Ministerio Cleonard-Patrocinio-Fulgencio.

“¿De modo—dijo Eufrasia sin reir, más bien lúgubre, como enfermo de fiebre que se ve obligado á romper el silencio,—de modo que ha sido como un relámpago?... Bien se le puede llamar *El Ministerio Relámpago*.. Ved aquí el origen de una denominación que aquella noche y al siguiente día cundió con asombrosa rapidez, y de ella se apoderaron todas las bocas de Madrid. Renegando de una criatura, en cuyo engendro había tenido eficaz participación, Eufrasia le administró el agua de socorro, dándole apropiado nombre, y diciendo al verle espirar: “Es un fenómeno. No podía vivir. *Relámpagos* al Cielo..” Celebraron los visitantes la ocurrencia del nombre, y hallándose á medio despejar la sala, llevóme la moruna al gabinete próximo, donde á solas pudimos hablar un instante. La pulsé: su piel abrasaba. Dióme rápida noticia de su dolencia: sentíase febril en grado sumo; mas el desasosiego nervioso no le consentía permanecer acostada. Todo su anhelo era ver gente, oír noticias, enterarse del espantoso ridículo de los Ministros nuevos, y sólo así

se calmaba la sed de su espíritu, ávido de venganza. "Siéntate un rato, y cuéntame, cuéntame... Ante todo: ¿conoces el soneto? Esta tarde me lo trajo Navarrete. Es graciosísimo... ¡Ah! entre las burbujas del chiste palpitan verdades históricas que andando el tiempo darán mucho que hablar. Se me ha grabado en el pensamiento el segundo cuarteto, que dice:

*Venero á Dios, venero al tabernáculo;  
Mas no á hipócrita Sor, que con emético  
Llagas remeda, á cuyo humor herpético  
Fué quizá el torpe vicio receptáculo.*

—Sigue, acaba... he olvidado los tercetos.

—Yo también. Lo recordaba todo; pero... no sé... la fiebre me ha borrado de la memoria el final... Dejemos el soneto. Cuéntame, cuéntame....,

Lo que yo pudiera contarle, al dominio público pertenecía ya. Mayor interés había de tener lo que ella, como partícipe más ó menos esencial en la conspiración, podía traer al acervo de la Historia, ó á los archivos anecdóticos que guardan quizás la más interesante documentación de los pueblos. A esto me dijo: "Desengañada y herida, me revuelvo como mujer contra los que me han traído á esta ridícula situación... Ellos, con apariencia de hombres, se asemejan á nosotras por la viveza de sus odios ocultos, por el delirio de sus ambiciones disimuladas, y por el arte de fraguar en la obscuridad las intrigas... Todos somos *unas*... La amargu-

ra de mi desengaño se me ha derramado por todo el cuerpo y el alma, y no me consuelo más que con la idea de abandonar lo que fué mi partido, y pasarme con armas y bagajes al que quise combatir. Esto es de mujer, y yo soy mujer entera, sin mezcla, de una pieza en mis odios como en mis cariños. No sé si cuando vengan las represalias de Narváez, que las gasta pesadas, me tocará alguna china. Si así fuere, me pongo en tus manos para que me evites cualquier molestia....”

Sin temor de prometer lo que no podría cumplir, la tranquilicé sobre este punto, dándole seguridades categóricas de que su nombre no figurará para nada, en caso de formación de procesos. Y ella prosiguió: “Así lo harás, Pepe, y yo te lo agradeceré en el alma... Ahora no estoy para largas conversaciones, porque el hablar mucho y vivo me pone los nervios como cuerdas de violín. Ni podemos entretenernos demasiado, porque vendrán más visitas, y yo tengo que recibirlas ó retirarme. Una sola cosa te diré esta noche para que los vencedores la tengan en cuenta y es... que me gustaría ver que sentaban la mano de firme.

—La sentarán... y duro; todo lo que se pueda sin herir en las partes más vivas de la Nación, naturalmente.

—¡Ay, ay, ay! Pepe. No harán nada, no perseguirán á nadie.

—¿Lo crees tú?... Así será, cuando lo asegura la que podría ser historiadora de esta intriga, si quisiera.

—¡Historiadora yo!—dijo tristemente, sin poder atajar su locuacidad.—¡Quién pudiera serlo! Si piensas que yo conozco la conspiración y sus resortes, estás equivocado. Conozco algo; pero los móviles hondos, que determinan hechos positivos, han sido y son un misterio para mí... Y vas á ver el misterio más impenetrable, Pepe. Pon toda tu atención en esto: la Reina se resistió una vez y otra al cambio de Ministerio que le proponía el Rey. No tragaba á Cleonard y sus cofrades ni aun envueltos en la confitura religiosa. Y era tal su resistencia que perdimos toda esperanza. ¿Cómo es que de la noche á la mañana consiente la niña en despedir á Narváez de mala manera?... Fíjate en esto, Pepe... ¿Y cómo es que á su consentimiento acompañan lloros y suspiros?

—Los lloriqueos parecen indicar que no está contenta de lo que hace.

—O que forzada se ve á determinar lo que no quiere. Yo, que algo entiendo de cosas palatinas, no me explico este cambio más que por el miedo. ¿Y cómo han logrado infundirle ese pánico que la pone atadita de pies y manos á merced de los intrigantes? Voy á decírtelo... y perdóneme Dios esta sospecha, esta... inspiración. Para mí, se apoderaron de un secreto de la Reina, y con ese secreto, cogido como un puñal, la han amenazado, le han dicho: “ó eres nuestra ó mueres..”

—¿Crearás que entre los infinitos dispa-

rates que corren en bocas de la gente no ha faltado ese?

—Y vosotros, los sensatos, los que todo lo veis recortado y medidito, habréis creído que esos disparates son obra de imaginaciones locas, y un plagio de los melodramas treme-bundos, traducidos del francés.

—Yo ni afirmo ni niego... En eso como en todo, el misterio existe; ¿pero quién es el guapo que lo descifra?

—El guapo, la guapa sería yo, si me dejaran, si me dieran medios de indagación.

—Aun con tales medios no te lanzarías á poner tu mano en lo más delicado del asunto.

—Ya... tú eres de los que creen que esos misterios son como los del dogma... Se les mira de lejos, se les adora, y es locura intentar comprenderlos y desentrañarlos..

Tan exaltada la ví, que para sosegarla hu-be de emplear este razonamiento: “Pero dime una cosa, Eufrasia, y apelo á tu conciencia: ¿antes de que esos pícaros le birlaran á tu marido la cartera prometida, pensabas eso mismo?

—No: entonces no pensaba nada malo de los que eran mis amigos. Todo me parecía bien. Te abro mi conciencia: estos horrores los he pensado después, cuando he sido chasqueada vilmente.

—No estás serena. ¿Cómo has de juzgar la maldad de otros, no estando tú libre de maldad?... Pero sea lo que quiera, y dejando á un lado tu conciencia, respóndeme: la captación infame del secreto, ¿á quién la atribu-

yes? Tu lógica infernal... seguimos en el melodrama... tu lógica, como aguja imantada por los demonios, ¿señala un punto fijo? ¿Es Fulgencio, es la Monja?

—No: no puedo fijarme en nadie, y ahora que tengo conciencia, menos. La iniciativa puede haber sido de esos, no lo sé: la ejecución ha sido de otros. ¿Quién... quiénes? Cualquiera lo sabe. Cristeta, que ha vivido largo tiempo en Palacio, dice que aquello es un mundo, un mar, un convento... ¡Ya ves si será difícil...! En fin, Pepe, tú que tan en gracia le has caído á Narváez, puedes decirle que no se entretenga en cazar moscas, esto es, en prender Manresas, Armestos y Balboas, pobres títeres que no valen el hilo que los mueve...,,

Con arrogante voz y ademán, en pie, actuando de ideal dictadora, completó así su pensamiento: "Que prendan á Fulgencio y le registren bien la celda... que prendan á la Monja y la registren... sin respetar ni celda, ni ropas, ni relicarios, ni altaritos, ni llagas...

—Con todo eso, amiga mía, más fácil será encontrar una aguja en un pajar que la verdad en un monasterio.

—Que prendan á Rodón, Secretario del Rey...

—¿No será más culpable su Gentilhombre, el hermano de la Monja?

—Quiroga, que no tiene más ambición que la de las cruces y cintajos, no es hombre de travesura... Pero nada se pierde con ponerlo



á la sombra... El primero á quien deben echar mano es un señor Taja, administrador de las huertas y lavaderos del Príncipe Pío, posesión Real cedida en usufructo al Infante D. Francisco...

—¿Has dicho Taja? ¿No faltará á ese apellido la primera sílaba? ¿No es Re-Taja, Mor-taja?

—No... Taja no más. Y para que la redada sea completa, caigan también el hermano de ese señor y su mujer, ujier él, si no estoy equivocada, azafata ella: viven en los altos de Palacio.

—Esos nombres, esos Tajas masculinos y femeninos—dije yo redoblando la atención que en la dictadora ponía,—no son desconocidos para mí: en mi mente están días há, relacionados con otro asunto, que no pertenece á la Historia de España; aunque sí, puede que sea de lo más nacional, de lo más histórico... Díme: ¿no es criado, ó subalterno de ese Taja que sirve al Infante, un viejo llamado Ansúrez, de aspecto noble...?

—No sé su nombre; pero he visto al anciano gallardo, de barba blanca y figura señorial. Dos veces me ha traído cartas del Taja, y por conducto de él he mandado la contestación.

—¿Y tú sabes... haz memoria, rebaña bien en tus recuerdos... sabes algo de una hija de ese viejo noble, guapísima, de extraordinaria belleza?

—Algo de una moza muy linda oí... ¿á quién?... á Fulgencio... quizás al propio Ta-

ja... pero no puedo asegurarlo. Novicia fué según creo, antes de servir á los Tajás... O me engaño mucho, ó algo me dijeron de que por segunda vez volvió al convento... ¿Sabes quién puede darte noticia de esa familia de padres nobles barbudos y de hijas como estatuas? Pues tu hermana Catalina.

—¿Y dónde está mi hermana Catalina?

—No sé: si estuviese en Madrid, ella sería, y no te ofendas, una de las primeras que yo señalaría á los corchetes del Sr. Zaragoza:...

—¡Estás loca?... ¡Mi hermana!

—Sí, sí: no me vuelvo atrás de lo dicho... Si te asustas de oirme, culpa á mi calentura, que con el mucho hablar se me enciende más y acaba por trastornarme.

—Y á mí. Me has pegado tu fiebre.

—Pues vete... Yo estoy atroz... los dos deliramos. Empiezo á ver visiones.

—Yo también... Veo la historia interna de los pueblos, la historia verdad, representada en una mujer vestida de ninfa, de diosa... no diré que sucia, sino empolvada, de andar por estos caminos de la vida española, secos, tortuosos, ásperos...

—Pepe mío, si has de ponerte malito, vete á tu casa, que bastantes enfermos tengo yo en la mía.

—Sí, me voy... Adiós... duermeme...

—Adiós... No olvides mi encargo. Prender, registrar bien...,

Salí: hasta que pude respirar el aire fresco, calle adelante, no me sentí sereno, en

disposición de apreciar las cosas en su sentido y aspecto real. "Taja, Taja, Taja...", Esto repetía yo, y las dos sílabas pronunciadas por mi boca, me sonaban como un idioma de salvajes... Ya veía más claro en el asunto que periódicamente me enfermaba con penosísimas efusiones... Ya la fugitiva imagen de Illipulicia no burlaba mi persecución; ni le valdrían sus disfraces, manola gallarda ó franciscana monja, para perderse en las tinieblas. Cerca venía ya, y con ella se juntaba, sin confundirse, otra ideal figura, la majestuosa y gentil Reina, pródiga de todos sus tesoros, enamorada del bien y de su pueblo... Las dos andaban hacia mí, sin que yo pudiera decir cuál venía delante y cuál detrás, cuál de las dos guiaba y cuál se dejaba conducir.

Deliré aquella noche... así me lo dijo mi mujer... Pero antes que os hable de mi delirio, dejadme que acabe el cuento histórico.

## XXXI

Si recibió la vida el *Gabinete Relámpago* en la Cámara del Rey, el golpe de muerte se lo dió María Cristina en su propio palacio, donde tuvo con Isabel II una larga encerrona. ¿Qué le diría? Lo adivino. El meollo del extenso sermón de la Reina Madre no pudo ser más que éste: "Hija querida, se

puede hacer todo... todo precisamente no, pero bastante sí; se puede hacer mucho. Lo que no puede de ningún modo hacerse es lo que has hecho., Grabadas en mi mente la mirada y la sonrisa, el rostro hechicero de Su Majestad; grabado también en mí su pensamiento por la honda estampación de sus facciones; metido su carácter dentro de mi sér, y sintiendo lo que ella siente, expresaré la idea de que Isabel II, sin conocimiento del Régimen, que nadie le ha enseñado; sin conocimiento del pueblo que rige, más que por las vagas inimpresiones que llegaban hasta ella, hizo lo que hizo movida del miedo y sabiendo que hacía un disparate. La calidad, la intensidad de aquel miedo es lo que no llegó á penetrar todavía; pero he de poder poco, ó yo conoceré ese estímulo de las regias acciones... La madre ha debido decirle: “¿Por qué antes de cometer esa barbaridad no hablaste conmigo y con el mismo Narváez? Entre los dos habríamos hallado un medio de sacarte del conflicto., Seguramente, Isabel, más fuerte en el sentir que en el razonar, no responde á su madre, y con infantil silencio, los ojos bajos, da á entender que reconoce su error y espera un buen consejo para enmendarlo. La madre (hablo como si lo oyera) le dice: “Hija mía, á grandes males, grandes remedios. Faltas nacidas de inmensas tonterías son más difíciles de corregir que las que nacen de un error del entendimiento. Pero hay que hacer frente á ellas, y corregirlas sin reparar en

sacrificios del amor propio y aun de la misma dignidad. Hasta la dignidad debe ponerse á un ladito para componer estas roturas... Fuera miedo: vete pronto á Palacio; llamas á Narváez y le encargas de formar el Ministerio lo mismo que estaba, ó como él quiera. Por hacer un poco de papelón, él se negará... se pondrá unos moños de este tamaño... Te dirá que el poder le fatiga... ¡y sin el poder no puede vivir!; te dirá que llames á otros *hombres*; que él no tiene inconveniente en apoyar á esos *hombres* por servirte... ¡y lo que hará es rabiarse como un perro si llamas á otros! No; por hoy no hay aquí más *hombres* que él y su cuadrilla... Más adelante se verá... Tú no hagas caso de los escrúpulos que ha de sacar: son fingidos y mentirosos... Hará la comedia de despreciar lo que más desea. Tú te aguantas, insistes, haciéndole creer que le tienes por necesario... y nada. Verás como Narváez te desenreda esta gran madeja que has enredado tú... Animo, hija mía, y á Palacio... Yo iré contigo y estaré al cuidado de tí, no sea que desbarres otra vez...,

Los que agazapados en la Mayordomía Mayor vimos á Narváez entrar en Palacio, no dudábamos de que saldría Presidente del Consejo, por más que la conferencia con Isabel, larga como la Cuaresma, pudo despertar en los más impacientes algún recelo. A las diez llegó Sartorius, llamado para el refrendo, llevando de secretario particular á mi hermano Agustín, y poco después vimos

pasar la desconsolada figura del Conde de Cleonard. Explicónos mi hermano la tramitación que había de llevar á la *Gaceta* las formas legales é históricas. Cleonard daría la estocada á su propio Ministro de la Gobernación, D. Trinidad Balboa; entregaría después los trastos al Conde de San Luis, y éste, con la simple puntilla, remataba prontamente á todo el intruso, llagado y relampagueante Ministerio, restablecida la íntegra cuadrilla del *diestro* de Loja. Lo que no nos contó Agustín, que no pudo presenciario, y sí el Gentilhombre, Marqués de Torralba, testigo de la escena, fué la cruel expresión que Narváez, rara vez conedido en la victoria, arrojó á la cara del vencido D. Serafín María de Matta, Conde de Cleonard, cuando éste se retiraba de la Cámara regia: "Ahora, váyase usted á descansar de sus fatigas.," No eran flojas las que debió pasar el hombre, llevado á tales trotes por monjas y clérigos, él, maduro ya, militar de valía, más distinguido en la técnica que en guerreras campañas, persona, en fin, merecedora de respeto.

Todo quedó, pues, enmendado en la noche del 20 al 21, y al feísimo desperfecto político se le puso un parche, ó se le echó un zurcido, para que los tiempos futuros no lo conozcan; intento inútil, pues aunque buena zurcidora es la Reina Cristina y no tiene Narváez malas agujas, entre todos no han podido disimular el desgarrón ni esconder sus hilachas... No eran aún las doce cuan-



do me fuí á la Presidencia, donde Narváez recibía plácemes por su nuevo triunfo, y humaradas de incienso de los aduladores, que en aquella dichosa ocasión horrorosamente se multiplicaban. El Presidente, Sartorius y D. José Zaragoza estaban encerrados. Por mi hermano supe que serían reducidas á prisión aquella misma noche las siguientes personas: Sor Patrocinio, el Padre Fulgencio, el Sr. Rodón, Secretario del Rey, el señor Quiroga, y otros, y que se efectuarían no pocos registros domiciliarios en casas muy principales. Impaciente por hablar con mi D. Ramón, busqué y hallé un medio de romper la consigna, llegándome á donde los ejecutores de la ley estaban con las manos en la masa, ávidos de castigo, de venganza, de sentar en los huesos de todo culpable, ó que lo pareciera, los nudos más duros del garrote de la autoridad. De la mente de Narváez salía centelleando el famoso *Principio*; con ráfagas de él forjaba San Luis los rayos, y Zaragoza, juntándolos en haces y probándoles las puntas, se relamía de gusto y pedía más, siempre más...

Con palabra rápida y festiva conté al *Espadón* el saladísimo chasco de D. Saturno y el trágico furor de mi amiga, la rociada de improperios con que obsequió al escolapio, y por fin, el donoso zapateado que bailó sobre el sombrero de teja. Las carcajadas del General retumbaron con tal estruendo, que creí oirlas repetidas por todo el edificio, y si no se echó á reír también la cercana Cibeles, poco

debió faltarle. Puesto á referir, le informé del arrepentimiento de la moruna, del ardor vengativo con que viene á nuestro partido, y de sus opiniones acerca del obscuro resorte empleado para vencer y anonadar la entereza de la Reina. Si todo lo oyó Narváez con regocijo, esta última referencia le movió á fruncir el ceño y á soltar de sus ojos una centella de ira, que me hizo temblar. Sobre cuanto dije hizo observaciones muy vivas; mas sobre aquello puso la losa de su silencio, y sobre la losa trazó un rayo...

“Amigo Zaragoza—dijo Narváez transmitiendo al Jefe Político las ideas que le sugerí tocantes á prisiones.—Agregue usted á la lista esos Tajás... el que administra la posesión del Príncipe Pío...

—Ya está—replicó Zaragoza;—pero se trata de otros Tajás, de un matrimonio que vive en Pálacio... ¿No es eso?

—Justamente... Y no estará de más, Don José—indiqué yo,—que sea buscado, cogido, interrogado, un tal Jerónimo Ansúrez, viejo de aspecto noble, que tiene una hija muy guapa...

—Este *pollo*—dijo D. Ramón con salero,—quiere que la policía se ponga al servicio de sus galanteos, y que le haga una leva de todas las mozas de buen trapío..”

Apuntados los Tajás y los Ansúrez por la mano del Jefe Político, que rasgaba el delgado papel añadiendo nombres á la preciosa lista, volvió el General al recuerdo de Eufrasia y de su furibundo rompimiento con los

del *Relámpago*. “Esa diabla no será molestada en lo más mínimo—me dijo.—No me pesa tenerla por aliada, pues es más viva que la pólvora... Y del título ¿qué?... Por mi parte, pasado algún tiempo, no habrá inconveniente en concedérselo.”

A mi casa me fuí caviloso y con fiebre, que sin duda me había comunicado la morisca, y mi mujer me encontró mal, tan mal como en la famosa noche del encuentro de Lucila en San Ginés. Dormí con frecuentes intervalos de insomnio angustioso, y no sé si deliraba más dormido que despierto. Respetando mi turbación en los ratos de desvelo, María Ignacia no me interrogaba; pero viéndola yo, al apuntar el día, dar vueltas junto á mí con maternal cariño, más atento á mi sosiego que al suyo, la llamé á mi lado y le dije: “No es nada, chiquilla: es eso que padezco, la efusión de lo ideal... y todo proviene de que hay un arte que yo debí cultivar y no cultivo...”

—El arte que echas de menos será el estudio de lenguas antiguas ó salvajes, porque toda la noche has estado conjugando los verbos caribes, que dicen: *Taja, taja, taja*.

—No, mujer. No pienso yo en lenguas sabias; ni el arte mío perdido es la escultura, ni la música, ni la poesía: es la Historia interna y viva de los pueblos... Esa Historia no puedo escribirla... Para conocer sus elementos necesito vivirla, ¿entiendes? vivirla en el pueblo y junto al trono mismo. ¿Y cómo he de estudiar yo la palpitación na-

cional en esos dos extremos que abarcan toda la vida de una raza...? ¿No ves que es imposible? El ideal de esa Historia me fascina, me atrae... ¿pero cómo apoderarme de él? Por eso estoy enfermo: mi mal es la perfecta conciencia de una misión, llámala aptitud, que no puedo cumplir,... Tuve bastante tino para contenerme y callar en el momento de sentir el chispazo de una idea que podría lastimarla. La idea era ésta: "El hombre que no lucha por un ideal, el hombre á quien le dan todo hecho, en la flor de los años, y que se encuentra en plena posesión de los goces materiales sin haberlos conquistado por sí, es hombre perdido, es hombre muerto, inútil para todo fin grande.", Callé. Ignacia me dijo:

"Pues todo eso de la Historia interna, de arriba y de abajo, lo vamos conociendo sin andar á vueltas con ideales y fantasías. Nos basta con tener oídos y ojos.

—¿Qué has de ver ni oír tú, pobrecilla, ni yo, ni nadie?... ¡El vivir del pueblo, el vivir de los reyes! ¿Quién lo ha podido penetrar y menos escribir?

—Pues bien al tanto estamos de lo que pasa estos días. ¿Qué ha sido ello? Que nuestra simpática Reina, engañada por esos señores que venían á casa, y por otros, quiso cambiar de Gobierno. Luego llegó la Madre y le dijo: "Isabel, eso está mal hecho.", La pobrecita no sabe todavía el oficio; pero ya lo irá aprendiendo... En fin, que ello ha tenido un buen arreglo, como en las comedias.

—Me confirmo en que sólo conoces la superficial apariencia, la vestidura de las cosas. Debajo está el sér vivo, que ni tú ni yo conocemos. Es lo histórico inédito, que dejaría de serlo si yo pudiera cultivar mi arte.

—¡Qué tonto! No hay más que lo que se ve. ¿Qué hablas ahí del fondo de las cosas, y de seres vivos que se ocultan? Todo se reduce á que esos caballeros querían mandar, disponer de los destinos públicos para sus paniaguados, y no pudieron valerse de otro resorte que el que les dió la influencia del Rey.

—Si lo sucedido fuese tan vulgar no valdría la pena de contarlo. Hay algo más.

—Hay, ya lo sé, que estos tales son los carlistas derrotados, el eterno Pretendiente absolutista, que no cesa. Lo desarman en los campos de batalla, y acá se viene y trata de infiltrarse.... Lo que no consiguió con la guerra lo intenta con el milagro. Ya ves: ha empezado por procurarse una monja con llagas... ¡Vaya una porquería!

—¿Y por qué tiene poder esa monja?

—Porque es una embaucadora lista, y hace creer á muchos, mentira parece, que está inspirada por Dios.

—Si hace creer eso no es una mujer adocenada.

—Tienes razón: vulgar no es. Talento muy sutil se necesita, y un gran saber de cosas místicas, para engañar con su falsa santidad al Rey y á la Reina... Y yo digo: ¿me engañaría también á mí si se lo propu-

siera? Me da miedo pensarlo... No, no, á mí no me engañaba. Aunque parezco tonta, no lo soy: ¿verdad, Pepe? En esta cabeza mía no entran tales paparruchas. ¡Ay, Virgen del Carmen, si me oyeran mis padres y mis tías...!

—Tus tías y tus padres viven de ficciones; tú, si no posees la verdad, la vislumbras, ves el camino por donde á ella se va...

—Veo que los caminos de esa gente codiciosa y milagrera no son los de Dios..”

Al oír estas palabras de mi mujer, vinieron á mi memoria (¡oh misterioso contacto de las ideas en nuestra mente!) los dos tercetos del soneto que corría por Madrid, y con cierto júbilo hube de recitarlos:

*¿Cuestión de religión lo que es de clínica?  
 ¿Y darnos leyes desde el torno? ¡Cáscaras!  
 Esto no se tolera ni en el Bósforo.  
 Mas si la farsa demasiado cínica  
 Se repite, caerán todas las máscaras,  
 Y arderá España entera como un fósforo.*

—Cálmate, Pepe, y suprime por ahora los versos—me dijo María Ignacia arropándome cariñosa.—Tienes fiebre.

## XXXII

24 de Octubre.—Muy tarde me levanté el 21, y antes de salir de casa, me informaron de que el Gobierno funcionaba con per-



fecta regularidad, y de que se habían efectuado las prisiones. A Balboa le mandaban á Ceuta, en posta; al Secretario del Rey le despachaban para Oviedo; á Quiroga para Ronda. El efímero Presidente del Consejo, no había sido preso, pero sí separado de la Dirección del Colegio Superior Militar. Los cuitados Manresa y Armesto, padecieron tan sólo el sustillo de una detención, después de la cual se les mandó á casa... Del Padre Fulgencio supe que se le había llevado al Gobierno civil, mientras la policía le registraba minuciosamente la celda. Luego me enteré de que se le encontró un cajoncito con bastante dinero en oro y billetes del Banco, y un retrato suyo vestido *mismamente* de Obispo, con báculo, mitra y pectoral, en actitud de dar la bendición. El revoltoso clérigo se daba el solitario gusto de anticipar, por medio de una mala pintura, su elevación al episcopado, que era el ensueño de su vida y la meta de sus ambiciones. Se decía que le mandaban á la casa que los Escolapios tienen en Archidona.

Si en estos escarmientos iban de prisa las autoridades, aún no habían podido poner la mano sobre la venerada y llagada Monja, por estar metida en clausura. Narváez, que tan valiente parece, y realmente lo es frente á demagogos, progresistas radicales y conspiradores del estado láico, anda con pies de plomo allí donde puede tropezar con el fuero de la Iglesia. Su famoso Principio de autoridad, fulminante espada con-

tra los perturbadores del orden en las calles ó en la tribuna, se convierte en caña frente á la obscura facción fortificada en conventos, sacristías ó beaterios..... Más fácil era, pues, tomar las formidables alturas de Arlabán que forzar los enmohecidos cerrojos del claustro de Jesús. Puedo dar fe, por haberlo presenciado, de la confusión y rabia de D. José Zaragoza, que por temperamento habría cumplimentado en un santiamén las órdenes de apoderarse de la Monja, y por disciplina no podía salirse del estrecho camino de la legalidad eclesiástica. El hombre bufaba... era un gato, á quien se ordenaba que se pudiese guantes para cazar el ratón... Sartorius, aún más que Narváez, quería que, tratándose de contener y escarmentar á personas religiosas, se procediera con la corrección más exquisita. Los que en todas sus campañas por el Orden eran incorrectos, autoritarios, y no reconocían obstáculo ni miramiento, en aquella empresa contra sus mayores enemigos procedían con tanta parsimonia como delicadeza, de lo que resultaba que el gran Principio era burlado y escarnecido por los delincuentes, y éstos á la postre resultaban los verdaderos poseedores de la Autoridad.

Acordado el destierro de Patrocinio, no era dable llegar hasta ella sin que el Ordinario permitiera la violación de clausura, y el Ordinario no podía disponerlo sin previo consentimiento del Vicario de la Orden. He aquí, pues, á mi Jefe Político, mordiendo los guantes que aprisionaban sus rapantes

uñas, y corriendo á contarle sus cuitas á D. Ramón, que soltaba todos los registros de su cólera blasfemante, sin resolverse á embestir como de ordinario suele. Ante la majestad religiosa, la de la ley se achicaba y sucumbía. Desesperado y reconociendo su impotencia, el *Espadón* clamaba: "Tráiganme todos los ejércitos carlistas, y me batiré con ellos; pero no me pongan frente á monjas, protegidas por vicarios..". En suma, no era ni *Buey* ni *Liberal*, y por no determinarse á ser ambas cosas, ó siquiera una, ha dejado tan incompleto y deslucido su papel histórico.

Mientras esto se resolvía, en el transcurso de las horas del 21, me fuí en busca de mi buen Gambito, el pobre de San Ginés, y le encontré, sí, pero con tal turbación en la descompuesta máquina de sus nervios, y tan avanzado en su tartamudez, que me ví negro para comprender lo que decirme quería: "*Ñor, Cigüela... vento... sus... llagas..*". Me determino á traducir que Lucila está en el convento de Jesús; pero no sé si debo creer que también tiene llagas, ó que simplemente está donde las hay para edificación de los creyentes. Gambito vuelve á tomar la palabra, ó el tartamudeo, y continúa esclareciendo mis dudas, ó aumentando mi turbación: "*Santismas llagas, ñor... Güela convento... Sor y Sores... Taja preso...*". Si de esta horrible jerga sale una verdad, la presencia de Illipulicia en el claustro de Jesús, no he perdido el tiempo, ni es tan im-

perfecto el órgano de información que en mi provecho explora lo desconocido...

Por la tarde, hablé con Zaragoza, que ya parecía loco, de la contrariedad que le causaba su infructuosa cacería monjil. Narváez, á quien ví después, ponía el grito en el Cielo descargando su verbosidad injuriosa sobre toda la Corte celestial. Avanzada ya la noche, se obtuvo el consentimiento del Vicario; pero... A cada paso por tan escabrosa senda, tropezaban los aburridos gobernantes con una nueva dificultad. Exigía el Vicario que se le presentase una orden del Nuncio... Ved al pobre Zaragoza camino de la Nunciatura, con medio palmo de lengua fuera. Ya Narváez, en el paroxismo de la rabia, hablaba de fusilar al primer magnate religioso que se le pusiera por delante. Bien sabían ellos que el *Espadón* no haría nada... Dejaría de ser poder si lo hiciese... Por fin, trajo Zaragoza el consentimiento del Nuncio; pero...

Pero no haría nada mientras el señor Ministro de Gracia y Justicia no le dirigiese una comunicación exponiendo los motivos en que se fundaba el Gobierno para quebrantar la clausura... Narváez alcanzó el techo con las manos, y se desahogó en sncias imprecaciones, no sólo contra el Nuncio, sino contra la madre de tan venerable señor, contra el padre, los abuelos y toda la familia... Ya iba comprendiendo que su autoridad en aquel caso era irrisoria, y que las limitaciones del poder que representa-

ba ponían á éste bajo las sandalias de poderes más altos. No hubo más remedio que correr al domicilio de Arrazola, sacarle del lecho, y hacerle extender de prisa y corriendo la comunicación que había de ser llave de la voluntad de Monseñor Brunelli, para que éste abriese la del Vicario, y el Vicario la del Ordinario, y éste recorriera sin violencia los claustrales cerrojos.

A la madrugada del 22, toda la tramitación jurídico-eclesiástica parecía terminada, y Zaragoza fué al convento decidido á romper las puertas si se le oponían nuevos obstáculos. Pedile permiso para acompañarle, disfrazado de corchete, en la interesantísima diligencia que á efectuar iba, y me dijo que no necesitaba ningún disfraz ni disimulo de mi persona; que bien podía ir en su compañía como empleado de la Jefatura, y que si era mi deseo sacar del convento monja ó novicia, podía sin temor hacerlo, pues ya le tenían tan frita la sangre las señoras franciscanas, que se permitiría la venganza de no mirar por ellas si *tocaban á violar*, ó si alguien promovía la desbandada del místico rebaño. En la plazuela de Jesús había gran gentío esperando la función sabrosa y gratuita: hombres de ideas exaltadas, restos de los disueltos clubs, manolas y *mozos crúos*, el público de las ejecuciones de pena de muerte y de todo espectáculo callejero. Supimos que antes de llegar el Jefe Político, no faltó quien propusiera quemar el monasterio: corría entre la multitud el notición de



que Patrocinio había intentado envenenar á la Reina con unas rosquillas, y en éste y el otro grupo se repetían los versos

*¿Cuestión de religión lo que es de clínica,  
y darnos leyes desde el torno? ¡Cáscaras!...*

Media hora larga transcurrió antes de que se nos franqueara la puerta mayor del convento de Jesús. Un clérigo casi enano entraba y salía, y habría estado saliendo y entrando hasta el amanecer si Zaragoza no pronunciara, como pronunció, y con toda energía, la última palabra de la tramitación y de los pretextos y largas para ganar tiempo. Penetramos al fin, Zaragoza bufando, yo con una emoción que fué de las más intensas que he sentido en mi vida... Pasamos á un ancho recinto donde estaba el torno. A la voz de trueno del Jefe Político abrióse otra puerta cuyos goznes gimieron; á lo largo de un oscuro pasadizo llegamos al claustro, donde vimos á toda la comunidad en fila, alumbrada por faroles que tenían unas monjas, por cirios en manos de otras. Era un hermoso cuadro de ópera seria, extremadamente seria. No faltaba más que el canto. Dijo la primera palabra Zaragoza con voz que empezó un tanto brusca y acabó por ser comedida... Siguió un corto silencio, durante el cual busqué con ansiosa mirada la imagen de Lucila entre los fantasmas de azul y blanco que componían el coro. No la ví; volví á recorrer de un extremo á otro la



fila... Mas no había claridad suficiente para el examen de tantos rostros, y alguno de éstos, situado en último término, ocultaba sus facciones en la penumbra. La que claramente ví, por ser la que más descollaba, fué la famosa Patrocinio, cuyo semblante iluminaban los cirios próximos. Era de extraordinaria blancura, y afectaba ó tenía serenidad grande. En verdad que la Monja de las llagas me pareció hermosa, y su grave continente, su mirar penetrante y la tenue sonrisa plácida con que acentuaba la mirada, eran el exterior emblema de un soberano poder político y social. Sus manos con guantes blanquísimos parecían de mármol: en ellas sostenía una imagen pequeña, la Virgen del Olvido, como ofreciéndola en adoración á los que profanábamos la santa casa.

Oí la voz de Zaragoza, dirigiéndose á la *Sor* con gran mesura; mas sin atender á lo que decía, eché mis ojos á lo largo de la fila buscando lo que más me interesaba, y en esto ví al extremo izquierdo unos ojos negros, que me turbaron y estremecieron. No me miraban á mí, sino á la llagada Monja con supremo interés fraternal. Era mi hermana Catalina... En contestación á lo que Zaragoza le dijo, la de las llagas pronunció alguna frase mística que no entendí: tanta unción y misterio quiso poner en ella. Si en efecto era una embaucadora, prodigioso arte desplegaba para el dominio de los que caían bajo su mano milagrera... Busqué de nuevo á mi hermana, y la ví andar con lento

paso hacia el centro de lo que llamo coro, por delante de la primera fila de religiosas. Sor Patrocinio, que á cada instante descollaba más por su estupenda blancura, por su serenidad y el perfecto histrionismo de sus actitudes hieráticas, dió un paso hacia mi hermana diciéndole: "Hija mía, salgamos.."

Acudieron á besarle las enguantadas manos todas las monjas, y en este desfile pude examinarlas á gusto, rostro por rostro, sin que ninguno se me escapara. No ví á Lucila: alguna ví que podía ser ella desfigurada de cara y talle por el hábito y la toca; mas no era fácil comprobarlo... Miré de nuevo... No la ví; no estaba: casi, casi tenía de ello completa certidumbre. Mi hermana pasó muy cerca de mí sin verme: no concedía el don de su mirada á ninguno de los que presenciábamos el acto. Salieron las dos, y Zaragoza, que iba detrás, me cogió de un brazo para llevarme consigo, lo que sentí mucho, porque me habría gustado quedarme un poco más, apurando mi examen de monjiles rostros. Salimos. Ví que Patrocinio y mi hermana entraron en un coche de posta que aguardaba en la calle; que tras ellas entraba también un clérigo, al cual yo no había visto hasta aquel instante, y tras el clérigo un seglar, que era, sin duda, delegado de policía. El coche partió por la calle del Fúcar. Luego supe que las dos monjas con su Virgen del Olvido iban camino de Badajoz.

Entre la satisfacción y el desconsuelo se compartía mi alma. Si había yo visto un

hermoso cuadro de la vida española, faltábame ver el corazón y la interna fibra de aquel extraño asunto. “¡Y pensar—me dijo Zaragoza sombrío, cuando nos retirábamos,—pensar que ni con estos rigores ni con todos los de la Inquisición, si los empleáramos, llegaríamos á conocer la verdad...! quiero decir, el resorte principal, el nervio de este negocio.,,

Callé meditabundo. Sin saber de dónde venían, yo sentía esperanzas que aleteaban cerca de mí. La verdad estaba próxima: yo la descubriría pronto, yo encontraría la representación viva del alma española. Lucila se acercaba. “No ceso de pensar en esa verdad que se nos oculta.,,” me dijo Zaragoza; y yo á él: “Pienso en lo mismo, Don José... y espero llegar á ella, descubrirla, dominarla, poseerla.,... Amanecía.

FIN DE NARVÁEZ

Santander (San Quintín), Julio-Agosto de 1902.

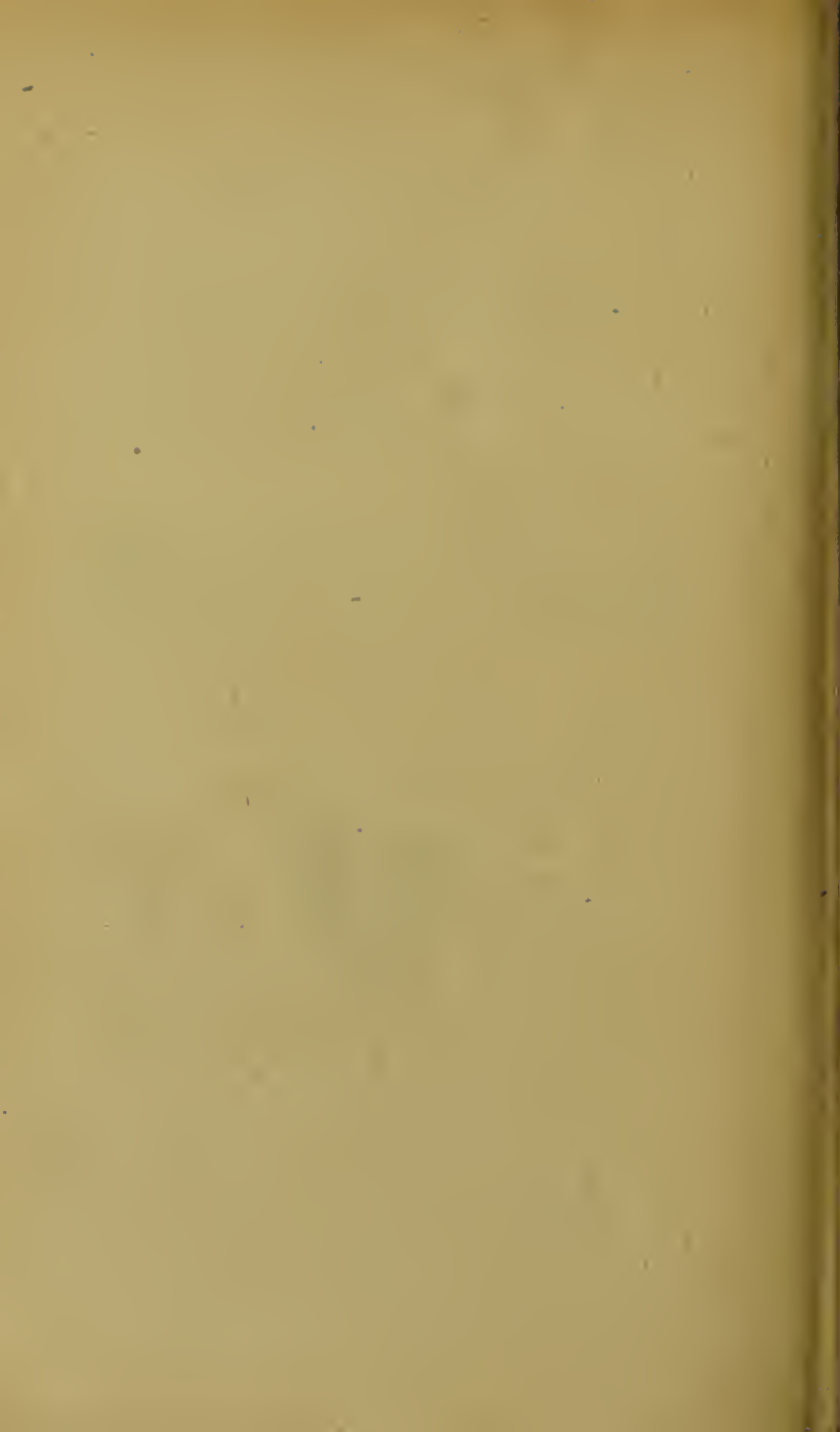


En Marzo de 1903

L O S

# Duendes de la Camarilla







# TRADUCCIONES

---

## En inglés:

*Doña Perfecta*, a tale of modern Spain.

Traducción de D. P. N.—London, Samuel Tinsley, 1886.

*Idem.* Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1885.

*Idem.* New-York, 1884.

*Idem.* Traducción de D. P. W. New-York, George Munro, Publisher, 17 á 27, Vandewater Street, 1883.

*Gloria.* Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1882.

*Idem.* Traducción de Nathan Wetherell. London, Remington and Co, 5, Arundel Street, Strand, W. C., 1879.

*León Roch.* Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1888.

*Marianela.* Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11 Murray Street, 1883.

*Idem.* Traducción de Helen W. Lester. Chicago, A. C. Mac-Clurg and Company, 1892.

*Trafalgar.* Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 1884.

*Zaragoza.* Traducción de Minna Caroline Smith. Boston, Little, Brown and Company, 1899.

*La batalla de los Arapiles.* Traducción de Rollo Ogden. Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1895.

### **En francés:**

*Doña Perfecta.* Traducción de L. Lugol. París, Giraud, 1885.

*Idem id. id.* París, Hachette.

*La campaña del Maestrazgo* (Le Roman de Sœur Marcela). Traducción de L. de L\*\*\*. París, Calmann-Levy, Editeurs, 5, rue Auber.

*Marianela.* Traducción de Julien Lugol. París, Librairie des publications à 50 centimes, 54, rue de la Montagne-Sainte-Geneviève.

*Idem.* Traducción de A. Germond de Lavigne. París, Librairie Hachette et Cie, 79, Boulevard Saint-Germain, 1884.

*El amigo Manso.* Traducción de Julien Lugol. París, Librairie Hachette et Cie, 79, Boulevard Saint-Germain, 1888.

*Misericordia.* Traducción de Maurice Bixio. París, Librairie Hachette, 1900.

### **En alemán:**

*Doña Perfecta.* Dos tomos, traducción

- de J. Reichell. Dresde y Leipsich, Pierson's Berlag, 1886.
- Electra*. Traducción de Rudolf Beer. Wiener Verlag, 1901.
- Idem*. Traducción de Rodolfo Beer, arreglada para la escena alemana por Riccardo Fellner. Berlín, 1901.
- Gloria*. Traducción del Dr. Augusto Hartmann. Berlín, Verlag von L. Schleiermacher, 1880.
- El amigo Manso* (Freund Manso). Traducción de E. von Buddenbrock. Berlín, Verlag von Karl Siegesmund, 1894.
- Trafalgar*. Traducción de Hans Parlow. Dresde y Leipzig, Verlag von Carl Reitzner, 1896.
- Marianela*. Traducción de E. Plücher. Breslau, Auerhaltungsblatt, 1888.

### **En sueco:**

- Doña Perfecta*. Traducción de K. A. Hagberg. Stockholm, Skoglunds Förlag.
- León Roch*. Traducción de A. P. de la Cruz Frölich. Kjöpenhamn (Copenhague). Forlag. Andr. Schöns, 1881.
- Torquemada en la hoguera* (Torquemada paa baalet). Traducción de Johanne Allen. Cristianía y Copenhague, Forlag A. Christiansens, 1898.

### En italiano:

*Nazarin* (Sicut-Christus). Traducción de Guido Rubetti y José Leon Pagano. Firenze, G. Nerbini.

*Gloria*. Traducción de Italo Argenti. Firenze, R. Bemporad & Figlio, 1901.

*Marianela*. Traducción de G. Demichelis. Bologna, Tipografia Pont. Mareggiani, via Volturmo, 5, 1880.

*La Fontana de Oro*. Traducción de Denuchelis. Milán, Fratelli Treves, 1890.

*Doña Perfecta*. Traducción de Cunes. Milán, Fratelli Treves, 1897.

### En holandés:

*Doña Perfecta*. Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1883.

*Electra*. Leiden, A. H. Adriani, 1901.

### En portugués:

*Electra*. Traducción de Ramalho Ortigao. Oporto, librería Chardron, de Lello & Irmão, editores, 1901.

### En dinamarqués:

*Fru Perfecta*. Traducción de Gigas. Copenhague, Priors, 1895.











TRENT UNIVERSITY



0 1164 0311596 1

